Inicios y desarrollo de la historiografía griega

José Antonio Caballero López

EDITORIAL SINTESIS

Inicios y desarrollo de la historiografía griega

José Antonio Caballero López

La historiografía griega está en el origen de los esfuerzos del Occidente moderno por ordenar su pasado e intentar explicarlo. Con mayores o menores variantes, con nuevos enfoques y diversos puntos de vista, el planteamiento de los problemas que suscitan la reconstrucción y explicación del pasado que llevan a cabo los grandes historiadores griegos presenta los caracteres y la fisonomía de lo que serán posteriormente, en nuestro ámbito cultural, las ciencias históricas.

Este libro, que nace con una vocación decididamente didáctica, tiene como objetivo ofrecer un panorama global de la evolución de este género literario en Grecia. La forma en que se han redactado los diferentes capítulos pretende hacer explícita desde el principio la orientación original que se quiere dar a la presente obra: se trata no sólo de explicar cómo va evolucionando la historiografía griega en conexión con el entorno socio-político de cada momento, sino también de atender a los propósitos intelectuales, políticos o ideológicos de los autores de las obras.

José Antonio Caballero López es Doctor en Filología Clásica por la Universidad de Salamanca y Profesor Titular de Filología Griega en la Universidad de La Rioja. Ha publicado estudios sobre la historia de la prosa griega, la tradición clásica en la historiografía española, y la retórica y sus implicaciones literarias y políticas.

ACCESO ABIERTO

Proyecto editorial:

HISTORIA DE LA LITERATURA UNIVERSAL

DIRECTORA: *Evangelina Rodríguez Cuadros*

COORDINADORES DE ÁREAS:

Evangelina Rodríguez Cuadros	Área de Literatura Española
José Carlos Rovira	Área de Literatura Hispanoamericana
Elena Real	Área de Literatura Francesa y Francófona
María de las Nieves Muñiz Muñiz	Área de Literatura Italiana
Jaime Siles	Áreas de Literatura Alemana y Latina
Félix Martín	Área de Literatura en Lengua Inglesa
Antonio Melero Bellido	Área de Literatura Griega
Perfecto Cuadrado	Área de Literatura Gallego-Portuguesa
Josep Lluís Sirera	Área de Literatura Catalana

Inicios y desarrollo de la historiografía griega: mito, política y propaganda

José Antonio Caballero López

EDITORIAL SINTESIS

Consulte nuestra página web: **www.sintesis.com**
En ella encontrará el catálogo completo y comentado

CREATIVE COMMONS

© José Antonio Caballero López

© EDITORIAL SÍNTESIS, S. A.
Vallehermoso, 34 - 28015 Madrid
Tel.: 91 593 20 98
http://www.sintesis.com

Depósito Legal: M. 48.608-2006
ISBN: 84-9756-447-2

Impreso en España - Printed in Spain

Índice

Prólogo 11

1. Orígenes y características generales de la historiografía griega 15

1.1. Del relato épico a la historiografía 15
1.2. El contexto histórico y cultural en los comienzos de la historiografía 18
1.3. Rasgos diferenciales de la historiografía griega 20
1.3.1. Características formales de la historiografía griega 23
1.3.2. Los contenidos de la historiografía griega 24
1.3.3. Datación de los acontecimientos en la historiografía griega 26
1.4. La condición de historiador 28
1.5. El público y la utilidad de la historiografía 29
1.6. El corpus de los historiadores griegos 31

2. De la racionalización del mito al relato de viajes. Los logógrafos 35

2.1. Logógrafos de genealogías y relatos de fundación 37
2.1.1. Acusilao de Argos 37

2.1.2. Ferécides de Atenas 40
2.1.3. Relatos de fundaciones de ciudades (*ktíseis*) 41
2.2. Logógrafos de obras geoetnográficas y relatos de viajes 42
2.3. Hecateo de Mileto 43
2.3.1. Las *Genealogías* 44
2.3.2. La *Periégesis* 46
2.4. Helánico de Lesbos 47
2.4.1. Obras genealógicas y mitográficas 48
2.4.2. Obras geoetnográficas 48
2.4.3. Obras cronográficas 50

3. De la logografía a la historia. Heródoto de Halicarnaso 53

3.1. El marco vital de Heródoto: de las Guerras Médicas a la Guerra del Peloponeso 55
3.2. Los contenidos de la *Historia* de Heródoto 57
3.2.1. Libro I: el proemio y Ciro el Grande 58
3.2.2. Libro II: el *lógos* egipcio 59
3.2.3. Libro III: las campañas de Cambises 59
3.2.4. Libros IV a V 27: expansión del imperio persa con Darío 60
3.2.5. Libros V 27 a VI: Primera Guerra Médica 62
3.2.6. Libros VII a IX: Segunda Guerra Médica 63
3.3. La "cuestión herodotea": composición y estructura de la *Historia* 67
3.4. Lengua y estilo 71
3.5. El método historiográfico: *ópsis, historíe, gnóme* 72
3.6. El pensamiento de Heródoto y la utilidad de su *Historia* 75
3.7. Valoración e influencia de la *Historia* 78

4. La historia como ciencia política. Tucídides y la *Historia de la guerra del Peloponeso* 83

4.1. Marco histórico. La Guerra del Peloponeso 84
4.2. Los sofistas y el nuevo contexto social 85
4.3. "Tucídides de Atenas, hijo de Óloro" 87
4.4. Contenidos de la *Historia de la guerra del Peloponeso* 89
4.4.1. Libro I: la "arqueología", el método, las causas y los antecedentes de la guerra 89

4.4.2. Libro II: los tres primeros años de la guerra 91
4.4.3. Libros III a V 24: la guerra hasta la "paz de Nicias" 94
4.4.4. Libros V 25 a VII 18: los años de la "falsa paz" 97
4.4.5. Libros VII 19 a VIII: hacia el desastre de Atenas 100
4.5. Composición y estructura de la *Historia de la guerra del Peloponeso* 103
4.6. Lengua y estilo 107
4.7. El método historiográfico 109
4.8. El pensamiento de Tucídides: la historia *ktêma es aieí* 113
4.9. Valoración e influencia de Tucídides 116

5. Jenofonte: las nuevas posibilidades del relato histórico 119

5.1. El marco vital 120
5.2. *Helénicas* 123
5.2.1. Contenidos de las *Helénicas* 124
5.2.2. Propósito y carácter de las *Helénicas* 133
5.3. *Anábasis* 137
5.3.1. Contenidos de la *Anábasis* 138
5.3.2. Propósito y carácter de la *Anábasis* 147
5.4. *Agesilao* 149
5.4.1. Contenidos del *Agesilao* 149
5.4.2. Propósito y carácter del *Agesilao* 151
5.5. Valoración e influencia de la historiografía de Jenofonte 153

6. Ctesias de Cnido y las *Helénicas de Oxirrinco*: dos modelos de hacer historia en los comienzos del siglo IV a. C. 155

6.1. Ctesias de Cnido 156
6.1.1. El marco vital de Ctesias 156
6.1.2. *Historia de Persia* 157
6.1.3. *Historia de la India* 164
6.1.4. Carácter y valoración de la historiografía de Ctesias 166
6.1.5. Influencia de Ctesias 169
6.2. Las *Helénicas de Oxirrinco* 170
6.2.1. Contenidos de las *Helénicas de Oxirrinco* 170
6.2.2. Carácter y autoría de las *Helénicas de Oxirrinco* 173

7. La orientación retórica de la historiografía en el siglo IV a. C. Éforo, Teopompo y Anaxímenes **177**

7.1. Éforo de Cime y su "historia universal" 180
7.1.1. Contenidos y estructura de las *Historias:* la composición *katà génos* 181
7.1.2. Carácter y valoración de las *Historias* 186
7.2. Teopompo de Quíos 189
7.2.1. Epítome de las *Historias* de Heródoto 191
7.2.2. *Helénicas* 191
7.2.3. *Filípicas* 193
7.2.4. Carácter y valoración de la historiografía de Teopompo 199
7.3. Anaxímenes de Lámpsaco 204

8. La visión localista de la historia: los atidógrafos y los historiadores de Sicilia y de la Magna Grecia **207**

8.1. La atidografía 209
8.1.1. Clidemo 210
8.1.2. Androción 211
8.1.3. Fanodemo 213
8.1.4. Melancio 214
8.1.5. Demón 214
8.1.6. Filócoro 215
8.1.7. Otros atidógrafos 218
8.2. Los historiadores de Sicilia y de la Magna Grecia 219
8.2.1. Filisto de Siracusa 220
8.2.2. Alcimo de Sicilia 224
8.2.3. Timónides de Léucade 224
8.2.4. Atanis de Siracusa 225
8.2.5. Timeo de Tauromenio 225

9. Otras formas de contar la historia: la historiografía trágica de Duris, Filarco y Agatárquides **233**

9.1. Duris de Samos 236
9.1.1. *Anales de los samios* 237
9.1.2. *Hechos de Agatocles* 239

9.1.3. *Historia de Macedonia* 240
9.2. Filarco 244
9.3. Agatárquides de Cnido 250

10. La historia al servicio de la propaganda. Los historiadores de Alejandro y de los monarcas helenísticos 259

10.1. Los historiadores de Alejandro 261
10.1.1. Calístenes de Olinto 262
10.1.2. Cares de Mitilene 266
10.1.3. Efipo de Olinto 267
10.1.4. Nearco de Creta 267
10.1.5. Onesícrito de Astipalea 270
10.1.6. Marsias de Pela 272
10.1.7. Clitarco de Alejandría 272
10.1.8. Ptolomeo Lago 274
10.1.9. Aristóbulo de Casandrea 276
10.1.10. *Efemérides reales* e *Hypomnémata* 278
10.2. Historiadores de los Diádocos 279
10.2.1. Jerónimo de Cardia 280
10.2.2. Hecateo de Abdera 282
10.2.3. Manetón de Sebennito 284
10.2.4. Beroso de Babilonia 286
10.2.5. Megástenes 288
10.2.6. Fabio Píctor 290

11. El universalismo romano de Polibio y su historiografía "pragmática" 293

11.1. Polibio en la encrucijada entre los siglos III y II a. C. 294
11.2. Los contenidos de las *Historias* 295
11.2.1. Libros I a II: prólogo e "introducción" (264-220 a. C.) 296
11.2.2. Libros III a VI: la "historia general" de lo sucedido durante la Olimpiada ciento cuarenta (220-216 a. C.) 299
11.2.3. Libros VII a XXX (acontecimientos de los años 215-168 a. C.) 303

11.2.4. Libros XXXI a XL (acontecimientos de los años 168-146 a. C.) 306
11.3. Estructura y composición de las *Historias* 307
11.4. Lengua y estilo 309
11.5. La historiografía según Polibio 312
11.6. El historiador según Polibio 316
11.7. El pensamiento de Polibio: razón y Fortuna en el acontecer histórico 318
11.8. Valoración e influencia de Polibio 321

Selección de textos **323**

Glosario **377**

Cronología **391**

Bibliografía **409**

Prólogo

LA HISTORIOGRAFÍA, es decir, la narración de los acontecimientos del pasado lejano o inmediato de acuerdo con unos principios formales y metodológicos, es un legado de los griegos. Su origen se rastrea en los relatos genealógicos, geográficos y etnográficos que se compusieron a finales del siglo VI a. C. en las ciudades griegas de la costa de Asia Menor. Con Heródoto y Tucídides, en el siglo V a. C., adquiere las características definitivas como género literario y como ciencia, atenta al rigor en la crítica de las fuentes y en la interpretación de los hechos.

La historiografía griega está, así pues, en el origen de los esfuerzos del occidente moderno para ordenar el pasado e intentar explicarlo. Con mayores o con menores variantes, con nuevos enfoques y con diversos puntos de vista, el planteamiento de los problemas que suscita la reconstrucción y explicación del pasado que llevan a cabo los grandes historiadores griegos presenta los caracteres y la fisonomía de lo que serán luego, en nuestro ámbito cultural, las ciencias históricas.

Este libro, que nace con vocación decididamente didáctica, tiene como objetivo ofrecer un panorama global de la evolución de este género literario en Grecia. Tanto el subtítulo, *Mito, política y propaganda*, como la forma en que se han redactado los diferentes capítulos pretenden hacer explícita desde el principio la orientación original que se quiere dar a este libro sobre *Los inicios y el desarrollo de la historiografía griega*. Se trata no sólo de explicar cómo va evolu-

cionando la historiografía griega en conexión con el entorno sociopolítico de cada momento, sino también de atender a los propósitos intelectuales, políticos o ideológicos del autor y de las obras.

Para la mejor comprensión de la producción histórica griega es preciso, no obstante, establecer en ella las debidas etapas. Y así, tras abordar en el primer capítulo las cuestiones generales que atañen a la historiografía griega (los orígenes del género en un momento determinado de la cultura y del pensamiento griegos y los rasgos que la caracterizan como género literario), se acomete en los diez capítulos sucesivos la exposición de las diferentes etapas con los autores y obras más representativos: desde los inicios del género con la racionalización del mito por Hecateo en el siglo VI-V a. C., hasta el "universalismo" romano de Polibio en el siglo II a. C. En Polibio, así pues, se ha establecido el límite cronológico de este libro. Polibio, con su "historiografía pragmática" recupera el estilo y el método de hacer historia del clásico Tucídides, cerrando una especie de círculo en el que se integran los principales autores y líneas de evolución del género. La historiografía griega, obviamente, continúa teniendo representantes en los siglos posteriores, pero su enorme número, el hecho de que sus obras tengan muchas veces el carácter de epítomes o antologías de obras anteriores y el que pertenezcan a épocas históricas, cuya producción literaria recibe un tratamiento específico en esta Colección de Historia de la Literatura Universal de la Editorial Síntesis, nos imponen esos límites.

Es importante destacar que, aparte de conceder a los autores considerados "canónicos" la importancia que merecen (Heródoto, Tucídides, Jenofonte, Polibio), se dedican varios temas a estudiar un gran número de historiadores cuyas obras se han conservado de forma fragmentaria. Sin ellos no sería posible tener una visión panorámica cabal de los temas y las tendencias que se han dado en la historiografía griega. Son, por ejemplo, los historiadores locales de aquellas *póleis* deseosas de recuperar y dar a conocer su pasado (Androción, Filisto); las nuevas formas de presentar a los pueblos persas e indios de un Ctesias, que, aparte de historiador, ejerció de médico en la corte del rey persa; la incidencia de la retórica en el filomacedonismo de Teopompo o en el universalismo de Éforo, ambos destacados discípulos de Isócrates; el enfoque propagandístico de los impresionados historiadores que siguieron a Alejandro en sus conquistas y de los que se pusieron al servicio de los monarcas helenísticos; o aquellas otras maneras de contar la historia con Duris o Filarco, más interesados en impresionar y mover los sentimientos sirviéndose de todo tipo de efectismos, como los empleados en la escena trágica, que en la fijación y transmisión de los hechos que han de guiar a quienes deseen aprender y reflexionar. Deleite, pues, y no utilidad; la historiografía dramática frente a la tradición pragmática.

Los contenidos se dan organizados en capítulos dedicados monográficamente a los diversos historiadores, ordenados, en principio, de forma cronológica, para que el lector pueda percibir claramente el desarrollo del género desde sus inicios. Pero, debido a la escasa información biobibliográfica que se tiene en ocasiones sobre aquellos autores fragmentarios, resulta difícil trazar un perfil completo de su personalidad y de sus ideas. Así que se ha preferido agrupar a estos últimos por tendencias o líneas de desarrollo y, dentro de cada tendencia, organizarlos cronológicamente para intentar comprender su papel en la evolución de los métodos, los temas, las formas y los propósitos de la historiografía griega. Algunas de esas tendencias se han fijado a partir de criterios estilísticos (como las denominadas tradicionalmente como "historiografía retórica" o como "historiografía trágica"); otras, según los intereses temáticos (como la llamada "atidografía" o los "historiadores de Alejandro"). Ha de tenerse en cuenta, no obstante, que tales categorías no deben ser aplicadas en sentido absoluto. En las obras de un mismo autor se observa, a veces, la presencia de influencias diversas y de elementos atribuibles a diferentes tendencias, aunque siempre presentan rasgos que las acercan más a un modo particular de concebir y de narrar la historia.

Según el criterio que rige los objetivos editoriales de esta colección, en su más amplio y noble sentido, el didáctico y pedagógico, se da cuenta de las teorías o informaciones esenciales en torno al objeto sobre el que se escribe, pero no hay una remisión a notas a pie de página ni tampoco un posicionamiento excesivamente radical o absolutamente subjetivo. Tan sólo se ofrecen en el cuerpo del texto las referencias bibliográficas imprescindibles, cuyo listado alfabético se localiza al final del volumen. Al comienzo de cada apartado relevante se cita una escogidísima bibliografía de referencia con la que el lector puede ampliar la información al respecto. En uno y otro caso, se ha atendido, siempre que ha sido posible y por mor de su accesibilidad, a los trabajos de los especialistas españoles o que estén en español.

El relato didáctico va apoyado por textos propios del autor tratado o de teóricos antiguos y modernos que arrojan luz sobre sus características formales y de contenido y sobre sus funciones sociales y estéticas. Algunos textos se intercalan en los apartados correspondientes; otros conforman una especie de antología al final del libro con cuya lectura también se puede obtener una panorámica de la historiografía griega y que actúan como referencia global del género.

Se han añadido, finalmente, un índice nominal y otro alfabético de los autores citados pertenecientes al género, con indicación de los años o el siglo en que vivieron y una breve explicación de las causas de su relevancia, y una tabla cronológica general que señala los acontecimientos y personajes políticos, los

culturales o literarios y los historiográficos más relevantes desde el año 776 a. C. (fundación de los Juegos Olímpicos, hito de referencia para el comienzo de la Historia entre los griegos) y el 146 a. C. (saqueo de Corinto por los romanos, que supone el final de la autonomía de Grecia).

Capítulo 1 Orígenes y características generales de la historiografía griega

1.1. Del relato épico a la historiografía

Aunque los más inmediatos antecedentes del género historiográfico en Grecia son, como se verá, aquellos relatos genealógicos y geoetnográficos que se compusieron entre los siglos VI y V a. C., no comienza con ellos, sin embargo, el interés de los griegos por su historia (sobre el nacimiento de la conciencia histórica y su expresión entre los griegos, véase, en general, F. Châtelet, 1978 y C. Schrader, 1994).

La tradición épica anterior ya había referido hazañas del pasado con el propósito de salvarlas del olvido. Los aedos y rapsodos, esos poetas itinerantes dedicados a componer y recitar los versos épicos, son indudable muestra del esfuerzo, más o menos irreflexivo, que realizaron los griegos de la época preclásica para precisar la significación de su pasado y ordenar su existencia siguiendo una línea de desarrollo coherente. Sus relatos quedaron, a modo de memoria colectiva, como referentes de su modo de ser como pueblo.

La poesía épica, ciertamente, parecía haber satisfecho hasta el comienzo de la historiografía el deseo de conocer y exponer el pasado entre los griegos. La musa había cantado para la posteridad los grandes sucesos de las grandes familias del pasado heroico. En particular, lo que Homero, Hesíodo y los autores

del llamado "ciclo épico" habían dicho sobre dioses, hombres y hechos constituía la "historia" para la mayoría de los griegos.

Homero, que vivió hacia la primera mitad del siglo VIII a. C., consiguió en la *Ilíada* y en la *Odisea* dar forma unitaria a un gran número de relatos épicos que circulaban en torno a un hecho que es histórico: la guerra de Troya. Además, la presencia en ambas epopeyas de genealogías de héroes y de alusiones al antes y al después de los hechos que se narran avanzan, en cierta medida, algunos de los principios fundamentales de la historiografía posterior: continuidad cronológica y conciencia de cambio. Son buena muestra de sentido cronológico e histórico en la *Ilíada*, por ejemplo, los episodios en que Diomedes cuenta que su padre Tideo había sido uno de los héroes en la lucha de los Siete contra Tebas (*Ilíada* IV, 370 y V, 800); el recuerdo de héroes anteriores por Néstor (*Ilíada* XI, 670 y VII, 132) o la historia de Meleagro (*Ilíada* IX, 524). Algo, en fin, tan característico de la producción histórica de los griegos como es la mezcla de aspectos etnográficos, geográficos e históricos también se da en esos poemas.

Hesíodo vivió en torno a la segunda mitad del siglo VIII a. C. y en los poemas que de él conservamos (*Teogonía* y *Trabajos y días*), compuestos con explícita intención didáctica, registra y ordena las genealogías de dioses, héroes y hombres en sus recíprocas relaciones. Tratan de épocas diversas y se mezclan lo mítico y lo real, pero presentan un sentido preciso sobre la sucesión cronológica por medio de las generaciones y desde el mismísimo nacimiento del mundo a partir del "caos". En el famoso mito de las cinco edades (véase texto 1) aparece ya formulada una idea muy presente en los historiadores posteriores: la progresiva decadencia de las diversas generaciones humanas.

El llamado "ciclo épico" está integrado por poemas de condición y funciones diversas. Se fechan en torno a los siglos VII y VI a. C. Algunos vendrían a cubrir las lagunas dejadas por Homero en la historia de la guerra de Troya (por ejemplo, *Ciprias*, *Etiópida*, *Pequeña Ilíada*, *Saco de Troya*), o cuentan los viajes de regreso de los héroes supervivientes (*Nostoi*), poemas en los que tenían cabida elementos geoetnográficos junto con un paulatino incremento del elemento novelesco, de intriga y de ficción. Otros son poesía genealógica, que nos presenta el tránsito hasta el orden actual del mundo desde el caos originario (*Titanomaquia o Teogonía* de Epiménides); o servían ya a intereses concretos, como la legitimación mediante línea genealógica de personas, familias o ciudades (*Tebaida, Edipodia, Alcmeónida, Naupactias, Corintíacas*). Todos ellos vienen a constituir una especie de relato histórico general del remoto pasado en torno a un hecho crucial para los griegos: la guerra de Troya.

En principio, nadie dudaba de que los personajes de esos relatos hubieran existido; todos creían que los hechos ahí narrados habían sucedido realmente.

Tanto es así que muchos griegos estaban convencidos de que su mitología heroica era su historia antigua; su "conciencia histórica" estaba íntimamente ligada a sus mitos heroicos. Hubo una guerra de Troya, Odiseo realizó un viaje a Ítaca de la manera como lo contaban los poemas épicos. Nosotros hoy los consideramos mitos y leyendas; pero en Grecia, antes de que alguien atisbase la "historia", el mito hacía el pasado inteligible y lo dotaba de sentido.

La historiografía nace, precisamente, en el momento en el que se advierte que los mitos y los relatos de la épica, a los que se había confiado el pasado, y los datos de la experiencia son irreconciliables. Es decir, sólo cuando los griegos miran su pasado con una actitud crítica comienza la historiografía. Entonces, la explicación mítica del cosmos se sustituye por un estudio razonado del desarrollo social, un estudio basado en un pensamiento separado de la religión y dotado de sus propios instrumentos de análisis. Esto no significa que todos los mitos o leyendas heroicas se desechasen por ahistóricos, al menos inicialmente. Es más, la historiografía no sólo no rechazó el mito en su totalidad, sino que, en ocasiones, lo dotó de "racionalidad" para incorporarlo como fenómeno histórico. Ío ya no sería una vaca enloquecida de dolor por un tábano que la diosa Hera le envió para vengarse, sino una joven seducida por un mercader fenicio cuyo rapto señala el comienzo del enfrentamiento entre Oriente y Occidente. Europa, que da su nombre al Continente, ya no es una joven raptada por Zeus que adoptó la forma de un toro; es la hija del rey de Tiro, capturada por piratas griegos en un acto de represalia. Incluso Heródoto y Tucídides, en las introducciones a sus grandes *Historias,* se esfuerzan por tender un puente entre aquel mundo mítico y el inmediato pasado que se disponen a relatar. Pero eso no es "mitología", sino "arqueología"; es decir, sucesos antiguos (*palaiá*), de los orígenes (*arkhaîa*), no menos históricos (véase A. Díaz Tejera, 1993). El mito es, a su modo, historia, en cuanto indicio de una realidad no cognoscible de otra manera. Sólo la comparación con los datos de la experiencia constituía el "criterio" (en el sentido etimológico de "discernimiento") que permitía aceptar unos mitos y rechazar otros por inverosímiles. Ése es el sentido de la declaración programática en el comienzo de la historiografía, atribuida a Hecateo de Mileto (véase epígrafe 2.3), en la que, por primera vez, se apela a la exigencia de verdad para el relato de los acontecimientos:

> Así habla Hecateo de Mileto: voy a escribir lo que es la verdad, según me parece a mí; pues las historias contadas por los griegos son, me parece a mí, contradictorias y ridículas (*FGrHist* 1, F 1).

Es justamente el fragmento que inaugura la magna obra de Felix Jacoby *Die Fragmente der Grieschischen Historiker* (*Los fragmentos de los historiadores griegos;* en forma abreviada *FGrHist*), que constituye la colección y ordenación de

textos fragmentarios más importante para el estudio de historiografía griega al margen de los grandes autores del género (véase epígrafe 1.3.2).

1.2. El contexto histórico y cultural en los comienzos de la historiografía

El contexto histórico y cultural en el que se produce el tránsito hasta las que se pueden considerar ya las primeras obras de historiografía es ciertamente complejo. Pero se pueden destacar algunos hechos relevantes.

Esta es la época del desarrollo de las ciudades-estado griegas o *póleis,* una institución que quedó definitivamente configurada en Grecia durante los siglos VII-VI a. C. Vino acompañada de amplias transformaciones sociales y políticas y precedida por el desarrollo y extensión de la moneda, el calendario, la escritura alfabética, el progreso técnico y el contacto con otras culturas. Las relaciones entre esas *póleis*, cada vez más estables, exigieron tratados y acuerdos, y fue importante por vez primera fijar los datos del pasado y del presente para saber a qué atenerse a la hora de orientar la conducta futura de la ciudad y para presentarse ante otros con una determinada raigambre y legitimación. Surgen así los llamados "logógrafos", cuyo oficio era el de archiveros y genealogistas (véase Châtelet, 1978: 37). Debían estos "logógrafos" consignar los actos importantes (diplomáticos, militares o religiosos) de la ciudad y, además, buscar las pruebas que atestiguaran la procedencia y antigüedad de una determinada comunidad, algo que daba derecho a ciertos reconocimientos y precedencias. Ahí estaría el origen de lo que la tradición nos ha conservado como "genealogías" y "relatos de fundaciones" de ciudades (*ktíseis*). Detrás de ellos, no está sólo la curiosidad natural del ser humano por el pasado; también respondían al interés de las comunidades familiares o sociales, que eran las que los encargaban, por legitimar su existencia o supremacía en el nuevo marco de relaciones políticas mediante la vinculación con los antepasados más ilustres, llegando incluso a enlazar su progenie y origen con los prestigiosos héroes conocidos por la tradición épica, y hasta con alguna divinidad. Cadmo de Mileto, que se cuenta entre los primeros logógrafos (véase epígrafe 2.1.3), por ejemplo, habría redactado escritos sobre los orígenes de algunas ciudades griegas de Asia Menor justamente en el momento en que esas ciudades buscaban su autoafirmación y pretendían la independencia del poder persa. No cabe duda de que los autores de los catálogos genealógicos y de *ktíseis* pusieron su empeño en escudriñar y disponer, siguiendo coordenadas espacio temporales, la gran cantidad de relatos, de carácter épico la mayoría, que circularían oralmente o por escrito en torno a los dioses, los héroes y los lugares. Además, pudieron acudir en busca

de datos a esos archivos y documentos preservados en los ámbitos locales que cita la polémica afirmación de Dionisio de Halicarnaso (*Sobre Tucídides*, 5, 3), una afirmación que está en el origen del debate, todavía no resuelto, acerca de la relación, primacía y mutuas dependencias de la historiografía local y la "gran historiografía" de Heródoto y Tucídides (véase epígrafe 1.3.2). Esto es ya un indicio de metodología histórica.

Asimismo, es ésta una importante época de colonizaciones o, más propiamente, emigraciones, motivadas tanto por razones sociales y económicas: escasez de tierras por el incremento de población, necesidad de abrir nuevas rutas comerciales; como políticas: expatriaciones derivadas de las luchas civiles. En cualquier caso, el contacto con otros pueblos, ocasionado por esos desplazamientos y por los numerosos viajes de exploración para el asentamiento de las colonias o para la apertura de nuevas rutas, trajo consigo la ampliación del horizonte geográfico e histórico de los griegos. Estas experiencias quedaron consignadas en las descripciones geoetnográficas, de las tierras y del régimen de vida de sus habitantes, que constituyen las llamadas "periégesis" del momento y también, aunque con algunas peculiaridades, los denominados "periplos" (véase Gómez Espelosín, 2000: 85-163). La palabra griega *periégesis* significa precisamente "descripción" y *períplous* "circunnavegación", esto es, la forma usual griega de viajar en barco, siempre avistando tierra y contorneando la costa. Hecateo de Mileto, uno de los más importantes logógrafos (véase epígrafe 2.3), compuso, justamente, una obra titulada *Contorno de la tierra* y una *Periégesis*, obras que consultó y con las que polemizó Heródoto, donde describía el medio geográfico y las costumbres de pueblos que él había visitado (Egipto, Mesopotamia y Media) o de los que había conocido relatos de viajeros (el mar Negro y el Mediterráneo occidental).

Es notoria, por otro lado, la influencia que ese contacto entre pueblos ejerció en el desarrollo de aquella actitud crítica que llevó a los nuevos pensadores a replantearse las creencias tradicionales y les dispuso a indagar la verdad por la vía de la observación y la reflexión. No es casualidad que todos los filósofos griegos de las primeras generaciones procedan del mundo colonial; y, aún después, los filósofos procedentes de la periferia griega siguen siendo más numerosos que los originarios de Grecia continental. En el siglo VI a. C., en esos territorios griegos del Asia Menor donde la relación con las culturas orientales era particularmente estrecha, desarrollaron, por ejemplo, su actividad indagadora Tales de Mileto y su discípulo Anaximandro, precursores no sólo de la filosofía, sino también de la física, de la matemática y de la astronomía. A Anaximandro, precisamente, se le atribuye una historia del *kósmos* y un planisferio celeste. Eratóstenes le adjudica el trazado de un mapa de la tierra, que luego perfeccionaría Hecateo, también de Mileto (Estrabón, *Geografía* I 1, 11). Y

Jenófanes de Colofón, que escribió en verso un relato de fundación de su ciudad natal, criticó abiertamente las concepciones que los griegos tenían de sus dioses, a los que atribuían todas las pasiones y vicios humanos. Este espíritu crítico que, en el plano de la filosofía, busca la explicación de la realidad mediante la razón, en el historiográfico persigue la verosimilitud de lo narrado y el análisis de los datos de la tradición. Es el criterio con el que, como se ha dicho, Hecateo de Mileto afrontará el estudio de las genealogías heroicas. Asimismo, el contacto con las grandes culturas orientales permitió a los griegos acceder a una organización de los datos del pasado nueva y de una riqueza asombrosa. En el caso de los archivos egipcios, que tanto impresionaron a Hecateo (véase epígrafe 2.3), se acumulaban datos precisos conservados desde millares de años atrás. Lo que constituía el claro y ligero bagaje de la tradición griega se puso entonces en contacto con la tradición milenaria de los pueblos orientales y, como consecuencia, estimuló también el replanteamiento crítico del pasado y la identidad de los griegos. No es de extrañar que los logógrafos empezaran escribiendo no una historia de Grecia, para la que tenían escasos materiales, sino historias de aquellos pueblos: *Persiká, Lydiaká, Aigyptiaká,* etc.

Todas esas circunstancias histórico-culturales coadyuvaron, así pues, para que, en la Grecia de los siglos VI y V a. C., empezara a tomar cuerpo una nueva actividad intelectual: la del historiador, que pretende hacer el pasado comprensible y exponerlo con orden y veracidad; y un nuevo género literario: la historiografía, caracterizado por una metodología y unos condicionamientos estilísticos peculiares, el más llamativo de los cuales será el empleo de la prosa en lugar del verso.

1.3. Rasgos diferenciales de la historiografía griega

Desde luego, se conocen expresiones de la conciencia histórica en ámbitos culturales distintos del griego y bastante anteriores en el tiempo. Casi coincidiendo con el establecimiento de los primeros sistemas de escritura en el tercer y segundo milenio antes de la era, chinos, sumerios, hititas o egipcios tuvieron sus modos de contar y de fijar el pasado. Pueden citarse, entre otros, la llamada *Historia de un reino*, de hacia el 1900 a. C. que conserva una relación de reyes sumerios; los más antiguos documentos chinos preservados en el *Shu Ching* (*Clásico de la Historia*); las crónicas de las hazañas del faraón Thutmosis III (1490-1436 a. C.) grabadas en el templo de Karnak, o los anales hititas del Gran Imperio (siglos XIV-XII a. C.). Pero la mayoría de estos documentos se limita a dar cuenta de los acontecimientos o a alabar al gobernante de turno a través de sus gestas, sin actitud crítica ni analítica alguna de lo consignado. Ciertamente,

la conciencia histórica no ha aparecido con la historiografía griega, y no sólo los pueblos orientales, sino también el mundo griego ha percibido de alguna manera el pasado y ha ordenado de algún modo los conocimientos que sobre él se tenían. Conciencia de la continuidad cronológica como principio fundamental del pensamiento histórico ya se trasluce en las genealogías de los propios héroes que refiere la épica griega, como hemos dicho. Incluso aquí, en contra de lo que sucede en aquellas crónicas que sólo registran hechos, se pone en evidencia la diversidad de un tiempo precedente con respecto a otro actual, signo inequívoco de la conciencia de un cambio histórico.

Pero hay una serie de rasgos que marcan la diferencia entre esas manifestaciones de la conciencia histórica y el nuevo quehacer intelectual y literario que implica la historiografía griega (véase K. Meister, 1998: 4-5 y C. Schrader 1994: 88 ss.):

a) La historiografía griega no se interesa sólo por los hechos singulares considerados aisladamente, sino por el curso de los acontecimientos considerados globalmente. Es decir, se transcienden los hechos mismos en la búsqueda del sentido del proceso interno que los motiva y explica. Es así como las obras de los historiadores griegos se convierten en "posesiones para siempre", en obras de carácter no sólo conmemorativo de los sucesos singulares del pasado, sino también didáctico con vistas al futuro.

b) Como consecuencia de lo anterior, los historiadores griegos, ya desde el principio, se aplican no sólo a exponer los acontecimientos de manera más o menos ordenada, sino, sobre todo, a la investigación de las causas de esos acontecimientos. Heródoto, por ejemplo, tras seleccionar con criterio cualitativo los hechos sobre los que va a tratar, las Guerras Médicas acaecidas un par de generaciones antes que él, supera incluso los límites cronológicos y geográficos de esos acontecimientos y, ya desde el principio, se plantea explicar los motivos de los mutuos enfrentamientos entre griegos y persas.

c) Los historiadores griegos reivindican muy pronto la exigencia de un análisis crítico del pasado. Se suponía que el cometido de la historia era el de preservar del olvido hechos relevantes y conservar una documentación fiable de los acontecimientos pasados y, por ello, era necesario establecer criterios de fiabilidad a la vez que se hacía explícito (ya en el proemio de las obras) el deseo de contar la verdad.

Con el propósito de discernir lo veraz y digno de crédito de lo que no lo es, el historiador griego aplica una determinada metodología, que, básicamente, tiene como fundamento la *autopsía,* "acción de ver con

los propios ojos" (véase sobre el concepto y sus implicaciones Schepens, 1980). Es decir, el haber sido uno mismo "testigo" ocular (sentido que también subyace en el término *historía*) es lo que dará valor incontrovertible a lo narrado y, al mismo tiempo, será el criterio con el que los historiadores cuestionarán la verosimilitud de aquello que les describan o cuenten (*akoé*) individuos considerados a su vez como "testigos" directos.

El valor que se concedía a la *autopsía* explica el sorprendente por escaso –en comparación con lo que sucede en la historiografía moderna– empleo que los historiadores griegos hacen de fuentes documentales escritas para sostener sus afirmaciones. Realmente, en Grecia, a diferencia de lo que ocurre en otros lugares, la escritura, que fue redescubierta a finales del siglo IX a. C., no parece haberse utilizado demasiado para el registro de acontecimientos o para la confección de anales. En el siglo V a. C. los griegos ya poseían documentos que mencionaban a sacerdotes, gobernantes, atletas victoriosos, etc. Pero Tucídides, por ejemplo, no consideraba que los documentos escritos pudieran ser la fuente primaria para el historiador; si lo hubiese pensado así no habría escrito nunca la historia de la guerra del Peloponeso. Posteriormente, se multiplicaron los documentos oficiales y las cartas privadas, y en la época helenística habría sido posible escribir historia acudiendo al marasmo de documentos depositados en los archivos. Pero un historiador como Polibio, en el siglo II a. C., evidencia que se seguía prefiriendo la observación visual directa, la tradición oral y la valoración de las informaciones más controvertidas basada en el criterio de "lo verosímil" (*katà tò eikós*), apelando al sentido común (*pithanóteros lógos*). Es sintomático el hecho de que Polibio considere desacreditados a los historiadores que acuden a las bibliotecas a informarse (*Historias* XII 27, 4-5).

d) La historiografía griega se constituye como un género literario. Es decir, aquellos que practicaban la historiografía redactaban sus escritos como obras de arte sujetas a determinadas categorías estéticas y literarias. Los historiadores escribían detallados relatos de los acontecimientos, presentaban vivos retratos de personajes a los que adjudicaban magníficos discursos compuestos, en su mayoría, por los propios historiadores, prestaban gran atención al lenguaje y al estilo e intercalaban en sus obras en prosa motivos procedentes de otros géneros literarios (la épica y el drama, sobre todo). La mayor eficacia narrativa en el relato de los acontecimientos les llevaba incluso a inventar algunos detalles, siempre verosímiles, y a obviar otros de importancia para un historiador moderno.

Es este carácter literario de la historiografía el rasgo más distintivo de la historiografía griega y de todas aquellas expresiones historiográficas que se hicieron siguiendo su ejemplo. Es el rasgo que algunos estudiosos (últimamente J. Marincola, 2001) han exagerado hasta considerar la historiografía griega simplemente como un producto literario, tachándola de retórica, artificial y ahistórica, a pesar de sus afanes por la investigación crítica del pasado y por la búsqueda y exposición de la verdad de los hechos y de sus causas.

1.3.1. Características formales de la historiografía griega

El que la historiografía griega se constituya en género literario implica que los autores componían sus obras de acuerdo con una serie de características formales más o menos constantes. Son, en líneas generales, las siguientes:

1. Frente a la épica, la lírica o el drama, la historiografía no utiliza el verso, sino la prosa. La nueva actitud ante los hechos del pasado requirió una nueva forma de expresión, alejada de los adornos del "elevado carro" del verso épico, una expresión que descendiera al lenguaje desnudo, de a pie (*pezós* dirán los griegos y *oratio pedestris*, los latinos). Precisamente se comenzó llamando *logopoioí* (Heródoto II 143, 1; V 36, 2; 125) o *logógraphoi* (Tucídides I 21, 1) a quienes la practicaban, por referencia a la forma en prosa que adoptaron sus escritos, en contraste con el *épos*. Sin embargo, aunque los logógrafos se aproximaron a la lengua coloquial, a la prosa jonia, muchos de los recursos expresivos y compositivos de la literatura en verso pasaron a las obras en prosa en el proceso de su formalización literaria.
2. La obra comienza con un "proemio" de tipo valorativo y programático. En él el autor da su nombre, explica los objetivos y señala la importancia de los acontecimientos de los que va a tratar. Es significativo el hecho de que el historiador, a diferencia del poeta épico, no fundamente su inspiración y autoridad en musa alguna. Son su experiencia directa o sus averiguaciones a partir del testimonio de otros las que garantizan la verdad de los hechos que se dispone a narrar. Se ha hecho notar (Porciani, 1997: 47) que tras esta característica se halla la fórmula con la que solía comenzar la epigrafía historiográfica oriental; pero, en el caso de los griegos, el nombre que aparece es el del autor del texto, no el del monarca protagonista de los hechos (como se observa, por ejemplo,

en la famosa inscripción persa de Behistun), un indicio del "espíritu de libertad" y de la crítica individual en que nace la historiografía griega.

3. La obra integra partes narrativas (con el relato por el historiador de los hechos) y partes discursivas (con discursos de diverso género puestos en boca de personas relacionadas directa o indirectamente con los hechos que se narran). Será ésta la característica más sobresaliente de la historiografía griega, que imitarán quienes se presenten como continuadores de Heródoto y, sobre todo, de Tucídides en la época romana y posterior.

1.3.2. Los contenidos de la historiografía griega

La tipología que refleja de forma más comprensiva los diferentes subgéneros históricos, ilustrativos de los variados núcleos de interés temático de los historiadores griegos, es la que estableció F. Jacoby (véase cuadro 1.1) como paso previo a su citada *Die Fragmente der griechischen Historiker* (*Los fragmentos de los historiadores griegos*).

Esta es la clasificación de subgéneros históricos dispuesta por su orden de aparición y desarrollo, según Jacoby, en la historia de la historiografía griega (véase sobre el alcance y los problemas de esta clasificación Fornara 1983: 1-46):

1. Genealogía (y mitografía): estudia la tradición heroica e intenta poner orden y coherencia en los datos muchas veces contradictorios de la leyenda, el mito y la etiología. Posiblemente, es la más antigua de estas formas de prosa literaria entre los griegos.
3. Etnografía (*Aigyptiaká, Babyloniaká, Indiká, Lydiaká, Persiká,* etc.): describe el modo de vida, el marco geográfico e histórico de países y pueblos, fundamentalmente no griegos.
3. Historia contemporánea: en su definición elemental, constituye el relato de los hechos (*práxeis*) de los pueblos griegos (sin restringirse a ninguna ciudad concreta) acaecidos en el tiempo o hasta el tiempo del historiador. Ésta sería la "gran historia", fundada por Heródoto y perfeccionada por Tucídides en el último cuarto del siglo V a. C.
4. Cronografía: establece una línea del tiempo en la que se sitúan los hechos relevantes acaecidos en el mismo momento en diversas partes del mundo conocido.

5. Horografía (o historia local): ofrece la historia de una determinada ciudad griega desde los años de su fundación.

Cuadro 1.1. ***Tipología y edición de los fragmentos de la historiografía griega según F. Jacoby***

En el año 1909 el joven Felix Jacoby publicó un artículo ya clásico titulado "Sobre el desarrollo de la historiografía griega y el plan de una nueva colección de los fragmentos de historiadores griegos" ("Über die Entwicklung der griechischen Historiographie und den Plan einer neuen Sammlung der griechischen Historikerfragmente", *Klio* 9, 1909, 80-123), en el que sienta las bases de una nueva teoría sobre las relaciones entre los diferentes géneros históricos griegos y en donde, además, lanzaba un programa de publicación de la totalidad de los fragmentos de los historiadores griegos a partir de esos criterios.

La obra resultante, *Fragmente der griechischen Historiker* (*FGrHist*), a pesar de la complejidad de su presentación y de la distribución un tanto equívoca, a veces, de los fragmentos entre las tres partes (I. Genealogía y mitografía; II. Historia contemporánea; III. Horografía y etnografía) y los diecisiete volúmenes publicados del plan inicial, es una de las labores más importantes en el ámbito de la filología moderna y constituye la base de cualquier estudio sobre la historiografía griega. Jacoby comenzó su publicación en el año 1923 y quedó inconclusa, por su muerte, en el año 1958. Están editados los testimonios y los fragmentos de las obras de ochocientos cincuenta y seis historiadores, de los que seiscientos siete cuentan con amplios comentarios históricos y filológicos. Un equipo internacional de filólogos e historiadores, con no pocos problemas metodológicos sobre qué debe ser considerado prosa historiográfica, cómo delimitar los fragmentos en sus contextos de cita y con qué rúbrica clasificarlos (véase Schepens, 1997), ha retomado la edición y el comentario de los autores que faltan para completar el programa de Jacoby (la parte IV. Biografía, historia de la literatura y literatura anticuaria, y la parte V. Geografía histórica). Paralelamente, otro grupo de filólogos dirigido por E. Lanzillotta ha emprendido una nueva edición y comentario de los historiadores fragmentarios (*I frammenti degli storici greci*), que tiene el propósito de revisar y completar la totalidad de la obra de Jacoby con la incorporación de los nuevos hallazgos y con la ampliación de los contextos de cita de los diversos fragmentos.

Con esta tipología Jacoby pretendía hacer visible la evolución y diversidad de la historiografía griega. Creía que la genealogía fue la primera forma en que los griegos investigaron y fijaron históricamente su pasado, intentando poner orden en los relatos heroicos transmitidos de generación en generación. Al toparse en su expansión con otros pueblos, los griegos sintieron curiosidad por sus costumbres y regímenes de vida y dejaron constancia de ellos en obras etnográficas. La historia contemporánea habría sido creada por Heródoto, quien habría experimentado una evolución de etnógrafo a historiador, al atender en su "investigación" tan sólo al testimonio de testigos oculares; pero fue Tucídides

quien la llevó a sus más altas cotas de perfección. A la vez, Helánico de Lesbos desarrolló la cronografía, que hacía posible la ordenación temporal de los acontecimientos de acuerdo con determinados calendarios establecidos. Y, finalmente, ciudades concretas comenzaron a componer sus propias historias (*horografías*) al percibir su escasa importancia en las historias "panhelénicas". A partir de estos subgéneros se habrían desarrollado, a su vez, otras formas específicas, como la "historia universal" en la historia contemporánea (sobre el origen y evolución del concepto, puede verse Alonso Núñez, 2002), o la "literatura anticuaria" en la horografía.

No obstante, ni todos los subgéneros han merecido siempre la misma consideración ni todos sus practicantes han gozado de la misma fortuna (véase epígrafe 1.6). En general, se han preservado mejor las obras que, en línea con la "gran historia" de Heródoto y Tucídides, narraban sucesos políticos y militares. Por el contrario, las obras que se ocupaban de forma especializada de temas genealógicos, locales, cronográficos, etc., a pesar de ser comparativamente mucho más numerosas que las anteriores y gozar de una gran aceptación pública (como reconoce Polibio en *Historias* IX 1), son conocidas de forma muy fragmentaria o por simples referencias.

La clasificación de Jacoby ha sido, no obstante, criticada por algunos estudiosos (últimamente por J. Marincola, 1999) como excesivamente esquemática y estática, pues ni es posible asegurar una progresión cronológica tan clara de los diferentes subgéneros, ni se pueden establecer diferencias formales o de contenido tajantes entre ellos. Asimismo, su tesis de que la historia local (*horografía*) se ha desarrollado después y a expensas de la gran historia de los Heródoto y Tucídides ha recibido recientemente la crítica de E. Porciani (2001). El estudioso italiano resta autoridad al controvertido pasaje de Dionisio de Halicarnaso (*Sobre Tucídides*, 5, 3) sobre la existencia de antiguas crónicas locales escritas previas a la gran historiografía griega, pero considera que sí ha habido una historia local en forma oral que se reflejaría en los *lógoi epitáphioi* de Atenas (discursos fúnebres que se pronunciaban anualmente en honor de los caídos en las guerras; como el que Tucídides pone en boca de Pericles en su *Historia de la guerra del Peloponeso* II 35-46) y que habría influido en el desarrollo de la historia griega de la segunda mitad del siglo V a. C.

1.3.3. Datación de los acontecimientos en la historiografía griega

Para nosotros, no constituye hoy ningún problema situar los acontecimientos en los años y siglos concretos. El astrónomo Dionisio el Exiguo, en el siglo VI,

por encargo del papa Juan I, elaboró la cronología cristiana de la historia humana estableciendo como hito fundamental la llegada de Cristo al mundo. Sitúa la fecha del nacimiento de Jesús de Nazaret el 25 de diciembre del 753 *ab urbe condita* (desde la fundación de Roma) y el comienzo de la era cristiana, ocho días más tarde (el 1 de enero del 754); es decir, el supuesto día de su circuncisión. Desde que se generaliza el uso de esa referencia, nos resulta fácil colocar los distintos sucesos históricos en una línea cronológica ininterrumpida que tiene como hecho clave el nacimiento de Cristo.

Los griegos, sin embargo, durante bastante tiempo anduvieron buscando una fecha significativa en relación con la que datar los hechos de su historia y a partir de la cual poder numerar los años. Helánico de Lesbos (siglo V a. C.), uno de los primeros cronógrafos, logró un importante avance al establecer la caída de Troya, que él situó entre los años 1192 y 1183 a. C., como momento clave desde el que contar por generaciones o por años. El historiador Timeo, en el siglo IV a. C., comienza a servirse del procedimiento de contar el tiempo por Olimpiadas, a partir de la supuesta fundación en el año 776 a. C. de aquellos certámenes y ritos que se celebraban en Olimpia cada cuatro años. Este sistema había sido ya propuesto por el sofista Hipias de Élide, quien, a finales del siglo V a. C., compiló una lista con los vencedores en las Olimpiadas. Como en los juegos olímpicos participaba la práctica totalidad de las ciudades griegas, tal cronología tenía la virtualidad de ser comprensible por todos. El ciclo de las Olimpiadas, sin embargo, no fue nunca empleado oficialmente por las ciudades, que solían tener sus propios listados de reyes o magistrados ordenados en el tiempo. Tampoco fue aceptado por los historiadores y cronógrafos hasta fines del siglo III a. C., quienes, en muchos casos, combinaron ambos sistemas de cómputo: analista desde la Guerra de Troya hasta la Primera Olimpiada y por Olimpiadas desde entonces.

Por otro lado, tanto en Grecia como en Roma el año llevaba el nombre de los magistrados. En Roma se designaba por los cónsules, en Atenas por el primer arconte, en Esparta por el primer éforo, etc. Por razones prácticas se confeccionaron y conservaron listas con los nombres de estos magistrados, dando origen así a un útil calendario y a los anales más rudimentarios. El citado Helánico de Lesbos, por ejemplo, en su empeño por establecer una crónica con cómputo por años y sin solución de continuidad desde el pasado mítico hasta los acontecimientos históricos del presente (véase epígrafe 2.4.1), no disponía más que de las listas oficiales de arcontes atenienses, las espartanas de los éforos, las de las sacerdotisas de Hera en el templo de Argos y algunas otras de vencedores de certámenes que, en ningún caso, se remontarían más allá del siglo VII a. C. Por ello, antes de la generalización del cómputo por Olimpiadas, los griegos y sus historiadores, para situar un acontecimiento, tenían que decir

que sucedió en el año o un año antes o un año después del arconte tal, generalmente el nombre del arconte llamado "epónimo", es decir, el que daba el nombre al año porque encabezaba los documentos oficiales: "Después de la travesía del Helesponto" –escribe Heródoto (VIII 51, 1)– "desde donde los bárbaros comenzaron su avance, después de haber permanecido en la zona durante un mes, que emplearon en pasar a Europa, los persas llegaron al Ática en otros tres meses, durante el arcontado de Calíades en Atenas".

Los cálculos de períodos de tiempo más largos transcurridos entre unos acontecimientos y otros se realizaban por generaciones (*géne*). Pero este sistema era muy impreciso, pues no todo el mundo daba a una generación la misma duración en años. De manera que, cuando un autor antiguo nos habla de que ha transcurrido un cierto número de generaciones entre un hecho y otro, tenemos dificultades para saber si se trata de generaciones de veintitrés, treinta y tres o cuarenta años, que de todas se usan. Es importante, así pues, conocer la manera en que el historiador sitúa cronológicamente los hechos de los que habla y la posible duración que da a las distintas generaciones. Piénsese que en un período de cincuenta generaciones oscilamos entre un mínimo de mil ciento cincuenta años y un máximo de dos mil.

El problema de la cronología no fue abordado realmente hasta Eratóstenes (276-194 a. C.), que fue quien fijó las fechas de las grandes épocas de la historia griega en la forma en que sería aceptada por los historiadores de la antigüedad tardía y del cristianismo. Pero el gran codificador de la cronología de la antigüedad fue Apolodoro de Atenas, en el siglo II a. C., que compendió en su obra desde el año 1184/3 (caída de Troya) hasta el 120/19 a. C. En él se basa Diodoro (*Biblioteca Histórica* I, 1, 5) para fechar los acontecimientos desde la toma de Troya y contar ochenta años hasta el retorno de los Heráclidas y trescientos veintiocho desde el retorno hasta la primera Olimpiada (para nosotros el año 776/5 a. C.), que, a su vez, sería el año de comienzo del período propiamente histórico de Grecia. Otro reputado cronógrafo del siglo I a. C., Cástor de Rodas (*FGrHist* 250), compiló en una misma tabla cronológica la historia asiria (desde Nino), de Sición (desde Egialeo), de Argos (desde Ínaco), de Atenas (desde Cécrope) y de Roma (desde Eneas) hasta el año 60 a. C., lo que resultó de una enorme utilidad para establecer las sincronías oportunas entre Asiria, Grecia y Roma.

1.4. La condición de historiador

Los requisitos del historiador deben ser, dice Luciano en su *Cómo se debe escribir la historia* (cap. 34), "inteligencia política" y "capacidad expresiva". Pero escribir

historia en Grecia no constituye una profesión. No se consideraba esencial ninguna formación específica para la actividad historiográfica, aunque sí fue practicada en numerosas ocasiones por personas que tuvieron relevancia política o militar y que trataron sobre hechos que ellos mismos habían vivido. Sería ése el motivo por el que muchos historiadores fueron desterrados voluntaria o forzosamente de sus ciudades. Fuera de sus lugares de origen escribieron, por ejemplo, Heródoto, Tucídides, Jenofonte, Ctesias, Teopompo, Filisto, Timeo y Polibio.

Tampoco la historiografía era una actividad escolástica. En realidad, el historiador actuaba aisladamente y, aunque era frecuente que su historia encontrase un continuador que retomara el relato de los hechos allí donde él los había dejado, éste podía ser de cualquier lugar sin que se presupusiese la existencia de una relación de escuela entre uno y otro. Así, Jenofonte, Teopompo y el autor desconocido de las *Helénicas de Oxirrinco* eligieron continuar a Tucídides; Posidonio y Estrabón comenzaron sus historias en el año en que terminaban las de Polibio, quien, a su vez, inició sus *Historias* en el año en que Timeo puso fin a las suyas, etc.; pero sus respectivas obras variaban no poco en método y perspectiva. El hecho es que, independientemente de las diferencias metodológicas o ideológicas individuales, muchos historiadores griegos unen cronológicamente sus obras con las de sus predecesores. La historiografía griega conformó así una especie de historia perpetua que comenzaba con las Guerras Médicas y continuaba hasta el fin del mundo griego antiguo con la emergencia del poder político de Roma, algo que, como veremos (véase epígrafe 1.6), tuvo su repercusión negativa en la conservación de muchas obras.

1.5. El público y la utilidad de la historiografía

Parece que los escritos de los comienzos de la historiografía tenían un destinatario y una finalidad muy concretos. Las descripciones de viajes y de regiones servían al propósito de crear nuevos asentamientos o de abrir nuevas rutas comerciales. Asimismo, las familias y grupos que gobernaban las ciudades-estado griegas de aquel momento encargaban a los logógrafos la composición de aquellos escritos que legitimaban ante los ciudadanos de su misma *pólis* o de otras *póleis* griegas su raigambre y antigüedad para el reclamo de privilegios o derechos de precedencia. El pasado debía proporcionar la explicación de un determinado estado de cosas o justificar una actividad presente (puede verse un ejemplo de esta "utilidad" del pasado en el discurso que Heródoto –*Historia* IX 27, 2-4– pone en boca de los atenienses en la disputa con los de Tegea por el orden de batalla en Platea).

A partir de Heródoto y de Tucídides, las cosas parecen distintas. La presencia constante del proemio justificativo de la importancia de lo que se va a contar nos lleva a sospechar que sus autores, a diferencia de los poetas, de los filósofos y de los oradores, no obtuvieron nunca un puesto reconocido en la sociedad. "Continuamente" –escribe Momigliano (1984: 107)– "debieron repetir la reivindicación de que sus historias eran o instructivas o agradables, o ambas cosas, por que la palabra 'historia' de por sí no sugería ni instrucción ni placer." El historiador, a diferencia del poeta, debía justificar la elección de un tema no sólo según criterios de grandeza, sino también según criterios de fiabilidad. De ahí también su interés por establecer, desde el principio, su credibilidad y autoridad; es decir, a su nombre, citado explícitamente en la obra, asociaban su competencia para narrar y explicar el pasado (véase Marincola 1997: 258; y sobre la función y origen de los proemios de la historiografía, en general, Porciani, 1997). Los historiadores habían elegido para sus obras asuntos que superaban las lindes de su ciudad. Trataban de las Guerras Médicas entre griegos y persas, de las Guerras del Peloponeso que implicaron a muchas ciudades en la lucha, de Egipto, de Mesopotamia, etc. Incluso aquellos que hicieron "historia local" nunca se limitaron a consignar exclusivamente los hechos del lugar en cuestión. Es este el enfoque "universalista" que tantas veces se ha destacado en la historiografía griega (véase Momigliano, 1984: 54-5), un enfoque destinado a lograr en el público el sentido de pertenencia a una comunidad no sólo cívica, sino también panhelénica por oposición a los pueblos bárbaros (Porciani, 1997: 63). Es significativo que los historiadores den junto a su nombre el de la ciudad de la que proceden (y no el nombre del padre, como era habitual): Heródoto de Halicarnaso o Tucídides de Atenas pretenden, firmando así su obra, dirigirse a todo el mundo griego.

De la misma manera tampoco los destinatarios finales de estas historias debían de ser los propios coetáneos, o, al menos, no solamente ellos. Tucídides, en los preliminares de su obra, es modélico en este sentido. Al mismo tiempo que tacha de poco útiles los recitados públicos de obras históricas (que seguían existiendo en la más pura tradición rapsódica), deja muy claro que su "escrito" constituye una "adquisición para siempre, más que una obra para ser escuchada en una ocasión concreta" (I 22, 4). El historiador ateniense consolida la concepción pragmática y trascendente de la historiografía al decidir escribir (no hablar) con el fin de que los beneficiarios fueran las generaciones venideras (véase Canfora, 1999: 296). Se renuncia, por lo tanto, en un alarde de trascendencia que no cabe sino admirar, a un provecho inmediato. El historiador tiene que escribir –en palabras de Luciano (*Cómo se debe escribir la historia* 39)– "tomando en consideración no a los actuales oyentes sino a quienes se

encontrarán con nuestra obra en el futuro", y, ya desde el comienzo, debe poner de relieve la utilidad de su obra (*Idem* 53).

La investigación histórica debía buscar las causas y los efectos de sucesos relevantes para que su conocimiento pudiera ser aplicado válidamente a los hechos tanto del pasado como del presente, y también del futuro. Este carácter paradigmático, ejemplar, era precisamente, para Isócrates, una de las razones principales para escribir y leer historia. Historiadores que se habían formado con él, como Éforo o Teopompo, cifran justamente en la enseñanza moral el objetivo de sus relatos. Es la concepción que está en la base de aquellas *historia vita memoriae et lux veritatis* e *historia magistra vitae* de Cicerón (*Sobre el orador* II 36) que tantas veces han sido citadas y aludidas como insignias para la historiografía antigua. No obstante, el hecho de que Luciano, en el siglo II, exhorte en su citada *Cómo se debe escribir la historia* a la objetividad en contra de los historiadores serviles (véase texto 2), es prueba de que la historiografía también servía para fines inmediatos, justificativos o propagandísticos. Plutarco, por ejemplo, escribió todo un panfleto contra Heródoto (*Sobre la malevolencia de Heródoto*) por haber desprestigiado la región de Beocia (Plutarco era de Queronea en Beocia), denunciando su "parcialidad". Y muchos historiadores locales y la mayoría de los historiadores de Alejandro y de los Diádocos fueron tachados de aduladores y poco fiables.

1.6. El corpus de los historiadores griegos

La literatura griega ha sufrido como pocas un proceso de selección, cuyas causas son numerosas y diversas. El azar o la simple preferencia práctica por compilaciones manejables frente a los voluminosos originales de algunas obras antiguas ha tenido su importancia. Pero fue la utilización de determinados autores u obras en las escuelas de la tardía antigüedad o en los monasterios europeos de la Edad Media la que ha condicionado, en gran medida, la conservación de un autor o de una obra en particular. Sólo las obras que interesaron, por diversas razones, para la enseñanza y el adoctrinamiento se copiaron, se pasaron en su momento del rollo al códice y han llegado hasta nosotros, sufriendo los avatares de una larguísima tradición manuscrita. Constituyen una importante muestra de esa selección las listas de autores "canónicos" para los diferentes géneros literarios que se establecieron ya en la época helenística. Por fortuna, los modernos hallazgos de antiguos papiros, en ciertos casos, han permitido ampliar nuestra información sobre obras de la literatura griega. Del resto tenemos bien sumarios o citas más o menos amplias y literales (que llamamos en la tradición

filológica "fragmentos"), bien simples referencias sobre su existencia (son los denominados "testimonios"), que aparecen recogidos –es menester advertirlo– en otras obras de muy diferentes características y propósitos a los originales referidos. Por ello, siempre se ha de contar con que el autor o el contexto pueden haber distorsionado el sentido original de las citas, algo que dificulta su interpretación y clasificación genérica.

Algunas citas son aceptablemente extensas. Forman parte, sobre todo, de las numerosas antologías y epítomes que circularon con fines escolares. Pero ciertos "fragmentos" están constituidos por una sola palabra, recogida y explicada por algún lexicógrafo o erudito interesado por un término poco frecuente o curioso, que, indirectamente, nos suministra en ocasiones una preciosa información acerca del estilo, la lengua o la estructura de la obra de la que se extrae. Hay momentos en los que tampoco es fácil decidir dónde comienza y finaliza un determinado "fragmento" en su contexto de cita, especialmente cuando se parafrasea y no se recoge el texto referido de manera literal; es éste uno de los más importantes problemas metodológicos con los que se enfrentan los editores de colecciones de obras fragmentarias.

Pues bien, el mismo proceso selectivo y los mismos problemas han afectado, como era de esperar, a la historiografía griega. Una de las listas canónicas de historiadores griegos más difundida (*FGrHist* 70, T 34) estaba integrada por Heródoto, Tucídides, Jenofonte, Filisto, Teopompo, Éforo, Anaxímenes, Calístenes, Helánico y Polibio. Pero, aun así, sólo la obra de los tres primeros nos ha llegado completa. Al resto de historiadores únicamente lo conocemos por epítomes, fragmentos o referencias indirectas y, en papiro, tenemos algunos trozos de unas denominadas *Helénicas de Oxirrinco* de autor desconocido. La visión un tanto teleológica de la historiografía, que tiene a Heródoto y a Tucídides y sus respectivas obras como máximos exponentes del género, debió provocar una brutal reducción del corpus de historiadores. Es decir, sólo eran estimados como auténticos historiadores aquellos que escribieron sus historias en la estela de Heródoto y de Tucídides, aquellos que trataban, con ciertas garantías de objetividad, asuntos políticos o militares de alcance con el propósito de que se pudieran extraer de la investigación de sus causas y efectos enseñanzas modélicas y ejemplares. Estaban ausentes, por ejemplo, los autores de historias locales y de aquellas obras que se han marcado con la poco rigurosa etiqueta de "historia anticuaria" (donde se incluían genealogías, fundaciones de ciudades, costumbres, cronografías, etc.). Pero, a veces, también se excluía a Polibio, posiblemente por su confesa despreocupación estilística. Y es que el estilo constituyó, igualmente, un factor importante en la conservación de determinadas obras historiográficas griegas: la victoria del aticismo, por ejemplo, sobre otras corrientes estéticas de la época helenística conllevó la

sobrevaloración y correspondiente difusión de escritores como Jenofonte frente a Duris, Filarco o el propio Polibio.

Por su parte, obras como la *Biblioteca Histórica* de Diodoro de Sicilia, compuesta en el siglo I a. C., que resumía y parafraseaba en un estilo agradable e impersonal la obra de muchos historiadores anteriores, debió de tener una gran responsabilidad en la desaparición de parte de la tradición historiográfica anterior. Pero también es posible que ese "canon reducido" de historiadores supervivientes responda a la exigencia práctica de construir un relato ininterrumpido de la historia pasada, de manera que se prefieren los autores cuyas obras ocupan un período amplio de tiempo y admiten una correlación cronológica. Un autor se convierte en el referente para una época determinada, los demás se desechan; y entre todos los admitidos como referentes conforman una especie de manual de historia que abarca todas las épocas que interesan. Un rétor como Elio Aristides, por ejemplo, cuando resume la historia de Atenas en el *Panatenaico*, parafrasea sin solución de continuidad a Heródoto, Tucídides y Jenofonte, si es que él mismo no utilizaba ya alguna de esas colecciones de epítomes y paráfrasis tan del gusto helenístico y al uso de las escuelas de retórica.

Al final, lo que nos ha quedado de la historiografía griega ha sido la obra completa de un reducidísimo número de autores y una impresionante colección de fragmentos y testimonios de otros muchos historiadores. En conjunto, tan sólo nos ha llegado una cuadragésima parte de la producción total; lo que quiere decir que, si lo que se ha conservado viene a ocupar en las ediciones al uso una extensión de unas diez mil páginas, la totalidad de lo producido, de haberse transmitido, ocuparía unas cuatrocientas mil. Una idea de enorme pérdida nos la puede suministrar la monumental recopilación de Felix Jacoby que, como hemos dicho, está integrada por una nómina de 856 autores de cuyas obras sólo tenemos testimonios o fragmentos, y Jacoby sólo llegó a completar las tres quintas partes del plan anunciado.

Es difícil, pues, reconstruir la totalidad del corpus de la historiografía griega tal y como ésta existió. En este libro, por lo tanto, se tendrán en cuenta, sobre todo, los autores y obras que se han conservado y transmitido más completas y que más han influido sobre la tradición occidental. Intentaremos acercarnos a ellos desde su propio contexto vital y desde sus obras, con el fin de mostrar sus rasgos peculiares y su particular contribución al desarrollo de la historiografía en Grecia.

Capítulo 2 De la racionalización del mito al relato de viajes. Los logógrafos

LOS HOMBRES PRIMERO cuentan historias, luego piensan sobre ellas. Durante largo tiempo, los griegos consideraron que su pasado histórico era el que reflejaban sus mitos y sus leyendas heroicas (véase epígrafe 1.1). La literatura se había encargado, además, de esquematizar y fijar las más importantes sagas míticas. No es tarea fácil descubrirlo, pero detrás de muchos de esos mitos, que se nos han transmitido por obra, sobre todo, de los poetas épicos, se pueden atisbar huellas de lejanos procesos históricos. Piénsese, por ejemplo, en los egipcios Cécrope en Atenas y Dánao en Argos, o en el fenicio Cadmo en Tebas. Son héroes fundadores de importantes ciudades griegas en cuya leyenda se esconde un vago recuerdo del aflujo de elementos mediterráneos sobre zonas de influencia primordialmente indoeuropea.

Pues bien, fueron los llamados logógrafos quienes hacia el siglo VI a. C. se aplicaron en escudriñar todo ese marasmo de leyendas heredadas con el objetivo de reescribir el pasado de los griegos (sigue siendo válida, con carácter general, la monografía de L. Pearson, 1939). Su actitud crítica, la misma que llevó a los primeros filósofos jonios a buscar la causa y el origen de los procesos naturales en la propia naturaleza al margen de esquemas míticos, llevó a estos primeros historiadores a rectificar los mitos de la tradición y, al hacerlo, intentaron una explicación más racional para los hechos del presente y del pasado, haciendo retroceder a los dioses para dar a los hombres más espacio y mayor protagonismo.

El logógrafo, en fin, es ya un historiador individualizado, que no se limita a repetir un caudal heredado de conocimientos, sino que comienza a indagar personalmente los datos y a someterlos a comprobación. Procura ordenarlos, luego, según su propia concepción del proceso histórico y se aplica, por último, a expresarlos por escrito, utilizando no el verso, sino la prosa, algo a lo que no es ajeno la extensión y popularización que experimentó la escritura a partir del siglo VI a. C. y la pérdida del valor activo del mito –más próximo al mundo de la oralidad– en el nuevo género.

La historiografía, pues, nacerá como investigación, como búsqueda de los hechos, como dilucidación de la verdad según los criterios al alcance en el momento; pero nacerá también como relato en prosa ordenado y compuesto por un logógrafo, sin cuya labor, no siempre suficientemente reconocida, no se comprendería el desarrollo posterior de la historiografía griega (véase texto 3).

Apenas nos han llegado los nombres y algunos escasos fragmentos de esos logógrafos o *logopoioí*, que procedían de distintas ciudades griegas y que vivieron entre los siglos VI y V a. C. Dionisio de Halicarnaso, polígrafo griego del siglo I a. C., conocía un número considerable de "esos escritores en prosa anteriores a Heródoto y a Tucídides", que, aunque vaga, es la mejor definición que se puede dar del término "logógrafo". En su tratado *Sobre Tucídides* (5, 1-4), menciona como "historiadores arcaicos anteriores a la Guerra del Peloponeso" a Eugeón de Samos, Deioco de Proconeso, Eudemo de Paros, Democles de Figela, Hecateo de Mileto, Acusilao de Argos, Caronte de Lámpsaco y Meleságoras de Calcedonia; "poco anteriores a la Guerra del Peloponeso y que alcanzaron a vivir hasta el tiempo de Tucídides" serían Helánico de Lesbos, Damastes de Sigeo, Jenomedes de Quíos, Janto de Lidia y "otros muchos". Algunos de estos nombres nos son completamente desconocidos y de los demás sólo tenemos fragmentos citados por autores interpuestos. Los que realmente existieron serían aquellos con quienes a veces polemiza Heródoto (véase, por ejemplo, II 16, 1), que sólo cita expresamente a Hecateo (y únicamente en cuatro ocasiones), y a quienes Tucídides critica llamándolos "logógrafos" (entre los que incluye seguramente al propio Heródoto) y considerándolos escritores que componen *lógoi* o relatos llenos de cosas increíbles más para agradar el oído de sus destinatarios que para descubrir la verdad de los hechos (I 21, 1).

Lo cierto es que bajo esa imprecisa denominación de "logógrafos" se halla un grupo heterogéneo de escritores que se dedicaron unos a poner orden en los datos de la tradición para la composición de genealogías y relatos de fundación de ciudades; y, otros, a consignar por escrito las características geográficas de las regiones que visitaban y las costumbres de las gentes que las habitaban.

2.1. Logógrafos de genealogías y relatos de fundación

Los logógrafos llevaban a cabo, en este caso, investigaciones para descubrir el pasado de las familias o de las ciudades con el objetivo puesto en remontar su origen hasta el pasado más remoto. En esa labor, el escritor, a falta de otra información más objetiva, echa mano de los viejos mitos, pero no de forma acrítica. Las tradiciones míticas, ya bastante codificadas por Homero, Hesíodo y los autores del ciclo épico, eran el único cordón umbilical que permitía la relación con el origen y llenar el vacío que se produjo tras la caída del mundo micénico. Pero el logógrafo escrutaba, analizaba y ordenaba convenientemente esas tradiciones, seleccionando aquellos hechos que mejor se adecuaran a su propósito y desechando o modificando lo que pudiera ser tachado de inverosímil.

A los mitos se les aplica la nueva actitud crítica, unas veces para armonizarlos con lo verosímil, otras para arrancarles historicidad y para situarlos, en todos los casos, en una secuencia temporal que hiciera posible la elaboración de genealogías que conectasen los personajes de la mitología con hombres y ciudades del momento. La preocupación de estos primeros historiadores era remontarse a los orígenes para insertar sucesos del pasado legendario y sucesos más recientes en la continuidad de una cronología homogénea. El resultado de todo este esfuerzo de "historización" del mito fue una sucesión temporal sin interrupciones que hace de los héroes de la leyenda los fundadores reales del presente. Obras cronográficas tardías como el llamado *Mármol de Paros* (véase cuadro 2.1) o la *Crónica* de Cástor de Rodas (*FGrHist* 250), que ha conservado para nosotros la única lista de reyes legendarios de Atenas (fuente, a su vez, de la influyente *Crónica* de Eusebio de Cesarea), tienen una indudable deuda con estos primeros estudiosos del pasado.

Se ha destacado el esfuerzo llevado a cabo, en esta línea, por Hecateo de Mileto, primero, y por Helánico de Lesbos, ya en pleno siglo V a. C., en la composición de sus genealogías. Son los dos logógrafos más conocidos. Pero, antes de hablar de ellos, es preciso citar el trabajo realizado por Acusilao de Argos, Ferécides de Atenas y otros autores de relatos de fundaciones.

2.1.1. Acusilao de Argos

Acusilao de Argos, cuyos testimonios y fragmentos aparecen editados con el número 2 en la colección de Jacoby (*FGrHist* 2), debió de vivir entre el final del siglo VI y la primera mitad del siglo V a. C. De él se citan unas *Genealogías* o *Historias* divididas en tres libros. Con el interés puesto en su Argos natal,

Cuadro 2.1. *Cronografía del Mármol de Paros* (FGrHist 239)

Esta interesantísima crónica de autor anónimo, esculpida en mármol hacia mediados del siglo III a. C. (hoy en el Ashmolean Museum de Oxford), se debió de nutrir de las investigaciones genealógicas y de los sincronismos realizados por los logógrafos; sobre todo de aquellos que, como Helánico de Lesbos y los "atidógrafos" (véase apartado 8.1) que siguieron su estela en el siglo IV a. C., colocaron a Atenas en el centro de interés. Abarca el período que va desde el primer rey ateniense, Cécrope (1581/0 a. C.), hasta el arcontado del ateniense Diogneto, en el año 264/3 a. C., en una sucesión de personajes y acontecimientos en la que se mezcla, sin discriminación, lo mítico y lo histórico. El compilador anónimo establece en su crónica el número de años que ha transcurrido desde el hecho en cuestión hasta el arcontado de Diogneto. El diluvio de Deucalión, por ejemplo, se sitúa a 1.265 años de dicho arcontado, es decir, en el año 1528/7 a. C.; la invención del cultivo del cereal por Deméter en el año 1409/8 a. C., la caída de Troya en el año 1209/8 a. C., etc. He aquí algunos de los hechos que cataloga hasta el año de la toma de Troya, una fecha clave en la cronología para los griegos:

1. Desde que Cécrope reinó en Atenas y se llamó Cecropia el lugar llamado antes Ática por Acteón, que era originario de allí, 1.318 años (1581/0 a. C.).

2. Desde que Deucalión reinó junto al Parnaso en Licoria cuando Cécrope era rey de Atenas, 1.310 años (1573/2 a. C.).

3. Desde que fue el juicio en Atenas entre Ares y Poseidón, por causa de Halirrotio, hijo de Poseidón, y el lugar fue llamado Colina de Ares, 1.268 años, cuando Cránao era rey de Atenas (1531/0 a. C.).

4. Desde que fue el diluvio en tiempos de Deucalión y Deucalión huyó de las lluvias yendo de Licoria a Atenas junto a Cránao y erigió el templo de Zeus Olímpico e hizo sacrificios por su salvación, 1.265 años, cuando Cránao era rey de Atenas (1528/7 a. C.). [...]

11. Desde que Minos el primero reinó en Creta y fundó Apolonia y el hierro fue descubierto en el Ida por Celmis y Damnameneo de los Dáctilos Ideos, 1.242 años, cuando Pandión era rey de Atenas (1431/0 a. C.).

12. Desde que Deméter llegó a Atenas e inventó el cultivo del cereal y se celebraron los primeros festivales que preceden a la labranza, bajo instrucción de Triptólemo, hijo de Celeo y de Neera, 1.146 años, cuando Erecteo era rey en Atenas (1409/8 a. C.). [...]

20. Desde que Teseo fue rey de Atenas y juntó las doce ciudades en una y les dio constitución y democracia, [...] de Atenas y después de matar a Sinis fundó los juegos Ístmicos, 995 años (1259/8 a. C.).

21. Desde la invasión del Ática por las Amazonas, 992 años, cuando Teseo era rey de Atenas (1256/5 a. C.).

22. Desde que los argivos marcharon contra Tebas con Adrasto y fundaron los juegos en Nemea [...], 987 años, cuando Teseo era rey de Atenas (1251/0 a. C.).

23. Desde que los griegos marcharon contra Troya, 954 años, cuando Menesteo era rey de Atenas en su año decimotercero (1218/7 a. C.).

24. Desde que Troya fue tomada, 945 años, cuando Menesteo era rey de Atenas en su año vigesimosegundo, en el séptimo día antes del final del mes Targelión (1209/8 a. C.). [...]

buscaba establecer con ellas una línea sucesoria ininterrumpida desde el origen del mundo (cosmogonía) y de los dioses (teogonía) hasta el nacimiento del primer hombre, Foroneo, que habría sido también –y no por casualidad– el primer rey humano de Argos y progenitor de las estirpes reales del Peloponeso. Miceneo, en efecto, el héroe que fundó la ciudad de Micenas, sería hijo de Espartón y nieto de Foroneo (*FGrHist* 2, F 24); a su vez, Argo es nieto de Foroneo a través de la unión de Níobe, hermana de Espartón, con Zeus (*FGrHist* 2, F 25a). En esta genealogía Acusilao parece reflejar el conflicto Argos-Esparta-Micenas que dominó la historia de la Argólide en el siglo VI a. C. y, además, a Argos le asigna como héroe epónimo al primero de los hijos que tuvo Zeus con una mortal. El motivo genealógico adquiere, pues, significado "político" (véase epígrafe 1.2).

Aunque deudor de Hesíodo, sobre todo en la parte cosmoteogónica de su obra, le vemos aplicar un criterio selectivo sobre la tradición cuando elabora la genealogía de Foroneo (para la que seguramente se sirvió también del poema épico titulado *Forónida*) e inserta en ella a los héroes epónimos de las grandes ciudades del Peloponeso; cuando resuelve hechos inverosímiles de algunos mitos; cuando sincroniza sucesos y personajes míticos aislados, y, en el plano más formal, cuando presenta esos sucesos y personajes sin los epítetos que les estaban consagrados por la tradición poética.

A partir de los fragmentos que de él conservamos se pueden extraer escasas conclusiones con respecto a su lengua y estilo narrativo. Dionisio de Halicarnaso, en el párrafo antes citado de su tratado *Sobre Tucídides*, habla de todos los logógrafos en general cuando dice que "prefirieron usar un mismo dialecto y cultivar un mismo estilo: claro, común, puro, conciso y adecuado a los contenidos, sin exhibir artificio retórico alguno". Ciertamente, el dialecto es el jonio; pero un jonio en el que aparecen mezcladas formas procedentes de la lengua común con las expresiones más poéticas. En cuanto al estilo, predomina el llamado "estilo paratáctico", de frases cortas unidas mediante partículas coordinativas o entrelazadas por la repetición en cada frase de alguna palabra. Estilo paratáctico y dialecto jonio, independientemente del lugar de procedencia del logógrafo, son características principales de estos primeros testimonios de prosa literaria en Grecia, rasgos que se formalizarán hasta el punto de que autores posteriores los imitarán en una consciente elección de género y estilo.

A Acusilao acudieron, en fin, en busca de datos de carácter mitográfico, escritores tardíos como Filodemo de Gádara, Apolodoro –el autor de la *Biblioteca mitológica*– o los escoliastas o comentaristas, especialmente alejandrinos, de autores como Homero, Hesíodo o Apolonio de Rodas. Es interesante notar que la obra de los logógrafos, tanto la mitográfica como la geoetnográfica, apenas

se cita en los siglos V y IV a. C., seguramente porque no pudieron competir ni en consideración ni en calidad con los productos de los trágicos, oradores, filósofos e historiadores atenienses. A los escritores alejandrinos, que inventaron la "filología", les atraía ese tipo de obras anticuarias, cuyo conocimiento les podría provenir directamente de sus propias ciudades de origen y en las que hallaban versiones diferentes de las aportadas por los autores canónicos (Pearson, 1939: 11-12).

2.1.2. *Ferécides de Atenas*

Ferécides de Atenas (*FGrHist* 3) vivió en torno a la primera mitad del siglo V a. C. y es considerado el primer escritor ateniense en prosa. A él se le atribuye, como a Acusilao, la composición de una obra genealógica, a la que se ha dado el título de *Historias,* en diez libros. Pero, a diferencia del logógrafo de Argos, Ferécides no comienza con una cosmogonía ni una teogonía, sino que se limita a establecer la genealogía de los héroes de la tradición mítica, llevando su ascendencia hasta los dioses y su descendencia, y esto es lo interesante, hasta personajes de su tiempo y de su ciudad. Ferécides tenía el mismo interés que Acusilao por incorporar la saga heroica de su ciudad en el conjunto de la historia mítica de los griegos. Parece que es el primero en ocuparse de las leyendas del Ática y, en particular, de Teseo, el héroe ateniense por excelencia, de su gloriosa lucha contra las Amazonas y de sus salvíficas hazañas en Creta (véase texto 33).

El fragmento 2, que es una cita directa de Ferécides transmitida por Marcelino, autor de la *Vida de Tucídides*, es un ejemplo de lo que debió de ser tanto en el contenido como en la forma esa especie de catálogo mitográfico del logógrafo ateniense. En el contenido, Ferécides establece el árbol genealógico de los Filaidas, una destacada y rica familia de Atenas. El héroe progenitor es Áyax, que sería el padre de Fileo. La lista de descendientes se detiene nada menos que en Milcíades I, "el viejo", que es tío de Milcíades II, "el joven", futuro héroe vencedor de Maratón frente a los persas, y entre los ilustres miembros de la familia figura también el fundador de las Panateneas, fiestas por antonomasia de Atenas. En la forma, el estilo es el ya comentado estilo paratáctico: frases muy breves y de estructura sintáctica muy sencilla, típica, por lo demás, de los catálogos.

La obra de Ferécides corrió la misma suerte que la de Acusilao: sólo el afán anticuario de la época helenística la rescató para ser presentada como autoridad en los escolios (especialmente de las *Argonáuticas* de Apolonio de Rodas y

de los *Aitia* de Calímaco) y en el catálogo mitográfico que conocemos con el título de *Biblioteca mitológica* atribuida a Apolodoro.

2.1.3. *Relatos de fundaciones de ciudades* (ktíseis)

Son obras dedicadas a la historia de la fundación de alguna ciudad, fruto la mayoría de las ocasiones de la colonización. Muchos de esos relatos se encargaron y publicaron en un momento en que las ciudades griegas, sobre todo en Asia Menor, buscaban su autoafirmación y pretendían la independencia del poder persa (véase epígrafe 1.2). Se buscaba retrotraer la fundación de la ciudad hasta la época de los héroes para justificar su antigüedad y su relación con los orígenes ancestrales de los griegos.

Conocemos los títulos y poco más de las obras en prosa de Cadmo de Mileto y de Ión de Quíos. También a Helánico de Lesbos, como veremos (véase epígrafe 2.4), se le atribuye una obra titulada *Fundaciones de Ciudades*, una especie de compendio de escritos alusivos al tema compuestos por otros logógrafos.

La obra de Cadmo de Mileto (*FGrHist* 489), autor con nombre fenicio de cuya existencia real se ha dudado, llevaba por título *Fundación de Mileto y de toda Jonia;* se sitúa cronológicamente en pleno siglo VI a. C. y es considerada por Plinio (*Historia natural* VII, 205) como la primera obra de carácter histórico.

Ión de Quíos, de familia aristocrática, vivió entre los años 480 y 422 a. C. Se le cita como filósofo y es más conocido como autor de tragedias y ditirambos; pero se le atribuye también un relato en prosa titulado *Fundación de Quíos* y unas *Epidemíai*, una especie de memorias de sus viajes, que pasa por ser la primera obra autobiográfica de Occidente. Los escasos fragmentos que conservamos de su obra están editados en el número 392 de la colección de Jacoby (*FGrHist*).

Tampoco conocemos exactamente el contenido de los escritos de Antíoco de Siracusa (*FGrHist* 555), uno de los más antiguos autores de historias de la Magna Grecia (véase epígrafe 8.2). A él se le atribuyen dos títulos (quizá partes de una misma obra): *Sikeliká* (*Relatos o Historia de Sicilia*) y *Perì Italías* (*Sobre Italia*); la primera comprendía nueve libros; la segunda, uno. Parece que sus historias comenzaban en los tiempos del rey mítico Cócalo y llegaban hasta el congreso de Gela del año 424 a. C. (*FGrHist* 555, T 3). De ellas sólo tenemos unos pocos fragmentos referidos a la fundación de diversas colonias griegas en el sur de Italia (Crotona, Metaponto, Tarento, etc.). Por su carácter metodológico, quizá el texto más interesante conservado sea el fragmento 2, procedente

del proemio de *Perì Italías*. Antíoco afirma en él que ha escrito tomando "de los relatos antiguos lo más creíble y fiable", lo que indica que el siracusano llevó a cabo una selección cualitativa de las fuentes y no una simple transmisión de la tradición histórica. Se sospecha que de la obra de Antíoco habría sacado Tucídides los datos para la narración, en el libro VI de su *Historia de la guerra del Peloponeso*, de la historia antigua de Sicilia y la fecha de la fundación de Siracusa, la más importante colonia griega en la isla. Es también probable que Filisto, otro historiador de Siracusa del siglo IV a. C., lo utilizara en los primeros libros de su *Historia de Sicilia* (véase epígrafe 8.2).

2.2. Logógrafos de obras geoetnográficas y relatos de viajes

Tampoco poseemos más que el nombre y algunos fragmentos de logógrafos como Damastes de Sigeo (*FGrHist* 5), Dionisio de Mileto (*FGrHist* 687), Caronte de Lámpsaco (*FGrHist* 262 y 687b), Escílax de Carianda (*FGrHist* 709) o Janto de Lidia (*FGrHist* 765), representantes de ese grupo de expedicionarios, favorecidos por las circunstancias históricas, que escribieron en prosa las informaciones sobre las tierras y los pueblos que conocieron durante sus viajes y a quienes casi siempre se les atribuye, además, la composición de unos *Relatos de Persia* o *Persiká* (véase epígrafe 1.2). Con razón o sin ella, el citado Dionisio de Halicarnaso (*Sobre Tucídides* 5) consideraba que estos logógrafos eran anteriores a Heródoto.

De Damastes de Sigeo, en efecto, sólo sabemos que compuso hacia mediados del siglo V a. C. unos *Relatos de Persia* (*Persiká*) y un *Catálogo de pueblos y ciudades* que, por sus fantasías y errores, mereció el interés y la crítica de autores tardíos como Eratóstenes, Estrabón o Plinio el Viejo.

A Dionisio de Mileto, un personaje probablemente espurio a quien se hace contemporáneo de Hecateo, el léxico bizantino llamado de la *Suda*, del siglo X (no siempre una autorizada fuente de información), le concede el privilegio de ser el primer historiador y le atribuye, entre otras obras, una *Periégesis* y dos escritos (posiblemente dos partes de la misma obra) que titula *Relatos de Persia* (*Persiká*) y *Sucesos después de Darío* (*Tà metà Dareîon*), que habrían sido la fuente principal de Heródoto.

Caronte de Lámpsaco realizó su actividad logográfica en la primera mitad del siglo V a. C. y fue el autor, según la *Suda*, de unos *Relatos de Persia* (*Persiká*) en dos libros, de varias obras más de carácter etnográfico (sobre Grecia, Etiopía, Creta, etc.), de una crónica de su propia ciudad (*Hôroi* o *Anales*) y de un *Periplo*.

Escílax de Carianda es uno de los primeros autores que hicieron de las elementales formas del periplo obras más elaboradas que dieron origen a un subgénero literario con testimonios a lo largo de toda la literatura antigua (véase Gómez Espelosín, 2000). Son auténticos relatos de viajes que contenían, además de las útiles y esperadas descripciones geográficas, noticias sobre el género de vida de los habitantes e, incluso, elementos fabulosos extraídos de la tradición griega o indígena. Por encargo del rey Darío I, a finales del siglo VI a. C., Escílax habría realizado un viaje de exploración por los mares del Sur, desde el Indo hasta el golfo de Arabia, previo a su conquista por el persa. No era, pues, un viaje desinteresado el de Escílax de Carianda, elegido por el monarca persa porque, según Heródoto, "le ofrecía garantías de que iba a contar la verdad". Heródoto, que es quien nos suministra la información al respecto, dice que, gracias a los resultados de la exploración, Darío sometió a los indios y utilizó las rutas de ese mar (IV 44). Es muy probable que Escílax no se limitara, sin embargo, a redactar su informe para el rey persa, sino que habría compuesto todo un relato de su viaje. El léxico de la *Suda* le atribuye dos obras: *Periplo fuera de las Columnas de Heracles* y *Descripción de la tierra*. Las referencias a estas obras proceden, como siempre, de autores tardíos y, en especial, de geógrafos como Estrabón. De su fama como explorador da cuenta, no obstante, el hecho de que figure como autor de un periplo muy posterior, seguramente del siglo IV a. C., que describe en forma escueta las costas mediterráneas.

Janto, un lidio helenizado natural de Sardes, se interesó, en fin, por la religión persa en sus *Relatos sobre los magos* (*Magiká*) y escribió unos *Relatos de Lidia* (*Lydiaká*) que, según el historiador Éforo (y esto nos lo cuenta Ateneo en el siglo II), fue utilizada por Heródoto. Si hemos de creer estos testimonios, Heródoto habría sido el principal beneficiario de todos estos escritos sobre pueblos implicados en su *Historia*, un hecho que, además, explicaría el olvido de aquellas obras hasta su recuperación por el gusto anticuario de la época helenística.

2.3. Hecateo de Mileto

Hecateo de Mileto es, ciertamente, el más importante de los logógrafos; por lo menos es el mejor conocido. De nuevo, lo que conservamos de su obra son sólo fragmentos, unos trescientos setenta, de los que muy pocos son citas literales. Son suficientemente ilustrativos, no obstante, de las diversas orientaciones temáticas y formales que tuvo la logografía jonia. La racionalización y expurgación del mito, el relato de viajes, las descripciones geográficas y de los modos de vida de los pueblos que visitaba, la forma en prosa y el estilo paratáctico de

sus escritos confluyen, en efecto, en este autor jonio que vivió aproximadamente entre los años 560 y 480 a. C. Él fue, en realidad, el gran precursor de la historiografía entre los griegos. Por ello es el autor cuyos fragmentos edita y comenta Jacoby en primer lugar (*FGrHist* 1).

Hecateo pertenecía a la aristocracia de Mileto; seguramente por ello, según el testimonio de Heródoto (V 36 y 124-126), interviene activamente en la planificación de la revuelta de las ciudades jonias ante el dominio persa entre el 500 y el 495 a. C. Pero nos parece más significativo ese otro testimonio de Heródoto (II 143) que sitúa a Hecateo de viaje en Egipto, vanagloriándose ante los sacerdotes por la antigüedad y procedencia divina de su linaje:

> Cuando Hecateo contó su genealogía y la remontó hasta un dios como su decimosexto antepasado, los sacerdotes le opusieron la suya con la enumeración de sus estatuas, no admitiéndole que un hombre hubiese nacido de un dios. Decían que cada una de sus estatuas era un *piromis* nacido de otro *piromis*; su número era de trescientos cuarenta y cinco y la línea no ascendía ni a un dios ni a un héroe (por cierto que *piromis* significa en lengua griega "hombre cabal") (Heródoto II 143).

2.3.1. *Las* Genealogías

Probablemente, esa respuesta que recibió de los sacerdotes egipcios le hizo dudar de sus convicciones y le motivó a escribir la primera crítica que conocemos sobre la calidad de las fuentes en la reconstrucción del pasado. Es la tan citada declaración de principios del proemio que Hecateo escribió para una de sus obras, *Genealogías*, una especie de enciclopedia escrita en prosa donde se ordenaba, atendiendo a la sucesión de los linajes, la tradición mítica sobre las diversas sagas heroicas (los hijos de Deucalión, los Argonautas, los descendientes de Dánao, Heracles y los Heráclidas, la saga tebana, etc.). Dice el proemio, tantas veces citado:

> Así habla Hecateo de Mileto: voy a escribir lo que es la verdad, según me parece a mí; pues las historias contadas por los griegos son, me parece a mí, contradictorias y ridículas (*FGrHist* 1, F 1).

Es la primera vez en la literatura griega que se reivindica para el relato de los acontecimientos una exigencia de verdad o, mejor, de verosimilitud. Además, frente a lo que ocurre en otras tradiciones historiográficas, se declara explícitamente que la verdad se fundamenta en la autoridad y en el juicio que pro-

viene de la indagación de quien relata: "Voy a escribir lo que es la verdad, según me parece a mí", dice Hecateo. Es el método en el que se fundamentará, a partir de este momento, la actividad historiográfica de los griegos. Sólo habrá que desviar el objeto de la investigación hacia lo exclusivamente humano y asegurar sobre fundamentos sólidos el criterio de verdad para lo narrado (véase epígrafe 1.3).

Pero lo cierto es que en esos cuatro libros de *Genealogías* o *Historias de héroes* el poder de la tradición legendaria era todavía grande; lo trascendente, sin embargo, es que Hecateo intentó configurar y ordenar de otro modo ese pasado heroico griego. No parecía dudar de que las tradiciones heroicas conservaban el recuerdo de personajes que habían existido realmente (como Heracles) o de hechos que habían sucedido de verdad (como la Guerra de Troya). Pero su "investigación" *(historíe)* le llevó a comparar las diferentes tradiciones para esclarecer las relaciones entre las diversas sagas heroicas y establecer sincronías entre ellas. Con su método genealógico, aunque no pudo desprenderse del mito, atenuó el elemento maravilloso y sobrenatural y comenzó a tomar cuerpo una sucesión cronológica creíble basada en el cálculo de las generaciones a partir de Heracles. Y esto lo haría no por simple afán erudito, sino llevado por el mismo interés práctico del resto de los logógrafos. Hecateo, miembro de una familia aristocrática de la ciudad jonia de Mileto, habría intentado en sus *Genealogías* poner orden en el intrincado y, a veces, contradictorio, mundo de las tradiciones. Con ello facilitó el trabajo a aquellas familias aristocráticas, la suya entre otras, que persiguieran esa legitimación política que procede del abolengo en una ciudad como Mileto agitada por las tensiones sociales propias de la época.

Su actitud crítica ante la tradición le permite corregir, por ejemplo, aquella leyenda que refiere que Heracles, en cumplimiento de uno de sus "trabajos", ascendió del Hades por el cabo Ténaro y que por allí sacó el "perro del infierno". Éstas serían las narraciones ridículas de las que habla Hecateo. No hay que rechazarlas por irreales, sino interpretarlas de otro modo para hacerlas más creíbles. Al no existir a través de la cueva un camino que lleve bajo tierra y como lo del "perro del Hades" no le convence del todo, Hecateo ofrece, en contra incluso del testimonio de Homero, una explicación verosímil y dice que el tal perro debió de ser una serpiente que vivía en las cercanías del Ténaro y que se llamaba así porque "el que por ella fuera mordido, perecería inmediatamente por la fuerza del veneno. Esta serpiente sería la que Heracles llevó a Euristeo" (*FGrHist* 1, F 27).

Se ha discutido el alcance de esa crítica racionalista del mito realizada por Hecateo, pues no siempre su exposición está exenta de elementos maravillosos. Pero hay que valorar en su justa medida la labor de este logógrafo jonio.

Su mentalidad crítica y su exigencia de verdad, en una época en la que la edad mítica era todavía considerada historia por muchos, le llevó a expurgar el mito y a insertarlo en un flujo continuo espacio-temporal. Es la misma actitud que dio origen, no mucho tiempo después, a la historiografía en el sentido de una exposición razonada y causal de los sucesos en el mundo real (Meister, 1998: 21).

Los escasos fragmentos que tenemos de estas *Genealogías* proceden, sobre todo, de escolios y del lexicógrafo del siglo VI, Esteban de Bizancio. Seguramente se le cita más por el valor de la antigüedad de Hecateo que por su autoridad en mitografía, puesto ocupado por Helánico de Lesbos (véase epígrafe 2.4). Es significativo que Apolodoro, el autor de la *Biblioteca mitológica,* no aluda a Hecateo ni una sola vez.

2.3.2. *La* Periégesis

La fama de Hecateo en la antigüedad se debe más a su condición de viajero atento y a que fue autor de una *Periégesis* o *Descripción de la tierra.* Los casi trescientos fragmentos conservados de ella, frente a los treinta y cinco de las *Genealogías,* prueban que interesó más su labor geoetnográfica que su racionalismo mitográfico.

Se le atribuye, en esta línea, la confección de una carta geográfica, parte probablemente de su obra *Contorno de la tierra* (*Períodos Gês*), que según Estrabón (*Geografía* I 1, 11) perfeccionaba el realizado anteriormente por Anaximandro. El mapamundi de Hecateo debía de tener un diseño circular. Las regiones conocidas (Asia, Europa y Libia-África) ocuparían segmentos aproximadamente iguales, agrupadas en torno al mar Egeo y rodeadas por el Océano. Ésta es la división continental que Heródoto (IV 36) criticará por inverosímil.

Pero su obra más renombrada, probablemente muy utilizada por Heródoto, fue la *Periégesis,* que dividió en dos libros, uno dedicado a "Europa" y otro a "Asia", para cuya elaboración contó no sólo con los datos suministrados por su propia experiencia viajera, sino también con informaciones indirectas cuya procedencia resulta difícil precisar. Su descripción sigue una ruta circular costera, a la manera de los periplos: comienza en la Península Ibérica, sigue con las costas de Europa hasta el Bósforo y contornea el Mar Negro; a continuación, describe Asia Menor, Egipto y Libia y cierra el círculo, de nuevo, en las columnas de Heracles. Cuando Estrabón, a finales del siglo I a. C., acomete una obra semejante, realiza el mismo circuito y sigue el mismo orden de exposición.

A juzgar por los fragmentos conservados, Hecateo no se limitaba a describir las zonas costeras; se adentraba por los cursos de agua y daba informaciones acerca de las regiones del interior hasta sus confines. A las descripciones de carácter geográfico de ciudades, puertos, montañas y ríos sumaba informaciones sobre sus habitantes, sus formas de vida e incluso sus orígenes históricos o legendarios. No hay, sin embargo, huellas de que Hecateo se hubiera ocupado también de la historia sucesiva de los pueblos consignados.

Con la obra de Hecateo, la historiografía, puede decirse, no ha encontrado todavía el objeto de estudio que le será más propio: los sucesos puramente humanos; pero sí ha definido ya el método (la investigación personal, *historía*), la forma (la prosa) y el dialecto básico (el jonio).

2.4. Helánico de Lesbos

Helánico de Lesbos es el logógrafo del que tenemos más cantidad de datos biográficos, indicio del interés que suscitó este polifacético personaje en la antigüedad y de la influencia de sus numerosas obras, de las que se han conservado unos doscientos fragmentos (*FGrHist* 4; traducidos al español por J. J. Caerols). Se dan, incluso, fechas precisas para su nacimiento (480 a. C.) y su muerte (395 a. C.). El léxico de la *Suda* nos informa de que Helánico

> Vivió con Heródoto en la corte de Amintas, rey de los macedonios en tiempos de Eurípides y Sófocles. Sucedió a Hecateo de Mileto. Había nacido en los años de la guerra contra los persas o un poco antes. Llegó a vivir en tiempos de Perdicas y murió en Perperene, frente a Lesbos. Escribió muchísimas obras en prosa y verso (*FGrHist* 4, T 1).

Así pues, se le hace contemporáneo de Heródoto y sucesor de Hecateo y sería el último de los logógrafos más por el contenido y por el estilo de sus escritos que por la época en que vivió: el siglo V a. C. Parece, sin embargo, que Helánico no fue un viajero impenitente como Hecateo. La información que manejaba la obtenía no de su experiencia viajera, sino de fuentes orales y escritas ajenas, como le achacan Porfirio (*FGrHist* 4, T 17) y Clemente de Alejandría (*FGrHist* 4, T 21).

Su éxito le vendría de la naturaleza misma de sus escritos: en su mayor parte, una especie de "enciclopedias" con datos sobre genealogías, fundaciones, nombres y descripciones de ciudades, costumbres, fiestas, viajes, etc., más o menos ordenados temáticamente y seleccionados de entre los consignados en sus obras por poetas y logógrafos anteriores o contemporáneos. Los sofistas de la época serían unos de los más seguros beneficiarios de estas "enciclopedias",

adonde irían a recabar noticias, sobre todo de carácter anticuario, con vistas a sus discursos y exposiciones públicas.

2.4.1. Obras genealógicas y mitográficas

En efecto, a Helánico se le atribuyen numerosos títulos de obras (hasta 24) y, entre ellas, destacaron las de carácter genealógico y mitográfico, a juzgar por el mayor número de fragmentos y citas que nos han llegado de ellas. Las noticias proceden, sobre todo, de aquellos eruditos de la época helenística y tardía que encontraron en Helánico (y, en menor medida, en Ferécides) utilísimos y bien ordenados materiales para la composición de sus comentarios y enciclopedias mitográficas.

Hecateo había intentado dotar a la tradición heroica de una cronología racional y, con ello, había abierto el camino para los estudios mitográficos y cronológicos posteriores. Helánico de Lesbos contribuye a estos estudios con la revisión y sistematización definitiva que, al parecer, realizó del pasado mítico, ordenándolo en torno a las principales sagas heroicas: las de Foroneo, Deucalión, Atlas y Asopo. A cada una de ellas dedicó monografías singulares: *Forónide, Deucalionea, Atlántide y Asópide* y sus historias confluirían, al final, en el relato de la legendaria guerra contra Troya (*Troiká*).

La metodología empleada por Helánico en sus sistematizaciones y sincronías es semejante a la de sus predecesores: calcula por generaciones hasta y desde la toma de Troya, elimina versiones contradictorias, duplica o amplía de forma arbitraria los miembros de algunos linajes y crea nuevas ramas. Sigue, asimismo, con el proceso de racionalización e "historización" del mito, suprimiendo los elementos excesivamente maravillosos y aplicando en sus interpretaciones el criterio de verosimilitud, la explicación etimológica y, cómo no, la utilidad social, porque, en definitiva, se trataba de establecer las mayores conexiones posibles entre el presente y el pasado. Son ejemplares los pasajes en que Helánico da su propia versión del enfrentamiento entre Eteocles y Polinices, los hijos de Edipo (*FGrHist* 4, F 98) y explica el origen del nombre de Italia (*FGrHist* 4, F 111; véase texto 4).

2.4.2. Obras geoetnográficas

Pero, como buen logógrafo, también se le conocen escritos de carácter geoetnográfico. En la línea de sus genealogías y cronografías, dedicó sus esfuerzos a

ampliar y compendiar la labor realizada por Hecateo y otros logógrafos en materia geoetnográfica, para lo que compuso tratados monográficos sobre pueblos bárbaros y sobre regiones griegas.

Aunque no tenemos constancia de que Helánico viajara fuera del territorio griego, escribió sobre la geografía, historia y costumbres de Egipto, Persia, Lidia y Escitia, los territorios con los que los griegos habían tenido mayor relación. Sale, así pues, a relucir el carácter libresco de los trabajos del logógrafo de Lesbos, que habría extraído sus datos de obras de otros autores y no de su propia experiencia. Es, por ello, comprensible que, en estos temas, mereciera menos credibilidad en la antigüedad, valorándose como se valoraba entre los griegos la *autopsía* en el quehacer historiográfico (véase epígrafe 1.3).

Sí parece haber recorrido las regiones griegas y, de entre ellas, dedicó trabajos a Eolia, a su Lesbos natal, a Argos, Arcadia, Beocia, Tesalia y, por supuesto, a su Atenas adoptiva (*Attiké Syngraphé, Atthís* o *Átide*). En estos trabajos, a medio camino entre las genealogías míticas y la historia humana, describe lugares y edificaciones, relata leyendas de fundación, explica nombres y étnicos, establece la ascendencia heroica de las grandes familias aristocráticas, ordena los hechos más importantes del inmediato pasado, cuenta costumbres y todo aquello que le pudiera parecer curioso o extraordinario.

Con la *Átide* (*FGrHist* 323a), Helánico, testigo como era de la importancia política de la Atenas de su tiempo, inaugura un subgénero específico, la "Atidografía", llamado a tener un gran éxito (véase epígrafe 8.1), que se ocupaba de la geografía, la historia y las costumbres del Ática. En sus dos libros, como habían hecho otros logógrafos con sus ciudades de origen o de adopción, Helánico planteó una revisión del pasado con el objetivo puesto en dotar a la ciudad más destacada del siglo V a. C., a Atenas, de la más reputada raigambre legendaria, estableciendo un lazo de unión entre el presente y el prestigioso pasado. Es significativo que, de los 29 fragmentos conservados, nueve refieran acontecimientos posteriores a la tiranía de Pisístrato y lleguen, al menos, hasta el año 407/6 a. C. (*FGrHist* 323a, F 25-26). Helánico, por ejemplo, no sólo estableció los orígenes míticos de las más importantes familias atenienses, sino que también debió de ser el primero en relatar de forma interesada la leyenda de Teseo (*FGrHist* 323a, F 14-21), a quien, al racionalizar el mito, se le presenta como el héroe fundador de Atenas, contrapunto de otro gran héroe, Heracles, el ilustre antepasado de los espartanos. A nadie se le escapa que detrás de ese interés se hallaba la rivalidad entre Atenas y Esparta, que, en la segunda mitad del siglo, desembocó en la terrible guerra abierta que historiará Tucídides. Sea como fuere, se le debe reconocer a Helánico el enorme esfuerzo que le habría supuesto organizar, relacionar y unificar las diversas tradiciones legendarias que, en el caso del Ática, circularían dispersas entre las múltiples comunidades que

habían conformado su sinecismo. Por otro lado, la ordenación cronológica del material legendario e histórico en torno a sendas listas de reyes (para el período "mitológico") y de arcontes (para el período "histórico"), con el añadido de sincronías de personajes y acontecimientos de otros ámbitos geográficos, sentó un importante precedente. A pesar de la crítica de Tucídides (I 97, 2), que, probablemente, le debe mucho de lo que escribe en su escueto relato de los años que precedieron a la Guerra del Peloponeso (es, por cierto, el único autor citado por el historiador ateniense), la *Átide* fue la obra más utilizada y citada de Helánico en la antigüedad. La disposición analística del material fue seguida por los autores de *Átides* en los siglos siguientes y su sistema de ordenación cronológica y de establecer sincronías sería tomado como modelo por muchos cronógrafos posteriores (véase cuadro 2.1).

2.4.3. *Obras cronográficas*

Testimonios, en fin, de su importante labor compiladora y cronográfica son las obras tituladas *Fundaciones de pueblos y ciudades* (de las que, probablemente, formaría parte *Sobre la fundación de Quíos,* que se cita separadamente) y, en especial, *Los vencedores de las Carneas* y *Las sacerdotisas de Hera en Argos,* dos serios intentos de establecer una crónica sin solución de continuidad desde el pasado mítico hasta los acontecimientos históricos del presente. Ambas obras son ilustrativas de otra nueva manera de referir los sucesos del lejano y del inmediato pasado: la cronografía; es decir, el trazado de una línea del tiempo con cómputo en años en los que se van insertando de forma escueta los hechos y personajes de mayor importancia a juicio del cronógrafo. En el caso de Helánico el procedimiento fue el siguiente: como las únicas referencias cronológicas fiables que podía tener a mano eran las listas oficiales asociadas a instituciones, certámenes o templos, que contenían anotaciones antiguas, Helánico las utiliza asignando una fecha a cada nombre y relacionando con ellos los hechos más relevantes del pasado y del presente. En *Los vencedores de las Carneas*, escrita en prosa y verso, se ha servido de la lista de los poetas que vencieron en las fiestas espartanas de las Carneas y el resultado pudo haber sido la primera historia de la poesía lírica griega en su contexto, una labor que habría continuado y ampliado uno de sus discípulos: Damastes de Sigeo (*FGrHist* 5), autor de una obra titulada *Sobre los poetas y los sofistas* (si es que la relación no fue la contraria: Damastes el maestro y Helánico el discípulo). La cronografía, posiblemente con pretensiones panhelénicas, que elabora en *Las sacerdotisas de Hera en Argos* está basada en la lista de las sacerdotisas conservada en el templo de Hera en la ciudad de Argos, quizá una de las pocas listas oficiales que

se retrotraerían hasta la mismísima Guerra de Troya. Éste será también el sistema cronográfico aplicado por Helánico en la composición de su *Átide* (por ello, D. Ambaglio, 1980: 22, la incluye entre las obras de carácter cronográfico); pero, en ese ámbito, utilizará como columna temporal, según hemos dicho, las listas de reyes y de arcontes de Atenas (véase epígrafe 2.4.2). Lo verdaderamente importante para el desarrollo de la historiografía es que Helánico establece el momento de la caída de Troya (según sus cálculos entre el 1192 y el 1183 a. C.) como la fecha que separa el período mítico del histórico y como acontecimiento clave en relación al cual contar por generaciones o por años, y, en esto, será seguido por otros historiadores y cronistas posteriores (véase epígrafe 1.3.3).

Las referencias a los escritos del logógrafo de Lesbos comienzan ya casi en el momento de su publicación y se reparten por todos los siglos hasta llegar a la época bizantina e incluso hasta la obra del mitógrafo italiano Nadal Conde, del siglo XVI. Esto nos da idea de la importante labor desempeñada por Helánico en la sistematización y ordenación del pasado mítico e histórico de los griegos. Su inmensa obra fue una especie de crisol que destiló la tradición mítica y logográfica anterior y conformó un depósito de datos y fechas sobre el pasado al que acudirán con asiduidad los historiadores y eruditos de Grecia y Roma. Es comprensible que su nombre haya figurado entre los diez del canon de historiadores griegos.

Capítulo 3 De la logografía a la historia. Heródoto de Halicarnaso

EL TRABAJO REALIZADO por los logógrafos durante los siglos VI y V a. C. dejó, sin duda, un utilísimo legado. Movidos por aquella actitud crítica, intentaron construir un discurso que abarcara el mundo y lo explicara, cada vez menos desde el mito o la religión y más desde el punto de vista de que lo sucedido se debió a la intervención humana. Desarrollaron ya las distintas fases intelectuales que conformarían la actividad historiográfica: la indagación, la libre exposición en prosa de los hechos con las pruebas necesarias y la interpretación ordenada del conjunto.

Pero ni Hecateo ni Helánico eran todavía historiadores. Si sus obras habían supuesto un avance en la aplicación del orden cronológico y de la crítica racional al pasado, bien que éste fuera principalmente el pasado legendario, lo que hace de Heródoto el "padre de la historia", como le reconoce Cicerón (*Sobre las leyes* I 1, 5), es su decisión de ocuparse exclusivamente de las acciones humanas y su propósito confesado de buscar las motivaciones y responsabilidades en dichas acciones. Es lo que hace explícito en las primeras líneas de su *Historia*:

> Ésta es la exposición del resultado de la investigación (*historíe*) de Heródoto de Halicarnaso para que ni los hechos humanos sean olvidados con el tiempo, ni las empresas grandes y admirables realizadas por griegos y por bárbaros queden sin fama, y, en especial, la causa de su mutuo enfrentamiento (I 1).

Así, mientras otros dedicaron sus esfuerzos a ordenar y racionalizar las antiguas tradiciones míticas, fue la guerra de los griegos contra los persas, el suceso de la generación precedente que marcó ideológicamente una época, lo que impresionó a Heródoto, el autor que con su obra realizó el tránsito de la logografía a la historia y a quien cabe, por ello, la gloria de ser el primer historiador de Grecia.

La nueva concepción histórica se basará en la creencia de que el acontecer humano se sitúa en una línea temporal, requiere una concepción evolutiva y exige, por último, la vigencia del principio de causalidad. Sobre todo ello debe primar la actitud del historiador de situarse como testigo veraz de lo que narra. No es otro el sentido que hay que darle al uso por parte de Heródoto del término *historíe*. La palabra está relacionada con la raíz indoeuropea **wid-* que significa "ver" (con presencia en el sánscrito *veda* "ver, saber", que es el segundo componente del nombre de los libros de la sabiduría; en el latín *videre* "ver"; en el alemán *wissen* "conocer"; en el inglés *wit* "ingenio"). En griego esta raíz aparece en *ideîn* "ver" y *eidénai* "saber". A través del sustantivo *(h)ístor,* que significa etimológicamente "quien sabe algo por haberlo visto", "árbitro" (véase ya en Homero, *Ilíada* XXIII, 486), se formó *historía* (*historíe* en el dialecto jónico) con el significado de "indagación", "averiguación" y, de ahí, el de "resultado de la investigación, relato de la averiguación" que es el más conocido para nosotros.

El acontecimiento que nuestro autor ha escogido para su "investigación" es el conflicto bélico que tuvo lugar entre griegos y persas en los inicios del siglo V a. C., un conflicto de supervivencia para el pueblo griego. Heródoto consideró que un hecho humano casi contemporáneo merecía ser recordado y explicado porque se trataba de una gran victoria de uno de los principales valores de la cultura griega: el amor a la libertad, tantas veces proclamado en su obra.

Y es que el marco histórico en el que se desarrolla la actividad de Heródoto coincide con la atmósfera triunfante que se extendió en Grecia tras la derrota de los persas en las Guerras Médicas y que contribuyó a desarrollar la fe absoluta en las propias tradiciones e instituciones del pueblo griego. Esa atmósfera contribuyó, asimismo, a crear una actitud antropocéntrica que estimulará la confianza en las posibilidades y en el progreso del ser humano y que tendrá su máximo exponente en el movimiento sofístico de las últimas décadas del siglo V a. C. Los sofistas aparecerán en Grecia y en Atenas, más concretamente, como un grupo de maestros ambulantes muy diferentes entre sí en los detalles de sus doctrinas y actividades, pero unificados como conjunto por su común insistencia en la importancia de la percepción humana y las instituciones humanas

para interpretar la experiencia y los valores establecidos (véase epígrafe 4.2). Heródoto coincidió en Turios con Protágoras, uno de los más ilustres sofistas. Pero el historiador de Halicarnaso presenta todavía una actitud muy respetuosa ante la tradición religiosa y no parece que el relativismo sofístico le influyera en exceso. Sus planteamientos están mucho más cerca de Sófocles que de Protágoras. A la crítica se sobrepone el respeto por la tradición; y puesto que la crítica no podía hacer sino revelar irreverentemente lo que estaba escondido, Heródoto tiene sumo cuidado en no narrar detalles de carácter religioso e, incluso, manifiesta abiertamente no querer hablar de cosas divinas, a no ser que sea estrictamente necesario (II 65, 2). Muestra, de hecho, una exquisita reverencia hacia el sentimiento religioso de los distintos pueblos que desfilan en su relato, evitando cualquier indicio de superioridad de una religión sobre otra.

3.1. El marco vital de Heródoto: de las Guerras Médicas a la Guerra del Peloponeso

La vida de Heródoto transcurre aproximadamente entre los años 490 y 425 a. C. (la bibliografía sobre Heródoto es abundantísima; con carácter general, puede verse J. Gould, 1989, R. Bichler, 2000 y J. Marincola, 2001: 19-60). Se enmarca, así pues, entre dos conflictos decisivos en la historia de Grecia: las Guerras Médicas, que acabaron hacia la fecha de su nacimiento, y la Guerra del Peloponeso, que se declaró entre Esparta y Atenas una decena de años antes de su muerte.

La victoria en las Guerras Médicas dejó en toda Grecia un legado de autoconfianza que, sobre todo, benefició a Atenas, la ciudad que consideraba haber desempeñado el primer papel en la lucha contra los persas. Atenas concentró un gran poder y su prosperidad le llevó a ser la ciudad de mayor importancia política y cultural de la época. El máximo exponente de este auge fue Pericles, que ejerció su influencia en la política ateniense desde el año 460 a. C. hasta su muerte en el año 429 a. C. Y el gran emblema del esplendor de Atenas fue el programa constructivo que se desarrolló en su Acrópolis, con el Partenón como monumento más representativo.

Ése es el ambiente histórico y político en el que surge la figura de Heródoto, quien, como otros historiadores, fue un exiliado de su ciudad natal, Halicarnaso, una ciudad enclavada en el sur de la costa egea de Asia Menor y con una singular mezcla de elementos étnicos y lingüísticos, griegos y bárbaros (dorios, jonios y carios). El motivo del exilio debió de ser el enfrentamiento de

su familia con la tiranía de Lígdamis, descendiente de la también tirana Artemisia, que fue aliada de Jerjes en la Segunda Guerra Médica.

Como exiliado recaló primero en la jonia Samos, una isla que le causó una viva impresión por el esplendor de su cultura y por la magnificencia de sus obras (que describirá en *Historia* III 60). Luego, en torno al año 450 a. C., imbuido ya por la curiosidad y el afán de conocimiento jonios, se puso a viajar con el objetivo de recabar noticias para sus trabajos. Constan visitas a Egipto –la cuna de la civilización para un griego del siglo V a. C.–, Fenicia, Mesopotamia, Escitia, la Magna Grecia y Sicilia. Recorrió, igualmente, buena parte del territorio griego, incluidas las islas y Asia Menor. Llegó a la democrática Atenas, cuya fama e importancia atrajo en aquel entonces a un número considerable de intelectuales. En esta ciudad residió durante algún tiempo y, hacia el año 446 a. C., hizo lecturas públicas de partes de su obra, por las que habría obtenido alguna recompensa. Probablemente Sófocles se contó entre sus amigos y entusiastas, porque recogió del relato de Heródoto algunos elementos que incorporó a sus obras, especialmente en *Antígona*, que estrenó poco después (en 442 a. C.). Un poema dedicado a Heródoto completa la imagen de esta amistad entre el historiador y el poeta trágico entre los que también hubo afinidad ideológica (véase epígrafe 3.6).

En el año 444-443 a. C. participa en la fundación de la colonia panhelénica de Turios, en el lugar que ocupaba la antigua Síbaris, en la Magna Grecia, un proyecto patrocinado por Atenas e impulsado por Pericles en el que intervienen, entre otros, el urbanista Hipódamo de Mileto y el sofista Protágoras. Allí obtendría la ciudadanía. Es por lo que algunas fuentes (Aristóteles, *Retórica* 1409a 29) le citan como Heródoto de Turios. Los antiguos biógrafos, cuando desconocían la fecha exacta del nacimiento de un personaje, la calculaban a partir de algún acontecimiento datable relacionado con su vida y que debió de tener lugar en el tiempo de su *akmé* o momento de madurez o *floruit*, descontándole los cuarenta años en que se situaba por los griegos dicha *akmé*. Pues bien, para nuestro historiador ese año de su participación en la fundación de Turios es el que se hace coincidir con su *akmé* y, por ello, hay quien establece su fecha de nacimiento exactamente en el 484 a. C.

Heródoto pudo, todavía, asistir al recelo y hostilidad que despertó en el mundo griego el afán imperialista de Atenas. Los últimos acontecimientos aludidos en su obra pertenecen al año 430 a. C., pero no sabemos cuándo, después de ese año, ni dónde murió. Su muerte se debió de producir, así pues, en la primera década del devastador conflicto que enfrentó, esta vez, a las ciudades griegas alineadas o con Atenas o con Esparta: la llamada Guerra del Peloponeso, que será el tema central de la obra de Tucídides. Heródoto alude a este conflicto en diversas ocasiones (VI 91, 1; VII 137, 3; 233, 2; IX 73, 3).

No son muchos más los datos que poseemos sobre la vida de Heródoto, pero son suficientes como para hacernos una idea general sobre el marco histórico y político en el que transcurre su vida y que debió influir para que de las manos de este griego de Asia, exiliado por una tiranía, gran viajero en constante "indagación", saliese una obra que supo colmar su curiosidad y la de otros acerca de ese importante conflicto que había enfrentado a un ingente número de pueblos bárbaros con un puñado de griegos, una obra que hoy consideramos el comienzo de la historiografía.

3.2. Los contenidos de la *Historia* de Heródoto

Heródoto fue el primero en usar la palabra "historia" (*historíe* en el dialecto de Jonia), una palabra que, como se ha dicho, tiene el sentido etimológico de "indagación" y está relacionada con la raíz que, a un tiempo, indica el "ver" y el "saber". *Historia* es, justamente, el título que se dio a la única obra de Heródoto, una obra con una extensión desconocida hasta ese momento (su tamaño dobla el de la *Ilíada*). Los gramáticos alejandrinos la dividieron en nueve libros, que titularon con el nombre de cada una de las nueve Musas; pero en ella se distinguen dos grandes bloques temáticos: los libros I-V, que narran el origen y organización del imperio persa y describe la geografía y costumbres de los pueblos que lo integran; y los libros VI-IX, que cuentan propiamente la historia de las Guerras Médicas y de sus preliminares, desde el año 499 a. C. hasta la victoria griega en Salamina, Platea y Mícala (480-479 a. C.). Todo ello conforma una especie de "historia universal", pues prácticamente están presentes todos los pueblos conocidos en la época, con un contenido riquísimo que ha ocasionado no pocos problemas a los lectores y estudiosos de la obra.

Discutir, sin embargo, si Heródoto pretendió hacer en un principio una descripción geoetnográfica de Persia, a la manera de los logógrafos, o una historia de la guerra de los persas contra los griegos es tarea perdida. La *Historia* de Heródoto es, más bien, ambas cosas a la vez. Constituye, ciertamente, una gran síntesis de los intereses cognoscitivos de los jonios que le preceden; pero también anuncia una nueva forma de relatar y explicar los hechos políticos y militares protagonizados por seres humanos. En ella hay sitio para la orografía, la hidrografía, la fauna, la flora, los modos de vida, las instituciones, las creencias, las leyendas, las curiosidades, las cosas extraordinarias y la historia reciente de los pueblos que entraron en contacto con el poderío persa, desde Mesopotamia hasta Egipto. Se encuentra uno con todo el elenco imaginable de personajes: reyes, faraones, príncipes, tiranos, sabios, sacerdotes, viajeros, comerciantes,

ladrones, prostitutas, etc. Sus actos y móviles tienen interés por sí mismos, conformando auténticos relatos dentro del relato, pero también aparecen vinculados al gran conflicto que preocupa a Heródoto desde el comienzo de su obra: el enfrentamiento entre el mayor imperio conocido hasta ese momento con unas ciudades que luchaban por su libertad.

He aquí una sinopsis del conjunto.

3.2.1. Libro I: el proemio y Ciro el Grande

Tras el prefacio programático viene el breve relato del origen mítico del conflicto entre los griegos y Oriente: el enfrentamiento entre los dos continentes habría comenzado por el rapto de ilustres mujeres: Ío por los fenicios, que fueron los que empezaron; Europa, en desquite, por los griegos; Medea, otra vez por los griegos, y, finalmente, el rapto de Helena por Paris que desencadenó la Guerra de Troya (I 1-5). El mito, pues, en el origen; pero la actitud de Heródoto no puede ser más distante:

> Esto es lo que cuentan persas y fenicios. Pero yo no voy a decir si sucedió de una u otra manera, sino que señalaré quién fue el primero, por lo que yo sé, en iniciar actos injustos contra los griegos. Proseguiré adelante en mi relato ocupándome a la vez de las ciudades grandes y de las pequeñas (4) ya que las que antaño eran grandes son ahora pequeñas, y las que en mi tiempo eran grandes, fueron antes pequeñas. Como tengo la certeza de que la felicidad humana nunca permanece constante, mencionaré por igual a ambas (I 5, 3-4).

Ha quedado señalado, no obstante, que la agresión injustificada es la base de la responsabilidad en los sucesos consiguientes. El primero, en efecto, en atacar injustamente al pueblo griego fue el rey Creso de Lidia. Con el sometimiento de las ciudades griegas de Asia habría sido el responsable del conflicto que, cincuenta años más tarde, iba a enfrentar a Grecia con Asia. Según el método asociativo tan característico de Heródoto (un motivo da pie a la exposición de hechos relacionados con él), una vez presentado el personaje, el historiador se remonta a su pasado y amplía su ángulo de visión al introducir la descripción y la historia del país respectivo. Con Creso, pues, se relata la historia de Lidia y de sus reyes hasta Creso mismo, que cierra uno de los numerosos relatos que se componen en estructura anular dentro de la *Historia*. El *lógos* lidio acaba en el párrafo 94 con esta frase: "Los lidios, así pues, habían sido sometidos por los persas", y nuestro autor deja constancia del poderío que iba adquiriendo

la monarquía aqueménida al conquistar el más poderoso reino de Asia Menor, tan cercano, por otra parte, para los griegos.

Heródoto centra entonces su atención en Media y Persia (párrafos 95-216). Cuenta su pasado, describe sus costumbres (véase texto 5) y dedica un amplio espacio a relatar la milagrosa juventud, la vida y las campañas militares de Ciro, el fundador del imperio persa. En su avance hacia el oeste, Ciro entra en contacto con las ciudades griegas de Asia Menor, lo que se aprovecha para intercalar un excurso sobre las estirpes griegas que las habitaban. En la marcha hacia el este, conquista Babilonia, y Heródoto introduce el *lógos* babilónico, con la descripción y la historia de la ciudad. El libro I termina con la muerte de Ciro, jactancioso ("creía que era más que un hombre"; I 204, 2) agresor del pueblo nómada de los maságetas, y, como es de esperar, según la técnica asociativa empleada por Heródoto en el desarrollo de su obra, con la descripción de las costumbres de ese pueblo.

3.2.2. *Libro II: el* lógos *egipcio*

Comienza el libro con el ascenso del hijo de Ciro, Cambises, al trono persa (529 a. C.). Una vez presentado el personaje, escribe Heródoto: "Cambises consideraba a jonios y eolios como esclavos heredados de su padre y emprendió una campaña militar contra Egipto llevando también consigo, entre otros, a estos griegos sobre los que imperaba" (II 1, 2). Se inicia, entonces, el *lógos* egipcio, que ocupa todo el libro II y en el que se habla de la geografía, las costumbres, las curiosidades, la religión y, a partir del párrafo 99, de la historia de los egipcios, "los hombres más antiguos del mundo" (véase texto 6), hasta el reinado de Ámasis.

Este libro ha despertado siempre un gran interés y el carácter autónomo y su considerable extensión originó, dentro de la llamada "cuestión herodotea" (véase epígrafe 3.3), la hipótesis sobre una elaboración independiente del mismo, luego integrado en el conjunto de la obra mediante el procedimiento estructural de la *Ringkomposition* o "composición en anillo" (las palabras con las que comienza o se introduce el relato son semejantes a aquellas con las que termina).

3.2.3. *Libro III: las campañas de Cambises*

Una vez terminado el *lógos* sobre Egipto, el libro III retoma el hilo argumental: la invasión por Cambises del país de los faraones (es el año 525 a. C.), y

describe su conquista, las campañas fallidas para apoderarse, en un acto de suprema soberbia ("aquél no es un hombre honesto" –pone Heródoto en boca del rey etíope– "pues, si lo fuera, no hubiera ambicionado más país que el suyo, ni sumiría en esclavitud a personas que no le han causado agravio alguno"; III 21, 2), de las tierras del sur (Etiopía) y del oeste, y la locura y muerte del monarca persa, que queda como un déspota presuntuoso, profanador de las tradiciones religiosas y víctima de su *hybris* ("desmesura", "insolencia"). Tras un interesante excurso en el que Heródoto proclama el relativismo de las costumbres humanas (III 38), se fija un sincronismo entre esas campañas de Cambises y la fracasada expedición militar de lacedemonios y corintios contra Samos. La atención, por lo tanto, se desvía hacia el mundo griego durante un tiempo (párrafos 39-60). En el 61 volvemos a la historia persa con la entronización del nuevo monarca, Darío (522 a. C.), tras la muerte de Cambises y después de la caída del impostor Esmerdis y de un interesante (y muy discutido por los estudiosos de Heródoto) debate entre los persas Ótanes, Megabizo y Darío sobre la mejor forma de gobierno: democracia, oligarquía o monarquía, que se salda con el triunfo de esta última (véase texto 7).

Hasta el final del libro Heródoto relata la organización política y económica del nuevo imperio llevada a cabo por Darío, la conquista de Samos con la muerte de Polícrates y la represión de las revueltas internas en Babilonia; se incluyen, asimismo, excursos sobre la India, Arabia, Etiopía y los confines occidentales (los menos conocidos por Heródoto), que son las regiones más alejadas de la *oikouméne* o "tierra habitada". En la época de Darío, el imperio persa tiene, así pues, una extensión y un poder considerables.

3.2.4. Libros IV a V 27: expansión del imperio persa con Darío

El protagonista de la historia es ahora Darío que anuncia una guerra contra los escitas motivada, según Heródoto, por un deseo personal de venganza. Como es de esperar, Heródoto retarda el desarrollo de esa guerra (que no se retoma hasta el párrafo 83) con la descripción, la historia y las costumbres de los pueblos de Escitia. Dentro de esta digresión hay, a su vez, un excurso que merece la pena mencionar. Se trata de la discusión sobre la geografía de la *oikouméne* (IV 36-45). En ella, Heródoto considera risibles algunos mapas del mundo trazados de forma excesivamente simétrica y poco real: una tierra circular "como si estuviese hecha con un compás", rodeada por el Océano y distribuida en dos continentes –Asia y Europa– de las mismas dimensiones.

Seguramente nuestro autor tiene delante el mapa trazado por Anaximandro, que completó Hecateo (véase epígrafe 2.3.1), y propone una distribución en continentes más "verosímil". "Me sorprendo" –dice en IV 42– "de que se haya delimitado y distribuido el mundo entre Libia, Asia y Europa, pues las diferencias entre ellas no son pequeñas". De acuerdo con sus averiguaciones, Heródoto traza un mapa de la *oikouméne* en el que da a Europa la misma extensión que a Asia y Libia/África juntas y en el que Grecia (Delfos exactamente) ocuparía más o menos el centro.

Son diversos los pueblos que fueron sometidos por Darío en el camino, incluidas varias ciudades griegas. Entre aquéllos, Heródoto cita a los getas, "los tracios más valerosos y más justos", cuya creencia en la inmortalidad aprovecha para hablar de los ritos que dedican al dios Salmoxis (uno de los pocos dioses no helenizados por nuestro autor) y de su origen (IV 93-96), un pasaje importante para el conocimiento de esas religiones "bárbaras". También añade excursos de diverso género cuando habla de los pueblos a los que los escitas solicitaron ayuda; uno de estos pueblos era el de los saurómatas, a propósito del cual Heródoto cuenta la historia de las Amazonas (IV 110-117).

Tras la poco exitosa invasión de Escitia, sigue la narración de la campaña que, "por las mismas fechas" (hacia el año 512 a. C.), los persas emprendieron desde Egipto contra Libia (IV 145-205), pasando por Cirene. Previamente, Heródoto, siguiendo alguno de los tradicionales relatos de fundación, refiere la historia de esta importante colonia griega en la región y, por asociación, la de la isla de Tera, con sus respectivos "héroes" fundadores (IV 145-166). La narración de la campaña libia, en fin, sigue el esquema habitual e incluye los motivos que indujeron a los persas a llevar a cabo esta expedición, el *lógos* libio con la descripción geoetnográfica del país (IV 168-200) y, por último, las operaciones militares y el intento fallido de apoderarse de Cirene.

Al comienzo del libro V recupera Heródoto el relato dejado en IV 144: las campañas de los persas en Europa y su avance hacia la Grecia continental desde el Helesponto, y el regreso de Darío a Sardes, que recompensa a los griegos que habían colaborado con él en la campaña escita. Se suceden, en efecto, la sumisión de Tracia (que tiene su correspondiente *lógos* geoetnográfico), Peonia, Macedonia (con la rocambolesca historia del asesinato de los embajadores persas a manos de jóvenes macedonios disfrazados de mujeres) y otros territorios, hasta que comienza el relato de la sublevación de las ciudades griegas de Jonia contra Persia. Nos hallamos aproximadamente en el año 500 a. C. y, desde este momento, Heródoto se va a centrar ya en el asunto anunciado en el proemio: el enfrentamiento entre griegos y persas.

3.2.5. *Libros V 27 a VI: Primera Guerra Médica*

La narración de la revuelta jonia, desde las causas, pasando por el derrocamiento de las tiranías de la zona afectas a Darío, hasta las terribles consecuencias para los griegos tras la caída de Mileto, ocupa, en efecto, el resto del libro V, desde el párrafo 28, y prosigue sin solución de continuidad en el libro VI, hasta el párrafo 42, lo que evidencia la arbitraria división de la obra en libros realizada por los filólogos alejandrinos.

La misión diplomática del milesio Aristágoras (el principal instigador de la revuelta, ante quien Heródoto no manifiesta excesiva simpatía; véase texto 8) a Esparta y a Atenas en busca de ayuda da ocasión a nuestro autor para extenderse ampliamente (V 39-96) sobre la historia de estas ciudades con sus personajes principales, a partir del punto en el que la dejó en los correspondientes excursos del libro I; es decir, desde la época de Creso hasta la llegada de Aristágoras (499 a. C.). Hay, luego, otras digresiones menores que interrumpen brevemente el relato de la extensión y de las repercusiones de las revueltas en Frigia, Caria, el Helesponto y Chipre. Los jonios consiguieron llegar hasta Sardes; pero, finalmente, se produce la ofensiva persa y la toma de la emblemática ciudad de Mileto (es el año 494 a. C.), hechos que ya se narran en el libro VI y que ponen el triste final a la primera lucha por la libertad de los griegos. Heródoto cita incluso una tragedia, titulada precisamente *La toma de Mileto,* que se representó en Atenas y motivó que se impusiera una multa a su autor, Frínico, "por haber evocado una calamidad de carácter nacional" (VI 21, 2).

Encabalgado temáticamente en el libro anterior, tras la sumisión definitiva de Jonia, se cuentan otras campañas persas contra enclaves griegos del norte del Egeo que constituyen los preliminares de la Primera Guerra Médica. En relación con el Quersoneso aparece un personaje decisivo en el curso posterior de los acontecimientos: el ateniense Milcíades. Citado de pasada a raíz de la guerra contra los escitas (IV 137, 1), Heródoto se detiene ahora (párrafos 34-41) en narrar las principales peripecias del futuro vencedor de Maratón y de los más destacados miembros de su familia, una genealogía que ya había trazado Ferécides de Atenas (*FGrHist* 3, F 2; véase epígrafe 2.1.2).

Después de haber triunfado sobre los jonios, controlado las islas más importantes del Egeo y expulsado a Milcíades del Quersoneso, Darío exige que todos los griegos le den muestras de sumisión (VI 48, 2). La llegada de los heraldos de Darío a Grecia continental (el año 491 a. C.) es aprovechada, de nuevo, por Heródoto para tratar de la historia más reciente de Esparta (con Cleómenes de protagonista principal y un excurso sobre el origen y funciones de la diarquía) y de Atenas, ciudades que se negaron a aceptar el ultimátum. Darío, obviamente, no ceja en su empeño de dominar Grecia entera y ordena nuevas

expediciones militares con el objetivo de atacar Esparta y Atenas. El libro acaba con la batalla de Maratón y la derrota y posterior retirada de los persas (490 a. C.).

Heródoto es consciente de la trascendencia de la victoria de los griegos e, influido seguramente por el ambiente propagandístico durante su estancia en Atenas, no escatima palabras a la hora de destacar el papel desempeñado en la lucha contra los persas por los atenienses en general, algo que les reconocen hasta los propios lacedemonios (VI 120), y, en particular, por la familia de los Alcmeónidas (de la que hace toda una apología, con digresión genealógica incluida que desciende hasta el mismísimo Pericles, para desmentir una pretendida connivencia con los persas) y por Milcíades, cuyo desgraciado final narra el historiador.

3.2.6. Libros VII a IX: Segunda Guerra Médica

La noticia de Maratón llega a Darío, que siente el deseo de castigar a los atenienses; pero la muerte le impide llevar adelante sus planes. Será su hijo y sucesor, Jerjes, quien ejecutará la decisión de Darío. Estamos en el año 486 a. C. y desde este instante Heródoto se ocupa de narrar con extensión y detalle lo que llamamos la Segunda Guerra Médica; es decir, la movilización y puesta en marcha de los pueblos bárbaros y griegos sometidos a los persas y la invasión de Grecia continental desde el norte por ese inmenso ejército al mando de Jerjes. La *Historia* deja de tener aquella cantidad de *lógoi* y digresiones de los primeros libros, que tanto retardaban la narración de los acontecimientos, y adquiere un ritmo más dinámico para hacerse casi exclusivamente historia política y militar.

En la primera parte del libro, una amplia y significativa discusión (VII 8-11) entre el rey y sus consejeros sobre los pros y los contras de la guerra precede a la descripción de los preparativos, de la travesía del Helesponto y de la detallada enumeración de los contingentes y pueblos que integraban el poderoso ejército persa, tan extraordinario que Heródoto le dedica una buena cantidad de capítulos (VII 60-99).

Heródoto, de acuerdo con su concepción de la historia (véase epígrafe 3.6), nos dibuja, desde el principio, a un Jerjes déspota, soberbio y ambicioso, en lucha con un destino que, pese a lo interpretado por el monarca, no le iba a ser nada favorable. Los sueños (VII 12-19), las señales naturales y sobrenaturales (VII 37, 2; 57, 1-2) y los diálogos de Jerjes con Artabano, el "sabio consejero", (VII 46-52) y con Demarato, que, como rey espartano exiliado, da la visión griega (VII 101-104), preanuncian, con ironía trágica, el fin que

le espera al rey persa, que desde ahora tiene todas las características de un héroe de tragedia, comparable al representado por Esquilo en *Los Persas*. "Y, al ver" –escribe Heródoto– "todo el Helesponto completamente cubierto de naves y atestados de soldados todas las playas y los campos de los abidenos, en ese momento Jerjes se consideró afortunado; pero después se echó a llorar" (VII 45).

Heródoto ha dejado a Jerjes y al ejército persa concentrados en Terme, a las puertas de Tesalia, tras su avance sin obstáculos por Tracia y Macedonia. En los párrafos 132 a 178 constituye el centro de interés el estado de ánimo, los preparativos, negociaciones y embajadas de los griegos. Otra vez es Atenas la ciudad que mayor atención y elogios recibe:

> Si se afirmase que los atenienses fueron los salvadores de toda Grecia, no se faltaría a la verdad, pues, de las dos alternativas existentes [luchar o rendirse], la balanza debía inclinarse por la que ellos hubiesen adoptado. Y, al decidirse por la libertad de Grecia, hicieron lo propio todos los demás griegos que no habían tomado partido por los persas, y fueron ellos, propiamente, quienes despertaron su patriotismo y rechazaron, con la ayuda de los dioses, al rey (VII 139, 5).

Temístocles aparece en escena y, con su interpretación de los oráculos recibidos, aconseja preparar una flota y hacer frente al persa por mar en la bahía de Salamina. Las embajadas enviadas en busca de ayuda a diversas regiones griegas dan pie al historiador de Halicarnaso a hacer alguna digresión, de carácter fundamentalmente histórico, como la que relata el origen del tirano Gelón de Sicilia y las luchas en esa zona con los cartagineses de Amílcar (153-167). Y ya desde el párrafo 172 asistimos a los movimientos de los inmensos efectivos navales y terrestres del ejército persa (que Heródoto cifra exageradamente en 2.641.610 guerreros, más una cantidad similar de personal auxiliar; VII 186) y a sus enfrentamientos por tierra y por mar con los griegos, cuyo exiguo número en comparación magnificará la victoria final sobre el invasor.

El libro VII finaliza con el primero de esos enfrentamientos, en el desfiladero de las Termópilas (verano de 480 a. C.), a las puertas de Grecia central, que, a causa de la traición de Efialtes, se saldó con la dolorosa derrota de los griegos, inicialmente vencedores, al mando del espartano Leónidas, quien perdió la vida y cuyos rasgos épicos, frente a la cobardía de los tebanos (VII 233), destaca Heródoto:

> Cuando Leónidas se dio cuenta de que los aliados estaban desanimados y no estaban dispuestos a compartir el peligro con los lacedemonios, les ordenó que se retirasen, pero para él era un deshonor marcharse y, si

> permanecía en su puesto, dejaría una fama gloriosa de su persona y la felicidad de Esparta no se vería aniquilada (VII 220, 3).

Los párrafos iniciales del libro VIII (1-25) narran el primer enfrentamiento naval, en las proximidades de Artemisio, que había sido paralelo al de las Termópilas. También allí los griegos estaban resultando vencedores; pero, tras enterarse de lo sucedido en el desfiladero de las Termópilas, se retiraron.

Continúa el avance por tierra del ejército de Jerjes que lo iba arrasando e incendiando todo a su paso. La flota griega, cuyo "catálogo" realiza Heródoto recordando la manera homérica, se había dirigido a Salamina y fondeado en la bahía. Mientras que un contingente persa fracasa en el intento de expoliar el santuario de Delfos (fenómenos sobrenaturales y apariciones milagrosas se habían aliado con los griegos en las gargantas del Parnaso; VIII 35-39), otros llegan al Ática, ocupan Atenas, previamente evacuada, e incendian su Acrópolis (VIII 50-55).

La noticia llega a Salamina y sólo la intervención oratoria del ateniense Temístocles, semejante a la realizada por Milcíades en los momentos previos a la batalla de Maratón (VI 109), impide el abandono de las posiciones (VIII 60). Heródoto dedica, luego, la extensión que merece al relato de la decisiva batalla naval en la bahía de Salamina, con las deliberaciones y los preparativos en ambos bandos, y con el desarrollo del combate y sus consecuencias (VIII 64-129). La victoria de la flota griega y la penosa huida a Persia (¡facilitada por el astuto Temístocles!) de un Jerjes temeroso, que, no obstante, deja a Mardonio al frente de trescientos mil soldados para que prosiguiera las operaciones militares, ponen fin al primer año de guerra (480 a. C.).

El relato del segundo año comienza con las maniobras navales de ambos bloques y con las negociaciones e intentos de Mardonio para que los atenienses abandonen a los demás griegos y actúen en connivencia con las intenciones persas de invadir el Peloponeso. Mardonio envía como embajador al macedonio Alejandro, hijo de Amintas, lo que lleva a nuestro historiador a hablar del origen de los reyes de Macedonia (VIII 137). A su vez, los espartanos, enterados de la maniobra de los persas, envían otra embajada a Atenas. Con la "patriótica" respuesta de los atenienses, termina el libro:

> El que los lacedemonios temieran que pudiésemos llegar a un acuerdo con el Bárbaro era forzosamente humano; pero que os hayáis asustado, conociendo como conocéis la manera de pensar de los atenienses, nos parece del todo vergonzoso, porque no hay en la tierra oro suficiente, ni un lugar tan sobresaliente por su belleza y fertilidad que pudiésemos recibir en pago para consentir en abrazar la causa de los persas y en esclavizar a Grecia (VIII 144, 1).

Sin solución de continuidad, en el libro IX prosigue el relato de los acontecimientos del segundo año de guerra (479 a. C.). Son los preliminares conducentes al enfrentamiento de persas y griegos en tierras de Platea, que se describe con todos los detalles en los primeros 89 párrafos de este último libro de la *Historia*. Hay un segundo intento, también fallido, de Mardonio por conseguir un pacto con los atenienses, que se quejan de la tardanza de los espartanos en el envío de tropas al Ática para contener al persa, una tardanza que Heródoto, con fina actitud crítica, explica de esta manera:

> No puedo decir el motivo por el que, a la llegada de Alejandro de Macedonia a Atenas, pusieron tanto empeño en evitar que los atenienses abrazasen la causa persa, y, sin embargo, entonces, no mostraron preocupación alguna, a no ser que, en realidad, fuera porque el Istmo ya estaba amurallado y creían que ya no necesitaban para nada a los atenienses; pues, cuando Alejandro llegó al Ática, el muro todavía no había sido terminado, sino que estaban trabajando en él por el gran terror que sentían hacia los persas (IX 8, 2).

Persas (con los pueblos griegos que les eran afectos) y griegos toman posiciones cerca de Platea. Al enumerar los integrantes del ejército griego, un breve excurso refiere la discusión que se produjo entre atenienses y tegeatas relativa al orden que habían de ocupar sus respectivos contingentes en la batalla (IX 2-27). Tras los presagios, rituales y oráculos de rigor (con una digresión sobre el afán de lucro de algunos adivinos profesionales (IX 38), los ejércitos traban combate. De nuevo resultan vencedores los griegos y Heródoto distingue el ejemplar comportamiento de los atenienses y la decisiva actuación de los efectivos espartanos al mando de Pausanias (IX 49-89).

A continuación, Heródoto refiere la derrota que sufrió la flota y el campamento persa en Mícala, cerca de la isla de Samos, a manos de los griegos en general, y de los atenienses, en particular, y que provocó "la segunda sublevación de Jonia contra los persas" (IX 104). Nuestro historiador establece el sincronismo con Platea y se hace eco de ciertos prodigios y coincidencias que "evidencian la intervención divina en el acontecer humano" (IX 100).

Con estas operaciones acaba el segundo año de la guerra y casi la guerra misma (479 a. C.). Pero Heródoto continúa su *Historia* con el relato de la huida a Sardes de los persas derrotados en Mícala y con las fatales consecuencias de algunos episodios que protagonizan Masistes, hermano de Jerjes, y el propio monarca que se enamora apasionadamente de la mujer de su hermano y, luego, de su propio hijo y trae la ruina a toda la familia (IX 107-113). El libro IX concluye con un hecho militar: la expedición griega al Helesponto tras la batalla de Mícala y la ocupación por los atenienses, sin el concurso de los espartanos, de Sesto (IX 114-121).

El colofón de la obra está constituido por una especie de historia edificante que rememora al gran Ciro, el fundador medio siglo antes del imperio persa. Artembares aconseja a Ciro ampliar el territorio persa y conquistar algún otro más fértil y rico:

> Ciro escuchó la idea y no se mostró sorprendido. Pero, al tiempo que ordenaba llevarla a cabo, les recomendaba que se preparasen no para impartir órdenes en el futuro sino para recibirlas, ya que de los territorios muelles surgen hombres muelles, pues no es posible que de la misma tierra nazca un fruto maravilloso y hombres buenos en lo militar. (4) Los persas, convencidos por la apreciación de Ciro, reconocieron su error y se marcharon, y, en consecuencia, prefirieron mandar ellos habitando un territorio pobre a ser esclavos de otros cultivando fértiles llanuras (IX 122, 3-4).

3.3. La "cuestión herodotea": composición y estructura de la *Historia*

Todo este abigarrado conjunto ha dado lugar a la famosa "cuestión herodotea" que pretende explicar la génesis, la estructura y la organización de la multiplicidad de elementos que conforman la *Historia* de Heródoto.

El problema radica en el hecho de que nuestro historiador parece dedicar seis libros enteros a contar la formación del imperio persa y describir los pueblos que lo integran hasta llegar a la revuelta de las ciudades griegas de Asia Menor, y sólo los tres últimos tratan del tema anunciado en el proemio: la guerra entre los griegos y los bárbaros.

La obra tiene, además, relatos con cierta autonomía sobre algunos pueblos, los llamados *lógoi*, y numerosas digresiones de todo tipo. Da la impresión de que el historiador de Halicarnaso o pretendía componer, inicialmente, unos *Persiká* o *Relatos de Persia* (como habían hecho otros logógrafos) o no tenía en la mente ningún tipo de estructura y sólo una idea temática principal (el conflicto entre bárbaros y griegos) sobrevenida en el momento de su estancia en Atenas, que se ve desbordada al incluir en su obra materiales que iban destinados a informes o publicaciones independientes de carácter logográfico que habrían sido la justificación de sus viajes (es la tesis de Jacoby y von Fritz).

También la manera un tanto abrupta con que termina, la toma de Sesto por los atenienses, pudo no ser el final prefijado por Heródoto, que, entre otras cosas, había prometido referir la historia de los reyes asirios (I 184) y los motivos del asesinato de Efialtes, el traidor en la batalla de las Termópilas (VII 213, 3).

Pues bien, la crítica moderna, con resultados contradictorios, se ha preocupado por hallar una explicación a la estructura y composición de la obra que, como resulta evidente, no siempre tiene la coherencia que un lector actual exigiría.

Heródoto, según su proemio, se dispone a narrar acontecimientos extraordinarios de su época: los conflictos de los griegos con los bárbaros y, además, va a explicar las causas de esos conflictos. Como ha quedado dicho, este propósito no coincide del todo con el ordenamiento de las partes sucesivas, pues sólo en el último tercio de la obra parece haberlo satisfecho. Los tres últimos libros se caracterizan, precisamente, por estar muy ceñidos al tema principal, sin las abundantes digresiones que se cuentan en los anteriores. Heródoto se ajusta a los hechos dentro de su plan cronológico y conduce la exposición narrando alternativamente lo que sucede en el lado persa y en el griego hasta los sucesivos enfrentamientos, sin muchos desvíos, desde el ascenso de Jerjes al trono hasta la retirada de los persas después de las batallas de Platea y Mícala. Quien lee estos tres últimos libros de la *Historia* descubre en Heródoto al típico historiador político, cuyo fin es transmitir los resultados de una investigación y una crítica realizadas sobre hechos casi exclusivamente políticos y militares. Es la parte de la *Historia* que siguieron, preferentemente, sus sucesores. Puede decirse que Tucídides está implícito en este enfoque de la actividad historiográfica.

Frente a ellos, los seis primeros libros evolucionan en un aparente desorden. Comienza con la historia del rey lidio Creso, divaga sobre la vida y las costumbres de medos, persas, asirios y maságetas, llega con Cambises a Egipto y, durante todo un libro, Heródoto se hace viajero más que historiador. Continúa con los pormenores del reinado y de las conquistas de Cambises y de Darío hasta la sumisión de Jonia, en los que incluye excursos sobre indios, árabes, etíopes, escitas, libios y otros pueblos no griegos. Forman éstos los llamados *lógoi* de contenido geoetnográfico, que, junto con otras digresiones, fábulas y anécdotas, parecen quebrar la unidad temática de la obra y hacen de Heródoto una especie de "historiador de la cultura", una característica y orientación reivindicadas tal cual por escuelas actuales de historiografía.

Sin embargo, detrás de esa aglomeración de relatos, en apariencia mal hilvanados, se perfila bastante bien la organización, la estructura argumentativa e incluso los propósitos didácticos de la *Historia*. Se puede comprobar que estos seis primeros libros justifican aquellos tres del final, o viceversa. Los distintos *lógoi* van apareciendo en la obra de forma intencionada y no casual. Según el procedimiento asociativo, cada vez que se cita a un personaje o a un pueblo que actúa de nuevas en el acontecer histórico argumental, es decir, en la expansión/agresión del imperio persa, Heródoto añade todo tipo de informaciones que, aunque a veces –desde nuestra perspectiva de lectores modernos– se sobrecargan con datos extemporáneos, están concebidos para una obra histórica, no

para una geografía o una etnografía. Su método consiste en describir la historia y formas de vida de las diferentes regiones no en un orden geográfico, sino conforme iban siendo agredidas y conquistadas por los sucesivos monarcas persas: Ciro, Cambises, Darío y Jerjes. La única excepción es el *lógos* lidio y la historia del rey Creso, que aparecen al principio de la obra (I 6-94). Y esto sucede no porque los lidios fueran conquistados por los persas en primer lugar, sino porque Heródoto sigue en su exposición el hilo cronológico que le lleva por los sucesivos "agresores de los griegos", motivo estructural básico en la *Historia*, hasta desembocar en la invasión final de Jerjes, y Creso –dice Heródoto– fue el primero de esos agresores, que él sepa. Asimismo, sus digresiones sobre el pasado de las ciudades griegas de la Anatolia o sobre Atenas y Esparta, las dos ciudades más importantes en el siglo V a. C., van encaminadas a explicar sus dimensiones y posiciones políticas en tres decisivos momentos del enfrentamiento griegos-bárbaros: la conquista del lidio Creso, la Primera Guerra Médica (con Darío) y la Segunda Guerra Médica (con Jerjes). Las guerras del siglo V a. C. entre griegos y persas se vienen a insertar así en el marco general del expansionismo oriental hacia Occidente, con un enfoque universalista por parte de nuestro historiador que no cabe sino alabar.

De otro lado, nuestro historiador se ha propuesto explicar las causas del enfrentamiento. Y el cúmulo de informaciones sobre los distintos pueblos que fueron integrando, a la fuerza, el imperio persa, hasta desembocar en la insurrección de Jonia, que señala, en el libro V, la transición entre el pasado más lejano y el inmediato, servían, a juicio de nuestro historiador, para comprender las responsabilidades en aquel conflicto político-militar que enfrentó directamente a griegos y persas a comienzos del siglo V a. C.; o, por lo menos, daba idea de la extraordinaria dimensión del poder persa, que, por la soberbia de sus gobernantes, había superado límites razonables, y, en su afán de conquista, había causado el mayor daño al pueblo griego arrebatándoles su libertad. Heródoto, en fin, utilizaría sus múltiples *exempla* etnográficos para emitir juicios y reflexiones y para dar recomendaciones a su audiencia sobre los acontecimientos recientes (véase R. Vignolo Munson, 2001).

Asimismo, los cuentos, fábulas y novelas que aparecen diseminados por la *Historia,* aparte de su valor intrínseco, contribuyen, en general, a explicar las causas y las responsabilidades morales en las acciones del ser humano. Relatos como la conversación de Solón y Creso, como la historia de Giges y la mujer de Candaules o como la del infeliz Adresto que mata al hijo del rey cuando debía protegerlo muestran de qué forma sucesos no previstos alteran el curso de la historia. Además, hay que concederles un valor gnómico y moral, coincidente con el del conjunto de la obra, que en Heródoto apunta a aquella concepción ético-religiosa que explica guerras y desgracias como un castigo que impone la

divinidad por la alteración del equilibrio, la *hybris*, y que, en el contexto argumental de su *Historia*, expresa, al mismo tiempo, la oposición de concepciones irreductibles de griegos y persas (véase epígrafe 3.6).

Otras historias y cuentos curiosos, que tan sólo parecen puros entretenimientos, son muestras del gusto de la literatura jonia por lo anecdótico o maravilloso. Se citan, por ejemplo, la del anillo mágico de Polícrates (III 39-43) o el cuento del astuto ladrón maestro que roba el tesoro de Rampsinito y, prosiguiendo con sus habilidades, llega a ser yerno del rey (II 121-122). "Que admita estos relatos de los egipcios" –dice Heródoto al cabo de este cuento– "quien considere creíbles tales cosas, que yo, a lo largo de toda mi narración, tengo el propósito de escribir lo que dicen unos y otros tal cual lo oí" (II 123,1). Pero Heródoto es consciente de cuál es el tema central de su obra: la forma de encuadrar sus digresiones mediante el recurso de la "composición en anillo" (véase epígrafe 3.4) y sus propias llamadas de atención a continuar con el asunto cuya narración ha interrumpido son prueba de ello.

Con respecto al problemático final de la *Historia*, se ha considerado que Heródoto, sorprendido por la muerte, no habría podido dar cumplido término a su obra. No obstante, contando con que, posiblemente, falte una última revisión de la obra previa a su publicación, el episodio de Sesto marca el comienzo de la contraofensiva griega –ateniense– en Asia; es decir, el alejamiento de la amenaza persa y, como verá Tucídides (I 89), el comienzo de una nueva etapa en la historia de Grecia. La escena final del libro y las sabias palabras puestas en boca de Ciro (véase epígrafe 3.2.9), el fundador del imperio persa, son como una aviso para navegantes y actúan de contrapunto de la desmesura del discurso de Jerjes con el que comenzaba, en el libro VII, el relato de la historia de una invasión que no podía tener otro final que el narrado por Heródoto.

Se percibe, pues, un eje estructural básico: la expansión/agresión de los bárbaros que desemboca en las graves luchas que los enfrentaron a los griegos en el primer cuarto del siglo V a. C., un eje del que derivan múltiples ramificaciones, unas más pertinentes que otras, que explican la magnitud del conflicto y sus causas. Pero tampoco hay que pasar por alto el hecho de que Heródoto debió de trabajar durante mucho tiempo en su *Historia* y que ésta fue en su mayoría compuesta para ser leída ante un público que la escucharía por partes y en diversas ocasiones. Esto habría llevado a su autor a buscar cierta variedad de temas con el objeto de captar la atención de un auditorio deseoso de noticias y curiosidades, alternando descripciones geográficas, hechos históricos, cuentos, anécdotas, etc. Las promesas incumplidas (como el relato de los motivos del asesinato de Efialtes o la historia de los reyes asirios) y diversas interpolaciones a lo largo de la obra (como cuando en IV 99, 4 compara la geografía de la Táurica con la del Ática, porque seguramente se estaba dirigiendo

a un público ateniense; pero, luego, la misma comparación aparece hecha con Yapigia –en la Magna Grecia–, porque se piensa en otro auditorio) se explicarían desde esta perspectiva. La técnica de composición en anillo (véase epígrafe 3.4), tan característica de esa literatura de ejecución oral, le habría servido a Heródoto para enmarcar debidamente las digresiones y permitir al público un seguimiento adecuado del eje argumentativo central. Sea, pues, bajo el perfil meramente estilístico, sea bajo el más amplio de la estructuración del relato y de la organización del discurso histórico, la obra de Heródoto se resiente todavía con fuerza de una relación oral con el público (del que habla al que escucha), mientras que la historia de Tucídides supondrá una mayor difusión y una más incisiva función "mediadora" de la escritura (véase Musti, 1976: XV y, más recientemente, Luraghi, 2001: *passim*).

3.4. Lengua y estilo

Los griegos han sido siempre muy respetuosos con la tradición, lo que, en el caso de la literatura, les lleva a conservar los rasgos esenciales adquiridos por las diversas formas literarias en el momento de su creación. Así, quien sea consciente de estar componiendo en la misma estela que Homero, lo hará utilizando sus esquemas estructurales, el hexámetro dactílico, el estilo formular y la abigarrada lengua de la épica, aunque le separen de la *Ilíada* cinco siglos.

De igual manera, Heródoto, a pesar de ser de Halicarnaso, ciudad de habla doria, utilizará el dialecto jonio de sus antecesores, los logógrafos, bien que un "jonio literario", teñido de homerismos y entreverado de formas del dialecto que en la época empieza a hacerse con el prestigio de la literatura: el ático. Hay que contar, no obstante, con las posibles alteraciones que se han podido producir a lo largo de la transmisión de la *Historia,* unas veces de forma involuntaria y otras, las más, provocadas por aquellas doctrinas filológicas que tendían a cambiar formas y palabras para que se adecuasen a una lengua o a un estado de lengua determinado y preconcebido.

El estilo, lleno de expresiones y estructuras recurrentes, es también semejante al de sus predecesores y al de la primitiva prosa literaria. Es el que Aristóteles definió como *léxis eiroméne* o "expresión continuada" (*Retórica* 1409a 27), con acumulación de oraciones, unas veces de tipo coordinativo, otras veces débilmente subordinadas, pero bien imbricadas entre sí por sus contenidos y mediante el uso de partículas conectivas, pronombres, adjetivos y adverbios anafóricos o la repetición de alguna raíz o palabra en las distintas oraciones o párrafos relacionados. Aristóteles criticaba esta forma de expresión porque no

es posible adivinar el final del pensamiento, "como los preludios del ditirambo", aquellas oberturas de música instrumental que nunca se sabía cuándo iban a acabar para que diera comienzo el propio texto del ditirambo.

En consonancia con el estilo, la composición de la obra es también de tipo abierta; es decir, en el curso de la narración se van añadiendo descripciones y otros relatos menores, a modo de digresiones, engarzados en la trama mediante el procedimiento asociativo, conformando una especie de estructura recurrente y ternaria de introducción, digresión, narración del hecho de que se trate. La digresión se encuentra, a su vez, bien integrada en el conjunto general mediante el recurso estructural de la "composición en anillo", tan característico de las obras para las que hay que suponer una ejecución oral. Es éste, ciertamente, un rasgo que comparte con las primeras obras literarias griegas, especialmente con la *Ilíada* y con la lírica (véase Schrader, 1994: 100, n. 39). La influencia de la épica homérica, un referente obligado a lo largo de toda la literatura griega, se deja sentir igualmente en otras ocasiones (convenciones formales, fraseología, escenas tipo), hasta el punto de que ya en la antigüedad Heródoto fue llamado *homerikótatos,* "muy homérico" (*Sobre lo sublime* 13, 3).

Hay quien ha visto (Immerwahr, 1966: *passim* y López Eire, 1990: 76) en esas formas recurrentes y repetitivas de presentar los hechos un reflejo de la concepción cíclica de la Historia, según la cual el acontecer humano revela un proceso regular y continuado que consta de un comienzo ascendente, de una serie de estadios predecibles y de un final en caída (véase epígrafe 3.6).

Por ser una de las características formales que van a definir la historiografía griega, se debe citar la presencia de discursos, bien en estilo directo (con las propias palabras del individuo en cuestión), bien en estilo indirecto (a través de las palabras del narrador o de alguna otra persona). A veces, incluso, adoptan la forma de discursos agonales en medio de un diálogo. Heródoto nos sitúa así en el centro mismo de la escena y en los momentos claves de la toma de decisiones por los personajes implicados, algo que confiere credibilidad y viveza al relato. Es en esas partes de la obra cuando el estilo de Heródoto, en lo que a la estructura sintáctica de las oraciones se refiere, se hace algo más complejo y deja de tener ese carácter de informe o catálogo tan típico de la *léxis eiroméne.*

3.5. El método historiográfico: *ópsis, historíe, gnóme*

Heródoto se ha liberado de la fascinación del pasado mítico, ha observado hechos del pasado reciente, ha prometido explicar las causas del enfrentamiento

entre griegos y bárbaros, se ha preguntado por el valor de la fuentes y él mismo nos dice que ha usado *ópsis*, *historíe* y *gnóme* (II 99, 1); esto es, la observación personal, la búsqueda constante de informaciones y el discernimiento crítico. De la observación personal, fruto de sus viajes, proceden, en la más pura tradición logográfica, los datos referidos (y casi siempre ordenados en esta secuencia) a la geografía, a las costumbres y a los *thaumásia* o cosas sorprendentes que describe de las distintas regiones que él ha podido visitar. Es una importantísima fuente de informaciones, muy valoradas por los estudiosos modernos, que, no obstante, reconoce Heródoto, se le queda a veces escasa (por ejemplo, II 148, 5; V 9, 1).

Con la *historíe* completa su información a partir de documentos escritos y, sobre todo, orales (*akoé*), procedentes del testimonio de individuos que le suministraban datos sobre los territorios, acontecimientos o costumbres de pueblos y regiones que él en persona no ha llegado a conocer. Estos testimonios orales los distingue con claridad de los que proceden de su propia observación, y alguna vez les adscribe un nombre propio (III 55, 2; IV 76, 6, y IX 1, 1); pero, en general, alude a ellos con expresiones del tipo "eso escuché", "esto me dijeron", "algunos cuentan", "según los persas", etc. Sobre ellos suele pesar la actitud crítica de Heródoto, quien, en ocasiones, confiesa sus deficiencias (por ejemplo, II 29, 1; IX 32, 2) o reconoce abiertamente su incredulidad (II 28, 1; IV 25, 1).

Entre las fuentes escritas se cuentan algunas inscripciones (por ejemplo, la consagrada en Delfos con los nombres de las ciudades griegas combatientes), listas oficiales o administrativas (por ejemplo, las de satrapías persas o las de griegos caídos en las batallas) y, sobre todo, oráculos (véase epígrafe 3.6), transcritos en verso, en su gran mayoría de origen délfico y con adiciones e interpolaciones *post eventum*. Parece haber consultado también los escritos de los logógrafos. A ellos se refiere como "jonios", *logopoioí* o "algunos griegos", y, cuando los nombra, lo hace para disentir de sus informaciones. Al único que cita por su nombre es a Hecateo de Mileto; en dos ocasiones, para referirse a su intervención en la revuelta jonia (V 36, 2 y V 125), y en otras dos, para discrepar de sus opiniones (II 143 y VI 137). Probablemente, algo más debía a todos esos escritores que no cita y que le precedieron en dar noticias sobre los pueblos orientales; pero no podemos saber cuánto (véase el estudio de R. L. Fowler, 1996). La fama y la autoridad de Heródoto en tales asuntos relegaron al olvido las obras de Cadmo de Mileto, Hecateo de Mileto, Dionisio de Mileto, Caronte de Lámpsaco, Janto de Lidia, etc. Finalmente, acude en ciertos momentos (por ejemplo, II 117; IV 32; VI 52) al testimonio de los poetas, cuya opinión no siempre comparte, y nombra, entre otros, a Homero, Hesíodo, Arquíloco, Alceo, Safo, Anacreonte, Solón y Esquilo.

Heródoto, pues, ha empleado ya un método propio para la recogida, la ordenación y la unificación de noticias y datos sobre los temas de su interés. Pero son sus consideraciones personales ante las informaciones acumuladas, la *gnóme*, las que revelan el mayor progreso en rigor y exigencia crítica. Su actitud indagadora y escudriñadora de las fuentes origina en él, de un lado, cierto escepticismo que manifiesta explícitamente cuando, tras algunos relatos, escribe: "Yo, por mi parte, debo decir lo que se me dice, pero no estoy obligado a creer totalmente en ello; téngaseme eso en cuenta para el conjunto de mi obra" (VII 152, 3). Esto es especialmente aplicado a ciertas tradiciones míticas o a algunas explicaciones sobrenaturales, sobre las que, con el debido respeto, plantea sus dudas y objeciones (por ejemplo, II 45; III 84). Por otro lado, en cuestiones controvertidas, dicha actitud le lleva a acumular versiones o explicaciones de un mismo hecho y a discernir entre ellas la que le parece "más verosímil para cualquiera que reflexione sobre el particular" o de "sentido común". Un ejemplo de esta actitud se puede ver en sus argumentaciones contra las interpretaciones que le habían llegado sobre las crecidas del Nilo (II 20-24).

En cualquier caso, la crítica de verosimilitud representa el tope de su criticismo y, aunque no le es posible con ella alcanzar una indiscutible verdad, con su ayuda puede tildar de insostenibles buen número de informaciones. Pero, su respeto por la tradición y la responsabilidad de conservarla le impiden prescindir de ninguno de los testimonios a su alcance. Es lo que le criticará veladamente Tucídides (véase epígrafe 4.7) que, en su compromiso con la verdad, seleccionará rigurosamente el material historiable y omitirá directamente cualquier testimonio o interpretación controvertible o incierta.

La ausencia de un principio cronológico definido para ordenar los acontecimientos constituye, finalmente, un considerable escollo en su metodología. Heródoto utiliza el cómputo por generaciones (cada una con una duración de treinta a treinta y cinco años o de tres generaciones cada cien años) y el referente cronológico fundamental es la Guerra de Troya, sobre todo para datar los sucesos más remotos, tal como ya habían hecho algunos logógrafos. Así, calcula que entre su época y la Guerra de Troya habían transcurrido unos ochocientos cincuenta años (II 145, 4). Por otro lado, en la *Historia* de Heródoto encontramos atestiguada por primera vez la forma de datar los acontecimientos mediante la indicación del nombre del arconte epónimo. Es en el párrafo VIII 51, 1, referido a la llegada de los persas al Ática, que tuvo lugar "durante el arcontado de Calíades en Atenas"; es decir, el año 480 a. C., clave en el desarrollo de las Guerras Médicas, pues es el año también de las batallas de las Termópilas y de Salamina.

El resultado, en conjunto, ha sido una obra tan atractiva como válida para un historiador que, en los inicios de la historiografía, ni ha podido contar todavía

con un sistema cronológico estable, ni ha leído nunca un libro sobre metodología histórica.

3.6. El pensamiento de Heródoto y la utilidad de su *Historia*

Por lo que se percibe en su *Historia,* Heródoto debía de creer en la existencia de un orden cósmico, salvaguardado por la divinidad y que orienta la actividad humana (véase texto 9). Es un orden de carácter dinámico, no estático, subordinado a una constante alternancia de violaciones y recomposiciones del mismo. Se trata de la antigua doctrina encerrada en el esquema *kóros-hybris-áte,* presente en la épica, en la lírica, en la tragedia, en la filosofía jonia y en la religiosidad délfica. Según esa concepción, el exceso de riquezas y de poder (*kóros*) provoca en el hombre un estado de ánimo tal que le incita a transgredir el orden natural o político, incurriendo en desmesura e insensata vanagloria (*hybris*). En esta tesitura, los dioses muestran su celo, retiran su favor a los hombres y les aplica el castigo (*áte*) que restablece el equilibrio.

Traspasado el esquema a la *Historia,* vemos que la voluntad excesiva de poder y dominio territorial genera un afán que, en su desmesura, impide la libre práctica de las tradiciones y suprime la libertad de los individuos. Interviene, entonces, el poder divino –o las fuerzas de la naturaleza– que provoca la ruina de quienes tales acciones han cometido y reordena la situación. La divinidad es envidiosa y perturbadora de la pretendida felicidad del ser humano, sujeto a constante variabilidad. La historia de Creso en el libro I y su entrevista con Solón –un bárbaro y un griego– es, en ese sentido, ejemplar. Allí se muestran la "envidia" (*phthónos*) de la divinidad, celosa garante del orden cósmico (I 32, 1), y la inestabilidad de la prosperidad humana, pues el hombre es pura contingencia, "todo coyuntura" (I 32, 4). Creso, que ha caído desde el punto más elevado de su felicidad y que ha aprendido la lección (I 207, 1), advierte, además, a Ciro en sus primeras conquistas de que "en las cosas humanas hay un ciclo que, en su sucesión, no permite que siempre sean afortunadas las mismas personas" (I 207, 2).

Creso, Ciro, Cambises, Darío y Jerjes serán sucesivamente víctimas de su propia *hybris*: Creso, al enfrentarse a Ciro en sus ansias expansionistas; Ciro, al atacar a los maságetas; Cambises, al invadir Etiopía; Darío al intentar conquistar a los escitas, y Jerjes, al ambicionar la sumisión definitiva de Grecia. En el libro VII, justo cuando comienzan los preparativos de la invasión de Grecia, Artabano, el tío paterno de Jerjes, en calidad de "sabio consejero" y contrapunto del Solón del libro I, amonesta así al monarca: "ten en cuenta que son

las coyunturas las que se imponen a los hombres, y no los hombres a las coyunturas" (VII 49, 3); y antes le había dicho:

> Puedes ver cómo la divinidad fulmina con sus rayos a los seres que sobresalen en exceso y no les deja alardear; en cambio, los pequeños no le irritan. Puedes ver también cómo siempre lanza sus flechas desde el cielo contra los mayores edificios y los árboles más altos, pues la divinidad tiende a abatir todo lo que sobresale en exceso (VII 10, e).

Se atisba, por lo tanto, cuál pueda ser el final para las pretensiones de Jerjes. Heródoto parece participar, así pues, de aquella concepción cíclica del acontecer histórico según la cual todo lo que asciende termina cayendo, continuada y repetidamente, tras una serie de estadios predecibles. Es por esos ciclos recurrentes (que tendría su correlato formal en la *léxis eiroméne;* véase epígrafe 3.4) por lo que la historia tiene un valor paradigmático. La historia se hace, así, maestra de moralidad y ofrece ejemplos de la precariedad de la vida de los seres humanos. El mismo trasfondo moralizante se puede apreciar en los numerosos relatos "ejemplares" de la *Historia* herodotea que buscan explicar los acontecimientos políticos por medio de motivaciones personales relacionadas con el amor, la fidelidad, la intriga, la venganza, la ambición, la generosidad y sus contrarios: la exagerada venganza de la reina de Cirene, Feretima, contra los asesinos de su hijo es expiada con su propia muerte, ya que "las venganzas demasiado crueles de los hombres son odiosas para los dioses" (IV 205). Desde el punto de vista ético-religioso, se halla detrás el "nada en demasía" délfico como máxima que debe presidir la conducta del ser humano, no en vano, Apolo es la divinidad que más veces se nombra en la *Historia.*

La providencia gobierna el acontecer y el poder del destino es inexorable, pero no de forma que quede anulada la responsabilidad moral de los seres humanos. Los hechos pueden ser causados por intervención divina o actuación humana, indistinta e interactivamente; pero el énfasis lo pone Heródoto no en esa intervención divina, sino en la descripción del carácter de los seres humanos y de los sucesos históricos de los que son protagonistas y responsables en última instancia. El mismo Temístocles que, tras la victoria griega en Salamina, atribuye la hazaña a los dioses y a los héroes, "que veían con malos ojos que una sola persona imperara sobre Asia y Europa" (VIII 109, 3), es el que antes de la batalla confiaba plenamente en la capacidad humana para tomar decisiones sensatas, pues, "cuando las decisiones son insensatas, tampoco la divinidad suele auspiciar los planes de los hombres" (VIII 60, g). La frecuente presencia en la *Historia* de sabios consejeros, sueños premonitorios y oráculos, mayoritariamente procedentes del santuario de Apolo en Delfos, apuntan a esta ideología de la sensatez que lleva al éxito. Los consejeros, pertrechados con la

sabiduría de su experiencia (Solón, Creso, Artabano..., el propio Heródoto), intentan evitar que el aconsejado incurra en *hybris*. Sueños y vaticinios son, en la creencia de Heródoto, admoniciones de la divinidad sobre el curso adecuado de los acontecimientos (véase texto 10). Su incorrecta interpretación o su desprecio por parte de los seres humanos son la causa, como en la tragedia, de muchas de las desgracias que les aquejan. "Indudablemente" –dice Heródoto en su explicación de las causas de la guerra de Troya (II 120, 5)–, "la divinidad, y con ello expreso mi opinión particular, disponía las cosas para hacer patente a los hombres, con la aniquilación total de los troyanos, que para las grandes faltas grandes son también los castigos que imponen los dioses". En correspondencia y por analogía, cuando en el libro VII aparece Jerjes en escena, lo primero que presenta Heródoto es el relato de las deliberaciones y preparativos que anteceden a la gran invasión y que evidencian la arrogancia y autocrática crueldad del rey persa, que hace caso omiso de consejos de mesura y señales sobrenaturales, con lo que su desastroso final es predecible. "A mí" –dice Artabano a Jerjes– "no me produjo tanto pesar oír los reproches que me dirigiste como comprobar que, siendo dos los planes propuestos a los persas –uno que tendía a fomentar su desmesura, y otro, en cambio, tendente a refrenarlo y partidario de que es perjudicial imbuir en la conciencia del hombre el deseo permanente de conseguir más de lo que posee–, como comprobar, digo, que, a pesar de que los planes propuestos eran los que he citado, elegías el más peligroso tanto para tu persona como para los persas" (VII, 16, 2, a).

Para Heródoto la causa del enfrentamiento entre griegos y bárbaros estuvo, en definitiva, en el desmedido afán de unos hombres por aumentar su poder en perjuicio de otros. Sus acciones quebraron el justo equilibrio y atrajo el castigo en forma de desgracias múltiples y derrota final. Colabora, así pues, nuestro historiador con su *Historia* en la reafirmación del sistema de aquellos ideales "apolíneos" definidos, ordenados y discriminados, entre otros, por Píndaro, Esquilo o Sófocles y que en otro ámbito se visualizan, por ejemplo, en esa versión plástica escultórica del hombre, en la que subyace la expresión del orden y de la armonía como principio organizador del universo.

Si la responsabilidad de la derrota de los persas en las Guerras Médicas puede atribuirse al despotismo y a las ansias de conquista de sus monarcas, un acto cierto de *hybris*, la victoria de los griegos ha de considerarse la recompensa por su actitud ética y su régimen político. En el pensamiento político de Heródoto late la idea de que ninguna tiranía puede reportar beneficios a la comunidad ni a sus individuos. Él mismo fue víctima del régimen tiránico de su Halicarnaso natal y por eso, cuando explica el poder y la relevancia adquirida por Atenas en la historia reciente, aduce que "la igualdad política [*isegoríe* dice Heródoto en griego, un término que alude a la 'libertad de expresión' y

que, junto al de *isonomía,* 'igualdad ante la ley', también usado por nuestro autor, denomina y caracteriza al régimen político alabado por el historiador antes de que el término *demokratía* se generalizase] es una cosa positiva, si consideramos que, cuando los atenienses eran gobernados por una tiranía, no eran mejores que ninguno de sus vecinos en el terreno militar; sin embargo, cuando los tiranos fueron eliminados, los atenienses pasaron a ser claramente los primeros" (V 78). El griego, pues, lucha por su libertad contra la opresión, a sabiendas del inmenso potencial persa, y Heródoto no desaprovecha ocasión para resaltarlo: "ansiosos como estamos de libertad" –pone en boca de los atenienses– "nos defenderemos como podamos" (VIII 143, 1); "sabes bien lo que es la esclavitud" –dicen los espartanos al persa Hidarnes–, "pero todavía no has probado la libertad y desconoces si es dulce o no. Si realmente la hubieses probado, nos aconsejarías luchar por ella no con lanzas, sino incluso con hachas" (VII 135, 3). Y, en contraste, se complace en narrar numerosos episodios que muestran la cruel dominación que ejercía el rey persa, "una persona impía y criminal, a quien lo mismo le daban los santuarios que las casas particulares, que quemó y derribó de sus pedestales las imágenes de los dioses y que hasta hizo azotar al mar y le echó unos grilletes" (VIII 109, 3).

Así pues, alejamiento de la *hybris* y moderación como máximas ético-religiosas, libertad como emblema político aseguran al ser humano gozar de una existencia dichosa en la medida de sus posibilidades y "alcanzar para la vida" –en palabras del sabio Solón transmitidas por Heródoto– "el fin más brillante" (I 30, 4). Ésta sería la gran enseñanza de su *Historia.*

3.7. Valoración e influencia de la *Historia*

Heródoto se nos presenta como un viajero tolerante aunque no crédulo, un hombre interesado por las costumbres y el pasado histórico de sus contemporáneos, autor de una obra que puso las acciones de los seres humanos en el centro de interés, investigador de los motivos y responsabilidades que se hayan tras las dichas y desdichas del acontecer histórico. Por todo ello, se le ha considerado el "padre de la historia". Pero su *Historia* ha merecido diferentes valoraciones a lo largo de los siglos.

En la antigüedad su reputación no fue muy buena. Los que apreciaban en él al escritor patriótico y agradable difícilmente podían defenderlo como historiador fiable. Tucídides y su concepción de la historia tuvo mucho que ver en esa valoración. Para escribir historia era necesario ser contemporáneo de los hechos en discusión y, en la búsqueda de testimonios, poder entender lo que

un informador pudiera decirle. Por ello, resultaba sospechoso que Heródoto contara sucesos en los que nunca había participado y hablara del modo de vida de gentes cuyas lenguas y países desconocía. O había ocultado las fuentes de información, y era un plagiario, o había inventado los hechos, y era un falsario. El dilema dominó la antigua crítica herodotea. Desde el siglo IV a. C. hasta el siglo IV de nuestra era, desde Ctesias de Cnido a Libanio de Antioquía, son numerosos los autores que denuncian las falsedades y fabulaciones de Heródoto. Aristóteles le llama "mitólogo", "narrador de fábulas", probablemente sin demasiada carga peyorativa (*Sobre la generación de los animales* 756a 6) y lo cita alguna vez como historiador en la *Poética* (1452b 2) y en la *Retórica* (1417a 7), algo tanto más significativo cuanto que el de Estagira nunca menciona a Tucídides. Pero Plutarco, el principal de sus detractores, denuncia abiertamente su mendacidad y mala intención en un panfleto titulado *Sobre la malevolencia de Heródoto*. En él resume el cúmulo de acusaciones que se habían vertido sobre el historiador de Halicarnaso: falta de veracidad en los hechos, simpatía hacia los bárbaros, parcialidad en beneficio de Atenas y en perjuicio de las demás ciudades griegas. Y algo de razón llevaba Plutarco, pues Heródoto, aunque no con la mala intención que le atribuye el de Queronea sino porque era, seguramente, el signo de los tiempos, se empeña en destacar, por ejemplo, el mérito de los atenienses en la victoria sobre los persas en la Primera Guerra Médica (VI 111-120; VII 8 y 10), les dedica directamente un elogio por su coraje y patriotismo antes del enfrentamiento con Jerjes en la Segunda Guerra Médica (VII 139) o cita el prodigio del nacimiento de Pericles (VI 131, 2), un personaje que nada tuvo que ver en esas guerras, pero sí era el gobernante más poderoso de Grecia en el momento de la estancia en Atenas de nuestro historiador, además de ser el promotor de Turios, la ciudad donde, seguramente, pasó Heródoto los últimos años de su vida.

Algún juicio positivo, no obstante, le brinda su compatriota Dionisio de Halicarnaso, quien lo prefiere a Tucídides por cumplir mejor con las tareas que atribuye al buen historiador: elegir adecuadamente el tema, saber dónde empezar y hasta dónde llegar, seleccionar los acontecimientos, presentar cada cosa en el lugar oportuno y mantener una actitud coherente en toda su obra. "Así, si cogemos su libro" –escribe Dionisio (*A Pompeyo* 3, 11-12)– "nos quedamos maravillados hasta la última sílaba y deseamos siempre más. Tucídides, por el contrario, centrándose en una sola guerra la describe sin descanso acumulando batalla tras batalla, preparativo tras preparativo, discurso tras discurso, de manera que acaba fatigando la buena disposición de su audiencia". También Luciano (*Heródoto* 21, 1) lo alaba por su forma llana y extremadamente agradable de narrar. El más influyente de los juicios sobre Heródoto ha sido, sin embargo, el de Cicerón, quien, en una postura equidistante, a la vez que lo

considera "padre de la historia", denuncia las numerosas fabulaciones que se encuentran en la *Historia* (*Sobre las leyes* I 1, 5).

Hemos de esperar hasta el Renacimiento para encontrar entre los eruditos una opinión favorable sin paliativos sobre Heródoto. La primera edición del texto griego de Heródoto en esta época es de 1502, salida de las prensas venecianas de Aldo Manucio, aunque la *Historia* había sido ya traducida al latín por Lorenzo Valla entre 1452 y 1456 y publicada en 1474. Pero la reivindicación más importante del historiador se debe al humanista Henri Estienne (Estéfano), quien contesta a Plutarco en su *Apología de Heródoto,* que antepuso a su edición del texto de Heródoto en 1570. Por su parte, durante el siglo XVI, los historiadores volvieron a poner en práctica en sus investigaciones el método que había inaugurado Heródoto: viajar por países extranjeros, preguntar a poblaciones locales, remontar desde el presente hasta el pasado recogiendo tradiciones orales. En algunos casos actuaban como embajadores; en otros, como misioneros o exploradores. Pero escribían historia, una historia que recordaba extraordinariamente a Heródoto tanto en el estilo como en el método. "No es necesario suponer" –escribe Momigliano (1984: 145-6)– "que los diplomáticos italianos y los misioneros españoles, que extendían sus 'relaciones' estuviesen influenciados por Heródoto. [...] Lo que nos interesa es que reivindicaron el valor de la obra herodotea, mostrando que se puede viajar al extranjero, relatar cuentos extraños, investigar sobre acontecimientos pasados, sin ser necesariamente embusteros. Una de las objeciones típicas contra Heródoto era que sus relatos eran increíbles. Pero entonces el estudio de países extranjeros y el descubrimiento de América revelaron costumbres todavía más extraordinarias que las descritas por Heródoto".

La crítica moderna ha valorado en sus justos términos la importancia de Heródoto y de su *Historia*, aunque todavía hay quienes le consideran un fabulador consciente. Pritchett (1993) ha hecho un resumen de las principales posturas modernas y ha argumentado contra los que mantienen que Heródoto ha inventado gran parte de sus informaciones (Fehling, Hartog, West). Heródoto combinó dos tipos de investigación. Indagó sobre la guerra persa (un acontecimiento de una generación anterior) y viajó por Oriente para recoger información sobre las condiciones presentes y los acontecimientos pasados de los pueblos que entraron en contacto con los persas. Y Heródoto tuvo éxito en su empresa. Es sintomático que hayan caído en el olvido muchas de las obras que trataban sobre los pueblos que aparecen descritos a lo largo de la *Historia,* pues Heródoto fue, desde la publicación de su obra, la autoridad sobre el asunto. El propio Tucídides comienza la narración de la llamada "pentecontecia" (los cincuenta años que van desde el final de las Guerras Médicas hasta el inicio de la Guerra del Peloponeso) desde la toma de Sesto, el último hecho histórico

referido por Heródoto. Y hasta consta que Teopompo hizo un resumen en dos libros de la *Historia* en el siglo IV a. C. (*FGrHist* 115, F 1-4).

Por otro lado, no hemos de perder de vista las dificultades que debía tener cualquier historiador que se dispusiera a trabajar en Grecia durante el siglo V a. C. Frente al historiador moderno, el estudio de las fuentes documentales y arqueológicas no era la práctica habitual. Cuando trabajaba sobre historia griega, nuestro autor tenía pocos documentos escritos con los que poder contar, a lo más la historia griega era transmitida todavía por tradición oral. Cuando viajaba por Oriente, encontraba documentos escritos en cantidad, pero no estaba instruido para leerlos. Aun así, como historiador, comprendió la relevancia de una guerra en la que no sólo estaba en juego la independencia de las ciudades griegas, sino también sus instituciones políticas y culturales. Y en lo que al propio mundo griego respecta, entrevió las importantes consecuencias de las batallas de Maratón y de Salamina que supusieron un cambio de primacía en favor de Atenas y en perjuicio de Esparta.

Heródoto, en fin, representa el movimiento de transición de la epopeya a la historia política, pasando por la logografía, y avanza hacia la conquista de una fundamentación histórico-cultural de los acontecimientos que relata. Heródoto, en efecto, rechazó el "pasado mítico" por inconsistente ante los criterios de experiencia y observación, y lo que se propone es narrar la historia de las Guerras Médicas y sus preliminares. Con él la historiografía griega adquiere sus características formales más importantes (relato en prosa con discursos incrustados en estilo directo) y define sus principales intereses temáticos: historia militar y política del inmediato pasado como núcleo fundamental; descripciones geográficas y etnográficas como digresiones explicativas. Cada autor, luego, aplicará su propias maneras en el descubrimiento de la verdad histórica y, de acuerdo con las circunstancias, renovará el carácter y la finalidad de sus obras respectivas. Tucídides le superará, o mejor, hará otra historia, con su exigente crítica de las causas y con su finura en el análisis psicológico del poder y de las acciones humanas. Pero no debemos pedir a Heródoto aquello que todavía no nos podía dar y baste con presentarlo (como hizo H. R. Immerwahr, 1966: 5) como una combinación de educador, científico y escritor, el primero en descubrir que la historiografía constituía un método para describir y comprender el mundo en su conjunto, haciéndola equiparable a la poesía y a la filosofía. Nuestro historiador quiso desempeñar en la realidad el mismo papel que él atribuyó en su obra a los sabios consejeros Solón, Demarato o Artabano.

Capítulo 4 La historia como ciencia política. Tucídides y la *Historia de la guerra del Peloponeso*

"TUCÍDIDES" –ESCRIBE J. Alsina (1990: 28), uno de los filólogos españoles que mejor han explicado el quehacer historiográfico del historiador ateniense– "hace avanzar el concepto de *historia* más allá de donde lo había dejado Heródoto, su predecesor, que tenía una concepción teológica de la historia, para crear lo que hoy conocemos con el nombre de *historia política*". La ilimitada curiosidad de Heródoto es ahora sustituida por el relato riguroso de un solo acontecimiento, estrictamente contemporáneo, sobre el que se podían obtener informaciones de primera mano: la llamada "Guerra del Peloponeso", que tuvo lugar entre el año 431 y el 404 a. C., en la que él mismo participó. Con su *Historia de la guerra del Peloponeso* dejó un magnífico modelo de historia científica, es decir, una historia concebida como discurso racional, basada en hechos conocibles y entendibles por la razón; y de historia política, esto es, centrada en el hombre como miembro de una *pólis*.

Y es que entre Heródoto y Tucídides media una treintena de años y uno y otro se desenvuelven en circunstancias vitales y culturales diferentes. En ese espacio de tiempo se desarrolló el devastador conflicto bélico que enfrentó a los dos estados griegos más importantes de la segunda mitad del siglo V a. C., Atenas y Esparta. Se ha producido, además, el afianzamiento de la Sofística, que no sólo convulsionó la vida social y política en su circunstancia histórica

concreta, sino que también tuvo una enorme influencia en los siglos posteriores de la civilización griega.

4.1. Marco histórico. La Guerra del Peloponeso

Tras la victoria sobre los persas en las Guerras Médicas, muchas ciudades griegas –sobre todo de las islas del Egeo– fundaron, bajo dirección ateniense, una alianza, la llamada "Liga Delo-ática", que tenía por misión devastar el territorio persa para vengarse de los daños sufridos y mantener a los persas lejos de los territorios griegos. Fue en el año 476 a. C. y los firmantes se comprometían a aportar dinero o naves a la alianza y a prestarse ayuda en caso de un nuevo ataque persa. Pero, a los pocos años de su existencia, Atenas había alterado notablemente el estatus inicial y transformado a los coaligados en súbditos suyos, la aportación económica (el *phóros*), en tributo y la flota sufragada por todos, en instrumento de su poder. La asamblea (*ekklesía*) y los tribunales (*dikastéria*) de Atenas cada vez ejercían un control más opresivo sobre los teóricos coaligados que, incluso, sufrieron represalias militares y económicas cuando reclamaron su autonomía (Naxos sería la primera). Los atenienses convirtieron lo que, en principio, era una alianza para beneficio de todos en un "imperio" a su servicio. Una fecha clave en ese proceso de transformación de la Liga en imperio fue el año 449 a. C., cuando la firma de los tratados de paz con los persas (la tan discutida "Paz de Calias") dejaba de justificar la existencia de la Liga. Pero, sin embargo, Atenas continuó reclamando el *phóros* y buscando nuevas fórmulas para su mantenimiento, que ya no podría sustentarse en acciones militares contra el persa. Ése es el imperio que Atenas intentaba preservar a toda costa. Así lo dirá Tucídides en su *Historia* por boca de Pericles:

> No penséis que luchamos por una sola cosa, esclavitud o libertad, sino también por la pérdida del imperio y por el peligro de los odios que habéis suscitado con él. Un imperio al que ya no es posible renunciar, aunque alguien, por temor, se haga el bueno en beneficio del pacifismo; pues el imperio que tenéis es como una tiranía, que parece injusta de ejercer, pero peligrosa de perder (II 63, 2).

De otro lado, Esparta, la otra ciudad destacada en la lucha contra los persas, seguía fiel a su ancestral régimen político. Con su poderoso ejército, continuaba al frente de la llamada "Liga Peloponesia", fundada en el año 480 a. C. y teóricamente sin sentido tras la constitución de la Liga Delo-ática. Esparta asistía con recelo al incremento de la influencia de Atenas, pues las dos ciudades

aspiraban a ejercer la hegemonía económica, política y militar sobre los demás griegos.

Las relaciones entre ambos bloques, el de Atenas con sus "aliados" o "súbditos" y el de Esparta con los peloponesios, enfrentados también por su distinta forma de tratar los asuntos sociales y políticos, empeoraron en el transcurso de la pentecontecia. Momentos de cierta distensión fueron el malogrado congreso de paz panhelénico convocado por Pericles en el año 448 a. C. y el tratado de paz de treinta años firmado en el año 445 a. C. por atenienses y peloponesios. En virtud de ese tratado, Atenas reconoce la hegemonía espartana sobre el Peloponeso a cambio de que se acepte su imperio marítimo. Pero las desavenencias y provocaciones mutuas continuaron. El conflicto armado estalló abiertamente en el año 431 a. C., después de que Atenas se aliara con Corcira contra los corintios (435-433 a. C.), sofocara la sublevación de Potidea (432 a. C.), antigua colonia de Corinto, e impusiera un bloqueo comercial por decreto a Mégara (433-432 a. C.), tres frentes altamente estratégicos: en la ruta hacia Sicilia y la Magna Grecia, el primero; en la ruta hacia Tracia y el Helesponto, el segundo, y en la ruta hacia el Peloponeso, el último. Espartanos y peloponesios consideran roto el tratado de paz con Atenas y deciden, convencidos por los corintios, iniciar una guerra que, en forma discontinua, se desarrollará en tres escenarios geopolíticos diferentes (continental, siciliano y egeo), durará veintisiete años y terminará en el año 404 a. C. con la capitulación de Atenas y la disolución de la Liga Delo-ática.

4.2. Los sofistas y el nuevo contexto social

Como consecuencia de las sucesivas reformas democráticas habidas en el curso del siglo V a. C., el modelo aristocrático de la tradición heredada se ve reemplazado por el pragmatismo y la conveniencia sociopolítica. La educación había sido patrimonio exclusivo de los grupos nobles, que, en Atenas, siguieron controlando el poder tanto desde el partido aristocrático como desde el democrático. Pero las buenas condiciones sociales y comerciales que se dieron al final de la época arcaica y en el "siglo de Pericles" favorecieron la aparición de personas adineradas sin ascendencia aristocrática que, paulatinamente, tuvieron acceso al poder, pero que, por lo que a la educación se refiere, se hallaban en desiguales condiciones. Los nuevos ricos necesitaban la gramática, la retórica, la dialéctica para convencer en la tribuna de la asamblea, así como para resolver favorablemente ante los jurados los muchos pleitos en que se veían envueltos. Se precisaban educadores para este nuevo grupo social que disponía de

dinero con el que cubrir esas necesidades formativas, y a ello se prestaron esos "profesionales de la sabiduría", los sofistas, que llegaron a Atenas en las últimas décadas del siglo V a. C. Se explica, así, la contemporaneidad del ascenso social en ese ambiente democrático de aquellos nuevos ricos y la afluencia de sofistas hacia Atenas.

Los sofistas aparecen, ciertamente, en la Atenas del siglo V a. C. como un grupo de maestros itinerantes y eruditos que van de ciudad en ciudad impartiendo sus conocimientos a todos los que se unen a ellos como discípulos. En un principio, no se cuestionan problemas filosóficos, sino que sus enseñanzas se dirigen hacia la impartición de una serie de habilidades y de conocimientos que tendrán por objeto el poner al así instruido en condiciones de ocupar el mejor puesto en el engranaje político. Se trataba de saber qué tipo de ser es el hombre, cuáles son sus tendencias profundas y en qué circunstancias se desenvuelve con el objetivo de elegir los argumentos oportunos y expresarlos adecuadamente ante un auditorio concreto de quien se espera su adhesión. Los sofistas serán, en efecto, maestros en el arte de hablar en público (*tékhne rhetoriké*) y sus estudios se dedicaron, especialmente, a desentrañar los secretos de las palabras (*lógos*) y a establecer los principios del comportamiento humano como medio de explicar las reacciones del auditorio y de preverlas en virtud de lo que es "probable" (*eikós*) que suceda de acuerdo con esos principios.

Pero, en algunos casos, al carácter esencialmente práctico de sus enseñanzas se le sumó un relativismo exacerbado que desconfiaba respecto de la posibilidad del conocimiento absoluto. El movimiento sofístico desplazó el centro de interés desde la naturaleza al hombre y, más concretamente, al hombre como ser social. Recordemos que para Protágoras, uno de los más brillantes sofistas, respetado incluso por Platón, "el hombre es la medida de todas las cosas", una frase que, aunque sacada de contexto, ha servido para caracterizar la nueva mentalidad sofística. Lo que, probablemente, quería decir el sofista de Abdera era que todo conocimiento es subjetivo, es decir, dependiente de la mente y de los órganos sensoriales del individuo. La experiencia personal y subjetiva de cada hombre se erigió en el criterio por el que había que valorar la naturaleza de la existencia, el conocimiento y la ética. La verdad, por lo tanto, pertenecía al ámbito de lo opinable y de lo discutible. Cualquiera se podía considerar en posesión de la verdad; sólo tenía que aportar los argumentos y las pruebas más fiables y conseguir con un discurso bien pergeñado la adhesión de quienes tuvieran que decidir en cada ocasión.

Otro sofista, Gorgias, que llegó a Atenas en el año 427 a. C. procedente de la siciliana Leontinos, causó conmoción en sus planteamientos teórico-prácticos relativos a la palabra hecha discurso (*lógos*). Puede decirse que Gorgias inaugura una nueva etapa en la Retórica, en general, y en la prosa artística griega,

en particular. Las "figuras" (*skhémata*) especiales que pueden adoptar las palabras, las famosas "figuras gorgianas", confieren al discurso un efecto "psicagógico" ("arrastrador de almas") y, por lo tanto, capacidad persuasiva.

La Sofística desempeña, en definitiva, un papel decisivo en la nueva orientación de la educación en Atenas, menos dependiente de valores tradicionales y más atenta al estudio del hombre y su contexto social, del lenguaje y sus efectos políticos. Lo que realmente distingue a los sofistas es su magisterio en la nueva educación práctica del ser humano, en el estudio y la enseñanza de un buen número de disciplinas, en la idea de que la "excelencia" (*areté*) política es tributaria de la formación del ciudadano, porque nada es patrimonio de nadie. La curiosidad por las cosas del pasado era, desde luego, uno de los componentes de esa nueva educación y la historia no podía aparecer como una disciplina separada en el vasto proyecto de antropología general, teórica y práctica, concebido por Protágoras y sus émulos. El hombre competente debe contar con toda suerte de referencias para guiarlo en sus deliberaciones y ahí se halla la utilidad del conocimiento del pasado, lejano o próximo.

4.3. "Tucídides de Atenas, hijo de Óloro"

Pues bien, hacia el año 460 a. C., en ese ambiente político y cultural de la democrática Atenas nacería Tucídides (el historiador ateniense es uno de los autores griegos más estudiados; con carácter general puede verse J. Hornblower, 1987, Ramón Palerm, 1996 y Marincola, 2001: 61-104). Las *Vidas* o biografías que se le han dedicado (la más importante es la de Marcelino, del siglo V) le hacen miembro de la familia aristocrática de los Filaidas, que incluía entre sus ilustres ascendientes a Milcíades y a Cimón, destacados personajes de las Guerras Médicas. Por su padre, Óloro, estuvo vinculado a Tracia, donde consiguió la concesión para explotar minas de oro y donde estuvo destinado como estratego durante la Guerra del Peloponeso (él mismo lo refiere en IV 105, 1). Con estos ascendientes, Tucídides gozaba, es de suponer, de una privilegiada condición socioeconómica que le daría la posibilidad de aprender con señalados sofistas, algo sobre lo que no se albergan demasiadas dudas, habida cuenta de su señalada influencia en el estilo y en la filosofía de la *Historia de la guerra del Peloponeso* (véanse epígrafes 4.6 y 4.8).

Vivió durante toda la Guerra del Peloponeso y, después de su fracaso en la expedición de ayuda a la estratégica colonia ateniense de Anfípolis, sitiada por el espartano Brásidas (en el año 424 a. C.), estuvo desterrado durante veinte años (IV 104-106 y V 26, 5). Éste es, quizá, el hecho más decisivo y trascen-

dente en la vida de nuestro autor, que habría de orientar su actividad posterior. Se cree que residió, desde entonces, en la localidad tracia de Escapte Hile, donde su familia explotaba las minas de oro, un lugar, por otro lado, próximo a dos importantes centros culturales: la Abdera de Protágoras y Demócrito, y la escuela hipocrática de Tasos, con los que es muy probable que Tucídides entrara en contacto. Pero, además, el largo destierro le permitió vivir algún tiempo en el Peloponeso; como consecuencia, pudo obtener una valiosa información del bando contrario y conocer los acontecimientos bélicos desde una doble perspectiva: la de los atenienses y la de sus enemigos los peloponesios, acaudillados por Esparta. Es lo que Tucídides aduce como garantía de su conocimiento cabal (*akribés*) sobre lo sucedido durante la guerra:

> Viví durante toda ella con la edad suficiente para darme cuenta y poniendo empeño en informarme cabalmente. También sucedió que estuve desterrado de mi ciudad durante veinte años, después de haber sido estratego en Anfípolis, y, por haber presenciado las actividades políticas de ambos bandos, y no menos las de los peloponesios por mi destierro, con serenidad pude darme cuenta mejor de ellas (V 26, 5).

No sabemos mucho más sobre la vida de nuestro autor, ni tampoco cuándo ni dónde se produjo su muerte. La *Vida* de Marcelino, no obstante, como suele suceder en estas biografías tardías, ofrece todo tipo de datos, anécdotas y sincronías con otros personajes insignes de la época clásica que no son verificables; por ejemplo, que perteneció al círculo de Arquelao de Macedonia o que compuso un epigrama para la tumba de Eurípides. Parece seguro que murió después del final de la guerra en el año 404 a. C. y, probablemente, de forma repentina, lo que explicaría que la *Historia de la guerra del Peloponeso* haya quedado incompleta o, por lo menos, no haya recibido la redacción final (véase epígrafe 4.5). El elogio, en fin, que hace Tucídides del rey macedonio Arquelao (II 100, 2), como si éste hubiera ya fallecido, lo que tuvo lugar en el año 399 a. C., podría situar la muerte de nuestro autor tras esa fecha.

En ese contexto histórico e imbuido de la nueva cultura sofística, Tucídides habría concebido la idea de reflexionar sobre las causas, los protagonistas y el desarrollo de una guerra que, en su opinión, provocó la mayor conmoción (*kínesis*) en el pueblo griego (I 2). Hay en esa reflexión un declarado objetivo altruista: dejar por escrito (*xymgráphein*) una obra duradera y útil para el futuro (sin descartar otras razones apuntadas por la crítica, como la justificación y defensa tanto de su personal implicación en la guerra, como de la bondad de la estrategia político-militar de Pericles). Desconocemos cuándo se publicó su obra y si se hizo de una sola vez o por partes. A nosotros nos ha llegado con el título de *Historia de la guerra del Peloponeso,* aunque en la época helenística se

conocía como *Historias de Tucídides*, y presenta sus contenidos distribuidos en ocho libros.

4.4. Contenidos de la *Historia de la guerra del Peloponeso*

4.4.1. *Libro I: la "arqueología", el método, las causas y los antecedentes de la guerra*

Es significativo que nuestro autor dedique todo un libro a realizar un estado de la cuestión previo, a fundamentar su método de investigación y a plantear sus hipótesis sobre las causas del conflicto. Tucídides es consciente de estar haciendo algo nuevo y antepone ya la labor del "historiador" a la del simple "narrador" de sucesos. Tras el proemio con su firma y el anuncio del asunto de que va a tratar (como ya era práctica habitual desde Hecateo), acude a la "arqueología", literalmente "el relato de los hechos antiguos" (I 2-19), para justificar la elección de la Guerra del Peloponeso como tema. Intenta demostrar, en efecto, que esa guerra ha sido el suceso más importante de los hasta entonces acaecidos y que, debido al altísimo poder de sus combatientes, ha supuesto una enorme "conmoción" (*kínesis*) en el mundo griego. En la reconstrucción del pasado remoto narrado en la "arqueología", el historiador ateniense dice acudir al examen de los indicios (*tekméria*) y al principio de lo verosímil (*eikós*). Marca, asimismo, distancias con respecto a la credulidad de poetas y logógrafos, refiere los dos componentes básicos de su obra (*lógoi*, "discursos", y *érga*, "acciones") y expone el método y el propósito último de su indagación:

> Consideré que no debía escribir los hechos acaecidos en la guerra a partir de cualquier información que caía en mis manos, ni tampoco según a mí me parecía, sino que he relatado sólo los hechos en los que estuve presente y aquellos otros cuya información extraje de otras personas con la mayor exactitud [*akribés*] posible en cada caso. (3) La investigación resultaba trabajosa porque los presentes en cada suceso no decían lo mismo sobre los mismos hechos, sino según la querencia que cada uno tuviera por uno u otro bando o según sus recuerdos. (4) Tal vez la ausencia del elemento fabuloso [*mythôdes*] en los hechos relatados restará encanto a mi obra ante un auditorio. Pero si quienes se proponen examinar la verdad de los hechos acaecidos y de los que han de ser en el futuro iguales o similares a éstos, en conformidad con la condición humana [*anthrópinon*], si éstos los consideran útiles, será suficiente. En definitiva, mi obra ha sido compuesta como una adquisición para siempre [*ktêma es aieí*] más que como una pieza de concurso destinada a una escucha momentánea (I 22, 2-4).

Es decir, relato de hechos contemporáneos sin aureolas míticas, búsqueda de la verdad, selección de fuentes, precisión, concepción cíclica de los acontecimientos humanos y deseo de trascendencia o enseñanza útil para el futuro. Son las razones que justifican la determinante influencia de Tucídides en la historiografía posterior o, al menos, en un determinado tipo de historiografía, la que es científica, política y paradigmática.

Para su anunciado propósito de exponer las causas y los antecedentes mediatos e inmediatos de la Guerra del Peloponeso, Tucídides se retrotrae, primero, hasta la crisis de Epidamno y Corcira (435-433 a. C.; Atenas lucha aliada con Corcira contra Corinto) y el asedio ateniense de Potidea (432 a. C.) (I 24-66), que significaron la violación por parte de Atenas del tratado de paz de los treinta años con Esparta y los peloponesios. Ésta será "la causa declarada de la Guerra" del Peloponeso, afirma Tucídides en su memorable distinción entre "causa declarada" y "causa más verdadera" del enfrentamiento (I 23, 4-6). Pero, seguidamente, hace un magnífico resumen de la pentecontecia (I 89-118), los cincuenta años que transcurrieron desde la victoria sobre los persas en las Guerras Médicas (480 a. C.) hasta el comienzo de la guerra que se dispone a narrar (431 a. C.). De manera intencionada, para llenar el vacío historiográfico acerca de esos años y en contestación –opinan algunos– a la *Átide* de Helánico (véase epígrafe 2.4.2), nuestro historiador enlaza con el suceso que pone fin a la *Historia* de Heródoto: la ocupación de Sesto por los atenienses en el 478. Pero lo cierto es que en ese período de tiempo se produjo el incremento del poder y de la influencia política y económica de Atenas, cuyo imperio entró en colisión con los intereses de los peloponesios, particularmente de los corintios y de los espartanos (o lacedemonios, como él los llama).

Atenas había convertido la alianza de las ciudades griegas contra los persas (la llamada "Liga Delo-ática") en un imperio (*arkhé*) a su servicio y esto alarmó a los espartanos que, por temor, habrían iniciado una guerra preventiva. Según Tucídides, ésta fue "la causa más verdadera" (I 23, 6) del enfrentamiento. La guerra habría sido, realmente, una consecuencia del imperialismo ateniense. En efecto, después del debate en la asamblea celebrada en Esparta, con intercambio de discursos acerca de la oportunidad de la guerra con Atenas (cuatro en total, dispuestos antilógicamente, con los que Tucídides dibuja una exaltada Corinto, una imperialista Atenas y una vacilante Esparta), "los lacedemonios" –escribe Tucídides (I 88)– "votaron que los tratados habían sido violados y que se debía ir a la guerra, no tanto porque hubieran sido convencidos por las palabras de sus aliados como por el temor de que los atenienses acrecentaran aún más su poder, viendo que la mayor parte de Grecia estaba ya bajo su dominio".

Tras sendas digresiones histórico-etológicas sobre el espartano Pausanias (I 128-134) y sobre Temístocles (I 135-138), en el marco de las demandas de

cada parte previas a la declaración de guerra, Tucídides refiere, finalmente, el discurso que Pericles, "en aquel tiempo el primero de los atenienses y el más capacitado para hablar y actuar", dirigió a la asamblea de los atenienses aconsejando, a su vez, la guerra contra los peloponesios (I 140-144). El discurso, contrapunto del pronunciado por los corintios ante la asamblea de la Liga peloponesia, es un buen resumen –desde la perspectiva ateniense– de los regímenes político, económico y militar de ambos bandos (véase texto 11).

Será a partir del libro II cuando comience la narración de la Guerra del Peloponeso propiamente dicha, siguiendo un criterio analístico particular: por veranos e inviernos y año a año (véase epígrafe 4.5).

4.4.2. Libro II: los tres primeros años de la guerra

A los tres primeros años de la guerra se dedica, en efecto, el libro II. Antes que nada, Tucídides se preocupa de precisar con la máxima exactitud la fecha del acontecimiento que, según él, marca el inicio de las hostilidades:

> Catorce años duró el tratado de paz de treinta años que se concertó después de la toma de Eubea; en el año decimoquinto, cuando hacía cuarenta y ocho años que Criside era sacerdotisa en Argos, y Enesias era éforo en Esparta y a Pitodoro todavía le quedaban dos [*sic* manuscritos] meses de arcontado en Atenas, a los seis meses de la batalla de Potidea, y coincidiendo con el inicio de la primavera, unos tebanos, poco más de trescientos –eran sus jefes los beotarcas Pitángelo, hijo de Filidas, y Diémporo, hijo de Onetóridas–, entraron armados, a la hora del primer sueño, en Platea de Beocia, que era aliada de los atenienses (II 2, 1).

Aunque hay algunos problemas de interpretación derivados de la lectura de los manuscritos (puede verse el excelente corpus de notas que Juan J. Torres añade a su traducción de la *Historia de la guerra del Peloponeso* en la Biblioteca Clásica Gredos), la conjunción de todas esas referencias nos lleva a marzo-abril del año 431 a. C.

Los hechos militares más destacables que Tucídides relata en este libro son, en el primer año, aparte del episodio de Platea (II 2-6), la invasión del Ática por los peloponesios al mando de Arquidamo (II 10-23, con la digresión sobre el *sinecismo* de Atenas), que era la primera acción de guerra dirigida contra Atenas (es el rey que dará nombre a los diez primeros años de guerra, hasta la firma de la "paz de Nicias"); como respuesta, las expediciones navales de los atenienses contra diferentes enclaves del Peloponeso (II 23-32); en el segundo

año, la segunda invasión del Ática (II 47), la expedición ateniense contra la Calcídica (II 58) y la capitulación de Potidea (II 70); y, en el tercer año, el asedio de Platea por los peloponesios (II 71-78), las victorias atenienses en las batallas navales de Patras y Naupacto (II 83-92), el ataque peloponesio a Salamina (II 93-94), la expedición del tracio Sitalces contra el macedonio Perdicas, aliados ambos de Atenas (II 95-101, que incluye sendas descripciones de las respectivas regiones; véase de qué distinta naturaleza son las digresiones de Tucídides, a quien sólo interesan la extensión y los recursos económicos y humanos de ambos territorios y no sus costumbres, mitos o creencias), y, por último, la campaña naval del ateniense Formión contra Acarnania (II 102).

Pero lo que realmente ha dado fama a este libro ha sido el discurso epitafio que Pericles pronuncia en honor de los caídos en el primer año de guerra (II 35-46), la descripción de la epidemia que se declara en Atenas en el segundo año (II 48-54) y el tercer y último discurso de Pericles en la *Historia*, cuya labor e ideario político ensalza Tucídides (II 60-65).

La costumbre ateniense de honrar a los caídos al final del año con un conjunto de ceremonias, cuyo colofón era el epitafio pronunciado por una destacada personalidad, constituía la ocasión perfecta para que Tucídides hiciera intervenir a un Pericles que en su discurso habla poco de los muertos y mucho sobre su idea política de Atenas. El magistral discurso fúnebre puesto en boca de Pericles cuenta, desde luego, con la reelaboración artística de Tucídides, y, aunque no puede dudarse de su fondo real, se considera una elocuente manifestación de los ideales políticos del historiador. A lo largo del discurso, junto a los tópicos habituales del género (autoctonía de los atenienses, legado espiritual y material de los antepasados, autosuficiencia de Atenas, elogio de "los que se fueron", ejemplo para los vivos, consuelo de los familiares, etc.), van apareciendo en magníficas antítesis las ideas sobre las bondades del régimen político de Atenas: "su nombre" –escribe Tucídides–, "debido a que el gobierno no es para unos pocos sino para la mayoría, es democracia" (II 37, 1); sobre la grandeza del ciudadano ateniense, que sabe compaginar libertad individual y servicio al Estado, disfrute y sacrificio, vida contemplativa y vida activa: "amamos la belleza con sencillez" –dice Pericles– "y amamos la sabiduría sin molicie" (II 40, 1); o sobre la misión de Atenas en el mundo griego: "En resumen, afirmo que la ciudad entera es un modelo para Grecia" (II 41, 1).

Pero, a continuación, en contraste trágico con este discurso de Pericles que nos muestra una Atenas elogiosa y admirable, Tucídides narra las terribles consecuencias de la epidemia que se declaró en la ciudad en el año 429 a. C., de la que el propio Pericles será víctima. Tucídides mismo resultó afectado y vio a otros que la sufrían, por lo que, en consonancia con su actitud historiográfica, se siente autorizado para describir los síntomas y servir de ayuda, ya que, "en

el caso de que un día sobreviniera de nuevo, se estaría en las mejores condiciones para no equivocar el diagnóstico" (II 48, 3). La descripción del proceso morboso viene a ser prueba de la formación científica de nuestro autor y de su capacidad de observación clínica –hipocrática, se ha dicho– y psicológica (sobre este episodio, en general, y sobre los problemas de identificación del tipo de epidemia, en particular, véase el corpus de notas y el documentado "Apéndice" de Juan J. Torres en el primer volumen de su citada traducción de la *Historia de la guerra del Peloponeso*). Incluso no son pocos los que opinan que la metodología que Tucídides aplica en su *Historia* es una traslación al estudio del cuerpo social de los métodos (la *prógnosis*) que Hipócrates utilizaba en su técnica médica y que, en concreto, se traslucen en estos capítulos sobre la "peste" de Atenas (véase epígrafe 4.8). Pero nuestro autor también saca las consecuencias psicológicas y morales de la epidemia en la ciudadanía ateniense; y aquí es donde se produce el más violento contraste con el orgullo ideológico proclamado por Pericles anteriormente:

> 53. Con mayor facilidad, cualquiera se atrevía a realizar abiertamente las cosas con las que antes se satisfacía en secreto, al ver el brusco cambio de quienes eran ricos y morían de repente y de quienes nada poseían antes y al punto tenían lo de aquéllos. (2) En consecuencia, aspiraban a satisfacciones rápidas y placenteras, pensando que efímeras eran también sus vidas y sus riquezas. (3) Nadie estaba dispuesto a sufrir penalidades por un fin que pareciera hermoso, porque no tenía la certidumbre de no perecer antes de alcanzarlo. Lo que resultaba agradable de inmediato y lo que de cualquier modo contribuía a ello, eso pasó a ser lo hermoso y útil. (4) Ni el temor a los dioses ni la ley de los hombres les detenía, pues juzgaban que lo mismo daba ser respetuoso que no, al ver que todos morían por igual. Además, en cuanto a los delitos, nadie esperaba vivir hasta el juicio y pagar por ellos; sobre sus cabezas pendía una condena mucho más grave que ya había sido decretada y, antes de que les cayera encima, era natural que disfrutasen un poco de la vida.
>
> 54. Tal era el agobio del padecimiento en que estaban sumidos los atenienses: la población moría dentro de las murallas y el país era devastado fuera (II 53-54, 1).

Los atenienses culpaban de todo ello a Pericles, que, haciendo gala de sus dotes políticas, los convocó en asamblea y les dirigió un discurso (II 60-64) con el que consiguió "el propósito de animarlos y de dejarlos más tranquilos y confiados" (II 59, 3). Tras el discurso, Tucídides refiere la muerte del gran estadista (429 a. C.) y le brinda un elogio en el que destaca su integridad y visión política y reitera la bondad de su estrategia militar para la defensa de un imperio al que no se podía renunciar (II 65). Es éste uno de los pasajes donde con

más transparencia Tucídides deja ver su propia ideología política (véanse epígrafe 4.7 y texto 15). Al final del capítulo el historiador anticipa el fracaso de la expedición a Sicilia, que narrará en el libro VIII, y el desastroso final de la guerra para Atenas, de lo que culpa a los dirigentes que sucedieron a Pericles y que no supieron estar a la altura de las circunstancias.

4.4.3. Libros III a V 24: la guerra hasta la "paz de Nicias"

Continúa Tucídides relatando año a año los diferentes sucesos bélicos. Unas veces, la información se nos da completamente condensada. Léase, por ejemplo, la narración de las nuevas invasiones del Ática por los peloponesios al comienzo del libro III o el ataque ateniense a Nisea en el capítulo 51 o la primera expedición a Sicilia en el capítulo 86 del mismo libro. Pero, en los episodios que nuestro historiador considera importantes bien para el desarrollo de la guerra, bien para ilustrar su concepción sobre la condición humana (*tò anthrópinon*, que decía en el libro I 22, 4), base de su particular visión de la historia, el relato se hace más amplio y se acompaña de discursos, antilogías y comentarios. Ésta sería parte de la elaboración artística a la que Tucídides somete los sucesos históricos sin tergiversarlos (véase epígrafe 4.7).

Así, la parte central del libro III se dedica a tres sucesos que tuvieron lugar casi a la vez (en el verano del quinto año de guerra, 427 a. C.) y que muestran cómo el estado de guerra genera en los seres humanos comportamientos nada equilibrados y altera los valores cívicos más elementales.

Narra, primero, la sublevación y castigo de Mitilene (III 2-50), con los discursos de los atenienses Cleón (III 37-40) y Diódoto (III 42-48), dos de esos nuevos dirigentes (por lo menos Cleón, porque de Diódoto sabemos poco) a los que Tucídides acaba de denostar. Cleón había convencido a los atenienses para que perpetraran, como represalia, una matanza indiscriminada y total de los habitantes de Mitilene; pero, al día siguiente, es Diódoto quien, en respuesta al nuevo discurso de un exaltado Cleón ("la naturaleza" –sentencia Cleón– "lleva al hombre a despreciar a quien lo trata con respeto y a reverenciar a quien lo hace sin condiciones"; III 39, 5), denuncia ante la asamblea "la monstruosa crueldad" (palabras de Tucídides al introducir el episodio; III 36, 4) y la dudosa utilidad de aniquilar a una ciudad entera y logra, *in extremis*, evitar la matanza. Ambos discursos, el de Cleón y el de Diódoto, son un acabado ejemplo de aquellos *dissoì lógoi* o discursos dobles antitéticos tan del gusto sofístico. El discurso de Cleón representa en sus tesis las posturas defendidas por aquellos sofistas radicales que preconizaban la ley del más fuerte y constituye un irónico

ataque contra la civilización y contra la retórica. El discurso de Diódoto, personaje del que no tenemos otras referencias, constituye, en particular, una admirable pieza oratoria tanto por sus aspectos formales como por la profundidad de sus argumentos. He aquí algunas de las palabras que Tucídides pone en boca de Diódoto:

> La verdad es que en las ciudades hay fijadas penas de muerte para muchos delitos, y no tan graves como éste, sino menores; y, sin embargo, impulsados por la esperanza, los hombres se arriesgan y nunca fue al peligro nadie que se creyera condenado a fracasar en su propósito. [...] (3) La naturaleza ha dispuesto que todos, individual o colectivamente, cometan errores y no hay ley capaz de impedirlo, puesto que los hombres ya han recorrido toda la escala de penas agravándolas progresivamente, para ver si sufrían menos daños de los malhechores. Es probable que en los tiempos antiguos las penas para los delitos más graves fueran más suaves, pero al seguir habiendo transgresiones, la mayor parte de las penas ha venido a parar en la de muerte y, con todo, las transgresiones persisten. (4) Entonces, o se encuentra un temor más temible o se admite que ése al menos no retiene, sino que la pobreza, que infunde audacia por la necesidad, la abundancia, que por soberbia y orgullo induce a la ambición, y las otras circunstancias humanas acompañadas de pasión, en la medida en que están dominadas en cada caso por un impulso superior e irresistible, arrastran al hombre hacia el peligro (III 45, 1-4).

A continuación, nos lleva el historiador al lado peloponesio y, en correspondencia, narra el asedio y, tras la derrota, el ajusticiamiento, esclavización y demolición completa de Platea (III 52-68) –aliada de los atenienses y otrora gloriosa ciudad en la lucha contra los persas–, con los discursos de defensa y de réplica-acusación de plateenses (III 53-59) y tebanos (III 60-67), respectivamente, ante un tribunal de jueces espartanos. En la decisión de los jueces primó –opina Tucídides (III 68, 4)– la idea de que los tebanos les iban a ser más útiles en la guerra.

Para completar este magnífico estudio de la condición humana, Tucídides nos cuenta con detalle la guerra entablada entre las distintas facciones políticas de Corcira (III 69-85), partidarias o contrarias a la alianza con Atenas, con asesinatos, autoinmolaciones, actos execrables y matanzas indiscriminadas de unos y otros:

> Los corcirenses asesinaron a aquellos de sus conciudadanos a quienes consideraban sus enemigos; aunque les acusaban de querer derribar la democracia, algunos murieron víctimas de enemistades personales y otros, por deberles dinero, perecieron a manos de sus deudores. (5) La muerte se

> presentó en todas sus formas y, como suele ocurrir en tales circunstancias, no hubo exceso que no se cometiera y se llegó todavía más allá: el padre mataba al hijo, se arrancaba a los suplicantes de los templos o se les asesinaba en ellos, e incluso hubo algunos que murieron emparedados en el templo de Dioniso (III 81, 4-5).

Ahora no hay discursos de los protagonistas. Quien valora el hecho es el historiador, en un ensayo admirable que ocupa los capítulos 82 a 84 y que evidencia su penetrante análisis psicológico y sociológico del ser humano (véase texto 12). Tucídides convierte el conflicto en un ejemplo extrapolable, válido para el conocimiento de la naturaleza humana, que es el fundamento del carácter paradigmático de su *Historia* (un buen análisis del episodio completo puede verse en López Eire, 1990b y 1991). Tucídides, así pues, se nos muestra en estos tres elaboradísimos e importantísimos episodios de la parte central del libro III como el analista ejemplificador que se proponía ser en el libro I.

El resto del libro III, el libro IV y el libro V hasta el capítulo 26 contienen, bien dispuestos cronológicamente, el resto de los hechos militares que se desarrollaron desde finales del año 427 a. C. hasta la firma de la "paz de Nicias" en el año 421 a. C. La extensión dedicada a la narración de cada uno de esos hechos no excede, en la mayoría de los casos, de un capítulo. Los hechos a los que dedica más espacio son, precisamente, hechos considerados decisivos en el transcurso de la guerra: la derrota que sufrió el estratego Demóstenes en Etolia (III 94-98), donde "fue muy importante el número de atenienses caídos, y todos de la misma edad, los mejores hombres de la ciudad de Atenas que perecieron en el curso de esta guerra" (III 98, 4), seguida de su victoria en Acarnania (III 105-114). Pero, sobre todo, ya en el libro IV (séptimo año de guerra), se destacan, con una minuciosa descripción de las maniobras militares y con la transcripción de los discursos pronunciados por los protagonistas, la expedición naval de Demóstenes hasta Esfacteria y Pilos, en el extremo suroccidental del Peloponeso, que contó con el factor suerte (*tykhe*) y que obligó a los espartanos a pedir una tregua a los atenienses e, incluso, el final de la guerra, peticiones rechazadas por instigación de Cleón (IV 2-41); en medio, la conferencia pansiciliana celebrada en Gela por iniciativa de Siracusa, donde Hermócrates pronuncia un memorable discurso, que provoca la retirada de la escuadra ateniense aprestada en la isla (IV 58-65); y, al final, la exitosa expedición del espartano Brásidas a la Calcídica y a Tracia (IV 78-88 y 102-132), quien, con inteligencia y capacidad oratoria, se granjeó el apoyo de aliados de Atenas en la zona. Los atenienses no supieron reaccionar a tiempo y, desde ese momento, la guerra tomó un cariz distinto para ellos. Uno de esos episodios –la capitulación de Anfípolis (IV 106)– motivó el destierro del propio Tucídides, estratego en la

costa tracia a la sazón, que no pudo llegar a tiempo para socorrer a la estratégica colonia ateniense.

Ya en el libro V (6-12) Tucídides narra la campaña de Cleón para recuperar Anfípolis y las posiciones tracias. La campaña resulta un fracaso y en ella mueren tanto Cleón como Brásidas. La primera parte de la Guerra del Peloponeso, la llamada "Guerra Arquidámica", termina con la firma de un tratado de paz que llevará el nombre de su negociador, Nicias (año 421 a. C.), cuyo texto Tucídides transcribe íntegramente (V 18-19), y de una alianza entre Atenas y Esparta. Igual que hizo para datar con exactitud el comienzo de la guerra, Tucídides aporta diferentes coordenadas cronológicas y desecha por impreciso el modo de datar por el nombre del magistrado epónimo:

> Este acuerdo se concluyó al acabar el invierno, a comienzos de la primavera, inmediatamente después de la Dionisias urbanas. Habían transcurrido diez años y unos pocos días más desde que se produjo la primera invasión del Ática y el comienzo de esta guerra. (2) Se debe efectuar el cálculo tomando como base la sucesión de las épocas del año, sin prestar mayor atención al cómputo basado en los nombres de los magistrados o de otros cargos que en cada lugar marcan el tiempo de los sucesos del pasado (V 20, 1-2).

4.4.4. Libros V 25 a VII 18: los años de la "falsa paz"

Los capítulos V 25 y 26 introducen la considerada segunda parte de la obra o "Segunda guerra". Es uno de los pasajes más controvertidos de la *Historia* (véase epígrafe 4.5). En el capítulo 25, Tucídides hace un breve resumen de los hechos posteriores a la firma de la paz. El 26 presenta similitudes con el proemio del libro I, por eso se le ha llamado "segundo proemio". En él insiste Tucídides en su afán de objetividad ("Yo he vivido durante toda su duración, con edad para comprender y esforzándome en conocer los hechos con exactitud"; V 26, 5), considera que, en realidad, la guerra no se ha interrumpido ("No es razonable tener por época de paz aquella en la que ni restituyeron ni recuperaron todo lo acordado y, además de eso, unos y otros cometieron violaciones"; V, 26 2) y ha durado en total veintisiete años:

> El mismo Tucídides de Atenas ha expuesto también por escrito estos hechos, relatándolos según el orden en que sucedió cada uno, por veranos e inviernos, hasta el momento en que los lacedemonios y sus aliados pusieron fin al imperio de los atenienses y ocuparon los Muros Largos y el Pireo. Hasta ese momento la duración total de la guerra fue de veintisiete años (V 26, 1).

Así pues, aunque la *Historia* finalice abruptamente en los sucesos del año 411 a. C., nuestro historiador demuestra tener *in mente* el desarrollo completo de la guerra.

A pesar de que la paz y la alianza debían durar cincuenta años, Tucídides muestra, efectivamente, mediante el pormenorizado relato que abarca los libros V 27a VII 18 que no hubo tal y que, desde el año 421 al 414 a. C. (momento de guerra declarada de nuevo), hubo movimientos continuos, sospechas y quejas respectivas, provocaciones e incluso enfrentamientos militares.

Los atenienses siguen dando pruebas de la severidad de su política imperialista y conquistadora, ahora propiciada por líderes como Alcibíades, personaje clave en este segundo período de la guerra. A su ilustración dedica Tucídides otra de las partes más elaboradas, en el contenido y en la forma, de su *Historia*. Se trata de la expedición ateniense contra la isla de Melos que ocupa los capítulos 84 a 116 del libro V (año 416 a. C.). Entre ellos se encuentra el famoso "diálogo de los melios y los atenienses" (85-111) acerca del inmediato futuro de la isla (los atenienses les exigen el abandono de su neutralidad y el sometimiento sin condiciones a su imperio) y con el que Tucídides presenta un descarnado retrato de la manera en que los atenienses imponen por la fuerza y con altanería sus criterios. Ya hemos citado otros episodios (por ejemplo, el debate entre Cleón y Diódoto sobre Mitilene y la guerra civil en Corcira del libro III; véase epígrafe 4.4.3) en los que Tucídides deja de ser un simple narrador para convertirse en un auténtico filósofo de la historia. Pero en esta ocasión la forma es distinta. Como si de un agón de tragedia se tratara, melios y atenienses, débiles y fuertes, cara a cara van alternando con dramática crudeza sus respectivos argumentos, argumentos universales, sobre el derecho de los pueblos a ser libres, sobre la conveniencia de la neutralidad, sobre la ley que asiste al más fuerte y sobre la necesidad de los imperios de hacer continuas demostraciones de poder (véase texto 13).

Como era de esperar, ni melios ni atenienses cambian sus posturas y, al final, los atenienses deciden someterlos por la fuerza: "Los atenienses mataron a todos los melios adultos que apresaron y redujeron a la esclavitud a niños y mujeres. Y ellos mismos más el envío posterior de quinientos colonos poblaron el lugar" (V 116, 4). De nuevo un episodio de "monstruosa crueldad" del imperialismo ateniense que ocupa un lugar central en el curso y en el pensamiento de la *Historia*. El "diálogo de los melios" está después de la "paz de Nicias" y justo antes de la desastrosa expedición de los atenienses contra Sicilia, a la que se dedica el libro VI y parte del VII, que marca el principio del fin del imperialismo ateniense.

Con el libro VI, en efecto, comienza el relato de la gran campaña ateniense contra Sicilia (415 a. C.), cuya dimensión pondera hábilmente Tucídides en

el capítulo introductorio: "La mayor parte de los atenienses ignoraba la extensión de la isla y el número de sus habitantes, griegos y bárbaros, así como que emprendían una guerra de importancia escasamente inferior a la de la guerra contra los peloponesios" (VI 1, 1). Sigue una especie de "segunda arqueología" sobre la historia y geografía que justifica la importancia de Sicilia, y, a continuación, distingue el historiador entre pretexto o causa declarada y móvil o causa más verdadera: "Deseaban dominar toda Sicilia, lo que era el verdadero motivo; pero, a la vez, cuidando las apariencias, querían ayudar a los de su estirpe y a los aliados que se les habían unido" (VI 6, 1). Sobre los paralelismos estructurales entre este libro VI y el libro I, véase epígrafe 4.5.

La expedición despertó en Atenas, y luego en Sicilia, una viva polémica que Tucídides refleja en su *Historia* por medio del intercambio de discursos, presentados en antilogías, que tienen lugar ante la asamblea de los atenienses (VI 9-23) y ante la de los siracusanos en Sicilia (VI 33-41). En Atenas, los protagonistas son Nicias, más realista y reacio a la expedición, y Alcibíades, más ambicioso y absolutamente partidario de la política expansionista, cuya desenfrenada personalidad retrata el historiador:

> El que con más ardor incitaba a la expedición era Alcibíades, hijo de Clinias. Quería oponerse a Nicias, pues, en general, discrepaba de él en los asuntos públicos y porque, en concreto, le había aludido en su discurso injuriosamente. Pero lo que más deseaba era ser estratego de una expedición con la que esperaba someter Sicilia y Cartago y obtener con su éxito beneficios particulares, tanto en el aspecto económico como en el de la fama (VI 15, 2).

Luego, mediante su habitual técnica de las narraciones paralelas, el historiador nos lleva a Siracusa, y allí son Hermócrates y Atenágoras quienes discuten si dar crédito o no a las noticias sobre esa gran flota ateniense que los atenienses han aprestado contra Sicilia. Los atenienses han zarpado y, finalmente, llegan a la isla, donde, por consejo de Alcibíades, despliegan una infructuosa actividad diplomática para conseguir aliados contra Siracusa.

En Atenas, la mutilación de las estatuas sagradas de Hermes, que había tenido lugar la víspera de la expedición, había ocasionado una gran conmoción de carácter político-religiosa. Se manda una nave en busca de Alcibíades, uno de los imputados, para que se defendiera en Atenas de las acusaciones y de las sospechas de conspiración. Esto da lugar a una interesante digresión sobre la tiranía y sobre el asesinato del tirano Hiparco a manos de Harmodio y Aristogitón, la causa –dice Tucídides– de que los atenienses fueran tan temerosos y suspicaces ante cualquier hecho que sonara a conspiración contra la democracia (VI 53-60). La huida de Alcibíades, que se teme lo peor, deja a la escuadra

ateniense sin uno de sus tres estrategos y, lo que será peor para el desarrollo posterior de la guerra, el veleidoso Alcibíades se refugia en Esparta y reaparecerá en el capítulo 89 desvelando la estrategia militar de Atenas y dando consejos a los mismísimos espartanos.

A partir de este momento los acontecimientos en Sicilia se precipitan. Las victorias iniciales son de los atenienses y, al final del libro VI (verano del año 414 a. C.), el desánimo cunde entre los siracusanos. Pero los propios errores estratégicos atenienses, la habilidad de Hermócrates, que ha reorganizado a los siracusanos, y la llegada de la ayuda peloponesia con Gilipo a la isla consiguen cambiar la situación. Y, en efecto, en los primeros capítulos del libro VII (finales del año 414 a. C.), Gilipo logra salvar Siracusa del bloqueo ateniense y ahora es Nicias (VII 11-15) quien comunica por carta a Atenas las dificultades por las que está atravesando (se han visto en esta carta ecos del discurso de Agamenón en *Ilíada* II, 110-141; por lo demás, se han subrayado numerosas resonancias épicas en la narración tucidídea de la campaña siciliana).

Esparta no albergaba ya dudas sobre la ruptura del tratado de paz y dispone la invasión del Ática y, con ella, un nuevo estado de guerra declarada con Atenas. Habrían pasado, en la cuenta de Tucídides (V 25, 3), seis años y diez meses desde la firma del tratado de paz. Pero, durante esos años, lo único que ha sucedido es que lacedemonios y atenienses han evitado marchar contra sus recíprocos territorios.

4.4.5. Libros VII 19 a VIII: hacia el desastre de Atenas

Desde el capítulo 19 del libro VII hasta el final de la *Historia* (que no es todavía el final de la guerra) los acontecimientos negativos para Atenas se suceden. En la primavera del año 413 a. C., los peloponesios invadieron el Ática y, como les había aconsejado Alcibíades, fortificaron Decelia, enclave estratégico entre Beocia y el Ática a escasa distancia de Atenas, lo que puso en graves apuros económicos a los atenienses. En Sicilia, los siracusanos se atreven incluso a enfrentarse a la flota ateniense mientras Gilipo ataca por tierra. "Pero, sobre todo, les agobiaba [a los atenienses]" –escribe Tucídides, siempre atento a los aspectos económicos de la guerra– "la circunstancia de mantener dos guerras al mismo tiempo" (VII 28, 3).

Tras su éxito en las Epípolas (VII 42-46), siracusanos y peloponesios cobran nuevos ánimos, mientras que, en el lado ateniense, la situación era extremadamente desesperada y el estratego Demóstenes propone la retirada inmediata.

Pero el siempre vacilante Nicias lo desaconseja con la sospecha de que los siracusanos empezarían a tener problemas financieros y porque sabe que, si abandonan, una vez llegados a Atenas, caería sobre ellos toda clase de falsas acusaciones, entre otras la de soborno y traición. Los escrúpulos provocados por un eclipse de luna (el 27 de agosto del año 413 a. C.) termina reteniéndolos en Sicilia (VII 47-50).

Los siracusanos, que han recibido nuevos refuerzos, se enteran de los apuros de los atenienses y están dispuestos a la victoria total. La narración de la batalla decisiva la realiza –y retarda– el historiador, consciente de su trascendencia, después de trasladarnos consecutivamente a uno y otro bando para describir su estado de ánimo (de desánimo, en el caso de los atenienses) (VII 55-56), ofrecer un catálogo de la gran cantidad de pueblos que se habían reunido para luchar delante de Siracusa (VII 57-58), relatar los preparativos y disposiciones previas, y referir las arengas de Nicias y de Gilipo a sus respectivos ejércitos (VII 59-69). Finalmente, la descripción que realiza Tucídides de la batalla en el puerto de Siracusa es sencillamente magistral y da cumplida cuenta de lo que debió de ser el fragor y el desconcierto de casi doscientas naves combatiendo en un espacio tan reducido (véase texto 14).

La victoria final fue para los siracusanos, y los atenienses, que ni siquiera pensaron en pedir permiso para recoger a los muertos, en su humillante retirada por tierra, narrada también por Tucídides de manera genial y con tintes de tragedia, sufrieron el descalabro definitivo (VII 75-85). Hasta Nicias, en su última y emocionada alocución –VII 77–, donde Hornblower (1993: 67) identifica también reminiscencias homéricas (no exentas, seguramente, de ironía: Tucídides estaría diciendo que Nicias es un hombre de otro tiempo), en el más puro estilo trágico, reconoce que algún dios puede estar castigando la *hybris* de los atenienses. Con la ejecución de Demóstenes y de Nicias ("el griego de mi tiempo" –dice Tucídides– "que menos mereció caer en tal infortunio, ya que su comportamiento entero siempre tuvo por norma la virtud"; VII 86, 5) y con la suerte sufrida por el resto de prisioneros atenienses terminan los sucesos de Sicilia, y el VII libro de la *Historia*:

> Este acontecimiento fue el hecho más importante de los ocurridos en esta guerra y, en mi opinión, más importante aún que cualquiera de los hechos de los griegos que la tradición nos ha transmitido, pues, aparte de ser el más glorioso para los vencedores y el más desgraciado para los vencidos, (6) fueron derrotados completamente en todos los campos y sin que el desastre fuera pequeño en ninguno de ellos, sino que, como se dice, fue la ruina total: su infantería y su flota quedaron aniquiladas, no hubo nada que no perdiesen y, de los muchos hombres que fueron, muy pocos regresaron a su casa (VII 87, 5-6).

El libro VIII y último de la obra abarca desde el final del decimonoveno año de guerra (413 a. C.) hasta el verano del vigesimoprimero (411 a. C.). Se inicia con la llegada a Atenas de la noticia del desastre en Sicilia, cuyas consecuencias se temen los atenienses: "creían que sus enemigos de Sicilia iban a zarpar de inmediato con su flota contra el Pireo, sobre todo después de aquella victoria tan importante, y que entonces sus enemigos de Grecia, que habían doblado sus efectivos, les atacarían decididamente por tierra y por mar y que con ellos marcharían sus propios aliados que habrían hecho defección" (VIII 1, 2). Y, en efecto, en el resto del mundo griego la noticia causó un gran revuelo. Incluso los persas hicieron algunos movimientos. Los lacedemonios ansiaban ya un rápido final para la guerra. Para ello, aumentarían su flota, incitarían a los aliados de Atenas a hacer defección (con la ayuda de Alcibíades) y entrarían en conversaciones con los persas a través de Tisafernes, un personaje relevante a partir de ahora. La guerra, por lo tanto, se desenvuelve ahora en el Egeo. Se produce la defección de Quíos, la isla más importante, y se extienden las rebeliones por otras islas y ciudades de Jonia; pero los atenienses y sus partidarios en esos lugares logran reconducir la situación en muchas de ellas, incluida Quíos, y cuentan especialmente con el apoyo de Samos (VIII 14-44, 60-63 y 71). Al mismo tiempo, Esparta firma sendas alianzas con Persia (y todavía una tercera: VIII 58), prácticamente con las mismas cláusulas, cuyos textos reproduce Tucídides (VIII 18 y 37).

En el curso de la narración de todos esos movimientos, Tucídides intercala dos episodios muy discutidos (como, en general, lo ha sido todo el libro VIII; véase epígrafe 4.5), porque alteran la estricta sincronización de los sucesos que consecutivamente va relatando. El primero trata de las intrigas de Alcibíades que está preparando su regreso a Atenas. El ateniense ya había empezado a levantar sospechas entre los peloponesios, como consejero, ahora, del persa Tisafernes. "Dejar que los griegos se agotaran luchando entre sí", "no contribuir en exceso al sostenimiento de los peloponesios" y "hacerse amigo de los atenienses" eran algunos de sus consejos; este último –escribe Tucídides– "porque se cuidaba de preparar su vuelta a la patria, sabiendo que, si no la destruía, podría algún día convencerles de que le llamasen del exilio, y pensaba que la mejor forma de convencer a sus conciudadanos sería mostrar que Tisafernes era amigo suyo; y eso fue realmente lo que ocurrió" (VIII 47, 1). Pero también en este punto se refiere su participación en la involución oligárquica de Samos (un modelo de análisis de la organización de un golpe de estado escrito por nuestro historiador para todos los tiempos; VIII 45-54), pues trata, asimismo, de que se hagan con el poder los políticos que favorecerían su regreso a Atenas.

El segundo es una digresión retrospectiva sobre cómo se gestó el golpe oligárquico de "los Cuatrocientos" en Atenas (VIII 63, 3-70), que tuvo como

acicate lo que estaba ocurriendo en muchas ciudades súbditas del imperio ateniense como consecuencia de la debilitación de su poder y del descrédito de los demócratas tras el desastre de Sicilia. Los protagonistas son Pisandro, Frínico, Terámenes y, sobre todo, Antifonte, el famoso rétor ateniense hacia quien Tucídides no oculta sus simpatías (como tampoco lo hace con respecto a personajes que destacan por su inteligencia, su *areté* política y su capacidad oratoria; véase epígrafe 4.7). "Así pues, al ser dirigida por muchos e inteligentes hombres" –escribe Tucídides–, "no es extraño que la operación tuviera éxito, aunque se trataba de una empresa de mucha envergadura, ya que era difícil, casi a los cien años del derrocamiento de la tiranía, privar de libertad al pueblo ateniense, un pueblo que no sólo no se había visto sometido, sino que se había acostumbrado a mandar sobre otros durante más de la mitad de aquel período" (VIII 68, 4). Efectivamente, al poco tiempo, la crisis y la disensión se instalaron en Atenas (VIII 89-93), y, después de que los peloponesios se apoderaran de la cercana Eretria y les privaran del aprovisionamiento que procedía de Eubea, la oligarquía de "los Cuatrocientos" fue sustituida por otra oligarquía más moderada, la de "los Cinco mil", que, entre otras cosas, decreta el regreso de Alcibíades (VIII 94-97).

Estamos en el verano del año 411 a. C. y la situación de Atenas se halla más o menos recompuesta: "al menos en mi tiempo" –opina Tucídides– "no han tenido los atenienses mejor gobierno, pues se dio un mesurado equilibrio entre los oligarcas y la masa, y fue eso especialmente lo que levantó a la ciudad de la pésima situación en que se encontraba" (VIII 97, 2). La flota ateniense consigue imponerse a los peloponesios en el Helesponto y recupera otras ciudades que habían hecho defección (VIII 99-105). Tisafernes, por su parte, decide ir en apoyo de los peloponesios, "y, en una primera escala en Éfeso, ofreció un sacrificio a Ártemis" (VIII 109). Y en este punto queda interrumpido de forma aparentemente abrupta el relato de la *Historia de la guerra del Peloponeso*.

4.5. Composición y estructura de la *Historia de la guerra del Peloponeso*

Se pueden percibir, así pues, dos bloques temáticos, correspondientes a las dos grandes etapas de la guerra: el de la "Guerra Arquidámica", desde el inicio de las hostilidades hasta la "paz de Nicias" (431-421 a. C.), que ocupa los libros II a V 24; y el que va desde la "paz de Nicias" hasta el año 411, que ocupa los libros V 25 a VIII. Entre ambos bloques, el historiador ha incluido una especie de clave de unión: el llamado "segundo proemio", que se encuentra en el capítulo 26 del libro V y que viene a incidir sobre algunas de las cuestiones metodológicas ya apuntadas en el primer libro.

Se echa en falta, no obstante, más homogeneidad en el espacio dedicado a cada uno de los veintiún años de guerra narrados y se notan algunas inconsistencias estilísticas y metodológicas a lo largo de toda la *Historia*. Se observa que en la segunda parte de la obra muestra mayor interés por el carácter de los personajes intervinientes (Nicias y Alcibíades, especialmente) que en la primera. Se le achaca el desigual tratamiento de los documentos en los libros IV, V y VIII, donde se transcriben sin ninguna elaboración (frente a lo que era usual en la historiografía antigua), y la ausencia de la precisión cronológica habitual en algunas de las secciones del libro VIII. Los libros V y VIII carecen de discursos en estilo directo y, en el libro V, el narrador pasa de la tercera a la primera persona. En la antigüedad ya se sospechaba acerca de la autenticidad del libro VIII, cuya redacción se ha atribuido a una supuesta hija de Tucídides y también a Jenofonte y a Teopompo, continuadores en el siglo IV a. C. de su obra.

Todas esas "irregularidades" han dado origen a la denominada –por analogía con la que gravita sobre Homero– "cuestión tucidídea", que versa, fundamentalmente, sobre el momento de composición de la *Historia* y sobre la existencia o no de diversos estratos ideológicos y formales en ella. Las posturas se han alineado, principalmente, entre "analistas" y "unitarios".

Los primeros, con Franz W. Ullrich a la cabeza y con ampliaciones y matizaciones posteriores, defienden que Tucídides no escribió su obra de una sola vez. Empezaría escribiendo la historia de la "guerra Arquidámica", en fecha temprana, hacia el año 421 a. C., de forma analística y objetiva. Pero, al observar que la guerra no acaba realmente con la firma de la paz de Nicias, interrumpió su redacción. Habría escrito, según la división actual, hasta la mitad del libro IV Una vez terminada la guerra en el año 404 a. C. con la capitulación de Atenas, retoma la redacción de la obra, que continúa hasta que le sorprende la muerte, dejándola inacabada y sólo con algunos retoques en las partes antiguas, pero sin una revisión definitiva. Habría, por lo tanto, diferentes estratos cronológicos de composición y también ideológicos, ya que el Tucídides del año 421 a. C. no sería el mismo que el del 404 a. C. y esto explicaría las inconsistencias a lo largo de la obra. Aunque el historiador, por ejemplo, empieza afirmando que Esparta entra en guerra con Atenas presionada por los peloponesios, al final, sin embargo, se daría cuenta de que la gran beneficiada fue Esparta y esto habría llevado al historiador a reconsiderar sus juicios sobre la política imperialista ateniense, por medio, sobre todo, de las intervenciones de Pericles, y a creer que fue Esparta la que inició la guerra por temor hacia el creciente poderío ateniense (E. Schwartz).

Los "unitarios", a partir de Edward Meyer y también con adiciones posteriores, opinan, por el contrario, que Tucídides se aplicó a componer y redactar su obra una vez acabada la guerra, aunque disponía de notas escritas en años anteriores, y desde una sola perspectiva ideológica (J. H. Finley). A pesar de

ciertas disonancias internas, no se puede dudar de que la obra en su conjunto responde a un esquema compositivo único que se manifiesta en la interdependencia de discursos (*lógoi*) y hechos (*érga*), en la relación y repetición de palabras y motivos, en los paralelismos de esquemas, situaciones y personajes (V. J. Hunter) o en la correspondencia simétrica entre los contenidos de aquellos dos grandes bloques temáticos (H. R. Rawlings III); e, incluso, la mentalidad que subyace (los efectos de la política imperialista) es prácticamente la misma a lo largo de toda la *Historia* (J. de Romilly). Incluso el carácter particular del libro VIII y su final abrupto se consideran justificados por algunos críticos (H. Erbse, T. Rood); no podían ser de otra manera –se dice–, pues, después de los decisivos acontecimientos de Sicilia, nada destacado sucedió en la guerra.

Es probable, en fin, que las deficiencias y contradicciones que se señalan se deban al mismo estado de sus fuentes y documentos, a su interés personal por determinados protagonistas, ciudades o sucesos, a la falta de una revisión definitiva o a cualquier otra circunstancia de tiempo o lugar poco definibles, teniendo en cuenta la larga duración de un conflicto sobre el que Tucídides empezó a escribir, según propia confesión (I 1, 1), nada más comenzar las hostilidades. Pero, desde luego, no quitan valor al conjunto de la obra, que presenta, tal como nosotros la conservamos, una estructura armónica (véase cuadro 4.1), estudiada convincentemente por H. R. Rawlings III (1981), y bien articulada mediante el empleo de tres técnicas narrativas básicas (Marincola, 2001: 69-76):

- Yuxtaposición: sucesos aparentemente aislados se siguen sin solución de continuidad, pero se provoca que los unos sean interpretados a la luz de los otros. Por ejemplo, el discurso epitafio de Pericles (II 35-46), que presenta una imagen idealista de Atenas, seguido poco después por su último discurso (II 60-64), que retrata la penosa realidad impuesta por la guerra.
- Prefiguración y repetición: unos episodios anticipan el carácter y el resultado de otros. Por ejemplo, las historias de Pausanias y de Temístocles en el libro I prefiguran la conducta de los dos principales protagonistas de la guerra: Esparta y Atenas.
- Contraste e inversión: episodios con resultados contrarios se comparan explícitamente. Por ejemplo, los sucesos de Pilos y Esfacteria del libro IV son comparados con los de Siracusa del libro VII (VII 71, 7); pero, si en el primer episodio las consecuencias fueron negativas para Esparta, en Sicilia lo fueron para Atenas.

La integración de narración y discursos, con escasa presencia del narrador pero frecuente uso de la "focalización" (son los propios protagonistas quienes evalúan en sus discursos los hechos y a los demás protagonistas; Rood, 1998:

passim) y otros enlaces de carácter temático hacen el resto para que la mayoría de los sucesos, por muy separados que parezcan, queden relacionados temática y estructuralmente, de manera que la obra adquiere una unidad de conjunto admirable.

Cuadro 4.1. *Estructura armónica de la* Historia *de Tucídides*

H. R. Rawlings III (1981) ha analizado la estructura de la *Historia de la guerra del Peloponeso* y ha encontrado una estudiada y lograda simetría entre la forma y el contenido de los dos bloques temáticos en los que Tucídides habría organizado la obra; esto es, dos grandes episodios bélicos de diez años cada uno ("Guerra Arquidámica" y "Guerra Decélica") y, como eje entre ambos, la tregua de siete años ("paz de Nicias"). En este cuadro se puede observar cómo, efectivamente, se da esa correspondencia entre los libros I y VI (hasta el capítulo 93), concebidos como introducciones respectivas a cada guerra.

Libro I	Libro VI
Introducción	Introducción
"Arqueología" de Grecia (1-19)	"Arqueología" de Sicilia (1-5)
Metodología	
"Causa más verdadera" (20-23)	"Causa más verdadera" (6-7)
Asunto de Corcira (24-55)	Asunto de Sicilia (8-26)
Cuestión de Potidea	Mutilación de los Hermes en Atenas
Conflictos en el imperio ateniense (55-66)	Conflictos internos en Atenas (27-32)
Asamblea. Discursos en Esparta (67-88)	Asamblea. Discursos en Siracusa (33-41)
Pentecontecia (89-118)	Los atenienses en Sicilia (42-52)
Asamblea en Esparta (119-125)	Asamblea en Camarina (76-88)
Pericles acusado de sacrilegio	Alcibíades acusado de sacrilegio
Digresión Pausanias y Temístocles (126-139)	Digresión pisistrátidas y tiranicidas (53-61)
Primer discurso de Pericles en pro de la guerra (140-144)	Primer discurso de Alcibíades en Esparta en pro de la guerra (89-92)
Comienzo de la primera guerra (145)	Comienzo de la segunda guerra (93)

Tal correspondencia en el contenido se halla también en la forma y en el vocabulario; y se comprueba, igualmente, entre los libros II y VII y entre los libros III y VIII. Pero, como cabe esperar en Tucídides (véase epígrafe 4.6), el paralelismo no es absoluto y se busca constantemente el contraste entre personajes y circunstancias, aparte de que un historiador tan sincero como él –dice Rawlings– tampoco debía forzar la simetría en detrimento de la verdad de hechos y situaciones y, por ello, los dramáticos episodios de la peste de Atenas o del aniquilamiento de Platea se quedan sin sus pares.

4.6. Lengua y estilo

Dionisio de Halicarnaso, el crítico más influyente de Tucídides en la antigüedad, dejó escrito que "lo más llamativo y característico de su estilo es el intento de expresar con el menor número de palabras la mayor cantidad posible de cosas, así como concentrar muchas ideas en una sola, con lo que resulta una concisión llena de obscuridad" (*Sobre Tucídides* 24). Por ello –afirma–, se precisa para su comprensión de glosas que desentrañen los significados ocultos y que, además, den los equivalentes habituales de las palabras arcaicas y extrañas que utiliza.

En efecto, la obscuridad de Tucídides, derivada especialmente de su léxico y de su sintaxis, era proverbial ("más obscuro que las obscuridades de Heráclito", sentencia el propio Dionisio) y la *Vida* de Marcelino la consideraba, incluso, intencionada, para que su *Historia* fuera sólo comprendida y admirada por los más sabios. Los estudiosos actuales han intentado otras explicaciones. F. Romero Cruz atina al atribuir esa dificultad de comprensión a la inadecuación que se produce entre la forma y el contenido. "El principal problema de Tucídides" –escribe Romero Cruz (1985: 138-139)– "es el de encajar sus ideas dentro del formato plano que es la *léxis eiroméne* por su predominio de la parataxis; ante la imposibilidad de utilizar todos lo recursos que una hipotaxis ampliamente desarrollada le hubiera ofrecido tiene que acudir a otros medios para establecer la jerarquía del contenido, con lo que se da frecuentemente una tensión entre las ideas y su expresión, tensión que no siempre se resuelve a favor de esta última". Si nuestro historiador se hubiera limitado a relatar en forma ordenada los sucesos que le interesaban, el "estilo *kaí*" o paratáctico y la *léxis eiroméne* o "expresión continuada", es decir, esos estilos simples, llenos de oraciones coordinadas, de expresiones y estructuras recurrentes, semejante al de sus predecesores (véase epígrafe 3.4), hubieran bastado y no se hubiera creado ningún problema de comprensión, tal como ocurre en las partes puramente narrativas de la *Historia de la guerra del Peloponeso*, donde, desde el punto de vista composicional, está presente hasta la *Ringkomposition* o "composición en anillo". El libro I responde, por ejemplo, a esa técnica compositiva. Pero Tucídides va más allá de la simple narración y se convierte en un auténtico filósofo de la historia cuando afronta la reflexión acerca de los móviles de las acciones. Y entonces es cuando la lengua griega no está todavía a la altura de la complejidad de su pensamiento. Esto explicaría la abrumadora inclusión de frases sentenciosas y de paréntesis en forma de oraciones yuxtapuestas, participios u oraciones de relativo que irrumpen en medio de las frases para explicar o precisar expresiones o situaciones. Y también justifica la gran cantidad de *hápax legómena*, palabras

atestiguadas sólo en la *Historia de la guerra del Peloponeso* (muchas de ellas sustantivos abstractos y formas verbales compuestas), o la frecuente sustantivación de participios, adjetivos e infinitivos para lograr conceptos abstractos. Todo ello revela la necesidad que tuvo Tucídides de nuevos términos para la consecución de su anhelada exactitud conceptual. Es ésa la *onomatiké léxis* o "estilo nominal" al que se refiere Dionisio de Halicarnaso.

Y es que nadie antes había expuesto por escrito nada parecido (sobre la importancia de la escritura en la composición de la *Historia de la guerra del Peloponeso* véase Crane, 1996). Tucídides no tenía un modelo concreto al que imitar, ni literaria ni científicamente, en la redacción de su *Hisoria*. Por supuesto, como un ateniense bien formado, debía conocer la tradición literaria anterior: ecos de Homero, de los poetas líricos, de los trágicos, de Heródoto, se han identificado en su obra (sobre todo, en la narración de la expedición ateniense contra Sicilia en los libros VI y VII; véase, últimamente, Rood, 1998, quien considera que no sólo hay motivos literarios, sino también ideológicos en el paralelismo buscado por Tucídides entre su relato de la campaña siciliana y el de la invasión de Jerjes de Heródoto). Pero estaba, especialmente, al corriente de lo que otros, imbuidos de su misma mentalidad científica y racional, llevaban a cabo en los diferentes ámbitos del conocimiento. Por ello encontramos en su *Historia* tanto las formas argumentativas de Zenón de Elea como el estilo antitético de los primeros sofistas; tanto los términos acuñados por la medicina científica y otras técnicas (jurídica, militar, poliorcética, etc.) como el interés por la sinonimia, puesto en boga por los estudios de Protágoras o de Pródico, que nos obliga a realizar un esfuerzo de distinción entre conceptos significativamente próximos. Sin embargo, lo netamente característico del estilo de Tucídides (desde el clásico estudio de J. Ros) es lo que se denomina *metabolé* o *variatio*; es decir, la ruptura de las puras estructuras paralelas o antitéticas variando la construcción de la frase, alterando la simetría de sus componentes sintácticos o introduciendo sinónimos en lugar de repetir palabras. De esta manera, Tucídides entrecruza el paralelismo de pensamiento con la variación de la forma o viceversa, complica o, mejor, nos lleva a esforzarnos en su comprensión, y crea un estilo tan peculiar como difícil de imitar.

Y lo mismo que sucede con el estilo pasa con su lengua. El dialecto ático de la época de Tucídides tampoco contaba con la tradición literaria de, por ejemplo, el jonio, el dialecto griego con el que se había transmitido el pensamiento de los presocráticos o las "historias" de los logógrafos. Nuestro historiador utiliza, desde luego, el ático; pero la valencia artística la logra mediante la integración de elementos lingüísticos procedentes, fundamentalmente, del jónico literario: los grupos fonéticos -ss-, -rs-, los giros preposicionales en lugar de los casos, las tematizaciones de los verbos atemáticos, las formas verbales

perifrásticas en vez de las simples, retroceso del superlativo en provecho del comparativo, etc. De resultas de ello, nos encontramos con una especie de lengua mixta, literaria, vehículo de la comunicación de los primeros prosistas áticos (Tucídides, Antifonte, el Viejo Oligarca, Andócides, etc.).

Los abundantes discursos de la *Historia,* responsables en muchos casos de su "obscuridad", merecen una mención especial. Han sido numerosos los estudios que se les han dedicado y contradictorios sus resultados. En general, se puede decir que los discursos presentan una notable homogeneidad en la lengua y en el estilo, a pesar de estar puestos en boca de personajes que hablaban dialectos distintos, que tenían diferentes tradiciones culturales y que pertenecían a épocas diversas. Algunos de ellos, como el famoso discurso fúnebre pronunciado por Pericles en el libro II o los discursos antinómicos que se ponen en boca de Cleón y Diódoto en el libro III, son magníficas piezas oratorias que integran los procedimientos retóricos puestos de moda (aunque no creados) por los sofistas de la época. Son frecuentes, por ejemplo, las sentencias, las antítesis, los paralelismos o los homeoteleutos. Algún crítico (D. T. Tompkins) ha observado, no obstante, diferencias estilísticas en los discursos pronunciados por Nicias y Alcibíades, diferencias que se corresponden con sus respectivas caracterizaciones psicológicas. Nicias es, así, el político vacilante y timorato que alude en sus argumentos a los valores patrios tradicionales y habla con verbos impersonales, frecuentes abstracciones y abundantes oraciones subordinadas. Alcibíades, en contraste, es el político confiado y resolutivo que utiliza en su argumentación los tópicos de la conveniencia y de la oportunidad y emplea verbos en primera persona, vocabulario sencillo y oraciones coordinadas. En cualquier caso, siempre hay que contar con la reelaboración personal de Tucídides, evidente, sobre todo, en aquellos discursos que debieron de pronunciarse originalmente en un dialecto distinto del ático y en ámbitos donde la Sofística no ejercía el mismo influjo que en Atenas.

4.7. El método historiográfico

Tucídides constituye un hito clave en la historia de la historiografía occidental al ceñirse en su obra a hechos militares y políticos contemporáneos e imponerse averiguar sus móviles profundos y verdaderos. Es algo que nadie antes había hecho y Tucídides, consciente de ello, tuvo también que aprestar nuevos instrumentos metodológicos para conseguir un producto veraz e irreprochable, instrumentos cabalmente expuestos en los capítulos 20-22 del libro I y en el capítulo 26 del libro V (el segundo proemio).

Declara nuestro historiador que se ha esforzado en la averiguación de la verdad (*zétesis tês aletheías*), frente a la negligencia mostrada por otros que aceptan sin discriminación cualquier información sobre hechos pasados. Así que su primer y más importante instrumento metodológico será la rigurosa selección de las fuentes, "examinándolas una a una", y del material historiable para informar de lo sucedido "con toda la exactitud posible" (*akribeía*) (I 22, 2) y sin recurrir ni al encumbramiento innecesario de los sucesos ni al elemento mítico o fabuloso (I 22, 4). Los primitivos reyes de Atenas Cécrope y Teseo, la lucha de Eumolpo con Erecteo, personajes como Heleno, Pandión, Itis o Procne aparecen, no obstante, mentados, aunque no como mitos, sino como realidades históricas e interpretados según su propia visión.

La exactitud a la que aspira Tucídides se apoya, asimismo, en el sistema cronológico que emplea en su relato para situar los hechos con la máxima precisión, "siguiendo el orden en que sucedió cada uno, por veranos e inviernos" (II 1 y V 26, 1) y año tras año, con referencias cruzadas sobre acontecimientos simultáneos en distintos ámbitos geográficos; un sistema novedoso (criticado por Dionisio de Halicarnaso), distinto del tan anárquico empleado por Heródoto y mucho más preciso –afirma Tucídides– que el usual de relacionarlos con el nombre de los que eran anualmente arcontes epónimos o éforos en Atenas y en Esparta (V 20, 2). Sin embargo, para datar los grandes momentos del desarrollo de la guerra, nuestro autor emplea el sistema tradicional ateniense y espartano junto a otras referencias panhelénicas, consciente como era de escribir, por lo menos, para todo el mundo griego. Así, el comienzo del conflicto se sitúa exactamente catorce años después de la paz de treinta años acordada entre Atenas y Esparta tras las revueltas de Eubea (una referencia frecuente para fechar otros acontecimientos relevantes a lo largo de la *Historia*), cuando hacía cuarenta y ocho años que Criside era sacerdotisa en Argos, y Enesias era éforo en Esparta y a Pitodoro todavía le quedaban dos [*sic* manuscritos] meses de arcontado en Atenas, a los seis meses de la batalla de Potidea, y coincidiendo con el inicio de la primavera (II 2, 1). Es decir, nuestro historiador, en su afán de precisión, conjuga los sistemas tradicionales de cómputo de las dos ciudades que encabezan el conflicto y la lista de las sacerdotisas de Hera en Argos. Este último sistema de referencias estuvo seguramente bastante difundido desde los trabajos de Helánico de Lesbos (véase epígrafe 2.4.1), un autor a quien Tucídides conoce y cita.

Tucídides manifiesta, además, que él va a narrar una guerra de la que conoce los hechos (*érga*) y los discursos de sus protagonistas (*lógoi*), los dos componentes básicos de su *Historia*, por haberlos presenciado u oído personalmente, o bien por haberse informado sobre ellos con el mayor rigor. He aquí la *autopsía* avalando la veracidad de lo narrado, una de las características

distintivas del método historiográfico de los griegos (véase epígrafe 1.3), respaldada en este caso, por primera vez, por el hecho de que el historiador es estrictamente contemporáneo e incluso protagonista de los hechos que narra. Y eso es algo que también le distingue de su antecesor, quien algo vio personalmente, pero, sobre todo, oyó y trasladó de otros a quienes unas veces daba más crédito que otras.

Los hechos (*érga*) estrictos son la materia de su historia. Hechos exclusivamente políticos, militares y contemporáneos, tan sólo acompañados de los documentos y de las imprescindibles descripciones geográficas relacionadas con ellos. Por eso las digresiones son escasas y, cuando aparecen, están justificadas y se adecuan al carácter político y militar de la *Historia:* nada de etnografía, de creencias religiosas o de cultura general. Así, por ejemplo, con la "arqueología" (I 2-20), demuestra, a la manera sofística, la importancia de la Guerra del Peloponeso; con la pentecontecia (I 89-118), la forma en que Atenas consigue su imperio, y con el excurso sobre los tiranicidas (VI 54-59) explica el comportamiento de los atenienses ante el episodio de la mutilación de los Hermes previo a la expedición a Sicilia. Se establece aquí una clara diferencia con los poetas, con los logógrafos y, en especial, con Heródoto, a quien vemos acumular todo tipo de testimonios –a pesar de que el de Halicarnaso ya era consciente del distinto valor de sus fuentes– y no prescindir en su relato de sucesos maravillosos y de otras muchas noticias sobre los que incluso él mismo plantea dudas razonables (véase epígrafe 3.5). Es significativo que Tucídides no utilice el término *historía* acuñado por Heródoto, seguramente porque su sentido recordaba todavía la metodología y los contenidos empleados por la logografía jonia y por el propio historiador de Halicarnaso. A Heródoto y similares parece, asimismo, dirigir sus reproches Tucídides cuando afirma que, aunque una audiencia reclame ese tipo de elementos por resultar más agradables, el historiador se debe a quienes desean tener un conocimiento cierto (*saphés*) de los hechos del pasado (I 22, 4).

Por lo tanto, impresión máxima de veracidad y de objetividad, aunque también es cierto que en la propia selección de la materia se encuentra la interpretación. Desgraciadamente, para poder comparar, no tenemos a un espartano u a otro ateniense que nos haya dejado la narración de los mismos hechos; pero no han sido pocos los críticos que han rebatido la pretendida objetividad del historiador ateniense, tanto por lo que dice como por lo que calla. Sus opiniones y comentarios se hacen explícitos cuando atribuye a Esparta la responsabilidad última de la guerra (I 23, 6), culpa del desastre final a los líderes atenienses que sustituyeron a Pericles (II 65), habla de las consecuencias morales de la peste en Atenas (II 53-54), elogia el programa político de Pericles (II 65), presenta las fracturas que en la convivencia producen las revueltas civiles

(III 82-84), retrata las "monstruosas crueldades" (III 36, 4) que provoca la guerra o elogia la constitución de Quíos (VIII 24) y el régimen que los oligarcas moderados implantaron en Atenas tras las sucesos del 411 a. C. (VIII 97). En esos pasajes Tucídides dejaría traslucir su particular ideología política, aunque no sea muy fácil identificarla con precisión (véase texto 15). De otro lado, omite toda contestación a los discursos y planes de Pericles, cuando es bien conocida la oposición que tenía en Atenas; y no recoge el tratado de amistad firmado entre Atenas y el rey persa en el año 424 a. C., ni cita algunos de los éxitos obtenidos por Cleón en Tracia en el mismo año, ni contempla debidamente la incidencia de los aspectos religiosos en el curso de la guerra. Se aprecian, además, sus simpatías por personajes como los atenienses Temístocles y Pericles o los espartanos Arquidamo y Brásidas o el siracusano Hermócrates, en quienes reconoce las cualidades del buen gobernante: inteligencia (*xynesis*), previsión (*prónoia*) y capacidad oratoria. Sin embargo, no parecen resultar muy bien parados individuos como el ateniense Cleón, el espartano Pausanias o el siracusano Atenágoras. Nótese, no obstante, la imparcialidad en este punto del historiador que reconoce las cualidades del ateniense o del espartano, del demócrata o del oligarca.

En cuanto a los discursos (*lógoi*) de los protagonistas, el otro componente básico de la materia de su *Historia,* Tucídides reconoce con sinceridad que sólo aspira a la verosimilitud de lo referido, a reproducir no las palabras literalmente, sino el sentido general de lo que en realidad pudieron decir aquellos oradores (I 22, 1). Esto, claro, ha causado también una enorme polémica, en la que el historiador ha sido acusado también de parcialidad y de inventar o manipular las palabras de los protagonistas para que dijeran aquello que él quería que dijeran, máxime cuando los móviles de los hechos se dan a entender por medio de los discursos (un buen resumen sobre la función y significado de los discursos en la *Historia* puede verse en Plácido, 1986: 43-45). ¿Son las ideas de Arquidamo y de Pericles las que aparecen en sus discursos o es el propio Tucídides quien expresa sus propias ideas por boca de ellos sobre Esparta y sobre Atenas? ¿Pronunció realmente Pericles el famoso discurso epitafio que Tucídides pone en sus labios? ¿A quién representa ese moderado Diódoto que se opone al demagogo y mal parado Cleón en el famoso debate sobre el castigo a los sublevados de Mitilene? ¿Cómo pudo informarse Tucídides del discurso pronunciado por Hermócrates en la asamblea pansiciliana del año 424 a. C.? La homogeneidad estilística, la recurrencia de los mismos tópicos argumentativos (justicia y conveniencia, acción e inacción, dominar o ser dominado, expansión y seguridad), las correspondencias temáticas entre discursos pronunciados en lugares diferentes, o su misma brevedad y condensación han hecho pensar que, en general, los discursos, aun salvando la historicidad de la mayoría de ellos, acusan la personalidad selectiva e interpretativa de Tucídides.

Esto no quiere decir, no obstante, que las opiniones vertidas en cada discurso sean las del propio Tucídides, quien, de acuerdo con sus propios designios, habría respetado la argumentación básica original (véase Hornblower, 1987: 45-72 y Calonge, 1990: 55-57). Se sospecha, así pues, que el historiador pudo haber compuesto la mayoría de sus discursos a la vista de los acontecimientos posteriores, una hábil manera, para algunos, de juzgar mediante la adecuación de palabras y acciones la capacidad de previsión y la misma actuación de políticos y jefes militares; para otros, sin embargo, una forma de mostrar el contraste entre las aspiraciones humanas y los resultados reales de esas aspiraciones.

4.8. El pensamiento de Tucídides: la historia *ktêma es aieí*

Detrás de este método tucidídeo aplicado a la averiguación de las causas y motivaciones de los hechos históricos se ha visto la influencia de las ciencias experimentales, que del estudio de los fenómenos visibles intentaba sacar principios generalizables, y, particularmente, de la medicina hipocrática (K. Weidauer). Es como si Tucídides hubiera trasladado a su análisis de la guerra, como grave enfermedad que afecta al cuerpo político, el sistema que los médicos utilizaban en el diagnóstico de las patologías humanas. Tucídides clarifica los motivos verdaderos (*próphasis alethés*) de los procesos históricos –los motivos realmente recurrentes– que alteran la salud y el equilibrio políticos, examinando minuciosamente los hechos y sus circunstancias, para que, una vez descritas y conocidas, se sepa actuar en el futuro con conocimiento de causa, fundamento de la consideración de su obra como una "adquisición para siempre" (*ktêma es aieí;* I 22, 4). Los médicos hipocráticos, a su vez, intentan averiguar el origen y analizan y describen los síntomas de los procesos morbosos que aquejan a los seres humanos con el propósito de administrar el tratamiento más adecuado en el restablecimiento del equilibrio corporal que es la salud. Dos de los episodios más apreciados de la *Historia* son significativos en este sentido. Primero, la descripción de la terrible enfermedad que se declaró en Atenas en el segundo año de la guerra (II 48-54), donde es evidente el conocimiento que nuestro historiador tenía del vocabulario médico y donde, como en eco, se repiten las palabras de I 22, 4 sobre el propósito y el alcance de su *Historia*. Y, en segundo término, la narración de la guerra civil (*stásis*) en Corcira (III 69-85), que Tucídides enfoca desde una perspectiva médica haciendo "una auténtica patología de la *stásis*, un estudio de los síntomas y síndromes de este mal que acomete con fiereza a los Estados" (López Eire, 1990b: 92). A la influencia hipocrática se ha atribuido, en fin, su famosa distinción entre causas profundas ("más verdaderas") y causas superficiales o pretextos de un hecho.

Es también indiscutible la influencia de la Sofística en el pensamiento y en las formas de Tucídides. Son reveladores la disposición de los discursos por pares antitéticos, al estilo de las *Antilogíai* de Protágoras o de los *dissoí lógoi* de las escuelas sofísticas, porque, de acuerdo con sus enseñanzas, en los asuntos humanos siempre se dan posturas contrapuestas; el uso del argumento de verosimilitud (*eikós*), de lo que debe de haber sucedido de acuerdo con determinados indicios y en virtud de los principios universales de la conducta humana, que a Tucídides le sirve especialmente en su investigación de los hechos antiguos (la "arqueología") y en la reconstrucción de los discursos; el interés por la sinonimia, que pudo aprender de Pródico, etc. Se perciben, igualmente, en la *Historia* aquellos temas de investigación, de reflexión o de desarrollo retórico propuestos por los sofistas: la explicación del nacimiento y los progresos de la civilización, los elementos constitutivos de una psicología del hombre en sociedad, con los móviles de sus conductas económicas y políticas, las tensiones entre la costumbre y las instituciones (el *nómos*) y las exigencias más o menos disciplinables de los instintos o de la naturaleza (la *physis*).

Tucídides participó, por lo tanto, de ese ambiente intelectual que considera que el hombre y el mundo que le rodea son explicables e inteligibles en términos racionales y científicos. Y él ha dedicado sus esfuerzos a estudiar hechos y comportamientos humanos de su tiempo, provisto de una metodología rigurosa, para extraer principios generales y universales que permitan prever y entender los hechos y comportamientos del futuro, porque la naturaleza humana, que ya no es la naturaleza del mundo sino la naturaleza del hombre como ser político, actúa siempre de igual manera en circunstancias similares. Y es que Tucídides, y ésta es otra de sus aportaciones al progreso intelectual, considera que el motor de la historia no es la divinidad, sino el hombre y, por extensión, las comunidades políticas. Los dioses están excluidos de la explicación de la causalidad histórica. Tucídides relata hechos políticos y militares concretos; pero con los discursos y los debates de sus protagonistas descubre y analiza las motivaciones y la relación de fuerzas y poderes exclusivamente humanos que los originan. Ahí es donde se revelan los principios fundamentales y universales (*tò anthrópinon*) que están necesariamente por detrás de las acciones particulares de los hombres, que pueden más que las propias leyes y que son generalmente (véase, por ejemplo, III 82, 8) el afán de mandar sobre los demás (*állon arkhé*), la ambición (*philotimía*), la codicia (*pleonexía*) y también el imprevisto (*tykhe*), ese elemento no racional que motiva la diferencia entre la intención y la realidad, entre lo planificado (*gnóme*) y el resultado final (elemento este especialmente apreciado por algunos críticos en su análisis de la *Historia* y del pensamiento de Tucídides; véase Stahl, 2003). Y, como Tucídides basa los hechos históricos en la invariable naturaleza humana, nos los ofrece

como verdaderos en su generalidad y, por lo tanto, como susceptibles de volver a suceder. Su visión del acontecer histórico –escribe López Eire, 1991: 108, siguiendo a H. R. Pouncey– no puede ser más pesimista: "la naturaleza humana es responsable de que la guerra sea un acontecimiento inevitable, de que desde los comienzos de la historia el hombre ataque al hombre". Heródoto también buscaba en el ser humano las causas y la responsabilidad del acontecer con finalidad paradigmática; pero, en última instancia, cree en la existencia de un poder extrahumano que vela por recomponer la armonía alterada por los excesos de los hombres. La historia se concibe como un estado de equilibrio cuya ruptura es castigada por la divinidad que promueve el restablecimiento de la situación y su mentalidad está más cerca de la tragedia ática que de la ciencia (véase epígrafe 3.6). Por eso, lo que en Heródoto se tenía por avisos o castigos de la divinidad: oráculos, eclipses, terremotos, tormentas, enfermedades y las propias guerras, suelen encontrar en Tucídides otra explicación más racional o, por lo menos, más escéptica y nada supersticiosa. "Una vez que se llegó al combate cuerpo a cuerpo" –escribe Tucídides en VI 70, 1–, "unos y otros resistieron durante mucho tiempo, y, ocurrió que, coincidiendo con la batalla, se produjeron algunos truenos y relámpagos y mucha lluvia, de suerte que este hecho contribuyó a provocar el miedo de quienes combatían por primera vez y tenían muy escasa familiaridad con la guerra, mientras que los que tenían una mayor experiencia consideraban que aquel fenómeno tenía lugar debido a la época del año" (véase también II 21, 3; 28; V 26, 3; 103, 2; VII 50, 4; 79, 3; VIII 1, 1).

Desde luego, el historiador ateniense cree que las leyes y las normas éticas son necesarias e imprescindibles para el progreso y la estabilidad de las comunidades políticas. Escribe Tucídides:

> La vida de la ciudad se vio perturbada en esa situación [*sic.* luchas civiles en Corcira], y entonces la naturaleza humana, acostumbrada por lo demás a cometer desmanes al margen de las leyes, se impuso sobre las leyes y con gusto dejó ver que es incapaz de dominar su cólera y que es más fuerte que la justicia y que es enemiga de lo que sobresale; pues, en caso contrario, en unas circunstancias en que la envidia no hubiera tenido una fuerza dañina, los ciudadanos no hubieran preferido al respeto de las leyes sagradas el cobrar venganza y al no cometer injusticia el obtener ganancias (III 84, 2).

Pero, como buen discípulo de los sofistas, opinaba que éstas no deben fundamentarse en el escrúpulo religioso, sino en una convención basada en la razón, habida cuenta de la tendencia natural de los seres humanos a la crueldad, al provecho propio y al dominio sobre los demás. Episodios paradigmáticos son, en este sentido, la exposición de las consecuencias morales de la peste

en Atenas (II 52-53), del juicio y la destrucción de Platea (III 52-68), de los horrores provocados por la ruptura del derecho en las revueltas civiles y en las guerras (III 82-84), de los resultados de la transgresión de la justicia, el bien común, la equidad, el honor y la benevolencia, perpetrada en nombre de la ley del más fuerte, en el famoso "diálogo de los melios" (V 85-113), del sufrimiento causado por los tracios en Micaleso (VII 29-30) o del terrible final del ejército ateniense en la campaña de Sicilia (VII 75-85). Hay quienes, a la vista de estos y otros dramáticos episodios, han ponderado el elemento trágico en la *Historia* de Tucídides, que consideran en su conjunto como el relato del final de un héroe (Atenas) derrotado por su confianza y ambición excesiva, por los errores de cálculo y por la incidencia en el desarrollo de los acontecimientos del azar y otros elementos tan irracionales como imprevisibles, lo que sería la verdadera lección de la *Historia de la guerra del Peloponeso* (Stahl, 2003).

En cualquier caso, la historiografía de Tucídides no es moralizante al estilo de las de Jenofonte o Teopompo; el historiador –digámoslo así– expone el diagnóstico, mas no la curación. Su visión no es moral, sino política: el hombre es como es y actúa como actúa, con sus previsiones e imprevisiones. Pero la historia sí es útil, pues subyace la idea de la repetición o paralelismo de los procesos históricos, que explica la aspiración de Tucídides de que su obra sea una enseñanza duradera, una "adquisición para siempre" (*ktêma es aieí*).

4.9. Valoración e influencia de Tucídides

La *Historia de la guerra del Peloponeso* logró un éxito repentino y encontró en Jenofonte, en Teopompo y en el autor de las *Helénicas de Oxirrinco* a sus inmediatos seguidores y continuadores, que retomaron el relato en el punto donde abruptamente lo había dejado Tucídides, aunque el carácter de sus obras es harto distinto. Filisto de Siracusa le imitó conscientemente; incluso dejó, como el historiador ateniense, su obra inacabada. Tucídides fue leído por Platón, Isócrates, Aristóteles y Teofrasto, y admirado por los autores de la Segunda Sofística y por Plutarco. Según el anónimo autor del tratado *Sobre lo sublime* (14, 1), Tucídides fue para la historia lo que Homero fue para la épica, Platón para la filosofía y Demóstenes para la oratoria.

Dionisio de Halicarnaso se revolvió contra su alta valoración y su enorme influjo en Roma (sobre todo en los círculos a los que pertenecían Lucrecio, Nepote, Virgilio y Salustio) y afirmó que sólo unos pocos comprendieron a Tucídides. Su opinión está en consonancia con lo que reza un epigrama anónimo transmitido en la *Antología Palatina* (IX 583) y que dice:

> Si eres inteligente, amigo mío, tómame en tus manos; mas, si tu naturaleza
> te ha hecho un completo negado de las Musas, desecha lo que no entiendas.
> A fe que no soy accesible a todos: de hecho, pocos
> han admirado a Tucídides, hijo de Oloro, de la estirpe de Cécrope nacido.

El léxico de la *Suda* demuestra que nuestro historiador siguió interesando durante la época imperial y la alta Edad Media. Tenemos algunos papiros con fragmentos de la *Historia* fechados en el siglo III a. C. y en los siglos II y III. Las copias manuscritas más antiguas datan de los siglos X y XI, que remontan a un arquetipo del siglo IX, y la primera traducción completa fue la realizada al latín por Lorenzo Valla en 1452 (impresa en 1513). Antes, a finales del siglo XIV, el mecenazgo de Juan Fernández de Heredia había impulsado una traducción al aragonés de los discursos de la *Historia*. En castellano, la primera traducción la llevó a cabo Diego Gracián, en 1564, que dedicó a Carlos I, asiduo lector del historiador ateniense.

Lo cierto es que Tucídides fue copiado y tomado como ejemplo por importantes historiadores posteriores, tanto en su estilo, como en su método historiográfico y en su pensamiento sobre los motivos que desencadenan las acciones políticas y militares, su evolución y la implicación en ellas de las personas y de los pueblos. Polibio, Flavio Josefo, Herodiano, Salustio, Tácito y Amiano Marcelino, entre otros griegos y romanos, escribirán sus *Historias* a la luz de nuestro historiador. Incluso la historiografía del siglo XIX vio en él la muestra más acabada de historiador riguroso y veraz, una consideración hoy puesta en duda por quienes prefieren valorar más su condición de artista y, por lo tanto, relativizar su objetividad e imparcialidad (véase Hunter, 1973; Rawlings, 1981; Marincola, 2001).

A Tucídides, en fin, se le ha situado al principio de una corriente de pensadores con una idea del poder y del uso de la fuerza como móvil básico del comportamiento del hombre y de los Estados. En esta corriente se hallarían pensadores como Maquiavelo, Hobbes (cuya primera publicación fue una traducción de la *Historia* de Tucídides) y Nietzsche.

Lo decisivo es que nuestro historiador ha sido el creador de la historiografía científica, pragmática y política. Tucídides fue el primero en investigar historia de la manera en que hoy se investiga: examen riguroso de las fuentes frente a acopio, análisis metódico de los hechos verificables frente a tratamiento anecdótico, causalidad (un hecho sucede a causa de algo) frente a facticidad (un hecho sucede antes que otro). Y esto, a pesar de que, en su caso, haya que contar con los condicionantes derivados del carácter literario y artístico de la historiografía en Grecia. Pero su obra, como él mismo anhelaba, constituye una enseñanza duradera; los sentimientos latentes en muchas de sus frases todavía hoy nos conmueven y sus reflexiones acerca de la naturaleza humana resisten el paso del tiempo.

Capítulo 5 Jenofonte: las nuevas posibilidades del relato histórico

NUNCA SE HA CONSIDERADO a Jenofonte como una figura de primer orden dentro de la cultura griega. Cuando se le enjuicia como filósofo y pensador, queda ensombrecido por Platón, su contemporáneo y, como él, discípulo de Sócrates. Cuando se le ve como historiador, es con Tucídides, cuya obra se propuso continuar en primera instancia, con quien se le compara desfavorablemente. Pero, aunque no se le pueda tener por una gran figura literaria, Jenofonte es, sin embargo, un testigo sensible y privilegiado de su tiempo, del que nos ha dejado en su polifacética obra una interpretación excepcional (sobre Jenofonte puede verse, con carácter general, Dillery, 1995 y Vela, 1998). Asimismo, en lo que a nuestro tema atañe, merece ocupar un destacado lugar en la historia y el desarrollo de la historiografía griega. Entre Tucídides y Polibio, Jenofonte es el único escritor cuya obra se nos ha transmitido completa. Además, no sólo fue quien más contribuyó con sus *Helénicas* a la difusión del modelo tucidídeo, sino que también abrió nuevas e influyentes posibilidades para el relato histórico con la *Anábasis,* sus memorias personales de general en la retirada de los Diez mil, y con su *Agesilao,* la biografía encomiástica del rey espartano.

5.1. El marco vital

A Jenofonte se le suele acusar, con razón, de tener una visión menos profunda y menos sólida metodológicamente que la de su antecesor; pero es lícito preguntarse qué habría hecho Tucídides, que parte de un claro esquema de las relaciones de fuerza entre dos ciudades hegemónicas, en el tiempo que le tocó vivir a Jenofonte. Nuestro autor, en efecto, ha nacido en Atenas en torno al año 430 a. C. y vive a caballo entre el siglo V y el siglo IV a. C. (sobre las claves políticas y culturales del siglo IV, véase texto 26). Pudo asistir, pues, al desarrollo de la Guerra del Peloponeso y a la capitulación de Atenas frente a Esparta, a las secuelas de esa guerra en los constantes conflictos de las ciudades más importantes de Grecia entre sí y contra la nueva dueña de la situación: Esparta, al fin de la hegemonía espartana en beneficio de la tebana de Epaminondas, al comienzo de la influencia de Macedonia en el territorio heleno y, a lo largo de todo este período, a la continua intromisión de Persia en los asuntos de Grecia. Un complicado ambiente histórico, en resumidas cuentas, que supondrá una de las crisis más agudas del mundo griego y que acabará con la disolución definitiva de una de sus instituciones más queridas, las ciudades-estado autónomas, para dar mayor importancia a las individualidades y a los grandes guías. El protagonismo que aflora en la obra de Jenofonte de personajes como Sócrates, Agesilao, Ciro o él mismo sería un signo de los nuevos tiempos y constituye la base de lo que será la biografía y la autobiografía como géneros autónomos en la época helenística (Momigliano, 1986: 63-64). Y es que durante el siglo IV el poder de los Estados se va a fundamentar menos en sus propias constituciones y más en la iniciativa política y militar de individuos como Lisandro, Conón, Agesilao, Epaminondas, Demóstenes o Filipo. El propio Jenofonte parece apostar por la monarquía como régimen político ideal y, en su reflexión historiográfica, se mueve entre Persia y Esparta, entre Ciro y Agesilao, en busca de un sistema de gobierno que conjugue lo mejor del modelo persa con lo mejor del griego y que sea capaz de procurar el bienestar a los ciudadanos y sacar a la ciudad griega de la crisis de valores en la que se había sumido en el siglo IV a. C. (véase Plácido, 1989).

El claro predominio de la prosa es un síntoma externo de lo que preocupa a los intelectuales de este siglo. Contenidos que se acostumbraban a expresar en forma poética pasan a conformarse literariamente como prosa artística. Un género tan útil como el encomio de hechos y personajes modélicos, por ejemplo, antes en el dominio de la poesía, se formaliza ahora en la prosa de Isócrates (*Evágoras*) o del propio Jenofonte (*Agesilao*). La poesía y su correlato, el mito, son sólo referencias prestigiosas, tradicionales. La prosa de la historiografía, de la oratoria o del diálogo filosófico será ahora el vehículo de expresión más adecuado para explicar y comprender la realidad y ese nuevo ser humano

que ya no participa en el proyecto común de una colectividad de ciudadanos empeñados en la construcción de una ciudad ideal.

El siglo IV a. C., en definitiva, es más que una simple etapa de transición entre el siglo áureo de la cultura y de la civilización griegas y el nuevo momento histórico inaugurado por Alejandro en que el helenismo se expande fuera de Grecia hasta límites nunca vistos con anterioridad. Se revela este siglo como un jalón importante y decisivo, con entidad en lo político y en lo literario, un siglo que aportará algunas de las figuras más destacadas de la cultura griega (véase texto 26).

Pues bien, como Tucídides, Jenofonte perteneció a una familia adinerada de Atenas. Fue uno de aquellos ciudadanos censados como "caballeros", lo que en esos momentos significaba poder obtener una formación privilegiada en una ciudad que era entonces el centro del pensamiento y la cultura. Es probable que comenzara frecuentando los círculos sofísticos; pero hacia el año 404 a. C. se cuenta ya entre los discípulos de Sócrates, uno de los personajes –se dice– que más influyó en su vida y obra. Al influjo del filósofo se atribuye, justamente, la constante preocupación ética y pedagógica que muestra Jenofonte en sus obras. Sócrates mismo es el protagonista de varios de sus escritos: *Económico,* un diálogo donde se ensalza la vida familiar en el campo y donde se dibuja su hombre ideal: el que es capaz de combinar las virtudes del guerrero y del agricultor; *Recuerdos de Sócrates,* las primeras "memorias" de la historia, en las que, a diferencia de Platón, Jenofonte nos presenta al Sócrates de la vida cotidiana, no al filósofo; *Apología de Sócrates,* recreación de la autodefensa que hizo el filósofo ateniense en el juicio que le condenó a muerte, y *Banquete,* que trata, como el homónimo diálogo de Platón, sobre el amor, aunque sin la profundidad de éste.

También a Sócrates pidió Jenofonte consejo sobre si debía o no participar en la campaña militar que Ciro el Joven, amigo de los espartanos, había emprendido en Persia, según nos cuenta él mismo en la *Anábasis* (III 1, 4-7):

> (4) Había en el ejército un ateniense, Jenofonte, que les acompañaba no por ser general, ni capitán, ni soldado, sino porque Próxeno, con quien tenía antiguos lazos de hospitalidad, le había animado a dejar su patria; le había prometido, si iba, que le procuraría la amistad de Ciro, a quien decía considerar mejor para sí mismo que su propia patria. (5) Con todo, Jenofonte tras leer la carta, se lo comunicó a Sócrates de Atenas y le preguntó acerca del viaje. Y Sócrates, sospechando que la ciudad podría reprocharle a Jenofonte el convertirse en amigo de Ciro, porque Ciro, al parecer, se había unido decididamente al bando espartano en la guerra contra los atenienses, aconsejó a Jenofonte que fuera a Delfos a consultar a la divinidad sobre el viaje. (6) Fue Jenofonte a preguntar a Apolo a qué dios debía ofrecer sacrificios y rogar para hacer el viaje que tenía pensado del mejor modo posible

> y regresar sano y salvo tras tener éxito en él. Y Apolo le indicó los dioses a los que debía ofrecer sacrificios.(7) Cuando volvió, contó a Sócrates el oráculo. Éste, al oírlo, le censuró que no hubiera preguntado primero si era mejor para él marchar o quedarse, y que, habiendo decidido por su cuenta que él debía ir, se hubiera limitado a informarse sobre cómo podría hacer su viaje de la mejor manera. "Sin embargo", dijo, "puesto que así lo has preguntado, debes hacer cuanto el dios te ha ordenado".

Al margen del carácter piadoso de discípulo y maestro, queda consignado en este pasaje el inicio de uno de los episodios más importantes de la biografía de nuestro autor. En el año 403 a. C. el régimen oligárquico de los Treinta Tiranos, impuesto por Esparta a Atenas tras la Guerra del Peloponeso, fue derrocado y la democracia restablecida. Jenofonte, sea por motivos políticos (su filolaconismo o la pertenencia al grupo de los "caballeros", que habían estado del lado de los Treinta), sea por razones económicas (Atenas quedó exhausta tras la guerra y muchos griegos se enrolaron como soldados mercenarios para ganarse el sustento), decidió marcharse y halló la oportunidad en la invitación que le hizo su amigo Próxeno para que se uniera al ejército de mercenarios griegos reclutados por Ciro en su campaña para hacerse con el trono de Persia. La campaña y, sobre todo, una vez muerto Ciro en el año 401 a. C., el accidentado camino de retirada de los Diez mil mercenarios griegos por los inhóspitos territorios del Asia Central es lo que relata en su *Anábasis*. En Asia, Jenofonte se unió al rey espartano Agesilao, otro de los personajes de mayor ascendiente sobre nuestro autor. Con él mantuvo una amistad duradera y a él le profesó una gran admiración, de la que dará cuenta en el *Agesilao,* un sentido elogio que escribiría Jenofonte tras la muerte del rey. En el año 396-395 a. C. Jenofonte regresó con Agesilao a Grecia y, junto a él, combatió en el año 394 a. C. contra sus conciudadanos atenienses en Coronea. Éste es el motivo que se aduce para el largo exilio que sufrió Jenofonte, aunque algunos autores adelantan la fecha al año 399 a. C., bien debido a su actuación durante el régimen de los Treinta en Atenas, bien por su relación con Ciro en Persia, que era amigo de Esparta y hostil a Artajerjes II, aliado de los atenienses.

En el año 386 a. C. Jenofonte comienza un retiro feliz junto a su familia en Escilunte, cerca de Olimpia, en una finca que, como recompensa por sus servicios, le habían donado los espartanos. En un pasaje de la *Anábasis* (V 3, 7-13) evoca con agrado el lugar y la vida placentera de la que disfrutó durante ese tiempo, en el que, seguramente, escribió la mayoría de sus obras. Pero la derrota de Esparta en la batalla de Leuctra frente a Tebas (371 a. C.) y la consiguiente recuperación de aquellos territorios por los eleos le obligó, de nuevo, a trasladar su residencia. En esta ocasión marchó a Corinto, donde Diógenes Laercio (II 53; los capítulos 48-59 del libro II de la *Vida de filósofos más ilustres* son otra fuente importante sobre la vida de Jenofonte) dice que residió hasta su muerte,

que se debió de producir hacia el año 355 a. C., después, en todo caso, de 358 a. C., año de la muerte de Alejandro de Feras, a quien Jenofonte menciona en las *Helénicas* (VI 4, 36). No consta que regresara a Atenas, aunque, a raíz de la alianza firmada con Esparta para hacer frente a los tebanos (368 a. C.), los atenienses revocaron el decreto de su exilio. De hecho, su hijo Grilo formó parte de la caballería ateniense y murió combatiendo con ella en Mantinea (362 a. C.). Cuenta Diógenes Laercio (II 55) que, cuando recibió la luctuosa noticia, Jenofonte se limitó a decir: "sabía que lo engendré inmortal".

En el curso de esa vida tan azarosa Jenofonte tuvo tiempo para escribir las trece o catorce obras que se le atribuyen y que tratan de los asuntos más variados: historia contemporánea, memoria autobiográfica, biografías, colecciones de dichos y hechos memorables, tratados constitucionales, tratados económicos, etc. Puede decirse que nuestro autor es el primer polígrafo de la antigüedad. De carácter filosófico o "socrático", según la clasificación establecida por H. R. Breitenbach en su célebre artículo de la *Real Encyclopädie*, son las ya citadas *Económico, Recuerdos de Sócrates (Apomnemoneúmata Sokrátous), Apología y Banquete (Sympósion)*. Didácticas son *Ciropedia* o *Educación de Ciro*, quizá la obra más atractiva de toda su producción, mitad ficción mitad realidad, dedicada a relatar la infancia, juventud, madurez y gobierno de Ciro el Grande, a quien se presenta como el gobernante ejemplar; *Hierón*, un diálogo ficticio sobre la mejor forma de gobierno entre Hierón, tirano de Siracusa, y el poeta Simónides de Ceos; *Constitución de los lacedemonios (Lakedaimonîon Politeía)*, una especie de tratado en el que se idealiza el régimen espartano; *Ingresos (Póroi)*, una singular obra que trata sobre la mejor forma de administrar la hacienda pública; *Hipárquico* y *Sobre la equitación (Perì hippikés)*, dos obras técnicas que abordan uno de los asuntos que más apasionaba a nuestro autor, y, por fin, si es verdaderamente suya, *Cinegético*, donde se destaca el valor pedagógico del arte de la caza. En todas estas obras hay, indudablemente, un fondo histórico, más marcado en la *Ciropedia*, el *Hierón* y la *Constitución de los lacedemonios*, aunque prima la intención ética y pedagógica. Pero es por el grupo de obras propiamente históricas por el que Jenofonte merece un puesto en la historia de la historiografía griega. Se incluyen en ese grupo *Helénicas, Anábasis* y *Agesilao*, cada una con características y problemas específicos.

5.2. *Helénicas*

No ha escrito Jenofonte para sus *Helénicas* un proemio con el programa que pretende desarrollar. Al final, lo que nos encontramos es el relato de una serie

de sucesos históricos que afectaron a Grecia y también a Persia (siempre en relación con Grecia) desde el año 411 hasta el año 362 a. C. El motivo de la elección del momento en que comienza su relato parece claro: la *Historia* de Tucídides finaliza en ese preciso momento (véase epígrafe 4.4.5) y Jenofonte parece tener simplemente la intención de continuar la obra de su antecesor. De ahí que uno de los títulos con el que se cita esta historia sea el de *Paraleipómena tês Thoukydídou xyngraphés, "Complementos del escrito de Tucídides"*, porque el de *Helénicas* es un título común a muchas historias de la época (véase capítulo 6), sólo para distinguir su contenido del de otros relatos históricos que versaban sobre Persia (*Persiká* o *Mediká*) o la India (*Indiká*). Sería ésta, se cree, la explicación de la ausencia del proemio y es, además, lo que permitiría entender la expresión *metà dè taûta*, "y después de esos acontecimientos", que da inicio a la obra. Pero antes de adentrarnos en esa cuestión, que tiene también implicaciones metodológicas, resumamos los contenidos de las *Helénicas*, que nos ha llegado dividida en siete libros.

5.2.1. *Contenidos de las* Helénicas

A) Libros I a II 3, 9: los años finales de la Guerra del Peloponeso

El primer núcleo temático de las *Helénicas* se dedica a completar la historia de la Guerra del Peloponeso desde el año 411 hasta el 404 a. C., de forma analística y siguiendo la sucesión de veranos e inviernos. Tucídides había dejado su relato en el escenario del mar Egeo, la costa de Asia Menor y los estrechos, y ahí es donde Jenofonte sitúa los primeros acontecimientos de las *Helénicas:*

> (1) No muchos días después de estos hechos, llegó de Atenas Timócares con algunas naves, e inmediatamente lucharon de nuevo por mar lacedemonios y atenienses; resultaron victoriosos los lacedemonios, mandados por Agesándridas. (2) Poco después de este hecho, a comienzos del invierno, Dorieo, hijo de Diágoras, zarpó al amanecer con catorce naves desde Rodas rumbo al Helesponto (I 1, 1-2).

Se suceden, en efecto, las acciones militares llevadas a cabo por atenienses y peloponesios en Abido y en Cícico, con la destacada presencia en el bando ateniense de Alcibíades (I 1, 2-26; año 410/409 a. C.). Sincroniza Jenofonte esas acciones con el destierro con el que el partido democrático condenó a los estrategos siracusanos que estaban en Mileto, entre ellos el famoso Hermócrates; con la sublevación de los demócratas en Tasos y con los movimientos del

espartano Agis en Decelia, quien aconseja controlar las zonas de donde a Atenas le llegaba el trigo por mar (I 1, 27-37). Una última nota, espuria, hace coincidir también estos hechos con una expedición a Sicilia del cartaginés Aníbal. Sigue la campaña del ateniense Trasilo en torno a Mileto y Éfeso, donde se enfrentó al sátrapa Tisafernes, y la reunión en Lámpsaco de este ejército con el de Alcibíades (I 2, 1-17; año 409/408 a. C.). La sincronía se establece ahora con operaciones en Pilos, en Traquis y, la espuria, con la secesión de los medos en la Persia de Darío (I 2, 18). A continuación, se relatan el sitio de Calcedonia y la toma de Bizancio por los atenienses (I 3, 1-22), la aparición de Ciro con órdenes de ayudar a los lacedemonios (I 4, 1-7) y el ansiado regreso de Alcibíades a Atenas, un célebre pasaje de las *Helénicas*, que, frente a la manera casi telegráfica con la que Jenofonte relata los acontecimientos de estos libros, presenta un desarrollo narrativo más amplio y contiene una interesante caracterización, a doble banda, del polémico personaje. En el lado espartano, se narran la llegada a Asia Menor del nuevo jefe de la flota espartana, Lisandro, su encuentro con Ciro y las fallidas gestiones de los atenienses que intentan convencerle de la misma manera que Alcibíades, en su día, había convencido a Tisafernes (Tucídides, *Historia* VIII 47): "que velara de modo que ningún pueblo griego fuera fuerte, sino todos débiles, peleándose entre sí" (I 5, 1-10), el enfrentamiento de las escuadras ateniense y espartana en Notio, con la victoria de esta última y, como consecuencia, la sustitución de Alcibíades por Conón (I 5, 11-20). Los acontecimientos del año 407/406 a. C. se cierran con otra referencia espuria a una nueva expedición cartaginesa contra Sicilia (I 5, 21).

El año siguiente (406/405 a. C.), "en el que se eclipsó la luna al atardecer y se incendió el antiguo templo de Atenea en Atenas" (I 6, 1), otro navarca, Calicrátidas, se hace cargo de la flota espartana en Asia Menor, lo que se aprovecha para criticar los continuos cambios de jefes a los que eran sometidas las tropas lacedemonias. Calicrátidas prosigue las victoriosas campañas de Lisandro y vence a los atenienses en Lesbos (I 6, 1-24). En su boca pone Jenofonte unos breves discursos y, en estilo indirecto, unas significativas palabras en contra del enfrentamiento entre griegos: "decía que los griegos eran muy desgraciados porque adulaban a los bárbaros por dinero y afirmaba que, si regresaba con vida a su patria, haría lo posible por reconciliar a atenienses y lacedemonios" (I 6, 7). Los atenienses, cuando se enteran de lo sucedido en Lesbos, envían naves de refuerzo y esta vez son ellos los que derrotan a los peloponesios en las Arginusas y causan la muerte de Calicrátidas; pero una tempestad les impide socorrer a las naves atenienses que estaban hundiéndose y evitar la huida de la flota espartana que, al mando de Eteónico, se hallaba en Mitilene (I 6, 25-38). Los estrategos atenienses, excepto Conón, fueron procesados por esos hechos y tuvieron que rendir cuentas de su actuación (I 7, 1-15). En este

punto recoge Jenofonte en estilo directo el discurso pronunciado por Euriptólemo, uno de los defensores de los estrategos. Finalmente, fueron condenados y ejecutados, aunque, al poco, los atenienses se arrepintieron y los promotores de la acusación fueron, a su vez, condenados (I 7, 16-35).

Ya en el libro II, Jenofonte retoma las actividades militares (intimidatorias, más bien) de Eteónico y, al año siguiente (405/404 a. C.), de Lisandro, nombrado de nuevo jefe de la flota espartana, una vez reunido todo el contingente naval en Éfeso y recabado (de Ciro) el dinero para pagar a la tripulación (II 1, 1-19). Las flotas ateniense y espartana se vuelven a enfrentar directamente en Egospótamos. La victoria fue de los espartanos, que continúan su paseo triunfal por todo el litoral hasta Bizancio (II 1, 19-2, 2). La noticia produce consternación en Atenas, "pensando" –escribe Jenofonte– "que iban a sufrir lo que ellos hicieron a los melios, que eran colonos de los lacedemonios, cuando los vencieron en el asedio, y a los histieos, a los escioneos, a los toroneos, a los eginetas y a muchos griegos más" (II 2, 3). Por su parte, el ejército peloponesio se ha puesto en movimiento y ha acampado a las puertas de Atenas, mientras Lisandro ha dirigido la flota hacia el Pireo y, después de saquear Salamina, ha bloqueado su entrada (II 2, 4-9). La capitulación de Atenas, prácticamente sin aliados y sitiada por tierra y por mar, es inminente y "los atenienses" –sentencia otra vez Jenofonte– "pensaban que no había salvación ninguna, salvo sufrir lo que ellos hicieron, no por vengarse, pues habían causado injusticia a hombres de pequeñas ciudades por insolencia [*hybris*] y no por otra causa más que porque eran aliados de los lacedemonios" (II 2, 10). En tal situación, los atenienses intentaron llegar a un acuerdo con los peloponesios y enviaron a Terámenes y a otros diez como embajadores a Esparta (II 2, 10-24). Éstos son los últimos días de la guerra del Peloponeso (abril del año 404 a. C.), que Jenofonte consigna con estas palabras:

> Cuando llegaron [los embajadores atenienses a Esparta], convocaron la asamblea, en la que los corintios y los tebanos especialmente y también otros muchos griegos proponían no pactar con los atenienses, sino arrasarlos. (20) Pero los lacedemonios se negaron a esclavizar una ciudad griega que había hecho gran bien en los mayores peligros ocurridos a Grecia, y firmarían la paz con tal de que derribasen los Muros Largos y el Pireo, entregasen las naves excepto doce, admitiesen a los desterrados, tuvieran los mismos amigos y enemigos y siguieran a los lacedemonios por tierra y por mar adonde los llevasen. (21) Terámenes y sus acompañantes llevaron estas propuestas a Atenas. Un gentío numerosísimo los rodeó al entrar, pues temían que volvieran sin conseguir nada, ya que no podían aguantar más por la multitud de los que morían de hambre. (22) Al día siguiente, los embajadores comunicaron en qué condiciones los lacedemonios harían la paz.

> Terámenes habló por ellos y dijo que era necesario obedecer a los lacedemonios y derribar los muros. Se opusieron algunos, pero muchos más convinieron y se aprobó aceptar la paz. (23) Después de esto Lisandro entró en el Pireo y regresaron los desterrados y derribaron los muros al son de las flautas con gran entusiasmo, pues creían que en aquel día comenzaba la libertad para Grecia (II 2, 19-23).

B) Libro II 3, 1 a 4, 43: Atenas bajo el régimen de los Treinta

Finalizado el relato de la Guerra del Peloponeso, Jenofonte centra ahora su atención en las consecuencias políticas de la misma para Atenas. En efecto, los capítulos que restan del libro II tienen como escenario principal la ciudad de Atenas. Allí son elegidos los treinta ciudadanos que "compilarían las leyes tradicionales conforme a las cuales se iban a gobernar" (II 3, 1). Su actuación comienza a narrarse en el párrafo 11 y aquí nuestro autor abandona el tan tucidídeo criterio analístico seguido en la presentación de los acontecimientos anteriores; de hecho no hay ni una sola referencia anual y entre el libro II y III se producirá un salto temático, desde la Atenas del final de los Treinta y de la guerra civil (403 a. C.) hasta la expedición de Ciro (401 a. C.), que comprende una importante laguna temporal, despachada con una alusión a la involución oligárquica en Eleusis. Jenofonte ya no se sentiría el estricto continuador de su antecesor (véase epígrafe 5.2.2) y con un desarrollo narrativo más amplio relata, sobre todo, las medidas expurgativas adoptadas por el nuevo régimen oligárquico y el enfrentamiento entre el radical Critias, dispuesto a eliminar a cualquiera que se les opusiera, y el más moderado Terámenes, que denuncia sus atropellos y acaba siendo acusado de traición e ignominiosamente ejecutado (II 3, 11-56). Son párrafos memorables, de lo más alabado de nuestro autor, donde se traza un buen retrato psicológico, directo e indirecto (por medio de los discursos que pronuncian), de ambos personajes. Éstas son las últimas palabras de Critias y de Terámenes y el comentario de Jenofonte:

> (54) Después de esto el heraldo de los Treinta dio la orden a los Once de prender a Terámenes. Aquéllos entraron con los ayudantes, guiados por Sátiro, el más audaz y sin escrúpulos, y dijo Critias: "Os entregamos a Terámenes a éste –afirmó–, condenado según la ley. Vosotros detenedle y llevadle a donde es preciso y ejecutad lo demás". (55) Cuando dijo esto, Sátiro lo arrancó del altar, lo arrancaron también los ayudantes. Terámenes, como se puede esperar, llamaba a dioses y hombres para que viesen lo que ocurría. Pero el Consejo permanecía quieto al ver a los de la valla de la misma calaña que Sátiro y la parte delante del lugar del Consejo llena de guardias y no ignorar que estaban allí con puñales. (56) Ellos lo llevaron a través

> del ágora mostrando con sus grandes gritos lo mucho que sufría. Se dice de él esta frase: cuando Sátiro le advirtió de que se lamentaría si no callaba, preguntó: "Pero si callo, ¿me lamentaré?". Y después de que, obligado a morir, bebió la cicuta, afirmaban que había dicho derramando el resto como si jugara al cótabo: "Esto para el bello Critias". No ignoro que estos dichos no son dignos de mención, pero considero que aquello es admirable en este hombre, el que ante la inminencia de la muerte no perdió la cordura ni el humor de su espíritu (II 3, 54-56).

Eliminado Terámenes, Critias continuó protagonizando desmanes, que únicamente agradaban –escribe Jenofonte– "a unos ciudadanos que sólo se preocupaban de poseer más" (II 4, 10). Ahora es Trasibulo y otros desterrados demócratas quienes, desde Tebas, organizan un ataque para derrocar a los Treinta. Se inicia la guerra civil ateniense. Critias muere en el primer combate y, en el Pireo, los insurrectos se hacen fuertes. Los Treinta fueron destituidos, pero pidieron ayuda a los lacedemonios que envían primero a Lisandro, por mar, y, luego, a Pausanias por tierra. Los espartanos ofician más bien de mediadores y promueven, finalmente, la reconciliación de ambos bandos. El breve discurso de Trasibulo ante la asamblea de Atenas señala el fin definitivo de los Treinta y la recuperación de la constitución democrática (II 4, 11-43).

C) Libros III a V 1: las campañas de Agesilao

Ahí deja Jenofonte la historia de Atenas, la historia de la que él fue testigo y, probablemente, como miembro del cuerpo de caballería, actor. Las *Helénicas* se organizan a partir de ahora por guerras sucesivas que se desarrollan en ámbitos geográficos variados. Sus actores principales, los lacedemonios, son los que dan cierta coherencia al relato. Primero nos traslada el historiador a territorio persa. Ciro solicita ayuda a los lacedemonios, en justa correspondencia por la que él les prestó en su lucha contra los atenienses. "Por cierto" –escribe Jenofonte–, "cómo Ciro reunió el ejército y con él marchó contra su hermano, cómo fue la batalla, cómo murió y luego cómo se pusieron a salvo hacia el mar fue escrito por Temistógenes de Siracusa" (III 1, 2). Los asuntos sobre los que escribió ese tal Temistógenes coinciden con los de la *Anábasis,* por lo que posiblemente se trate de un pseudónimo del propio Jenofonte (véase epígrafe 5.3). De ser así, esto supondría que la *Anábasis* habría sido escrita antes de los libros que siguen de las *Helénicas* (véase epígrafe 5.2.2). Lo cierto es que, con esa referencia, Jenofonte realiza un salto temporal y comienza a narrar con bastante detalle las sucesivas campañas de los lacedemonios en Asia a las órdenes de Tibrón (III 1, 3-7), a cuyas tropas se agregaron los expedicionarios de Ciro –con el propio Jenofonte–,

y del hábil Dercílidas, apodado *el Sísifo* (III 1, 8-2, 20), en defensa de las ciudades jonias contra los persas Tisafernes y Farnabazo (399-397 a. C.). Que estamos ante otra manera de contar la historia nos lo demuestra la digresión que contiene el relato de Mania, la mujer que consigue una satrapía, y de su asesinato a manos de su yerno Midias, "que consideraba vergonzoso que mandara una mujer" (III 1, 10-15).

Mientras eso sucedía en Asia –señala Jenofonte– en Grecia tiene lugar la devastadora acción de represalia llevada a cabo por los lacedemonios contra los eleos (III 2, 21-31) y, a continuación, la muerte del rey espartano Agis (397 a. C.), la lucha por la sucesión entre Leotíquides y Agesilao, la elección de este último como nuevo rey y la fracasada conspiración de Cinadón, reducido por Jenofonte todo ello a pura anécdota con gran presencia de oráculos y adivinos (III 3, 1-11). Y Agesilao se convierte a partir de este instante en el protagonista principal de las *Helénicas*. Asistimos a sus operaciones militares, a su actividad diplomática y a su habilidad para dirigir y animar a la tropa. Su nueva campaña contra Tisafernes en Asia (396-395 a. C.; III 4, 1-29) es narrada con todo lujo de detalles, y también de anécdotas, por nuestro autor, que acompañaba al rey espartano y debió de tomar parte en muchos de los sucesos referidos. La particular impronta de la historiografía de Jenofonte se puede observar aquí comparando el relato que él hace de la batalla que se entabló en la llanura de Sardes y el que hace el anónimo autor de las *Helénicas de Oxirrinco* (véase epígrafe 6.2.1 y texto 16). Nuestro autor presenta un más amplio tratamiento de los preliminares, da protagonismo a Agesilao y el enfrentamiento en sí se narra con gran detalle. En el fragmento conservado de las *Helénicas de Oxirrinco,* es la batalla la que recibe una mayor atención, cobran protagonismo tanto los soldados de Agesilao como los emboscados de Jenocles y se ajusta más a lo que debe ser una descripción objetiva y sin sesgo alguno. También Diodoro refiere esta batalla en su *Biblioteca Histórica* XIV 80, 1-4 y su narración concuerda más con las *Helénicas de Oxirrinco*. Después de la batalla, se refiere la ejecución de Tisafernes por orden del rey de los persas y la marcha a Frigia de Agesilao (III 4, 25).

En Asia, Agesilao va ganando posiciones; pero en Grecia el dinero persa consigue sobornar a algunos dirigentes "que comenzaron a difamar a los lacedemonios en sus respectivas ciudades y, después de infundir odio contra ellos, coaligaron entre sí las ciudades más importantes" (III 5, 2). Tebas, la ciudad más activa, logra incluso la adhesión de Atenas, deseosa de recuperar su imperio. Se nota aquí el filolaconismo de Jenofonte que nada dice del descontento de los antiguos aliados de Esparta, algo que sí hace explícito el autor de las *Helénicas de Oxirrinco* (VII 2). Los lacedemonios envían sendos ejércitos a las órdenes de Lisandro y de Pausanias, el primero muere en la batalla de Haliarto y el

segundo se marchó de Beocia bajo tregua. "Después de esto" –escribe Jenofonte–, "los lacedemonios se retiraron desmoralizados y los tebanos estaban muy insolentes" (III 5, 24).

Ya en el libro IV, vuelve nuestro autor a las acciones militares de Agesilao, que, de nuevo, se ven salpicadas por historias anecdóticas, pero útiles para su caracterización, como el arreglo matrimonial, auspiciado por Agesilao, entre Otis y la hija de Espitrídates (IV 1, 4-15), o como la actitud de Farnabazo en su entrevista con el rey espartano, a la que aquél llegó –anota Jenofonte– "con vestidos de mucho valor, y cuando los servidores le colocaron debajo alfombras bordadas, sobre las que se sientan muellemente los persas, se sonrojó por el uso de estos lujos, al ver la sencillez de Agesilao; por ello, también él se sentó en el suelo" (IV 1, 30).

Aquella coalición de ciudades griegas liderada por Tebas contra Esparta obliga a Agesilao a regresar a Grecia, lo que trunca sus esperanzas de conquistar Persia y provoca las lágrimas de muchos (IV 2, 1-8). Agesilao ha llegado, con una sorprendente rapidez, a Beocia, coincidiendo con un eclipse de sol (14 de agosto del año 394 a. C.), y allí se le comunica la derrota naval sufrida en Cnido por los lacedemonios; pero él altera la noticia para no desanimar a su ejército que se disponía a enfrentarse a la coalición en Coronea. La batalla en la llanura de Coronea es ponderada y descrita escuetamente (compárese el relato que hace de la misma batalla en el *Agesilao* II 14) por Jenofonte, que destaca la actuación tanto militar como piadosa del vencedor: su admirado Agesilao (IV 3, 10-21). Jenofonte centra después su interés en los múltiples enfrentamientos que se desarrollan en Grecia entre coaligados y lacedemonios y, en especial, en la Guerra de Corinto (IV 4-7). Argivos, atenienses, beocios y corintios aparecen como los responsables y también como los autores de actos criminales e impíos. Por el contrario, los lacedemonios y, sobre todo, Agesilao son quienes llegan en auxilio de las ciudades atacadas por aquéllos. Es un llamativo cambio de actitud de Jenofonte, que, con Agesilao en Asia, cuando al final del libro III refiere los conflictos en Grecia, presenta a los lacedemonios como atacantes sin justificación y a los coaligados como defensores.

El último capítulo de este libro y el primero del libro V explican –señala excepcionalmente Jenofonte– "lo ocurrido por mar y en las ciudades de la costa mientras sucedió todo lo anterior; escribiré los hechos dignos de mención y omitiré los que no merecen que se relaten" (IV 8, 1). En efecto, operaciones como las llevadas a cabo contra los lacedemonios por la flota del ateniense Conón y del persa Farnabazo (la decisiva batalla de Cnido ha sido meramente mencionada), que constituían un claro revés para las aspiraciones hegemónicas de Esparta en Asia, ocupan un espacio mínimo en comparación con el amplio tratamiento dado a aquellas operaciones terrestres o a las llevadas a cabo

anteriormente en Asia por Agesilao. Asimismo, el escenario geográfico de los acontecimientos cambia constantemente y sin solución de continuidad (Asia Menor, Rodas, el Helesponto, Egina, el Pireo, otra vez el Helesponto, etc.) hasta la firma del tratado de paz, promovido por el espartano Antálcidas y el rey persa (386 a. C.), entre lacedemonios, atenienses y aliados. Si algo hay destacable en estos capítulos, sería la astuta, casi novelesca actuación de Teleutias, hermano de Agesilao, en el Pireo, cuya arenga a los marineros refleja el interés nada patriótico que les movía al combate: "¿Qué hay más agradable" –proclama– "que el que nadie se vea obligado a halagar a un griego o a un bárbaro por un sueldo, sino que sea capaz de procurarse bienes de donde sea mejor?" (V 1, 17).

Sencillamente, nuestro autor no ha hecho una investigación histórica concienzuda y disponía de más información acerca de hechos que él mismo habría presenciado e, inopinadamente, lo que tenemos en esta sección de las *Helénicas,* con la excepción de algunos breves sincronismos, es más bien una historia del cuerpo expedicionario lacedemonio, particularmente del dirigido por Agesilao. Por ello Tebas, Atenas, las satrapías persas o la propia Esparta aparecen casi siempre en su relación con ese cuerpo expedicionario y nada o muy poco se nos dice de sus asuntos internos ni de planes estratégicos de mayor alcance.

D) Libros V 2 a VII: las hegemonías espartana y tebana

Con la paz de Antálcidas los lacedemonios consiguieron –afirma Jenofonte– una gran influencia. Pero los conflictos no cesan y nuestro autor se dispone a narrarlos en los capítulos que siguen (V 2-3). Esparta inicia una política de ajuste de cuentas, tendente a castigar a quienes les habían sido contrarios en la guerra y a asegurar su hegemonía en Grecia. Y, al final del capítulo tercero, nos ofrece la siguiente valoración:

> Como las cosas marchaban bien para los lacedemonios, dado que los tebanos y los demás beocios estaban completamente a su disposición, los corintios se habían vuelto los más fieles, los argivos estaban humillados por no servirles ya de nada el pretexto de los meses sagrados y los atenienses estaban solos, y como los aliados que eran hostiles también habían sido castigados, les parecía que de todas todas el imperio estaba ya bien y seguramente establecido (V 3, 27).

Mas en el primer párrafo del capítulo cuarto se produce un punto de inflexión en la historia de la hegemonía espartana, marcado por las palabras de un

Jenofonte altamente moralista (es el llamado "proemio intermedio"; véase epígrafe 5.2.2):

> Ciertamente, cualquiera podría contar otros muchos hechos no sólo griegos sino también bárbaros que muestran cómo los dioses no se despreocupan de los sacrílegos ni de los que cometen actos impíos; pero yo voy a relatar en este preciso momento lo que me he propuesto. Los lacedemonios, así pues, que habían jurado dejar las ciudades libres, al retener la acrópolis de Tebas, fueron castigados por los únicos que habían sido agraviados, aunque nadie antes les había vencido (V 4, 1).

Éste es, en efecto, el principio del fin de la hegemonía espartana. Jenofonte narra, en buena sucesión cronológica por campañas militares de verano e invierno (alterada levemente por algunas digresiones), la ascensión paulatina de Tebas, que culminará con la invasión del Peloponeso por el tebano Epaminondas y con la batalla de Mantinea, suceso que pone fin a las *Helénicas* (383-362 a. C.). Episodios como el que refiere el juicio de Esfodrias en Esparta por haber atacado inesperadamente el Pireo (V 4, 24-34), o como el que cuenta la historia política de Eufrón de Sición (VII 3) constituyen otra muestra del gusto de Jenofonte por relatos aparentemente marginales, pero que tienen un alto valor moralizante y también literario (véase texto 17).

Se le ha achacado a Jenofonte que no hable en esta sección de las *Helénicas* del resurgir del poderío naval de Atenas ni de la constitución de la segunda liga marítima ateniense en el año 377 a. C. Tampoco dedica demasiado espacio a reseñar las nuevas tácticas militares introducidas por Epaminondas, artífice de la hegemonía tebana. Lo cierto es que ambos fueron los responsables del declive de Esparta por mar y por tierra, respectivamente, y, en particular, de los fracasos de Agesilao. Jenofonte, es claro, ha tomado partido en su historia desde que ha comenzado a hablar de las campañas del rey espartano; de hecho, narra desde el lado espartano y siempre son los otros los enemigos. Por ello, la derrota espartana en Leuctra (VI 4, 4-19) y el fracaso de la expedición de Agesilao en ayuda de Tegea (VI 5, 10-22) se muestran dulcificados. Sí que reconoce en Polidamante de Farsalia las cualidades del buen estadista. En su boca pone uno de los discursos más largos de su obra (VI 1, 4-16), y con él traza los rasgos de Jasón de Feras, que se aliará con Tebas, otro personaje que merece el elogio de nuestro autor y a quien dedicará, arrobado por su figura, un excurso sobre su actuación en Tesalia, sobre su asesinato y sobre el destino, lleno de intrigas y asesinatos, de sus sucesores (VI 4, 27-37).

El libro VII muestra, en fin, la lucha de todos contra todos sin saber muy bien por qué, como expresivamente dice un anciano en el momento en el que se aproximan para combatir los ejércitos arcadio y lacedemonio (VII 4, 25).

Realmente es el tebano Epaminondas el verdadero dueño de la situación; pero Jenofonte sólo le concede cierto protagonismo en los capítulos finales de este libro. La batalla de Mantinea, donde vencen los tebanos pero muere Epaminondas, es el último de los sucesos referidos (es en esa batalla donde Jenofonte perdió a su hijo Grilo, que combatía en la caballería ateniense) y el desencanto de nuestro autor por la situación de Grecia en ese momento histórico queda certificado por las palabras que cierran las *Helénicas*:

> (26) Transcurridos esos hechos, sucedió lo contrario de lo que todo el mundo creía que iba a suceder. Pues, cuando casi toda Grecia se había congregado y enfrentado, no había nadie que no opinara que, si se producía la batalla, los vencedores dominarían y los vencidos serían súbditos. Pero la divinidad obró de tal manera que ambos, como si hubieran vencido, erigieron un trofeo y ninguno de los dos obstaculizó a los que los erigían; ambos, como si hubieran vencido, devolvieron los cadáveres bajo tregua y ambos, como si hubieran sido derrotados, los recogieron bajo tregua; (27) y, aunque cada uno afirmaba que había vencido, ni uno ni otro apareció con nada más de lo que tenía antes de producirse la batalla, ni en territorio, ni en ciudad, ni en poder. Así que en Grecia todavía hubo mayor indecisión y confusión después de la batalla que antes. En lo que a mí respecta, hasta aquí voy a escribir. Y quizá a otro interesen los acontecimientos que siguieron (VII 5, 26-27).

5.2.2. *Propósito y carácter de las* Helénicas

Las *Helénicas* han comenzado, así pues, con una guerra, la del Peloponeso, y han finalizado con otra, la de Mantinea. Ha abarcado Jenofonte en su historia una cincuentena de años, desde el año 411 a. C. hasta el 362 a. C. El período de tiempo narrado es, por consiguiente, estrictamente contemporáneo y ha sido vivido íntegramente por nuestro autor.

Los motivos de la elección del punto de partida parecen claros. Es en el año 411 a. C. cuando acaba la *Historia* de Tucídides (véase epígrafe 4.5). Jenofonte estaría convencido de que aquella guerra entre Atenas y Esparta fue la más importante sufrida por los griegos hasta ese instante (es lo que Tucídides se había encargado de demostrar) y, en su misma estela, como historiador también de hechos contemporáneos, se habría propuesto continuar el relato tucidídeo. Así se explica la ausencia de "programa" o prólogo en las *Helénicas*, que, sencillamente, empiezan con aquel *metà dè taûta,* "y después de esos acontecimientos", en referencia a los últimos sucesos narrados por Tucídides. De igual manera, si no es porque nuestro autor tiene como referencia inmediata la obra

de Tucídides, no se entienden expresiones como "las veinte naves primeras" (I 2, 8) o el episodio que narra el final del exilio de Alcibíades (I 4, 8-20). Jenofonte utiliza, incluso, su mismo procedimiento analístico, al narrar por campañas militares de verano e invierno, para la exposición, al menos, de los hechos político-militares relativos a la Guerra del Peloponeso; es decir, hasta el párrafo 3, 9 del libro II. Hasta ese punto, el estilo narrativo de nuestro autor es extremadamente conciso y sobrio; no hay digresiones ni presencia en primera persona del narrador; las cifras suelen ser precisas; los discursos, si bien son escasos y breves, tienen valor estructural, aunque, a diferencia de Tucídides, no sirven para explicar los móviles de las acciones. Pero, a partir del párrafo 10, terminado el relato de la Guerra del Peloponeso, se observan rasgos estilísticos distintos, más cercanos a los del resto de sus obras: se abandona el criterio analístico, la narración se detiene en detalles y sucesos secundarios; aparece el narrador en primera persona; se enjuician los hechos; se hace intervenir a la divinidad en el devenir histórico; son frecuentes las caracterizaciones de personajes, los diálogos y las comparaciones.

Pues bien, las citadas diferencias son las aducidas por algunos estudiosos para establecer dos momentos en la composición de las *Helénicas*. Jenofonte habría compuesto primero los capítulos que narran los años finales de la Guerra del Peloponeso (I-II 3, 9), en una fecha temprana (véase, recientemente, Dillery, 1995: 14) y –opina Canfora, 1970: *passim*– utilizando materiales dejados por el propio Tucídides. Estaría en relación este hecho con la discutida noticia aportada por Diógenes Laercio (II 48-60) que informa de que Jenofonte había sido editor de Tucídides. La particular impronta historiográfica de nuestro autor se nota ya, no obstante, en la ausencia del razonamiento explicativo de los hechos, que simplemente se suceden en el tiempo, y en el papel destacado que concede a sus protagonistas.

El resto de la obra habría sido escrito posteriormente, entre el año 380 y el 355 a. C. y siempre después de la *Anábasis*, a la que se alude en III 1, 2, si es que el tal Temistógenes de Siracusa es el pseudónimo del propio Jenofonte. En este segundo momento tendríamos a un Jenofonte con estilo propio, no al imitador de Tucídides. Ahora sería su vida azarosa y viajera la principal fuente de información para sus *Helénicas*: su estancia en la Atenas de los Treinta, sus campañas al lado de Agesilao en Asia y en la Grecia continental, su residencia en Escilunte y en Corinto le permitieron escribir su historia desde la *autopsía*; es decir, privilegiando su propia experiencia, aquella en la que él ha sido testigo o actor (véase Riedinger, 1991: 19). Sería ésta una importante característica de las *Helénicas*, sobre todo en esta "segunda parte". Por ella la obra queda convertida en una especie de "memorias" del autor; algunos críticos lo consideran, incluso, su rasgo más notable en comparación con Heródoto y Tucídides.

La escasa información que da, por ejemplo, de la batalla naval de Cnido, tan decisiva en el curso posterior de los acontecimientos, se debería precisamente al hecho de que él no pudo asistir a la misma y sólo recibió noticias de ella cuando regresó al Continente.

El propósito de Jenofonte en sus *Helénicas* parece haber sido, en definitiva, relatar en un *continuum* cronológico los hechos acaecidos en Grecia durante aquel período tan convulso de la primera mitad del siglo IV a. C.; mas esos hechos no son todos, sino especialmente aquellos que conoció personalmente o de los que obtuvo información directa por su privilegiada relación con algunos de sus protagonistas. El relato está, así pues, lleno de lagunas y parece presidido más por intereses técnico-militares (por las pormenorizadas descripciones de batallas) o ejemplares (por el valor de las acciones de los personajes) que históricos. Tampoco es uniforme el criterio de ordenación temporal de los hechos narrados. Hasta el final de la Guerra del Peloponeso, Jenofonte fue fiel a su antecesor y sigue en lo esencial el sistema analístico de Tucídides. Pero, posteriormente, el único principio cronológico que permanece es el de la sucesión ("después de esos hechos") y, aún así, la narración presenta saltos temporales adelante y atrás y digresiones e interrupciones sin que seamos advertidos. Parecen las idas y venidas del recuerdo en el juego de la memoria, más propio de unas *Memorias* que de una obra historiográfica.

No hay reflexión sobre las causas o motivaciones políticas de los acontecimientos al modo de Tucídides; éstos, simplemente, se yuxtaponen o se suceden según el principio de causalidad inmediata. Sí parece estar detrás de su obra aquella concepción, tan herodotea por otra parte, que señala a los dioses no sólo como conocedores del futuro, sino también como artífices del devenir histórico en su condición de garantes del orden moral. La presencia de la divinidad se nota en los oráculos, en los presagios o en los frecuentes sacrificios propiciatorios o adivinatorios que un muy crédulo y piadoso Jenofonte refiere a lo largo de las *Helénicas* para explicar, en ocasiones, la conducta de sus personajes. Su actuación punitiva directa está expresamente mencionada en el citado "proemio intermedio" (V 4, 1): "Cualquiera" –escribe– "podría contar otros muchos hechos no sólo griegos sino también bárbaros que muestran cómo los dioses no se despreocupan de los sacrílegos ni de los que cometen actos impíos; pero yo voy a relatar en este preciso momento lo que me he propuesto". En este punto de las *Helénicas* se sitúa, precisamente, el principio del fin de la hegemonía espartana, que se atribuye al castigo que los dioses infligieron a los lacedemonios, que habían jurado mantener las ciudades libres y, sin embargo, aprisionaron la acrópolis de Tebas.

Por todos estos motivos es por lo que se ha puesto en duda tanto el rigor histórico de Jenofonte como la naturaleza historiográfica de su obra; por estos

motivos y porque se aprecia en exceso el lado desde el que narra su historia (véase texto 16). Tuplin (1993: 167) llega a considerar las *Helénicas* como un compromiso entre la historia y el panfleto. A su parcialidad se achaca, por ejemplo, el que Jenofonte no preste la atención debida a las acciones de los tebanos Pelópidas o Epaminondas, y también el que olvide hechos que enturbian la hegemonía espartana, pero tan significativos históricamente como la sublevación de los hilotas en Esparta, la autonomía de Mesenia, la fundación de Megalópolis, la creación de la segunda Liga Delo-ática o la victoria de Atenas en Naxos. Riedinger (1991: 41-60), sin embargo, analiza esas pretendidas omisiones, que son fruto más bien del prejuicio del historiador moderno, y opina que Jenofonte ha compuesto deliberadamente una historia incompleta y ha seleccionado conscientemente entre lo que él ha creído, de buena fe, que constituía lo esencial y lo accesorio. Las deficiencias apuntadas, en todo caso, no son óbice para que se considere a las *Helénicas* como la fuente más importante para el conocimiento de la historia de Grecia en la primera mitad del siglo IV a. C., una historia contada a través de las acciones y decisiones de sus protagonistas, en especial de Agesilao, que es para Jenofonte actor principal y paradigma de gobernante. Además, por la propia condición profesional de Jenofonte y por su interés por las descripciones de batallas, las *Helénicas* son un documento imprescindible para el estudio de la táctica militar de la época.

No se discute, sin embargo, el valor literario intrínseco de las *Helénicas*. Se ha reconocido la habilidad de Jenofonte para hacer los retratos morales de sus personajes, bien directamente, con trazos concisos y certeros, bien de manera indirecta por medio de sus discursos, conversaciones o actos. Hay, igualmente, episodios que han sido repetidamente elogiados desde el punto de vista literario, como el que relata las consecuencias del régimen oligárquico de los Treinta en Atenas, con el enfrentamiento entre Critias y Terámenes (II 3, 11-56), o el que narra la lucha por la sucesión en Esparta tras la muerte de Agis, con las intervenciones de Agesilao y la conspiración de Cinadón (III 3, 1-11), o el que cuenta el arreglo matrimonial auspiciado por Agesilao entre Otis y la hija de Espitrídates (IV 1, 4-15), o los que recogen la casi novelesca actuación de Teleutias, hermano de Agesilao, en el Pireo (V 1, 13- 24) y la heroica muerte del mismo Teleutias (V 3, 1-6), o el que describe la angustiosa situación de una Corcira sitiada por los lacedemonios y las ingeniosas maniobras de auxilio realizadas por el ateniense Ifícrates (VI 2, 3-36). Claridad y fluidez del relato, sencillez y ausencia de artificio retórico, efecto escénico y viveza de la narración con la intercalación de diálogos ("narración conversacional" la llama V. J. Gray; véase texto 17) son los rasgos más alabados de su estilo, un estilo que fue admirado, entre otros, por Cicerón ("más dulce que la miel" calificaba el arpinate la obra de Jenofonte) y por Quintiliano. También los aticistas del siglo II apreciaron

su sencillez y lo tomaron como modelo del ático puro que ellos, añorando el glorioso pasado de Atenas, pretendían recuperar e imitar. En esto, sin embargo, no anduvieron muy atinados los aticistas, pues, como ya demostró L. Gautier en su monografía sobre la lengua de Jenofonte (1911), nuestro autor es ya un precursor de la *koiné dialektós* de la época helenística.

5.3. *Anábasis*

Aunque la experiencia vital de Jenofonte late en la mayoría de sus obras, es, sobre todo, en la *Anábasis* donde nuestro escritor refiere en exclusividad un acontecimiento histórico que él mismo protagonizó: la penosa retirada del cuerpo de mercenarios griegos, comandado por Jenofonte, que fue a luchar en favor de Ciro el Joven en su disputa con su hermano Artajerjes por el trono de Persia. A este acontecimiento se refiere nuestro autor en el párrafo III 1, 2 de las *Helénicas* y en él nos remite a la obra de un desconocido Temistógenes de Siracusa (véase apartado C) del epígrafe 5.2.1). Quién sea el tal Temistógenes es una cuestión debatida. Plutarco (*Sobre la gloria de los atenienses* 345e) ya lo consideraba un pseudónimo del propio Jenofonte, que habría firmado con nombre falso para dar –dice– mayor credibilidad a su historia. Sería también el motivo de que el propio Jenofonte aparezca citado a lo largo de la obra siempre en tercera persona, sin que haya identificación entre autor y protagonista. Es muy posible, además, que, en el momento de su publicación, todavía estuviera en vigor en Atenas el decreto que ordenaba el exilio de Jenofonte, con lo que difícilmente podría circular un escrito con su nombre.

Sea como fuere, lo cierto es que los asuntos sobre los que dice Jenofonte que escribió Temistógenes coinciden con los narrados en la *Anábasis* y en las *Helénicas* se elude volver a relatarlos. Jenofonte habría compuesto la *Anábasis* entre los años 385 y 370 a. C., unos veinte o treinta años después de los hechos referidos. La fecha se deduce, por un lado, de la evocación que nuestro autor hace de su estancia en Escilunte (V 3, 7-13), lo que ocurre a partir del año 386 a. C. (véase epígrafe 5.1). Por otro lado, en el párrafo 6, 9 del libro VI, cuando Jenofonte narra los incidentes de los expedicionarios con el espartano Cleandro en el puerto de Calpe, se dice: "Los lacedemonios mandaban por aquel entonces a todos los griegos", lo que sugiere que nuestro autor escribía después del año 371 a. C., año de la batalla de Leuctra en que los espartanos pierden la hegemonía en beneficio de los tebanos.

La obra se nos ha transmitido dividida por algún autor tardío en siete libros, cada uno encabezado por un resumen apócrifo. El título *Kyrou anábasis* (*Subida*

de Ciro) sólo conviene realmente a los siete primeros capítulos del libro I, que recogen la marcha de Ciro y su ejército desde Sardes hasta Cunaxa, en el interior de Persia, para enfrentarse a Artajerjes. El resto de la obra se dedica a narrar la travesía de los Diez mil griegos (expresión que surge de la palabra griega *myrioi,* "diez mil", más bien en el sentido figurado de "innumerables") por las inhóspitas tierras de Asia, en retirada tras la muerte de Ciro en la batalla de Cunaxa (401 a. C.), hasta Trapezunte (399 a. C.), con la destacada actuación del propio Jenofonte, y su reunión posterior con las tropas espartanas de Tibrón. Hablando con propiedad, nuestra obra está integrada por una *anábasis* o marcha hacia el interior de Asia (libro I), una *katábasis* o descenso hasta Trapezunte (libros II-IV) y una *parábasis* o marcha siguiendo la costa hasta territorio tracio y, luego, hasta Pérgamo (libros V-VII). Seguramente, fue *Anábasis* el título que nuestro autor empezó dando al diario de lo que iba a ser una triunfante campaña de Ciro contra su hermano Artajerjes.

Veamos los contenidos esenciales de esta obra que cubre tan sólo dos años de acontecimientos, más importantes en la vida del propio Jenofonte que en la historia de Grecia.

5.3.1. *Contenidos de la* Anábasis

A) Libro I: "Anábasis" y muerte de Ciro

Como las *Helénicas,* tampoco la *Anábasis* tiene prólogo programático. Jenofonte comienza narrando directamente el conflicto dinástico que se dio en Persia tras la muerte de Darío II (404 a. C.). Artajerjes II fue nombrado sucesor en calidad de primogénito; pero su hermano Ciro también reclamaba el trono (él era el primer hijo nacido tras la entronización de Darío) y conspiró para arrebatárselo. Así que Ciro reunió un gran ejército y reclutó a sueldo numerosas tropas griegas con el pretexto –anota Jenofonte– de luchar contra Tisafernes, que estaba hostigando a las ciudades jonias (I 1, 6), y de expulsar a los písidas (I 2, 1).

Las ochenta y ocho etapas de la marcha de ese ejército griego mercenario hacia el interior de Asia, desde Sardes hasta Cunaxa (la "anábasis" propiamente dicha), ocupan los capítulos 2 a 7 del libro primero y son narrados en un estilo que recuerda, por su concisión y ligereza, el de los reporteros de guerra. La monotonía del relato de la marcha es alterada, no obstante, con otros contenidos, que son los que hacen de la *Anábasis* una obra tan original como atractiva. Son interesantes, por ejemplo, los dos episodios en que Ciro se enfrenta a la negativa a proseguir del contingente griego, que sospecha sobre el verdadero

objetivo de la expedición militar: marchar contra el rey Artajerjes. Ambos episodios están narrados por Jenofonte con cierto sentido crítico, porque él –parece denunciar– también se había sentido engañado. En el primero (I 3), es el espartano Clearco quien, mediante hábiles discursos (alabados en la antigüedad por el Pseudo-Dionisio, *Ars Rhetorica* 8, 11), convence a la mayoría de los soldados y evita la quiebra de la expedición (las asambleas de soldados son frecuentes a lo largo de la *Anábasis*; sus funciones vienen a ser semejantes a las asambleas de las *póleis*; se ha dicho, por ello, que este ejército de mercenarios constituía una especie de *pólis* itinerante). En el segundo episodio (I 4, 11-17), sabedores ya los griegos de las verdaderas intenciones de Ciro, es Menón quien interviene ante sus soldados y les exhorta a ser los primeros en cruzar el Éufrates, lo que Ciro agradeció y recompensó como se esperaba. Estos discursos breves integrados en el relato son frecuentes en la *Anábasis*. En ellos, nuestro autor hace gala de sus conocimientos de retórica, de su capacidad de observación psicológica y de su maestría en la descripción moral de los personajes.

De vez en cuando se intercalan también en el relato descripciones geoetnográficas, al estilo de las de los antiguos periplos o periégesis (véase epígrafe 2.2), con evocaciones de paisajes y de costumbres locales.

Otra constante temática que da a la obra el carácter de libro de memorias personales (véase epígrafe 5.3.2) es la narración de sucesos secundarios desde el punto de vista de la historia central, pero importantes en la perspectiva historiográfica de Jenofonte, que los cuenta porque los ha vivido y porque sirven para caracterizar a los personajes o para evocar una escena realista y auténtica. Son, por ejemplo, la trifulca que se origina entre los soldados de Menón y Clearco (I 6, 11-17), que zanja Ciro, siempre en tono exhortativo, no impositivo (nunca Ciro se dirige a los griegos con verbos de mandato ni en modo imperativo). O el episodio en que los persas más nobles del séquito de Ciro se unen a la tarea de desatascar los carros del fango del camino (I 5, 8): "En efecto, tras arrojar sus capas de seda purpúrea allí donde cada uno se encontrara, se precipitaron como quien corre para alcanzar una victoria, descendiendo por una colina muy pendiente, con sus valiosas túnicas y los multicolores pantalones, algunos incluso con collares en sus cuellos y brazaletes en las manos. Saltaron al instante con este atuendo en el barro y levantaron los carros del suelo con más rapidez de la que nadie habría pensado". La escena no puede resultar más pintoresca y, a la vez, más elogiosa para Ciro y sus nobles.

En el capítulo 8 comienza el relato de la célebre batalla de Cunaxa, que Jenofonte desarrolla con la habitual minuciosidad que emplea en estos asuntos que él conoce bien. El equipo, la distribución, la disposición y el movimiento de las tropas están descritos con detenimiento y en ello se nota la formación profesional y el interés particular de nuestro autor por la estrategia

militar. Jenofonte aparece citado por primera vez en este capítulo, en medio de la excitación general del ejército:

> Al ver a Ciro, Jenofonte de Atenas se acercó desde el ejército griego para salirle al encuentro y le preguntó si daba alguna orden. Ciro se detuvo y le dijo y le ordenó decir a todos que los sacrificios eran favorables y que las víctimas también lo eran (I 8, 15).

La narración alcanza su clímax en el instante en que Ciro hiere a Artajerjes y él, a su vez, es herido mortalmente por una jabalina (I 8, 27). En ese momento Jenofonte inserta un elogioso retrato de Ciro, uno de los pasajes más brillantes de la *Anábasis*, que ocupa los 31 párrafos del capítulo 9 (véase texto 18). Ciro reúne todas las cualidades del buen gobernante; "era el hombre mejor dotado para reinar" –afirma Jenofonte– "y el más digno de gobernar de los persas nacidos después de Ciro el Viejo" (I 9, 1). Hubiera sido interesante haber podido comparar este relato con el que del mismo episodio hizo Ctesias, contemporáneo de Jenofonte, en sus *Persiká*, pues Jenofonte estaba en el lado de Ciro y Ctesias era, a la sazón, el médico de Artajerjes. Desgraciadamente, tan sólo conservamos retazos sueltos de la obra de Ctesias (véase epígrafe 6.1).

La narración de la batalla continúa en el capítulo 10 y último del libro I: el contingente griego, que desconoce la muerte de Ciro, es el único que lucha contra el ejército de Artajerjes y la jornada (y el libro I) termina cuando los griegos creen que habían vencido.

B) Libro II: los griegos inician la retirada al mando de Clearco

Con el amanecer del día siguiente se inicia el libro II. Es cuando llegan al ejército griego noticias de la muerte de Ciro (II 1, 3) y también heraldos de Artajerjes exigiendo la rendición (II 1, 8). Jenofonte reproduce vivamente la escena, intercalando los diálogos entre los generales griegos y el portavoz de los heraldos (es la llamada "narración conversacional", tan típica del estilo de nuestro autor). Clearco es la voz más autorizada entre los griegos y se niega rotundamente a entregar las armas.

A partir de este momento la *Anábasis* se convierte en el relato del camino de retirada del contingente griego, un relato que adquiere en ocasiones un tono casi épico. Las dificultades por las que van a atravesar las preanuncia Jenofonte mediante los presagios de los sacrificios. Los griegos, en compañía de los persas de Arieo, son conducidos, primero, por el astuto Clearco a través de la región de Babilonia, bajo la amenaza todavía de ser alcanzados por el ejército de Artajerjes. Con el rey acuerda Clearco una tregua que le permitirá recabar

provisiones (II 3, 9-16) y, posteriormente, por mediación del sátrapa Tisafernes, recibe garantías para realizar el trayecto de regreso a Grecia en paz y con apoyo de víveres. El propio Tisafernes se ofrece como guía, pero antes –dice– debe ir a ver al rey (II 3, 25-29). El momento de la partida se retrasa por días y las sospechas de trampa y traición se instalan entre los griegos. Cuando la marcha, por fin, comienza, Jenofonte describe la atmósfera de desconfianza reinante entre persas y griegos:

> (9) Desde allí iniciaron la marcha siendo ya su guía Tisafernes, quien les permitía mercadear; marchaba además Arieo, con el ejército bárbaro de Ciro, junto con Tisafernes y Orontas y acampaba conjuntamente con éstos. (10) Los griegos, que los miraban con recelo, avanzaban por su lado, con sus propios guías. Acamparon todas las veces a una distancia de una parasanga o más entre ellos y los otros; ambos grupos se vigilaban mutuamente como si fueran enemigos y enseguida este hecho provocó desconfianza (II 4, 9-10).

Ciertamente, las sospechas mutuas acompañaban a los expedicionarios y, cuando llegaron a la altura del río Zapatas (II 5, 1), Clearco decidió entrevistarse con el persa Tisafernes para reconducir la situación. Tras referir sus discursos, por los que ambos se concedían plena confianza, Jenofonte nos sitúa ante una de las escenas más dramáticas de la *Anábasis*. Los generales Próxeno (el amigo de Jenofonte), Menón, Agias, Clearco y Sócrates habían acudido a la tienda de Tisafernes para descubrir a los que propagaban las sospechas. Pero, una vez allí, Tisafernes les traicionó y se los llevó capturados a la corte del rey, donde fueron decapitados (II 5, 31-42). Se ha conservado la versión que del mismo suceso hizo Ctesias de Cnido (*FGrHist* 688, F 27-28) y, desde el punto de vista historiográfico, sale ganando el relato de Jenofonte. Ctesias da una explicación un tanto novelesca de los hechos (véase epígrafe 6.1.2) y cuenta una intriga de la esposa de Artajerjes contra la reina madre Parisatis que intercedía para salvar a Clearco.

El capítulo 6, último del libro II, lo dedica Jenofonte a describir las cualidades eticomilitares de los generales muertos. El retrato de Clearco es el más extenso y en él Clearco aparece como el paradigma de jefe militar. En contraste, Menón no goza de las simpatías de Jenofonte y es presentado como el más perverso y falaz de los individuos:

> Así como uno se enorgullece de su piedad, de su sinceridad y de su justicia, Menón se enorgullecía de su capacidad para engañar, para forjar mentiras y para mofarse de los amigos; al que no era un bribón lo consideraba siempre un ignorante. Y cuando trataba de ser el primero de los amigos

de alguien, creía que debía conseguirlo calumniando a los que ya ocupan ese puesto (II 6, 26).

C) Libros III a IV: Jenofonte adquiere protagonismo. Travesía de los Diez mil hasta Trapezunte

El estado de abatimiento provocado por la traición de los persas y la suerte de los generales, descrito por nuestro autor con agudeza psicológica (véase texto 19), es superado gracias a la animosa intervención de Jenofonte, que, a partir de este momento, se presenta oficialmente, explica los motivos por los que se unió a la campaña de Ciro (véase epígrafe 5.1) y se convierte en protagonista del relato.

Es en estos párrafos iniciales donde mejor se percibe la intención autoexculpatoria y apologética de nuestro autor (véase epígrafe 5.3.2). Autoexculpatoria porque Jenofonte –escribe– "se unió a la expedición militar engañado completamente, no por Próxeno, que desconocía el ataque contra el rey, lo mismo que los demás griegos, excepto Clearco" (III 1, 10). Apologética porque lo que va a contar desde este instante es cómo, gracias a él, los Diez mil griegos se salvaron a pesar de lo adverso de las circunstancias.

Un sueño le señala como elegido y, seguidamente, se dirige a los jefes y a los soldados griegos y los exhorta a no entregar las armas al rey y a continuar el camino, luchando cada vez que fuera necesario. Varios son los discursos (los más largos de toda la *Anábasis*), casi consecutivos, que Jenofonte pone en su propia boca (III 1, 15-2). En ellos explica las bases de su plan de salvación: confianza en la justicia divina, valor, disciplina y unidad (he aquí expresa la ideología de nuestro autor) y con ellos convence a todos los griegos, que aprueban unánimemente su estrategia de retirada.

Así pues, los expedicionarios reanudan la marcha cruzando el río Zapatas (III 3, 6). Al punto, comienzan a ser hostigados por los destacamentos persas y, de nuevo, interviene Jenofonte para proponer, en vista de las carencias observadas, la formación de divisiones de honderos y de jinetes, que, inmediatamente, se mostrarán eficaces en el choque con las fuerzas del mismísimo Tisafernes (III 4, 13-15). Tal será la estructura general del relato, que, en ocasiones, adquiere tintes épicos: cada vez que la expedición sufre algún percance en el camino, ahí está Jenofonte para aconsejar y realizar lo más adecuado. Y, superada la contingencia, los griegos prosiguen su arriesgada travesía hacia el norte. Nuestro autor irá intercalando breves descripciones geoetnográficas de los distintos parajes y ciudades por los que transcurre la marcha; asimismo, cada vez que tiene la oportunidad, nos brinda una demostración de sus conocimientos

de táctica y estrategia militar (véase texto 20). No desaprovecha tampoco la ocasión de alabar su talante y buen hacer: "Mientras desayunaba" –escribe– "corrieron hacia Jenofonte dos jovencitos, pues todos sabían que era posible acercarse a él, tanto si desayunaba como si cenaba; incluso cuando dormía se le podía despertar y hablarle si alguien tenía algo que decir en relación con la guerra" (IV 3, 10).

Después de atravesar ríos, montañas e inhóspitas tierras, sufrir los ataques de los bárbaros y superar los rigores del invierno, con algunas pérdidas, los Diez mil avistan, por fin, el mar. Jenofonte capta la emoción del momento y, como testigo vivo que fue, narra el célebre episodio de una forma admirable:

> (21) Y llegaron a la montaña en el quinto día, montaña que se llamaba Teques. Cuando los primeros alcanzaron la cima y avistaron el mar, se produjo un gran griterío. (22) Al oírlo, Jenofonte y los de la retaguardia creyeron que otros enemigos les atacaban de frente, ya que por detrás les seguía gente procedente del país que estaba siendo quemado [...] (23) Como el griterío se hacía más grande y más cercano, como los que continuamente llegaban corrían hacia los que gritaban sin parar y como el griterío se hacía mayor tanto más cuanto más gente había, le pareció a Jenofonte que era algo bastante importante, (24) y, montando en su caballo y tomando como escoltas a Licio y a sus jinetes, acudieron en ayuda. De pronto, oyeron a los soldados gritar: "¡Mar, mar!" y pasarlo de boca en boca. Entonces todos empezaron a correr, hasta los de la retaguardia, y las bestias de carga y los caballos eran espoleados. (25) Cuando todo el mundo llegó a la cima, inmediatamente se abrazaron unos a otros, incluidos los generales y los capitanes, con lágrimas en los ojos (IV 7, 21-25).

Después de ciento noventa y tres etapas (entre mayo y junio del año 400 a. C.), los griegos llegaron a la ciudad griega de Trapezunte, a orillas del mar Negro (Ponto Euxino), y allí permanecieron durante treinta días, celebrando a Zeus Salvador y a Heracles con sacrificios y juegos atléticos (IV 8, 22-28).

D) Libros V a VI: el trayecto desde Trapezunte a Bizancio

Los expedicionarios deciden, en principio, continuar el regreso a Grecia en barco. Quirísofo va a recabar los barcos y Jenofonte, a la espera en Trapezunte, generaliza el saqueo y la rapiña por las tierras limítrofes en busca de provisiones (V 1-2). Pero de Quirísofo no se vuelve a saber y, tras embarcar en las naves disponibles a los más débiles, el resto de los griegos (8.600) decide continuar la marcha a pie bordeando la costa en dirección oeste (V 3, 1-3). Es en este punto cuando nuestro autor hace una digresión en la que evoca su vida

como exiliado de Atenas en la finca de Escilunte, cerca de Olimpia (V 3, 5-13). El pasaje es interesante para situar la fecha de composición de la obra (véase epígrafe 5.3.2).

Los apuros de los expedicionarios no cesan; mas ahí aparece Jenofonte en el momento oportuno para dar ánimo y aconsejar lo mejor. He aquí una de sus arengas salvadoras, pronunciada en la lucha contra los mosinecos, "el pueblo más bárbaro que los griegos encontraron en su recorrido" (V 4, 34; sus costumbres, entre ellas la de copular en público, son referidas por Jenofonte):

> (19) Soldados, no os desaniméis por lo sucedido; sabed que también se ha producido un bien no inferior al mal. (20) En primer lugar, sabéis que los que van a guiarnos son realmente enemigos de aquellos que lo son también nuestros por necesidad. Luego, aquellos griegos que no se preocuparon de seguir la formación junto a nosotros y consideraron que eran capaces de conseguir lo mismo con los bárbaros que con nosotros han recibido su merecido, de manera que, para otra vez, se alejarán menos de nuestras filas. (21) Es preciso que os preparéis para demostrar a los bárbaros amigos que sois mejores que ellos, y para demostrar también a los enemigos que ahora lucharán contra hombres que no se asemejan a los indisciplinados con los que lucharon antes (V 4, 19-21).

Estas y otras apelaciones explícitas a la unidad de los griegos contra los bárbaros han sido tenidas por algunos estudiosos por muestras del pensamiento panhelenista de nuestro autor. Dillery (1995: 59-98) considera que el tema central de la *Anábasis* es, precisamente, la defensa del panhelenismo bajo la guía de gobernantes excepcionales: los expedicionarios griegos se salvan y obtienen beneficios cuando luchan unidos por un interés común y cuando siguen disciplinadamente los designios de un jefe excelente.

La marcha llega a otra ciudad griega, Cotiora, colonia de Sínope (V 5, 3); pero en ella los expedicionarios no fueron bien recibidos y se vieron obligados "no por altanería" –se justifica Jenofonte ante la queja de los embajadores de Sínope– "sino por necesidad" a procurarse por la fuerza las provisiones (V 5, 16). A Jenofonte se le ocurre aquí fundar una nueva ciudad donde él y sus soldados pudieran prosperar (V 6, 15). Pero la idea no tiene el respaldo suficiente (según Dillery, 1995: 91-94, esto supone un auténtico revés para el verdadero objetivo de Jenofonte: iniciar una nueva vida en una ciudad panhelénica en la rica Asia) y los habitantes del lugar, que no querían tener vecinos tan poderosos, ponen rápidamente a su disposición dinero y barcos para que los mercenarios continúen su regreso a Grecia por mar. Antes de partir, Jenofonte se defiende de las insidias de otros jefes militares "necios y envidiosos" de su liderazgo (V 7, 1-12), denuncia los actos ilegales y de indisciplina cometidos por algunos

expedicionarios (V 7, 16-31) y se vuelve a defender con éxito de la acusación de maltrato a los soldados (V 8, 1-26). En estos tres largos pasajes, con discursos memorables, Jenofonte pone, nuevamente, de manifiesto su capacidad de mando, su bonhomía y su habilidad oratoria, características del jefe ideal.

La reanudación del trayecto se narra ya en el libro VI (1, 14), después de una curiosa digresión en la que se describen diversos tipos de danzas militares. La flota recala, primero, en Sínope y allí se produce el reencuentro con Quirísofo. Nuestro autor vuelve a hacer un inciso para contar cómo los soldados le proponen ser jefe único y cómo él lo rechaza porque los presagios no le eran favorables, pero aconseja elegir a Quirísofo, avalado por su condición de lacedemonio (VI 1, 19-33).

En Heraclea se producen graves disensiones entre los soldados, alentadas por los contingentes de arcadios y aqueos, que, pese a ser prácticamente la mitad de la expedición en número, se consideraban poco beneficiados, y el ejército prosigue el camino dividido en tres partes (VI 2, 17-19). A ojos de Jenofonte los arcadios y aqueos no sólo han roto la unidad por la que él tanto ha abogado, sino que también han cometido *hybris* con su altanería. Y, claro, según el pensamiento de nuestro autor (que ya hemos comprobado en las *Helénicas*), no puede esperarse sino que Zeus los castigue. En efecto, los que se habían epígrafe porque querían hacer botín desenfrenadamente sufrieron una grave derrota a manos de los tracios (VI 3, 1-9). Los griegos se vuelven a reunir en el puerto de Calpe, que Jenofonte describe de manera elogiosa (seguramente porque lo consideraba otro lugar adecuado para fundar una ciudad, según se rumoreaba entre los soldados), y allí deciden no separarse ya más (VI 4, 1-11). Juntos afrontan la larga espera obligada por los presagios negativos (VI 4, 9-22); juntos, al grito de "Zeus Salvador, Heracles Conductor", consiguen poner en fuga a los bárbaros que los atacaban (VI 4, 23-5, 30); juntos resuelven los incidentes que provoca la llegada a Calpe de Cleandro, gobernador de Bizancio, quien declina ser el nuevo jefe de la expedición porque no obtenía augurios favorables (VI 6, 1-36), y juntos reanudan la marcha a pie hasta Crisópolis, en las cercanías de Bizancio (VI 6, 37). Juntos, mas siempre bajo la guía y el consejo de Jenofonte. Entre tanto, se ha producido la muerte de Quirísofo (VI 4, 11); pero Jenofonte no dedica a quien era su rival en el mando del ejército ningún elogio, ni siquiera relata las circunstancias de su muerte.

E) Libro VII: el final del camino. Jenofonte entrega el ejército a Tibrón en Pérgamo

Una vez en Crisópolis, Jenofonte parece otro (pesa en él probablemente la decepción y el desencanto): desde el principio declara su intención de sepa-

rarse del ejército y zarpar solo (VII 1, 1). El espartano Anaxibio, primero, y, luego, el tracio Seutes, auténtico protagonista del libro VII, le convencen para que posponga su decisión. Jenofonte, así pues, entra en Bizancio con el ejército; pero allí disuade a sus soldados de asolar la ciudad como pretendían al no recibir la soldada prometida por Anaxibio; pues "como griegos que sois" –les dice– "os aconsejo que tratéis de obtener justicia obedeciendo a los que están al frente de los griegos. Si no podéis obtenerla, aun sufriendo injusticia, no debemos, al menos, ser desposeídos de Grecia" (VII 1, 30). Después del episodio, Jenofonte se despide de sus soldados; pero el desacuerdo se instala entre los generales, el ejército comienza a descomponerse y, de nuevo, regresa Jenofonte para hacerse cargo del cuerpo de expedicionarios, conducirlo hasta Perinto y pasarlos de Tracia a Asia, convencido otra vez por Anaxibio (VII 2, 1-11). No pudo, sin embargo, cumplir su objetivo y, en Perinto, apremiado por la necesidad y atraído por la recompensa, decide poner su ejército al servicio del tracio Seutes (VII 2, 12-38). Nuestro autor describe el curioso banquete con el que se celebró la alianza y, a continuación, empieza a contar la campaña junto a Seutes por territorio tracio, una campaña salpicada de anécdotas y de lecciones de estrategia (VII 3-4).

Pero, al mes, comienzan los problemas porque el ejército no recibe la paga acordada, y las relaciones se deterioran: "los soldados estaban muy enojados con Jenofonte y Seutes ya no le trataba tan familiarmente, sino que cada vez que iba con la intención de verlo, muchas ocupaciones le surgían al instante" (VII 5, 16). Justo en ese tiempo llegan dos delegados de Tibrón, que había sido enviado por los lacedemonios para luchar contra el persa Tisafernes, y piden que el contingente de expedicionarios se una a ellos a cambio de la correspondiente soldada (VII 6, 1). Seutes ve la ocasión propicia para desembarazarse del ejército y Jenofonte lo considera el momento oportuno para llevar a efecto su anunciada decisión de dejar a los soldados.

Los capítulos finales de la *Anábasis* refieren las acciones y las palabras de un ya desencantado Jenofonte, que es acusado por Seutes nada menos que de "amigo de los soldados" (VII 6, 4), y, por sus mismos soldados, que están dispuestos incluso a matarlo, de avaricioso y de haberse enriquecido a costa de sus fatigas (VII 6, 9). Los largos discursos que pronuncia en su defensa ante los soldados (VII 6, 11-38) y ante Seutes (VII 7, 20-47) son todo un elogio de su intachable moralidad y de su actuación al frente de los expedicionarios. Éstos son los párrafos finales del primero de los discursos:

> (36) Me tenéis aquí sin haberme cogido ni huyendo ni escapando. Y si hacéis lo que decís, sabed que habréis matado a un hombre que ha pasado muchas noches en vela por vosotros, que ha arrostrado muchas fatigas

y muchos peligros con vosotros, tanto cuando le tocaba como cuando no, y que, siendo propicios los dioses, ha erigido con vosotros muchos trofeos de los bárbaros; además, para que no os convirtierais en enemigos de ninguno de los griegos, he luchado con vosotros todo cuanto he podido. (37) Así pues, ahora os es posible marchar, sin miedo a ser censurados, a donde elijáis, tanto por tierra como por mar. Vosotros, cuando se os muestra una gran abundancia de medios y navegáis adonde deseabais tiempo ha, cuando los hombres con más poder os reclaman, cuando se ve una soldada y los lacedemonios, considerados los más poderosos, vienen como guías, ¿ahora os parece ser una ocasión oportuna para matarme cuanto antes? (38) Verdaderamente no sucedía los mismo cuando estábamos en apuros, sino que, ¡oh, los más memoriosos de todos los hombres!, me llamabais padre y me prometíais recordarme siempre como bienhechor. Sin embargo, no son insensibles esos hombres que ahora acaban de llegar a buscaros, de manera que, a mi entender, no les vais a parecer mejores comportándoos así conmigo (VII 6, 36-38).

Su último servicio fue, a pesar de todo, conducir a lo que quedaba de los expedicionarios (unos cinco mil trescientos) hasta Pérgamo –lo que realizó prácticamente sin percances– y entregarlos a Tibrón, punto en el que termina la *Anábasis*.

5.3.2. *Propósito y carácter de la* Anábasis

Es evidente que Jenofonte se concede un importante papel en la trama del relato, un papel que contrasta con la versión que de la misma expedición de Ciro realiza Diodoro de Sicilia (*Biblioteca Histórica* XIV 19-31). Diodoro señala a Quirísofo como protagonista y escribe que Jenofonte se convierte en Tracia en el jefe de los mercenarios. El siciliano, no obstante, utiliza como fuente a Éforo, de quien es conocida su aversión por Jenofonte (Polibio, en una breve referencia en su *Historia*, sí que habla de la "retirada de los griegos bajo el mando de Jenofonte desde las satrapías del interior"; III 6, 10). Nuestro autor habría pretendido corregir –opinan algunos estudiosos– las versiones que circularían en Atenas sobre la expedición de Ciro. Su intención autoexculpatoria y encomiástica quedaría de manifiesto en el comienzo del libro III, que es cuando Jenofonte se presenta formalmente y cobra protagonismo en el relato. Lo que sigue viene a ser el testimonio de cómo la salvación de los Diez mil tras el desastre de Cunaxa se debe a su valor y decisión. Son significativos tanto el pasaje del sueño que le señala como "salvador" (III 1, 11-12), como el discurso que dirige a los soldados aconsejando su plan de salvación (III 2, 8-32), que fue

aceptado unánimemente por todos los presentes. Ambos episodios constituyen la primera aparición del Jenofonte expedicionario y tienen lugar en medio de la desesperada situación que provoca la derrota de Cunaxa y la traición de Tisafernes. Y, a partir de ese punto, son numerosos los momentos en que la dificultad de la situación se salva gracias a la piedad, la sensatez, el conocimiento y el buen ánimo de Jenofonte, que se presenta como un nuevo Ciro, modelo de comportamiento humano y militar (he aquí, en cierto modo, el mismo propósito didáctico-moralizador que preside la *Ciropedia*).

Hay, así pues, una clara intención apologética de sí mismo en estas "memorias". Mas, a pesar de ello, se considera que nuestro autor ha sido sincero y veraz y ha relatado en su obra los hechos tal como sucedieron, aunque con los rasgos particulares de su pensamiento y de su método histórico. Esto es: confianza en que la divinidad gobierna el devenir, premiando a los justos y castigando a los soberbios; primacía de su experiencia personal (*autopsía*) frente a lo que le haya sido transmitido por otros, selección interesada de acontecimientos, referencias cronológicas poco precisas, afinidad por la táctica militar y relevancia de las individualidades (Ciro, Clearco, Próxeno, Menón, Quirísofo, él mismo, etc.), que, de acuerdo con el propósito ético de Jenofonte, siempre presente, conforman auténticos paradigmas de conducta, bien por medio de su actuación, bien a través de los retratos que de ellos realiza nuestro autor.

A los hechos militares, a los discursos y a los recuerdos y vivencias personales se suman, asimismo, con aires de sana curiosidad, las descripciones de los paisajes y el relato de las costumbres de los lugares por los que la expedición transcurría (recuérdese el relato de las costumbres de los mosinecos en V 4, 32-34). Es probable que para ello Jenofonte se haya ayudado de aquella literatura de viajes (*periplos* y *periégesis*) que, justamente, había comenzado interesándose por esos mismos parajes, o, también, de las informaciones publicadas por Ctesias de Cnido, casi contemporáneo suyo (mencionado en su condición de médico de Artajerjes II por Jenofonte en I 8, 26), o, quizá, de una homónima *Anábasis* atribuida a Soféneto de Estínfalo (*FGrHist* 109), que participó en la misma expedición de Jenofonte (I 1, 11). Pero, "a lo largo de todo su relato" –escribe García Gual (1982: 26)–, "se percibe la nota de lo vivido personalmente. Esas descripciones de usos y lugares, esos mismos discursos retóricos, esas observaciones psicológicas sobre las reacciones de los soldados evocan un testimonio inmediato, los ojos agudos del historiador, en el sentido etimológico de la palabra (acaso utilizó Jenofonte las notas de un diario propio del viaje, para tanto detalle concreto)".

Jenofonte da pruebas de un estilo literario propio; un estilo que algunos llaman "de reportero de guerra". No desconoce, en la forma y en el fondo, los recursos de la retórica de su tiempo, que, sobre todo, reproduce en sus discursos. Pero, como en las *Helénicas*, destaca su modo de contar conciso, de frases

cortas y construcción paratáctica, su precisión en la caracterización de los personajes y su léxico sencillo y de uso común: "Cuando en ocasiones quiere elevar la expresión" –escribe su ferviente admirador Dionisio de Halicarnaso– "sopla durante un tiempo breve como una brisa que viene de tierra, pero rápidamente se calma" (*A Pompeyo* 4, 4). Jenofonte sabe, también, transmitir las emociones de momentos decisivos y dramáticos, manejando con habilidad la técnica de la "narración conversacional" (recuérdese, por ejemplo, la escena de la llegada de la expedición griega a la vista del mar en IV 7, 21). Arriano de Nicomedia imitará y homenajeará a Jenofonte, titulando *Anábasis* el relato de la expedición asiática de Alejandro que escribió en el siglo II.

Tono apologético, intención histórica, voluntad literaria se han combinado, en fin, equilibradamente en una obra original que abre nuevos rumbos para el relato historiográfico, una obra que Momigliano (1986: 75) califica como prototipo de los comentarios de campaña escritos por jefes militares y, en cierto modo, como esbozo de autobiografía. "La *Anábasis*" –afirma Momigliano (1986: 76)– "describe campañas militares con un acercamiento fuertemente subjetivo y en un tono claramente apologético: el historiador tenía sus enemigos. Para restablecer el equilibrio, escribe en tercera persona. En apariencia, también utiliza el artificio de atribuir su libro a un Temistógenes ficticio. La *Anábasis* se convirtió en modelo, tanto por su carácter biográfico como por el empeño en disfrazarlo. Empezando por César, el género de las memorias en épocas posteriores le debe mucho a este doble acercamiento, en parte contradictorio".

5.4. *Agesilao*

Si en las *Helénicas* y en la *Anábasis* ya se observa la proclividad de Jenofonte a destacar el valor y las acciones individuales de sus personajes, en el *Agesilao* el material histórico sólo tiene relación con este rey espartano, a quien Jenofonte profesó una gran admiración (véase epígrafe 5.1). Esta obra es una especie de tributo de nuestro autor a su larga relación de amistad con Agesilao y, por ello, la orientación que da a su relato es reconocidamente encomiástica.

5.4.1. *Contenidos del* Agesilao

En efecto, ya en el mismo comienzo de la obra, Jenofonte declara abiertamente que va a "escribir el elogio que merece la virtud y la fama de Agesilao" (1, 1).

Los capítulos 1 y 2 refieren, ordenados cronológicamente, los hechos más importantes de la vida del rey espartano. Como es habitual en los encomios, nuestro autor empieza alabando la nobleza de su ascendencia, una dinastía que ha reinado en Esparta, la ciudad más famosa de Grecia, desde tiempos inmemoriales y que retrotrae su progenie hasta el mismísimo Heracles. La alabanza del personaje se acompaña de la alabanza de su patria y hasta de su régimen político:

> Pues nunca su ciudad intentó abolir el poder de los reyes por envidia de su preeminencia, y ellos, los reyes, nunca tuvieron mayores aspiraciones que aquellas que recibieron en el primer momento con la corona. Por esta razón, ningún otro gobierno –ni democracia ni oligarquía ni tiranía ni monarquía– se ha visto perdurar sin interrupción. Ésta es la única corona que ha permanecido en el tiempo continuamente (1, 4).

Seguidamente, se hace eco de su polémica ascensión al trono (polémica que ya dejó resuelta Jenofonte en *Helénicas* III 3, 1-4) y comieza a referir las hazañas de Agesilao. Los episodios que relata Jenofonte son una selección de los protagonizados por Agesilao –y presenciados o conocidos de primera mano por Jenofonte mismo– en los libros III y IV de las *Helénicas*. Como era de esperar, Jenofonte destaca, en primer lugar, su nobleza y excelencia en la lucha contra el persa en Asia en beneficio de todos los griegos. En particular, refiere la campaña contra Tisafernes, que avala la lealtad, la humanidad, la habilidad militar y de mando de Agesilao (1, 9-38). A continuación, resume sus acciones militares en Grecia contra los enemigos de Esparta, donde da cuenta de su patriotismo, de sus dotes de estratega y de su valentía. Lucha con éxito contra los tesalios, que se jactaban de su caballería (2, 2-5); vence en Coronea a la gran coalición de tebanos, atenienses, argivos, corintios, enianes, eubeos y locros, donde resultó herido (2, 6-16); pone orden en Corinto y en el Pireo (2, 17-19); realiza campañas militares en apoyo de los filoespartanos de Acarnania, de Fliunte, de Tebas y de Tegea (2, 20-23), y, por fin, defiende su propia ciudad del ataque de los beocios y sus aliados (2, 24). Después, "cuando la vejez le impedía servir a pie o a caballo", escribe Jenofonte, actúo como embajador (2, 25) y, a la edad de ochenta años (361-360 a. C.), realiza una última campaña militar en Egipto (2, 28-31).

Hasta aquí el relato de las ejemplares acciones de Agesilao. Los capítulos 3 al 9 los dedica Jenofonte a glosar directamente las cualidades de Agesilao, "gracias a las cuales realizó esos hechos, amaba todo lo hermoso y rechazaba todo lo vil" (3, 1). Esas cualidades, que van acompañadas de los correspondientes testimonios y ejemplos de prueba, son la reverencia por lo sagrado (3, 2-5), la generosidad y honradez en asuntos de dinero y favores debidos (4), la

frugalidad y moderación en la comida, la bebida y el amor (5), la valentía y sabiduría en la lucha contra los enemigos de Grecia y de su ciudad (6), el afán de servicio a su patria, el respeto a las leyes y su amor por lo griego contra el bárbaro (7; una cualidad donde algunos han visto cierta intención político-propagandística del panhelenismo por parte de Jenofonte), la afabilidad e integridad (8) y, por último, su sencillez y buena disposición en la relación con los demás, en contraste con la altanería y ostentación del rey persa (9).

El capítulo 10 constituye un epílogo-conclusión en el que Jenofonte pone a su admirado Agesilao como modelo y guía para cualquiera que pretenda llegar a ser un hombre de bien y tan feliz como él:

> Con toda justicia puede considerarse feliz a quien desde su misma niñez estuvo enamorado de la gloria y la consiguió mucho más que cualquiera de los de su edad; a quien, siendo por naturaleza muy deseoso de honores, no fue derrotado en su vida desde que se convirtió en rey, y a quien, habiéndole llegado la edad más extrema de la vida humana, murió sin conocer el fracaso, tanto en su relación con los que gobernaba, como ante aquellos con los que luchaba (10, 4).

El capítulo 11, último de la obra, es un nuevo resumen de las virtudes del rey espartano, que Jenofonte vuelve a mencionar a modo de centón "para que sea más fácil" –dice– "recordar su elogio" (11, 1) (véase texto 21).

5.4.2. *Propósito y carácter del* Agesilao

Está claro desde el principio el propósito de Jenofonte: hacer un elogio del rey Agesilao, ya muerto (lo que nos da el año 360 a. C. como fecha aproximada para su composición). Jenofonte ha practicado, por lo tanto, una selección en el material historiable y ha evitado en su relato todo aquello que pudiera enturbiar la imagen idealizada de su personaje. Por ejemplo, no cita su cojera y silencia hechos nada heroicos que sí se narran en las *Helénicas* (escrita antes que el *Agesilao*), o en la obra homónima que escribió Plutarco, quien nos da una visión bien distinta del rey espartano (el polígrafo de Queronea compone en el siglo I-II una biografía del personaje, mucho más objetiva históricamente que este encomio biográfico).

Pero el elogio que hace Jenofonte no debe considerarse simple adulación o un lamento por la muerte de un hombre admirable. Él mismo nos advierte de que no ha realizado una simple composición literaria (treno o canto fúnebre; 10, 3), sino el encomio de un hombre virtuoso y feliz, modelo de gober-

nante, cuyas acciones ejemplares y cualidades emblemáticas merecen ser recordadas y emuladas. Pues, como en todos sus obras, también en el *Agesilao* Jenofonte persigue un fin didáctico-moralizador:

> Si es un hermoso descubrimiento humano la cinta y la vara de medir para realizar buenos trabajos, me parece que la virtud de Agesilao podría ser un hermoso ejemplo para los que están dispuestos a practicar la hombría de bien. Pues, ¿quién se haría impío imitando a un hombre piadoso; o injusto, imitando a un hombre justo; o soberbio, imitando a un hombre prudente; o desenfrenado, imitando a un hombre moderado? (10, 2).

La manera en que la obra se ha estructurado también es diáfana. Consta de dos partes, marcadas explícitamente por Jenofonte, más un epílogo-resumen.

La primera parte (capítulos 1 y 2) presenta una ordenación cronológica de los hechos relevantes de Agesilao, que nuestro autor comenta desde el punto de vista etopéyico: "Voy a explicar" –escribe– "lo que realizó durante su reinado, pues considero que a partir de sus obras se hará evidente la nobleza de sus sentimientos" (1, 6). Ese comentario etopéyico es lo que diferencia, principalmente, el tratamiento que hace Jenofonte en esta obra de los acontecimientos que ya había narrado en las *Helénicas,* una prueba de la madurez literaria de nuestro autor, que es consciente de estar componiendo, a partir de un único fondo histórico, obras con una finalidad distinta. Es lo mismo que Isócrates había hecho con los datos históricos en su *Evágoras*, el primer encomio en prosa conservado completo, la obra que se apunta como modelo de Jenofonte para esta parte.

En la segunda parte (capítulos 3 a 9), que es de carácter atemporal, Jenofonte enumera directamente las cualidades del rey, con un parecido asombroso, en el orden y en el contenido, con el elogio que hace Agatón de Eros en el *Banquete* de Platón (196-197), aunque es probable que el modelo de ambos, Platón y Jenofonte, haya sido Gorgias y sus composiciones escolares del tipo del *Palamades*. Si la parte consagrada a los hechos históricos seguía el estilo sencillo y conciso de sus *Helénicas,* esta segunda parte concentra el mayor número de recursos expresivos sistematizados por la Retórica, sobre todo, recurrencias, paralelismos y antítesis. El epílogo-resumen (capítulos 10 y 11) es también un recurso retórico habitual en los discursos, en general, después de Córax, y en los encomios, en particular, después de Gorgias.

Pero es en esa separación estructural de hechos y virtudes, conjuntadas para un fin único, donde, sobre todo, estriba la originalidad del *Agesilao*, una obra que sirvió como base para la fijación del esquema formal y de los tópicos necesarios en el encomio biográfico. En efecto, el *Agesilao* de Jenofonte fue

puesto por Dionisio de Halicarnaso como modelo de encomio y tuvo una considerable influencia en la conformación literaria del género biográfico propiamente dicho, aunque en éste la objetividad histórica será mucho mayor (véase Momigliano, 1986: 66-69).

5.5. Valoración e influencia de la historiografía de Jenofonte

Tucídides había sido el creador de la historiografía científica, pragmática y política y su obra ejerció una considerable influencia. Jenofonte, en efecto, comenzó a escribir historia en la estela de su antecesor. El contenido y la forma de las *Helénicas* no podrían explicarse sin la existencia previa de la *Historia de la guerra del Peloponeso*. Pero pronto abandonaría nuestro autor la rigurosa línea metodológica trazada por Tucídides. Las mismas *Helénicas* ofrecen ya testimonios de una manera distinta de concebir el devenir y de contar la historia. Es Jenofonte en el primero de los aspectos, el de la concepción del devenir histórico, un tradicionalista, cercano a la idea herodotea de una divinidad que salvaguarda el orden moral y restablece con su actuación el equilibrio. Pero, con su forma de contar la historia, menos precisa en la cronología, no tan estricta en el análisis de las fuentes, más personal en los enfoques de los acontecimientos, más atenta a las acciones individuales y más interesada en la búsqueda y descripción de modelos de comportamiento humano, nuestro autor abre nuevos caminos para el relato historiográfico. La *Anábasis* y el *Agesilao,* donde esas características están especialmente marcadas, son obras llamadas a ejercer una gran influencia en la formalización de géneros historiográficos de tanta incidencia y tan cultivados posteriormente como la autobiografía y la biografía.

"No deja de ser interesante" –escribe García Gual (1982: 9)– "el hecho de que él, un hombre de ideas más bien conservadoras, haya sido en muchos aspectos precursor del helenismo: en su fuerte tendencia al individualismo, en sus esbozos muy influyentes de nuevos géneros literarios, como la biografía (con su *Agesilao*) y la novela (con su *Ciropedia*), en su preocupación por la pedagogía un tanto idealizada, en sus breves tratados sobre temas concretos, como la equitación y la distribución de los recursos económicos. Reprocharle que no fue un teórico cabal del acontecer histórico y que, acaso, no entendió el trasfondo filosófico más profundo de las enseñanzas de Sócrates es enjuiciar con parcialidad su obra y enfocarla con prejuicios críticos. Pero si nos acercamos a los escritos de Jenofonte sin ellos y lo leemos con atención y sobre su entorno histórico, no es difícil que descubramos en su obra aquellas virtudes que le

hicieron tan estimado en otros tiempos, desde los historiadores latinos y los griegos tardíos hasta Maquiavelo y E. Gibbon".

Tan atinadas palabras de García Gual debieran, por lo menos, atenuar el alcance de las despiadadas críticas que sobre nuestro autor han vertido filólogos modernos de la talla de Niebuhrs, Schwartz o Jacoby: a Jenofonte no es posible compararlo más que consigo mismo; sólo así seremos capaces de apreciar el valor de su polifacética obra y otorgarle por méritos propios un lugar destacado en la historia de la historiografía griega.

Capítulo 6 Ctesias de Cnido y las *Helénicas de Oxirrinco:* dos modelos de hacer historia en los comienzos del siglo IV a. C.

EN LAS PRIMERAS décadas del siglo IV a. C. (sobre las claves políticas y culturales del siglo IV, véase epígrafe 5.1 y texto 26) hubo historiadores que, en la estela de Heródoto, siguieron prestando atención a la siempre atrayente historia de los pueblos orientales. Ctesias de Cnido fue uno de ellos y, como sucede con la mayoría de los historiadores griegos desde Jenofonte hasta Polibio, su obra tan sólo nos es conocida fragmentariamente, por medio de citas de otros autores y epítomes tardíos más o menos fieles al contenido original.

A su vez, los hallazgos a comienzos del siglo XX de unos papiros que contenían fragmentos de una obra histórica anónima y desconocida hasta entonces, a la que se dio el título de *Helénicas de Oxirrinco,* por el lugar donde se descubrieron, y que fue adscrita también al primer tercio del siglo IV a. C., nos han revelado la más fiel continuación en los contenidos y en la forma de aquella manera de componer historia que Tucídides había inaugurado en el siglo V a. C.

Ambos autores, Ctesias de Cnido y el anónimo de las *Helénicas de Oxirrinco,* con sus particulares improntas, marcan, por los temas y las formas, la continuación en el siglo IV a. C. de los dos grandes historiadores del siglo anterior. Porque, después de ellos, la historiografía griega adoptará otros perfiles, no siempre bien delimitados por el estado fragmentario de las obras, que la harán más directamente dependiente sea de la retórica isocratea y de su preocupación educativa (véase capítulo 7), sea del afán por representar de la forma más "realista" y

evocadora posible los acontecimientos históricos con el fin de provocar la emoción (véase capítulo 8), sea de los intereses localistas (véase capítulo 9).

6.1. Ctesias de Cnido

En la monumental edición de los fragmentos de los historiadores griegos de Jacoby, Ctesias ocupa el número 688 y está incluido entre los autores de etnografías e historias de pueblos no griegos (sobre Ctesias puede verse, en general, Lenfant, 2004). Lo que de este historiador ha sobrevivido se lo debemos, sobre todo, a Diodoro de Sicilia, que utiliza una parte de la *Historia de Persia* (*Persiká*) en su *Biblioteca Histórica*, y al patriarca bizantino Focio, que incluye en su *Biblioteca* un extracto de otra parte distinta de la *Historia de Persia* y un resumen de la *Historia de la India* (*Indiká*). Son las dos obras por las que este personaje peculiar, que vivió a caballo entre los siglos V y IV a. C., ocupa un lugar en la historiografía griega.

6.1.1. *El marco vital de Ctesias*

Aunque no sean muchas veces de fiar, las primeras (y, en ocasiones, las únicas) referencias a la mano acerca de nuestros historiadores fragmentarios son siempre las que nos ofrece el léxico de la *Suda*, o del *Suidas*, una magnífica enciclopedia histórica griega del siglo X. Sobre Ctesias dice que era hijo de Ctesiarco o Ctesioco, de Cnido; que había ejercido de médico en Persia, adonde había acudido llamado por Artajerjes Mnemón, y que había compuesto una *Historia de Persia* (*Persiká*) en veintitrés libros (*FGrHist* 688, T 1).

Había nacido, así pues, en una ciudad renombrada en lo concerniente a la medicina, pues en Cnido existía un "colegio" de asclepiadas; es decir, seguidores de Asclepio, el dios sanador. Ésta es la profesión a la que Ctesias se habría dedicado y por la que lo menciona Galeno (*FGrHist* 688, T 4). Fueron, precisamente, sus conocimientos médicos los que le llevaron (u obligaron) a quedarse en la corte aqueménida y parece ser que, por su buen oficio y por su habilidad diplomática, se ganó la confianza del rey Artajerjes II y de su madre Parisatis. Así se explicaría su célebre intercesión por el griego Clearco cuando éste fue hecho prisionero en Persia y su actuación como intermediario entre Evágoras, Conón y Artajerjes (*FGrHist* 688, T 7a-d). Jenofonte cita a nuestro autor con ocasión de las heridas que sufrió Artajerjes en la batalla de Cunaxa: Ctesias fue testigo privilegiado de la misma, se encontraba muy próximo al rey y fue quien le curó las heridas (*Anábasis* I 8, 26-27).

Su estancia en Persia es, sin duda, el dato más interesante de su poco conocida biografía. El dato le sitúa próximo al rey Artajerjes en el tiempo del enfrentamiento con su hermano Ciro (401 a. C.). Por lo demás, los numerosos enredos palaciegos, escándalos familiares e intrigas de eunucos que despliega en su *Historia de Persia* le reputan como una persona conocedora de los entresijos de la corte. Pero no sabemos cómo ni cuándo llegó allí exactamente. En Persia habría permanecido durante una parte importante de su vida, "diecisiete años colmado de honores", dice Diodoro (II 32, 4 = *FGrHist* 688, T 3), aunque Jacoby no concede verosimilitud al dato, considerándolo una exageración intencionada, propia de ese Ctesias presuntuoso que se deja ver a cada paso en sus obras. Müller sugiere la cifra de siete para mejor acomodarla al intervalo que va desde el 405 (el año en que, según él, Ctesias habría sido hecho prisionero por los persas tras la batalla de Egospótamos) al 398 a. C. (el año en que finaliza su *Historia de Persia* y, según Focio y Plutarco, habría regresado a Grecia).

En cualquier caso, su cercanía a la corte le habría permitido acceder a informaciones y testimonios vedados a otros, y su prolongada estancia entre los persas le habría dado un conocimiento directo de la historia y de las costumbres de los pueblos orientales. Por ello, Ctesias se debía de considerar con la mayor autoridad para escribir a los griegos sobre esos pueblos orientales, tan fuertemente prefigurados en sus mentes por las leyendas y por los relatos de los logógrafos y de Heródoto.

6.1.2. Historia de Persia

Persiká o *Historia de Persia* o *Relatos de Persia* es la obra de Ctesias de la que tenemos mayor cantidad de fragmentos. Debió de ser una historia de Persia en veintitrés libros, desde los tiempos de Nino, el fundador del imperio asirio, hasta el año 398/397 a. C., los primeros años del reinado de Artajerjes II. Llegaba, así pues, hasta su propio tiempo, hasta acontecimientos en los que él había intervenido personalmente y en los que destaca altaneramente su propia presencia.

Según el resumen de Focio (*Biblioteca* 72 = *FGrHist* 688, T 8), los seis primeros libros abarcarían la historia de Asiria y de Media. Son los que conocemos, especialmente, por las citas y reelaboraciones de Diodoro de Sicilia y de Nicolás de Damasco. Los diecisiete restantes contendrían la historia de Persia propiamente dicha. Es la parte que conocemos, sobre todo, por los extractos de Focio y las citas de Plutarco en su *Vida de Artajerjes*. Así que nos podemos hacer una idea bastante completa de los contenidos generales de esta obra.

En lo que hemos conservado de los tres primeros libros, que versarían sobre la historia asiria, no están ni los Hammurabi (imperio asirio antiguo; 1800-1375 a. C.) ni los Nabucodonosor (imperio medio; 1375-1047 a. C.) ni los Asurbanipal

(imperio nuevo; 883-612 a. C.). Sólo se citan unos cuantos personajes y, en particular, viene representada por las vicisitudes de la pareja Nino-Semíramis.

Nino habría sido, según Ctesias, el primer rey asirio digno del recuerdo y de la historia (*FGrHist* 688, F 1b; a partir de Diodoro II 1-28). A él se debe una alianza estratégica con los árabes y la extensión del poder asirio por el territorio de los babilonios, de los armenios y de los medos; después, "tuvo el terrible deseo de someter toda Asia [...] y en diecisiete años se hizo señor de todos excepto de los indios y los bactrianos". Pero, sobre todo (y éste es seguramente más Diodoro que Ctesias), Nino es el fundador de la legendaria ciudad de Nínive (*Nino*, en griego), "por su tamaño la mayor de las existentes entonces en todo el mundo habitado [...]: el perímetro de su muralla era de cuatrocientos ochenta estadios [unos. 85 km]; [...] su muralla tenía cien pies de altura [unos 22 m] y a lo ancho cabían tres carros de caballos". Allí dejó a numerosos y poderosos asirios y él se dirigió contra la Bactriana, donde se casó con Semíramis, "la más célebre de todas la mujeres de las que hemos tenido noticia"; por lo que "es necesario decir" –escribe Ctesias– "algunas palabras sobre ella, cómo desde una condición humilde ha llegado a tal grado de gloria". He ahí el otro personaje legendario relacionado con la antigua Asiria. Los capítulos en los que Ctesias cuenta los hechos más sobresalientes de su vida están llenos de motivos novelescos y episodios fabulosos. Semíramis es hija expósita de la diosa Dérceto, "que tenía la cara de mujer y el resto del cuerpo de pez". Hasta que fue encontrada por unos pastores, había sido alimentada y cuidada por unas palomas (véase texto 22); por su belleza llamó la atención de un intendente real, Ones, quien la condujo a Nínive y la desposó. Allí empezó a dar también muestras de su inteligencia; pero fue con ocasión del sitio de Bactra cuando demostró su arrojo y su talento militar, pues fue gracias a ella que la ciudad terminó siendo conquistada. Y, entonces, el rey Nino se fijó en ella:

> Primero la honró con grandes regalos y, después, se enamoró de ella por su belleza e intentó convencer a su marido de que se la cediera voluntariamente, prometiéndole que, a cambio, le daría en matrimonio a su hija Sosana. Como aquél se lo tomó a mal, el rey le amenazó con sacarle los ojos si no obedecía prontamente sus órdenes. Y Ones, que temía sus amenazas, pero, a la vez, había caído por el amor en una especie de demencia y de locura, se puso una cuerda alrededor del cuello y se colgó. Y por tales causas Semíramis llegó a la posición real (*FGrHist* 688, F 1b; a partir de Diodoro II 6, 9-10).

Nino y Semíramis tuvieron un hijo, de nombre Ninias; y el rey murió dejando a su esposa como reina del país. Y aquí se inicia la historia de Ctesias sobre esta reina asiria fundadora y civilizadora. Primero se citan y describen las magníficas obras llevadas a cabo por Semíramis en Nínive y Babilonia (ciudad fundada,

según Ctesias, por ella); entre ellas, el túmulo en honor de Nino en Nínive, y las murallas, caminos, puentes, palacios, pasadizos bajo el Éufrates, templos y estatuas en Babilonia. Sigue el relato de sus viajes por Media, por Persia, donde continúa su brillante actividad constructora, por Egipto y por Etiopía. Ctesias hace aflorar aquí su condición de reportero de cosas maravillosas, pero también su condición de médico cuando explica los efectos en los animales de las emanaciones de gas en algunas zonas de Babilonia, o el poder de las aguas de un lago etíope, o cuando polemiza con Heródoto sobre la forma de embalsamar de los etíopes. Las extraordinarias hazañas de Semíramis culminan con una expedición militar contra la India, para la que reunió un numeroso ejército y mandó construir barcos fluviales desmontables y fabricar enormes figuras simulando elefantes. En el enfrentamiento, dos veces puso en fuga el ejército asirio a los indios; pero cuando pretendían dar el golpe final, el rey indio Estabróbates, en una estratégica maniobra (anacrónica y desconocida incluso en los tiempos de Ctesias), se colocó cerca de la reina y la hirió. Semíramis pudo escapar y "volvió a Bactra después de haber perdido dos terceras partes de su ejército". La historia de Semíramis finaliza como comenzó: en la esfera del mito y la leyenda:

> Un tiempo después, Semíramis sufrió una conspiración por parte de su hijo Ninias con mediación de un eunuco y ella recordó el vaticinio de Amón, por lo que no causó ningún mal al conspirador, sino que, al contrario, le entregó el reino y, tras ordenar a sus subordinados que le obedecieran, ella desapareció rápidamente como transportada, conforme al oráculo, hacia los dioses. Algunos mitólogos dicen que se convirtió en paloma y que se marchó volando con numerosas aves que habían descendido sobre su casa. Por eso los asirios honran a la paloma como a un dios, inmortalizando así a Semíramis. Ésta, pues, tras reinar sobre toda Asia excepto los indios, acabó de la manera antes citada, después de haber vivido sesenta y dos años y reinado cuarenta y dos (*FGrHist* 688, F 1b; a partir de Diodoro II 20).

Después de Semíramis reinan en Asiria, según el relato de Ctesias, esos reyes amantes del lujo y la molicie cuya nómina encabeza Ninias. Pero el ejemplo máximo es Sardanápalo, el rey número treinta y último de los asirios, "que superó a sus antecesores en lujuria e indolencia". La descripción que de él hace Ctesias ha influido durante siglos en la imagen de los reyes orientales, indolentes y amantes del lujo (véase texto 23). Sardanápalo sufre una "conjura por la libertad", protagonizada por el medo Árbaces y el babilonio Bélesis (quien no queda muy bien parado en el relato de Ctesias) y apoyada por los persas, los árabes y los bactrianos. Nínive acaba en poder de los insurrectos tras un largo asedio y con la ayuda providencial del río Éufrates. Y Sardanápalo pone fin a su vida de una manera espectacular. Todo el episodio de la conjura, de la lucha

y de la caída de Nínive está narrado con tintes novelescos y la autoinmolación final del rey se hizo famosa en la antigüedad:

> Al tercer año, después de caer continuamente grandes lluvias, sucedió que el Éufrates, al hacerse más grande, inundó parte de la ciudad y derrumbó la muralla a lo largo de veinte estadios. Entonces, el rey, pensando que se había cumplido el oráculo y que el río se había convertido claramente en enemigo de la ciudad, desesperó de la salvación. Para no caer en manos de los enemigos, construyó una pira muy grande en el palacio real y amontonó sobre ella todo el oro y la plata y, además, toda la indumentaria real; y después de encerrar a las concubinas y a los eunucos en el habitáculo construido en medio de la pira, se quemó él y el palacio real junto con todo eso. Los rebeldes, informados de la muerte de Sardanápalo, se apoderaron de la ciudad, precipitándose a través de la parte destruida de la muralla. Tras investir a Árbaces con la túnica real, le nombraron rey y le confiaron la soberanía total (*FGrHist* 688, F 1b; a partir de Diodoro II 27, 1-3).

Y así acaba la hegemonía asiria en la región (612 a. C.). Dice Ctesias que "el imperio de los asirios duró treinta generaciones desde Nino y más de mil trescientos años"; lo que supone retrotraer a la pareja Nino-Semíramis hasta el segundo milenio. No puede, así pues, identificarse a la Semíramis de nuestro autor con la histórica Shammuramat, regente entre el 810 y el 806 a. C., aunque sí hay cierta correspondencia cronológica entre Sardanápalo y Asurbanipal (668-626 a. C.). Bien es cierto que algunos de los hechos narrados pertenecen al fondo histórico de Shammuramat y que la historia de la hegemonía asiria, en su conjunto, está llena de anacronismos y falsas atribuciones de hechos a los reyes que se citan. Las expediciones contra Bactriana y la India, por ejemplo, no son de la época asiria; en el relato de la caída de Nínive se mezclan noticias referentes tanto al asedio de Nínive (612 a. C.; reinaban los hijos de Asurbanipal) como al de Babilonia (648 a. C.); tampoco son asirias las estrategias y equipos militares aludidos en los enfrentamientos (algunos autores comprueban incluso cierta similitud con las campañas de Alejandro y creen que el relato de Ctesias ha podido reescribirse en época seléucida a partir de las *Historias de Alejandro*). Nada tienen que ver, en fin, el Nino y la Semíramis de Ctesias con los homónimos que cita Heródoto. El primero tan sólo se nombra en la *Historia* de Heródoto en I 7, 2 como descendiente de Heracles y antepasado del lidio Candaules. Sobre Semíramis, el historiador de Halicarnaso se extiende un poco más (I 184); pero muchas de las obras y hechos sobre los que habla Ctesias se los atribuye Heródoto a otra reina, Nitocris, cinco generaciones más joven, madre de Labineto, el rey con el que se enfrentó Ciro en su marcha contra Babilonia (I 185-188; años 539-538 a. C.). En general, las conquistas del Nino y de Semíramis en Ctesias coinciden con las que se atribuyen a los

aqueménidas a partir del siglo VIII a. C. y la extensión de su poderío (hasta la Bactriana y la India), con la que tenía el imperio persa en la época de Artajerjes II. La fuente de estos relatos puede haber sido fundamentalmente de origen persa, como el propio Ctesias deja traslucir (*FGrHist* 688, F 5), y, en ella, Nino y Semíramis, fundadores de la dinastía asiria, han debido de concentrar, como suele ocurrir con los héroes legendarios, los hechos de varios personajes más o menos reales. Ctesias mismo ha podido urdir el retrato y las acciones de los personajes citados en su obra a partir de retazos correspondientes a varios reyes de Asiria. En cualquier caso, lo importante es que el poder aqueménida, detentado a la sazón por Artajerjes, queda legitimado, en cuanto que la monarquía persa sería y se sentiría heredera de la meda y ésta, a su vez, de la asiria.

La historia de la dinastía meda, que sustituye en el dominio de la región a la asiria, ocuparía los libros IV-VI (*FGrHist* 688, F 5-8). Ctesias también ofrece una nómina de reyes diferente de la que había dado Heródoto, aunque los años totales de hegemonía meda coinciden prácticamente (I 95-107). Aquél afirma haber consultado los pergaminos reales, "en los que los persas tenían consignados los hechos antiguos" (*FGrHist* 688, F 5) –lo que Ctesias aportaría como prueba de la veracidad de sus datos– y aumenta significativamente el número de reyes: ocho en *Persiká* frente a tres en la *Historia* de Heródoto. El primero habría sido Árbaces, que, según Ctesias, reinó con justicia y prudencia durante veintiocho años, y el último, Aspandas, "el llamado Astiages por los griegos". Los medos pierden la supremacía a manos de los persas, que habían sido sus vasallos, unos setenta y cinco años después de Árbaces (550 a. C.). El responsable fue Ciro, que derrotó a Aspandas. Y poco más que esa sarta de nombres de reyes se nos ha conservado del original de Ctesias. Merece destacarse el pasaje que constituye una especie de historia novelada de otra de esas reinas-heroínas al estilo de Semíramis: Zarinea, reina de los sacas, "que llegó a ser las más hermosa de todas las mujeres sacas por su belleza y admirable por sus proyectos y sus empresas" (*FGrHist* 688, F 5), un personaje que sólo conocemos por este testimonio de Ctesias y por otro de Nicolás de Damasco (*FGrHist* 90, F 5). De esta reina –cuenta Ctesias– se enamoró perdidamente el medo Estriangueo, cuando en una batalla se topó con ella, la venció y la dejó escapar. Después, al no poder conseguir su amor, decidió morir de hambre, pero primero le envió una carta en la que le decía: "Yo te salvé; tu fuiste salvada por mí; yo, por el contrario, he muerto por ti" (*FGrHist* 688, F 8a). La cita procede de Demetrio (*Sobre el estilo* 213), que la recoge para probar los efectos positivos (claridad y sentimiento) de la repetición de palabras en Ctesias. A esta historia atañe también el único fragmento papiráceo originario de los *Persiká*, fechado en el siglo II, que es parte de esa carta escrita por el medo a Zarinea y que dice:

> Yo te salvé y tú por mí fuiste salvada, pero yo he muerto por tu causa y yo mismo me he dado muerte; pues tú no has querido complacerme. Yo no elegí esos males ni este amor, sino el dios ese que te es común a ti y a todos los seres humanos. A quien le llega compasivo, le otorga los mayores placeres y le consigue otros bienes mayores, pero a quien le llega airado, como a mí en este momento, le obra los mayores males, lo destruye de raíz y se va. Y eso te lo voy a probar con mi propia muerte. Yo no te voy a desear mal alguno, pero te voy a hacer la súplica más justa: si tú eres justa conmigo (aquí se interrumpe la carta; *FGrHist* 688, F 8b).

Después de la historia de los medos sigue la de los persas, que estaría contenida por los libros VII a XXIII. En esta parte nuestra información depende fundamentalmente de los epítomes del patriarca bizantino Focio (*Biblioteca* 72). Los libros VII a XI (*FGrHist* 688, F 9-12) tendrían como principal protagonista a Ciro, el fundador de la dinastía (559-530 a. C.). Pero este Ciro de Ctesias, bien que con los condensados trazos de Focio, no es ni el gran Ciro providencial y altanero de Heródoto (véanse epígrafes 3.2.1 y 3.2.6), ni el idealizado monarca, dechado de virtudes helénicas, de la *Ciropedia* de Jenofonte. Sus rasgos más sobresalientes son la crueldad y la ignominia y nada hay de su legendaria infancia y juventud. Se casa con Amitis, la hija de Astiages, a la que había considerado como una madre, después de ejecutar a su marido. Es así como se convierte en "hijo" del último rey medo. Según el apretado resumen de Focio, Ctesias relata las campañas de Ciro contra los bactrianos, contra los sacas, contra el lidio Creso, a quien Ciro, "a su pesar", deja marchar, después de haberse liberado en sucesivas ocasiones y de forma milagrosa de las cadenas que se le habían aplicado (según Heródoto, I 86-87, Creso se salva, por intervención de Apolo, de ser quemado en la pira y Ciro le retuvo como consejero) y, finalmente, contra los dérbices. En la encarnizada lucha con estos últimos, Ciro fue alcanzado por la jabalina de un indio y murió de las heridas al tercer día, dejando heredero del trono a su hijo Cambises.

Los libros XII y XIII (*FGrHist* 688, F 13) abarcarían los reinados de Cambises (530-522 a. C.), del usurpador Esfendadates (522 a. C.), de Darío I (522-486 a. C.) y de Jerjes I (486-465 a. C.). El informe de Focio contempla, fundamentalmente, los incidentes que llevaron al mago Esfendadates a usurpar el trono persa, recuperado, luego, por Darío. Es la misma historia que cuenta Heródoto en III 61-86, aunque en el relato de Ctesias se dan nombres distintos para los personajes, se refieren detalles más escabrosos y, en general, se resalta la influencia de los eunucos en la corte. Focio, que llama la atención sobre las diferencias entre los relatos de Ctesias y de Heródoto, compendia, asimismo, el relato de Ctesias sobre la expedición de Jerjes contra Grecia, basado, al parecer, en fuentes persas, que ofrecían cifras distintas de las de Heródoto en lo que a pérdidas humanas se refiere (ciento veinte mil persas, según Ctesias, y casi dos millones,

según Heródoto) y que obviaban la huida de Jerjes y la derrota final de los persas en Platea (en Ctesias se cita antes que Salamina) y en Micala.

Los hechos de Artajerjes I (464-424 a. C.), que sustituye a su padre asesinado, se narrarían en los libros XIV a XVII. El único fragmento adscrito a estos libros refiere las sucesivas desgracias de Megabizo y el castigo del médico griego Apolónides, que había prestado "cuidados especiales" a Amitis (*FGrHist* 688, F 14). El breve interregno de Jerjes II y de Secindiano (Sogdiano) y el reinado de Darío II (424-405 a. C.) se contarían en el libro XVIII; el fragmento conservado (*FGrHist* 688, F 15) atañe a la implacable Parisatis y a las truculentas muertes de personajes de la corte.

Por fin, los hechos del reinado de Artajerjes II hasta los días de Ctesias (404-398 a. C.) ocuparían los libros XIX a XXIII (*FGrHist* 688, F 16-33), que son, particularmente, los hechos que el propio Ctesias ha podido vivir y presenciar. Aquí ya no dependemos sólo de Focio; Plutarco, a pesar de calificar a nuestro autor de fabulador y falaz (además de prolaconio), utilizó esta parte de *Persiká* para la *Vida de Artajerjes* y nos suministra algunos fragmentos más sustanciosos que los de Focio, cuyo resumen, conforme avanza la obra, es cada vez más escueto. El relato parece centrarse en la rebelión de Ciro contra Artajerjes y su enfrentamiento definitivo en Cunaxa (que también había narrado Jenofonte en su *Anábasis*, pero desde el lado de Ciro y de los mercenarios griegos; véase epígrafe 5.3.1), aunque se completa con esas historias "cortesanas", tan del gustan de Ctesias, sobre conspiraciones, envenenamientos y castigos ejemplares. A estos libros pertenecen episodios tan logrados, desde el punto de vista narrativo, como el que describe la herida mortal de Ciro en Cunaxa (*FGrHist* 688, F 20; recordemos que Jenofonte cita justamente la presencia de Ctesias en Cunaxa como médico de Artajerjes) o el que recoge la escena del anuncio a Parisatis del final de la guerra entre sus hijos Artajerjes y Ciro (*FGrHist* 688, F 24). Pero son, asimismo, interesantes, desde la perspectiva biográfica y también metodológica, los acontecimientos que Ctesias narra con la autoridad que le confería el haber sido él mismo testigo o protagonista de ellos (*autopsía*), como la embajada enviada a los mercenarios griegos por Artajerjes después de Cunaxa (*FGrHist* 688, F 23; Ctesias se cita como uno de los partícipes, hecho que niega Plutarco), o la suerte de Clearco, el jefe lacedemonio de los griegos que lucharon junto a Ciro, cuando éste estuvo prisionero en Babilonia (*FGrHist* 688, F 27-28; Ctesias dice haber intercedido por él ante Parisatis y el rey; el episodio es también narrado por Jenofonte, en *Anábasis* II 5, 31-42, de manera menos novelesca: véase el apartado *A)* del epígrafe 5.3.1), o la propia intermediación de Ctesias entre Evágoras, Conón y Artajerjes en pro de su reconciliación (*FGrHist* 688, F 30).

Persiká terminaría con un listado recapitulatorio de los reyes desde Nino hasta Artajerjes.

6.1.3. Historia de la India

Indiká, *Historia de la India* o *Relatos de la India*, es la obra más polémica de Ctesias. Aunque la conocemos, sobre todo, por el resumen que hizo Focio para su *Biblioteca*, son numerosos los autores que la citan para tachar sus relatos de fabulosos. Es sintomático que, aparte del resumen de Focio y las citas de Claudio Eliano, sean los autores de *Paradoxografías* los que más veces se refieran a ella.

A partir de lo que se nos ha transmitido, *Indiká* es un combinado asistemático de descripciones de lugares geográficos, de lagunas y fuentes, de minerales preciosos, de plantas, de animales y de pueblos, marcados por el rasgo común de lo exuberante, lo maravilloso y lo sorprendente.

El resumen de Focio (*FGrHist* 688, F 45; a partir de *Biblioteca* 72, 45a-50a) viene a ser, en efecto, casi un catálogo de los prodigios que alberga la India, para cuya descripción –dice el patriarca– "Ctesias hace un uso constante del dialecto jonio", lo que ya es indicativo de la tradición logográfica (véase epígrafe 2.2) en la que se inserta nuestro autor.

Por su fortuna posterior, en razón de los autores que se hacen eco de ellas, merecen destacarse las noticias sobre una fuente cuadrada, que cada año se llena de oro líquido que, al sacarlo, se solidifica, y sobre las magníficas cualidades del hierro del fondo de esta fuente (Ctesias afirma haber tenido dos espadas de este metal, regalo una del rey y la otra de Parisatis); sobre perros de gran tamaño, capaces de luchar contra un león; sobre montañas enormes que abundan en piedras preciosas; sobre el inmenso calor que soportan los habitantes de la región debido al gran tamaño del sol, que nace allí; sobre cañas de extraordinario tamaño; sobre el animal que los indios llaman *martikhóra*, de cuya pervivencia dan prueba los bestiarios de todas las épocas. Ésta es la descripción de Ctesias-Focio (en la antigüedad también citan el testimonio de Ctesias –calificado de poco fiable– sobre este animal Aristóteles, Eliano, Pausanias y Plinio, que lo llama *mantikhora*):

> Es un animal salvaje que tiene rostro casi humano. Es del tamaño de un león y de piel roja como el cinabrio. Tres filas de dientes, orejas como las del hombre y ojos claros semejantes a los humanos. Tiene la misma cola que el escorpión de tierra, que está provista de un aguijón de más de un codo [=45 cm] de largo. Tiene también aguijones dispuestos transversalmente, a uno y otro lado de la cola, y otro también en la cabeza, como el escorpión. Es con este aguijón con el que pica cuando alguien se le acerca y el que es picado muere irremediablemente. Si se le ataca a distancia, por delante, levanta la cola para lanzar los aguijones como desde un arco, y por detrás, extiende de la cola a lo largo y la pone tiesa. Lanza a una distancia de un pletro [=29,6 m], y todos los animales a los que alcanza mueren irremediablemente

excepto el elefante. Sus aguijones son de aproximadamente un pie de largo [=29,6 cm] y su espesor como el de un junco muy delgado. El *martikhóra* se denomina en griego "antropófago", porque la mayoría de las veces devora a los hombres que mata, y también devora a otros animales. Pelea tanto con sus uñas como con sus aguijones. Los aguijones, después de que los ha disparado, vuelven a nacer, dice. En la India hay muchos. Los hombres los matan montados sobre elefantes y disparándoles desde lo alto (*FGrHist* 688, F 45; a partir de Focio, *Biblioteca* 72, 45b 31-46a 12).

Son también insólitas sus noticias sobre los "grifos" que guardan el oro de las montañas; sobre la fuente de agua que se cuaja como el queso y que hace decir la verdad a quien la bebe; sobre una serpiente que segrega dos tipos de veneno, uno, del color del ámbar, que mata al instante a quien lo ingiere; el otro, negro, mata al cabo del año; sobre el *díkairos*, "nombre que significa 'justo' en griego", un ave cuyos excrementos sumen en el sueño y vuelven insensible; sobre el *párebos*, un árbol cuyas raíces tienen el poder de atraer todo lo que se le acerca, que se utiliza para coagular el agua y el vino y que cura el cólico; sobre los *siptakhóra*, unos árboles que, treinta días al año, vierten lágrimas de ámbar –que luego recogen los indios– al río Hiparco (nombre que "en griego significa portador de todos los bienes").

Los habitantes de la India son presentados, tal cual corresponde a la idealización de los pueblos de los confines (de hecho, rasgos semejantes se atribuyen, por ejemplo, a los etíopes), como los más justos de los hombres, como gentes que sienten devoción por sus reyes, menosprecian la muerte, no sufren enfermedades y tienen una vida longeva (hasta doscientos años). Habitan, por ejemplo, en la India los "pigmeos", hombres muy pequeños (los más grandes miden dos codos, 90 cm, pero la mayoría mide un codo y medio) que utilizan por vestido sus propios cabellos que se dejan crecer y tienen un miembro viril tan grande que les llega hasta los tobillos. También viven allí los "esciápodas", hombres que tienen un pie enorme con el que se dan sombra (de ahí su nombre en griego) en el verano, los célebres "cinocéfalos" u "hombres de cabeza de perro", que Heródoto (IV 191, 4) localizaba en Libia, de quienes Ctesias-Focio ofrece un amplio informe (véase texto 24), y otros muchos seres extraordinarios.

Pero quizá los que más impacto causaron, a juzgar por las leyendas a las que dieron lugar, fueron los unicornios:

> Hay en la India unos asnos salvajes, iguales a los caballos e incluso más grandes. Su cuerpo es blanco, la cabeza purpúrea y tienen los ojos azules. Este asno tiene un cuerno en la frente de un codo de largo; la parte inferior del cuerno, como dos palmos hasta la frente, es muy blanca; la superior, que es la punta del cuerno, es de un rojo púrpura muy vivo; el resto del

> cuerno, en la parte central, es negro. Los que han bebido con esos cuernos (de ellos se fabrican vasos para beber) se dice que no sufren de espasmo ni de epilepsia y ni siquiera les afectan los venenos si beben antes o después del veneno vino, agua o cualquier otra bebida en esos vasos (*FGrHist* 688, F 45; a partir de Focio, *Biblioteca* 72, 48b 19-30).

Todo este cúmulo de noticias fantasiosas induce a pensar que nuestro autor no ha visitado nunca la India, aunque, según Focio, "cuando escribe todo esto, cuando refiere esas fábulas, Ctesias dice que escribe la verdad y añade que cuenta lo que ha visto y lo que ha conocido de testigos oculares, y que ha dejado de lado otras muchas historias más sorprendentes para no dar la impresión, a quienes no las han podido contemplar, de que escribe cosas inverosímiles". Sus informaciones provendrían, probablemente, de mercaderes que acudían a Persia con productos exóticos procedentes de la India; o de los propios embajadores indios que iban a la corte aqueménida a satisfacer sus tributos (quizá por ello se le ha atribuido también a Ctesias una obra *Sobre los tributos –*o *productos– de Asia*; *FGrHist* 688, F 53-54) o a realizar gestiones diplomáticas; o de persas que habrían viajado por aquella región y que le habrían contado sus "experiencias" y mostrado o descrito los objetos y personajes que aparecen en la obra. Es posible, asimismo, que muchas de sus fabulosas interpretaciones hayan venido originadas por las "traducciones" al griego de términos del lenguaje de los indios. "Cinocéfalos", por ejemplo, podría ser la traducción de la expresión que significaría algo así como "que cuidan o que viven con los perros" y que aludiría, figuradamente, a una casta social muy baja entre los indios. Y la palabra *martikhóra* se ha relacionado con la que designa al tigre en lengua persa (ya Pausanias IX 21, 4 sospechaba que se trataba de un tigre, cuyos rasgos habían sido deformados y exagerados por el temor que el animal inspiraba a los indígenas).

En cualquier caso, las informaciones de Ctesias sólo entraron en cuarentena –y no absoluta– después de las expediciones de Alejandro por aquellas tierras; pero nuestro autor ya había enriquecido considerablemente el imaginario sobre esas regiones de los límites del mundo habitado, que eran consideradas tradicionalmente por los griegos ricas y dotadas de características extraordinarias.

6.1.4. Carácter y valoración de la historiografía de Ctesias

Era intención de Ctesias corregir las falsedades que, en su opinión, el historiador de Halicarnaso había difundido sobre los pueblos orientales, en general, y sobre los persas, en particular. Los años que pasó en la corte aqueménida y, por lo tanto, el conocimiento directo del país de los persas y su acceso a fuentes

privilegiadas de documentación serían su principal aval. Dice, en efecto, Ctesias haberse basado en documentos nativos originales y testimonios autorizados con el objetivo de dar a conocer la verdadera historia de los pueblos orientales, en contra, sobre todo, de las informaciones de Heródoto, con quien polemiza constantemente y a quien llama "fabulador" (*FGrHist* 688, T 8). Podría ser indicativo de que Ctesias se habría servido de información indígena el que muchos de los nombres propios de *Persiká* tengan formas distintas de las que da Heródoto para los nombres de los mismos personajes y lugares.

Pero nuestro autor, al parecer y en razón de lo que se nos ha transmitido por sus epítomes (Diodoro y Focio tenían, evidentemente, sus particulares criterios de selección), no ha querido componer una historia sólo de hechos políticos y militares a la manera de Tucídides; ni ha fundamentado su oficio de historiador en la reflexión sobre las causas de esos hechos. Tampoco ha escrito una historia estrictamente contemporánea. Antes bien, sus historias se retrotraen hasta el pasado remoto y están más cerca de aquella tradición jonia de relatos sobre cosas sorprendentes (*tà thaumásia*), común a los logógrafos y al propio Heródoto (véase epígrafe 3.5). Hasta se le atribuye, en la más pura tradición logográfica, unos *Periplos* (*FGrHidt* 688, F 55-60) y Focio testifica que en *Indiká* hace Ctesias un particular uso del dialecto jonio, la lengua tradicional de la logografía. Su credulidad, su imaginación desbordante o su afán de sorprender le llevaron a no dudar de la veracidad de sucesos fabulosos, unos suministrados por sus informantes, otros exagerados o, por lo menos, recreados por él mismo. Y todo ello a pesar de su repetida declaración cuando escribe –dice Focio (*FGrHist* 688, T 8)– de que lo que cuenta es la verdad, lo que o bien ha visto o bien sabe de testigos visuales, y de que ha desechado relatos que le parecían poco creíbles, algo que le coloca, al menos teóricamente, en el lado de la tradición historiográfica griega de búsqueda de la verdad, *autopsía* (*ópsis* y *akoé*) y selección de fuentes.

Y es que nuestro autor debía atraerse a los griegos que constituían su auditorio y conseguir, a la vez, que sus relatos resultaran creíbles. Los griegos ya tenían una particular visión de los pueblos y las tierras del extremo del mundo, en general, y de Oriente, en particular, a base de los relatos de los logógrafos (Escílax, Hecateo) y de Heródoto, entre otros. Frente a ellos, Ctesias se ufanaba de haber consultado directamente archivos y documentos nativos originales y, por eso mismo, consideraba que sus relatos sobre esos pueblos orientales eran más válidos que los de Heródoto, que era su más inmediato rival en ese ámbito histórico, a quien acusaba de falsario y de fabulador (*FGrHist* 688, T 8). De resultas de todo ello, nuestro autor va a inaugurar la crítica malevolente sobre Heródoto (véase epígrafe 3.7), aunque hay quien cree (Jacoby) que Ctesias le debe mucho más a él que a las pretendidas fuentes originales persas.

No parece, sin embargo, que el médico de Cnido haya aventajado al historiador de Halicarnaso en credibilidad, a pesar del prurito de su "originalidad"; en todo caso, lo que sí logró fue incrementar considerablemente la información sobre el Oriente: el tamaño de su obra excede con mucho el de la obra de Heródoto, que, además, no dice absolutamente nada del reinado de Artajerjes I. Pero Ctesias no pudo convertirse en el referente fundamental para el conocimiento y la historia de dichos pueblos: la autoridad de Heródoto era demasiado grande y su relato más atractivo para un griego. La *Historia* de Ctesias no era más que la historia de los persas, por muchos relatos maravillosos y novelescos que incluyera, mientras que la de Heródoto era la historia de los persas en su relación con los griegos. Es llamativo que el gran episodio de las Guerras Médicas, motivo central de la *Historia* de Heródoto, apenas sea una referencia en *Persiká*; seguramente, es lo que significaría para los propios persas y, desde luego, Ctesias no les iba a volver a contar a los griegos sucesos que ya conocían: en apariencia, nuestro autor ha narrado todo lo que los griegos desearían saber, pero que no sabían o les había sido mal contado, sobre el pasado de Asiria, Media y Persia (véase Drews, 1973: 116).

El mayor valor de nuestro autor surge, por lo demás, de su habilidad para intercalar en un marco perfectamente histórico relatos novelescos (Nino, Semíramis, Sardanápalo, Zarinea), hechos espectaculares, lugares maravillosos y personajes nada convencionales; de su talento para alternar el diálogo con la narración y para conseguir que el relato se desarrolle lentamente, creando suspense e implicando al lector/auditorio en las emociones de los personajes. Son los rasgos que le erigen en el auténtico precursor de la llamada historiografía trágica o mimética de la época helenística (véase capítulo 9) y por los que Demetrio lo llama "poeta" y "artista de la claridad" (*FGrHist* 688, T 14a), poniendo como ejemplo la escena en que Parisatis es informada del final de la guerra entre sus hijos Artajerjes y Ciro:

> Esto hace Ctesias en la información sobre la muerte de Ciro: tras llegar el mensajero, no informa al instante a Parisatis de que Ciro había muerto (esto ha sido contado por los escitas), sino que primero anuncia que se había logrado la victoria; ella se alegró y, a la vez, sintió angustia. Y después pregunta: "¿Cómo está el rey?". Él contesta: "Ha huido". Ella replica: "Tisafernes es el culpable de todo"; y, luego, vuelve a preguntar: "¿Dónde está Ciro ahora?". Y el mensajero responde: "En el lugar donde los hombres valerosos tienen que descansar". Y así, para avanzar poco a poco y lentamente en el relato, Ctesias fragmenta lo realmente anunciado, mostrándonos de una manera apropiada y eficaz al mensajero que anuncia de mala gana la desgracia, a la vez que sume a la madre y al auditorio en la misma angustia (*FGrHist* 688, F 24, a partir de Demetrio, *Sobre el estilo* 216).

Es decir, Ctesias es más apreciado por su estilo narrativo que por su oficio de historiador: conoce y cuenta muchas cosas de forma agradable, pero su relato está desprovisto de rigor científico. Junto a capítulos indispensables para comprender la formación del imperio persa (como el que refiere las vicisitudes de Nínive), están esos otros pasajes que le convierten, a pesar de ser unos años más joven que Tucídides, en un adelantado de la historiografía trágica y de la historia novelada: batallas, conquistas, muertes, intrigas, amoríos, venganzas, que son relatados en pasado y protagonizados por individuos designados con su nombre propio. A juzgar por lo que hemos conservado, el resultado final es una especie de híbrido entre la historia y la novela, narrado en un estilo sumamente simple y lineal (la tradicional *léxis eiromene* de la logografía jonia y de Heródoto), plagado de repeticiones; un estilo alabado por su sencillez y claridad, pero criticado por Focio como rayano en lo vulgar. Focio, no obstante, reconoce que la lectura de la obra de Ctesias resulta placentera "por la forma en que los relatos están construidos, pues presenta elementos emotivos, inesperados y variados que la sitúan cerca del relato mítico" (*FGrHist* 688, T 13).

6.1.5. *Influencia de Ctesias*

Que sean cerca de cuarenta los autores que han citado a Ctesias según los *FGrHist*, a pesar de no haber formado parte del canon de historiadores, es una prueba de que nuestro autor fue un historiador leído y consultado. Los más han criticado sus fabulaciones y su inclinación por lo extraordinario; pero otros le han imitado. Teopompo, Isócrates, Platón y Aristóteles lo leyeron ya en el siglo IV a. C. Algunos historiadores de Alejandro y Megástenes, a pesar de haber visitado aquellas tierras, siguieron, sin embargo, lo consignado por Ctesias, ampliando el número de maravillas y prodigios. Luciano (*Historias verdaderas* I, 3 = *FGrHist* 688, T 11h) lo pone a la cabeza de aquellos que querían hacer pasar por verdaderas historias inventadas. Diodoro de Sicilia lo cita como única autoridad para la historia de los reyes asirios y medos (*Biblioteca* II 1-34; aunque se discute si el siciliano utilizó o no alguna reelaboración helenística de la obra de Ctesias). Plutarco, a pesar de sus críticas, lo utiliza como fuente para su *Vida de Artajerjes*. Aulo Gelio (*Noches Áticas* IX 4, 5 = *FGrHist* 688, T 19) nos informa de que sus obras se podían adquirir en el mercado de libros de Brindisi (siglo II). Y Focio, después de trece siglos, todavía pudo conocer gran parte de su obra.

Durante siglos sus *Persiká* y sus *Indiká* han sido, con el permiso de Heródoto, las más importantes historias sobre los pueblos del Oriente. Ctesias constituye prácticamente la única fuente literaria para el conocimiento de la historia

interna de Persia entre los años 478 y 397 a. C.; pero, además, sus relatos han servido para configurar cierto imaginario de esas tierras en Occidente. Su descripción, por ejemplo, del rey Sardanápalo (que presenta ya ecos en el propio Aristóteles, *Política* V 10, 1312a 22) influyó en la imagen que de los reyes orientales tuvieron los autores bizantinos. *Indiká* está, asimismo, en la base de esa imagen de la India como tierra rica en portentos y maravillas que ha pervivido hasta bien entrada la edad moderna (véase Gómez Espelosín, 2000: 254). Ctesias fue, en fin, uno de los primeros en darnos noticia de animales fabulosos como el *martikhóra* o el unicornio. Sus descripciones permanecieron en la tradición posterior e inspiraron las enciclopedias y bestiarios medievales, donde se llenaron de valores simbólicos y religiosos.

6.2. Las *Helénicas de Oxirrinco*

Desgraciadamente, no es mucho lo que nos ha llegado de esta obra, y el estado de los papiros en que se ha transmitido dificulta en numerosas ocasiones su lectura e interpretación (es meritoria la labor realizada por McKechnie-Kern, 1988, que han editado, traducido y comentado los fragmentos identificados, excepción hecha del fragmento conservado en el llamado *Papiro de Terámenes*). Aun así, podemos contar con una versión diferente de la realizada por Jenofonte de algunos episodios del final de la guerra del Peloponeso y de los años inmediatamente posteriores; es la versión que habría sido seguida luego por el historiador Éforo (véase epígrafe 7.1), fuente, a su vez, de Diodoro de Sicilia para el correspondiente período de su *Biblioteca Histórica* (libros XIII-XIV).

6.2.1. *Contenidos de las* Helénicas de Oxirrinco

Las *Helénicas de Oxirrinco* debían de contener originalmente el relato de los acontecimientos que tuvieron lugar en Grecia desde el año 411 (año en el que finalizaba de forma abrupta la *Historia de la guerra del Peloponeso*) hasta por lo menos el año 395 a. C. Pero sólo conocemos de ellas los fragmentos que nos han transmitido, de momento, cuatro papiros descubiertos en Egipto en diversos años de la pasada centuria y fechados en los siglos I y II de nuestra era. Pertenecen a copias distintas de las *Helénicas*, lo que demuestra que nuestra obra no era desconocida en aquella época, habida cuenta, por otro lado, de que,

aparte de Heródoto, Tucídides y Jenofonte, son escasos los historiadores que aparecen representados en los papiros descubiertos en Oxirrinco.

La atribución, no obstante, de todos los fragmentos al mismo autor y a la misma obra, que se ha hecho atendiendo principalmente a la similitud en la lengua y en el estilo narrativo, no está exenta de discusiones. M. Chambers, por ejemplo, ha sido el primero en incluir en una edición de las *Helénicas de Oxirrinco* (Teubner, 1993; es la edición por la que citamos) el fragmento del llamado *Papiro de Terámenes*. Veamos los contenidos de los respectivos papiros.

El llamado *Papiro de El Cairo* (*Papyrus Cairensis*), el último en ser descubierto y asignado a nuestra obra (por L. Koenen en 1976), ha conservado cuatro breves fragmentos que relatan acontecimientos de la primavera-verano del año 409 a. C. Refieren, con cierto detalle, el ataque del ateniense Trasilo contra la ciudad de Éfeso y la lucha contra los efesios y los espartanos que la defendían. Se ha hecho notar que ni Jenofonte, que narra la expedición y la batalla en *Helénicas* I 2, 1-13, ni Diodoro, que lo hace, de forma escueta, en su *Biblioteca Histórica* XIII 64, 1-4 (aunque llama al protagonista erróneamente Trasibulo), mencionan la presencia de espartanos en la ciudad.

El *Papiro de Florencia* (*Papyrus Florentina. PSI 1304*), publicado e identificado en 1949 por V. Bartoletti, contiene cuatro fragmentos que relatan hechos posteriores a los referidos por el *Papiro de El Cairo*. El primero de ellos narra la batalla que enfrentó a atenienses con megarenses y espartanos en territorio de Mégara. El suceso falta en las *Helénicas* de Jenofonte y Diodoro lo relata junto a otros acontecimientos de ese año (XIII 65, 1-2). El segundo fragmento refiere la manera en que un centinela intercambia mensajes –no sabemos en qué contexto– con otra persona junto al templo de Deméter y Perséfone. El tercero de los fragmentos de este papiro describe movimientos de las flotas ateniense y espartana en la batalla naval de Notio, cerca de Éfeso, con la victoria final del espartano Lisandro (407-406 a. C.). Tanto Jenofonte (*Helénicas* I 5) como Diodoro (*Biblioteca* XIII 71) refieren el acontecimiento. Sin embargo, el relato de este último coincide más, tanto en algunos detalles (la cifra de barcos) como en el tono narrativo general (descripción objetiva de los hechos más que actuación de los individuos), con el relato de las *Helénicas de Oxirrinco*. El cuarto fragmento es ininteligible.

El *Papiro de Londres* (*Papyrus Oxyrhynchi 842*) es el más extenso y complejo de los cuatro papiros. Es el primero que se descubrió (por B. P. Grenfell y A. S. Hunt en las excavaciones de Oxirrinco en 1906) e identificó como parte de una obra histórica hasta ese momento desconocida. Contiene unos doscientos treinta fragmentos, aunque algunos están constituidos tan sólo por unas cuantas letras o palabras aisladas del todo incomprensibles. Refieren hechos acaecidos en las diferentes zonas griegas de conflicto entre los

años 397/396 y 395/394 a. C. Entre ellos, se describe, con tanto rigor como agudeza, la situación interna de Atenas, Argos, Corinto y Tebas y la lucha política y militar entre los partidos pro y antiespartanos (9-11 Chambers). Con su análisis el autor parece tomar partido contra lo que "algunos dicen" (10, 2 Chambers; no sabemos si hay aquí una alusión por parte de nuestro autor a Jenofonte, que habla de ello en *Helénicas* III 5, 1) en relación con la importancia del oro persa en el fomento del odio hacia Esparta. Se narran a continuación las maniobras navales de Conón frente a las costas de la Anatolia y las campañas de Agesilao en Asia (12-17 Chambers). Se puede apreciar, igualmente, la mayor imparcialidad y precisión de nuestro autor, en comparación con Jenofonte, en el tratamiento de los mismos hechos (véase, por ejemplo, el texto 16; en él, frente a *Helénicas* III 4, 20-24 y *Agesilao* I 28-33, es la batalla la que recibe una mayor atención, cobran protagonismo tanto los soldados de Agesilao como los emboscados de Jenocles y se ajusta más a lo que debe ser una descripción objetiva y sin sesgo alguno). En el capítulo 18 Chambers se describe, de manera bastante vívida, una revolución democrática en Rodas de la que no teníamos noticias antes del descubrimiento de las *Helénicas de Oxirrinco*, y, tras la expresión "en ese verano" (395 a. C.), que sirve de transición para el cambio de escenario, se relata y explica el enfrentamiento entre tebanos y focenses. Es en este punto donde se inserta, utilizando el recurso estructural de la composición en anillo, uno de los fragmentos más discutidos de nuestra obra: la digresión sobre las características de la constitución política de la Liga o Confederación beocia, que es la que rigió la Liga desde el 447 hasta el año 387 a. C., año en que la paz de Antálcidas, "paz del rey", dictaminó la plena autonomía de las ciudades de Beocia (véase texto 25). A partir de ella, nuestro autor traza un riguroso perfil de la situación política de las ciudades beocias, en general, y de Tebas, en particular; refiere las luchas por el poder entre las facciones proateniense y proespartana, y, con todo esto en el trasfondo, explica el origen de los conflictos entre beocios, locrios y focenses y la intervención en ellos de la hegemónica Esparta (19-21 Chambers). Esos capítulos constituyen, en conjunto, lo mejor de nuestro historiador, que se revela no sólo como un riguroso relator de hechos militares, sino también como un agudo analista político, muy en la línea tucidídea. Son, además, una importantísima fuente de información sobre la historia política y militar de Beocia a finales del siglo V y principios del IV a. C. y, ciertamente, suministran una información mucho más abundante que las *Helénicas* de Jenofonte.

En los últimos fragmentos del papiro el relato vuelve al ámbito minorasiático y refiere hechos de los momentos previos a la batalla naval que enfrentará en Cnido a persas (con el ateniense Conón a la cabeza) y espartanos (22-23 Chambers), y ciertas maniobras tácticas por tierra de Agesilao para conseguir adhesiones y

hostigar al rey persa (24-25 Chambers). Es significativo que nuestro autor destaque el papel desempeñado por el ateniense Conón y, con su intervención en episodios como el de la refriega entre su guardia personal y los carpasios de Chipre (23 Chambers), lo presenta, incluso, como un jefe ejemplar. Jenofonte cita a Conón y la batalla naval de Cnido en sus *Helénicas* casi de pasada (IV 3, 11) y, por supuesto, la gloria de Conón no puede competir con la de su admirado Agesilao. El autor de las *Helénicas de Oxirrinco* muestra aquí cierta tendencia filoateniense, si no es que su relato resulta sencillamente más objetivo e impersonal que el de Jenofonte, como sucede en otros pasajes (véase epígrafe 5.2.1 y texto 16).

El llamado *Papiro de Terámenes* (*Papyrus Michigan* 5982) es el único fragmento de los conservados que contiene un discurso en estilo directo, razón por la que algunos críticos no lo adscriben a nuestras *Helénicas*, una obra –consideran– que no parece haber dado cabida a ese tipo de textos. Se trata de un discurso (el resumen de un discurso, más bien) pronunciado por Terámenes ante la asamblea ateniense con ocasión de las discusiones previas a la firma del tratado de paz que pondría fin a la guerra del Peloponeso. Terámenes resulta elegido embajador plenipotenciario de Atenas y es enviado a negociar las condiciones del tratado con Lisandro y con los lacedemonios (al mismo episodio se refiere Jenofonte en *Helénicas* II 2, 16-17; las palabras de Terámenes se condensan en una frase y se citan en estilo indirecto).

6.2.2. *Carácter y autoría de las* Helénicas de Oxirrinco

Aunque el estado fragmentario de las *Helénicas* no permite extraer conclusiones seguras, a su autor se le considera un continuador de Tucídides: no sólo parece haber tenido la intención de completar la narración de la guerra del Peloponeso desde donde Tucídides la interrumpió, sino que también ha seguido en su exposición la cronología analística, contando por años a partir de uno tomado como referente (probablemente, para los años de la guerra, el del inicio de las hostilidades –431 a. C.–, y para los posteriores, el siguiente a la capitulación de Atenas –403-402 a. C.–, que es también el año de la restauración de su régimen democrático). De igual manera, dentro de cada año, nuestro autor ordena los acontecimientos por veranos e inviernos y utiliza el mismo tipo de expresiones que Tucídides para sincronizar hechos que suceden en diferentes lugares: "Así se produjeron" –se dice en el capítulo 12 (ed. Chambers)– "los más importantes acontecimientos [...] ocurridos en Grecia en ese invierno. Al comienzo del verano [...] en el octavo año [...] [sería el año 396 a. C., el octavo a partir del 403]". El historiador ateniense es citado, incluso, en un

pasaje (fragmento 2 del *Papiro de Florencia*; 5 Chambers) que parece referir, a modo de excurso, hechos anteriores a los narrados en las *Helénicas*.

No obstante, a diferencia de Tucídides, a juzgar por los textos conservados, que pertenecen, a excepción del breve fragmento del *Papiro de Terámenes*, a partes narrativas de la obra, es el relato de los hechos políticos y militares y no la exposición en forma de discursos de las deliberaciones y discusiones previas de sus protagonistas lo que ocupa el principal centro de atención. Se advierte, sin embargo, en las *Helénicas* la misma preocupación de Tucídides por las fuentes, por la precisión en la narración de los hechos y por la explicación y análisis de sus causas. Algunas de las frecuentes digresiones de la obra serían las encargadas de esclarecer el trasfondo en el que se desarrollaron los hechos y estarían orientadas, justamente, a la mejor comprensión de los acontecimientos históricos narrados y de sus causas. Son relevantes, en este sentido, tanto los fragmentos que relatan las luchas políticas internas de Atenas, Argos, Corinto y Tebas en los momentos previos a la guerra de Corinto, que explicarían –más que el oro persa y las intrigas de Farnabazo– la aversión contra Esparta (396-395 a. C.; 9-11 Chambers); como, en el marco del conflicto entre beocios y focenses, el excurso sobre las características del régimen constitucional de la Liga beocia (19 Chambers; véase texto 25), pues, antes de Polibio (véase epígrafe 11.7), no teníamos documentado este recurso a la constitución política de un pueblo como instumento para interpretar su historia. En esos textos, se nos revela un autor con sentido histórico y agudeza política, comprometido con el estudio de las causas profundas del acontecer histórico y capaz de ver más allá de los simples hechos militares para adentrarse en el estudio del contraste de ideas y de las luchas por el poder entre individuos y partidos políticos, verdaderos responsables de aquéllos.

El dialecto de los fragmentos es el ático, su vocabulario es bastante restringido, frecuentemente repetido, y su estilo, sencillo pero cuidado; el autor tiende, incluso, a evitar el hiato, aun a costa de alterar el orden de las palabras en la frase. Dominan las estructuras sintácticas simples; esto es, la construcción paratáctica, donde las frases se coordinan, no se subordinan, y se conectan unas a otras mediante partículas. Entre ellas, es frecuente la correlación *mén... dé...*, que introduce cierto contraste entre los miembros coordinados. Pese que a no faltan los artificios retóricos, prevalecen, en definitiva, la sencillez en la forma y la claridad en la exposición de los hechos, uno de los motivos, quizá, de la práctica ausencia de discursos en las *Helénicas de Oxirrinco*.

Pero el asunto más debatido de nuestra obra es el relativo a su autoría. Ha habido atribuciones para todos los gustos y a partir de todo tipo de supuestas evidencias. Han sido candidatos, entre otros, Androción de Atenas (propuesto por G. de Sanctis, apoyado por A. Momigliano), Démaco de Platea (el candidato de F. Jacoby), Éforo de Cime (hipótesis de Reuss y Walker) y, por último,

Cratipo de Atenas y Teopompo de Quíos, que son los dos autores que han gozado del mayor número de adhesiones (ya Grenfell y Hunt presentaron la primera edición de las *Helénicas de Oxirrinco* como de Teopompo o Cratipo). Androción fue discípulo de Isócrates y escribió una *Átide* (véase epígrafe 8.1.2) después del 344 a. C., que ordenó cronológicamente por arcontados, frente a la distribución analística y por veranos e inviernos que presenta nuestra obra. Démaco fue un autor de crónicas locales del que tenemos escasas noticias y poco se puede decir a favor o en contra de su autoría. Éforo (véase epígrafe 7.1), también discípulo de Isócrates, compuso una historia universal, organizada por temas –*katà génos*– y no por años, hacia la segunda mitad del siglo IV a. C. y, por razones cronológicas y de estilo, no parece probable que fuera el autor de las *Helénicas de Oxirrinco*. Se piensa, más bien, que Éforo utilizó las *Helénicas* para componer sus *Historias* y que, posteriormente, Diodoro se valió de esta última obra para su *Biblioteca Histórica* (G. L. Barber, 1935: 49-67).

En principio, los contenidos que conocemos de las *Helénicas de Oxirrinco* cabrían perfectamente entre los que abarcaban los doce libros de las homónimas *Helénicas* de Teopompo (véase epígrafe 7.2). Teopompo narraría los diecisiete años que van desde el año 411 a. C. hasta la batalla de Cnido, de manera que los fragmentos de los papiros de El Cairo y de Florencia pertenecerían al comienzo de la obra, el del papiro de Terámenes, a la parte central, y los del papiro de Londres, al final. Refiere, asimismo, Harpocración (*FGrHist* 115, F 8) que Teopompo cita a Pedarito (primer harmosta espartano en Quíos) en el libro II de sus *Helénicas* y nosotros leemos ese mismo nombre en el segundo fragmento del papiro de Florencia. Hay, en fin, algunos términos específicos que aparecen en ambas *Helénicas*, aunque no sólo en ellas. Pero la dificultad de la atribución a Teopompo radica en motivos de orden cronológico y estilístico. El autor de las *Helénicas de Oxirrinco* ha debido de componer su obra después de la llamada "paz del rey" del año 387 a. C. (en el párrafo 19, 2 Chambers aparece el adverbio *tóte*, "en ese tiempo", que introduce la digresión sobre la constitución de la Liga beocia y que parece implicar que nuestro autor escribió su relato después de los cambios provocados en Beocia por dicha paz) y antes del final de la llamada "guerra sagrada", que había enfrentado a Tebas y la Fócide entre el año 357 y el 347 a. C. por el control del oráculo de Delfos (en el párrafo 21, 3 Chambers nuestro autor narra en presente las disputas de los focenses por unos terrenos cercanos al Parnaso y parece desconocer las consecuencias para la Fócide de dicha guerra). Así que no es probable que Teopompo, que había nacido hacia el año 378 a. C., pudiera haber compuesto una obra de las características de las *Helénicas de Oxirrinco* en una fecha tan temprana. De otro lado, se anotan diferencias entre los estilos de ambas *Helénicas*: sencillo y narrativo, como hemos visto, el estilo de las de Oxirrinco; más retórico y

recargado el de Teopompo (véase epígrafe 7.2.2). Y, por último, se cita el testimonio de Porfirio (*FGrHist* 115, T 2) que acusa a Teopompo de haber plagiado a Jenofonte y de empeorar el estilo del texto original.

J. H. Lipsius propuso a Cratipo, quien, como Teopompo, fue autor de unas *Helénicas* que retomaban la historia de Grecia en el punto en el que la había dejado Tucídides y, además, era coetáneo del autor de la *Historia de la guerra del Peloponeso* y ateniense como él. Al menos es lo que nos dice Dionisio de Halicarnaso en su tratado *Sobre Tucídides* 16, porque de Cratipo tan sólo tenemos tres fragmentos y otros tantos testimonios (*FGrHist* 64) y hay quienes lo consideran un falsificador de la época helenística (Schwartz y Jacoby). Plutarco (*Sobre la gloria de los atenienses* 1) nos ofrece, igualmente, un resumen de algunos de los hechos narrados por Cratipo –a quien cita entre Tucídides y Jenofonte– que coinciden con el contenido que conocemos de las *Helénicas de Oxirrinco*. Resalta Plutarco, sobre todo, la importancia de las acciones militares de Conón, sin el cual no existiría –afirma– la obra de Cratipo. Por Dionisio sabemos, asimismo, que Cratipo había criticado la introducción de discursos en las obras de historia y que sostuvo la tesis de que Tucídides había decidido prescindir de ellos en la última parte de su *Historia*. Es, por consiguiente, explicable que en las *Helénicas*, de ser suyas, escaseen precisamente los discursos. Mas el propio Dionisio afirma en su tratado *Sobre Tucídides* 9 que ningún historiador posterior a Tucídides utilizó la *diaíresis* tucidídea en veranos e inviernos, por lo que no parecía conocer nuestras *Helénicas*. Así que, como Dionisio sí conocía la obra de Cratipo, podría deducirse que éste no fue el autor de aquéllas. Bien es verdad que, de aceptar ese argumento, se debería concluir que Dionisio tampoco había leído los libros I y II de las *Helénicas* de Jenofonte, que también siguen la distribución temporal por estaciones, y eso no es muy probable e incita a creer que el de Halicarnaso habría cometido un error.

Si hemos de atribuir la paternidad de las *Helénicas de Oxirrinco* a alguno de los historiadores griegos conocidos, Cratipo, desde luego, es el que resulta más plausible. Pero hay estudiosos que, ante las varias dificultades que todos los autores presentan, defienden el anonimato para nuestra obra. No es fácil aceptar, sin embargo, que una obra de la seriedad y la extensión de las *Helénicas*, con la difusión posterior que implica el número de papiros que nos han transmitido sus fragmentos, no haya sido compuesta por alguno de los escritores de historia que conocemos. Quizá su mala fortuna comenzó en el momento en que Éforo, ya en el siglo IV a. C., se interesó por ella para utilizarla como fuente en su historia universal (véase epígrafe 7.1), donde habría quedado subsumida, impidiendo así que fuera citada por sí misma.

Capítulo 7 La orientación retórica de la historiografía en el siglo IV a. C. Éforo, Teopompo y Anaxímenes

EN EL AMBIENTE democrático de la Atenas del siglo V a. C., los sofistas habían ofrecido a quienes estuvieran en disposición de poder pagar sus enseñanzas el poder de la palabra, el dominio de la expresión oral y la capacidad de convencer al pueblo que con su voto decidía lo que había de hacerse en asambleas y tribunales de justicia. En el siglo IV a. C., esos sofistas dejan paso a las escuelas de retórica, donde se formará a los individuos requeridos para el gobierno y los cargos públicos e intelectuales en una época de rápidas transformaciones, una época que se debatirá entre lo antiguo y lo nuevo, verá el final de las ciudades-estado griegas y un macedonio, Alejandro hijo de Filipo, cambiará la faz del mundo (véase epígrafe 5.1 y texto 26).

El gran Isócrates, uno de los personajes más influyentes política e intelectualmente del siglo IV a. C., abrió en Atenas, en la década de los noventa, una de esas escuelas, en la que se comprometía a dar una formación integral al individuo insistiendo en su dimensión moral. Cicerón (*Sobre el orador* II 94) la comparó con el caballo de Troya por el número de ilustres personajes que salieron de ella.

Isócrates había sido discípulo del sofista Gorgias y concebía la retórica como una preparación para la vida pública, en cuanto que enseñaba a reflexionar, a hablar de manera apropiada y bella, a convencer y a actuar. En su discurso *Contra los sofistas,* considerado el manifiesto programático para su escuela, proclama

la "enseñabilidad" (*didaktón*) de la virtud y el valor formativo del estudio de la elocuencia política; pero es en el titulado *Antídosis* (*Sobre el cambio de fortunas*) donde podemos leer, especialmente entre los párrafos 167 y 292, la más explícita exposición y defensa de sus principios pedagógicos. Ahí dice Isócrates lo siguiente:

> (274) Considero que una técnica capaz de introducir la prudencia y la justicia en quienes carecen de dotes naturales para la virtud no ha existido ni antes ni ahora; [...] (275) pero se harán mejores y más dignos si pusiesen su empeño en hablar bien, si deseasen poder convencer a sus oyentes y si, además, buscasen la superioridad, no la que piensan los insensatos, sino la que tiene realmente ese poder.

Su "filosofía" no puede ser más contraria, al menos en los medios, a la del otro gran protagonista de la cultura del momento, el filósofo Platón, con quien compitió por la primacía pedagógica (para la comparación entre los proyectos educativos de Isócrates y Platón puede leerse el ya clásico estudio de W. Jaeger sobre la *paideía* griega, pp. 840 ss.). A Isócrates mismo es posible que aluda Platón en el siguiente diálogo entre Sócrates y Critón del *Eutidemo* (305 b-e):

> Sóc. –Son asombrosos, Critón, los hombres como éstos. Pero no sabría aún qué respuesta darte. ¿Quién era el que se acercó censurando la filosofía? ¿Uno de aquellos que son diestros en las competencias judiciales, algún orador, o uno de esos que preparan y mandan a aquéllos a los tribunales, un autor de discursos con los que los oradores compiten?
>
> Crit. –¡Oh no, orador no, por Zeus! Ni creo que se haya presentado jamás frente a un tribunal. Pero dicen que entiende muy bien este asunto, que es hábil y que compone hábiles discursos.
>
> Sóc. –Ya comprendo. Es precisamente de ese tipo de gente de la que yo mismo quería hablarte. Son aquéllos, Critón, que Pródico denominaba "intermedios" entre el filósofo y el político. Se creen los hombres más sabios, y creen que, además de serlo, también lo parecen a los ojos de la mayoría, [...]. Se consideran, en efecto, sabios y es muy natural que así sea, pues se tienen por personas moderadamente dedicadas a la filosofía y, moderadamente, a la política, conforme a un modo de razonar bastante verosímil: juzgan que participan de ambas en la medida necesaria y que gozan de los frutos del saber manteniéndose al margen de peligros y conflictos.

Pues bien, que la reflexión sobre la historia ocupaba un papel importante en el pensamiento y en las enseñanzas de Isócrates se puede colegir a raíz de la importancia que tienen los hechos históricos en la trama argumentativa de sus discursos. Y fue también a la escuela de Isócrates a la que, según la tradición,

estuvieron ligados los más eminentes representantes de la nueva orientación que la historiografía tomó al socaire de la retórica: Éforo de Cime y Teopompo de Quíos (algunos estudiosos, Schwartz, Jacoby, Bury y Flower entre ellos, no consideran probada, contra los testimonios procedentes de la antigüedad, esa relación escolar). A ellos se une Anaxímenes de Lámpsaco, discípulo de Diógenes y de Zoilo, que fue él mismo rétor y a la vez historiador. Los tres tomaron consciencia de los valores educativos que, desde el punto de vista del mejoramiento individual de la persona, tenía el conocimiento de los hechos históricos y de sus protagonistas y se dedicaron a la exposición y enseñanza de los mismos con arreglo a los valores estéticos y pedagógicos aprendidos de sus maestros. Los tres representarían esa corriente que, con ciertas reservas, se ha dado en llamar "historiografía retórica", en cuanto que sus autores están ligados a la nueva *paideía* retórica de la época, que veía en la historia una infinita fuente de paradigmas para sus enseñanzas y argumentaciones, y porque los tenues acentos retóricos que encontramos en otros historiadores anteriores y coetáneos se ven amplificados en ellos.

Sus obras, que, por desgracia, no podemos leer completas (los testimonios y fragmentos que de ellas conservamos los recopiló F. Jacoby en *FGrHist* con el número 70 para Éforo, el número 115 para Teopompo y el número 72 para Anaxímenes), son diferentes en su enfoque histórico y cada autor hace su particular contribución al desarrollo de la historiografía griega. Éforo concibió, por primera vez, la historia desde una perspectiva universal, por su dimensión temporal y por su alcance espacial, pues en su relato se remonta a los tiempos más antiguos y da cabida tanto a lo acontecido a los griegos como a otros pueblos que entraron en contacto con ellos (sobre la idea de "historia universal" puede verse Alonso Núñez, 2002). Teopompo, por su lado, empezó a componer una historia de la Grecia de los tiempos recientes y la acabó convirtiendo en una inmensa historia de Filipo, consciente del importante papel desempañado por el monarca macedonio en los sucesos contemporáneos. Y Anaxímenes es una combinación de ambos, pues escribe primero una historia de los griegos desde sus orígenes, luego una historia de Filipo y acaba haciendo unos escritos de tono eminentemente laudatorio sobre los hechos de Alejandro. Pero a los tres les une la orientación retórica del relato; sin que esto suponga, por supuesto, un prejuicio negativo sobre la calidad de sus obras. En sus manos la historiografía adopta sin tapujos los artificios estilísticos de la elocuencia con el objetivo de hacerla más agradable a sus destinatarios, a quienes había que persuadir no sólo por la fuerza de los argumentos y de los ejemplos, sino también mediante el uso de recursos expresivos acordes con su sensibilidad estética; de alguna manera era lo que pedía un público que, en el siglo de los grandes oradores, ya se había acostumbrado a ese tipo de dicción. Plutarco los cita

juntos en sus *Consejos políticos* (*Moralia* 803 b) señalando justamente el exceso retórico, poco apropiado en determinadas circunstancias, de sus discursos y períodos. Queda, no obstante, a salvo el valor utilitario de la historia que, en este caso, adquiere tintes marcadamente morales, hasta el punto de que suele añadirse como rasgo asociado a la retórica en esta historiografía del siglo IV a. C. las valoraciones éticas de los personajes, más allá incluso de sus actuaciones públicas.

7.1. Éforo de Cime y su "historia universal"

Éforo había nacido en Cime, ciudad situada en la Eólide de Asia Menor, en torno al año 405 a. C. (sobre Éforo sigue siendo básica la monografía de G. L. Barber, 1935, quien matiza el poco aprecio general que eminentes filólogos como Schwartz, Laqueur y Jacoby tributaron a las cualidades historiográficas de los historiadores del siglo IV a. C., a pesar de la popularidad que tuvieron entre los autores de la antigüedad). Acerca de su vida, el dato más repetido por los testimonios antiguos es su estancia en la escuela de Isócrates junto a Teopompo (puesta en duda, como se ha dicho, por algunos estudiosos), que era algo más joven que nuestro autor. Pero, de ser cierto, el único hecho verdaderamente datable de su biografía nos lo ofrece Plutarco, quien dice que Éforo declinó la invitación de Alejandro para participar en su expedición como historiador (*FGrHist* 70, T 6). El macedonio inició su campaña en el año 335/334 a. C., así que, por lo menos, podemos establecer la fecha de su muerte después de ese año. Y poco más sabemos de la vida de este historiador contemporáneo de Jenofonte y, posiblemente, su crítico hostil (Barber, 1935: 64-65).

A nuestro autor se le atribuyen diversas obras: una *Historia local* (*Epikhórios*) de Cime (*FGrHist* 70, F 1 y 97-103), destinada, seguramente, a promocionar la fama de su ciudad de origen –como hacían no pocos historiadores–, situando en ella nada menos que el nacimiento de Homero (F 1); un tratado *Sobre inventos* (*Perì heuremáton*), en la línea de la pedagogía sofística de "popularización" del conocimiento (*FGrHist* 70, F 2-5 y 104-106), y otro *Sobre el estilo* (*Perì léxeos*), muestra de sus preocupaciones retóricas (*FGrHist* 70, F 6 y 107-108). También ha sido uno de los candidatos a la autoría de las *Helénicas de Oxirrinco* (véase epígrafe 6.2.2), desechado por motivos cronológicos y por las características de su obra histórica. Pero, sobre todo, fue admirado en la antigüedad por haber sido el primero en componer una "historia universal" (es lo que le reconoce Polibio, V 33, 2 = *FGrHist* 70, T 7), citada con el título de *Historias*, que sería su gran contribución al ideario panhelenista de su maestro Isócrates,

pues, en cierto modo, constituye una historia común de todos los griegos desde los tiempos más antiguos.

7.1.1. *Contenidos y estructura de las* Historias: *la composición* katà génos

En sus veintinueve libros, *Historias* (*Historíai*) narraba, en efecto, tanto la historia de los griegos como la de los pueblos bárbaros que tuvieron relación con ellos (en eso estriba la "universalidad" de la obra), desde el retorno de los Heráclidas –la forma mítica de los primeros asentamientos dorios en el Peloponeso– hasta el comienzo de la guerra sagrada (356 a. C.). Su hijo Demófilo le habría añadido un libro más para continuar el relato hasta el asedio de Perinto por Filipo II (340 a. C.). Cubría, así pues, un espacio de tiempo de unos setecientos treinta años, según el cálculo realizado por el propio Éforo, citado por Clemente de Alejandría (*Stromata* I 139, 4 = *FGrHist* 70, F 223; Diodoro habla de setecientos cincuenta años en total hasta el asedio de Perinto; XVI 76, 5 = *FGrHist* 70, T 10), que había contado setecientos treinta y cinco años desde el retorno de los Heráclidas hasta el paso de Alejandro a Asia (335 a. C.).

Historias aumentaba, por lo tanto, el espacio histórico establecido por Heródoto (no anterior a tres generaciones desde las Guerras Médicas) y llevaba la historia de Grecia con cautela (véase más abajo), pero sin las prevenciones de Tucídides en la "arqueología" de la *Historia de la guerra del Peloponeso*, hasta lo que él consideró el primer hecho plenamente histórico, protagonizado por seres humanos y no por los héroes del mito. Consiguió así Éforo componer una historia universal y que abarcaba todos los tiempos.

Es razonable que Éforo haya escrito y, probablemente, publicado esta gran obra en diversas etapas. Algunos pasajes, que contienen referencias a hechos que sucedieron en fechas posteriores a las del asunto en cuestión, permiten, en todo caso, establecer ciertos momentos de redacción. Así, Éforo debió de redactar el libro II después de la hegemonía tebana protagonizada por Epaminondas (361 a. C.), que ahí se cita en el contexto de la descripción geográfica de Beocia (*FGrHist* 70, F 119; véase texto 27) y antes de que Naupacto, situada por Éforo bajo control de los locrios, pasara a Etolia (338 a. C.); y el libro IV, después del año 356 a. C., ya que en él refiere que la ciudad tracia de Datos cambió su nombre por Filipos tras su conquista por el rey de Macedonia (*FGrHist* 70, F 37), lo que pudo verificarse durante las campañas contra Tracia de ese año. Asimismo, el libro XXV, que cita la destrucción de Tebas, sería posterior al año 335 a. C., fecha en que Alejandro arrasó la ciudad beocia, y, en general,

los últimos libros debieron de escribirse bajo el reinado de Alejandro Magno, a quien se alude en diversas ocasiones, y después de la publicación de las *Helénicas* de Calístenes (343-335 a. C.), que, según Porfirio (*FGrHist* 70, T 17), Éforo ha usado como fuente. Combinando las fechas de la posible composición de los primeros y de los últimos libros de las *Historias*, se podría concluir que Éforo escribió su obra entre los años 360 y 335 a. C. o, quizá, menos probablemente, de una sola vez en torno a ese último año.

Lamentablemente, tan sólo han llegado hasta nosotros unos doscientos fragmentos de *Historias* (*FGrHist* 70, F 7-96 y 109-221); muchos son simples referencias toponímicas de los léxicos bizantinos, y los pasajes más sustanciosos proceden de Diodoro y de Estrabón. G. L. Barber (1935: 173-174), no obstante, ha conjeturado una posible estructura y distribución general de sus contenidos a partir de los testimonios y los fragmentos conservados (véase cuadro 7.1).

Cuadro 7.1. *Contenidos de las* Historias *de Éforo (a partir de G. L. Barber, 1935: 173-174)*

Libros	*Contenidos*
I	Asentamiento de los dorios en el Peloponeso
II	Grecia central, occidental y septentrional
III	Atenas, Eubea y Jonia
IV	Europa
V	Asia-África
VI	Esparta. Siglos VIII-VII a. C.
VII	Sicilia. Colonización griega del Mediterráneo occidental
VIII-IX	Imperio persa. La revuelta jonia (?)
X	Guerras Médicas
XI	La pentecontecia
XII	Sicilia. Años 500(?)-449 a. C.
XIII	Guerra Arquidámica
XIV	Petición de Leontinos a Atenas (427 a. C.) y expedición ateniense contra Sicilia
XV	Guerra Decélica
XVI	Sicilia. Años 409-392 a. C.
XVII	La anábasis
XVIII	Tibrón, Dercílidas y Agesilao en Asia Menor. Años 399-395 a. C.

(.../...)

XIX	Guerra Corintia. Paz del rey. Años 395-386 a. C.
XX	Toma de Mantinea por Esparta. Alianza de Atenas y Tebas. Años 385-378 a. C.
XXI	Invasión de Beocia por Agesilao. Paz de Calias. Años 378-371 a. C.
XXII	Leuctra. Primera campaña de Epaminondas contra el Peloponeso. Años 371-370 a. C.
XXIII	Segunda campaña de Epaminondas contra el Peloponeso. Años 369-367 a. C.
XXIV	Tercera campaña de Epaminondas contra el Peloponeso. Años 367-365 a. C.
XXV	Destrucción de Orcómenos. Batalla de Mantinea. Años 364-362 a. C.
XXVI	Egipto y Persia
XXVII	Ascensión de Filipo. Sitio de Perinto. Años 359-341 a. C.
XXVIII	Sicilia. Años 392-367 a. C.
XXIX	Sicilia. Años 367-344 (?) a. C.
XXX	Guerra Sagrada (Demófilo)

En su conjunto, el material parece responder a una determinada secuencia cronológica. De igual manera, a medida que la obra avanza en el tiempo, Éforo va incrementando el espacio dedicado y casi la mitad de la obra se consagra a relatar los últimos setenta y cinco años; es decir, una décima parte del total de años historiados. Es de creer que nuestro autor dispuso de una información mayor y más fiable para la historia más reciente y que por ello la narración habría ido ganando en amplitud y detalle.

Pero lo más peculiar de *Historias* desde el punto de vista metodológico y organizativo consiste en que, según el testimonio de Diodoro, el de Cime iniciaba cada libro con un proemio (XVI 76, 5 = *FGrHist* 70, T 10) y había dispuesto el material historiable *katà génos* (V 1, 4 = *FGrHist* 70, T 11). Esto es, parece que Éforo mismo, quizá para favorecer la publicación y difusión de su obra, dividió en libros las *Historias,* y que, para la organización de los sucesos históricos, utilizó un criterio temático y no el riguroso criterio cronológico de años y estaciones concebido por Tucídides. El proemio, además de las cuestiones metodológicas y justificativas acostumbradas, indicaría el lugar del libro en el conjunto de la obra. La expresión *katà génos* haría referencia, por otro lado, a la distribución temática general de las *Historias*. Nuestro autor habría agrupado hechos relacionados (en un tiempo, en un espacio, por analogía, por contraposición, etc.) y los habría narrado sin interrupción durante un período de tiempo enmarcado entre momentos significativos. Así, por ejemplo, cuenta la historia más remota de la Grecia continental en los

tres primeros libros utilizando el cómputo por generaciones (que sólo parece emplear en el relato de los tiempos más antiguos); las descripciones geográficas de los continentes que van a estar implicados en su obra las hace, a modo de gran digresión, a lo largo de los libros IV y V: a Europa le dedica el libro IV y a Asia-África, el libro V; las Guerras Médicas se narran en el libro X; la pentecontecia, en el XI; la Guerra del Peloponeso, en los libros XIII (Guerra Arquidámica), XIV (campaña siciliana) y XV (Guerra Decélica); la hegemonía espartana, en los libros XVIII a XXI; la ascensión de Filipo al trono y sus campañas militares, en el XXVII; etc. Cada libro tendría homogeneidad temática y, las más de las veces, geográfica; pero desconocemos (éste ha sido uno de los asuntos más debatidos de *Historias;* véase R. Drews, 1963) si el resultado final fue una simple adición de libros un tanto autónomos que trataban, respectivamente, de hechos de Grecia (*Helleniká*), de Persia (*Persiká*), de Sicilia (*Sikeliká*), de Macedonia (*Makedoniká*), etc. (los grandes temas de la historiografía griega hasta su época), o si Éforo conectaba hechos que se narraban en libros diversos por suceder en lugares distintos pero que históricamente estaban interrelacionados (piénsese por ejemplo en las Guerras Médicas). Es probable que el de Cime intentara esto último y que, además del esquema temático general, utilizara algún tipo de sincronías con el objetivo de conjugar las ordenaciones geográfica y cronológica de los sucesos históricos. Ya en la antigüedad se había notado que Éforo se repetía a menudo. Unas veces empleaba prácticamente las mismas palabras para narrar sucesos distintos (Polibio VI 46, 10); pero otras, se volvían a narrar los mismos hechos sin variar mucho; quizá fuese porque se veía en la necesidad de reiterar ciertos acontecimientos con el objetivo de establecer relaciones temporales y de dar coherencia al discurso histórico general.

Las *Historias* no sólo relataban los hechos políticos y militares de los griegos y de los bárbaros. Éforo daba cabida a todo tipo de digresiones; las más de las veces de carácter geográfico y etnográfico y de sabor herodoteo, en las que quedaba reflejada su propia postura intelectual. Además, de acuerdo con su concepción didáctico-moral de la historiografía, el de Cime solía emitir sus propias valoraciones sobre los más diversos asuntos, alababa las nobles acciones, censuraba a quienes no actuaban de manera ejemplar y presentaba modelos de conducta. Así, por ejemplo, cuando describe la geografía de Beocia en el libro II, Éforo emite su particular juicio sobre las causas del fracaso de Beocia como gran potencia, a pesar de la excelente disposición geográfica de la que gozaba, y de la efímera hegemonía sobre Grecia detentada por Tebas –tan sólo durante el mandato de Epaminondas– (*FGrHist* 70, F 119; véase texto 27). El fracaso se atribuye por nuestro autor a la exclusiva atención que prestaron los tebanos a la formación militar, despreocupándose de "las letras y del conocimiento

del hombre". A partir de este fragmento se ha considerado (A. Momigliano) que *Historias* constituía, sobre todo, un relato de las distintas hegemonías habidas en Grecia, valoradas por Éforo en virtud de su convicción de que un pueblo que careciese de educación y de altos ideales de cultura (*paideía*) no podía mantener su poder durante mucho tiempo. Sería la primera vez en la historiografía que un autor pondera el valor de la *paideía* como factor de poder político.

Al libro IV pertenece una de las digresiones más célebres y polémicas: la dedicada a describir el peculiar modo de vida comunitario de los cretenses y su constitución política, que hunde sus raíces, según nuestro autor, nada menos que en Minos y Radamantis (*FGrHist* 70, F 147). Para Éforo, la constitución política de los cretenses se fundamentaba en un principio básico: la libertad, que sólo es posible preservar con la concordia entre los ciudadanos y el coraje frente a los enemigos; la primera se conseguiría por medio de la convivencia plena entre adultos y jóvenes y de un régimen de vida austero, que suprimiría las disensiones que se producen a causa de la codicia y el lujo; la segunda, mediante un duro entrenamiento militar (*FGrHist* 70, F 148-149). Las semejanzas señaladas por Éforo entre esta constitución y la que fijó Licurgo para Esparta se deberían a que Licurgo había estado en Creta y copiado sus leyes, que, desde luego, eran más antiguas que las espartanas: Polibio, sin embargo, gran aficionado al estudio de las constituciones políticas, que considera claves en la trayectoria histórica de los pueblos (véase epígrafe 11.7), discute la opinión de Éforo y considera más digna de alabanza la constitución espartana, que –afirma– no se parece en nada a la cretense (VI 45-46).

Esa idea de la comunidad de bienes y de la frugalidad en el régimen de vida como base de la concordia y de la libertad aparece también en otra digresión del libro IV (*FGrHist* 70, F 42) referida a un pueblo bárbaro, los escitas, en la que se incluye una interesante, por poco común, valoración positiva de sus costumbres. Contra los escritores que tan sólo habían destacado su crueldad y canibalismo, Éforo, basándose en los testimonios de Homero, Hesíodo y Quérilo, recupera la memoria de unos escitas "bebedores de leche" que más bien habría que adoptar como modelos, pues aventajan a todos por su sentido de la justicia. Además, escribe Éforo, "al ser sencillos en sus modos de vida y no dedicarse al comercio, gozan de buen gobierno entre sí, y, al tener en común todos sus bienes, mujeres, hijos y toda descendencia, son invencibles e irreductibles para los de fuera, ya que no poseen nada por lo que ser esclavizados". A ese pueblo pertenecía el sabio Anacarsis, considerado uno de los siete sabios por su elevado sentido de la justicia e inteligencia, inventor de los fuelles de forja, del ancla de doble punta y del torno del alfarero.

7.1.2. *Carácter y valoración de las* Historias

Éforo parece que se propuso escribir una historia documentada, precisa y veraz, cualidades muy valoradas en el oficio historiográfico desde Tucídides. Nuestro autor pasa por ser, efectivamente, uno de los autores más rigurosos (*akribéstatos*) de la antigüedad (*FGrHist* 70, T 14a y 16, testimonios, respectivamente, de Josefo y de Diodoro). Ya en el proemio de su obra hace gala de su actitud crítica general y de su cautela con respecto a lo que podemos saber acerca del pasado remoto, quizá lo que mayores problemas le planteaba. Allí asienta un principio metodológico admirable, que es todavía hoy una base fundamental de la crítica histórica:

> Tenemos por muy creíbles a quienes han relatado con la mayor precisión los hechos sucedidos en nuestro tiempo, pero no consideramos que son muy de fiar quienes han hecho lo propio con los hechos antiguos, pues pensamos que no es lógico que se recuerden, después de tantos años, ni todos los hechos ni la mayoría de los discursos (*FGrHist* 70, F 9).

En otro lugar, citado por Estrabón, dice que se ha propuesto examinar con extrema minuciosidad aquellos hechos que presentan puntos oscuros y han dado lugar a interpretaciones equivocadas y él mismo intenta aportar el mayor número de pruebas y evidencias (inscripciones, documentos, topónimos, etc.) para apoyar su versión (X 3, 3 = *FGrHist* 70, F 122a). Estrabón, quien reconoce que utiliza a Éforo más que a ningún otro autor por el cuidado que aplica a su materia, refiere que el de Cime aspiraba a la verdad por encima de todo y que censuraba a quienes introducían mitos en sus escritos históricos. Pero le reprocha que a veces haga lo contrario de lo que se ha propuesto, por considerar, por ejemplo, en su relato de la fundación del oráculo de Delfos, a Apolo, Temis, Titio y Pitón como personajes reales y no míticos (IX 3, 11-12 = *FGrHist* 70, F 31b; véase texto 28). En todo caso, el mito aparece ahí completamente racionalizado y no deja de ser interesante el carácter moral y civilizatorio que Éforo concede al oráculo délfico.

Por su parte, Polibio le reprobaba, como a Teopompo y a Timeo, que fuera uno de esos historiadores a los que llama "eruditos librescos", porque lo que sabía se lo debía a los libros y no a una auténtica experiencia política y militar; se le nota –dice Polibio– en las descripciones de batallas terrestres, como las de Leuctra y Mantinea, donde Éforo hace el ridículo y se muestra inexperto en las artes militares (XII 25f-25g = *FGrHist* 70, T 20; véase epígrafe 11.6). Éforo habría escrito sus *Historias* a partir no de testimonios directos, procedentes de su propia experiencia (*autopsía*) o de la interrogación a testigos oculares (*akoé*), sino de la investigación de fuentes escritas, tanto literarias como

no literarias (la misma metodología que había seguido Helánico de Lesbos, por la que también se ganó la crítica de Porfirio y de Clemente de Alejandría; véase epígrafe 2.4). Quizá nuestro autor no tuvo más remedio que proceder de esa manera, al menos para una parte importante de su obra, habida cuenta del objeto de su trabajo: una historia universal desde los tiempos más antiguos (no una historia contemporánea como la de Tucídides o la de Jenofonte); pues él mismo reconoce, según Polibio, que "si nos fuera posible ser testigos presenciales de todos los hechos, esta experiencia sería muy distinta de las otras" (XII 27, 7 = *FGrHist* 70, F 110).

Ciertamente, las obras de casi todos los historiadores conocidos que precedieron a Éforo debieron de pasar por sus manos (Hecateo, Carón de Lámpsaco, Heródoto, Helánico, Antíoco de Siracusa, Tucídides, Jenofonte, Ctesias, *Helénicas de Oxirrinco*, Filisto, Anaxímenes, Calístenes, historiadores locales del Ática, de Beocia, etc.), al igual que las de poetas como Homero, Hesíodo, Tirteo, Alcmán, Quérilo, Éupolis o Aristófanes. Y también se sirvió de materiales de primera mano como documentos, inscripciones y epigramas, que en muchos casos no debió de ver personalmente. De todo ello hay huellas en su obra (véase Barber, 1935: 113-137).

Tamaña labor de acopio e investigación de fuentes es de por sí de un enorme valor. Pero Éforo no parece haber sido un mero compilador, sino que realizó una gran labor de investigación y de crítica histórica, distinguiendo la obra u obras que, según su criterio, revestían mayor autoridad sobre un período o suceso determinado. Para escribir la historia de Grecia durante las primeras décadas del siglo IV a. C. puede acudir a obras mejor fundadas que las *Helénicas* de Jenofonte, por ejemplo las *Helénicas de Oxirrinco* (que es por mediación de Éforo como han llegado a Diodoro; véase epígrafe 6.2); pero tiene en cuenta su relato de la expedición de Ciro (la *Anábasis*), donde el propio Jenofonte fue protagonista importante. Sin embargo, cuando, en el curso de la historia de los Diez mil, hay que hablar de los asuntos persas, es Ctesias, en su condición de médico de la corte persa, la fuente más autorizada (G. Scheppens, 1977: 113). Por lo demás, aunque las obras de los historiadores anteriores constituyan su punto de partida, en ocasiones, sobre todo en los sucesos más antiguos, discrepa de sus datos y echa mano de documentos políticos, epigráficos, oraculares, arqueológicos, etc., a los que da el carácter de evidencias, o argumenta a partir de nombres de lugares o de personas o de instituciones para apoyar lo que él cree la versión correcta de los hechos. En virtud de esas evidencias, dice, por ejemplo, que Helánico se equivoca (*FGrHist* 70, T 30a) y le corrige abiertamente. He aquí sus discrepancias, según Estrabón, con respecto a la labor de Licurgo, el ancestral legislador de Esparta:

> Helánico afirma que fueron Eurístines y Procles quienes establecieron la constitución [de Esparta], pero Éforo desestima esa opinión y critica a Helánico por no mencionar en ninguna parte a Licurgo y por atribuir la obra de éste a personas que no tienen nada que ver con él; sólo a Licurgo, dice Éforo, se le ha honrado con la construcción de un templo y con la celebración de sacrificios anuales (VIII 5, 5 = *FGrHist* 70, F 118).

En lo que al estilo se refiere, la tradicional adscripción de Éforo a la escuela de Isócrates y, en consecuencia, a la orientación retórica de la historiografía nos hace suponer que el de Cnido ha prestado una atención exquisita a la forma y a sus aspectos rítmicos y que ha usado los grandes períodos, los paralelismos, los *isókola,* las antítesis, los quiasmos tan característicos de su maestro. Lo cierto es que, sin llegar a la deslumbrante exhibición de prosa de arte de Isócrates, en los fragmentos conservados de las *Historias* apreciamos la ausencia de hiatos (excepto alguna vez entre el artículo y el nombre), las figuras usuales del lenguaje, la sinonimia, ejemplos de paralelismos, de antítesis, de cláusulas rítmicas, etc., rasgos que, sin duda, reflejan preocupación estilística (véanse *FGrHist* 70, F 9 y F 71, dos citas literales que descubren una composición cuidada, con frases y cláusulas en paralelo, antítesis y sinónimos). Y, sin embargo, algunos críticos de la antigüedad consideran a Éforo un pobre imitador de Isócrates (Dionisio de Halicarnaso, *Sobre Iseo* 19 = *FGrHist* 70, T 24a), tachan su estilo de pobre y poco ágil y recuerdan aquella anécdota que hace de él un alumno menos avanzado que Teopompo, pues Isócrates "tenía que usar con Éforo la espuela y el freno con Teopompo; al uno lo frenaba exultante en su audacia verbal, y al otro, indeciso y como avergonzado, tenía que espolearlo" (*FGrHist* 70, T 28b). Pero Polibio, que emplea un criticismo excesivo con sus predecesores, alaba la habilidad narrativa de Éforo y lo pone de modelo contra quienes pensaban que "el género literario de los discursos epidícticos exige más condiciones naturales, más esfuerzo y más preparación que el género histórico" (XII 28, 10 = *FGrHist* 70, T 23).

En todo caso, gracias a las cualidades históricas y formales de su obra, nuestro autor se ganó un puesto entre los diez historiadores del canon, una prueba del nivel de difusión y de aceptación de sus *Historias* en la antigüedad. Éforo, a su vez, habría sido un magnífico catalizador de obras históricas anteriores. Sin la labor de los logógrafos y de los historiadores que le precedieron hubiera resultado imposible componer una obra como las *Historias.* Y él mismo tuvo sus propios continuadores: Diilo de Atenas, por ejemplo, hijo del atidógrafo Fanodemo, compuso otros veintiséis libros de *Historias* en los que partió del final del relato de Éforo y narró los hechos de Grecia y de los bárbaros hasta la muerte de Filipo (*FGrHist* 73, T 2). Hasta el muy estricto Polibio tuvo en cuenta la obra y la metodología de nuestro autor en su *Historia.* Y Diodoro de Sicilia

no sólo imitó su disposición *katà génos*, sino que se sirvió de la obra del historiador de Cnido para escribir, sobre todo, los libros XI-XV de su *Biblioteca Histórica*. Estrabón, en fin, declara (X 3, 5 = *FGrHist* 70, T 18) que ni en asuntos de geografía ni en relación con la historia antigua de Grecia ha encontrado un escritor de más autoridad que Éforo, a quien sigue en numerosas ocasiones.

Para nosotros, Éforo constituye, directa o indirectamente, una de las bases fundamentales para el conocimiento de la historia de Grecia y de su ámbito de influencia hasta el siglo IV a. C. Además, su universalismo, imitado en la época helenística y en la imperial romana por Polibio, Diodoro de Sicilia, Nicolás de Damasco, Pompeyo Trogo y Estrabón, entre otros, abrió una nueva y original orientación metodológica en la investigación histórica llamada a tener una gran trascendencia en la historiografía occidental.

7.2. Teopompo de Quíos

Tampoco es mucho lo que sabemos sobre la vida de Teopompo (buenos estudios de conjunto sobre Teopompo son los de P. Pédech, 1989, G. S. Shrimpton, 1991 y M. R. Flower, 1994). El patriarca bizantino Focio le dedica un epígrafe –el 176– en su *Biblioteca* y es quien más datos nos ofrece al respecto (*FGrHist* 115, T 2, 3a, 5a, 18, 31 y 34). Dice Focio que Teopompo tuvo que exiliarse de su natal Quíos junto a su padre, acusado de simpatizar con Esparta, y que volvió a la isla a la edad de cuarenta y cinco años gracias a las disposiciones dictadas a los de Quíos por Alejandro de Macedonia (*FGrHist* 115, T 2). Así que, si el dato es cierto, como esa primera restitución de exiliados ordenada por Alejandro se sitúa en torno al año 334 a. C., nuestro autor debió de nacer hacia el año 379 a. C.; es decir, habría tenido su *akmé* (situada por los griegos a los cuarenta años) en torno al año de la victoria de Filipo frente a los atenienses en Queronea (338 a. C.). Para esa fecha, Teopompo habría aprendido retórica en la escuela de Isócrates; habría ejercido de orador profesional, pronunciando discursos de tipo epidíctico a imitación de su maestro (el léxico de la *Suda* no lo califica de *historikós*, sino de *rhétor*; *FGrHist* 115, T 1); habría intervenido con un discurso epitafio (en concurrencia con el propio Isócrates, con Teodectes y con Náucrates) en los funerales del rey Mausolo de Caria (hacia el 352-351 a. C.; lo refieren la *Suda* y Aulo Gelio = *FGrHist* 115, T 6a y 6b), se habría percatado de la importancia histórica de Filipo, rey de Macedonia desde el año 360 a. C., y de su influencia en los asuntos griegos, y, en la corte macedónica, habría pasado una larga temporada (según una carta atribuida al platónico Espeusipo dirigida al mismo Filipo = *FGrHist* 115,

T 7; la carta parece ser una invectiva contra Isócrates y su escuela). Aún debió de sobrevivir a Alejandro Magno, pues, a la muerte del sucesor de Filipo (323 a. C.), cuenta Focio (*FGrHist* 115, T 2), tuvo que abandonar de nuevo la isla y, tras un largo peregrinaje porque no era bien recibido en ningún lugar, recaló en el Egipto de Ptolomeo; pero el rey ordenó eliminarlo por intrigante (*polyprágmon*), y pudo salvarse gracias a la ayuda de sus amigos. La anécdota y el que uno de los fragmentos conservados refiera todavía acontecimientos del año 324 a. C. (*FGrHist* 115, F 330) permiten situar la fecha de su muerte en torno al año 320 a. C.

Ha sido, así pues, nuestro autor, en Quíos, Atenas, Macedonia o Egipto, un testigo excepcional de los principales avatares históricos del convulso siglo IV a. C., desde la tercera guerra sagrada (357-346 a. C.) hasta el reparto del inmenso legado de Alejandro entre sus generales, pasando por aquel largo conflicto entre Filipo y la Atenas de Demóstenes que no terminó hasta la batalla de Queronea (338 a. C.); y, además, conoció a sus principales protagonistas. Durante todo ese tiempo Teopompo escribió con profusión, aunque toda su obra ha quedado reducida para nosotros a los cuatrocientos once fragmentos compilados por Jacoby. Escribe Focio (*FGrHist* 115, F 25), citando palabras del propio Teopompo, que, primero, se dedicó a componer discursos y que con ellos había conmemorado los más importantes acontecimientos en las principales ciudades de Grecia. Pero, de las cerca de veinte mil líneas que dice que ocupaban esos discursos, no tenemos más que algunos títulos, suministrados, sobre todo, por una lista de libros de Rodas de hacia finales del siglo II a. C. (*FGrHist* 115, T 48), de los que se intuye un contenido fundamentalmente epidíctico. Tampoco podemos leer prácticamente nada de su *Carta a Filipo* (*FGrHist* 115, F 250), de sus *Consejos a Alejandro* (*FGrHist* 115, F 251-253) ni de las llamadas *Cartas de Quíos* (*FGrHist* 115, F 254a y b), que, anota el léxico de la *Suda*, fueron escritas a Alejandro para quejarse de sus conciudadanos (*FGrHist* 115, T 8); y un único fragmento ha sobrevivido de su diatriba *Contra la escuela de Platón* (*FGrHist* 115, F 259).

Pero su obra más relevante es la historiográfica. El patriarca Focio habla de un total de ciento cincuenta mil líneas (*FGrHist* 115, F 25), que, para hacernos una idea del tamaño de su pérdida, suponen ocho o diez veces la extensión de las obras de Heródoto o de Tucídides. El conjunto ocupaba setenta y dos libros y estaba integrado por un *Epítome de las Historias de Heródoto* (*Epitomè tôn Herodótou Historiôn*) en dos libros, doce libros de *Helénicas o Historias de Grecia* (*Hellenikaì Historíai*) y el resto, cincuenta y ocho libros, pertenecen a *Filípicas o Historias de Filipo* (*Philippikaì Historíai*). Algunos críticos modernos también le atribuyen las llamadas *Helénicas de Oxirrinco*, aunque hay razones cronológicas y de estilo que ponen en entredicho tal atribución (véase epígrafe 6.2.2).

Pero veamos, en la medida en que los fragmentos y testimonios conservados nos lo permitan, el contenido y el carácter de cada una de esas obras historiográficas, cuyas fechas de composición, según Shrimpton (1991: 5-6), podrían situarse en torno al año 360 a. C. para el *Epítome*, la década del 350 a. C. para las *Helénicas* y la del 340 a. C. en adelante para su *magnum opus*, las *Filípicas*, que es a la que más tiempo de su vida habría dedicado.

7.2.1. *Epítome de las* Historias *de Heródoto*

Por el título (pues tan sólo tenemos cuatro fragmentos constituidos por cuatro palabras que interesaron a los lexicógrafos por su sentido y empleo peculiar; *FGrHist* 115, F 1-4), se trataría de un resumen en dos libros de la obra del historiador de Halicarnaso, lo que no deja de ser un testimonio de la autoridad en la época de Teopompo del considerado "padre de la historia" (véase epígrafe 3.7), ya sea una composición temprana de carácter escolar, ya sea un resumen encargado a propósito para uso de Filipo o de Alejandro. Es probable que la *Historia* de Heródoto se viera despojada de la mayoría de las digresiones y que se centrara en la exposición del origen y desarrollo de las Guerras Médicas con atención especial a las acciones de sus protagonistas persas y griegos. Hay, no obstante, estudiosos que han considerado el *Epítome* como una parte inicial de *Filípicas*; sería, en ese caso, una de esas digresiones retrospectivas que tenían un carácter tan autónomo que pudieron circular de manera independiente. De cualquier modo, el *Epítome* de Teopompo inaugura un tipo de literatura histórica llamado a tener un gran auge en las épocas posteriores, que, en muchos casos, causará la pérdida irremediable de las obras originales extractadas.

7.2.2. Helénicas

Con las *Helénicas* nuestro autor se suma al grupo de historiadores que en el siglo IV a. C. se propusieron continuar la *Historia* inacabada de Tucídides: Jenofonte, Cratipo y el autor de las *Helénicas de Oxirrinco*. Jenofonte, en efecto, retomó en sus *Helénicas* el hilo narrativo de la *Historia de la guerra del Peloponeso*, que Tucídides había dejado en el año 411 a. C., y lo llevó hasta la segunda batalla de Mantinea (362 a. C.; véase epígrafe 5.2). Del ateniense Cratipo sólo sabemos que fue autor de una continuación de la obra de Tucídides (*FGrHist* 64). Hay quien le atribuye también la autoría de las *Helénicas de Oxirrinco* (véase epígrafe 6.2.2), cuyo relato se extiende al menos hasta el año 395 a. C. En el caso

de Teopompo, su historia comenzaría también en el año 411 a. C., con la batalla de Cinosema, y la habría interrumpido en el año de la batalla naval de Cnido (394 a. C.) (*FGrHist* 115, T 14), aunque es probable que en su plan inicial estuviese llegar hasta los sucesos de Leuctra (371 a. C.), como escribe Polibio (VIII 11, 3). Nuestro autor se habría propuesto contestar al autor de las *Helénicas de Oxirrinco*, cuyo enfoque era excesivamente "continental", y habría adoptado la perspectiva "externa" de un ciudadano de Quíos o de un jonio habitante en la costa asiática, y se habría empeñado en mostrar la importancia de esas regiones "periféricas" en la historia de Grecia (Shrimpton, 1991: 35).

Los escasos diecinueve fragmentos seguros identificados (*FGrHist* 115, F 5-23), muchos de ellos simples topónimos citados por lexicógrafos, no suministran demasiada información acerca de la metodología historiográfica, la estructura, la ordenación cronológica o el estilo de esta obra. P. Pédech (véase cuadro 7.2) ha trazado un esquema aproximado de los contenidos de las *Helénicas* a partir de los escasos indicios de los textos conservados. Por su extensión original, doce libros para diecisiete años de acontecimientos (frente a los siete de las *Helénicas* de Jenofonte para casi cincuenta años), se supone que Teopompo gustaba de la precisión en la narración de los hechos, de las descripciones geográficas y de las caracterizaciones de los personajes. El autor anónimo de la *Vida de Tucídides* (*FGrHist* 115, F 5) cita expresamente la precisión con la que Teopompo relató los acontecimientos históricos que completaban la *Historia* de Tucídides hasta el final de la Guerra del Peloponeso.

Cuadro 7.2. ***Contenidos de las*** **Helénicas** ***(a partir de P. Pédech, 1989: 58)***

Libros	*Contenidos*	*Años*
I-IV	Fin de la Guerra del Peloponeso	411-404 a. C.
V	Organización del imperio espartano. Régimen de los Treinta Tiranos en Atenas. Restauración de la democracia	404-403 a. C.
VI	Guerra de la Élide. Expedición de los Diez mil	402-401 a. C.
VII	Conspiración de Cinadón en Esparta. Tibrón en Asia Menor. Fin de la expedición de los Diez mil	401-399 a. C.
VIII	Campaña de Dercílidas en Asia Menor. Conón prepara la guerra naval	399-397 a. C.
IX	Coalición contra Esparta. Agesilao en Asia	397-396 a. C.
X	Guerra de Corinto. Primeras hostilidades. Muerte de Lisandro	396-395 a. C.
XI-XII	Batalla de Nemea. Regreso de Agesilao y victoria en Coronea. Batalla de Cnido	395-394 a. C.

Quizá el fragmento conservado más interesante de las *Helénicas* sea el que describe la personalidad de Lisandro, el espartano que dirigió la invasión de Beocia en el año 395 a. C. y murió en el transcurso del combate ante la ciudad de Haliarto. El fragmento pertenece seguramente al elogio fúnebre que Teopompo le habría dedicado en el libro X y, con las debidas cautelas, al tratarse de una pieza que debía responder a las exigencias propias del género, sería indicativo de su particular enfoque histórico y de su interés por las apreciaciones morales y psicológicas. "Casi todos cuentan que Pausanias y Lisandro eran famosos por su vida licenciosa" –escribe Ateneo– "[...] pero Teopompo en el libro X de las *Helénicas* dice lo contrario sobre Lisandro: 'era laborioso, hábil en tratar tanto a hombres particulares como a reyes, moderado y por encima de todos los placeres. En efecto, aunque se convirtió en soberano de casi toda Grecia, en ninguna ciudad apareció arrojándose en los placeres sexuales ni dándose a la borrachera o a bebidas extemporáneas'" (XII 61, 543 b-c = *FGrHist* 115, F 20). Plutarco debió de tomar para su *Vida de Lisandro* tanto esos rasgos positivos que Teopompo atribuía al espartano, como los menos favorables de Éforo (o de alguna otra fuente), quien había referido sus intentos de sobornar a los oráculos de Delfos y de Dodona para que le otorgasen la dignidad real que por nacimiento no había obtenido (*Lisandro* 25, 3 = *FGrHist* 70, F 206). El de Queronea se habría percatado de la benevolencia, en este caso, de Teopompo, a quien dice, no obstante, que hay que darle más crédito cuando alaba –porque eso lo hacía raramente– que cuando censura (*Lisandro* 25, 3 = *FGrHist* 115, F 333).

Evidentemente, no podemos valorar el estilo narrativo de las *Helénicas*. Tan sólo tenemos el comentario desfavorable de Porfirio (transmitido por Eusebio) que acusa a Teopompo de haber plagiado en el libro XI el relato que hace Jenofonte del encuentro entre Farnabazo y Agesilao (*Helénicas* IV 1, 29-40); pero dice que Teopompo lo empeora y lo convierte en "lento, sin vida y vacío; pues, al afanarse, por el plagio, en poner y mostrar fuerza de expresión y perfección, parece torpe, pesado y semejante a un moroso, destruyendo la viveza y energía de Jenofonte" (*FGrHist* 115, F 21).

7.2.3. Filípicas

Es probable que, a raíz de lo que estaba sucediendo en Grecia en el momento en que escribía las *Helénicas*, nuestro autor decidiera abandonar el proyecto original para reorientar su perspectiva historiográfica y cambiara su historia del inmediato pasado de Grecia, basada sobre todo en documentos, por

una historia contemporánea en la que primaba la experiencia personal fruto de sus viajes y de sus contactos con personajes importantes de la época. Como Isócrates, que en el año 346 a. C. dirige a Filipo un discurso (el V de la colección isocratea y uno de los más leídos en épocas posteriores) proponiéndole acaudillar a los griegos en su lucha contra los persas, o como, de otra manera, Demóstenes, que en el año 351 a. C. pronunció ante los atenienses su primer discurso *Contra Filipo*, también Teopompo advertiría, hacia la década del 340 a. C., el peso del rey de Macedonia en los acontecimientos que afectaban a los griegos y transformó sus *Helénicas* en *Filípicas*. Es lo que precisamente le reprocha Polibio:

> [Teopompo] pretende enlazar la historia de Grecia allí donde la dejó Tucídides; pero, una vez ha llegado a los hechos de Leuctra, gestas las más famosas entre los griegos, entonces rompe con su propósito inicial, modifica sus planes y se pone a narrar las gestas de Filipo. [...] ¿Qué es lo que fuerza a Teopompo a pasar por alto tantas contradicciones, si no es, ¡por Zeus!, que el propósito que subyacía a su plan originario era honrado, pero que al exponer las gestas de Filipo buscaba su propio interés? (*Historias* VIII 11, 3-6).

Ciertamente, Teopompo dedicaba los cincuenta y ocho libros de sus *Filípicas*, una de las obras más extensas de la historiografía griega, a narrar las hazañas de Filipo de Macedonia, desde su ascensión al trono hasta su asesinato, porque, según declara en el proemio justificativo de la obra (*FGrHist* 115, F 27), Filipo fue un personaje único en la historia de Europa. Pero *Filípicas* no es sólo una historia de Filipo, ni mucho menos constituye una historia encomiástica, que es probablemente lo que esperaba el sorprendido Polibio. El historiador de Megalópolis condena, justamente, la acritud e incoherencia de Teopompo, quien, tras justificar en el proemio la importancia histórica de Filipo, lo muestra "a lo largo de su obra como hombre extraordinariamente mujeriego, tanto que sus vicios en este aspecto y sus pasiones llegaron a arruinar a su familia" (VIII 9, 1-2) y "no hay crimen ni vileza que no le impute" (VIII 11, 2). Quizá se trate de una táctica para ganar credibilidad, sugiere Polibio: "Da la impresión de haber supuesto que una injuria infundada y forzada le haría más digno de confianza y convertiría en más merecedores de crédito sus elogios dirigidos a Filipo" (VIII 11, 2).

Esta inmensa obra, aparte de narrar con todo lujo de detalles los hechos políticos y militares del rey de Macedonia en el marco de la historia de Grecia desde el año 360 al 336 a. C., debía de incluir una historia de Asia Menor desde el año 380 hasta el 336 a. C. y una historia de Sicilia desde el 405 hasta el 344 a. C. Además, debía de estar llena de digresiones de todo tipo (relatos míticos,

de fundaciones, de cosas asombrosas *–thaumásia–*, descripciones geográficas, de costumbres, de ritos, etopeyas de personajes, etc.), que no siempre estaban relacionadas con las acciones y campañas de Filipo. Tanto es así que, en el siglo II a. C., Filipo V de Macedonia mandó hacer una versión en la que fuera eliminado todo lo que no tuviera que ver con el padre de Alejandro Magno, y la obra quedó reducida –atestigua Focio (*FGrHist* 115, T 31)– a tan sólo dieciséis libros. El rétor Elio Teón refiere que la frecuencia de esas digresiones y su extensión era tal que hacía perder el hilo principal y el autor debía hacer mención de nuevo de lo dicho con anterioridad (es la antigua técnica de la "composición en anillo"), "pues a lo largo de una digresión encontramos dos o incluso tres y hasta más historias completas en las que no aparecía el nombre de Filipo ni de ningún otro macedonio" (*Ejercicios de Retórica* 80-81 = *FGrHist* 115, T 30). Y, según afirma Dionisio de Halicarnaso (*A Pompeyo* 6, 11 = *FGrHist* 115, T 20a), no siempre eran oportunas, como la historia fabulosa de Sileno (con la descripción de la utópica Merópide) o la del dragón que se enfrenta en combate naval con una trirreme. Tamaña extensión y variedad de contenidos le han debido de exigir a Teopompo un inmenso trabajo, un tiempo considerable y un gran esfuerzo económico (Dionisio de Halicarnaso, *A Pompeyo* 6, 2-4 = *FGrHist* 115, T 20a), invertidos en los viajes, en las entrevistas y en la lectura de la enorme documentación que tuvo que manejar.

De todo ello hemos conservado solamente doscientos veintitrés fragmentos, aunque, probablemente, la mayoría de los ciento treinta y siete compilados por Jacoby sin indicación de obra proceda también de *Filípicas,* que, sin duda, fue su obra más leída en la antigüedad. Muchos son, como es habitual, simples referencias toponímicas citadas por lexicógrafos tardíos (Harpocración o Esteban de Bizancio). Los más extensos son los que proceden de Ateneo que, en general, de acuerdo con los gustos del de Náucratis, glosan los vicios de algún personaje o las costumbres extravagantes de alguna ciudad. A partir de tamaña escasez de testimonios es difícil conocer la estructura y la ordenación cronológica que Teopompo dio a sus *Filípicas*. Pédech (1989: 200-205) y Shrimpton (1991: 60-63) se atreven a conjeturar una distribución de contenidos por libros (véase cuadro 7.3), que muestra seguir más un orden de exposición por temas o episodios (*katà génos*), a la manera de Heródoto o Éforo, que una cronología analística rigurosa (*katàeniautón*), como habían preferido Tucídides o el autor de las *Helénicas de Oxirrinco*.

Los textos transmitidos de *Filípicas* carecen, asimismo, de la extensión suficiente para que podamos apreciar la manera en que nuestro autor narraba e interpretaba los acontecimientos y sus causas, pero sí dejan entrever al historiador de amplias miras, al moralista debelador de los vicios de los gobernantes y al escritor apasionado por la forma artística de la narración que, según la

Cuadro 7.3. *Contenidos de las* Filípicas *(a partir de P. Pédech, 1989: 200-205)*

Libros	*Contenidos*	*Años*
I	Proemio: presentación del autor, tema y método Ascensión de Filipo. Primeras empresas Situación de Grecia	360-359 a. C.
II	Campaña de Filipo en Peonia y en Iliria. Geografía de Iliria (?)	359-358 a. C.
III	Campaña de Filipo contra Anfípolis. Toma de Pidna y de Potidea Expedición a la región del monte Pangeo. Digresión sobre Sesostris Primera intervención en Tesalia	358-356? a. C.
IV	Filipo asedia Metone Comienzo de la Guerra Sagrada Operaciones del ateniense Cares en Tracia	356-353 a. C.
V	Invasión de Tesalia por Filipo Continuación de la Guerra Sagrada	354-353 a. C.
VI	Sucesos del Peloponeso: guerra entre Esparta y Megalópolis Continuación de la Guerra Sagrada	353-352 a. C.
VII	No hay fragmentos	
VIII	Digresiones: *Mirabilia*. La Merópide	
IX	Filipo en Perrebia y en Tesalia. Parada en las Termópilas Nueva campaña en Tracia contra Amadoco Alianza con Cersobleptes Intervención de Filipo en la Guerra Sagrada	353 a. C.
X	Atenas después de la guerra de los aliados Digresión: los demagogos atenienses	
XI	Atenas ante los progresos de Filipo. Isócrates: *Areopagítico*. Demóstenes: *I Filípica*	353-351 a. C.
XII	Primeras conmociones en el imperio persa: revueltas en Egipto bajo Acoris y en Chipre bajo Evágoras	
XIII	Continuación de las revueltas en Egipto bajo Nectanebo y bajo Taco. Papel de los atenienses Ifícrates y Cabrias y de Agesilao en las hostilidades Revuelta de los sátrapas de Asia Menor	379-361 a. C. 366 a. C.
XIV	Continuación de la revuelta de los sátrapas Intrigas de palacio en Susa: muerte del heredero Darío	363-359 a. C.

(.../...)

XV-XIX	Guerra entre Atenas y sus aliados Artajerjes Oco reprime las revueltas de Fenicia y de Egipto	357-355 a. C. 351-343 a. C.
XX	Preliminares de la guerra de Calcídica. Amenazas de Filipo sobre Olinto	352-351 a. C.
XXI	Expedición de Filipo contra los ilirios y los molosos Digresión sobre los países ribereños del Adriático	351 a. C.
XXII	Guerra de Calcídica: primeras hostilidades	349 a. C.
XXIII	Alianza entre Atenas y Olinto Ataque de Filipo contra Olinto	349 a. C.
XXIV	Sitio de Olinto Guerra de Eubea	349-348 a. C.
XXV	Caída de Olinto Continuación de la Guerra Sagrada. Digresión sobre algunas falsificaciones atenienses	348 a. C.
XXVI-XXVII	Guerra de Filipo en Tracia Negociaciones y conclusión de la paz de Filócrates	347-346 a. C.
XXVIII-XXIX	No hay fragmentos. Probablemente digresiones: sobre el oráculo de Delfos (?)	
XXX	Fin de la Guerra Sagrada: derrota de los focidios Reorganización de la administración délfica	346 a. C.
XXXI	No hay fragmentos. Probablemente digresiones: sobre los tesoros robados en Delfos por los focidios (?)	
XXXII-XXXIII	Disturbios en el Peloponeso. Intrigas de Filipo	346-344 a. C.
XXXIV	Campaña desafortunada de Filipo en Iliria (?)	344 a. C.
XXXV-XXXVIII	Historia de Oriente: dinastas independientes de Asia Menor (Clearco, Mausolo, Hermias)	
XXXIX-XLI	Tiranías de Dionisio el Viejo y de Dionisio el Joven	406-344 a. C.
XLII-XLIII	Descripción geográfica de Occidente (Etruria, Iberia)	
XLIV	Filipo reorganiza la Tesalia	344-342 a. C.
XLV-XLVI	Altercados de Filipo con Tebas Nueva guerra contra Cersobleptes	341 a. C.
XLVII-XLVIII	Guerra de Filipo contra Perinto y Bizancio Incidente de Hierón	340 a. C.
XLIX	No hay fragmentos	

(.../...)

L-LIII	Historia de Grecia hasta la batalla de Queronea: guerra de Anfisa; maniobras diplomáticas y operaciones militares	339-338 a. C.
LIV	No hay fragmentos	
LV-LVII	Intervención de Filipo en el Peloponeso	
LVIII	No hay fragmentos. Probablemente constitución de la Liga de Corinto, preparativos de la guerra contra Persia y asesinato de Filipo	337-336 a. C.

tradición, fue Teopompo. En este sentido, quizá uno de los pasajes más ilustrativo sea el que nos transcribe Polibio en el libro VIII de sus *Historias* (*FGrHist* 115, F 225). Polibio cita literalmente el comienzo del libro XLIX de *Filípicas* (véase texto 29) en el que, en efecto, Teopompo realiza una negativa caracterización moral de Filipo y de su corte de compañeros, y, al mismo tiempo, emplea una buena cantidad de figuras retóricas, en especial las "gorgianas", tan queridas por Isócrates (paralelismo antitético, isocolon o parísosis, homeoteleuton), realiza juegos de palabras llenos de sarcástica ironía (*androphónoi* "matadores de hombres", "asesinos"/*andrópornoi* "hombres-prostitutos", "afeminados"; *hetaírous* "compañeros", "amigos"/*hetaíras* "cortesanas", etc.) y evita el hiato. Demetrio, en su tratado *Sobre el estilo*, critica, por cierto, el estilo exuberante de este párrafo: "La igualdad de los miembros y la antítesis debilitan la vehemencia del pasaje a causa de su amaneramiento. Porque la indignación no necesita del arte, sino que es preciso que en tales invectivas las palabras sean de alguna forma espontáneas y simples" (I 27).

Las digresiones serían, no obstante, la parte más llamativa de *Filípicas* y una muestra evidente de los amplios intereses historiográficos de nuestro autor. Teopompo haría gala en ellas de sus conocimientos geográficos e históricos, procedentes tanto de su propia experiencia como del gran número de fuentes escritas que debió de utilizar. Tenían un carácter tan autónomo que muchas han recibido un título particular; como las que se agrupan bajo el epígrafe "Sobre los demagogos atenienses" (*FGrHist* 115, F 85-100), originariamente al final del libro X, que tratan sobre los políticos atenienses desde Temístocles a Eubulo y en las que se ha querido fundamentar la tendencia filoespartana de Teopompo. O las conocidas con el título de "Cosas asombrosas" (*thaumásia, mirabilia*), entre el final del libro VIII y el IX (*FGrHist* 115, F 64-77), que reúnen noticias sobre la religión de los Magos, el sueño de Epiménides, historias de los siete sabios, la revelación de Sileno a Midas sobre el utópico continente de Guerrera, de Piedad y de los méropes (véase texto 30), y otros portentos y anécdotas que le hicieron ganar a Teopompo el calificativo de "hábil contador de

cuentos" (*deinós mythológos*). O los tres libros completos que se dedicaban, según Diodoro (XVI 71, 3 = *FGrHist* 115, F 184) a la historia de Sicilia durante las tiranías de Dionisio I y Dionisio II, débilmente conectados con la historia de Filipo. O las que describen la geografía y las costumbres de los pueblos de Occidente, íberos y etruscos, entre otros (*FGrHist* 115, F 199-205), vistos, claro, desde la perspectiva cultural de un griego preocupado por la moderación en los hábitos sociales, sexuales y alimenticios (el F 204, relativo a las "impúdicas" costumbres de los etruscos, es ilustrativo de la típicamente griega "retórica de la alteridad"; véase texto 31). El tratado *Sobre los tesoros robados de Delfos* (*FGrHist* 115, F 247-249), que le atribuye Ateneo a Teopompo y que relataría en forma de denuncia los expolios perpetrados en el santuario durante la Guerra Sagrada, es muy probable que hubiera sido en origen uno de esos largos y característicos excursos de *Filípicas* que luego ha circulado como obra independiente. Pero las digresiones debían de aparecer en todos los libros. Teopompo no se habría limitado a ser un simple notario de los sucesos históricos de su tiempo y habría aprovechado cualquier oportunidad para introducir valoraciones, explicaciones y exposiciones complementarias, unas veces más pertinentes que otras.

7.2.4. Carácter y valoración de la historiografía de Teopompo

No sentía Polibio especial aprecio por Teopompo: le tenía entre esos historiadores eruditos que escribían a partir de lo que leían en otros libros y sin tener verdaderos conocimientos prácticos ni experiencia directa de lo que contaban (*Historias* XII 25f-25g; véase epígrafe 11.6). Dionisio de Halicarnaso dice, por el contrario, que fue un historiador digno de elogio, que conoció personalmente a los políticos e intelectuales más importantes de su época, que él mismo participó en la política y que vivió con pasión la historia que narra. Éstas son sus palabras:

> (2) Como historiador es digno de elogio, primero por la elección de tema de sus historias (dos buenos temas, uno el final de la guerra del Peloponeso, el otro los hechos de Filipo), después por su disposición (ambas obras son fáciles de seguir y claras), pero sobre todo por el cuidado y el esfuerzo que testimonia su tratado, pues es evidente, aunque no hubiese dicho nada sobre ello, que realizó muchos preparativos y que afrontó grandes gastos para la recopilación de los datos. (3) Además fue testigo ocular de muchos de los acontecimientos que cuenta y, con motivo de su composición, entabló conversaciones con muchos de los hombres más importantes de entonces,

> generales, líderes populares y filósofos, pues no consideraba, como hacen algunos, que escribir su historia fuera una empresa accesoria en su vida, sino la acción más apremiante de todas. Cualquiera puede reconocer el esfuerzo de Teopompo si considera la variopinta riqueza de su escrito. (4) Ha tratado los asentamientos de pueblos, ha pasado revista a la fundación de ciudades, ha descrito la vida de los reyes y las peculiaridades de sus costumbres, y cuanto de sorprendente o insólito se encuentra en cada país o mar lo ha incluido en su obra. Y que nadie considere que su trabajo es sólo seducción y agrado, pues no es así, sino que a todos, por decirlo así, puede aportarles algún tipo de beneficio (*A Pompeyo* 6, 2-4 = *FGrHist* 115, T 20a).

Teopompo responde, según el juicio de Dionisio, al perfil que se espera de un historiador griego: los datos proceden de la experiencia personal (*autopsía*) y, en su defecto, de entrevistas a testigos directos de los acontecimientos; se someten a una concienzuda investigación y componen obra útil. Su concepción sobre la naturaleza y el propósito de la historiografía no era, así pues, muy diferente de la que tenían sus predecesores. Pero Dionisio le reconoce una cualidad peculiar, algo que "ningún otro historiador, ni anterior ni posterior, ha logrado con tanta minuciosidad y fuerza"; se trata de su penetración psicológica, diríamos hoy; "la habilidad" –escribe Dionisio (*A Pompeyo* 6, 7 = *FGrHist* 115, T 20a)– "no sólo de ver y contar en cada acción lo que es evidente para la mayoría, sino también de investigar los motivos ocultos de las acciones y de los que las realizan y los sentimientos de sus almas, lo que no es fácil de percibir para la mayoría, y desvelar todos los secretos de la virtud aparente y del vicio desconocido". Esto justificaría el abultado número de personajes, con sus respectivas etopeyas, que desfilan por sus historias (los fragmentos referidos a personas concretas son, en efecto, muy numerosos), algo que marcaría un desplazamiento del centro de interés en la historiografía hacia el estudio de las individualidades, hacia la investigación de la trama psicológica que motiva los acontecimientos y hacia su valoración moral con vistas al adoctrinamiento de los lectores.

Parece, en efecto, que la historia gravita sobre determinados individuos. Filipo es, por supuesto, el personaje central. Pero se citan otros muchos: Evágoras, Nectanebo, Cersobleptes, Dionisio el Viejo, Dionisio el Joven, Clearco, Mausolo, Hermias, etc., cuyos caracteres y costumbres constituirían las causas principales de las decisiones y de las acciones que protagonizan. Y, ante ellos, Teopompo no adopta una postura neutra. El de Quíos no parece uno de esos historiadores que se limitan a narrar hechos y a identificar sin más a sus actores. Precisamente, su tendencia a moralizar y a emitir juicios de valor es otro de los rasgos más señalado de nuestro autor. Por la naturaleza de sus críticas morales (relativas, sobre todo, a la intemperancia *–akolasía, akrasía–* en la bebida y en la comida, al apetito sexual incontrolado, al apego al lujo, al despilfarro y la malversación de

fondos públicos, si hemos de juzgar a partir de las citas de Ateneo), que ilustra en ocasiones con las historias más escabrosas, se le ha considerado influido por la ética cínica, en boga en la Atenas del siglo IV a. C., que preconizaba el dominio de las pasiones, despreciaba el lujo y la fama y valoraba el esfuerzo (*pónos*) y la resistencia personal (*enkráteia*) ante las adversidades y ante los placeres físicos. Diógenes Laercio cita, incluso, un elogio de Teopompo a Antístenes (VI 14 = *FGrHist* 115, F 295). De otro lado, como sus valoraciones morales eran casi siempre negativas y severas, algunos autores antiguos (Cicerón y Luciano, entre ellos; *FGrHist* 115, T 25a y 25b), y no tan antiguos (Laqueur en su artículo –todavía imprescindible– de la *Real Encyclopädie*), le achacan una excesiva malevolencia y acritud, que se hace derivar del carácter pendenciero y maldiciente de Teopompo (recuérdese la anécdota referida por Focio –*FGrHist* 115, T 2– acerca de cómo, tras la muerte de Alejandro Magno, Teopompo tuvo que abandonar Quíos y viajar de ciudad en ciudad porque no era bien recibido en ningún lugar). En la antigüedad ya hubo quien se encargó de contradecir algunas de sus críticas: las que dedica a Demóstenes, por ejemplo (*FGrHist* 115, F 326, 328 y 329), fueron contestadas por Plutarco (*Demóstenes* 18, 3 y 21, 2), y ya hemos referido cómo Polibio evalúa la visión que Teopompo ofrece de Filipo. En cualquier caso, en esa propensión a denunciar los excesos y los vicios de las personas con responsabilidad de mando, algo habrá influido su formación y práctica profesional como orador, una actividad tan habituada a la invectiva; y algo tendrán que ver, igualmente, sus firmes propósitos educativos y la importancia que se concede a la forma de ser de los individuos en el desarrollo de los acontecimientos. El Teopompo "moralista" y debelador implacable de los vicios de los gobernantes estaría convencido de que, de gobernantes poco virtuosos, sólo se pueden esperar hechos desgraciados y catástrofes para los gobernados.

Mas la verdad de los hechos narrados no parece haberse resentido por ese afán por los juicios morales y por el énfasis en la denuncia de las acciones depravadas. Es destacable que, frente a lo que sucede con otros historiadores, Teopompo no recibió en la antigüedad acusación alguna de haber tergiversado ni inventado los hechos que narraba, lo que le reputa como un historiador veraz (Ateneo le llama *philaléthes*, "amante de la verdad"; III 29 p. 85 A = *FGrHist* 115, T 28a) y un observador bastante imparcial, aunque inconformista y severo, de los actos de los jefes políticos. Sí se le ha atribuido cierto "filolaconismo" (von Fritz), sustentado, sobre todo, en el testimonio de Focio acerca de la causa de su exilio de Quíos (*FGrHist* 115, T 2) y en la positiva caracterización que hace de Lisandro (*FGrHist* 115, F 20) y de Agesilao (*FGrHist* 115, F 321), en contraste con la que presenta de los jefes del partido democrático de Atenas en sus digresiones sobre "los demagogos atenienses" (*FGrHist* 115, F 85-100): en estos últimos confluyen, por sistema, los vicios de la intemperancia y

la desidia y actuaban sin que los atenienses les pidieran cuentas, pues –escribe Teopompo–, "también ellos vivían de la misma manera: los jóvenes gastando su vida junto a cortesanas en los locales de tocadoras de flautas, y otros, un poco más viejos, entre bebidas, juegos y crápulas" (*FGrHist* 115, F 213). En la misma línea, achaca el indolente y libertino carácter de los de Bizancio al régimen democrático del que disfrutaban desde hace tiempo, que les permitía gastar el tiempo en el ágora y en las tabernas del puerto. Y dice que es el mismo régimen de vida que practicaron sus vecinos los calcedonios cuando se hicieron demócratas (*FGrHist* 115, F 62). La filiación pro espartana de Teopompo, no obstante, ha de aceptarse con todas las reservas, pues de sus pronunciamientos morales no hay por qué derivar posiciones políticas concretas. Es probable, además, que aquellos fragmentos referidos a Lisandro y Agesilao procedan de sendos elogios fúnebres, donde el género no permite la censura y, de otro lado, otros dirigentes demócratas atenienses no reciben una valoración tan negativa, al menos en sus actuaciones públicas. De Calístrato, por ejemplo, dice que "aunque era inmoderado en los placeres, en los asuntos públicos era cuidadoso" (*FGrHist* 115, F 100); por no hablar de los grandes elogios que, según el testimonio de Nepote (*FGrHist* 115, F 288), dedicaba al camaleónico Alcibíades.

Ha sido debatida la postura de Teopompo con respecto a Filipo y a la utopía panhelenista que, según Isócrates, el macedonio habría de convertir en realidad (Lens, 1991: 47-70). Las críticas de Polibio con respecto a la inconsecuencia de Teopompo, que empieza alabando la figura de Filipo pero termina dándonos un retrato nada favorable del macedonio, vendrían a corroborar que nuestro autor no veía en Filipo a héroe alguno, sino un ejemplo de todo lo malo que un gobernante debía evitar, así como un símbolo de la inmoralidad imperante en su época. Quizá el texto más duro es este que nos transmite Ateneo, procedente del libro LII de *Filípicas:*

> Filipo, después de hacerse dueño de una gran fortuna, no es que la gastase rápidamente, sino que la dilapidó y la tiró, siendo el peor administrador del mundo, no sólo él, sino también los que le rodeaban; sencillamente, ninguno de ellos sabía vivir con rectitud ni llevar una casa con prudencia. Y de todo esto tenía la culpa Filipo mismo, por ser un insaciable y un derrochador, y por hacerlo todo temerariamente, cuando recibía y cuando daba (*FGrHist* 115, F 224).

Los fragmentos alusivos conservados, sin embargo, no son muchos y sólo dejan entrever una condena moral del régimen de vida del rey de Macedonia y cierta admiración por sus dotes militares, aunque en uno de los fragmentos (*FGrHist* 115, F 282) refiera que el ardor guerrero y la propensión al peligro de Filipo era debido "unas veces a su naturaleza y otras, a la embriaguez, pues era

muy bebedor y con frecuencia iba ebrio a la batalla". En última instancia, cabría preguntarse si Filipo V, "el que luchó contra los romanos", habría podido encargar, según atestigua Focio (*FGrHist* 115, T 31), una copia de *Filípicas* en el caso de que la obra hubiera sido abiertamente desafecta hacia Filipo, el padre de Alejandro. Es probable que, como señala J. Lens (1991: 53), el retrato que presenta Teopompo de Filipo "sea básicamente ajustado a la realidad; lo que hay que explicar es casi exclusivamente la forma [de invectiva] que a tal retrato dio el primer historiador que hubo de enfrentarse al fenómeno de la hegemonía monárquica en el mundo griego". Quizá Teopompo, que reconocería el logro de la unidad de Grecia frente a Persia, no pretendiera sino explicar con imparcialidad las razones psicológicas de las acciones del soberano de Macedonia e, indirectamente, exponer los motivos por los que el más depravado de los gobernantes de su tiempo pudo hacerse con el control total de una Grecia en la que por doquier dominaba la inmoralidad pública y privada.

En lo que al estilo se refiere, como sucedía con Éforo, su adscripción a la escuela de Isócrates y a la orientación retórica de la historiografía nos hace esperar por parte de Teopompo un cuidado especial por la forma y los ritmos del lenguaje, y las expectativas no quedan defraudadas. Nuestro autor, ciertamente, evitaba el hiato, gustaba de las figuras "gorgianas" (véase epígrafe 7.2.3 y texto 29) y, según declara Demetrio (*Sobre el estilo* I, 12-14), como buen discípulo de Isócrates, usaba el estilo "enlazado" (periódico), aquel –describe Demetrio– que empieza con una idea a la que se subordinan otras para regresar, al final, a la idea inicial, el que "se parece a las esculturas de Fidias, que revelan a la vez grandeza y perfección"; y no el estilo "suelto" (paratáctico) de Hecateo o de Heródoto, en el que las ideas simplemente se acumulan o unen mediante partículas coordinativas, "el estilo de tiempos antiguos que tiene algo de pulido y sin adornos, como las estatuas arcaicas, cuyo arte parece consistir en una gran sencillez". Dionisio de Halicarnaso considera su etilo parecido al de Isócrates y lo califica de "puro, común, claro, elevado, magnificente y muy solemne", aunque, en los momentos en que se dedica a enjuiciar la labor de los gobernantes y los vicios de las ciudades, Teopompo es tan vigoroso y apasionado como Demóstenes. Y le hace un reproche, indicativo de la exquisita atención que el de Quíos, como Isócrates, prestaba a las formas y a los ritmos: "Si en los pasajes que cuidó con especial esfuerzo se hubiera preocupado menos de la combinación de las vocales, de la cadencia circular de los períodos y de la homogeneidad de las figuras retóricas, habría mejorado mucho su expresión" (*A Pompeyo* 6, 9-10 = *FGrHist* 115, T 20a). También el autor anónimo del tratado *Sobre lo sublime* le dedica una crítica y cita un largo pasaje de Teopompo (*FGrHist* 115, F 263) para mostrar cómo una inadecuada selección de palabras daña enormemente la grandeza de estilo: "Teopompo" –opina–, "después de

describir brillantemente la expedición del rey de los persas contra Egipto, lo estropea todo con la pobreza de algunas expresiones: [...] Pasa de lo más sublime a lo más bajo, cuando debía haber realizado una amplificación en sentido contrario" (43, 2-3). En otro lugar, sin embargo, elogia el empleo que nuestro autor hace de ese tipo de expresiones vulgares en contextos apropiados: "Una frase vulgar, a veces, es mucho más expresiva que un lenguaje adornado. Pues, al ser tomada de la vida común, es reconocida inmediatamente, y lo familiar es más creíble" (31, 1).

Teopompo, en fin, a pesar de la crítica desfavorable de Polibio (véase epígrafe 11.6), a pesar de la vehemencia de sus juicios morales, a pesar de la prolijidad de su estilo, hizo méritos suficientes para convertirse en uno de los historiadores más apreciados en la antigüedad. Su pertenencia al canon así lo atestigua y la frecuencia con la que es citado, tanto por autores griegos como latinos, sugiere que sus obras y, en especial, *Filípicas,* pese a su enorme extensión, formaron parte de los principales centros de enseñanza desde la época helenística hasta la edad bizantina (todavía el patriarca Focio pudo leer cincuenta y tres libros completos de *Filípicas*), porque, entre otras razones, eran un filón de ejemplos y anécdotas para alumnos y maestros de retórica.

Los críticos modernos le han valorado de forma diversa. Evidentemente, Teopompo, por sus variados intereses temáticos, por sus relatos maravillosos, por su artificiosidad retórica, no puede ser del agrado de quienes tienen a Tucídides y su estricta y científica historiografía como modelo. Pero no cabe duda de que, situado en su época, merece toda la consideración. Se dio cuenta de la relevancia de Filipo y no se equivocó al situarlo como eje central en su rica y variopinta obra histórica, que, desde luego, seguía más el modelo de Heródoto que el de Tucídides. Y es que, en esos momentos, la historiografía había dejado de ser tan científica como la quiso el autor de la *Historia de la guerra del Peloponeso* y empezaba a llenarse de elementos extravagantes y fantásticos, lo que, no tardando mucho, llevaría a borrar los límites entre la historia y la novela. Por de pronto, comenzarán a pulular los autores que, como Teopompo, centrarán sus obras en torno a relevantes personajes, explicarán los acontecimientos históricos a partir de la forma de ser de sus protagonistas y, en algunos casos, llenarán sus relatos de todo tipo de episodios dramáticos con el propósito de despertar la emoción y los sentimientos del lector.

7.3. Anaxímenes de Lámpsaco

Anaxímenes de Lámpsaco es el tercer autor que ilustra la tendencia retórica de la historiografía en el siglo IV a. C., más en razón de sus circunstancias vitales

que por lo que podemos saber realmente de su obra historiográfica. Se le sitúa entre los años 380 y 320 a. C., aunque sobre su vida sabemos todavía menos que sobre la de sus contemporáneos Éforo y Teopompo. El léxico bizantino de la *Suda*, que cita su condición de rétor pero no la de historiador, nos suministra estos escuetos datos:

> Anaxímenes hijo de Aristocles de Lámpsaco. Rétor. Discípulo de Diógenes el Cínico y del gramático Zoilo de Anfípolis, el que criticó a Homero. Maestro de Alejandro de Macedonia, a quien acompañó en sus guerras (*FGrHist* 72, T 1).

Estrabón también cita al lamspaceno como rétor en el libro XIII de su *Geografía* (*FGrHist* 72, T 2). Y Pausanias dice de él "que estaba dotado para la retórica e imitaba el estilo de los sofistas" y cuenta la anécdota que lo hace el autor verdadero del famoso panfleto titulado *Tricarano* (*Las tres cabezas*), un virulento ataque contra los atenienses, los lacedemonios y los tebanos, que él habría publicado con el nombre de Teopompo con la intención de desprestigiarle (*Descripción de Grecia* VI, 18, 5 = *FGrHist* 72, T 6). Y es que a Anaxímenes se le conoce, sobre todo, por su actividad retórica y sofística. Se le atribuye, precisamente, la *Retórica a Alejandro*, que data del año 340 a. C. y que había circulado bajo el nombre de su contemporáneo el filósofo Aristóteles. Es el manual más antiguo que conservamos completo sobre la materia, presentada con el sesgo relativista de los antiguos manuales de inspiración sofística, de tipo eminentemente práctico y ajenos a consideraciones morales.

Como historiador, Anaxímenes es el autor que, en el último tercio del siglo IV a. C., mejor aglutina los diferentes modos de escribir historiografía que se desarrollaron en el siglo. Es autor de una *Historia de Grecia* (*Helleniká*) en doce libros, con vocación de historia universal, pues abarcaría, según atestigua Diodoro (XV 89, 3 = *FGrHist* 72, T 14), desde la teogonía y la creación del mundo (*Prôtai Historíai*) hasta la batalla de Mantinea y la muerte del tebano Epaminondas (362 a. C.) y contendría los hechos de los griegos y de los bárbaros (*FGrHist* 72, F 1-3, 13-15, 22-28).

Habría escrito después unas *Historias de Filipo* (*Perì Philíppon Historíai*) en ocho libros, algo que, en cierto modo, recuerda la trayectoria historiográfica de Teopompo: ambos modifican sus proyectos iniciales referidos a la historia unitaria de Grecia para convertirlos en una obra centrada en el personaje más relevante de la segunda mitad del siglo IV a. C. (*FGrHist* 72, F 4-14, 27-28, 41). Según una noticia de Dídimo, comentarista de Demóstenes (*FGrHist* 72, F 14), de esta obra de Anaxímenes procederían dos escritos que se nos han transmitido entre los discursos del gran orador ateniense. Constituye el primero una carta de Filipo dirigida a los atenienses en el año 340 a. C. en la que el mace-

donio les exponía sus quejas y, prácticamente, les declaraba la guerra ([Demóstenes] XII = *FGrHist* 72, F 41). Se observan en la carta abundantes recursos de estilo (figuras retóricas, grandes periodos, paralelismos, antítesis, etc.) e interés por evitar el hiato. El segundo es una arenga que se pone en boca de Demóstenes, quien da cumplida respuesta a las amenazas de la carta de Filipo y exhorta a los atenienses a hacerle frente ([Demóstenes] XI = *FGrHist* 72, F 11b). Su autor utiliza y reelabora expresiones, frases y giros tomados de discursos de Demóstenes, como si se hubiera propuesto imitar conscientemente el estilo del orador ateniense e incluso superarle en elegancia y corrección. Dionisio de Halicarnaso atribuía la arenga a Demóstenes; pero hoy no se mantiene la autenticidad ni de la arenga ni de la carta. De ser cierta la noticia de Dídimo, ambos escritos serían, en fin, la prueba de la alta cualificación estilística de nuestro autor y de la incidencia que la retórica tuvo en su obra.

También habría consagrado a los hechos de Alejandro, el hijo de Filipo, una obra (*Tà perì Aléxandron*), en varios libros (*FGrHist* 72, F 15-17, 29). Él fue unos de los intelectuales que acompañó a Alejandro en sus conquistas y esta obra habría tenido un carácter panegirista (*FGrHist* 72, T 27).

Por último, se cita como suyo el escrito titulado *Cambios de reyes* (*Basiléon Metallagaí*), obra de la que únicamente nos dan noticia Ateneo (*FGrHist* 72, F 18) y el lexicógrafo Esteban de Bizancio (*FGrHist* 72, F 19).

Conservamos de estas obras apenas una treintena de fragmentos seguros y, si exceptuamos la carta y la arenga conservadas en el *corpus demosthenicum,* su extensión es tan escasa que resulta imposible reconstruir el contenido, la estructura o las líneas metodológicas de las mismas: en su gran mayoría son topónimos o antropónimos comentados por los lexicógrafos tardíos. Pero constatamos que nuestro autor gozó de una altísima consideración en el mundo antiguo como rétor y como historiador. Éforo, según el testimonio de Porfirio (*FGrHist* 72, T 28), lo ha plagiado en sus *Historias* y Anaxímenes figura, además, en las listas de historiadores "canónicos" de la antigüedad.

En Anaxímenes, en fin, se ha visto el origen de la estrecha ligazón que se advierte en las épocas helenística y romana entre la retórica y la historia, hasta el punto de que ésta habría quedado convertida en un mero apéndice de aquélla (Cicerón, *El orador* 11, 37; *Sobre el orador* II, 36). Sin duda, rétores e historiadores fueron las mismas personas o coexistieron y se prestaron beneficios mutuos. Los primeros se sirvieron de los recursos estilísticos de la retórica para hacer el relato histórico agradable y eficaz en sus propósitos; los segundos adaptaron de las obras de historia los ejemplos para sus argumentaciones. Pero unos y otros siguieron manteniendo autonomía en las formas, en los métodos y en los objetivos fundamentales.

Capítulo 8 La visión localista de la historia: los atidógrafos y los historiadores de Sicilia y de la Magna Grecia

EN EL SIGLO IV a. C. no sólo hubo historias universales, de Grecia o de monarcas macedonios. Son numerosos los autores que compusieron historias en las que el protagonismo central era para sus ciudades o regiones de origen o de adopción. Es la llamada "historia local", una variedad historiográfica sobre la que pesa una polémica, aún no resuelta, acerca de su origen y desarrollo (véase Porciani, 2001 y epígrafe 1.3.2). Defienden unos la mayor antigüedad de esas historias particulares, que se habrían elaborado a partir de las tradiciones orales y los documentos escritos guardados en los archivos locales; mantienen otros que la historia local se desarrolló cuando se produjo el desmembramiento de los grandes temas de Heródoto, a finales del siglo V a. C., con la finalidad de crear una historia adaptada a los intereses de las ciudades y no a los conflictos entre civilizaciones.

Sea como fuere, en paralelo a la producción historiográfica de Jenofonte, Teopompo o Éforo, hubo autores que, en los siglos IV y principios del III a. C., compusieron historias desde una perspectiva local, reuniendo los asuntos de la más remota antigüedad con los de la historia más reciente y organizándolos con la mayor precisión cronológica posible. F. Jacoby, en el volumen de los *FGrHist* dedicado a las que él llama "Historias de ciudades y regiones específicas" (III b) enumera nada menos que trescientos diez autores (*FGrHist* 297-607), lo que da idea del éxito de esas historias singulares en la época, si bien lo único que hoy

conocemos en la mayoría de los casos es el nombre de los autores o el título de sus escritos.

No cabe duda de que en esas historias se dio continuidad, por un lado, al trabajo y a la función realizados por los logógrafos de los siglos anteriores, cuyos relatos no fueron sólo fruto de una curiosidad anticuaria, sino que con el acopio, revisión y ordenación temporal de hechos, tradiciones y costumbres buscaron intencionadamente establecer un lazo de unión entre el presente y el prestigioso pasado (véase capítulo 2). Pero, además, estos historiadores locales de los siglos IV-III a. C. pudieron sentirse estimulados en sus empresas por la vorágine panhelenista que había provocado la aparición de numerosas historias de Grecia (*Helleniká*), donde sus regiones, sus ciudades o sus propias actuaciones políticas o militares (no fueron pocos los autores de esas historias locales que participaron activamente en la vida pública) no quedaban lo suficientemente bien representadas o justificadas. Finalmente, en una época de pérdida progresiva de la importancia y de la autonomía de las ciudades, primero, y de la uniformidad lingüística, cultural y política impuesta por la dominación macedónica, después, quizá estos autores quisieron realizar un último intento por preservar su autoridad y su identidad histórica apelando a sus héroes y tradiciones ancestrales y a sus hechos más relevantes. No se debe minusvalorar, en todo caso, "la importancia acumulativa de esta historiografía menor", escribe Momigliano (1984: 59), "compilada bajo los intereses del orgullo y del prejuicio local, aunque siempre estaba expuesta a la comparación desventajosa con la historiografía mayor. Además se desarrolló sobre todo en el período helenístico, cuando la erudición había obtenido su puesto en la sociedad. Tal erudición halagaba el patriotismo y el conservadurismo en una época en la que la sola distinción cultural que contaba realmente no existía entre cada una de las ciudades griegas, sino entre griegos y no griegos".

Las ciudades y regiones protagonistas de esas historias son casi todas las posibles, tanto del continente como de las islas, de Asia Menor e incluso de las colonias. Pero, por su trascendencia, ligada al prurito de orgullo político y cultural de sus respectivas regiones, de entre todos los historiadores locales destacan los historiadores del Ática, denominados convencionalmente "atidógrafos", esto es, "escritores de una *Átide*" (*Atthís*, que es el título que, probablemente, los bibliotecarios de Alejandría dieron a esas obras y que es una abreviación del étnico *Athenais*, variante de *Attiké*), y los historiadores de Sicilia y de la Magna Grecia, con Timeo de Tauromenio a la cabeza. No obstante su consideración como historiadores locales, sus fronteras sobrepasan muchas veces lo específicamente local, habida cuenta de la implicación de Atenas o de Sicilia en los asuntos generales de Grecia.

8.1. La atidografía

En las décadas finales del siglo V a. C., el polifacético Helánico de Lesbos ya se había ocupado de las historias del Ática y de Atenas e inaugurado la atidografía (véase epígrafe 2.4.2). Entre su amplía producción, contamos, en efecto, con una *Átide* (*Attiké Syngraphé* la llama Tucídides, que la cita en su *Historia de la guerra del Peloponeso* I 97, 2), compuesta de dos libros (*FGrHist* 323a). En ella, este logógrafo, como habían hecho otros con sus ciudades de origen o de adopción, recopiló a partir de fuentes escritas y orales el material histórico y legendario referente al Ática y lo ordenó cronológicamente en torno a sendas listas de reyes y de arcontes, estableciendo, además, sincronías con personajes y acontecimientos ajenos. Es Felix Jacoby quien, en su todavía imprescindible monografía sobre el asunto (1949), avala esta tesis sobre el origen de la atidografía (una más reciente visión de conjunto puede verse en la introducción que Ph. Harding, 1994: 1-52, dedica a su traducción y comentario de la *Átide* de Androción). Helánico habría sido el primero de los atidógrafos y su *Átide* se convertiría en el modelo y en la fuente principal de las historias subsiguientes del Ática. Desmonta, así, la teoría de Willamowitz, que consideraba la atidografía como un género específico de historiografía derivado de cierta narración preliteraria de la historia del Ática, en forma de crónica, que se habría elaborado por los *exégetas* (encargados en Atenas de interpretar las leyes sagradas y organizar las ceremonias y rituales) a partir de sus archivos y documentos, y publicado de forma anónima en torno al año 380 a. C. Jacoby opina que fue más bien el interés político, justificativo, no meramente erudito ni anticuario, el que motivó, en la Atenas del siglo IV a. C. y principios del siglo III a. C., la abundante aparición de historias del Ática. Sus autores siguieron la estela de Helánico, no la de esa supuesta crónica de los *exégetas*, y añadieron datos suministrados más por la tradición oral y la experiencia personal que por archivos sacerdotales de cuya existencia no hay pruebas. Hay, sin embargo, estudiosos (Ph. Harding, 1994: 35-47) que no están de acuerdo con que Helánico, la tradición oral o la *autopsía* sean las únicas fuentes de los atidógrafos del siglo IV a. C. y consideran probable el uso de otras fuentes documentales escritas (listas de magistrados, decretos, etc.). Tampoco creen que exista en sus obras una intención política particular y declarada identificable con una ideología o un partido concreto democrático o antidemocrático (Ph. Harding, 1994: 49). El objetivo perseguido sería, más bien, exaltar a Atenas y preservar su identidad frente a las amenazas externas. Es sintomático que la mayor producción de *Átides* coincida con la época en que precisamente Demóstenes se batía en las asambleas en contra de los peligros que amenazaban la libertad de Atenas procedentes de Filipo de Macedonia.

Clidemo, Androción, Fanodemo, Melancio, Demón y Filócoro son los autores que conforman el grupo canónico de los atidógrafos. Los fragmentos conservados de sus respectivas *Átides* no son muchos, pero podemos hacernos una idea de los contenidos, de su distribución en libros y, en algunos casos, de la visión política de su autor.

Como cabe esperar, las *Átides* refieren noticias sobre costumbres, tradiciones legendarias y acontecimientos políticos y militares del Ática y, sobre todo, de Atenas, o relacionados con Atenas, organizados de acuerdo con un estricto criterio cronológico. Según el modelo implantado por Helánico, en la parte "mitológica" las noticias se ordenaban por los nombres de los reyes tradicionales de Atenas (es probable que la lista de reyes atenienses que suministra la tardía *Crónica* de Cástor de Rodas –*FGrHist* 250– esté tomada de alguna *Átide*). En la parte "histórica", es el método analístico el que prevalece sobre la base del nombre del correspondiente arconte epónimo; la fórmula que encabezaba el relato solía ser "siendo arconte..." (la lista de arcontes se retrotrae hasta el año 683/682 a. C., según la *Crónica* de Cástor de Rodas). Semejante formato cronístico limitaría enormemente la inclusión en estas obras de elementos tan habituales en la historiografía griega como las digresiones, las descripciones de personajes, los discursos o incluso los juicios sobre las causas y los efectos de los acontecimientos. Se comprende, por ello, el juicio desfavorable que sobre las *Átides* vierte Dionisio de Halicarnaso, quien las califica de monótonas y aburridas y hace promesa de no imitar esa forma de escribir historia (*Historia antigua de Roma* I 8, 3).

Veamos, en la medida en que nos lo hagan posible los textos conservados, de qué manera cada uno de los atidógrafos ha seleccionado y organizado su material legendario e histórico.

8.1.1. Clidemo

Clidemo de Atenas (*FGrHist* 323; Pausanias, posiblemente por error, le llama Clitodemo) es el más antiguo de los atidógrafos, después de Helánico. Se le atribuye (F. Jacoby) el papel de defensor de la democracia radical frente a los postulados de Isócrates y otros autores del siglo IV a. C. Escribió su obra histórica en torno a la primera mitad del siglo IV a. C. Se propone como fecha *post quem* el año 378 a. C. o el 354 a. C., según se interprete la mención de las "cien *symmorías*" en el F 8. El título con el que se la conoce es el habitual para las historias del Ática: *Átide,* en cuatro libros; pero también nos han llegado otros títulos que no sabemos si eran originariamente libros independientes o partes

o, incluso, otros títulos de esa misma obra previos a aquella denominación, como es el caso de la *Protogonía*, sobre la historia de los orígenes, o del *Exegético*, que trata de asuntos rituales.

Se recogen de su obra unos treinta y seis fragmentos, adscritos muy pocos de ellos a libros concretos, así que no podemos saber cómo estaban repartidos los contenidos legendarios y propiamente históricos. Del libro III se cita un fragmento relativo a las reformas de Clístenes (*FGrHist* 323, F 8), lo que nos hace sospechar que el libro IV se ocuparía de los acontecimientos históricos más recientes; pero, aunque el suceso datable más reciente se refiere a la expedición ateniense a Sicilia del año 415 a. C. (*FGrHist* 323, F 10), desconocemos hasta qué fecha llegó Clidemo en su *Átide*.

El fragmento más polémico de la obra de nuestro autor es el que refiere Plutarco en su *Temístocles* (*FGrHist* 323, F 21), que contrapone sendas versiones de la *Átide* de Clidemo y de la aristotélica *Constitución de los Atenienses* (véase texto 32), donde se cuenta cómo se consiguió el dinero para pagar a los soldados que se embarcaron en las naves el día anterior a la batalla de Salamina. El fragmento se ha interpretado en clave política y reflejaría la tendencia prodemocrática de Clidemo, que justificaría con su relato de la estratagema del "robo" la incautación por parte de Temístocles del dinero del templo de Atenea. La versión del mismo episodio en la aristotélica *Constitución de los Atenienses* 23, 1, que procedería de Androción (véase epígrafe 8.1.2), afirma que el dinero habría sido concedido por el Areópago, símbolo aristocrático por excelencia, lo que contradice el relato de Clidemo y, a su vez, sería indicio de cierta querencia conservadora. No hay ni más ni mayores argumentos a favor de la tan debatida adscripción política de Clidemo.

8.1.2. Androción

Androción (*FGrHist* 324) fue, al igual que Teopompo y Éforo, discípulo de Isócrates (*FGrHist* 324, T 2b-c; el testimonio se ha puesto en duda). Tuvo una presencia muy activa en la vida política de la Atenas del siglo IV a. C. Fueron los difíciles años de la hegemonía de Esparta, de la fundación de la segunda Liga Delo-ática, de la hegemonía tebana, del advenimiento de Filipo de Macedonia, de la llamada "guerra social", de la batalla de Queronea y del entronamiento de Alejandro. Fue enemigo de Esquines y tampoco Demóstenes le muestra mucho aprecio (*Contra Androción, passim;* el discurso, no obstante, fue un encargo y no lo pronunció Demóstenes). El léxico de la *Suda* lo califica, en fin, como "rétor y demagogo" (*FGrHist* 324, T 1).

Se le atribuye un *Manual de agricultura* (*Georgikón; FGrHist* 324, F 75-82) y también ha sido propuesto como autor de las *Helénicas de Oxirrinco* (véase epígrafe 6.2.2). Pero su obra más famosa fue la *Átide,* que habría escrito en su vejez, probablemente en tiempos de su exilio en Mégara (*FGrHist* 324, T 14; F. Jacoby propone el 326/325 a. C. como año de publicación), quizá con el objetivo de justificar su actuación pública, de ahí la mayor extensión que concedió a la narración de hechos contemporáneos. A ellos dedicó los cinco últimos libros de los ocho del total de la obra. A la historia legendaria de Atenas tan sólo se dedicaba un libro, el primero; el libro II recogería hechos de las épocas de Solón y de Clístenes, y el libro III contendría la guerra del Peloponeso y el gobierno oligárquico de los Treinta Tiranos. El suceso de fecha más reciente aludido entre los pasajes transmitidos es el que se refiere a una embajada del rey persa que llegó a Atenas en el arcontado de Licisco (344/343 a. C.; *FGrHist* 324, F 53), con lo que es de suponer que el relato histórico de Androción alcanzaba, al menos, hasta ese año.

No nos han llegado muchos fragmentos de la *Átide* de nuestro autor y casi la mitad son topónimos o gentilicios recogidos por los lexicógrafos bizantinos. Pero algunos de ellos mencionan acontecimientos que otros historiadores cuentan de forma distinta o incluso omiten. Ni Jenofonte ni Diodoro hablan, por ejemplo, de las negociaciones entre Atenas y Esparta para la devolución de prisioneros del año 408/407 a. C. (*FGrHist* 324, F 44).

El más interesante y discutido fragmento ha sido, sin embargo, el que trata sobre la *seisakhtheía* (*FGrHist* 324, F 34), el nombre que Solón dio, según se cree canónicamente a partir de la versión de la aristotélica *Constitución de los atenienses* 6, 1, a la cancelación de las deudas con garantía personal, pero que nuestro autor presenta como un conjunto de medidas económicas que favoreció a los pobres y que, entre otras cosas, contemplaba la reforma monetaria con el aumento del valor de la mina de setenta a cien dracmas. Tal devaluación de la moneda implicaría una cierta "descarga" (significado propio de *seisakhtheía*) o alivio para los deudores, pero, en absoluto, la cancelación de las deudas. El pasaje se ha considerado, al margen de los problemas históricos que plantea (hay quien cree que el texto es espurio por anacrónico en lo concerniente a la moneda), como un caso de tergiversación histórica, indicio de la postura política moderada de nuestro atidógrafo ("burguesa" es el término empleado por F. Jacoby, quien le hace un defensor de las ideas heredadas de su padre Andrón, correligionario de Terámenes), y como un intento de Androción por conciliar la reforma de Solón, una concesión al *démos*, con la opinión más conservadora de su tiempo, que hacía de la abolición de deudas un signo de completa anomía (Isócrates, *Panatenaico* 259).

Desde una perspectiva más literaria, es importante el fragmento 30, porque es una cita literal, recogida por Dídimo, comentarista de Demóstenes, con una extensión suficiente para apreciar la lengua y el estilo de la *Átide*. Con respecto a la lengua, es, obviamente, el dialecto ático, que se trasluce, por ejemplo, en el uso del número dual. El estilo es sencillo, dominado por la parataxis y la construcción participial, y descuidado, si por tal hemos de entender que Androción se despreocupe por evitar el hiato, a pesar de las enseñanzas de su maestro Isócrates (si es que realmente lo fue) y de su propia condición de rétor. Es probable que, como sucede en otros casos, se trate de una elección consciente de estilo, acorde con la tradición literaria de las historias locales y de sus fuentes primigenias.

No cabe duda de que la obra de este atidógrafo fue utilizada ampliamente por Filócoro, el más conocido de los atidógrafos; en numerosos pasajes se les cita juntos y se apunta la similitud de sus relatos. Se considera, además, una de las fuentes principales de la *Constitución de los atenienses* de Aristóteles (compuesta entre los años 329 y 322 a. C.), uno de cuyos pasajes, el que se refiere concretamente al buen gobierno del Areópago (23, 1), recogería, sin citar a su autor, la versión que da Androción, contrapuesta a la de Clidemo (véase texto 32), con respecto al origen del dinero que utilizó Temístocles para la campaña de Salamina y que ilustraría, como el fragmento relativo a la *seisakhtheía,* su tendencia conservadora. Ph. Harding (1994: 13-25) discute, no obstante, la motivación política de Androción al escribir su obra, y con ello, como se ha dicho, una de las tesis fundamentales de Jacoby sobre el carácter político de la atidografía en general (véase epígrafe 8.1). Niega que hubiese en ella crítica alguna de la democracia desde planteamientos conservadores, habida cuenta de que en Atenas, desde Clístenes y, sobre todo, después del desastroso gobierno de los Treinta tiranos (404/403 a. C.), se había establecido una íntima relación entre la constitución democrática y la idea de la libertad y la independencia de la ciudad. Cree Harding, asimismo, que los políticos del siglo IV a. C. actuaban guiados más por el afán de poder y notoriedad que por ideologías o partidos, de cuya existencia no hay pruebas, lo que les permitía una cierta movilidad entre las distintas facciones. La *Átide* de Androción, como todas las *Átides,* concluye Harding es profundamente democrática de espíritu y su objetivo sería la exaltación de Atenas.

8.1.3. Fanodemo

De Fanodemo de Atenas (*FGrHist* 325) sabemos tan sólo que en el año 343/342 a. C. el Consejo (*Boulê*) le premió con una corona por "haber pasado el último año hablando de manera excelente y actuando sin recibir nada a cambio en defensa del Consejo y del pueblo de Atenas" (*FGrHist* 325, T 2) y que, en torno al año

330 a. C., se encuentra ligado a la administración del santuario del héroe Anfiarao en Oropos (*FGrHist* 325, T 3-4). Probablemente, tuvo también algún cargo en la isla de Ikos, cuya historia local dejó escrita en unos *Ikiaká* (*FGrHist* 325, T 7).

La *Átide* que se le atribuye se compuso, al menos, de nueve libros, de los que hemos conservado apenas una treintena de fragmentos. Llama la atención que su contenido tenga que ver mayoritariamente con la tradición mítica y con el culto y que los fragmentos que se adscriben a los libros VIII y IX se refieran todavía al siglo VI a. C. Es posible que, frente al excesivo protagonismo que diera Androción a los tiempos más recientes en su *Átide,* Fanodemo percibiera la conveniencia de recuperar, revisar y divulgar ampliamente las glorias legendarias de Atenas. De hecho, Dionisio de Halicarnaso cita a nuestro autor como "el que escribió la historia antigua del Ática" (*FGrHist* 325, T 6). Quizá esa orientación esté motivada por el contexto histórico en que Fanodemo debió de escribir su *Átide:* los años en que Atenas, tras la derrota de Queronea, había sido desposeída de su preciada independencia y sentía la necesidad de reivindicar su pasado glorioso, lo que es siempre un valor seguro. Es interesante anotar, en ese sentido, que los fragmentos revelan un exacerbado patriotismo ateniense, alterando, incluso, los datos de la tradición. Así, por ejemplo, Teucro, héroe legendario de Troya, había emigrado del Ática (*FGrHist* 325, F 13), Teseo había acogido a Admeto en Atenas (*FGrHist* 325, F 26) y Perséfone fue raptada en el Ática (*FGrHist* 325, F 27). Y hasta se aumenta considerablemente el número de naves que Atenas aportó a los persas en la batalla de Eurimedonte: de trescientos cincuenta, según el testimonio de Éforo (*FGrHist* 70, F 192), hasta seiscientos, según Fanodemo (*FGrHist* 325, F 22).

8.1.4. Melancio

A Melancio (*FGrHist* 326) se le atribuye una obra titulada *Sobre los Misterios de Eleusis,* de la que conservamos tres fragmentos (*FGrHist* 326, F 2-4), y por ella se le hace ateniense y *exégeta* de profesión. Pero nada es seguro y de la *Átide* que escribió tan sólo nos ha llegado un fragmento, del libro segundo, que da noticia de un terremoto (*FGrHist* 326, F 1).

8.1.5. Demón

Tampoco tenemos muchas noticias sobre Demón (*FGrHist* 327). El único testimonio, procedente del léxico de la *Suda*, sólo nos informa de que Filócoro

escribió una obra titulada *Contra la Átide de Demón* (*FGrHist* 327, T 1). El testimonio implica, aparte de la opinión no muy favorable que pudiera tener Filócoro sobre la obra de Demón, que su *Átide* le precedió en el tiempo.

La obra más famosa de nuestro autor, a juzgar por el número de citas que tenemos de ella, fue la titulada *Sobre los proverbios* (*FGrHist* 327, F 4 y 7-20). También escribió una obra *Sobre los sacrificios* (*FGrHist* 327, F 3), de la que conservamos un solo fragmento (*FGrHist* 327, F 3). De la *Átide* contamos con tres citas: una del libro IV (*FGrHist* 327, F 1), concerniente al mítico rey Thymoites, y otras dos, sin adscripción a un libro concreto, que contienen, respectivamente, la primera racionalización del Minotauro, que se convierte en un general de Minos llamado Tauro (*FGrHist* 327, F 5), y una descripción de los rituales de las *oscoforias* (*FGrHist* 327, F 6). Si todavía en el libro IV Demón andaba hablando del siglo XII a. C. (el reinado de Thymoites duró, según la *Crónica* de Cástor de Rodas –*FGrHist* 250– desde el año 1135 al 1127 a. C.), se puede sospechar que esta *Átide*, como sucedía con la de Fanodemo, dedicaba un amplio espacio al período legendario. En cualquier caso, parece que Filócoro ha tenido muy en cuenta la obra de este atidógrafo, no sólo por la obra particular que le dedicó, como se ha dicho, sino también porque, al contar las historias de Teseo en Creta, habla, al igual que Demón, de un racionalizado Tauro y no del Minotauro del mito (*FGrHist* 328, F 17a). Plutarco, que es quien cita en su *Teseo* a estos dos atidógrafos juntos, y también al logógrafo Ferécides (véase epígrafe 2.1.2) y a Clidemo, observa, por lo demás, diferencias y añadidos en las versiones de uno y de otro (véase texto 33).

8.1.6. Filócoro

Filócoro de Atenas (*FGrHist* 328) es el más conocido y citado de los atidógrafos. Como Androción, también Filócoro desempeñó un papel importante en la vida política y religiosa de la Atenas de su época. Él fue uno de aquellos intelectuales atenienses que, llevados por sus ideas nacionalistas, apoyaron "en nombre de la libertad de Grecia" la alianza con Esparta y con Ptolomeo Filadelfo para luchar contra la dominación de los antigónidas. Por ello, tras la Guerra Cremonídea (267-263 a. C.), fue condenado a muerte por Antígono Gonatas, que había resultado vencedor en ese último intento de Atenas por recuperar su independencia frente al poder macedónico. Filócoro había nacido en torno al año 340 a. C. y, desde el año 306 a. C. (*FGrHist* 328, F 67), parece que estuvo dedicado, sobre todo, a cuestiones de carácter profético y ritual, como miembro destacado del cuerpo de aquellos *exégetas* que enten-

días de asuntos religiosos en Atenas. Pero también realizó una ingente y variada labor literaria.

El léxico de la *Suda* (*FGrHist* 328, T 1) le atribuye hasta veintiún obras, que, con otros testimonios de la tradición, se incrementan hasta veintisiete. Por sus títulos, que es lo único que nos ha llegado de la mayoría de ellas, parece que trataban sobre los más variados temas. Así, de carácter histórico habrían sido *Sobre la Tetrápolis* (*FGrHist* 328, F 73-75), *Fundación de Salamina*, *Historias de Delos*; *Olimpiadas*, que debía de ser una obra cronográfica, y la titulada *Inscripciones áticas*, cuyo contenido tan sólo podemos adivinar. Relacionadas con su oficio de *exégeta* serían *Sobre la adivinación*, en cuatro libros (*FGrHist* 328, F 76-79), *Sobre los sacrificios* (*FGrHist* 328, 80-82), *Sobre las fiestas*, *Sobre las purificaciones* y *Sobre los misterios de Atenas*. Fruto también de su talante religioso serían *Sobre los símbolos* y *Colección de heroínas o mujeres pitagóricas*. Y sus estudios sobre autores literarios concretos, como *Contra la Átide de Demón* (*FGrHist* 328, F 72), *Sobre los temas de Sófocles*, *Sobre Eurípides* o *Sobre Alcmán*, nos muestran a un Filócoro que anuncia ya los tiempos de la filología helenística.

Pero nuestro autor es citado, sobre todo, por los diecisiete libros de su *Átide*, compuesta, probablemente, en las primeras décadas del siglo III a. C. Conservamos de esta historia del Ática, de la que el propio Filócoro hizo un epítome, setenta y cuatro fragmentos, aunque seguramente buena parte de los ciento treinta y ocho que se citan de Filócoro sin indicación de obra pertenezca también a su *Átide*. A partir de estos fragmentos, F. Jacoby ha propuesto una probable distribución del material histórico entre los diferentes libros (véase cuadro 8.1).

Al período legendario sólo parece haberle dedicado los dos primeros libros, con lo que es presumible un tratamiento del mismo algo más extenso que el de Androción, pero mucho más breve que el de Fanodemo o Demón. Los libros III a VI relatarían, año tras año y por arcontados (*FGrHist* 328, F 49), los sucesos más importantes de la época histórica hasta la batalla de Queronea o pocos años después. Para su composición la fuente principal habría sido Androción; de hecho, son varios los autores que citan a ambos atidógrafos juntos como testimonio del mismo acontecimiento y el parecido de pasajes como el referido al conflicto entre atenienses y megarenses sobre la delimitación del Orgas (F 30 en Androción y F 155 en Filócoro) no deja lugar a dudas acerca de su procedencia. Y nada menos que los once libros restantes cubrirían los sucesos contemporáneos, ordenados según el mismo criterio analístico utilizado en los libros anteriores. Y es que, como la *Átide* de Androción, también la de Filócoro se ocupa, en especial, de narrar los acontecimientos de su época; pero nuestro autor lo habría hecho de forma más extensa y habría añadido, contra lo que parece la norma en las *Átides*, alguna digresión e, incluso, discursos (*FGrHist*

328, F 69). Es indicativo que la cantidad de años que abarca cada libro se vaya acortando progresivamente hasta llegar a una media de cinco años por libro para la etapa que coincide con la propia vida de Filócoro (302-262 a. C.).

Cuadro 8.1. *Contenidos de la* Átide *de Filócoro, según F. Jacoby (FGrHist IIIb Supplement, 253-254)*

Libros	*Contenidos*	*Años narrados*
I-II	Desde los primeros tiempos (Cécrope) hasta Creonte, el primer arconte anual (683/2 a. C), o el año anterior a las reformas de Solón (595/4 a. C.)	900-1000
III	Desde Creonte (683/2 a. C) o Solón (595/4 a. C.) hasta el comienzo de la hegemonía de Atenas y las reformas de Efialtes (462/1 a. C.)	130-220
IV	Años de la hegemonía de Atenas hasta el final de la Guerra del Peloponeso (462/1 a 404/3 a. C.)	unos 60
V	Desde el final de la Guerra del Peloponeso (404/3 a. C.) hasta el ascenso de Filipo al trono de Macedonia (360/9 a. C.) o la Guerra Social (357/6 a. C.)	44-47
VI	Desde los inicios de las guerras contra Macedonia (359/8 a. C.) hasta la ocupación del Pireo (322/1 a. C.) o el gobierno de Demetrio de Falero (318/7 a. C.)	36-42
VII-VIII	El dominio de Macedonia desde el año 321/0 a. C. hasta la primera liberación por Demetrio Poliorcetes (307/6 a. C.)	11-15
IX	El liderazgo de Estratocles y la Guerra de los Cuatro Años (?) (306/5 a 302/1 a. C.)	4 (?)
X-XVII	Desde el año 302/1 a. C. (?) hasta la pérdida de la libertad (Guerra Cremonídea) en el 262/1 a. C. (?)	unos 40

Algunos de los fragmentos conservados de la *Átide* de Filócoro son para nosotros el testimonio exclusivo de hechos como la condena que sufrió Andócides por haber propuesto a Esparta un tratado por el que se dejaba las ciudades griegas de Asia en manos de los persas (*FGrHist* 328, F 149), o la organización en *synmoríai* de los ciudadanos ricos para el pago de sus tributos en el año 378/377 a. C. (*FGrHist* 328, F 41). Y no dejan de ser interesantes, por únicas, sus explicaciones etimológicas de los nombres de algunos demos atenienses (*FGrHist* 328, F 25-29, 205 y 206) o esta descripción del procedimiento que se usaba en el ostracismo:

> El ostracismo es como sigue: el pueblo votaba antes de la octava pritanía si se decidía proponer un ostracismo. Cuando la respuesta era afirmativa, se cercaba el ágora con tablas y se dejaban diez puertas por las que entraban por tribus a depositar los óstraca, volviendo hacia abajo lo que habían escrito. Presidían los nueve arcontes y el Consejo. Una vez contados los votos, quienquiera que obtuviera el mayor número y no menos de seis mil, era obligado a cumplir la condena y, en el plazo de diez días, debía arreglar sus asuntos privados y abandonar la ciudad por un período de diez años [después fueron cinco], pudiendo recibir beneficios de sus posesiones, pero no podía acercarse más acá del cabo Geresto de Eubea (*FGrHist* 328, F 30).

Dionisio de Halicarnaso (*I carta a Ameo* 9) cita literalmente tres fragmentos de la *Átide* de Filócoro (*FGrHist* 328, F 49-51) que nos ayudan a valorar el estilo narrativo de nuestro autor, tan simple y sencillo que más parece el estilo de una crónica que el de una historia: después de la referencia al arconte epónimo, se mencionan los acontecimientos del año de manera escueta y con frases donde predominan las construcciones de participio con valor temporal-causal, las partículas coordinativas y las formas adverbiales que los sitúa en la secuencia cronológica adecuada. Seguramente, cuando Dionisio de Halicarnaso identifica las historias del Ática con los anales y las califica de monótonas y aburridas (*Historia antigua de Roma* I 8, 3), esté pensando en la *Átide* de Filócoro, que es el único atidógrafo que él cita por su nombre.

La obra de Filócoro fue, en definitiva, la fuente principal de muchos estudiosos antiguos en lo concerniente a la historia de Atenas, en general, y de sus personajes más ilustres, en particular. En él vino a confluir en cierto modo toda la producción precedente de historia local del Ática y es muy probable que éste sea el motivo por el que hayan resultado notablemente más escasos los fragmentos de los atidógrafos que le precedieron.

8.1.7. Otros atidógrafos

Todavía hay otros atidógrafos, pero de ellos no tenemos más que el nombre y alguna noticia. De Ameleságoras o Meleságoras (*FGrHist* 330) se discute hasta el nombre y el siglo al que perteneció (quizá entre el IV y el III a. C.). Cabe citar también a Istro (*FGrHist* 334), del siglo III a. C., que no era ateniense sino de Cirene o macedonio (*FGrHist* 334, T 1), quien, como buen discípulo de Calímaco, llevó a cabo una extensa labor compilatoria. Se le atribuye una buena cantidad de títulos sobre los más diversos temas; de todos ellos tan sólo conservamos setenta y siete fragmentos. En lo que respecta a la historia del Ática

Istro se dedicó, más que a componer una *Átide* propia, a reunir y comparar las ya existentes. Parece que se interesó, sobre todo, por las historias míticas y que organizó el material por temas y no por años. Su obra es citada como *Compilación de Átides* o *Colecciones áticas* o *Cuestiones áticas*, integrada por catorce libros, de las que conservamos dieciséis citas (*FGrHist* 334, F 1-16), procedentes, en su mayoría, de lexicógrafos bizantinos y relativas a festividades religiosas.

Con Istro acabaría la atidografía propiamente dicha; pero aspectos particulares del Ática y de Atenas (leyes, divisiones administrativas, fiestas, personajes célebres, monumentos, etc.) serán todavía objeto de estudio y atención de numerosos autores, que, sin duda, utilizarán el abundante material recogido por las *Átides*: F. Jacoby había asignado a Helánico, primero de los atidógrafos, el número 323(a) de los *FGrHist* y a Istro el número 334; la última referencia bajo el epígrafe "Atenas" tiene el número 375, que constituye un fragmento de una obra que lleva por título *Límites de la ciudad*. Ello da idea del interés que siempre despertó entre los eruditos y estudiosos de la antigüedad todo lo concerniente a la ciudad más importante de Grecia.

8.2. Los historiadores de Sicilia y de la Magna Grecia

La nómina de autores recogidos por Jacoby que escriben sobre Sicilia y la Magna Grecia es abundante: incluye un total de veinticinco nombres (*FGrHist* 554-579) y los primeros autores se localizan ya en el siglo V a. C. (estudios de conjunto son la monografía de L. Pearson, 1987 y el libro colectivo editado por R. Vattuone, 2002). Hipis de Regio (*FGrHist* 554), que vivió en el tiempo de las Guerras Médicas, pasa por ser el primero en escribir unos *Hechos de Sicilia*, de los que conservamos apenas nueve citas y no todas seguras. Esto si el testimonio de la *Suda* (*FGrHist* 554, T 1) no es erróneo, pues el nombre de Hipis no aparece en la lista de los historiadores más antiguos elaborada por Dionisio de Halicarnaso (*Sobre Tucídides* 5) ni tampoco es citado por Diodoro, Estrabón o Pausanias, buenos conocedores de la tradición historiográfica de Occidente.

A Hipis le sigue Antíoco de Siracusa (*FGrHist* 555; véase epígrafe 2.1.3), contemporáneo de Tucídides, que compuso unos *Sikeliká* en nueve libros con pretensiones de abarcar toda la historia de Sicilia, pues, al parecer, comenzaban con el mítico Cócalo, rey de los sicanos, y llegaban hasta el congreso de Gela del año 424 a. C. (*FGrHist* 555, T 3).

Pero es en el siglo IV a. C. cuando se componen las historias más conocidas e influyentes de los territorios del sur de Italia y de Sicilia, concebidos muchas veces de forma unitaria, con el objetivo no sólo de situarlos en su justa

dimensión histórica, sino también de preservar su identidad, prestigio y autonomía en el ámbito cultural helénico. Siracusa fue, sin duda, la mayor promotora de tales obras. Era la ciudad más importante de Sicilia y estuvo gobernada durante esa época por tiranos que fomentaron una gran actividad intelectual y atrajeron a la ciudad a un buen número de artistas, pensadores y literatos. Entre los historiadores, cabe citar a Filisto de Siracusa, a Alcimo de Sicilia, a Atanis de Siracusa, a Timónides de Léucade y, sobre todo, a Timeo de Tauromenio. Sus obras, a pesar de no ser ajenas a los modelos historiográficos comunes, fueron hijas de sus respectivos ambientes sociales y quizá adolezcan de una excesiva dependencia política, a favor o en contra de los respectivos dinastas. Filisto, el historiador siracusano de la época de Dionisio I, siguiendo los moldes externos de la *Historia de la guerra del Peloponeso* de Tucídides, se propuso componer una historia de Sicilia, desde los tiempos más antiguos hasta sus años, y acabó siendo el mayor propagandista de los gobiernos tiránicos de Dionisio I y de Dionisio II. A este último tirano debió de prestar también sus servicios Alcimo Siceliota. Timónides y Atanis hicieron exclusivamente historia contemporánea, pero el uno hizo una historia partidista de Dión, que liberó a Siracusa de la tiranía de los Dionisios, y el otro, un firme defensor de la democracia, completó la *Historia de Sicilia* de Filisto hasta sus días. Timeo, cuya aversión al tirano Agatocles le costó el exilio, se empeñó en superar a sus predecesores, especialmente a Filisto, realizó una profunda reflexión metodológica y compuso una *Historia de Sicilia* que fue el más serio intento historiográfico, a pesar de las críticas de Polibio, de los primeros tiempos del período helenístico. Todos ellos escribieron sus historias desde la perspectiva de griegos originarios de "occidente", conscientes de ser partícipes de una tradición cultural común, pero resueltos también a dar la importancia debida a un pasado y a un presente autónomos fruto de sus relaciones con los pueblos indígenas y vecinos. Veamos cuáles fueron las respectivas contribuciones a la historia de la historiografía griega de los autores citados, que no son los únicos que hicieron historias de Sicilia y de la Magna Grecia, aunque sí los más importantes a juzgar por el número de citas que de ellos nos han llegado.

8.2.1. Filisto de Siracusa

Como muchos de los historiadores griegos, Filisto de Siracusa (*FGrHist* 556), que vivió entre los años 430 y 356 a. C., fue un hombre de acción, un político y un militar renombrado que puso sus conocimientos y su propia experiencia al servicio de la historiografía. Diodoro y Plutarco, nuestros principales informantes sobre la personalidad y la obra de Filisto, le hacen un firme parti-

dario de la tiranía como forma de gobierno, que él había visto personificada en los más famosos tiranos de Siracusa: Dionisio I y Dionisio II. A ambos tiranos, en efecto, les prestó importantes y numerosos servicios durante su vida activa (lo refiere *Diodoro en la Biblioteca Histórica* XVI 16, 3 = *FGrHist* 556, T 9c). Al primero, incluso, le ayudó a llegar al poder en el año 406 a. C. y le asistió económicamente en varias ocasiones, aunque hacia el 386 a. C. debió exiliarse por culpa de la manía persecutoria que afectó al tirano. Se han dado, no obstante, varias versiones para explicar esta imprevista ruptura de Dionisio con Filisto, entre otras la de la posible influencia del grupo de Dión, pariente de Dionisio y ligado al filósofo Platón, quien por aquellas fechas había hecho su primer viaje a Siracusa. Combatiendo, en fin, por Dionisio II, precisamente contra los rebeldes siracusanos guiados por Dión, murió en el año 356 a. C. (véase epígrafe 8.2.3) y con su muerte, reconocen Diodoro y Plutarco (*FGrHist* 556, T 9c y 9d), Dionisio se quedó sin su principal valedor y tuvo que ceder ante Dión.

El léxico de la *Suda*, que le llama Filisco o Filisto, le atribuye varias obras de diversos géneros, incluidas una *Genealogía* y una *Retórica* (la *Suda* confunde al historiador con el rétor Filisco de Mileto, el maestro de Timeo, y, probablemente, con algún otro Filisto y mezcla sus obras). Pero a nuestro autor se le conoce particularmente por haber escrito una *Historia de Sicilia* (*Sikeliká*) en la que se nos muestra como un imitador de Tucídides, no tanto por la elección del tipo de contenidos como por la forma de contarlos. Al menos eso es lo que opinaban, entre otros, Cicerón (*A su hermano Quinto* II 11, 4 = *FGrHist* 556, T 17a), que lo llama "casi un pequeño Tucídides"; Quintiliano (*Formación del orador* X, 1, 74 = *FGrHist* 556, T 15c), que lo califica como "imitador de Tucídides, mucho más flojo, pero, en cierto modo, más brillante", y Dionisio de Halicarnaso (*A Pompeyo* 5 = *FGrHist* 556, T 16b), quien lo consideraba más cercano a Tucídides que a Heródoto, aunque muy inferior al ateniense en estilo narrativo, en caracterización de los personajes y en adecuación de los discursos a los oradores (véase texto 34). Porque, al margen de esos testimonios antiguos, poca idea podemos hacernos nosotros de ello cuando el grueso de los setenta y seis fragmentos que conservamos de su obra se compone de citas indirectas, carece de una extensión narrativa suficiente y, en muchos casos, se trata de simples referencias sobre nombres de ciudades de Sicilia o de curiosidades lingüísticas.

Podemos saber, no obstante, que en sus *Sikeliká* Filisto recorría la historia de Sicilia desde sus orígenes hasta el año 362 a. C. Si no lo hizo el propio Filisto, fueron los bibliotecarios alejandrinos quienes dividieron el material en dos partes, una titulada *Sobre Sicilia* y otra, *Sobre Dionisio*. Es así como la citan Diodoro (XIII 103, 3 = *FGrHist* 556, T 11a) y Dionisio de Halicarnaso (*A Pompeyo* 5 = *FGrHist* 556, T 12), aunque este último reconoce que es una única obra.

La primera parte, en efecto, con siete libros, sería una historia de Sicilia desde los tiempos más antiguos. La historia comenzaría –como habría hecho también su predecesor, el logógrafo Antíoco de Siracusa (véase epígrafe 2.1.3)– con el mítico rey Cócalo (*FGrHist* 556, F 1) y con el origen de sus pobladores (*FGrHist* 556, F 45 es el famoso pasaje en el que se habla de la procedencia ibérica de los sicanos, frente a la opinión de Timeo recogida en *FGrHist* 566, F 38, que los hace autóctonos). Esta parte llegaría hasta el año 406 a. C.; es decir, el año de la conquista de Agrigento por los cartagineses, que coincide con el advenimiento a la tiranía de Dionisio I en Siracusa. Para su composición, Filisto habría acudido a historiadores anteriores (Antíoco, Helánico, Tucídides) y al testimonio de testigos directos de los acontecimientos, él mismo incluido. En esta parte, en el libro VI concretamente, figuraría el relato de las expediciones atenienses contra Sicilia, en particular la de los años 415-413 a. C. Es el relato que, según el testimonio del rétor Teón (*Ejercicios de Retórica* 63 = *FGrHist* 556, T 14), Filisto habría copiado completo de la *Historia* de Tucídides. Hubiera sido interesante conservar la versión "siciliana" de Filisto, quien, seguramente, no se habría limitado a copiar al historiador ateniense. En los años de la expedición, Filisto era un adolescente y quizá presenció algunos acontecimientos; después, en el momento de la composición de su obra, habría tenido la oportunidad de entrevistar a testigos directos –no atenienses– de los mismos. Es probable que algunos de los detalles que difieren en las versiones que de la expedición ateniense a Sicilia dan Tucídides (VI-VII) y Diodoro (XII-XIII), en especial los que tienden a magnificar las pérdidas atenienses, procedan en última instancia de Filisto. Además, Plutarco, que recuerda la condición de "testigo visual" (*horatés*) de Filisto (*Nicias* 19, 6 = *FGrHist* 556, T 2), lo utiliza como fuente de primer orden, junto a Tucídides, para su *Vida de Nicias*, que se centra, precisamente, en la campaña siciliana comandada por el estratego ateniense.

La segunda parte contendría la historia contemporánea de Sicilia, fruto, sobre todo, de su propia experiencia vital. Relataría los hechos de la época de Dionisio I, hasta el año 367 a. C., en cuatro libros, a los que Filisto habría añadido posteriormente otros dos libros más que narrarían acontecimientos de los primeros cinco años de la tiranía de Dionisio II, hasta el año 362 a. C. En esta segunda parte habría incluido bastantes datos autobiográficos, habida cuenta del ascendiente de Filisto sobre ambos tiranos, y sus contenidos reflejarían su ideología pro tiránica y un sesgo excesivamente propagandístico de la dinastía dionisiana. Es lo que habría despertado especialmente los juicios negativos en la antigüedad sobre su persona y su obra. Pausanias, por ejemplo, le acusa de "haber ocultado las acciones más impías de Dionisio" con la esperanza de recuperar el favor del tirano y regresar a Siracusa (I 13, 9 = *FGrHist* 556, T 13a), y Plutarco afirma que "Filisto omite la totalidad de las injusticias de Dionisio contra

los bárbaros que no están ligadas a los asuntos griegos" (*Sobre la malevolencia de Heródoto* 3, 855c = *FGrHist* 556, T 13b). Uno de los pocos fragmentos procedentes de estos libros es el que recoge un sueño premonitorio de la madre de Dionisio I (*FGrHist* 556, F 57a), quien, cuando lo tenía en su vientre, "soñó que paría un pequeño sátiro y los intérpretes de portentos, que por entonces eran llamados en Sicilia 'galeotes', le vaticinaron que aquel al que ella iba a parir sería muy famoso en Grecia, con una fortuna muy duradera". El pasaje sería muestra de esa imagen positiva que Filisto se habría propuesto dibujar del tirano Dionisio I como un gobernante elegido por la divinidad y agraciado por la fortuna, destinado a detentar la hegemonía y a defender los territorios griegos de Occidente del peligro cartaginés.

Pero, a pesar de sus presupuestos ideológicos, a nuestro autor se le considera uno de los historiadores importantes y más leídos de la antigüedad, y hasta fue incluido entre los diez historiadores canónicos. En Filisto se encuentra ya la datación de los acontecimientos históricos por olimpiadas (*FGrHist* 556, F 2), el tipo de cronología que Timeo se encargaría de difundir. Sus reflexiones acerca del buen gobierno y de la naturaleza del poder tiránico habrían tenido una gran trascendencia, sobre todo en época romana. Un indicio de la estima en que se tenía la obra de Filisto es también la anécdota referida por Plutarco (*Alejandro* 8, 3 = *FGrHist* 556, T 22), que cuenta que Hárpalo envió a Alejandro los libros de Filisto junto con algunas tragedias de Eurípides, Sófocles y Esquilo y ditirambos de Telesto y de Filoxeno. Éforo y, sobre todo, Timeo lo debieron de utilizar profusamente para sus respectivas obras históricas; pero ambos historiadores contribuyeron a oscurecer su fama. Timeo, en particular, lo vería como un competidor directo para la difusión de su propia historia siciliana y se empeñó en demostrar la impertinencia y poca pericia de Filisto como historiador (lo dice Plutarco en *Nicias* 1, 1 = *FGrHist* 556, T 23b). Sea a través de Éforo y Timeo, sea de forma directa, es también la fuente de otros escritores tardíos (Diodoro, Pausanias y Plutarco, entre ellos) en lo tocante a la historia de Sicilia y de sus tiranos y gozó igualmente de predicamento entre algunos autores latinos (Cicerón, Plinio, Quintiliano, por ejemplo). Incluso dos papiros descubiertos en Oxirrinco (*Pap. Oxy.* 665 y *PSI* 1283) contienen fragmentos que se han identificado como partes del libro IV de la *Historia de Sicilia* de Filisto, que narraría acontecimientos del siglo V a. C. de los que tenemos pocas o ninguna noticia en otros autores, y que vendrían a demostrar que Filisto era un autor todavía leído en el Egipto del siglo II. El lexicógrafo Esteban de Bizancio, en fin, lo tiene entre sus fuentes en el siglo V, aunque quizá ya no podía acceder más que a epítomes y extractos.

Desde el punto de vista literario, el rétor Teón cita algunos episodios de la *Historia de Sicilia* de Filisto como buenos ejemplos de narración (*Ejercicios de*

Retórica 66 = *FGrHist* 556, F 6); y Dionisio de Halicarnaso, pese a calificarlo de "adulador, servil, bajo y mezquino", lo incluía, junto a Heródoto, Tucídides, Jenofonte y Teopompo, entre los historiadores que deben tomarse como modelos a imitar (*A Pompeyo* 3, 1 = *FGrHist* 556, T 15a). Una de las citas literales que hace Dionisio (*FGrHist* 556, F 5; véase texto 34) constituye un ejemplo de prosa áspera y concisa, desprovista de colorido retórico y llena de construcciones paratácticas y de participio.

8.2.2. Alcimo de Sicilia

Alcimo de Sicilia (*FGrHist* 560) vivió, con probabilidad, en la época de Dionisio II y, como Filisto, puso sus conocimientos al servicio de la tiranía. Es autor de una obra titulada *A (o Contra) Amintas* (*FGrHist* 560, F 6), cuatro libros de contenido matemático-filosófico escritos en clave antiplatónica, según puede colegirse del comentario que Diógenes Laercio hace a algunos fragmentos del libro I (*FGrHist* 560, F 6), lo único que ha pervivido de ella. Nuestro autor habría intentado demostrar que algunas de las ideas de Platón ya se encontraban en los dramas de Epicarmo. No sabemos si Alcimo quiso con esto hacer patria, pues Epicarmo es uno de los máximos exponentes de la literatura griega en la Sicilia del siglo V a. C. y, a la vez, restar autoridad al filósofo ateniense, relacionado familiar e intelectualmente, como sabemos, con Dión, el gran enemigo de Dionisio II.

A nosotros nos interesa por haber compuesto una *Historia de Sicilia* (*Sikeliká*) y una *Historia de Italia* (*Italiká*), parte probablemente de la anterior. Conservamos cinco fragmentos de estas obras que, fundamentalmente, nos aportan informaciones de carácter etnográfico y anticuario. Uno de ellos explica, por ejemplo, la razón de por qué las mujeres de Italia se abstienen de beber vino (*FGrHist* 560, F 2) y otro fragmento cita, por primera vez en la historia, a Rómulo, a quien se hace hijo de Eneas y de Tirrenia, y padre de Alba, "cuyo hijo, Romo [*sic*], fundó Roma" (*FGrHist* 560, F 4).

8.2.3. Timónides de Léucade

Timónides (*FGrHist* 561) no era originario del occidente griego, sino de la isla de Léucade, de donde partió la expedición de Dión contra Dionisio II (357 a. C.), en la cual tomó parte. Y es que Timónides era amigo de Dión y, como él, discípulo de Platón (*FGrHist* 561, T 1). Su labor historiográfica consistió, justamente, en narrar la citada campaña de Dión y sus destinatarios parece que fueron

los propios miembros de la Academia: Plutarco y Diógenes Laercio, que son los únicos autores que la citan, se refieren a ella como "historias para Espeusipo sobre los hechos de Dión" (*FGrHist* 561, T 3).

Los dos fragmentos conservados proceden de la *Vida de Dión* de Plutarco, quien debió de utilizar la obra de Timónides como fuente para los capítulos XXII-LIII. El segundo de esos fragmentos es el relativo a la decisiva batalla del año 356/355 a. C. en que perdió la vida Filisto; en el pasaje, Plutarco enfrenta los testimonios de Éforo, de Timónides y de Timeo: si el primero dice que "cuando su nave fue capturada, Filisto se suicidó" (*FGrHist* 70, F 219; es lo mismo que cuenta también Diodoro XVI, 16, 3), Timónides escribe que Filisto fue cogido vivo y hace una cruda descripción de las vejaciones que sufrió hasta morir decapitado (*FGrHist* 561, F 2). Timeo, por su lado, "ultrajándolo todavía más", sentencia Plutarco, añade otros detalles escabrosos (*FGrHist* 566, F 115).

La obra de Timónides, en fin, debió de tener un carácter apologético y habría contribuido a la difusión de la imagen de Dión como el que liberó a Siracusa de una tiranía que duró medio siglo.

8.2.4. *Atanis de Siracusa*

Poco sabemos de Atanis (Atanas o Atánide) de Siracusa (*FGrHist* 562). Su *Historia de Sicilia* (*Sikelikà*), en 13 libros, se concibe como una continuación de la de Filisto y comienza allí donde finaliza la de éste (362 a. C.). Narraba los acontecimientos que afectaron a Sicilia al menos hasta el año 337/336 a. C. (muerte de Timoleón; *FGrHist* 562, F 3). Pero frente a Filisto, defensor de la tiranía, y Timónides, apologeta de Dión, Atanis habría tomado partido por la restauración de la democracia en Siracusa (*FGrHist* 562, T 1).

De los tres fragmentos que se conservan, el primero se adscribe al libro I y se refiere a Dionisio II; los dos últimos cuentan sendos episodios relativos a Timoleón (*FGrHist* 562, F 2-3) y proceden de la *Vida* que Plutarco escribió del general corintio, abanderado del régimen democrático en Sicilia y combatiente contra los cartagineses.

8.2.5. *Timeo de Tauromenio*

Timeo de Tauromenio (*FGrHist* 566) es, sin duda, el más importante de los historiadores griegos de Occidente. Las críticas adversas que le dedicó el implacable

Polibio con vistas a restarle autoridad (véase epígrafe 11.6) nos han aportado, paradójicamente, el mayor número de noticias sobre su vida y su obra: sin Polibio, Timeo sería poco conocido. Sus noventa y seis años de vida (*FGrHist* 566, T 5) transcurrieron entre el año 350 y el 250 a. C. Pero cincuenta de esos años, a partir del 315 a. C., los pasó exiliado en Atenas, según su propio testimonio (*FGrHist* 566, T 4b), seguramente por motivo de su oposición al tirano Agatocles, quien había tomado el poder en Siracusa mediante un golpe de estado en el año 316 a. C. y, siguiendo el ejemplo de los Diádocos, se había proclamado rey de Sicilia y la Magna Grecia (este personaje será blanco fundamental de las invectivas de Timeo). Sin embargo, no parece que perdiera nunca su amor por la patria, que viene a ser el componente más importante de la historiografía producida por los griegos del occidente. Sólo tras la muerte de Agatocles, en el año 289 a. C., pudo regresar a su Sicilia natal y allí, probablemente, pasó los últimos años de su larga vida.

Fue en Atenas donde, después de estudiar con el discípulo de Isócrates Filisco de Mileto, llevó a cabo el grueso de su actividad literaria, eminentemente historiográfica, aunque la *Suda* le atribuye también una *Colección de conceptos retóricos* (*FGrHist* 566, T 1) en sesenta y ocho libros. Quizá la primera obra que escribió fue *Olimpionicas* o *Vencedores de Olimpia,* una obra de tipo cronográfico en la que, siguiendo el afán revisionista que tanto le caracterizó, corrigió trabajos anteriores de la misma índole. Es posible que Polibio se refiera a esta obra cuando escribe que "Timeo es quien ha establecido las correspondencias, desde el principio, de los éforos con los reyes de Lacedemonia y con los arcontes de Atenas y ha sincronizado a las sacerdotisas de Argos con los vencedores olímpicos, denunciando los errores en los registros de las ciudades aunque la diferencia fuera de tres meses" (XII 11, 1 = *FGrHist* 566, T 10). En cualquier caso, en ella se fundamentaría el cómputo y la ordenación de los hechos históricos por olimpiadas, tan común después de Timeo y usado, entre otros, por Polibio y Diodoro.

Pero la gran obra de este autor es la conocida con el título de *Historias* (*Historíai*) o *Historia de Italia y Sicilia* (*Italikà kaì Sikeliká*), que, en treinta y ocho libros, narraba la historia de Sicilia y de los territorios meridionales de Italia, incluida Roma, con digresiones sobre Cartago, Grecia y otras regiones y pueblos occidentales. Abarcaba, en un principio, desde los tiempos míticos hasta la muerte de Agatocles (*FGrHist* 566, T 8); pero, luego, se añadió una obra monográfica, citada como *Hechos de Pirro* (*Tà perì Pyrrou*), que relataba las campañas de Pirro en Occidente y lo sucedido en los años sucesivos hasta, al menos, el año 264 a. C. (*FGrHist* 566, T 9), el año de la primera incursión de Roma en Sicilia, momento que Polibio toma como referencia para comenzar sus *Historias* (*FGrHist* 566, T 6a).

De todo ello han pervivido ciento sesenta y cuatro fragmentos, la inmensa mayoría sin indicación de obra ni libro, con los contenidos más diversos: metodológicos, míticos, etnográficos, geográficos, históricos, etc., que nos permiten conocer, a grandes rasgos, la estructura de la obra y que dan cuenta de la amplitud de intereses temáticos del historiador de Tauromenio.

Los cinco primeros libros serían de carácter introductorio (*prokataskeuê*) y contendrían la descripción geográfica de los territorios objeto de su historia y la narración de los tiempos más antiguos, incluido el período legendario. En ellos buscó relacionar los grandes mitos de la tradición griega (Heracles, la saga troyana, etc.) con Occidente y fijó las bases del origen mítico de Roma; de forma que ambas partes del mundo griego quedaban ligadas desde las edades más antiguas. El único fragmento que conservamos referido a Roma (*FGrHist* 566, F 60) traza los límites entre la leyenda y la historia de la ciudad y establece un dramático sincronismo entre las fundaciones de Roma y de Cartago, que tuvieron lugar "treinta y ocho años antes de la primera olimpiada". Al libro VI pertenece el famoso fragmento de carácter metodológico, citado por Polibio (*FGrHist* 566, F 7) relativo a la dificultad de componer una obra histórica (véase más abajo). En este libro comenzaría, justamente, el relato de la historia más reciente (siglo VI a. C. en adelante). Con el X llegaría hasta los años de Gelón (493/492 a. C.; *FGrHist* 566, F 18) y en el XV narraría ya la destrucción de Agrigento por los cartagineses (*FGrHist* 566, F 26) y el establecimiento de la tiranía de Dionisio I (406/405 a. C.). En estos libros se incluiría el relato de la expedición ateniense contra Sicilia, del que tan sólo tenemos unos pocos fragmentos, aunque suficientes para que se perciba el patriotismo del que hacía gala Timeo (*FGrHist* 566, F 99-102). Desde el libro XVI hasta el XXXIII se relatarían los hechos acaecidos hasta el golpe de estado de Agatocles (316 a. C.) y los cinco últimos libros contendrían los sucesos del tiempo de este tirano (*FGrHist* 566, T 8).

Nuestro autor, así pues, destina más de la mitad de su obra a la historia de los siglos IV y III a. C. y otorga una atención especial a los años de Agatocles, que debía de ser el personaje de más infausta memoria para Timeo, porque a él dedicó los juicios más despectivos (*FGrHist* 566, T 12; F 120-124). De hecho, Polibio reprocha a nuestro autor que su fijación contra Agatocles le impidiera reconocer sus éxitos políticos y militares; entre otros, las victorias contra los cartagineses (*FGrHist* 566, F 124). Antandro (*FGrHist* 565), hermano del tirano y, sobre todo, Calias de Siracusa (*FGrHist* 564), no sabemos si antes o después de Timeo, sí debieron de componer sendas historias decididamente laudatorias de Agatocles; y Duris de Samos, que se tiene por creador de la llamada "historiografía trágica" (véase epígrafe 9.1), le dedicará también una monografía a Agatocles, para la que utilizó a Timeo como fuente. Diodoro se servirá, a

su vez, de los libros de Timeo y de Duris para la redacción de la parte de la historia de Sicilia correspondiente a los años del tirano (libros XIX-XXI de la *Biblioteca Histórica*). Se discute, sin embargo, cuál fue el texto fundamental y si Diodoro conoció la obra de Timeo o tan sólo la de Duris. Sí sería el texto de Timeo el que estuvo en la base de la tan desfavorable visión del tirano presentada por Justino-Pompeyo Trogo (XXII-XXIII, 2).

El extenso comentario que consagra Polibio (*Historias* XII 3-28a) a la labor historiográfica de Timeo es la fuente principal para conocer el método histórico de nuestro historiador. Antes que nada, Timeo defiende la autonomía, la primacía y la mayor dificultad de la investigación histórica frente a la redacción de discursos epidícticos (*FGrHist* 566, F 7), en esa polémica particular del siglo IV a. C. en la que también había tomado partido Éforo, con más autorizados y originales argumentos –afirma Polibio– que nuestro autor (véase epígrafe 7.1.2). Insiste, asimismo, en que la verdad es la característica fundamental de las obras históricas: "aunque fallen en aspectos estilísticos o de disposición de sus partes, si exponen la verdad, pueden recibir el nombre de historia; pero si estos libros carecen de veracidad, entonces no pueden ser denominados así" (*FGrHist* 566, F 151). Al comprobar, precisamente, que muchas de las historias del occidente griego estaban falseadas, se habría propuesto una revisión completa de las mismas (*FGrHist* 566, T 17), denunciando a quienes se habían prestado a inventar o a tergiversar los hechos con fines propagandísticos, en beneficio propio o de gobernantes y tiranos infames. No pueden ser más serias las bases de su proyecto historiográfico, aunque, luego, se pervierta por causa de su patriotismo excesivo y su aversión contra los tiranos, en general, y contra Agatocles, en particular.

Otra cosa es la manera en que Timeo ha procedido en la obtención, selección y elaboración del material histórico. Polibio le alaba la precisión en la datación de los acontecimientos y el rigor con el que trabajó en la composición de los asuntos más antiguos, sistematizando mitos, genealogías y fundaciones de ciudades. Pero le censura, como a Éforo y a Teopompo, que obtenga su información tan sólo de los libros, pues ni tenía conocimiento directo de los hechos que narraba –su largo exilio se lo habría impedido– ni experiencia en los asuntos sobre los que escribía. Polibio, por lo tanto, deja en entredicho su autoridad como historiador, habida cuenta de que, para el de Megalópolis, aunque la labor de documentación es importante, la *autopsía* y el saber por propia experiencia de qué se habla constituyen el fundamento de la auténtica historia (véase epígrafe 11.6).

En cualquier caso, es claro que las fuentes principales de Timeo debieron de ser las obras escritas de autores anteriores, no sólo historiadores, así como documentos y testimonios recabados en los archivos públicos y en los templos.

Si se admite, además, que Timeo no finalizó su obra hasta su regreso a Sicilia, bien pudo tener la ocasión todavía de obtener informaciones de primera mano y sobre el terreno para completar su cultura histórica, nutrida de infinitas lecturas en Atenas. Toda esa documentación ha sido sometida por Timeo a una crítica exhaustiva; en su obra ha dejado constancia de los desacuerdos con los respectivos autores. Entre los fragmentos conservados hay comentarios negativos, por ejemplo, sobre Homero (*FGrHist* 566, F 152), Heráclito (*FGrHist* 566, F 132), Antíoco de Siracusa (*FGrHist* 566, T 17), Tucídides (*FGrHist* 566, T 18; F 101), Platón (*FGrHist* 566, T 18), Isócrates (*FGrHist* 566, F 139), Aristóteles (*FGrHist* 566, T 19; F 156), Calístenes (*FGrHist* 566, F 155), Éforo (*FGrHist* 566, T 17, 19; F 7), Teopompo (*FGrHist* 566, F 117), Calias de Siracusa (*FGrHist* 566, T 17), Demócares (*FGrHist* 566, F 35), Heráclides Póntico (*FGrHist* 566, F 132) y, particularmente, sobre Filisto de Siracusa (*FGrHist* 566, F 154). Es que Filisto era su inmediato predecesor en la historiografía siciliana y valedor de la tiranía de los Dionisios. Timeo lo presenta –escribe Plutarco– como un personaje "absolutamente insoportable e ignorante" en el capítulo dedicado a la expedición ateniense contra Sicilia (*FGrHist* 566, T 18), y, en el relato de su humillante muerte, añade detalles escabrosos "ultrajándolo todavía más" (*FGrHist* 566, F 115). En la antigüedad, sus invectivas contra esos autores y contra otros personajes históricos como los dos Dionisios, Dión y Agatocles le valieron a Timeo el calificativo de *epitímaios* ("maldiciente"), un juego léxico formado a partir de su propio nombre (*FGrHist* 566, T 11). Polibio, como no podía ser menos, arremete también contra ese carácter agrio de nuestro historiador y aprovecha para denunciar su apego a los relatos maravillosos y a las supersticiones (XII 24, 5-6).

El estilo narrativo de Timeo tampoco parecía ser del agrado de Polibio; en su opinión, carece de expresividad y abusa de una retórica vana e injustificada. Ambos defectos, según el historiador de Megalópolis, se deben, de nuevo, a su formación libresca, a su inexperiencia política y militar y a su desconocimiento de los escenarios de los hechos:

> Cuando en su historia llega a una acción militar ignora muchas cosas y engaña. Si alguna vez roza la verdad, se parece a los pintores que pintan sus cuadros sirviéndose de maniquíes de paja, que toman como modelos. Estos artistas salvan alguna vez la línea externa, pero no reflejan el dinamismo y la animación de los seres vivos, que es el elemento más propio del arte pictórico. Éste es el fallo de Timeo y, en general, el de los que se ciñen únicamente a una base libresca: carecen del vigor de los temas, que sólo surge de la experiencia personal de los autores. Por ello, los que no han vivido los hechos son incapaces de despertar el sentimiento de la realidad en sus lectores (XII 25h, 1-4).

Polibio se fija, especialmente, en los discursos que Timeo atribuye a sus personajes. Timeo, escribe Polibio, "ni reproduce lo que se dijo ni respeta la forma en que se dijo: precisa lo que se hubiera debido decir, revisa los discursos realmente pronunciados y lo que se derivó de ellos en el desarrollo de los hechos, como si uno, en la escuela de retórica, intentara hacer una demostración de la capacidad propia, pero no una reproducción del discurso pronunciado realmente" (XII 25a, 5). Como demostración de sus palabras, realiza un análisis de las inconsistencias históricas y retóricas de los discursos que Timeo había puesto en boca de Gelón (*FGrHist* 566, F 94), de Hermócrates (*FGrHist* 566, F 22; véase texto 35) y de Timoleón (*FGrHist* 566, F 31b) y concluye añadiendo una pulla más sobre el patriotismo siciliano del autor, algo que contradiría su pretensión de verdad:

> Timeo compone unos discursos tan prolijos, se interesa tanto por convertir a Sicilia en el territorio más importante de Grecia, por describir los hechos de la isla como más brillantes y vistosos que los del resto del mundo, por presentar a los sicilianos como los más sabios entre los hombres que se distinguieron por su inteligencia y a los siracusanos como los hombres más avanzados, casi divinos, en cuestiones políticas, que no deja ni una sola exageración a los alumnos de la escuela de retórica cuando hacen ejercicios sobre temas paradójicos, por ejemplo: componer un elogio de Tersites o una censura de Penélope, o cosas por el estilo (XII 26b, 4-5).

Cicerón no opina, sin embargo, lo mismo que Polibio. En los párrafos de su diálogo *Sobre el orador* en los que juzga a los diversos historiadores griegos (II 55-58), dice de Timeo que "con mucho, es el más refinado de todos y le sobraba riqueza de conocimientos tanto como variedad en su exposición y apreciable habilidad en la disposición del período, aportando mucho estilo al arte de escribir Historia" (II 58).

La valoración de Timeo como historiador, finalmente, ha dependido del crédito que se le haya otorgado a las críticas de Polibio, que se extrañaba de que Timeo "hubiera podido gozar de la confianza y de la aceptación de alguien" (XII 25c, 1). La crítica feroz del de Megalópolis quizá no estaba fundada sólo en razones metodológicas y hubiera algo de celos profesionales, pues no cabe duda de que Timeo fue un historiador de gran influencia en la antigüedad. Ya antes que Polibio le dedicaron escritos polémicos Istro (*FGrHist* 566, T 16) y Polemón de Ilión (*FGrHist* 566, F 26). Además, fueron muchos los autores griegos que le citaron, entre otros Calímaco, Licofrón, Eratóstenes, Agatárquides, Posidonio y Estrabón. Diodoro y Plutarco lo consideraron algo agrio y maldiciente, pero ambos lo utilizaron con profusión. Polibio mismo le debe más de lo que reconoce: sus *Historias* comienzan en el punto en que terminan

las de Timeo y el cómputo por olimpíadas es también del siciliano; gracias a él debió de percatarse, igualmente, del provecho de criticar a los autores precedentes para ganar autoridad propia, pues hasta Timeo eso era algo inédito. Los romanos, en general (que es lo que quizá más irritaba a Polibio), y Cicerón, en particular, sienten por él un gran aprecio (*FGrHist* 566, T 9a, 20, 21); no en vano el historiador de Tauromenio fue el primero en sistematizar las leyendas sobre los primeros tiempos de Roma y en intuir el futuro desarrollo de una ciudad que habría de cambiar el orden social y político de los pueblos del Mediterráneo.

El juicio obsesivamente adverso de Polibio, que, en resumidas cuentas, le hace un historiador retórico, libresco, parcial y carente de autoridad, ha prevalecido de todos modos en los estudios sobre nuestro autor hasta hace bien poco. A partir de los trabajos de A. Momigliano se tiende a valorar a Timeo en su propio contexto sociocultural y a restar validez a las críticas, en parte comprensibles, de Polibio, un griego del siglo II a. C. que no podía entender la idiosincrasia y los condicionantes del historiador siciliano (Vattuone, 2002: 184). Ahora se le considera un historiador serio, pertrechado de una sólida metodología historiográfica al servicio de la búsqueda de la verdad, aunque también es ya un estudioso típico de los tiempos helenísticos por sus amplios intereses temáticos, por el gusto por el detalle y las curiosidades, por el valor dado a la palabra escrita y por el apego a la investigación libresca. A la vez, se le tiene por un escritor comprometido con su lugar de origen, a pesar o por causa de su largo exilio, y también con sus ideas antitiránicas, un autor que todavía en el siglo III a. C. pretendía la salvación de la ciudad-estado como modelo político. Comprendió, en fin, que Cartago constituía una amenaza e intuyó el papel que había de tener Roma en la historia posterior.

Otros autores, y no exclusivamente nacidos en Sicilia o en la Magna Grecia, seguirán a Timeo durante los siglos posteriores en el interés particular por las cosas del occidente griego. Sin embargo, ya no encontraremos una *Historia* comprensiva a la manera del de Tauromenio, sino obras más o menos especializadas sobre su historia, geografía, costumbres, mitografía, *mirabilia, antiquaria,* anécdotas, biografías y todos aquellos asuntos propios del gusto erudito de la época helenística. De los más de veinte autores posteriores a Timeo recogidos en los *FGrHist,* como ocurre por lo demás con la mayor parte de la historiografía helenística, apenas nos quedan unos cuantos fragmentos y testimonios, transmitidos por lexicógrafos, gramáticos y estudiosos griegos y latinos como Dionisio de Halicarnaso, Plinio el Viejo, Eliano y, en especial, Ateneo. Pero ya es significativo que esos autores acudiesen todavía en su época a esas obras de los siglos III y II a. C. con la confianza de hallar en ellas informaciones autorizadas pertinentes a sus intereses intelectuales.

Capítulo 9 Otras formas de contar la historia: la historiografía trágica de Duris, Filarco y Agatárquides

LOS AÑOS FINALES del siglo IV a. C. vieron nacer la llamada "historiografía trágica", una corriente que dice afirmarse en contra de los excesos retóricos de los Éforo o Teopompo y en pro de una mayor dramatización y sensacionalismo en el relato de los acontecimientos. El nombre le vendría de los términos empleados en las críticas que Plutarco y, sobre todo, Polibio profirieron contra los principales representantes de esta manera de narrar la historia: Duris de Samos y Filarco. Plutarco dirá que Duris "da un tono trágico" (*epitragodeî*) a los acontecimientos (*Pericles* 28, 1-3; véase texto 36); y Polibio define lo que no debe ser la historia frente a la tragedia poniendo como ejemplo a Filarco, cuya única intención era provocar la compasión de sus lectores y hacerles sintonizar con su relato (*Historias* II 56, 7-8; véase texto 46).

Desde el punto de vista de la historiografía trágica, la selección de datos y la marginación de los aspectos secundarios de los acontecimientos históricos de un Tucídides se quedaba muy lejos de la realidad, y lo mismo sucedía con la forma de presentar los hechos propia de un Teopompo o de un Éforo. A lo sumo, estos autores podían llamar al intelecto o al sentido moral en abstracto, pero no despertaban el sentimiento, ni el horror, ni la compasión que son consustanciales a los propios sucesos. El primer objetivo de esta corriente historiográfica sería, así pues, suscitar la emoción del oyente o lector mediante la narración sensacionalista (*terateía*) de los sucesos históricos. La forma y el estilo

quedarían en un segundo plano, pues el placer estético se derivaría del impacto emocional de esa clase de narración. El historiador "trágico" procedería a la sustitución de la realidad fáctica y desnuda por una realidad más expresiva y "realista", donde se destaquen debidamente los aspectos patéticos y efectistas del hecho narrado. Esto, en principio, no supone la tergiversación de la verdad histórica, sino un modo distinto de concebirla y de contarla.

Duris de Samos, considerado el primer representante y el impulsor de la historiografía trágica, justo en el primero de los fragmentos que se le atribuyen (*FGrHist* 76, F 1), critica a Éforo y a Teopompo y les reprocha no haber llevado más lejos ese esfuerzo de *mímesis* de la realidad que provoca el auténtico placer estético:

> Éforo y Teopompo la mayoría de las veces no estuvieron a la altura de lo sucedido [*tà genómena*], pues en su relato no dieron parte en absoluto ni a la imitación [*mímesis*] ni al placer [*hedoné*], sino que sólo se preocuparon de su redacción [*tò gráfein*] (*FGrHist* 76, F 1).

El fragmento, no exento de polémica (véase Pédech, 1989: 368-372 y Landucci, 1997: 51-55) es, digámoslo así, la carta fundacional de esa forma nueva de contar la historia, cuyo origen ha suscitado una enorme controversia. La presencia en el citado fragmento de Duris de la palabra *mímesis* denotaría, para algunos estudiosos (Schwartz, Von Frtiz, Torraca), una matriz peripatética. En su base se encontrarían las ideas de Aristóteles expuestas en el libro IX de la *Poética* (1451b 5-7) sobre la posición relativa ocupada por la poesía y por la historia frente a la filosofía. Allí sentencia Aristóteles que "la poesía es más filosófica y seria que la historia", pues aquélla, como la filosofía, se ocupa más de lo universal, según las categorías de lo verosímil y lo necesario, mientras que la historia tiende a lo particular y contingente. Lo universal radica, en el campo de la poesía, en hacer que una persona haga o diga determinadas cosas conforme a la necesidad o a la verosimilitud, de manera que esa persona y sus acciones adquieren un carácter ejemplar; lo particular, por el contrario, consiste en contar lo que Alcibíades, un personaje histórico concreto, ha hecho o sufrido.

De esa distinción aristotélica se habría derivado cierto descrédito de la historiografía, algo que los miembros del Liceo, preocupados por la dignidad epistemológica de la disciplina, habrían intentado remediar imponiéndose un gran reto: descubrir y destacar lo universal humano en los acontecimientos históricos particulares, y la mejor forma de conseguirlo era aplicar a la historia los mecanismos "poéticos" de la tragedia. El historiador no debía alterar la verdad histórica, mas podía añadir al hecho nuclear, si fuera necesario, con vistas a suscitar el *páthos* trágico contenido en él, sucesos y circunstancias concretas no

documentados, pero que, según las leyes de la verosimilitud, podrían verificarse en situaciones análogas; en eso estribaría la fuerza "poética", creadora, de la historiografía trágica, pero también su principal defecto según sus detractores. Se apunta que fue Teofrasto el discípulo de Aristóteles que fundamentó teóricamente este tipo de historiografía en un tratado titulado *Sobre la historia,* que citan Diógenes Laercio (V 47) y Cicerón (*El orador* 39); y que fue Duris el historiador que llevó dicha teoría a la práctica. La *mímesis* del historiador de Samos sería, así pues, la "imitación" de la realidad según las reglas y los procedimientos "poéticos" de las obras destinadas a la escena con el objetivo de que el lector participe de los sucesos narrados como lo hace el espectador en el teatro, alcanzando el mismo nivel de *páthos* y obteniendo igual placer estético.

Otros críticos modernos niegan, no obstante, el origen peripatético de la historiografía trágica. Unos (Ullmann, Wehrli) atribuyen su creación a la escuela de Isócrates, a partir del cual la historiografía, como se comprueba en la obra de Teopompo, retoma aquellas narraciones de sucesos prodigiosos y sorprendentes (*thaumásia* y *parádoxa*) con los que se suscitaban la emoción y el sentimiento, presentes ya en las obras de los logógrafos, de Heródoto y, sobre todo, de Ctesias de Cnido, que sería el auténtico adelantado de esa forma de contar la historia (véase epígrafe 6.1.4). Otros (Meister, Pédech, Landucci) no creen que exista, como se pretende, una transposición de la poética de Aristóteles y de su concepción del estilo dramático a la historiografía; pues la *mímesis*, según puede inferirse del citado fragmento de Duris, no se correspondería con la representación aristotélica de la realidad potencial, "como debiera ser", sino de la realidad propiamente histórica, de los hechos como han sido (*tá genómena*). Tampoco el placer (*hedoné*) se habría de entender como el efecto de "la purificación o la liberación del alma", sino como lo que se experimenta ante un relato fiel de lo sucedido, tendente a provocar la emoción mediante efectos sensacionalistas. En este sentido, al menos en el caso de Duris, opina Meister (1998: 115), sería más propio hablar de "historiografía mimética" en lo que respecta a la teoría, o de "historiografía sensacionalista" en relación con la práctica, que de "historiografía trágica", que es el término que ha prevalecido. Hay quien, finalmente, duda de la existencia específica de tal historiografía y de que Duris fuera su fundador (Walbank, 1985: 224-241), pues, en mayor o menor grado, el tono trágico y emotivo en el relato de los acontecimientos se puede hallar atestiguado en la historiografía griega desde sus orígenes y sería imputable a la procedencia épica común de la historiografía y de la tragedia.

El caso es que las *Historias* de Duris de Samos, quien, según el testimonio de Ateneo (*FGrHist* 76, T 1) fue discípulo del peripatético Teofrasto en Atenas, y las de su continuador Filarco presentan una forma distinta de contar el pasado y fueron duramente criticadas por pretender convertir la historia en tragedia, a

costa, muchas veces, de supeditar la verdad de los hechos al sensacionalismo. También a Agatárquides de Cnido, uno de los historiadores más originales de la época helenística, se le considera representante de esta corriente historiográfica. El historiador de Cnido reflexionó sobre la manera más conveniente de presentar ante un auditorio el *páthos* de los acontecimientos históricos; tuvo el gran mérito de fijarse en personajes que hasta entonces habían estado ausentes del relato historiográfico y su descripción del trabajo de los esclavos en las minas de los ptolomeos se considera uno de los mejores ejemplos de narración dramática y emotiva.

Veamos, en fin, las contribuciones particulares de cada uno de esos historiadores.

9.1. Duris de Samos

Duris (sobre este autor puede verse P. Pédech, 1989: 255-389 y F. Landucci, 1997) había nacido circunstancialmente en la siciliana Heraclea, en torno al año 340 a. C., pues era hijo de un exiliado de Samos, desposeído y obligado a salir de la isla cuando ésta fue convertida por los atenienses en una cleruquía hacia el año 365 a. C. Duris se proclamaba, asimismo, descendiente del mismísimo Alcibíades (*FGrHist* 76, T 3), quien, como sabemos, estuvo refugiado en la isla entre el año 411 y el 408 a. C. Pudo regresar a Samos a partir del año 322 a. C., cuando Perdicas aplicó el decreto de amnistía promulgado por Alejandro para todos los exiliados políticos. Donde ejerció la tiranía hacia el año 300 a. C., bajo la autoridad real de Demetrio Poliorcetes, primero, y de Lisímaco, después; esto es, al menos, lo que dicen Ateneo y la *Suda* (*FGrHist* 76, T 2), un dato que, aparte de atribuirle una relevante actividad política, suscitaba, sin duda, cierta desconfianza acerca de su imparcialidad como historiador. Desconocemos el año de su muerte, que, en todo caso, se debió de producir después del año 281 a. C., ya que uno de los fragmentos de su obra (*FGrHist* 76, F 55) refiere una anécdota relativa a la muerte de Lisímaco, que ocurrió, precisamente, en ese año durante la guerra contra Seleuco.

Según el testimonio de Ateneo (*FGrHist* 76, T 1) fue, como se ha dicho, junto con su hermano Linceo, discípulo de Teofrasto en Atenas y, como buen peripatético, desarrolló una extensa actividad intelectual que se refleja en el número de obras que se le atribuyen sobre los más diversos temas. Se citan como suyos un tratado *Sobre las leyes* (o *Sobre los modos musicales,* pues ambas traducciones son posibles para el título original en griego *Perì nómon*) y otro *Sobre las competiciones,* probablemente relacionados con la música; de tipo filológico

serían *Sobre la tragedia, Sobre Eurípides y Sófocles* y *Problemas homéricos;* y sobre cuestiones estéticas habría escrito en los tratados *Sobre la pintura* y *Sobre el arte de los relieves.*

Pero a nosotros nos interesa aquí por sus tres trabajos historiográficos, que conocemos con los títulos de *Anales de los samios, Hechos de Agatocles* e *Historia de Macedonia.*

9.1.1. Anales de los samios

Con *Anales de los samios* (*Samíon hôroi*) Duris escribe una de esas historias de carácter local que se hicieron tan frecuentes en la segunda mitad del siglo IV a. C. (véase capítulo 8). Del título griego de la obra, *Hôroi*, que es el que solían recibir las historias locales en el ámbito jonio, podemos sospechar que los acontecimientos estaban ordenados y narrados por "años" (*hôroi*) –de ahí su traducción como "anales"–, porque ninguna pista nos dan al respecto los diecisiete fragmentos que nos han llegado (*FGrHist* 76, F 22-26 y 60-71). Sólo unos pocos fragmentos (*FGrHist* 76, F 22, 23 y, con una corrección de la tradición manuscrita, 24), relativos a situaciones datables en los siglos VI y V a. C., se asignan a un libro concreto, el II. Así que ignoramos el tiempo total que abarcaban estos *Anales,* el número de libros y cómo estaba distribuido el material legendario –en el caso de que lo hubiera– e histórico entre ellos. Tampoco podemos saber en qué tiempo empezaba y acababa Duris su relato. Los hechos más antiguos referidos por los textos conservados se pueden situar a comienzos del siglo VI a. C. (*FGrHist* 76, F 62) y los más recientes, a finales del siglo V a. C. (*FGrHist* 76, F 26 y 71).

El contenido que reflejan los fragmentos es el típico de la historiografía local: costumbres, ritos, lugares, hechos políticos y militares, etc. relacionados con Samos y contados para mayor gloria de la isla: el poeta Paniasis, que era de Halicarnaso, es, por ejemplo, originario de Samos según Duris (*FGrHist* 76, F 64); un fragmento aduce el testimonio de otro poeta patrio, Asio de Samos (siglo VI a. C.), acerca de los fastuosos atavíos de sus compatriotas (*FGrHist* 76, F 60); dos fragmentos atañen a uno de los más ilustres personajes de la isla: el filósofo Pitágoras (*FGrHist* 76, F 22 y 23), y otros tres (*FGrHist* 76, F 65-67) se refieren a la lucha mantenida contra Atenas por la libertad de Samos entre los años 441 y 439 a. C.

Es particularmente interesante una larga cita literal sacada de estos *Anales* y transmitida por un escoliasta de Eurípides. Se trata de una digresión de carácter erudito que intenta explicar el origen de cierto modo de acicalarse de los

atenienses. Pero el pasaje también ilustra el gusto por el detalle efectista y el lenguaje emotivo de Duris, rasgos con los que nuestro autor, en la línea sensacionalista que le adjudica la tradición, perseguiría colocar a su público en medio de la escena y evocar la agitación del momento. He aquí el texto:

> Duris, en el segundo libro de los *Anales*, escribe lo siguiente: "En ese tiempo los atenienses, abrumados en el mar por los eginetas, enviaron infantería a la isla en la idea de que, si llegaban a desembarcar, harían mucho daño a Egina. Pero aquéllos atacaron a los atenienses que venían a su encuentro (casualmente se les agregaron algunos espartiatas que también habían desembarcado) y los mataron a todos excepto a uno; a ése lo mandaron a dar la noticia y, cuando llegó a Atenas, las mujeres de los fallecidos le rodearon y unas le preguntaban por sus maridos: 'qué había sido de ellos', otras por sus hijos y otras por sus hermanos. Las atenienses solían llevar en aquel tiempo una túnica doria. Pues bien, éstas se sacaron las fíbulas de los hombros y, primero, cegaron por completo al soldado y, luego, lo mataron. Los atenienses consideraron el suceso como una gran desdicha y decidieron quitarle las fíbulas a las mujeres, porque se habían convertido para ellas en un arma, no en una protección para el vestido. Entonces sucedió entre los atenienses algo de lo más particular, pues los hombres empezaron a llevar los cabellos largos mientras que las mujeres se los cortaban, y los hombres tenían mantos largos hasta los pies mientras que las mujeres se pavoneaban con su túnica doria. Por eso también en nuestros días muchos dicen que las mujeres sin manto van a la doria" (*FGrHist* 76, F 24).

Son también significativos dos pasajes que Plutarco cita para criticar la mendacidad y el modo de narrar historia de nuestro autor, testimonio de la poca credibilidad que tenía Duris entre algunos autores por ese estilo teatral y efectista que le había consagrado como el fundador de la historiografía trágica en la antigüedad. El primero, recogido en la *Vida de Pericles,* se refiere a la represión de la revuelta de Samos (440/439 a. C.) llevada a cabo por el propio estratego ateniense (el episodio también lo cuenta Tucídides en el libro I 115-117 de la *Historia de la guerra del Peloponeso*), incitado –afirma Duris (*FGrHist* 76, F 65)– por Aspasia. Plutarco acusa a Duris de añadir detalles propios de la tragedia y de no decir la verdad, exagerando las desgracias de los samios para difamar a los atenienses (*FGrHist* 76, F 67; véase texto 36). El otro pasaje tiene que ver con Alcibíades y quizá forme parte de una digresión sobre este peculiar personaje ateniense que estuvo refugiado en Samos y de quien, como se ha dicho, Duris se consideraba descendiente (con él también se relacionan los fragmentos 68 y 69). El texto relata el triunfal regreso a Atenas de su exilio en el año 408 a. C. La descripción de Duris (*FGrHist* 76, F 70), que hace hincapié en lo

pomposo y espectacular de la escena, de nuevo es criticada por Plutarco, porque ni Teopompo ni Éforo ni Jenofonte han tratado el suceso como lo ha hecho el de Samos.

A pesar de la escasez de los fragmentos conservados de esta obra de Duris, su número es mucho mayor que el que nos ha llegado de otros autores que también escribieron *Anales de Samos* (F. Jacoby cita los nombres de una decena de autores; *FGrHist* 535-544), quizá porque la de nuestro historiador se convirtió para la tradición posterior en la obra histórica de referencia sobre la isla jonia.

9.1.2. Hechos de Agatocles

La segunda obra histórica atribuida a Duris se conoce con el título de *Hechos de Agatocles* (*Tà perì Agathokléa*, así la menciona por tres veces Ateneo) y constituiría una monografía en cuatro libros sobre el tirano de Sicilia, contemporáneo de los Diádocos. La existencia de esta monografía como obra independiente ha sido, no obstante, puesta en cuestión por Landucci (1997: 138-141), quien considera más probable que esos cuatro libros formaran parte en un principio de la *Historia de Macedonia*, la gran obra historiográfica de Duris (véase epígrafe 9.1.3). El samio habría visto la conveniencia de explicar mediante una larga digresión quién era ese personaje y cuáles fueron sus actuaciones más importantes habida cuenta de la relación y mutuos intereses de Agatocles y los Diádocos, Demetrio Poliorcetes, en particular. Serían, concretamente, los libros XVIII a XXI y el hecho explicaría que no haya ningún fragmento atribuido a tales libros de la *Historia de Macedonia*, pues habrían circulado de forma separada con el título particular de *Hechos de Agatocles*. El patriarca Focio cita, asimismo, unos *Libykà* de Duris (*FGrHist* 76, F 17) que quizá sea también el título con el que se conocía la parte de esos *Hechos de Agatocles* relativos a la expedición africana del tirano de Sicilia.

Los diez fragmentos asignados por Jacoby a la obra en cuestión (*FGrHist* 76, F 16-21 y 56-59) no nos aportan excesiva información sobre su estructura ni sobre la postura de Duris con respecto a Agatocles. De hecho, no refieren ningún acontecimiento sustancial de la vida o de la época de este tirano, sino simples apuntes eruditos sobre mitos (en uno de ellos, F 21, Penélope aparece como una mujer lasciva que, "al tener relaciones con todos los pretendientes, engendró a Pan, el de las patas de macho cabrío, que es tenido por uno de los dioses"), inventos y topónimos, indicativos de los amplios intereses temáticos de nuestro autor.

La polémica ha afectado, en especial, al origen de la información utilizada por Diodoro para elaborar la parte de la *Biblioteca Histórica* dedicada a Agatocles (libros XIX y XX). Sobre Agatocles ya habían escrito, entre otros, Calias (*FGrHist* 564), Antandro, hermano del tirano (*FGrHist* 565) y, de forma peyorativa, Timeo (véase epígrafe 8.2.5), que, probablemente, fue la fuente de Duris. Se cree que Duris habría sido, a su vez, la fuente principal de Diodoro, quien sólo habría conocido a Timeo a través de la obra del samio. Hay también quien opina que Diodoro utilizó directamente la obra de ambos autores, aunque se discute si el texto fundamental fue el de Timeo o el de Duris. Otros estudiosos opinan, en fin, que Diodoro se sirvió de un texto único (los *Sikeliká* de Sileno de Caleacte) en el que ya estaban mezcladas las obras de Timeo, Calias y Duris. El autor de la *Biblioteca Histórica* desconfía, no obstante, de la credibilidad de Timeo y de Calias, por motivos opuestos, pero nada dice de Duris, a quien sólo nombra una vez (*FGrHist* 76, F 56a sobre el número de hombres que fueron eliminados por los romanos en la guerra contra etruscos, galos y sannitas), quizá porque era el autor que presentaba la versión más equilibrada, que era la que él estaba siguiendo básicamente, y, como casi todos los autores antiguos, Diodoro no suele citar su fuente principal. Se han apuntado analogías de algunos pasajes de la obra de Diodoro con fragmentos de Duris transmitidos por otras fuentes (por ejemplo, F 17, vía Focio, y Diodoro XX 41, 3-6 sobre el mito de la cruel Lamia; F 18, vía Ateneo, y Diodoro XX 104, 3 sobre la hospitalidad del espartano Cleónimo). Sería posible, en fin, ver tras episodios de la *Biblioteca Histórica* como el de la toma de Segesto en el año 307 a. C. (XX 71) o el de la descripción del incendio que afectó a la flota siciliana en África (XX 7), llenos de escenas dramáticas y efectistas, la obra y el estilo narrativo de nuestro historiador.

En cualquier caso, la historia del tirano, repleta de crímenes y dramas familiares –él mismo murió envenenado–, le habría dado a Duris la ocasión de poner en práctica su programa de "imitación" (*mímesis*) de la realidad histórica y de estímulo del placer (*hedoné*) mediante el uso de un tipo de narración realista y fuertemente emotiva.

9.1.3. Historia de Macedonia

La *Historia de Macedonia* (*Makedoniká*) es la tercera de las obras históricas de Duris y, ciertamente, constituye su obra principal. En veintitrés o veinticuatro libros (el número total es incierto) narraba la historia de los macedonios desde la muerte de Amintas (370/369 a. C.; *FGrHist* 76, T 5), padre de Filipo, hasta por lo menos la caída y muerte de Lisímaco en la guerra contra Seleuco (281 a. C.;

FGrHist 76, F 55). Cubriría, así pues, un período de unos noventa años y en él se abordarían las épocas de Filipo II, de Alejandro y de los Diádocos, los personajes que se habían hecho protagonistas en el escenario político y militar del mundo griego y que serían, seguramente, los tres ejes argumentales básicos de la obra. Algunos autores antiguos la citan también como *Historias* y Diodoro la titula *Hellenikà*, lo que podría ser un indicio de que Duris escribió su obra no con una visión particularista centrada en la historia macedonia, sino considerando globalmente el período histórico tratado en relación con todos los territorios del ámbito de influencia macedónica, que, después de las conquistas de Alejandro, era gran parte del mundo conocido. En este sentido, los límites cronológicos de esta obra, que se inscribiría entre las grandes historias de Grecia, habría que marcarlos más bien en relación con acontecimientos de alcance más general, entendidos por Duris como el inicio de una etapa histórica nueva; como, por ejemplo, las inmediatas consecuencias de la batalla de Leuctra (371 a. C.) con la pérdida de la hegemonía espartana y la coincidencia en el año 370/369 a. C. de la muerte de los dinastas Amintas de Macedonia, Agesípolis de Esparta y Jasón de Feras: "Duris", escribe Diodoro después de mencionar dicha coincidencia, "comienza aquí su historia de los hechos de Grecia" (*FGrHist* 76, T 5). Con respecto al final, ninguno de los fragmentos conservados se refiere a acontecimientos posteriores al año 281 a. C., un momento clave en el enfrentamiento entre los Diádocos por la primacía en el ámbito del Mediterráneo, que significó el desmembramiento definitivo del imperio de Alejandro; ése pudiera haber sido el año de finalización de esta *Historia* de Duris. Pero la circunstancia de que Filarco, el historiador que se considera el sucesor de Duris en estilo y concepción historiográfica, comience su *Historia* con la última campaña de Pirro en el Peloponeso del año 272 a. C. (*FGrHist* 81, T 1) ha hecho creer a algunos críticos en la posibilidad de que Filarco hubiese querido continuar el relato histórico del samio y que, como consecuencia, el 272 a. C. habría sido el año de finalización de la obra de Duris.

Los escasos treinta y seis fragmentos que nos han llegado de la *Historia de Macedonia*, sólo quince con indicación de libro, no son de mucha ayuda para conocer su estructura y la distribución del material histórico por libros. Al proemio de la obra debía de pertenecer el ya citado fragmento en el que el de Samos critica a Éforo y a Teopompo por su excesiva preocupación estilística en perjuicio de la imitación fiel de la realidad que procura el placer (*FGrHist* 76, F 1). Seis fragmentos se pueden datar en la época de Filipo, a la que, probablemente, se dedicaban los cinco primeros libros. Otros dieciséis fragmentos se sitúan en los tiempos de Alejandro, que ocuparían los libros VI a IX; y trece, en la de los Diádocos, cuya etapa histórica completaría el resto de la obra, sin que podamos hacer mayores precisiones. F. Landucci (1997: 75 y 138-141) apunta,

como hemos dicho, la posibilidad de que los libros XVIII a XXI, de los que no tenemos ninguna noticia y a los que no se adscribe fragmento alguno, sean propiamente los libros relativos a los hechos del siciliano Agatocles, que, por lo tanto, no constituirían una obra independiente sino parte de esta *Historia* (véase epígrafe 9.1.2). Por lo demás, hay sólo una notación cronológica: los mil años, sostiene Duris, que transcurrieron entre la toma de Troya y la expedición de Alejandro a Asia (*FGrHist* 76, F 41), que, dicho sea de paso, no se corresponde con la establecida canónicamente por Helánico para la victoria de los aqueos sobre los troyanos (*FGrHist* 4, F 151). Así que tampoco podemos saber qué sistema de ordenación y datación temporal utilizaba Duris.

Ninguno de los fragmentos conservados refiere sucesos principales, sino hechos anecdóticos, detalles pintorescos, referencias mitológicas o curiosidades geográficas y etnográficas. Son los contenidos que llamaron la atención de los eruditos de la tradición posterior que, la mayoría de las veces, mencionan a nuestro autor por sus discrepancias con otras fuentes. Pero, al mismo tiempo, esos textos son un nuevo indicio de que Duris no se limitaba al crudo relato de los hechos históricos, sino que debía de insertar digresiones y notas eruditas que reflejaban su amplia cultura y daban variedad temática a su obra. El fragmento 9, por ejemplo, establece los orígenes míticos de los nombres de la Arcadia y de Orcómenos, y el 18 recoge una versión inaudita de la causa del castigo de Prometeo, que, según Duris, se debió a los amores del titán por Atenea. El fragmento 36 es una cita de Dídimo, el comentarista de Demóstenes, quien, al referir cómo perdió Filipo su ojo derecho en el curso de la batalla de Metone, critica el desvarío del samio, cuya versión es contraria a la que daban los que habían luchado junto al macedonio. En el fragmento 52 Duris cuenta la primera guerra que hubo entre dos mujeres: Olimpíade, la madre de Alejandro, y Eurídice, y, en ella, Olimpíade "avanzaba acompañada de tambores, como si de un cortejo báquico se tratara". La escena se prestaba, sin duda, al sensacionalismo buscado por nuestro autor.

Pero los fragmentos más interesantes que nos han llegado de la *Historia de Macedonia* son dos citas literales transmitidas por Ateneo que ponen en escena la extravagancia y altanería de Demetrio Falereo, el arconte que se decía "superior a los nobles y semejante al sol" (*FGrHist* 76, F 10), y de Demetrio Poliorcetes, el monarca que se hacía representar "cabalgando sobre el mundo" (*FGrHist* 76, F 14). Ambos pasajes revelan que los retratos y las etopeyas de los personajes históricos debían de ser un ingrediente importante en la obra del historiador de Samos (otros dos fragmentos, el 50 y el 51, son parte también de un retrato del ateniense Foción). Como hijo de su tiempo, sabía que la historia de Grecia estaba ligada a las actuaciones de individuos excepcionales, cuya manera de ser condicionaba y explicaba el desarrollo y las conse-

cuencias de esas actuaciones. Y, desde un punto de vista más literario, dichos fragmentos constituyen cuadros espectaculares y realistas, "miméticos", donde los detalles se suceden con una progresión bien estudiada con vistas a su efecto. La pretensión de Duris, como había fijado en el proemio, no sería otra que despertar la emoción y, por lo tanto, el placer en el lector/espectador, que visualizaría la pomposidad y, a la vez, la catadura moral de esos personajes. He aquí el texto referido a Demetrio Poliorcetes, que Plutarco copia en su *Vida de Demetrio* (41, 6-8):

> Duris, en el libro XXII de las *Historias,* dice: "Pausanias, el rey de los espartanos, se desprendió de la capa típica de su patria y se ponía el vestido persa. Dionisio, el tirano de Sicilia, llevaba una túnica larga y una corona de oro en un broche típico de los actores trágicos. Alejandro, cuando se hizo soberano de Asia, usaba vestidos persas. Pero Demetrio los superó a todos. Mandaba hacer con mucho dispendio el calzado que poseía. Era, según el aspecto del trabajo, una especie de botines de fieltro cubiertos de una púrpura muy costosa. Sobre ellos los artesanos habían bordado abundante filigrana de oro, incrustándola por detrás y por delante. Sus capas eran de color rojo oscuro aunque tenían la luminosidad de la seda y llevaban bordado el universo con estrellas de oro y los doce signos del zodíaco. Tenía un turbante moteado de oro que apretaba un gorro de ala ancha teñido de púrpura y las bandas terminales del tejido caían sobre la espalda. Cuando en Atenas se celebraban en su honor las fiestas Demetrias, se pintaba en el proscenio del teatro una imagen suya cabalgando sobre el mundo" (*FGrHist* 76, F 14).

Aunque el total de fragmentos conservados de las obras de Duris no es, en definitiva, muy elevado, nuestro autor puede considerarse uno de los historiadores más citados del primer helenismo. Su obra pasó desapercibida, no obstante, hasta el siglo I a. C., que es cuando la mencionan Diodoro, Cicerón, Dídimo y Dionisio de Halicarnaso; pero sólo el autor latino le concede explícitamente alguna cualidad positiva (su *diligentia in historia; FGrHist* 76, T 6), aunque Diodoro lo debió de utilizar como una de las fuentes principales en su *Biblioteca Histórica* para el período que va desde el siglo IV al III a. C. Dionisio de Halicarnaso, por su parte, consideraba a Duris (y a Filarco y a Polibio y a otros muchos historiadores) un autor poco elegante, pues carece del arte de la composición, instrumento primordial para alcanzar la belleza literaria (*FGrHist* 76, T 10). En la época imperial su memoria siguió viva. Plutarco lo cita hasta once veces en sus *Vidas Paralelas*, a pesar de dudar de su credibilidad (*FGrHist* 76, F 67 y 70), quizá porque a Duris se le atribuía un papel importante en la formación del género biográfico (Landucci, 1997: 48). Y Ateneo, en el siglo II, nos ofrece algunos de los datos más significativos de la biografía de Duris y las anécdotas más

jugosas de su obra. Todavía era conocido en el siglo IX y al patriarca Focio se le debe la conservación del discutido fragmento de la *Historia de Macedonia* (*FGrHist* 76, F 1) que, para muchos, representa la base teórica de la historiografía trágica o mimética.

La crítica moderna ha tendido, por un lado, a infravalorar las cualidades historiográficas de nuestro autor, fiados de los juicios emitidos por la tradición antigua (Plutarco, en especial). Pero el atento estudio de los fragmentos ha llevado a algunos estudiosos a poner en cuestión esos juicios malévolos y a reivindicar su habilidad narrativa y su seriedad como historiador, preocupado tanto de enseñar como de agradar a un público heterogéneo y cosmopolita como el del primer helenismo. No debe ser despreciada tampoco la importancia de su obra para la reconstrucción por parte de los historiadores posteriores del período imperial-romano de la historia comprendida entre el año 362, año que marca el final de las *Helénicas* de Jenofonte, y el 264 a. C., el año en que comienzan las *Historias* de Polibio.

9.2. Filarco

Como ocurría con Timeo, nuestro conocimiento de la obra historiográfica de Filarco (*FGrHist* 81) y su fama se debe, en gran medida, a la crítica severa que le dedica Polibio en sus *Historias* (II 56-63) por ser un historiador que busca, como si de un autor de tragedias se tratara, la emoción y el aplauso de su público, alterando la verdadera esencia de la historiografía (véase más abajo y epígrafe 11.5).

Filarco es, en efecto, el continuador en pleno período helenístico de aquel modo sensacionalista de narrar la historia de Duris de Samos. Sobre su vida y procedencia no tenemos, sin embargo, demasiados datos (véase, en general, Pédech, 1987: 392-493). De los testimonios de la *Suda* (*FGrHist* 81, T 1), de Plutarco (*FGrHist* 81, T 2) y del propio Polibio (*FGrHist* 81, T 3) se desprende que Filarco debió de vivir en el siglo III a. C. y que era de Atenas, de Náucratis o de Sición. El léxico de la *Suda* enumera también las obras que escribió. La que cita en primer lugar, que se conoce con el título de *Historias*, narraba en veintiocho libros lo sucedido entre la expedición de Pirro contra el Peloponeso (272 a. C.) y la muerte del espartano Cleómenes (220/219 a. C.). Sigue la titulada *Hechos de la época de Antíoco y de Eumenes de Pérgamo*, que, quizá, fuera un extracto de *Historias*, si los aludidos eran Antíoco I y Eumenes I, o una suerte de monografía histórica independiente, si eran Antíoco III y Eumenes II, cuyos reinados quedaban un poco lejos del final de las *Historias*. Dos obras más reflejan,

por sus títulos, contenido mitográfico: *Epítome mitológico* y *Sobre la aparición de Zeus*. Y la nómina se completa con otras dos obras que debían de tener un carácter erudito; la primera llevaba el título inédito en la literatura griega de *Anexos* (*Parembáseis*), en nueve libros, quizá una colección de excursos de tema diverso, y la segunda trataba *Sobre inventos*.

Pero prácticamente la totalidad de los ochenta y cinco fragmentos que nos han llegado de Filarco se atribuyen a *Historias*, que, sin duda, fue su obra más importante y conocida. Cronológicamente, si hacemos caso al léxico de la *Suda*, las *Historias* comenzaban con la expedición de Pirro contra el Peloponeso (272 a. C.), de manera que Filarco pudo haber elegido como punto de partida el final de la *Historia de los Diádocos* de Jerónimo de Cardia (*FGrHist* 154; véase epígrafe 10.2.1), o, tal vez, el de la *Historia de Macedonia* de Duris de Samos (*FGrHist* 76; véase epígrafe 9.1.3), su ilustre predecesor en el cultivo de la historiografía trágica. También según la *Suda*, las *Historias* llegaban hasta el año de la muerte de Ptolomeo Evérgetes, de su esposa Berenice y del rey espartano Cleómenes refugiado en Alejandría (220/219 a. C.).

Los veintiocho libros que integraban las *Historias* habrían abarcado, así pues, un período de unos cincuenta años, el período protagonizado por las nuevas ligas de las ciudades griegas (la etolia y la aquea), por los monarcas epirotas desde Pirro en adelante y por los reinados de los llamados "epígonos", la segunda generación de sucesores de Alejandro, reyes que protagonizaron numerosos dramas familiares y que estuvieron en casi permanente y mutua lucha por la hegemonía en los diferentes escenarios del mundo helenístico.

Sin embargo, desconocemos cómo estructuró realmente Filarco su obra y cómo estaba distribuido el contenido histórico entre los libros, pues más de la mitad de los fragmentos conservados (cincuenta y cinco) no relatan acontecimientos históricos, sino anécdotas, costumbres, detalles mitológicos y hechos asombrosos (*mirabilia*), transmitidos, sobre todo, por Ateneo de Náucratis.

El suceso histórico más antiguo referido en los fragmentos tiene que ver con el asedio de Esparta por Pirro (*FGrHist* 81, F 48); pero carece de indicación de libro. El primero con indicación de libro (*FGrHist* 81, F 1) pertenece a un episodio de la guerra cremonídea, que comenzó en el año 267 y terminó en el 261 a. C., el último intento de las ciudades griegas dirigidas por Atenas por recuperar su autonomía frente a los macedonios de Antígono Gonatas. Ateneo, que es quien lo recoge, lo adscribe al libro III. El fragmento más reciente se refiere a la muerte de Antígono II Dosón en la guerra contra los ilirios (221/220 a. C.; *FGrHist* 81, F 60), y tampoco se asigna a un libro concreto. Los fragmentos adscritos a los cuatro últimos libros (XXV-XXVIII) se relacionan con Cleómenes y, aunque no hay explícito en ellos hecho histórico alguno, sí se

desprende la admiración que Filarco profesaba al rey espartano. El que se asigna al libro XXV (*FGrHist* 81, F 44), transmitido por Ateneo, que es la cita literal más larga que tenemos de las *Historias*, describe precisamente en tono laudatorio la frugalidad de Cleómenes frente a la lujuria y el despilfarro en que habían caído sus predecesores. El pasaje es una minuciosa descripción de la forma suntuosa en que se acabaron celebrando las comidas comunitarias de los espartanos y, en contraste, del sencillísimo protocolo impuesto por el rey espartano en los banquetes sacrificiales. Ésta es la valoración que termina haciendo Filarco:

> Los lacedemonios llegaron a la molicie descrita haciendo ostentación de bebidas variadas y provisión de todo tipo de manjares, e incluso de raros perfumes y también de vinos y golosinas. Y esto lo iniciaron Areo y Acrótato, que reinaron poco antes de Cleómenes, imitando el desenfreno de la corte persa. A ellos, a su vez, los sobrepasaron de tal modo en lujo algunos ciudadanos particulares que había en Esparta en aquel tiempo que Areo y Acrótato parecían superar en frugalidad a todos sus antecesores, aun a los más parcos. Cleómenes, en cambio, que destacaba enormemente por su comprensión de la situación política, pese a ser joven [...], también se volvió sencillísimo en su modo de vida (*FGrHist* 81, F 44).

Paul Pédech (1989: 446), guiado por los indicios que suministran los fragmentos y por el contenido de los *Prólogos* y de los resúmenes que hizo Justino de los libros XXV a XXVIII de las *Historias Filípicas* de Trogo Pompeyo, que habría extraído el material histórico de la obra de Filarco, sospecha que las *Historias* no seguían un orden cronológico rectilíneo en la exposición de los sucesos, sino geográfico y apunta tres posibles grupos temáticos: los cinco primeros libros se centrarían en la historia de Macedonia y de Grecia, con atención preferente a los hechos de Antígono Gonatas y hasta, al menos, la ocupación de Mégara por Arato (243 a. C.). Desde el libro VI al XX Filarco se ocuparía del Asia de los seléucidas desde Antíoco I hasta la muerte de Seleuco III (223 a. C.) y, quizá, de Egipto, con una interrupción en el libro XV, que contaría la historia del espartano Agis, de donde Plutarco habría obtenido datos para su biografía. Escenas tan dramáticas como la de las condenas a muerte de Agis, de su madre y de su abuela parecen tener el sello de Filarco (*Agis* 19-20). En el libro XXI se retornaría a Macedonia y Grecia, y hasta el libro XXVIII Filarco narraría lo sucedido durante los reinados de Demetrio II (239-229 a. C.) y de Antígono Dosón (229-221 a. C.). Los libros finales tendrían, probablemente, como protagonista principal a Cleómenes, el rey espartano que luchó largamente contra Antígono Dosón. Serían los libros dedicados a este rey espartano los que Plutarco habría seguido en su *Vida de Cleómenes*, cuyos capítulos finales (31-39), que narran los días últimos de Cleómenes, traslucirían el estilo sensacionalista de nuestro autor.

Pero los pasajes de las *Historias* de Filarco que más agradaron a la posteridad no referían sucesos históricos principales, sino que formaban parte de esas digresiones y relatos de hechos secundarios que, a buen seguro, se prodigaban a lo largo de la obra y que ilustran el gusto de nuestro autor por los sucesos extraordinarios, por las historias truculentas y de fondo novelesco y por las anécdotas etnográficas que, en ocasiones, presentan un marcado tono moralizante.

En efecto, son frecuentes entre los fragmentos las descripciones de cosas maravillosas (*mirabilia*), como la de aquella fuente de la que manaba un agua que producía la hinchazón de los órganos sexuales si uno se frotaba los pies con ella (*FGrHist* 81, F 17), o la de esa otra fuente que hacía que quienes bebían de ella no pudieran soportar el olor del vino (*FGrHist* 81, F 63).

Otros relatos parecen más el argumento de un drama o de una novela helenística que un suceso historiográfico, como el del milesio Cérano y el delfín que le salvó la vida, o el del elefante hembra Nicea que cuidaba a un niño cuya madre había muerto (*FGrHist* 81, F 26 y 36; véase texto 37); o episodios sensacionalistas como el del despeñamiento ordenado por la reina Laodice de la hetera Dánae, que advirtió a su amante Sofrón de los planes de la reina, quien había sido repudiada por Antíoco en favor de Berenice y quería vengarse envenenándole en Éfeso, citado literalmente por Ateneo (*FGrHist* 81, F 24); o el de Mista, la amante de Seleuco, "que, cuando Seleuco fue vencido por los gálatas", escribe Ateneo recogiendo palabras textuales de Filarco, "y se salvó tras una penosa huida, despojándose de la vestimenta real y poniéndose los harapos de una sirvienta con la que se encontró, capturada y conducida con los demás cautivos y vendida como sus propias sirvientas, llegó a Rodas. Y allí, tras revelar su propia identidad, fue devuelta por los rodios a Seleuco con gran solicitud" (*FGrHist* 81, F 30).

Los excursos mitológicos también debían de abundar. La mayoría conformarían simples apuntes eruditos y carecerían de significación religiosa. Un fragmento explica, por ejemplo, el origen del nombre del dios Sérapis, que Filarco dice que es una divinidad que ordena el universo, pues su nombre procede de *saírein*, que significa "ordenar" o, según otros, "embellecer" (*FGrHist* 81, F 78). En otro fragmento Filarco ofrece también una versión original, con presencia de los elementos erótico y etiológico, tan frecuentes en la mitografía alejandrina, de la conocida historia sobre la petición que le hizo Tetis a Hefesto para que fabricase las armas de Aquiles. Según nuestro autor, Hefesto estaba enamorado de Tetis y sólo accedió a su petición cuando ésta le prometió que, al término del trabajo, se acostaría con él. Cuando Hefesto entregó a Tetis las armas, ésta las cogió para probarlas y huyó, pero se llevó un golpe en el tobillo propinado por un martillo que le lanzó Hefesto: "en un estado penoso, Tetis llegó a

Tesalia y fue curada en la ciudad que por ella recibe el nombre de Tetideion" (*FGrHist* 81, F 81).

Finalmente, tono moralizante tienen historias como la de los sibaritas (*FGrHist* 81, F 45), pueblo amante del lujo por antonomasia en la antigüedad, que invitaban a las mujeres a sus banquetes con un año de antelación para que tuvieran tiempo de preparar sus mejores galas, que premiaban a quienes ideaban nuevas recetas de cocina y eximían de impuestos a aquellos que les suministraban los manjares más apetitosos y las telas más suntuosas. De esas historias se deriva la reprobación de la molicie (*tryphé*) y de la intemperancia (*akolasía, akrasía*), antesala de la *hybris*, y en el fragmento en cuestión, recogido por Ateneo, se advierte incluso la presencia de una divinidad vigilante que sanciona tales conductas:

> Pues, al final –escribe Filarco–, los sibaritas, cayendo en una extrema arrogancia [*hybris*], mataron a treinta embajadores que habían llegado desde Crotona, arrojaron sus cuerpos ante las murallas de la ciudad y dejaron que fueran devorados por las bestias. Ése fue el comienzo de sus desgracias y hasta una divinidad les mostró su disgusto. En efecto, a los pocos días, todos sus gobernantes creyeron haber tenido la misma visión en la misma noche: vieron que Hera llegaba al centro del ágora y vomitaba bilis. Brotó también estrepitosamente en su templo una fuente de sangre. Pero aun así no cesaron en su jactancia hasta que no fueron aniquilados todos por los crotoniatas (*FGrHist* 81, F 45).

Lo cierto es que, en esa línea moralizante, Filarco parece mostrar más simpatía por monarcas espartanos como Agis y Cleómenes, quienes con sus reformas pretendían recuperar para Esparta la frugalidad y la austeridad ancestrales (*FGrHist* 81, F 44), que por soberanos como Antíoco, al que se presenta como un rey borracho y holgazán (*FGrHist* 81, F 6), o como Ptolomeo y el mismísimo Alejandro, calificados por Filarco de individuos soberbios, corrompidos por el lujo y amantes de festines (*FGrHist* 81, F 40 y 41).

La valoración de la labor historiográfica de Filarco ha dependido, en fin, de la crítica de Polibio (II 56-63; véase epígrafe 11.5 y texto 46). La historia de Cleómenes es la parte que recibe directamente la censura de Polibio, quien afirma haber preferido a Arato para la exposición de las guerras del rey espartano, pues Filarco, a pesar de gozar de crédito, "ha dicho muchas cosas a la ligera y según le parecía". El de Megalópolis le acusa, primero, de falsear la historia y de confundirla con la tragedia; narra la mayoría de los acontecimientos, sobre todo los que se prestan al dramatismo, sin explicar su causa ni cómo ocurrieron, buscando tan sólo provocar al lector con elementos sensacionalistas y fantasiosos. Filarco, al describir, por ejemplo, el trato violento que Antígono y Arato

infligieron en la toma de Mantinea a su población, sólo busca "provocar la compasión de sus lectores y hacerles sintonizar con su relato, de modo que describe teatralmente mujeres que se abrazan; sus cabelleras flotan y sus pechos están al descubierto. Nos habla de llantos y alaridos de hombres y mujeres a los que se llevan, revueltos con sus hijos y sus padres. Éste es el procedimiento habitual de su historia, tendente siempre a poner escenas terribles ante los ojos de todos" (II 56, 7-8 = *FGrHist* 81, F 53). Y esto lo hace, además, tergiversando los hechos e inventando los discursos, lo que constituye la más grave de las acusaciones desde la concepción historiográfica de Polibio.

Filarco es también, prosigue Polibio, un historiador tendencioso, pues alaba a determinados personajes en perjuicio de otros, y equivoca el verdadero objetivo de la historia cuando relata, por ejemplo, los suplicios de los que fue víctima el tirano Aristómaco de Argos, "describiendo los ayes que, mientras Aristómaco era torturado, oían de noche los vecinos", con la intención de aumentar su gloria y de incitar la indignación de su público; pero, en realidad, semejante individuo, por sus crímenes, dice Polibio, era merecedor de las mayores injurias (II 59 = *FGrHist* 81, F 54); o cuando, para poner de relieve la magnanimidad de Cleómenes y su moderación en el trato con los enemigos, "sitúa ante nuestra vista el hecho de que, tras conquistar Megalópolis, no la destruyó", pero silencia la noble y heroica actitud de los megalopolitanos –Polibio era de Megalópolis– que "prefirieron verse privados de su país, de sus sepulturas, de sus templos, de su patria, de sus bienes, de todo aquello, en suma, que los hombres aprecian más, a traicionar la lealtad debida a los aliados [...]. Filarco no hizo la menor mención de todo esto, ciego, a lo que creo, para las obras más nobles, que son lo que un historiador debe perseguir por encima de todo" (II 61, 4-11 = *FGrHist* 81, F 55).

Por último, Polibio denuncia errores de bulto en el conocimiento de los recursos y riquezas de las ciudades griegas de la época que historia Filarco (II 62-63 = *FGrHist* 81, F 56 y 58), lo que sería otra prueba de la incompetencia y falta de rigor que demostraba nuestro historiador en lo referente a aspectos tan importantes, según el de Megalópolis, para la explicación de los acontecimientos históricos. No cumple, por consiguiente, Filarco ninguno de los requisitos señalados por Polibio para el buen historiador (véase epígrafe 11.6).

También Plutarco, que ya había reprochado a Duris de Samos el tono trágico que añadía al relato de los sucesos históricos (*Pericles* 28, 1-3; véase texto 36), le reprueba a Filarco la forma que tiene de "sacar a escena" (*eiságein*), como si de una tragedia se tratara, a los hijos de Temístocles cuando habla de su muerte y del destino de sus restos: "Las pretensiones de Filarco de promover la angustia y la emoción, casi alzando la máquina en la historia como en una tragedia, y sacando a escena a Neocles y Demópolis, hijos de Temísto-

cles, nadie dejaría de advertir que son pura invención" (*Temístocles* 32, 4 = *FGrHist* 81, F 76).

Pero, a pesar de las críticas, alguna autoridad debía de tener Filarco en la época que historió, como viene a reconocer *a contrario* Polibio. Además, las *Historias* de Filarco fueron ampliamente utilizadas por Plutarco. Su presencia, como se ha dicho, es perceptible, al margen de otras citas particulares diseminadas por sus obras, en la *Vida de Pirro*, en la *Vida de Arato*, en la *Vida de Agis* y en la *Vida de Cleómenes,* algunos de cuyos episodios tienen la huella del estilo dramático de nuestro historiador.

Es evidente que la visión histórica de Filarco no es la misma que la de Tucídides o Jenofonte. Con la historiografía trágica, la historia no es sólo contada; también es, como dice P. Pédech (1989: 492), el estudioso que más esfuerzos ha dedicado modernamente a comprender las claves narrativas de Duris y de Filarco, animada, viva, y puede mover la sensibilidad del lector. Lo patético, lo sensacionalista, en fin, no excluye la veracidad en la historia: simplemente representa una forma distinta, más artística si cabe, de concebir y de narrar los hechos históricos.

9.3. Agatárquides de Cnido

Agatárquides de Cnido, de formación peripatética según Estrabón (*FGrHist* 86, T 1), es uno de los autores más interesantes de la época de los epígonos (sobre este autor puede verse García Moreno-Gómez Espelosín, 1996: 122-277, que incluye traducción de *Sobre el mar Rojo*, y Marcotte, 2001). Se le ha considerado más entre los geógrafos y los etnógrafos griegos que entre los historiadores por el contenido principal de los pasajes que nos han llegado de sus obras. De hecho, los fragmentos de su obra más conocida, *Sobre el mar Rojo,* no se han publicado todavía en los *FGrHist,* pues Jacoby los reservaba para el quinto volumen, el dedicado a la geografía, y C. Müller los editó en sus *Geographi Graeci Minores* (I: 111-195). No obstante, Diodoro (*Biblioteca Histórica* III 18, 4), Ateneo (*FGrHist* 86, F 13), Flavio Josefo (*FGrHist* 86, T 4) y el patriarca bizantino Focio (*FGrHist* 86, T 2), las fuentes principales para nuestro conocimiento sobre Agatárquides, lo califican de historiador, algo que no es un obstáculo, como ya sabemos, para que se encuentren en su obra amplias digresiones de carácter geográfico y etnográfico.

Los datos biográficos de Agatárquides proceden casi completamente de lo consignado por Focio en el epígrafe 213 de su *Biblioteca* (*FGrHist* 86, T 2). Según Focio, Agatárquides era de Cnido y empezó su carrera dedicándose a la

enseñanza de la gramática en Alejandría. Pero la notoriedad le vino por sus funciones de secretario del influyente Heráclides Lembo y por la protección de Cineas, consejero real de Ptolomeo VI Filométor. Esta noticia situaría a nuestro autor en el círculo intelectual y político del Filométor, lo que le habría permitido tener libre acceso a los archivos reales (Diodoro se refiere a esa circunstancia para probar la autoridad de nuestro autor; III 38, 1). El mismo Agatárquides reconoce, según el testimonio de Focio (*FGrHist* 86, T 3), que, después de haber escrito mucho sobre Asia y Europa, no pudo llevar a término sus trabajos sobre los pueblos de las regiones del mar Rojo debido a su avanzada edad y a las dificultades para llevar a cabo "un riguroso examen" (*acribê sképsin*) de los registros públicos (*hypomnémata*) a causa de los desórdenes reinantes en Egipto. Si estos desórdenes son los que se produjeron en el reinado de Ptolomeo VIII Fiscón, que persiguió y expulsó de Alejandría a los intelectuales del círculo del Filométor (145 a. C.), significaría que nuestro autor debió de abandonar la ciudad que le acogió durante tanto tiempo y que pudo tener noticias todavía del brutal saqueo de Corinto por los romanos (146 a. C.).

Vivió, así pues, Agatárquides gran parte de su vida en el Egipto tumultuoso y decadente del siglo II a. C. En ese tiempo, nuestro autor compuso unos *Hechos de Asia* (*Tà katà tèn Asían* o *Asiatikâ*), en diez libros, y unos *Hechos de Europa* (*Tà katà tèn Európen*), en cuarenta y nueve libros, que algunos estudiosos consideran una prolongación, sin solución de continuidad, de la anterior. El conjunto habría recibido originariamente el título de *Historias*, que es como la cita Ateneo en una ocasión (*FGrHist* 86, F 13). Ya en su vejez y quizá exiliado de Alejandría, habría escrito su obra más conocida: *Sobre el mar Rojo* (*Perì tès Eryithrâs Thalásses*), que dejó inacabada y de la que se publicaron cinco libros. Focio cita otras obras de carácter fundamentalmente compilatorio y paradoxográfico, típicas de los eruditos alejandrinos, pero no conocemos de ellas más que los títulos que anota el patriarca bizantino: *Epítome de Sobre el mar Rojo*, *Sobre los trogloditas*, *Epítome de la Lide de Antímaco*, *Epítome de autores de hechos asombrosos*, *Sobre los vientos*, *Selección de historias* y *Sobre las relaciones entre amigos* (*FGrHist* 86, T 2).

De los *Hechos de Asia* conservamos cuatro exiguos fragmentos con indicación de libro que, obviamente, no nos dejan hacernos ni siquiera una mínima idea ni de los contenidos ni de la estructura de la obra. El primero de los fragmentos es una referencia de Diodoro a la fidelidad de las descripciones de Egipto y de Etiopía realizadas por Agatárquides, que él debió de utilizar para los capítulos correspondientes de su *Biblioteca Histórica* (III 11 = *FGrHist* 86, F 1). El pasaje merece ser destacado, pues sería indicativo del rigor con el que trabajó Agatárquides, habida cuenta de las contadas ocasiones en que el siciliano habla de sus fuentes con elogios. Dos de los fragmentos, con base moralizante,

son citas de Ateneo relativas a la molicie (*tryphé*) y al amor por los festines de Alejandro, en lo que coincide con Duris (*FGrHist* 86, F 2) y con Filarco (*FGrHist* 86, F 3). El cuarto fragmento es una noticia sobre la larga y accidentada vida del historiador Jerónimo de Cardia (*FGrHist* 86, F 4), asignada al libro IX de *Hechos de Asia*, lo que nos lleva cronológicamente hasta el año 300 a. C. De *Hechos de Asia*, probablemente, habría sacado también Diodoro la explicación que daba Agatárquides del desbordamiento periódico del Nilo, a la que concede más crédito que a las de Tales, Anaxágoras, Eurípides, Demócrito, Heródoto, Éforo y Enópides de Quíos (I 41, 4-9 = *FGrHist* 86, F 19).

Todavía menos podemos comprender la magnitud y la estructura de los cuarenta y nueve libros de *Hechos de Europa* a partir de los trece únicos fragmentos que nos ha transmitido en exclusiva Ateneo (*FGrHist* 86, F 5-17), que cita pasajes pertenecientes a varios libros, desde el VI hasta el XXXVIII. Como cabe esperar de su citador, se trata de anécdotas y noticias relativas a costumbres y a rasgos llamativos de ciertos pueblos y personajes con tono moralizante. Al carácter temerario de los etolios se refiere, por ejemplo, el fragmento 6; el 7, a la *tryphé* del rey Magas de Cirene, que murió "víctima de su gordura, pues no hacía ejercicio alguno y consumía una gran cantidad de comida"; los fragmentos 10 a 13 se refieren a la forma en que los lacedemonios vigilaban y castigaban el sobrepeso de los jóvenes; el fragmento 16 cuenta las enormes deudas que contrajeron los aricandianos de Licia por causa de su regalada vida (aquí, la mención de Mitrídates, el hijo de Antíoco III que combatió a los Ptolomeos en Licia, nos lleva hasta el año 197 a. C., que es la fecha más reciente aludida en los textos conservados). El fragmento 8, en fin, constituye una curiosa anécdota, citada literalmente por Ateneo, relativa al uso de la palabra *sída* en lugar de *rhoiá* entre los beocios para designar a la granada:

> Que los beocios llaman *sidas* a las granadas lo escribe así Agatárquides en el libro XIX de *Hechos de Europa*: "Cuando los atenienses discutían con los beocios sobre el territorio que llaman 'Sidas', Epaminondas, en el curso de la defensa de sus argumentos, sacó de su mano izquierda una granada que tenía oculta y, señalándola, preguntó cómo llamaban a eso. Los atenienses dijeron '*rhóa*', 'nosotros', dijo él, '*sída*'. El lugar produce ese fruto en abundancia y por esto tomó tal nombre desde el principio, así que Epaminondas resultó victorioso" (*FGrHist* 86, F 8).

Flavio Josefo, que cita a Agatárquides como "el que escribió la historia de los hechos de los Diádocos", recoge también literalmente y por dos veces un pasaje en el que el cnidio reprochaba al pueblo judío su temor supersticioso a la divinidad (*deisidaimonía*), lo que le llevó a entregarse sin resistencia alguna

a Ptolomeo Lago (*FGrHist* 86, F 20a y b); pero no podemos saber de qué obra concreta extrajo el texto.

Sobre el mar Rojo es la obra que mejor conocemos de Agatárquides, si bien lo único que conservamos de sus cinco libros son los extractos que hizo Focio del libro I y del libro V (*Biblioteca* 250) y que tienen la virtud de reproducir, casi palabra por palabra, amplios pasajes del original, seleccionados, naturalmente, en virtud de los gustos del patriarca. Dadas, por otro lado, las múltiples concomitancias entre los contenidos de los extractos del libro V realizados por Focio y los pasajes de Diodoro relativos a las mismas regiones (III 12-48; Müller los edita en paralelo en sus *Geographi Graeci Minores* I 123-193), se sospecha fundadamente que el siciliano, que cita en dos ocasiones a Agatárquides en esa parte (III 18, 4 y 48, 4), ha seguido también aquí la obra del cnidio.

Los extractos transmitidos por Focio tienen un contenido básicamente geoetnográfico, una marca que hay quien ha hecho extensible al resto de la obra perdida (D. Woelk). Pero existen razones para creer (S. M. Burstein) que lo conservado, procedente en su mayoría del libro V, constituye una serie de apéndices relegados al último libro de la obra, que era propiamente una historia de carácter regional, cuyo contenido histórico, repartido entre los libros II a IV y relativo, seguramente, a las campañas de los Ptolomeos hacia el sur y hacia las costas del mar Rojo (este mar era en la antigüedad todo el océano Índico actual), se habría perdido por completo. El propio Agatárquides –según el testimonio de Focio–, en el momento de justificar la importancia de su obra, se cita entre autores de historias regionales:

> La totalidad del mundo habitado está distribuido en cuatro zonas: el levante, el poniente, el norte y el sur. Lo relativo a occidente lo han tratado Lico y Timeo; lo relativo a levante, Hecateo y Basilis; lo relativo al norte, Diofanto y Demetrio, y lo relativo al sur, gravosa verdad, nosotros (*Biblioteca* 250, 64).

En su reciente estudio, Marcotte (2001: 416) sostiene, sin embargo, que lo que resume Focio no es el quinto libro de una obra específica *Sobre el mar Rojo*, sino de una sección dedicada particularmente al sur dentro de *Hechos de Asia*, en la que justamente el quinto libro se consagraría a las regiones del mar Rojo. También formarían parte de esa sección los capítulos de la *Biblioteca Histórica* de Diodoro que tratan sobre los etíopes occidentales (III 5-10), sobre la geografía física y humana de Libia (III 49-51) y de la Arabia "feliz" (II 49-54) y el resto de fragmentos atribuidos generalmente a los primeros libros de *Hechos de Asia*.

Entre los veinte extractos del libro I, que tienen todo el aspecto de pertenecer a los capítulos introductorios de la obra, se encuentra la postura crítica

de Agatárquides acerca del valor del mito en la reconstrucción del pasado histórico y sobre el problema de la distinción entre la poesía y la historia, la ficción y la verdad, cuestiones de gran calado metodológico que han estado en el centro de muchas de las reflexiones teóricas de los historiadores y pensadores griegos. Nuestro autor presenta una larga reseña, con acotaciones racionalistas, de figuras monstruosas, héroes y divinidades y realiza una de las críticas más radicales del mundo antiguo contra las inconsistencias del mito, cuya presencia sólo se justifica en las obras de los poetas, que buscan no la verdad sino la seducción del alma (*psykhagogía*) (*Biblioteca* 250, 7-8). La posición de Agatárquides, cercana a la mantenida por los círculos científicos de Alejandría, es comparable a la manifestada por Polibio (IX 1), que cree que el historiador se debe no al relato atractivo, sino a la investigación rigurosa y a la exposición seria y, sobre todo, didáctica de los hechos (véase epígrafe 11.5).

En el párrafo 21 comienzan los extractos del libro V y uno de los pasajes que mayor interés ha despertado entre los estudiosos, tanto desde el punto de vista histórico como desde el literario: la descripción del trabajo en las minas de oro de Nubia (*Biblioteca* 250, 23-29). En ella aparecen personajes que nunca antes habían tenido protagonismo en una obra de esta naturaleza, por lo que Agatárquides ofrece datos sobre aspectos inéditos de la realidad y confiere la misma dignidad histórica al drama de grupos humanos marginales que a los hechos políticos y militares de los Ptolomeos. Algunos han visto en dicho relato una crítica de nuestro autor a la política africana de los Ptolomeos (S. Gozzoli) y otros lo interpretan como una advertencia a la corte sobre los riesgos de sublevación inherentes a situaciones como las descritas (R. Urías). De otro lado, esos párrafos se consideran uno de los mejores ejemplos de narración dramatizante, pues nuestro autor, en un tono altamente emotivo, relata las penalidades sufridas en las minas por hombres, mujeres y niños: "Tras relatar trágicamente (*ektragodésas*) su sufrimiento, sin que haya nada que lo supere" –escribe Focio–, "cuenta el modo en que se trabaja el oro" (véase texto 38). El relato viene precedido por otra significativa y larga reflexión acerca de cómo narrar convenientemente las desgracias extremas que afectan a los seres humanos, algo que sólo se debe hacer, sostiene Agatárquides, cuando hay razones válidas que lo justifiquen. Para ilustrarlo toma un suceso histórico merecedor de un tratamiento emotivo y destacado: la destrucción de Olinto y Tebas por Filipo y Alejandro. Critica con dureza sucesivos pasajes de Hegesias de Magnesia, ejemplo de lo que no se debe hacer, pues el autor tan sólo hace ostentación de estilo, pero sin resaltar realmente la importancia del hecho ni poner con viveza y claridad (*enárgeia*), a la vista del auditorio, el sufrimiento (*páthos*) de las víctimas. Por el contrario, oradores como Estratocles, Esquines o Demóstenes sí supieron evocar adecuadamente la desgracia de la ciudad y suscitar la compasión (*Biblioteca* 250, 21).

El resto de los extractos de Focio (30-110) contiene descripciones de zonas geográficas y de pueblos particulares, denominados generalmente por la forma de alimentarse, en las que abundan noticias paradoxográficas. En las palabras finales de los capítulos relativos a uno de esos pueblos, los felices y ricos sabeos (97-102), se ha querido ver una crítica al expansionismo amenazante de Roma (E. Gabba). Esto es lo que dice Agatárquides, según Focio:

> Eso se cuenta hasta nuestros días del régimen de vida de los Sabeos. Pero si su residencia no estuviera situada tan lejos de los que dirigen sus fuerzas contra todo país, serían administradores de bienes ajenos los dueños de sus propias conquistas, pues su molicie no podría conservar durante mucho tiempo su libertad (*Biblioteca* 250, 102).

Los últimos párrafos recogen algunas consideraciones de Agatárquides sobre diversos fenómenos naturales (*Biblioteca* 250, 103-109) y el epílogo, ya mencionado, en el que nuestro autor declara que deja incompleta su obra (*Biblioteca* 250, 110).

Abunda, así pues, entre lo que nos ha llegado el material etnográfico y son prácticamente inexistentes las noticias de carácter histórico. Pero algo se puede sospechar del método historiográfico de nuestro autor a partir de sus citadas palabras sobre la ineptitud del mito en la reconstrucción del pasado histórico y sobre la conveniencia de narrar vivamente las desgracias humanas. En cualquier caso, no parece que Agatárquides haya viajado por todas las regiones que se citan en su obra y que se describen con los rasgos típicos aplicados por los griegos desde antiguo a los habitantes de los confines del mundo conocido: individuos carentes de leyes, desconocedores del comercio y de la propiedad privada, que practican la comunidad de mujeres e hijos y que viven sin fatigas ni excesos adaptados a su medio natural. Otra cuestión es si con ello Agatárquides pretendía la denuncia de un determinado tipo de civilización, en concordancia con la finalidad moralizante de su obra, o se limitaba sencillamente a registrar las diferencias entre las formas de vida más que a calificarlas. Se apunta (véase Gómez Espelosín, 2000: 263) que el cnidio ha seguido un esquema teórico de clasificación etnográfica basado en el menor o mayor alejamiento del estado civilizado, utilizado ya por Dicearco de Mesenia e incluso Aristóteles (*Política* I 3, 4-5). Por ello, nuestro autor habría realizado más bien su investigación partiendo de los documentos e informes que obrarían en los archivos ptolemaicos (*hypomnémata*), de obras de autores anteriores y, para dar mayor credibilidad a lo narrado según el criterio de la *autopsía,* del testimonio directo de expedicionarios y mercaderes, como se puede inferir de la mención que hace Diodoro, siguiendo muy probablemente el texto de Agatárquides, a propósito de los etíopes "insensibles":

> Muchos mercaderes, que han navegado hasta hoy desde Egipto a través del mar Rojo y desembarcado muchas veces en el territorio de los ictiófagos, explican cosas concordantes con las dichas por nosotros acerca de los hombres insensibles. El tercer Ptolomeo, el apasionado por la caza de los elefantes que hay por ese territorio, envió a uno de sus amigos, Simias de nombre, a explorar el territorio y éste, con una dotación adecuada, como afirma Agatárquides, el historiador de Cnido, investigó cuidadosamente los pueblos a lo largo de la costa (Diodoro, *Biblioteca Histórica* III 18, 3).

Sobre el estilo de Agatárquides también contamos con el juicio del patriarca Focio, que lo consideraba elevado, sentencioso y nada rebuscado en el vocabulario. Hasta lo compara con Tucídides en la abundancia y construcción de discursos y "sin ser su segundo en grandeza de estilo", dice Focio, "supera a este individuo en claridad" (*Biblioteca* 213). Son significativas al respecto las palabras iniciales del llamado "Dicurso sobre el imperialismo" (*Biblioteca* 250, 11), donde Agatáquides no haría sino expresar su opinión sobre su forma de escribir y sus pretensiones como historiador: "El discurso es seco", dice, "pero salvador, pues no se hace para causar pena, sino para poner en guardia, y evita el placer de las palabras con la intención de que, al gozar del encanto de los hechos, no prefiramos nunca lo peor a lo mejor". El texto nos recuerda aquella declaración programática de Duris (*FGrHist* 70, F 1) con la que se inauguraba la historiografía trágica, que procuraba suscitar la emoción del lector no por medio de un estilo trabajado, sino por la exposición misma de los hechos. Asimismo, ya hemos visto cómo Agatárquides critica duramente a aquellos autores que, como Hegesias, cuando describen sucesos lamentables, en lugar de evocar el *páthos* de la situación y despertar la compasión, tan sólo consiguen afectación (*kompsótes*) en el estilo (*Biblioteca* 250, 21). Por lo demás, pasajes de alto acento dramático como el de la emotiva descripción del trabajo en las minas de oro (*Biblioteca* 250, 23-29; véase texto 38), la vívida narración del modo de vida de los ictiófagos (*Biblioteca* 250, 31-39), el efectista y detallado relato de la caza de elefantes por el pueblo de los elefantófagos (*Biblioteca* 250, 53-54) o la realista descripción de la muerte prematura y miserable que sufrían los acridófagos por su forma de alimentarse (*Biblioteca* 250, 58) son buenos ejemplos de las dotes literarias de nuestro autor y de sus afinidades con el estilo narrativo de la historiografía trágica o mimética.

Agatárquides fue un autor bien valorado en la antigüedad tanto por el rigor de sus investigaciones (Diodoro III 11 = *FGrHist* 86, F 1), como por la magnificencia de su forma de escribir (Focio 213 = *FGrHist* 86, T 2). Artemidoro de Éfeso, un conocido compilador de "geografías" de finales del siglo II a. C., lo tuvo entre sus fuentes para su erudita descripción de las regiones de Arabia y de Etiopía, y, a través de él, se percibe la presencia indirecta del cnidio en

Estrabón, en Plinio y en Esteban de Bizancio. También debió de ser directo inspirador de Posidonio de Apamea, continuador de Polibio y autor de una *Historia* universal en el siglo I a. C. Su descripción del trabajo en las minas del sur de Hispania (*FGrHist* 87, F 117) recuerda la realizada por el cnidio de las minas de Nubia; y, en general, ambos historiadores tienen en común el interés por el estudio de las contingencias medioambientales que afectan a los seres humanos y sus acciones. Diodoro conoció y utilizó, asimismo, las obras de Agatárquides y su memoria (al menos la de su obra *Sobre el mar Rojo*) siguió viva como mínimo hasta los tiempos de Focio (siglo IX), quien lo consideró digno de figurar entre los autores de su *Biblioteca*.

Por los contenidos de los fragmentos que nos han llegado, una parte de la crítica moderna ha calificado a Agatárquides como uno de los representantes más significativos de la etnografía o de la geografía helenísticas. Hay, no obstante, otros autores que lo valoran como un historiador original, preocupado por cuestiones metodológicas e interesado en explicar no sólo el suceso histórico, sino también el contexto en el que aquél se vino a producir. Se ha señalado, en ese sentido, que la gran incidencia de descripciones de lugares y pueblos y de observaciones medioambientales sería precisamente la clave de su concepción historiográfica, por la que se hace inseparable la historia del hombre y la historia natural. Así, se da la importancia debida a la exposición de las circunstancias geográficas, físicas y culturales en las que se desarrollan los sucesos históricos, en una forma de historiografía que remonta hasta Heródoto y que habría sido recuperada en el helenismo tardío por Agatárquides (Marcotte, 2001: 430). Además, por su condición de peripatético, por sus reflexiones acerca de la conveniencia de representar el *páthos* de los acontecimientos más desgraciados para suscitar la compasión y por esos pasajes en que él mismo aporta altas dosis de patetismo al relato, a Agatárquides se le ha considerado seguidor en el siglo II a. C. del tipo de historiografía practicado por Duris y por Filarco, autores con los que también comparte la postura ética en contra de los excesos de Alejandro Magno y su círculo.

Capítulo 10 La historia al servicio de la propaganda. Los historiadores de Alejandro y de los monarcas helenísticos

ALEJANDRO MAGNO es uno de los personajes de mayor transcendencia en la historia de Grecia y el que ha suscitado, a la vez, más variadas y contradictorias historias. Su muerte prematura en el año 323 a. C., después de haber conquistado los extensos territorios en los que el Imperio persa ejercía su influencia, marca de manera convencional el comienzo de la época helenística, una época en que tantos y tan profundos cambios políticos y culturales se produjeron en el mundo griego (la bibliografía es abundantísima; puede leerse, en general, A. Guzmán Guerra y F. J. Gómez Espelosín, 1997; J. Alvar y J. M. Blázquez (eds.), 2000; Gr. Shipley, 2001; e I. Worthington, 2004).

Efectivamente, como consecuencia de las campañas de Alejandro Magno, los horizontes del mundo griego se ampliaron hasta límites insospechados. Durante varios centenares de años, en los vastos territorios dominados por las diversas dinastías de monarcas macedonios que le sucedieron, los griegos y la cultura griega tuvieron una presencia y una preeminencia sin precedentes. Oriente y el Mediterráneo se funden en una gigantesca unidad de intereses comerciales y culturales. Surge así una cultura helenística cosmopolita, contrapuesta al localismo de las antiguas *póleis*. Los atenienses, los tebanos, los espartanos dejan paso a hombres que, prescindiendo de su lugar de origen, se sienten partícipes de una cultura y de una tradición común y, por esta comunidad espiritual, serán griegos, no importa si de Atenas, de Tebas, de Esparta,

más tarde de Alejandría, de Pérgamo o incluso de Roma. El instrumento de esa expansión y universalización cultural es la lengua común o *koiné,* que amplía su base griega jónico-ática incorporando gran cantidad de neologismos y de términos orientales.

Atenas viene a ser como la "universidad del mundo" y en su seno, junto a las viejas escuelas de Platón, de Aristóteles o de Isócrates surgen otras nuevas (Epicuro, la Estoa de Zenón). A la vez, en otras ciudades helenísticas se crearon bajo el mecenazgo de los reyes y se desarrollaron instituciones públicas de carácter docente y científico que atrajeron a los más importantes intelectuales y artistas del momento (Biblioteca y Museo en Alejandría; Biblioteca en Pérgamo). Estas nuevas sedes sociales de la cultura incrementaron notablemente el saber especializado y la creación artística, y, al mismo tiempo, garantizaron la memoria del pasado con sus trabajos de recopilación y sistematización de la tradición literaria.

Todos los tipos de arte y todos los géneros literarios florecieron, y la filosofía y la ciencia generaron teorías e ideas que han tenido vigencia hasta bien entrada la edad moderna. El género historiográfico fue, como ya se ha dicho, uno de los más productivos y contó con una gran variedad de temas, formas y perspectivas. La historiografía helenística ha sido, no obstante, uno de los géneros más perjudicados por la enorme reducción y selección que ha afectado a la literatura griega en su transmisión a lo largo de los siglos (véase epígrafe 1.6).

En los capítulos anteriores hemos dado cuenta de diversas tendencias historiográficas que surgieron en las primeras décadas del siglo IV a. C. y continuaron y se desarrollaron en la edad helenística ligadas a los cambios políticos y sociales del momento. Se ha hablado de la "historiografía retórica" (capítulo 7), de la "historiografía local" de los atidógrafos y de los historiadores de Sicilia y de la Magna Grecia (capítulo 8) y de la "historiografía trágica" (capítulo 9). El presente capítulo y antes de hablar de Polibio, el último gran historiador de la época helenística, el creador de la llamada "historiografía pragmática", se dedica a los conocidos con el nombre genérico de "historiadores de Alejandro" y de "historiadores de los Diádocos", rúbricas que, como las anteriores, no se han de aplicar como categorías absolutas. El estado fragmentario de las obras obliga siempre a guardar las debidas reservas y, además, en un mismo historiador se pueden verificar elementos adscribibles a diferentes tendencias, tanto estilísticas como temáticas. Un autor como Anaxímenes, abordado en el capítulo de la "historiografía retórica", podría haber figurado entre los historiadores de Alejandro por la orientación temática de alguno de sus escritos; por el mismo motivo, Filarco, considerado dentro de la "historiografía trágica" por el estilo narrativo de sus obras, se podría haber incluido entre los historiadores de los Diádocos. Asimismo, autores como Beroso y Manetón, que compusieron,

respectivamente, historias de Babilonia y de Egipto, podrían haberse citado en el capítulo de la historiografía local, pero se hará como historiadores de los Diádocos. A la luz de los textos que nos han llegado, la presencia de forma predominante en sus obras de los rasgos que caracterizan una u otra corriente historiográfica determinan, cuando no lo la hecho ya la propia tradición, su clasificación en uno u otro lugar.

Se trata de dar ahora una idea de conjunto de los historiadores vinculados a los círculos de los dinastas helenísticos y que compusieron sus obras, con escasas excepciones, al socaire de los intereses de éstos, narrando de forma encomiástica sus hazañas y conquistas particulares o reescribiendo la historia de las regiones ocupadas desde la perspectiva de su nueva configuración política.

10.1. Los historiadores de Alejandro

Muchos de los llamados "historiadores de Alejandro" no sólo fueron contemporáneos del monarca macedonio, sino que también formaron parte de su corte y participaron en los acontecimientos que narraban en sus obras. Una de las polémicas más importantes que les afecta es precisamente la que atañe al orden de composición de sus historias, una polémica difícilmente resoluble dado el estado fragmentario de las obras y su concentración en el tiempo (puede verse, con carácter general, L. Pearson, 1966, P. Pédech, 1984 y A. B. Bosworth, 1988). El tema central de estas historias era la vida y, sobre todo, las hazañas militares de Alejandro, en especial, la campaña de Asia, pero contempladas desde la particular perspectiva de cada uno de sus autores, que de alguna manera se complementan, y, la mayoría de las veces, con un propósito encomiástico. Por el carácter extraordinario de su personalidad y de sus empresas, no fueron pocas las leyendas y fábulas que algunos de ellos pusieron en circulación e incluso los abundantes excursos geoetnográficos de sus obras se vieron contagiados con exageraciones fantasiosas. Se comprende, por ello, la mala fama que tuvieron muchos de estos historiadores de Alejandro en la antigüedad. Flavio Arriano, por ejemplo, el autor en el siglo II de la *Anábasis de Alejandro,* la mejor historia, según Focio (*Biblioteca* 58), que se haya escrito sobre el macedonio, deja constancia de las contradicciones que mostraban en el relato de los mismos hechos (IV 14, 3). Estrabón (XVII 1, 43) y Quinto Curcio Rufo (IX 5, 21) tampoco ahorraron críticas y denunciaron la poca fiabilidad, con algunas excepciones, de sus testimonios. Plutarco, en fin, distingue entre las versiones fantásticas y las versiones creíbles de los hechos de Alejandro (*Vida de Alejandro* 46).

Jacoby, que los edita bajo el epígrafe de "Historias particulares y monografías", dentro de la segunda parte ("Historia contemporánea") de su colección, cuenta hasta treinta y seis autores u obras anónimas dedicadas a Alejandro Magno (números 117 a 153). Cabe destacar, citados en el orden establecido por Jacoby (discutido por Pearson), Calístenes de Olinto (*FGrHist* 124), Anaxímenes de Lámpsaco (*FGrHist* 72), Cares de Mitilene (*FGrHist* 125), Efipo de Olinto (*FGrHist* 126), Nearco de Creta (*FGrHist* 133), Onesícrito de Astipalea (*FGrHist* 134), Marsias de Pela (*FGrHist* 135), Clitarco de Alejandría (*FGrHist* 137), Ptolomeo Lago (*FGrHist* 138) y Aristóbulo (*FGrHist* 139). Se postula, además, la existencia de unas *Efemérides reales* (*FGrHist* 117), que eran una especie de diario de las actividades de Alejandro anotadas por sus secretarios, y unos *Hypomnémata*, tan sólo mencionados por Diodoro (*Biblioteca Histórica* XVIII 4), que recogerían los planes últimos de Alejandro. Veamos cuáles son las contribuciones particulares de cada uno de esos historiadores, con excepción de Anaxímenes, de quien ya se ha hablado en el capítulo dedicado a la orientación retórica de la historiografía (véase epígrafe 7.3).

10.1.1. Calístenes de Olinto

Calístenes de Olinto, que nació en torno al año 370 a. C., es, según la tradición, el primero de los historiadores de Alejandro y también el más célebre. "La fama de Alejandro", decía un altanero Calístenes evocando lo que Homero había hecho con Aquiles, "no se debía a sus hazañas sino a la historia que él escribió de ellas" (*FGrHist* 124, T 8). Lo cierto es que nuestro autor es quien reúne en la colección de Jacoby el mayor número de testimonios (hasta treinta y seis) y de fragmentos (cuarenta y nueve para el total de obras). Es también el único que tenía la condición de historiador antes de componer su obra sobre Alejandro, porque, Onesícrito, por ejemplo, era un marino; Aristóbulo, un ingeniero y Ptolomeo, un soldado, cuya actividad literaria se circunscribió sólo a la historia de las hazañas del rey macedonio (sobre Calístenes puede verse, en general, L. Prandi, 1985).

El olintio se unió a la campaña asiática de Alejandro por recomendación de Aristóteles, con quien estaba emparentado y de quien era discípulo (*FGrHist* 124, T 1). Su forma de ser, tachada de arrogante e impulsiva, y su condición de griego no debieron de agradar demasiado a la corte macedonia que, a la postre, le acusará de haber participado en la llamada "conjura de los pajes" (*FGrHist* 124, T 7 y 8) y le hará perder la confianza del rey. A consecuencia de ese hecho y por negarse a rendir a Alejandro el homenaje de la *proskynesis* ("postrarse

como signo de veneración y respeto") por considerarlo un uso bárbaro y sólo reservado a los dioses por los griegos (*FGrHist* 124, T 8), sufriría la condena a muerte en el año 327 a. C. El suceso habría originado en las escuelas filosóficas, sobre todo en el perípato, toda una corriente de apoyo a Calístenes y de ataque a Alejandro. De ello sería indicativa la obra *Calístenes o sobre el dolor*, atribuida a Teofrasto (*FGrHist* 124, T 19), que defiende la idea de que el éxito de Alejandro se debe más a su suerte (*tykhe*) que a su valor (*areté*).

La mayoría de las obras que se atribuyen a Calístenes fueron escritas antes de su relación con Alejandro. Se citan como suyas una obra titulada *Hermias* (*FGrHist* 124, F 2-3), que es un encomio del soberano de Atarneo; una colección de *Máximas* (*FGrHist* 124, F 4-5), una *Descripción de la Tierra* (*FGrHist* 124, F 6 y 39-40) y, en colaboración con Aristóteles, una especie de lista de vencedores en los juegos píticos, por la que ambos recibieron público reconocimiento en Delfos (*FGrHist* 124, T 23).

Como historiador compuso unas *Helénicas* o *Historia de Grecia* (*Helleniká*) casi en el mismo tiempo en que Éforo y Teopompo escribieron sus grandes obras históricas respectivas (véase capítulo 7). Los diez libros que la integraban (*FGrHist* 124, T 26-27) comprendían desde la paz de Antálcidas (387/386 a. C.) hasta el inicio de la tercera Guerra Sagrada (356 a. C.). El final de la hegemonía espartana, el auge político y militar de la Tebas de Epaminondas y los comienzos del reinado de Filipo serían, así pues, los ejes argumentales básicos de esta obra, que, al parecer, completó con una monografía independiente sobre la tercera Guerra Sagrada (hasta el 346 a. C.; *FGrHist* 124, T 25 y F 1). Los fragmentos que nos han llegado (*FGrHist* 124, F 8-13 y 15-27) no son suficientes para conocer la distribución del material histórico entre los diversos libros ni tampoco su estilo narrativo, pero sí muestran que la obra tuvo cierta repercusión en los autores posteriores, tanto griegos como latinos. *Helénicas*, por ejemplo, habría sido utilizada ya –plagiada, en la opinión de Porfirio– por el propio Éforo en sus *Historias* (*FGrHist* 124, T 33). En cualquier caso, le habría reportado a Calístenes la experiencia y la fama necesarias para ser recomendado como historiador a Alejandro por Aristóteles.

Los contenidos de los fragmentos de *Helénicas* tienen que ver mayoritariamente con la etnografía, con la geografía y con las tradiciones mitológicas de los lugares en que se desarrollaban los acontecimientos. También recogen la aportación de Calístenes a la cronología exacta de la toma de Troya según el calendario lunar (*FGrHist* 124, F 10) o su particular opinión sobre la ya antigua discusión acerca de origen de las crecidas del Nilo (*FGrHist* 124, F 12) y sobre la causa de los temblores de tierra (*FGrHist* 124, F 19-21), lo que sería un reflejo de los amplios intereses científicos del olintio, como buen peripatético que era. El pasaje histórico de mayor interés, que se insertaría en uno de

esos excursos de carácter retrospectivo al estilo de la pentecontecia de Tucídides, es aquel que se refiere a la famosa paz de Calias, cuya existencia niega nuestro autor, como ya había hecho Teopompo (*FGrHist* 115, T 153), si es que las palabras que cita Plutarco son de Calístenes y no fruto de su propia interpretación sobre el debatido tema (*FGrHist* 124, F 16).

Pero su obra histórica principal es *Hechos de Alejandro* (*Alexándrou práxeis*), que fue escrita a muy poca distancia de los sucesos que narra y que quedó inacabada por la muerte violenta de Calístenes (327 a. C.). El olintio relata, por encargo del propio rey, su campaña asiática, desde el paso a la Anatolia hasta, al menos, la batalla de Arbela (331 a. C.), que es el último acontecimiento narrado del que tenemos constancia (*FGrHist* 124, F 36-37).

No son muchos los fragmentos conservados de esta obra (doce en la colección de Jacoby), pero son lo suficientemente extensos para apreciar la tendencia del libro, que, según parece, se fue dando a conocer por partes, al hilo de los acontecimientos, y sin otro plan que no fuera acrecentar entre los griegos la fama del gran héroe unificador y vengador de Grecia. Alejandro aparece, en efecto, como el guía, enviado por Zeus, de la gran expedición panhelénica que tenía como objetivo vengar los ultrajes que les fueron perpetrados a los griegos por los persas en las guerras anteriores. Esta visión se percibe, por ejemplo, en la invocación que Alejandro dirige a los dioses antes del combate en Arbela, en la que asoman dos de los lemas de la propaganda: Alejandro hijo de Zeus y adalid de los griegos. Dice el fragmento: "Alejandro pide a Zeus que, si él es realmente su hijo, proteja a los griegos y les dé fuerzas" (*FGrHist* 124, F 36). Calístenes presenta, asimismo, la toma de Mileto y de Halicarnaso por Alejandro como una revancha de la conquista de estas ciudades por los persas (*FGrHist* 124, F 30). La exaltación de Alejandro se comprueba, igualmente, en el relato de la batalla de Iso, recogido fragmentariamente por Polibio, quien dedica una extensa crítica a las incongruencias y errores cometidos en la descripción que del enfrentamiento hace Calístenes, otro erudito sin conocimientos de estrategia militar, según el de Megalópolis (*Historias* XII 17-22 = *FGrHist* 124, F 35). Concluye Polibio:

> Sería excesivamente largo explicar todas las incoherencias que se dan en esos relatos; sin embargo anotaré unas pocas más. (2) Dice Calístenes que, cuando Alejandro dispuso a sus tropas en orden de combate, anhelaba combatir personalmente contra Darío y que, inicialmente, éste quería también luchar contra Alejandro, aunque después cambiara de parecer. (3) No indica, sin embargo, cómo pudieron reconocerse mutuamente, dónde se situaron cada uno de los dos en su propio ejército y hacia dónde se desplazó Darío. (4) ¿Y cómo logró una formación de falange trepar por las márgenes escabrosas y llenos de palos de un río? También esto es incongruente.

(5) No podemos imputar a Alejandro algo tan absurdo, cuando le sabemos tan hábil en el arte de la guerra, en el que le instruyeron ya desde su infancia. (6) Sí debemos, en cambio, inculpar al historiador que por su poca habilidad, es incapaz de distinguir, en los temas de guerra, lo posible de lo imposible (*Historias* XII 22).

Poco debían de importarle a Calístenes todas esas minucias técnicas apuntadas por Polibio, cuando lo que realmente le interesaba era encumbrar a su héroe y exponer a los griegos la grandeza de su misión. De hecho, nuestro autor se esforzaba por evocar en las acciones militares del macedonio episodios de la tradición épica (*FGrHist* 124, F 28-29) y en las palabras con las que narra el prodigio de la retirada de las aguas al paso de Alejandro por el "mar de Panfilia" (*FGrHist* 124, F 31) se hallan, incluso, reminiscencias homéricas (*Ilíada* XIII 28-29). Pero la apoteosis, esto es, la mismísima proclamación de la procedencia divina de Alejandro y de su trascendental destino se produce en el relato de la visita al reputado oráculo de Amón en Egipto, del que Estrabón nos ofrece un apresurado resumen que contiene detalles lo bastante fabulosos como para que se comprenda el poco crédito que algunos autores de la antigüedad le concedieron (*FGrHist* 124, F 14a; véase texto 39).

No conservamos pasajes de carácter narrativo suficientemente amplios para poder juzgar el estilo de Calístenes. Pero Cicerón (*Sobre el orador* II 58 = *FGrHist* 124, T 30) dice que nuestro autor "escribió historia casi como un orador", y, por su lado, Estrabón (XVII 1, 43 = *FGrHist* 124, F 14a), utiliza el verbo *prostragodeî,* "añade con tono dramático", para caracterizar la manera en que el olintio describe la visita de Alejandro al templo de Amón. Debían de confluir, así pues, en Calístenes los registros retóricos y dramáticos, registros de estilo que veíamos más o menos separados en otros historiadores de la época helenística.

Es muy probable que muchos de los historiadores de Alejandro posteriores a Calístenes se sirvieran de su obra. Arriano, sin embargo, no lo cita en ningún momento y no es posible aportar pruebas concretas de su presencia en otras obras, aunque hay quien ve la influencia del olintio en todas aquellas historias que exhiben la idea panhelenista en las conquistas de Alejandro y la caracterización divina del macedonio. Su fama, no obstante, llegó a ser grande, no sólo por su obra sino también por las circunstancias de su muerte. Calístenes figura, asimismo, en algunas de las listas de historiadores que se proponían como modelo en las escuelas de retórica (*FGrHist* 134, T 36). A él se le atribuye, en fin, la obra titulada *Vida y hazañas de Alejandro de Macedonia,* en realidad una historia novelada del siglo III y de autor desconocido que difundió por todo el mundo la imagen fabulosa de Alejandro y de sus campañas.

10.1.2. Cares de Mitilene

Cares de Mitilene aparece citado como *eisangeleús* de Alejandro, una especie de chambelán, maestro de ceremonias o secretario particular (*FGrHist* 125, T 2). Esto significa que nuestro autor, por su cercanía al monarca, debió de disponer de noticias de primera mano sobre las decisiones y los movimientos de Alejandro. Pero, a pesar de la supuesta calidad de sus informaciones, los diez libros de *Historias de Alejandro* (*Perì Aléxandron historíai*) que publicó, probablemente, después de la muerte del soberano, no merecieron entre los antiguos mucha consideración, pues parece que Cares se ocupó más de contar historietas de corte que de escribir auténtica historia.

A juzgar por lo que nos ha llegado, fundamentalmente a través de Ateneo y de Plutarco, estas *Historias de Alejandro* debían de reunir, en efecto, mucho material anecdótico y pocos hechos políticos y militares. Entre los diecinueve fragmentos conservados hallamos, por ejemplo, la descripción de los cinco días de festejos con los que se celebraron en Susa los matrimonios en masa ordenados por Alejandro, con mención expresa de los nombres de los contrayentes (*FGrHist* 125, F 4); la curiosa historia de Zariadres y Odatis, que cuenta, en el más puro estilo de la novela, los amores de estos personajes que se conocieron en sueños (*FGrHist* 125, F 5; véase texto 40), la batalla de las manzanas (*FGrHist* 125, F 9) o los premios estipulados para los ganadores en una competición de bebedores que existía entre los indios (*FGrHist* 125, F 19). Pero, seguramente, la obra de Cares debía de contener otros sucesos de mayor alcance que los que han atraído la atención de Ateneo. Plutarco, por ejemplo, cita a nuestro autor como fuente para el episodio del rechazo de la *proskynesis* por parte de Calístenes y ofrece una versión que, frente a la de otros historiadores, parece tener completo valor histórico (*FGrHist* 125, F 14).

Desconocemos cuál pudo ser la repercusión real de la obra de Cares. Ptolomeo, Aristóbulo y Clitarco parece que la conocieron por la presencia en ellos del tipo de detalles que gustaban al de Mitilene. Arriano no la cita y sólo Plutarco, en su *Vida de Alejandro*, y, Ateneo, en sus *Deipnosofistas*, la mayor compilación de anécdotas y de historietas escabrosas de la antigüedad, le conceden, como hemos visto, algún espacio. En todo caso, las *Historias de Alejandro* de Cares vienen a ilustrar otra de las vertientes de la historiografía sobre el macedonio: la que presta más atención a su lado humano, sin detenerse excesivamente en las acciones militares ni contribuir a la mitificación del personaje. Se preservaba, no obstante, la imagen positiva de Alejandro: es interesante señalar que no se nos ha transmitido ninguna referencia de Cares al reconocido gusto exagerado por la bebida que tenía el macedonio, que, de haber existido en su obra, seguro que Ateneo se hubiera hecho eco de ella.

10.1.3. Efipo de Olinto

Al contrario que Cares, Efipo de Olinto, de quien no sabemos prácticamente nada, sí que nos presenta a un Alejandro depravado y amante del lujo. Parece que acompañó al macedonio hasta Egipto, donde fue nombrado "supervisor de los extranjeros" de aquella región (*FGrHist* 126, T 2).

Escribió una obra titulada *Sobre el fallecimiento –*o *funeral– de Alejandro y de Hefestión (Perì tês Alexándrou kaì Hephaistíonos teleutês / taphês)*, la única historia sobre Alejandro que, al parecer, ofrecía una visión negativa del soberano. De ella nos han llegado tan sólo cinco fragmentos que, Ateneo mediante, insisten en el desmedido afán por la bebida y por los banquetes de los macedonios, en general, y de Alejandro, en particular. En uno de esos fragmentos tampoco habla Efipo con mucha simpatía de las formas bárbaras y excéntricas que adoptó Alejandro en su vestimenta, bien imitando a los persas, bien adornándose con los atributos de Amón, de Ártemis, de Hermes o de Heracles (*FGrHist* 126, F 5), otro de los tópicos preferidos por la oposición griega al monarca macedonio. Dado el título de la obra y lo que de ella conocemos, se ha supuesto que Efipo querría demostrar que, a pesar de todas las gestas y los honores recibidos, Alejandro murió de una manera penosa por sus excesos en la bebida, la venganza que Dioniso le tenía preparada por la destrucción de Tebas, ciudad consagrada al dios del vino (*FGrHist* 126, F 3).

10.1.4. Nearco de Creta

Nearco de Creta nació en torno al año 360 a. C. Era amigo de Alejandro desde la niñez y siempre estuvo entre los individuos del círculo íntimo del soberano. Fue uno de los más importantes almirantes que acompañaron al rey en la campaña contra Asia y recibió de él público reconocimiento por sus servicios (*FGrHist* 133, T 2 y 9). Alejandro le confió algunas labores de avanzadilla, pero su misión más relevante comenzó cuando, llegados al Indo, decidió detener el avance y preparar el regreso de las tropas (326 a. C.). El rey le puso al frente de la flota que había de transportar una parte importante del ejército por los ríos de la India y por el océano ("el mar Exterior") hasta Babilonia. También fue nombrado almirante de la expedición a Arabia, que no llegó a realizarse por la muerte del rey macedonio. Nearco pasaría, entonces, al lado de Antígono Monoftalmo y, en el año 314 a. C., apoyó a Demetrio Poliorcetes, que había sido enviado a Siria por su padre a luchar contra Ptolomeo (*FGrHist* 133, T 13).

Fue de aquella expedición de retirada de la que Nearco dio cuenta en su obra, que se titula *Navegación costera de la India* (*Paráplous tês Indikês*) y que se publicó, probablemente, tras la muerte de Alejandro. No se trata, pues, de una historia de Alejandro propiamente dicha, sino de una reelaboración literaria de los informes presentados al rey tras el viaje. Reconoce Nearco (en polémica con Onesícrito, según Arriano, *India* 32, 9-11 = *FGrHist* 133, F 1), que "el motivo de la expedición por mar no había sido que a Alejandro le resultara imposible conducir la totalidad de su ejército sano y salvo por tierra, sino porque le interesaba conocer las playas de toda la franja costera, los puertos e islotes que en ella hubiera, recorrer todos los golfos y ciudades costeras, e informarse de qué partes del país eran fértiles y cuáles eran desiertos". Así pues, sería ésta de Nearco parte del grupo de obras que describía los viajes de exploración que promovió Alejandro con fines militares, comerciales y científicos y que, de haberse conservado, conformaría una completísima enciclopedia geoetnográfica de Oriente (prácticamente nada sabemos de los trabajos de Andróstenes de Tasos, de Arquias de Pela, de Hierón o de Ortágoras, ni de los informes de los llamados "bematistas" o "medidores de etapas" Betón, Diogneto y Filónides). El *Paráplous* de Nearco es la única obra de ese grupo que ha tenido alguna fortuna, seguramente por la relevancia militar de su autor.

Conocemos bien sus contenidos gracias a los treinta y cuatro fragmentos que nos han transmitido, sobre todo, Estrabón, quien, a pesar de no tener a Nearco en buena estima como historiador (*FGrHist* 133, T 14), lo cita a menudo en los libros XV y XVI de su *Geografía*, y Arriano, quien lo utilizó para el libro VI de la *Anábasis* y como una de las fuentes principales del libro sobre la *India*, cuyos capítulos 20-43 recogen, en palabras del propio Arriano, "el periplo que realizó Nearco con la flota, partiendo de la desembocadura del Indo a través del Océano, hasta alcanzar el golfo Pérsico" (el extenso relato de Arriano constituye el F 1 en la colección de Jacoby).

El material se organizaba en un capítulo introductorio, que contenía la descripción de la India, y tres partes sucesivas: la primera comenzaba con las labores de construcción de la flota y narraba el descenso por el Hidaspes, por el Acesines y por el Indo hasta su desembocadura en el océano; la segunda, la más extensa, narraba la travesía por mar hasta el Éufrates, y la tercera daba cuenta del viaje aguas arriba por los ríos de Mesopotamia hasta Susa. El contenido del *Paráplous* debía de ser, a juzgar por los fragmentos conservados, riquísimo. Comprendía el tipo de información práctica que se esperaba de una misión exploradora: tiempos de viaje, distancias entre puntos, condiciones de navegación, descripciones geográficas y etnográficas, etc.; pero también incluía partes narrativas en las que la flota que él dirigía –con acierto y autoridad– y los incidentes de la travesía hasta su exitoso final tenían el protagonismo, y había,

igualmente, alusiones a las acciones militares que el ejército iba realizando en su marcha a pie.

Son memorables las descripciones del Indo, siguiendo los patrones establecidos por Heródoto para el Nilo (L. Pearson, 1966: 119), y la explicación de las causas de sus periódicos desbordamientos, que son análogas –opina Nearco– a las que provocan las crecidas del Nilo, esto es, las lluvias estivales (*FGrHist* 133 F 20). Uno de los fragmentos más alabados es el que relata, de forma emotiva y con reminiscencias homéricas (de la llegada de Odiseo a la isla de los feacios), su encuentro en Carmania con Alejandro (*FGrHist* 133 F 1; véase texto 41), quien ya daba por perdida la flota. Éstas son las palabras finales del relato de un heroico Nearco, tal como nos las transmite Arriano:

> Una vez terminada la ceremonia, le dijo Alejandro a Nearco: (4) "A ti, Nearco, no te quiero volver a exponer a ningún peligro ni sufrimiento nuevo y, por ello, será otro quien se ponga al frente de la flota a partir de este momento hasta que ésta llegue a Susa".
>
> (5) Nearco, sin embargo, le interrumpió y le dijo: "Señor, en todo quiero yo manifestarte mi obediencia como debe ser; pero si quieres mostrarte agradecido conmigo, no hagas eso; antes bien, déjame al frente de la flota hasta rendir viaje completo en Susa con tus naves sanas y salvas. (6) No seas de esos que habiéndome asignado las tareas más arduas y difíciles me prives de lo que a continuación viene, que no es otra cosa que lo más fácil y lo que va acompañado de la mayor fama, para que ésta pase a manos de otro" (Arriano, *India* 36, 4-6).

El pasaje ha servido también para ilustrar la imagen, ciertamente positiva, que Nearco ofrece en su obra de un Alejandro entre héroe y hombre, movido por el deseo (*póthos*) de lograr hazañas cada vez más extraordinarias y, a la vez, sensible y preocupado por la salud y el bienestar de su ejército, rasgos estos que suelen ser obviados por el resto de historiadores. Contrasta, al menos, con el relato de Ptolomeo, que transcribe Arriano, quien en ese mismo punto de la historia de Alejandro nos presenta al jefe impasible que acaba de imponer a los sátrapas y gobernadores un riguroso castigo por haberse sobrepasado en sus atribuciones (Arriano, *Anábasis* VI 27, 4).

La fuente básica de Nearco era, obviamente, su propia experiencia y observación (*ópsis*), aunque, a la manera de Heródoto, también daba cabida en su obra a los relatos oídos a otros (*akoé*), como, por ejemplo, las leyendas sobre la isla encantada de los ictiófagos, que nuestro autor refutó (Arriano, *India* 31). Es muy probable que el cretense hubiera leído los libros sobre la India de Ctesias de Cnido, pues las citas que de ellos ofrece Arriano tienen el aspecto de proceder de la obra de Nearco (Pédech, 1984: 166). No se puede saber si conoció

el *Periplo* de Escílax de Carianda, quien, por orden de Darío, había también realizado un viaje de exploración que descendió por el Indo y llegó hasta las costas arábigas; un trayecto bastante parecido, por lo tanto, al que realizó la flota de Nearco. En el *Paráplous* aflora, al menos, el estilo conciso típico de esa literatura de periplos, que había vuelto a cobrar auge en la época. Pero también se ha apuntado la influencia literaria de Heródoto (en la descripción del Indo, de la fauna de la India, etc.) e, incluso, se han encontrado huellas de la *Odisea* (véase texto 41); no en vano su expedición había sido un viaje de regreso tan repleto de riesgos como el que protagonizó el hijo de Laertes (L. Pearson, 1966: 131-135). Este prurito literario y aquella combinación de periplo, historia y memoria personal de viaje que es el *Paráplous*, unido al interés científico de sus informaciones, convierten a Nearco en uno de los más originales de los historiadores de Alejandro.

10.1.5. Onesícrito de Astipalea

Onesícrito de Astipalea nació hacia el 370-365 a. C. y fue discípulo en Atenas del filósofo cínico Diógenes de Sínope (*FGrHist* 134, T 1-3). Formó parte del grupo de filósofos y escritores que acompañó a Alejandro en su expedición. Una de las misiones que le encomendó el macedonio fue la visita a los "sabios desnudos" (*gymnosophistaí*) de la India para informarse de su doctrina (326 a. C.; *FGrHist* 134, F 17). Por sus conocimientos navales, se incorporó a la flota, confiada a Nearco por Alejandro, que había de llevar las tropas de regreso a Babilonia (326 a. C.). Él era el timonel de la nave real (*FGrHist* 134, T 4); pero las relaciones de Onesícrito y Nearco no debían de ser demasiado cordiales. Arriano da cuenta varias veces de la rivalidad que existía entre ellos (*Anábasis* VI 2, 3 = *FGrHist* 134, F 27). Se ha pensado, incluso, que Nearco escribió su obra para contradecir las informaciones del de Astipalea. Ambos, no obstante, nos cuenta Arriano, recibieron en Susa el reconocimiento de Alejandro por el éxito de la expedición (*Anábasis* VII 5, 6).

La obra que escribió sobre el rey macedonio es citada con el curioso título de *Cómo fue educado Alejandro* (*Pòs Aléxandros ékhthe*), que Diógenes Laercio (*FGrHist* 134, T 1) considera una imitación de la *Ciropedia* (*Educación de Ciro*) de Jenofonte. Es, probablemente, el único de los historiadores de Alejandro que escribió sobre su educación y, por ello, debió de constituir una fuente importante para los años de infancia y juventud de la *Vida de Alejandro* de Plutarco.

No son muchos los fragmentos conservados (treinta y nueve en la colección de Jacoby); ninguno se refiere específicamente a la educación de Alejandro, pero,

en general, resulta un retrato favorable por completo del macedonio, aunque de un carácter distinto al presentado por el resto de los historiadores: Alejandro aparece como un filósofo en armas. Uno de los pasajes más significativos al respecto es aquel en que Onesícrito resume, con la mente de un filósofo cínico –se ha dicho–, las doctrinas de los sabios indios Calano (degeneración y regeneración cíclica de la raza humana) y Mandanis ("la mejor doctrina es la que suprime el placer y la pena del alma"), que él ha visitado en Taxila enviado por Alejandro, e, indirectamente, presenta al macedonio como un rey sabio y civilizador, que usa el poder para imponer al mundo, por la persuasión de las palabras o por la fuerza de las armas, los principios de la filosofía y las ventajas de la civilización griega (*FGrHist* 134, F 17). Entre los fragmentos de Aristóbulo figura también una descripción del encuentro, pero nada hay en ella de filosofías ni de reyes filósofos (*FGrHist* 139, F 17). La campaña asiática sería, a los ojos de Onesícrito, una empresa trascendente, enfocada al conocimiento y a la concordia entre los pueblos y que no tiene nada de la misión de venganza panhelénica que dibujaba Calístenes. Es significativo que, entre los fragmentos conservados, no haya más que algunas alusiones a las acciones militares de Alejandro (la batalla con el indio Poro; *FGrHist* 134, F 19-20), mientras que son frecuentes los que confirman sus cualidades de rey civilizador: Alejandro, por ejemplo, abolió, según Onesícrito, la costumbre de los bactrios de echar en vida a ancianos y enfermos a perros amaestrados para que los devoraran (*FGrHist* 134, F 5).

La mayoría de los acontecimientos que refiere enmarcados en la expedición de Asia debían de proceder de su propia experiencia. Él mismo se pone en el centro de algunos de ellos, como el ya citado de la visita a los "sabios desnudos" de la India (*FGrHist* 134, F 17) y el del viaje de regreso por el Indo y el golfo Pérsico en compañía de Nearco (*FGrHist* 134, F 26-28). Pero otros muchos episodios debieron de ser fruto de su propia imaginación o credulidad; parece que él inventó el supuesto encuentro de Alejandro con la reina de las amazonas, que deseaba tener un hijo con el macedonio (*FGrHist* 134, F 17); un encuentro, por lo tanto, pacífico, a diferencia del que tuvieron con ellas los míticos Heracles y Aquiles, y una prueba más de la política de concordia del macedonio. Hasta el país del indio Musicano, que él pudo conocer porque contra este personaje luchó Alejandro, está descrito de forma idealista y con rasgos utópicos (exuberancia de la región, ausencia de diferencias sociales y de conflictos, desconocimiento de la guerra, salubridad, longevidad, etc., *FGrHist* 134, F 22-25), en la misma línea que la Merópide de Teopompo (véase epígrafe 7.2.3 y texto 30) o el país de los Hiperbóreos de Hecateo de Abdera (véase epígrafe 10.2.2). Algunos de los fragmentos que nos han llegado de Aristóbulo son precisamente un desmentido de estas descripciones de nuestro autor (*FGrHist* 139, F 36-39). Ese carácter fantasioso de algunas de sus historias ha restado credibilidad a Onesícrito

entre los autores posteriores. Estrabón, por ejemplo, escribe: "Todos los historiadores de Alejandro han preferido lo maravilloso a lo verdadero, pero Onesícrito parece haberlos superado a todos por sus ansias de sensacionalismo" (XV 1, 28 = *FGrHist* 134, T 10). Aulo Gelio, en el siglo II, cuenta que en Brindisi vio varias obras de autores griegos, la de Onesícrito y Ctesias entre ellas, llenas de relatos maravillosos y de fábulas que no merecían credibilidad alguna (*FGrHist* 134, T 12), un testimonio que sirve, al menos, para comprobar que, después de cinco siglos, todavía se podía leer. Modernamente, se tiende a valorar a Onesícrito más como filósofo que como historiador. Su obra, en la estela de la *Ciropedia,* a medio camino entre la biografía encomiástica, la historia y la utopía, presenta un sesgo filosófico de corte cínico y ha contribuido a difundir el carácter "mesiánico" de Alejandro y de su expedición.

10.1.6. Marsias de Pela

Marsias de Pela fue, según la *Suda,* hermano de Antígono Monoftalmo y se educó junto a Alejandro (*FGrHist* 135, T 1). Pertenecía, así pues, a la aristocracia macedonia y debió de participar en la expedición asiática.

Se le atribuye una *Historia de Macedonia* (*Makedoniká*), en diez libros, "que comenzaba con el primer rey de Macedonia y llegaba hasta la expedición de Alejandro el hijo de Filipo contra Siria después de la fundación de Alejandría" (331 a. C.; *FGrHist* 135, T 1). Un único fragmento seguro –una referencia toponímica de Harpocración– se adscribe a esta obra y una veintena más –de parecida trascendencia– puede pertenecer bien a esta obra bien a una homónima atribuida a un tal Marsias el Joven (*FGrHist* 136). También escribió otra obra que se cita con el título de *La educación de Alejandro* (*Alexándrou agogé*), de la que se conservan dos fragmentos –igualmente referencias toponímicas de Harpocración–, que, supuestamente, sería una réplica a la obra de Onesícrito: frente al Alejandro rey filósofo cínico, Marsias presentaría la figura de un rey investido con los rasgos ancestrales de un macedonio.

10.1.7. Clitarco de Alejandría

Clitarco era hijo del historiador Dinón, autor de una *Historia de Persia* (FGrHist 137, T 2); de su vida, que debió de transcurrir en la Alejandría de Ptolomeo I Sóter (367-283 a. C.; FGrHist 137, T 12), no sabemos nada.

Frente al resto de historiadores de Alejandro citados, Clitarco no participó en la campaña asiática. Así que su obra, *Historias sobre Alejandro* (*Perì Alexándrou historíai*), que narraba en doce libros las hazañas de Alejandro desde su acceso al trono de Macedonia hasta su muerte, se basaba en fuentes indirectas, en especial en las obras de Calístenes, Nearco y Onesícrito. Se publicó, probablemente, hacia el año 300 a. C. (Jacoby); esto es, antes que las *Historias* de Ptolomeo y de Aristóbulo (Pearson propone el 260 a. C.) y debió de ser una de las historias de Alejandro más leídas en la antigüedad. Sólo se han conservado treinta y seis fragmentos, ninguno de contenido histórico, y la mayoría forma parte de digresiones e historias fabulosas. Clitarco atribuye, por ejemplo, el incendio del palacio de Persépolis a la influencia de la hetera ateniense Taida (*FGrHist* 137, F 11; la noticia procede de Ateneo y el episodio lo relata más extensamente Diodoro, XVII 106, 4) y también se hace eco del encuentro de Alejandro con Talestria, la reina de las amazonas, que recorrió los seis mil estadios que separan las Puertas Caspias de Hircania (aproximadamente 1.125 km) para concebir un hijo del macedonio (*FGrHist* 137, F 16) y de la existencia en la India de animales salvajes de proporciones gigantescas y de habilidades sorprendentes (*FGrHist* 137, F 18-22), relatos todos ellos sacados muy probablemente de la obra de Onesícrito. Su credibilidad entre los antiguos era, por ello, escasa. Estrabón se fía poco de él, como de casi todos los historiadores de Alejandro (XI 1, 5 = *FGrHist* 137, F 13). Cicerón dice que Clitarco reviste los acontecimientos de una forma retórica y trágica (*Bruto* 43 = *FGrHist* 137, F 34) y lo equipara a esos oradores que cuentan mentiras para hacer sus historias más agradables (*Bruto* 42 = *FGrHist* 137, T 7). Y Quintiliano sentencia: "El ingenio de Clitarco es apreciado, pero su fiabilidad está desacreditada" (X 1, 74 = *FGrHist* 137, T 6). Quizá por esa forma de hacer historia, su éxito y repercusión debió de ser enorme: es el historiador de Alejandro citado por más autores. Entre Éforo y Timágenes es el único historiador incluido en el canon de Quintiliano (X 1, 74). Se reconoce especialmente su presencia en el libro XVII de la *Biblioteca Histórica* de Diodoro, en la *Vida de Alejandro* de Plutarco y en la *Historia de Alejandro* de Quinto Curcio Rufo. Hasta Arriano, sin mencionarlo, debió de contar con su obra, que incluiría entre "esa infinidad de relatos, compilados por otros historiadores, que, por parecerme dignos de narrarse y no del todo increíbles, voy a transcribir sólo con valor de tradición [*tà legómena*]" (*Anábasis* I 1, 3).

A Clitarco se le considera el fundador de la historiografía novelada y fabulosa sobre Alejandro (la tradición llamada *Vulgata*), que se contrapone a la historiografía "oficial", fundada sobre conocimientos autópticos y documentos oficiales y de contenidos político-militares de la que son exponente las obras de Ptolomeo y Aristóbulo.

10.1.8. Ptolomeo Lago

Ptolomeo, hijo de Lago, no sólo es uno de los historiadores de Alejandro más importante, sino que también es un personaje histórico de relieve: él fue el fundador de la dinastía lágida de Egipto. Había nacido en el año 367 a. C. y perteneció al círculo de los amigos íntimos de Alejandro. Con el rey se embarcó en la campaña contra Asia y en el año 330 a. C. fue nombrado su "guardia de cuerpo" (*somatophylax*). Recibió de Alejandro el encargo de misiones delicadas, como la captura de Beso, verdugo de Darío III, (329 a. C.) o la expedición contra la Bactriana a la vuelta de la India (327 a. C.). Tras la muerte de Alejandro obtuvo en el reparto de su legado la satrapía de Egipto, que transformó en reino autónomo en el año 305 a. C. Murió a la edad de ochenta y cuatro años en el 283 a. C.

A la historiografía se dedicó ya en la vejez, después de recibir el título de rey, pero desconocemos el título y la extensión en libros de la obra que escribió. Arriano es prácticamente el único autor que nos suministra información sobre sus contenidos. La mayoría de los fragmentos que nos han llegado (treinta y cuatro en la edición de Jacoby) proceden, en efecto, de la *Anábasis de Alejandro* del historiador de Nicomedia. La *Historia* de Ptolomeo (junto con la de Aristóbulo) fue una de las fuentes principales de Arriano; pues, según afirma el propio Arriano en el prólogo de su *Anábasis* (I 2 = *FGrHist* 138, T 1), "Ptolomeo y Aristóbulo son los más dignos de crédito; Aristóbulo por haber acompañado en la expedición al rey Alejandro; Ptolomeo, además de haberlo acompañado, porque mentir habría sido para él, por ser rey, más vergonzoso que para ningún otro. Por otra parte, como Alejandro ya había muerto cuando uno y otro escribieron, ambos estaban por igual al margen de hacerlo de modo distinto a como los hechos ocurrieron, por no estar cohibidos ni esperar de él recompensa alguna".

La obra de Ptolomeo debía de narrar acontecimientos fundamentalmente militares de la campaña asiática de Alejandro. No parece que dedicara mucho espacio a digresiones geográficas o etnográficas y nada en absoluto a esas historias fabulosas que tanto gustaban a Onesícrito o Clitarco. De hecho, se piensa que Ptolomeo escribió por reacción a la imagen un tanto novelera que se había difundido de Alejandro y de su expedición y con el propósito de ofrecer un relato objetivo y sobrio de la conquista de Asia. Se sirvió, para ello, de sus propios recuerdos como protagonista que fue de muchas de las acciones narradas, y, para los acontecimientos que él no presenció, es probable que utilizara las *Efemérides reales* o diarios oficiales de las campañas. Por los detalles que añade al relato, es perceptible, en efecto, cuándo un hecho ha sido presenciado por Ptolomeo, que siempre destaca los aspectos militares del suceso y, si es el caso, su papel en la acción. Son ilustrativos la captura y conducción de Beso

ante Alejandro (*FGrHist* 138, F 14), que Aristóbulo atribuye propiamente a los hombres de Epistámenes y Datafernes (*FGrHist* 139, F 24); la campaña contra los aspasios en la India (*FGrHist* 138, F 18; véase texto 42) o la batalla del Hidaspes contra Poro (*FGrHist* 138, F 20). Pero no todo en la obra de Ptolomeo debía de tener un estilo tan sobrio como el que aparentan esas memorias de batallas. Hay episodios narrados con especial dramatismo y altas dosis de sensacionalismo, como el asalto a la ciudadela de los malios y su posterior masacre, en que "el propio Alejandro resultó herido en el pecho, encima de la tetilla, por una flecha que le atravesó la coraza, de suerte que, según cuenta Ptolomeo, espiraba por la herida aire mezclado con sangre" (*FGrHist* 138, F 25); o el momento en que, tras la batalla de Iso, se muestra a un Alejandro clemente y preocupado por la madre, la mujer y los hijos de Darío:

> La noche en que Alejandro regresó de perseguir a Darío, se acercó a la tienda de Darío, que había sido reservada para su uso personal, y escuchó lamento de mujeres y otros lastimeros gritos muy cerca de la tienda. Preguntó entonces quiénes eran aquellas mujeres y cómo estaban acampadas allí tan cerca; y uno contestó: "Rey, son la madre, la mujer y los hijos de Darío, que, al anunciárseles que posees el arco de Darío y su manto real y el escudo que fue recogido después, lloran por Darío que creen muerto". Al oír estas palabras, Alejandro envió a Leónato, uno de los Compañeros, con el encargo de que les dijera que Darío estaba vivo y que Alejandro sólo tenía en su poder sus armas y su manto, que Darío había abandonado en su carro al huir. Leónato se acercó a la tienda y les contó las noticias acerca de Darío y que Alejandro les concedía las atenciones propias de su realeza y sus atributos, a más del tratamiento regio, pues su enfrentamiento con Darío no se debía a enemistad personal, sino que habían combatido en toda regla por el control de Asia (*FGrHist* 138, F 7).

La campaña contra Asia aparece como una empresa de conquista de los macedonios y no tiene el carácter de venganza panhelénica que le otorgaba el griego Calístenes, un personaje por quien Ptolomeo no debía de sentir mucha simpatía (es uno de los testimonios que le acusó de haber instigado aquella conjura de los pajes que le valió su condena a muerte; *FGrHist* 138, F 16). Alejandro no es, por lo tanto, el heroico guía de los helenos enviado por Zeus, como quería el olintio, ni tampoco el rey filósofo deseoso de difundir la civilización griega, como pretendía Onesícrito, sino un soldado infatigable y un estratega calculador y genial, atento a sus deberes religiosos, generoso en la recompensa, riguroso en el castigo y clemente con los vencidos. Esta tendencia a subestimar el papel de los griegos, a silenciar los aspectos menos sobresalientes del carácter de Alejandro y a obviar los aspectos más crueles de la conquista ha llevado a Pédech (1984: 329) a redimensionar la objetividad del testimonio

de Ptolomeo, tan estimada por Arriano y, a partir del de Nicomedia, por la mayoría de los críticos modernos. Se ha considerado incluso que el relieve que da a sus propias actuaciones en detrimento de las de otros generales (véase texto 42) evidencia el verdadero propósito de Ptolomeo, que habría escrito su obra no para contar los hechos de Alejandro, sino los suyos propios con un fin propagandístico en el momento de las luchas entre sus sucesores.

En cualquier caso, Ptolomeo es el representante de la "historia oficial" de la campaña y, como no podía ser de otra manera, su versión no puede ser más que la de un general macedonio, amigo y leal compañero de Alejandro. Quizá sea por eso por lo que su *Historia* no tuvo entre griegos y romanos el éxito de otras *Historias de* Alejandro. Plutarco, por ejemplo, lo menciona en un par de ocasiones (*FGrHist* 138, F 4 y 29a); Estrabón lo cita una sola vez (*FGrHist* 138, F 2), al igual que Quinto Curcio (*FGrHist* 138, F 26b), y Plinio, de pasada (*FGrHist* 138, T 2). Su obra sólo fue rescatada, en última instancia, por un apasionado de la objetividad y la sobriedad como fue Arriano, quien lo sigue muchas veces más de las que lo cita por su nombre.

10.1.9. Aristóbulo de Casandrea

Aristóbulo era natural de la Fócide, pero se hizo ciudadano de Casandrea de Macedonia (ciudad fundada en el año 316 a. C.). Formó parte del grupo de técnicos que acompañó a Alejandro durante su expedición asiática. Junto al rey se le menciona en la visita a la tumba de Ciro en Pasargada, de la que realizó una célebre descripción (*FGrHist* 139, F 51). Él fue el encargado de restaurarla cuando, tras la conquista de Persia, Alejandro se la encontró destruida y profanada. También estuvo presente en la visita a los sabios de Taxila, que él llama brahmanes, el mismo episodio que contaba Onesícrito (*FGrHist* 134, F 17); pero el relato que nos ofrece Aristóbulo no tiene el interés filosófico que tenía el de Onesícrito; es simplemente una descripción de sus aspectos y regímenes de vida (*FGrHist* 139, F 41-42).

Comenzó a escribir su obra sobre Alejandro, cuyo título y dimensión se desconocen, a los ochenta y cuatro años (*FGrHist* 139, T3) y la publicó hacia el año 290 a. C., cuando ya había aparecido la mayor parte de las historias sobre el macedonio. Así que, aparte de su propia experiencia como partícipe en los hechos que narra, pudo contar con esas otras obras que le precedieron y quizá también con las *Efemérides reales*. De hecho, como ha escrito a bastante distancia del momento en que se produjeron los acontecimientos, se le ha considerado más un compilador poco original de historias anteriores que una fuente

primaria; no se le puede restar originalidad, sin embargo, a quien apela para sustentar sus versiones de los hechos a su condición de testigo directo (*FGrHist* 139, F 20, 35, 38, 39, 61).

La historia de Aristóbulo cubría los hechos de Alejandro desde su acceso al trono de Macedonia (*FGrHist* 139, F 2) hasta su muerte (*FGrHist* 139, F 59 y 60). Pero, a diferencia de Ptolomeo, las acciones militares no debían de ser su punto fuerte: sólo tres de los sesenta y dos fragmentos atribuidos a la obra de Aristóbulo se refieren a batallas (*FGrHist* 139, F 17, 27, 43). Arriano, quien lo tiene como una de sus fuentes principales y más fiables (*Anábasis* I 1, 1), lo suele mencionar cuando añade a las detalladas narraciones de Ptolomeo noticias geográficas, etnográficas, zoológicas y botánicas, que son los contenidos que debían de abundar en el texto de Aristóbulo (*FGrHist* 139, F 23, 25, 28b, 49a, 55). Por esas informaciones, también fue un autor apreciado por Estrabón, que lo cita con frecuencia en su *Geografía* (*FGrHist* 139, F 9b, 19-20, 28a, 35-39, 41-42, 48, 49b, 51b, 56-57). Ese sesgo "científico" es la contribución más elogiada de nuestro historiador, además de su propensión a combatir los elementos fantasiosos, novelescos, retóricos o tendenciosamente negativos con los que la historiografía precedente había rodeado la figura de Alejandro. Entre los fragmentos de Aristóbulo, hay, ciertamente, numerosas discrepancias con otros historiadores de Alejandro: con Calístenes y Clitarco, por ejemplo, sobre las dificultades de la marcha hasta el oráculo de Amón (*FGrHist* 139, F 13-15), con Onesícrito sobre las características de los árboles del país de Musicano y la fauna del Indo (*FGrHist* 139, F 36-39) y, probablemente, con Efipo sobre el carácter beodo del rey macedonio: "los festines los prolongaba Alejandro no por beber, pues Alejandro no fue un gran bebedor, sino por su espíritu de camaradería con los Compañeros" (*FGrHist* 139, F 62).

Arriano apunta también divergencias entre los testimonios de Aristóbulo y Ptolomeo referidos a un mismo suceso (por ejemplo, el de los signos divinos que guiaron a Alejandro hasta la entrada del oráculo de Amón, *Anábasis* III 3, 5; o el de la muerte de Calístenes; *Anábasis* IV 14, 3), aunque es un asunto discutido si nuestro autor pudo o no conocer la obra de Ptolomeo, publicada más o menos por las mismas fechas.

Aristóbulo es, en fin, el único historiador que ha transmitido un desenlace distinto del famoso episodio del nudo gordiano:

> Estaba vaticinado que quien fuera capaz de soltar el nudo del yugo del carro gobernaría en toda el Asia. El nudo era de hilachas de cornejo, y parecía no tener principio ni fin. Alejandro, en vista de lo difícil que resultaba encontrar un modo de desatarlo y como, de otra parte, no podía consentir que quedara atado, no fuera a ser que ello influyera en el ánimo de sus

hombres, cercenó –según dicen– el nudo con un golpe de espada y exclamó: ¡Ya está desatado!

Aristóbulo, sin embargo, cuenta que Alejandro, desenganchando la clavija de la lanza del carro (se trataba de una estaquilla que atravesaba de parte a parte la lanza) sujetó simultáneamente el nudo hasta liberar el yugo de la lanza del carro (Arriano, *Anábasis* II 3, 6-7 = *FGrHist* 139, F 7).

Pero a pesar de su afán por restituir una imagen sobria y fiel del macedonio y de sus acciones, Luciano lo tiene entre los "aduladores" de Alejandro (*Cómo se debe escribir la historia* 12 = *FGrHist* 139, T 4). En efecto, en las situaciones complicadas, como la muerte de Clito (*FGrHist* 139, F 29) o la de Calístenes (*FGrHist* 139, F 31-33), nuestro historiador se ajusta a la versión más favorable al rey y hay ocasiones en que los hechos se han modificado en provecho de Alejandro (*FGrHist* 139, F 26-27). En general, el Alejandro de Aristóbulo es un soberano piadoso, protegido de los dioses, amante de la compañía y en absoluto despótico, cruel o degenerado por la bebida y los placeres. Su expedición a Asia no es tanto una campaña de conquista militar como una gran empresa histórica, cultural y científica. Ése es el panorama que el historiador de Casandrea quería dejar trazado en su obra que, a juzgar por el número de autores que la citan, debió de tener un éxito algo mayor que la de Ptolomeo, su concurrente directo, a ojos de Arriano, en la historiografía "oficial", sobria y veraz sobre Alejandro.

10.1.10. Efemérides reales *e* Hypomnémata

Efemérides reales constituye una especie de diario con apuntes de la expedición asiática de Alejandro. Se atribuye por Ateneo (*FGrHist* 117, T 1) a Éumenes de Cardia y Diódoto de Eritra, oficiales cercanos al rey, aunque hay quien la considera una obra espuria de época tardía (L. Pearson), porque sus contenidos, relativos a los hábitos personales del monarca y a sus días finales, no parecen muy apropiados para unos diarios oficiales de campaña.

Se nos han conservado tres únicos fragmentos de estas *Efemérides*. El primero contiene una referencia pasajera a las aficiones cinegéticas de Alejandro (*FGrHist* 117, F 1), el segundo cuenta los días del mes que Alejandro gastaba en beber y, como consecuencia de la ebriedad, pasaba luego durmiendo (*FGrHist* 117, F 2); y el tercero, el más largo, que nos ha llegado por mediación de Plutarco y de Arriano, atañe a la enfermedad del rey y a sus últimos días de vida (*FGrHist* 117, F 3).

Este diario, de ser auténtico, carece de pretensiones literarias y su valor fundamental estriba en que pudo ser una fuente importante de datos para los historiadores de Alejandro. Se discute, en efecto, si Aristóbulo y Ptolomeo Lago utilizaron esos apuntes en sus obras y si Arriano, que es quien las denomina "Efemérides de las actividades reales" (*Anábasis de Alejandro* VII 25, 1), los llegó a conocer directa o indirectamente a través de los historiadores citados.

Los *Hypomnémata*, exclusivamente mencionados por Diodoro (XVIII 4) y también considerados por algunos críticos como espurios por megalómanos e irreales (Pearson), registrarían los proyectos futuros de Alejandro. Según Diodoro, habría sido Perdicas el encargado de exponer esos proyectos ante los soldados macedonios. Se citan entre esos proyectos el intercambio de población entre Europa y Asia, la construcción de mil naves para conquistar Occidente, el trazado de una vía de comunicación a lo largo de la costa septentrional de África y la construcción de seis templos en diversos lugares del imperio.

Si estos *Hypomnémata* son genuinos, estaríamos ante un documento de enorme importancia histórica, pues darían testimonio directo de la política de fusión de pueblos proyectada por Alejandro y de sus planes para dominar no sólo Oriente, sino también Occidente. Pero es bastante probable que pertenezcan a la gran cantidad de relatos falseados sobre el macedonio, pues no hay noticia de dichos planes en ninguno de los historiadores de Alejandro. Arriano los menciona en el grupo de las "cosas que se cuentan" (*legómena*) y alberga dudas acerca de la veracidad de los mismos, aunque reconoce que Alejandro "no iba a quedarse satisfecho con nada de lo que ya tenía, ni siquiera en el caso de que hubiera anexionado Asia entera y las Islas Británicas a Europa, pues su espíritu le impulsaría a ir en busca de lo desconocido, rivalizando, si no con nadie ya, él consigo mismo" (*Anábasis* VII 1, 4).

10.2. Historiadores de los Diádocos

Tras la muerte de Alejandro, sus generales más importantes (Perdicas, Antípatro, Antígono, Ptolomeo y Lisímaco) lucharon entre sí para hacerse con el poder que, en primera instancia, había sido entregado por el rey a Perdicas. Esas complejas guerras sucesorias, que duraron cerca de cuarenta y dos años (hasta la batalla de Curupedio en el 281 a. C.) y las historias de los territorios que resultaron del reparto del imperio de Alejandro y que conformaron los reinos helenísticos de los llamados "Diádocos" ("sucesores") fueron el objetivo de los historiadores ligados a las respectivas cortes de los nuevos monarcas y de sus

dinastías: Antígono en Macedonia, Ptolomeo en Egipto y Seleuco en Asia (véase, en general, J. Seibert, 1983 y A. B. Bosworth, 2002).

Los más representativos son Duris de Samos (*FGrHist* 76), Filarco (*FGrHist* 81) y Jerónimo de Cardia (*FGrHist* 154), como autores de historias monográficas sobre los Diádocos; y Hecateo de Abdera (*FGrHist* 264), Agatárquides de Cnido (*FGrHist* 86), Manetón de Sebennito (*FGrHist* 609), Beroso de Babilonia (*FGrHist* 680) y Megástenes (*FGrHist* 715), como autores de historias de los territorios ocupados por los nuevos reinos. A ellos se ha de añadir Fabio Píctor (*FGrHist* 809), un romano que, en el siglo III a. C., pretendió mostrar a los griegos una historia completa y fidedigna de Roma, una ciudad que empezaba a tener influencia en los asuntos de Grecia y del mundo.

Puesto que de Duris, de Filarco y de Agatárquides ya se ha hablado en el epígrafe sobre la historiografía trágica, dediquemos ahora algunas palabras al resto de los historiadores citados.

10.2.1. Jerónimo de Cardia

Jerónimo nació en torno al año 360 a. C., en Cardia, una ciudad situada en el Helesponto, y perteneció al círculo de Éumenes, también de Cardia (*FGrHist* 154, T 3-4), uno de los secretarios reales a los que se atribuye la redacción de las *Efemérides* (véase epígrafe 10.1.10). En el año 320 a. C. encabezó una embajada enviada a Antípatro por Antígono Monoftalmo y, tras la muerte de Éumenes (316 a. C.), se incorporó como alto funcionario a la corte del Monoftalmo (*FGrHist* 154, T 5). Con él tomó parte en la batalla de Ipso contra Seleuco y Lisímaco (301 a. C.; *FGrHist* 154, T 7) y, tras su muerte, permaneció fiel a la dinastía antigónida bajo Demetrio Poliorcetes, que en el año 291 a. C. le nombró gobernador de Beocia (*FGrHist* 154, T 8), y también bajo Antígono Gonatas (*FGrHist* 154, T 11). Según una noticia transmitida por Agatárquides de Cnido (*FGrHist* 86, F 4) murió en plena salud mental y física a la edad de ciento cuatro años (sobre Jerónimo puede verse la monografía de J. Hornblower, 1981).

Es nuestro autor, por lo tanto, otro hombre de acción metido a historiador. El léxico de la *Suda* menciona su obra con el título genérico de *Sucesos después de Alejandro* (*FGrHist* 154, T 1); Diodoro la titula *Historia de los Diádocos* (XVIII 42, 1 = *FGrHist* 154, T 3), y en algunos fragmentos se cita simplemente como *Historias*. Comprendía el período que va desde la muerte de Alejandro (323 a. C.; *FGrHist* 154, F 2) hasta la muerte de Pirro (272 a. C.; *FGrHist* 154, F 15). La obra, pues, narraba acontecimientos estrictamente contemporáneos y habría sido escrita bajo el reinado de los primeros antigónidas, partiendo,

fundamentalmente, de sus propias experiencias, como testigo presencial que fue de muchos de esos acontecimientos, y de documentos e informes oficiales que pudo conocer por su cercanía a la corte real.

Sólo nos han llegado dieciocho fragmentos seguros de la obra del historiador de Cardia, que son de escasa entidad y, por sí mismos, no nos permiten conocer ni sus contenidos ni su estructura. Los fragmentos más interesantes proceden de Plutarco, que lo cita en su *Vida de Pirro* porque ofrece datos numéricos y detalles sobre las batallas de Pirro distintos a las de otros historiadores (*FGrHist* 154, F 11, 12, 14), y de la *Geografía* de Estrabón, relativos a Corinto, a Tesalia y a Creta (*FGrHist* 154, F 16, 17, 18).

Pero la repercusión de la obra de Jerónimo fue mayor que la que se puede suponer a partir de ese escaso número de fragmentos. Fue utilizado por Diodoro en la composición de los libros XVIII a XX de su *Biblioteca Histórica* (se discute, no obstante, si Diodoro lo leyó directamente o a través de otro autor) y por Plutarco, aparte de en la citada *Vida de Pirro,* en la *Vida de Éumenes* y en la *Vida de Demetrio*. Los testimonios citados se han tomado, precisamente, como guía para reconstruir y valorar los contenidos de la obra de Jerónimo. Parece que nuestro historiador se preocupó por narrar los acontecimientos de forma desapasionada y rigurosa. Sería su reacción contra Duris de Samos, quien en su *Historia de Macedonia* habría tergiversado los hechos de la época de los Diádocos en aras de conseguir la mayor emotividad en el público, cuando no lo hizo en su propio beneficio político (véase epígrafe 9.1.3). Con todo, Jerónimo no narraba exclusivamente hechos políticos y militares. En su obra daba cabida a digresiones que no sólo ofrecían el trasfondo pertinente para la mejor comprensión de esos hechos, sino que también enriquecían y restaban austeridad al relato e, incluso, llevaban implícitos mensajes de carácter moral o político (Bosworth, 2002: 173). El lector se podía encontrar, en efecto, con minuciosas descripciones de las regiones donde transcurrían los acontecimientos (como la que resume escuetamente Diodoro en XVIII 5, que debía constituir un auténtico informe preliminar sobre la estructura territorial y administrativa del imperio dejado por Alejandro), de construcciones y monumentos artísticos (como la celebrada del carruaje funerario que transportaba el cuerpo de Alejandro, recogida ampliamente por Diodoro XVIII 26, 3-28, 1, mencionada también por Ateneo, V 40 = *FGrHist* 154, F 2), de ritos (como las exequias del príncipe indio Ceteo, en Diodoro XIX 34, con la inmolación de la esposa viuda en la pira), de costumbres de pueblos exóticos (como la de los árabes nabateos, en Diodoro XIX 94) o de orígenes de ciudades (como la alabada por Dionisio de Halicarnaso, *Historia antigua de Roma* I 5, 4 = *FGrHist* 154, F 13, de la "arqueología" o historia antigua de Roma, que afirma que esto se hace aquí por primera vez con el rigor debido en la historiografía griega).

La imparcialidad de Jerónimo se puso en duda, no obstante, por Pausanias (I 9, 8 y 13, 7) que le achacaba su excesiva hostilidad contra los Diádocos con excepción de Antígono Gonatas, con quien, por el contrario, mostraba una complacencia injustificada. En la *Vida de Pirro* (27, 8) de Plutarco hay también una mención explícita al cardiano en un relato de clara tendencia filo-antigónida. El excurso sobre la historia antigua de Tebas, recogido por Diodoro (XIX 53, 3-8), se ha interpretado, asimismo, en clave propagandística en favor de Demetrio, a quien se presentaría como un nuevo y magnánimo Cadmo. Pero, por otro lado, se ha dicho que Jerónimo no simpatizaba en exceso con las ansias imperialistas de los antigónidas y que la citada digresión sobre el régimen de vida de los nabateos, que sigue en Diodoro a la noticia de la decisión de Antígono de subyugarlos, representa la antítesis entre el imperialismo y la libertad; de los capítulos subsiguientes, que dan cuenta de los infructuosos ataques de Ateneo y de Demetrio contra ese pueblo, se extraería una lección moral: las agresiones imperialistas contra pueblos celosos de su libertad sólo pueden terminar en el desastre para el agresor, aunque también se ha visto en el episodio una autoexculpación del propio fracaso militar de Jerónimo, que habría participado en esas operaciones de conquista (Bosworth, 2002: 190-208).

En cualquier caso, se aprecia la labor historiográfica de Jerónimo de Cardia y se le considera, en general, un historiador fiable, atento a los hechos, dotado de gran intuición para las grandes cuestiones políticas y militares, pero también sensible a los múltiples detalles que rodean los hechos (efectivos militares de los ejércitos, aprovisionamiento, movimiento de tropas, disponibilidad económica). Su estilo, comparado con el de Duris de Samos, es sobrio y sencillo, y cercano, por ello, al estilo de la historiografía pragmática de Polibio. Como se comprueba por el testimonio de Diodoro, la obra de Jerónimo constituye, además, una fuente básica y fundamental para el conocimiento de la época de los primeros Diádocos.

10.2.2. Hecateo de Abdera

Hecateo de Abdera era discípulo del filósofo escéptico Pirrón y como filósofo lo cita el léxico de la *Suda* (*FGrHist* 264, T 1). De su vida tan sólo sabemos, por Diodoro, que visitó como otros muchos griegos la Tebas egipcia bajo el reinado de Ptolomeo Lago (*FGrHist* 264, T 4). Así que le hemos de suponer en plena actividad intelectual por aquellos años (305-283 a. C.).

Se le atribuye una obra titulada *Sobre los Hiperbóreos* (*FGrHist* 264, T 6) de la que se nos han conservado ochos fragmentos (*FGrHist* 264, F 7-14). Pero

no parece una obra de carácter historiográfico, sino una de esas utopías etnográficas que abundarían en la época (piénsese en la famosísima Panquea de Evémero de Mesene; *FGrHist* 63), y que nosotros ya hemos encontrado a manera de digresiones en Teopompo (Merópide; véase epígrafe 7.2.3 y texto 30) o en Onesícrito (país de los musicanos; véase epígrafe 10.1.5). Los hiperbóreos constituyen, en efecto, un pueblo irreal que ya tiene tradición en la literatura griega como gente que vive feliz "más allá" (*hyper-*) de donde se origina el viento del norte (*Bóreas*). Eso se sitúa para Hecateo en una isla en el océano frente a los territorios de los celtas. Los rasgos con que se les describe son los habituales para estos pueblos utópicos y de los confines (gran fertilidad de sus tierras, pacíficos, justos, etc.) y, en este caso, se puntualiza que son muy devotos de Apolo y están muy familiarmente dispuestos para con los griegos y, principalmente, para con los atenienses y los delios (*FGrHist* 264, F 7).

Pero la obra por la que incluimos en este epígrafe a Hecateo de Abdera es *Historia de Egipto* (*Aigyptiaká*), que es la segunda síntesis completa conocida de la historia de Egipto después del segundo libro de las *Historias* de Heródoto (véase epígrafe 3.2.2). Tan sólo tenemos seis fragmentos de ella, referidos a cuestiones religiosas (*FGrHist* 264, F 1-6), pero se le considera una de las fuentes principales de los capítulos dedicados a Egipto por Diodoro (I 10-98 = *FGrHist* 264, F 25) y, a partir del texto del siciliano, se han reconstruido sus contenidos y su carácter.

La obra estaría articulada en cuatro partes. La primera trataba de asuntos cosmológicos y de teología egipcia, donde el mayor espacio se dedica a la historia de la pareja Isis-Osiris, dioses fundadores de ciudades y civilizadores elevados al máximo rango divino, como correspondía a la época de los Ptolomeos, y a fundamentar el origen egipcio de Belo, Dánao o Erecteo, que habrían sido antiguos colonizadores egipcios de Babilonia, Argos y Atenas respectivamente (Diodoro, I 10-29). Siguen una rigurosa descripción geográfica de Egipto, incluida la discusión acerca de las fuentes y de las crecidas del Nilo (Diodoro, I 30-41), y una parte dedicada a los reyes que gobernaron Egipto después de los dioses y hasta el popular Amasis (525 a. C.). El relato está salpicado de anécdotas y leyendas, y refiere, sobre todo, las acciones civilizadoras y las construcciones de estos reyes, que no son los mismos que los mencionados por Heródoto (Diodoro, I 42-68). La última parte es de carácter etnográfico y ofrece una exposición de las costumbres, régimen de vida e instituciones de los egipcios. Diodoro-Hecateo hace hincapié en el influjo de Egipto en Grecia, citando a personajes griegos (Orfeo, Homero, Pitágoras, Solón) que visitaron el país del Nilo atraídos por el esplendor y la antigüedad de su cultura (Diodoro, I 69-98).

Con las debidas reservas, pues no siempre es fácil deslindar en la *Biblioteca Histórica* lo que procede de las fuentes de lo que es del propio Diodoro, el

rasgo principal que se desprende de la obra de Hecateo de Abdera es la visión positiva e idealizada de Egipto, que sería el lugar de origen de todas las culturas, incluida la griega. Sus instituciones aparecen como el modelo ideal de una monarquía moderada, que promueve el bienestar y la felicidad de los súbditos. Aunque la forma es la de una obra historiográfica, el contenido revela una fuerte impronta filosófico-pedagógica, que enseña, se ha dicho, la conexión entre la tradición faraónica y la greco-macedonia con el objetivo de establecer la base justificativa del nuevo reino de Ptolomeo, aconsejando, de paso, al monarca el mejor régimen de gobierno.

10.2.3. Manetón de Sebennito

De Manetón (o Maneto; el nombre presenta algunas variantes en la tradición) tan sólo sabemos que era egipcio de Sebennito, una ciudad en el delta del Nilo, y que, en el tiempo de los dos primeros Ptolomeos (primera mitad del siglo III a. C.), fue gran sacerdote en Heliópolis (sobre este autor puede verse G. P. Verbrugghe-J. M. Wickersham, 1996, que incluye una traducción al inglés de los fragmentos conservados de Beroso y Manetón). Según Plutarco (*Isis y Osiris* 28 = *FGrHist* 609, T 3), desempeñó un papel importante en la difusión del culto a Sérapis, que fue una reinvención grecomacedonia del antiguo culto egipcio a Osiris-Apis.

Egipcio como era, escribió en griego con el propósito, al parecer, de enseñar a los nuevos gobernantes de su patria la religión y la verdadera historia de los egipcios. Se le atribuyen, en efecto, algunas obras que, por sus títulos, debían de tratar sobre asuntos religiosos: *El libro sagrado* (*FGrHist* 609, T 9), *Sobre antigüedad y religión* (*FGrHist* 609, F 14), *Sobre festividades* (*FGrHist* 609, F 15) y *Sobre la preparación del kyphi* (*FGrHist* 609, F 16). También se menciona con su nombre el *Resumen de Física* (*FGrHist* 609, F 17) y el espurio *Libro de Sotis* (*FGrHist* 609, F 25-28), un epítome tardío de la *Historia de Egipto*.

Pero la obra que más ha trascendido es su *Historia de Egipto* (*Aigyptiaká*), en tres libros, que probablemente escribió a instancias de Ptolomeo II Filadelfo, el monarca al que le fue dedicada (*FGrHist* 609, T 11c). Si la noticia de la dedicatoria es cierta, la publicación de la obra habría tenido lugar entre los años 283-246 a. C., los años en que reinó el Filadelfo. Según el testimonio de Flavio Josefo (*FGrHist* 609, F 1), Manetón pretendía refutar las falsas noticias difundidas por Heródoto acerca de Egipto (a nuestro autor se le atribuye un escrito titulado *Contra Heródoto, FGrHist* 609, F 13, que seguramente es una parte de *Aigyptiaká*) y, quizá, también conocía ya la imagen utópica difundida por los

Aigyptiaká de Hecateo. El egipcio fundaba su mayor fiabilidad frente a Heródoto en el hecho de haberse basado en documentos originales de los archivos sacerdotales y en registros de la tradición oral egipcia (*FGrHist* 609, T 7). Y, ciertamente, en los textos que nos han llegado se observan discrepancias con Heródoto tanto en el número de reyes como en la transcripción de sus nombres al griego. Sin embargo, no parece que la *Historia de Egipto* de Manetón tuviera mucho éxito. En primer lugar, interesó, a juzgar por los fragmentos conservados, al apologista e historiador judío Flavio Josefo (siglo I), que encuentra en ella pasajes referentes a los judíos y la utiliza, unas veces, para probar la mayor antigüedad de su pueblo y de sus instituciones con respecto a la de los griegos, su gran obsesión (*Contra Apión* I, 93); pero, en otras ocasiones, para refutar sus informaciones, que –afirma Josefo– no proceden en esos casos de los archivos sagrados, sino de mitos y habladurías (*Contra Apión* I, 229). Luego, son los cronógrafos cristianos Eusebio de Cesarea (siglo IV) y Jorge Sincelo (siglo VIII-IX, que cita como fuentes al compilador Sexto Julio Africano, el apócrifo *Libro de Sotis* y al propio Eusebio) quienes se sirvieron de esta obra o, mejor, de epítomes de esta obra, como de la de Beroso de Babilonia (véase epígrafe 10.2.4), en sus crónicas universales.

Los fragmentos más amplios los ofrecen, efectivamente, Jorge Sincelo en su *Cronografía* (*FGrHist* 609, F 2) y Eusebio en su *Cronicón Greco-Armenio-Latino* (*FGrHist* 609, F 3). Sus citas tienen la forma de listas de reyes que conservarían la ordenación por "dinastías" (secuencias de reyes con un origen común) y la distribución en tres libros realizadas por el egipcio, que se corresponden, más o menos, con la conocida periodización de la historia de Egipto en Imperio Alto, Medio y Nuevo, respectivamente, dinastías 1-11, 12-19 y 20-30. La primera dinastía va precedida, a su vez, por el listado de dioses y semidioses que gobernaron en los tiempos predinásticos, desde Hefesto (helenización del Ptah egipcio), "el primer egipcio", hasta los "espíritus de la muerte", y a la última, que finaliza con el reinado de Nectanebo, se añade la dinastía de los soberanos persas desde Oco hasta Darío, "a quien mató Alejandro de Macedonia" (*FGrHist* 609, F 2). "Con las ciento trece generaciones consignadas entre los tres libros y las treinta [*sic*] dinastías" –escribe Sincelo– "el tiempo comprendido alcanzaba en total tres mil quinientos cincuenta y cinco años, dando comienzo en el año 1586 del mundo y finalizando en el año 5147 del mundo, esto es, quince años antes de que Alejandro de Macedonia conquistara el mundo" (*FGrHist* 609, T 11e). Los únicos datos que se anotan por Sincelo y Eusebio son el nombre del rey, la duración de su reinado y algún hecho particular referido escuetamente. En algún momento, se apuntan sincronías con asuntos de Grecia; para Thouoris (sexto rey de la XIX dinastía), por ejemplo, se dice: "Thouoris, que en Homero es llamado Pólibo, esposo de Alcandra, en cuyos años Troya fue tomada; [reinó] siete

años" (*FGrHist* 609, F 2). No sabemos, sin embargo, si tales sincronías son originales de Manetón o se han añadido por los epitomizadores posteriores. En cualquier caso, es posible que en la obra de Manetón estas áridas listas de reyes, que se han comparado en su contenido y forma a las conservadas en el "Canon real" del *Papiro de Turín*, que datan del siglo XIII a. C., se completaran con pasajes narrativos más al gusto de los griegos, a quienes iba destinada. Son significativos, en este sentido, los fragmentos transmitidos por Josefo en su *Contra Apión* (*FGrHist* 609, F 8-10; véase texto 43), que, al margen de las tergiversaciones interesadas a las que Josefo pudiera haber sometido el texto original, contienen huellas de relatos más amplios de naturaleza historiográfica.

Manetón compone, en definitiva, una historia completa y sistemática de Egipto, avalada, además, por el hecho de estar escrita por un nativo que se ha basado en documentos egipcios. Y, sin embargo, los griegos siguieron prefiriendo los relatos que sobre el país del Nilo habían escrito Heródoto y también Hecateo de Abdera. Eso es, al menos, lo que parece indicar el que Diodoro de Sicilia no nombre en absoluto en su *Biblioteca Histórica* la *Historia* del egipcio y sí la de esos autores griegos. A pesar de todo, la división en dinastías llevada a cabo por Manetón y, en muchos casos, los nombres dados por él, Sincelo mediante, a los reyes egipcios son los que hoy en día se utilizan todavía de forma convencional, por encima, incluso, de versiones epigráficas más auténticas (sobre el modo en que Manetón ha realizado sus transcripciones del egipcio al griego, puede verse Verbrugghe-Wickersham, 1996: 109-115).

10.2.4. Beroso de Babilonia

Las circunstancias de Beroso de Babilonia son bastante parecidas a las de Manetón, pero en los territorios de los Seléucidas. Beroso (sobre este autor puede verse también Verbrugghe-Wickersham, 1996) fue sacerdote del dios Belo (Marduk) en Babilonia y, hacia el siglo III a. C., escribió en griego una *Historia de Babilonia* (*Babyloniaká*) en tres libros, su única obra conocida. Las noticias sobre la vida de Beroso nos las ofrecen sus primeros compiladores conocidos: Cornelio Alejandro Polihistor (siglo I a. C.) y Iuba II de Mauritania (siglo I), de quienes depende, además, el conocimiento posterior de la obra histórica del babilonio. El primero, citando al propio Beroso, nos dice que su juventud transcurrió en tiempos de Alejandro Magno (*FGrHist* 680, T 1). Podemos situar, así, su fecha de nacimiento aproximadamente entre el año 350 y el 340 a. C. Iuba nos refiere, además, que fue sacerdote del dios Belo y que dedicó sus *Babyloniaká* a Antíoco "tercer sucesor de Alejandro" (*FGrHist* 680, T 2); es decir, el llamado

Antíoco I Sóter, corregente junto a su padre Seleuco I Nicátor, desde el año 293 hasta el 280 a. C. y rey desde 279 hasta 261 a. C. Por lo tanto, nuestro autor vivió, al menos, hasta el año 279 a. C. Vitrubio, por su parte, aporta la noticia de que Beroso residió en la isla de Cos, donde fundó una escuela de astrología (*FGrHist* 680, T 5a). La veracidad de tal noticia se ha puesto en duda y también la de aquellas otras que refieren la existencia en Atenas de una estatua en honor de Beroso por sus profecías (*FGrHist* 680, T 6) y su paternidad sobre Sabbe, la famosa sibila Caldea (*FGrHist* 680, T 7).

El testimonio de la dedicatoria a Antíoco I nos sirve también para situar entre 293 y 261 a. C. la fecha de composición de la *Historia de Babilonia* y, asimismo, nos induce a pensar que, como la obra de Manetón de Sebennito en el Egipto de los Ptolomeos, la de Beroso sirve a la política de los Seléucidas en pro de la recuperación de las tradiciones de la región con el objetivo de establecer lazos de continuidad entre las antiguas y prestigiosas dinastías asirias y la nueva monarquía grecomacedonia. De paso, la obra intentaría corregir, basándose en la autoridad de documentos y tradiciones del país, los errores y fabulaciones de los griegos sobre Babilonia y las tierras de los confines orientales.

Como le ocurrió a la historia de Manetón sobre Egipto (véase epígrafe 10.2.3), la obra de Beroso no parece haber tenido mucho impacto en el ámbito grecolatino. Las historias de esta zona siguieron dependiendo básicamente de los antiguos relatos de autores griegos, sobre todo de Heródoto y de Ctesias. Un cronógrafo, por ejemplo, de la autoridad de Cástor de Rodas (*FGrHist* 250), del siglo I a. C., utilizó todavía para su *Crónica* la lista de reyes asirios de Ctesias, y Diodoro de Sicilia tampoco lo cita en su *Biblioteca Histórica*. Fueron, principalmente, los escritores judíos y cristianos quienes la leyeron y utilizaron, aunque no directamente, sino a través de los resúmenes hechos por los ya citados Alejandro Polihistor y Iuba de Mauritania. Aquéllos, dadas las concomitancias entre la *Historia de Babilonia* y los textos del *Antiguo Testamento*, acuden a su testimonio para apoyar la historicidad del libro sagrado y para demostrar a los griegos que también la historia del pueblo hebreo merece el prestigio derivado de lo remoto de su origen.

En efecto, los escasos fragmentos que se conservan de la *Historia de Babilonia* de Beroso son las citas que de ella hacen, fundamentalmente, Flavio Josefo, Eusebio de Cesarea, Jorge Sincelo y el apologeta Tatiano (siglo II). A partir de las citas de estos autores podemos saber que la *Historia de Babilonia* de Beroso estaba dividida en tres libros, de los que el primero narraba los sucesos acaecidos desde la creación del mundo por el dios Belo hasta el gran diluvio e incluía la descripción geográfica del país, la cosmogonía, la antropogonía y la invención y transmisión de la cultura y la civilización a los hombres por Oannes, el mítico monstruo anfibio. El segundo libro incluía la lista de los diez reyes antediluvianos

con sus hechos más destacados, la aparición de otros monstruos marinos civilizadores, la descripción del gran diluvio y la lista de los innumerables reyes posdiluvianos, con la duración de sus respectivos reinados, hasta el comienzo del reinado del babilonio Nabonassar (747 a. C.). En este libro se encuentra el fragmento más famoso. Es el que habla del último rey de Babilonia antes del diluvio, Xisutro, a quien los dioses revelaron en sueños el cataclismo y ordenaron construir un barco para preservar en él a su familia, a sus amigos y a un buen número de animales (*FGrHist* 680, F 4b; véase texto 44). Este Xisutro es el rey que los historiadores judíos y cristianos identificaron con el Noé del *Génesis*, cuya historia tiene también un enorme parecido con la de Utanapishtim del *Gilgamesh*. El tercer libro, en fin, iba desde el rey Nabonassar hasta, probablemente, el reinado del macedonio Antíoco I (a quien iba dedicada la obra) y daba cuenta de los últimos reyes asirios, neobabilonios o caldeos, medas y persas. Entre los monarcas asirios se citan a Nabucodonosor y a la famosa reina Semíramis, sobre la que Ctesias (véase epígrafe 6.1.2 y texto 22) había ofrecido un cumplido informe en sus *Persiká* (*FGrHist* 688, F 1b). Seguramente, es a este informe al que se refiere Beroso cuando reprocha a los griegos sus crasos errores sobre los hechos de Semíramis, que no fue ni la fundadora de Babilonia ni la artífice de sus magníficas construcciones (*FGrHist* 680, F 8).

Beroso, en definitiva, definió y ordenó un ciclo histórico de varios cientos de miles de años (*FGrHist* 680, F 1), desde la mismísima creación hasta el imperio de los sucesores de Alejandro Magno; es decir, que abarcó lo más antiguo que cabía imaginar en la Antigüedad y, con ello, mostraba a los griegos la antiquísima y verdadera historia de los babilonios. Como hemos dicho, su *Historia* no tuvo mucho ascendiente en el mundo grecolatino. Pero, si este Beroso es el mismo que el reputado astrólogo y astrónomo mencionado por los autores griegos y latinos (*FGrHist* 680 F 15-22), al menos hay que reconocerle un papel destacado en la transmisión de los importantísimos conocimientos de astronomía acumulados en los templos babilonios, bien sea por la actividad desarrollada en la escuela de Cos citada por Vitrubio (*FGrHist* 680, T 5a), bien sea por la composición de escritos específicos sobre el tema –hoy perdidos–, según la noticia de Flavio Josefo (*FGrHist* 680, T 3) o, lo más probable, por la inclusión en su obra historiográfica de contenidos astronómicos y astrológicos.

10.2.5. Megástenes

También el griego-jonio Megástenes, de cuya vida poco sabemos, trabajó al servicio de los Seléucidas: entre el año 300 y el 290 a. C. fue varias veces embajador de Seleuco I Nicátor ante los dinastas de la India y él mismo dice haber

visitado a Chandragupta (Sandrakottos) (*FGrHist* 715, T 1 y 2), el rey que, después de la retirada de Alejandro, consiguió acabar con la influencia macedonia en el Punjab.

A partir de sus propias observaciones y utilizando, además, informaciones obtenidas de sacerdotes y eruditos de la corte india (*FGrHist* 715, F 2), escribió una *Historia de la India* (*Indiká*) en cuatro libros, un lugar que siempre ha fascinado al mundo antiguo y sobre el que, antes de Megástenes, habían escrito numerosos historiadores griegos (Hecateo, Heródoto, Ctesias, Éforo, Jenofonte, Nearco, Onesícrito, etc.). Quizá uno de sus propósitos fue rectificar las noticias difundidas por esos autores; de hecho, se considera que nuestro historiador fue especialmente crítico con las informaciones de Onesícrito, cuya descripción de la organización social de los indios, referida a Taxila en este caso (*FGrHist* 134, F 17; véase epígrafe 10.1.5), por ejemplo, se habría encargado de corregir y ampliar (*FGrHist* 715, F 19).

Indiká nos es conocida, sobre todo, por las citas y reelaboraciones de Diodoro, que probablemente mezcla en su descripción geoetnográfica de la India varias fuentes (II 35-42 = *FGrHist* 715, F 4); de Arriano, que lo considera un historiador "digno de crédito" y lo cita en su *Indiké* en varias ocasiones para completar el relato de Nearco (*FGrHist* 715, T 6a), y de Estrabón, que, aunque no lo tiene en alta estima (*FGrHist* 715, T 4), lo menciona con frecuencia en el libro XV de su *Geografía*. A juzgar por esos testimonios, *Indiká* se ocupaba de geografía, flora, fauna, usos y costumbres, administración, filosofía, mito e historia de las regiones indias, y debía de mezclar noticias recabadas en sus viajes, fruto de sus propias experiencias, con relatos tradicionales griegos y otros de origen indio. Megástenes, sobre la base de Siva y Krsna, hace, por ejemplo, de Dioniso y de Heracles héroes conquistadores y civilizadores de la India, los únicos extranjeros, dice, que, junto con Alejandro, consiguieron someter esa región feliz y pacífica (*FGrHist* 715, F 4). La inclusión por Megástenes de las tradiciones indias en el marco de referencias de los griegos y la equiparación de Alejandro con aquellos personajes del mito, un tema típico de la propaganda macedonia, lleva a pensar que en los *Indiká*, aparte del helenocentrismo cultural esperable en un autor griego, hay un fondo ideológico y político más que informativo, justificativo, al cabo, de la presencia grecomacedonia en la región.

Pero, junto a descripciones realistas y minuciosas, como la del sistema de castas (*FGrHist* 715, F 19) o la de la caza de elefantes (*FGrHist* 715, F 20), dos de los pasajes más elogiados de *Indiká*, nuestro autor refiere también hechos increíbles y fabulosos, lo que le acarreó en la antigüedad una fama de historiador poco serio. Estrabón, que cita juntos a Megástenes y a Deímaco de Platea, otro embajador de Seleuco I que escribió *Sobre la India* (*FGrHist* 716), dice literalmente que hay que desconfiar de ambos: "éstos son, en efecto, los que han

contado historias sobre los hombres de orejas sobre camas, sobre los sin boca o los sin nariz, así como los de un solo ojo, los zanquilargos y los de dedos que se doblan hacia atrás; revivieron también la homérica batalla de las grullas contra los pigmeos, que llaman 'de tres palmos', y también hablaron éstos de las hormigas que excavan oro, de Panes de cabeza de alfiler, de serpientes que se tragan bueyes y ciervos, con cuernos y todo" (*Geografía* II 9 = *FGrHist* 715, F 27). A pesar de todo, hoy se considera que la *Historia* de Megástenes es el relato más fidedigno producido en la antigüedad sobre la India, aunque, griego como era, no pudo zafarse de muchos de los tópicos que desde antiguo se habían utilizado para describir esas regiones felices de los confines.

10.2.6. Fabio Píctor

Noticias diseminadas sobre Roma se encuentran ya en las obras de algunos historiadores griegos. Antíoco de Siracusa (*FGrHist* 555, F 6) y Helánico de Lesbos (*FGrHist* 4, F 86) habían atribuido su fundación al troyano Eneas; Teopompo había mencionado la toma de la ciudad por los galos en el año 387 a. C. (*FGrHist* 115, F 317); Alcimo había hablado de los míticos Rómulo y Romo ([*sic*], *FGrHist* 560, F 4); Timeo, en el marco de su *Historia de Italia y de Sicilia,* había ofrecido una sucinta historia de Roma desde los tiempos remotos hasta el año 264 a. C. (*FGrHist* 566, T 9; F 36, 59); Filino de Agrigento había escrito una monografía sobre la Primera Guerra Púnica (*FGrHist* 174), criticada por Polibio a causa de su excesiva tendencia procartaginesa y antirromana (I 14 = *FGrHist* 174, T 2); Clitarco habla de que una embajada romana había llegado a Alejandro en el año 324 a. C. (*FGrHist* 137, F 31) y Jerónimo de Cardia incluye a modo de digresión en su *Historia de los Diádocos* una síntesis de la historia antigua de Roma, elogiada por Dionisio de Halicarnaso (*Historia antigua de Roma* I 5, 4), con motivo de las campañas de Pirro contra Italia (*FGrHist* 137, F 13).

Pero es Fabio Píctor el primero en escribir una historia monográfica sobre Roma (*FGrHist* 809, T 4). Él era romano de nacimiento, miembro de una de las más importantes familias patricias, y vivió en la segunda mitad del siglo III a. C. El episodio más conocido de su vida es el viaje, narrado por él mismo (*FGrHist* 809, T 3), que, por encargo del Senado romano, hizo a Delfos después del desastre de Cannas (216 a. C.) para consultar al oráculo la manera de evitar futuros fracasos.

Parece que hacia el año 200 a. C. tomó la decisión de escribir una historia de su ciudad natal a imagen de las populares historias locales de los griegos; y lo hizo en lengua griega no sólo por la influencia de sus modelos, sino también

porque debía de sentir que su latín nativo no había alcanzado todavía el nivel literario adecuado y porque, siendo el griego por aquel entonces la lengua más internacional del Mediterráneo, con esa lengua se aseguraba la mayor difusión para su obra. Su historia se cita con el título de *Hechos de los romanos* (*Romaíon práxeis*) o *Historia de Roma* (*Romaiká*). De ella nos han llegado tan sólo veintisiete fragmentos, por mediación, sobre todo, de Diodoro, de Dionisio de Halicarnaso, de Plutarco y del historiador romano Tito Livio. Se citan, además, otros nueve fragmentos procedentes de una edición en latín de autor y fecha desconocidos. A juzgar por esos testimonios, *Romaiká* debía de extenderse desde la huida de Eneas de Troya (*FGrHist* 809, F 1-2) y la fundación de Roma por Rómulo y Remo, que Fabio Píctor establece en el año 748 a. C. (*FGrHist* 809, F 3), hasta los años de la Segunda Guerra Púnica (218-201 a. C.; el suceso más reciente entre los fragmentos conservados es del año 217 a. C.; *FGrHist* 809, F 22); esto es, abarcaría la totalidad de la historia de Roma, desde sus orígenes hasta los días del historiador. Pero los sucesos contemporáneos –las guerras contra los cartagineses, sobre todo– son los que habrían recibido un tratamiento más extenso y, según Polibio (I, 14 = *FGrHist* 809, T 6a), estarían marcados por una fuerte tendencia filorromana, pues las causas de los conflictos se atribuyen a los otros y Roma no hace sino defenderse a sí misma o a sus aliados (*FGrHist* 809, F 21). Fabio Píctor pretendería, con ello, contrarrestar la imagen imperialista negativa de Roma difundida por las historias procartaginesas de Filino de Agrigento (*FGrHist* 174), de Sileno (*FGrHist* 175) o de Sósilo (*FGrHist* 176).

Uno de los pasajes más extenso e interesante, por formar parte del imaginario romano, es el que relata la exposición y milagrosa salvación de Rómulo y Remo (*FGrHist* 809, F 4b), citado por Dionisio de Halicarnaso en su *Historia antigua de Roma* (I 79) y seguido, según sus palabras, por "Lucio Cincio, Porcio Catón, Calpurnio Pisón y la mayoría de los demás escritores". El episodio está narrado en un estilo vivo y dramático y recuerda las formas de la historiografía trágica o mimética. Contrasta, asimismo, con el estilo que traslucen otros textos conservados de Fabio Píctor (*FGrHist* 809, F 14-16), más afín al estilo sobrio y conciso de las crónicas. Es probable que estas diferencias sean atribuibles a las fuentes utilizadas por Fabio Píctor: para narrar los hechos contemporáneos, se habría servido de sus vivencias y de las de testigos presenciales; pero, para los tiempos anteriores, parece que debió de utilizar algunas fuentes literarias griegas (Timeo) y, en especial, tradiciones orales y documentos de los archivos romanos del tipo de las tablas anuales redactadas a modo de crónicas por los pontífices máximos (*Annales Maximi*), que se citan como precursoras de la historiografía romana (Cicerón, *Sobre el orador* II 51 = *FGrHist* 809, T 6b).

La obra de Fabio Píctor, en fin, constituyó un modelo para la historiografía romana posterior, tanto en los contenidos como en las formas. Es indicativo de la repercusión de su empresa el hecho de que, no mucho tiempo después, escribieran historias generales de Roma (desde los orígenes hasta la época del historiador) y en griego, siguiendo a nuestro autor, Cincio Alimento (*FGrHist* 810), Cornelio Escipión (*FGrHist* 811), Postumio Albino (*FGrHist* 812) o Acilio (*FGrHist* 813), todos ellos personajes destacados de la política romana y empeñados en ofrecer a los griegos una imagen positiva de Roma –y de sí mismos– y en dar a conocer su cultura y tradiciones.

Capítulo 11 El universalismo romano de Polibio y su historiografía "pragmática"

En el año 146 a. C. la ciudad griega de Corinto es tomada por los romanos, que de esta manera someten Grecia entera a su poder. En el mismo año, Escipión Emiliano asedia y destruye Cartago y asegura, definitivamente, la hegemonía de Roma en el Mediterráneo occidental. Ambos acontecimientos señalan una nueva época histórica, la del dominio de Roma en el mundo, y a ambos acontecimientos asistió Polibio de Megalópolis, el último gran historiador griego de la época helenística (puede verse, con carácter general, Díaz Tejera, 1972 y 1981, Marincola, 2001: 113-149 y Walbank, 2002).

Polibio supo comprender la trascendencia del nuevo orden, algo que difícilmente podía ser explicado bajo el efectismo y la estrechez de miras de la historiografía que le había precedido. Adaptó la historiografía tucidídea a la nueva situación, escribiendo una historia del mundo contemporáneo sobre la base de su propia competencia política y militar, de una escrupulosa atención por la verdad de los hechos y de una rigurosa metodología. Así, Polibio, y esto le distingue, con sus *Historias* ha nadado contra corriente de las principales tendencias historiográficas de la época helenística y ha restituido a la historiografía la dignidad científica que le había dado Tucídides.

11.1. Polibio en la encrucijada entre los siglos III y II a. C.

Polibio es un testigo excepcional de ese nuevo momento histórico, a caballo entre los siglos III y II a. C., en el que Alejandría y los demás centros importantes del helenismo empiezan a ser desplazados y sustituidos por una Roma cada vez más ansiosa de poder y territorio.

La vida de nuestro historiador, que transcurre aproximadamente entre los años 205 y 120 a. C., coincide justamente con ese período. Había nacido en la ciudad griega de Megalópolis, el enclave surgido en la Arcadia después de la batalla de Leuctra (371 a. C.) como bastión defensivo contra Esparta. Como suele suceder con la mayoría de los autores de la antigüedad, poseemos pocos datos concretos sobre la vida de Polibio y casi todos proceden de su propia obra. Quizá el hecho de mayor interés sea su nombramiento en el año 169 a. C. como *hiparco*, el segundo mando en importancia tras el estratego, de la denominada Liga Aquea, una alianza de ciudades griegas del Peloponeso que tuvo su gran momento político y militar en la primera mitad del siglo II a. C., nadando entre las aguas de las potencias que se disputaban la hegemonía en Grecia: Macedonia y Roma. También su padre, Licortas, había sido estratego de la Liga. A él y a otro importante dirigente, Filopemén, debía posiblemente Polibio esa formación militar y diplomática de la que hace gala en su obra. En virtud de su cargo y de sus conocimientos, Polibio formó parte de la embajada que la Liga envió al cónsul romano Q. Marcio Filipo para anunciarle el alineamiento de la Liga, después de la indecisión inicial, con la causa romana en la guerra contra Macedonia. Y cuando el cónsul Paulo Emilio venció definitivamente al macedonio Perseo en la batalla de Pidna (168 a. C.), Polibio fue uno de los mil aqueos denunciados por haber defendido la tradicional política de neutralidad de la Liga y tuvo que marchar prisionero a Roma a exculpar su postura. Éste fue, sin duda, uno de los hechos más decisivos en la vida de nuestro autor, pues en Roma varió su rumbo existencial y adquirió una nueva perspectiva cultural. Allí trabó amistad con los hijos de Paulo Emilio, en especial con Publio Cornelio Escipión Emiliano (en el libro XXXI 23-25 de sus *Historias* Polibio cuenta complacido cómo surgió esa amistad), lo que le habría permitido tener acceso a los círculos intelectuales y políticos y gozar de una amplia libertad de movimientos, a pesar de haber mantenido su condición de prisionero hasta el año 150 a. C. Se puede explicar de esta forma tanto el conocimiento que llegó a adquirir de la política romana y de las deliberaciones del Senado, como los frecuentes viajes que realizó. Se cuentan entre esos viajes el que le llevó por Hispania y el norte de África acompañando a Escipión Emilano y el que emprendió con el objetivo de conocer el recorrido realizado por Aníbal a través de los Alpes (III 48, 12), posiblemente con la intención de recabar datos para el proyecto

histórico que ya habría concebido durante su forzosa inactividad militar en Roma.

En el año 150 a. C., obtenida la libertad oficial, Polibio regresa a Grecia, pero su posición política ha cambiado. "Ahora, de una parte, siente agradecimiento hacia Roma" –escribe Díaz Tejera, 1981: 13– "y, de otra, se percata de que Roma se constituye en atalaya desde la que todo el acontecer histórico del momento recibe explicación. Mas, al mismo tiempo, mantiene vivo su amor a la tierra de sus mayores. De aquí que pueda estar tanto del lado de Roma como de Grecia". Así, presenció, como asesor de Escipión Emiliano, el asedio y destrucción de Cartago en el año 146 a. C. y, cuando, en el mismo año, Corinto fue incendiada y saqueada por los romanos, Polibio desaprobó la actuación de Roma, pero también les reprochó a los griegos su vano orgullo (XXXVIII 12). Esa ecuanimidad le valió el encargo por parte del Senado de mediar entre los romanos vencedores y los griegos derrotados, que debían habituarse al nuevo orden. Su actuación mediadora le fue reconocida en muchas ciudades griegas (XXXIX 5). Pausanias (VIII 30, 8) llegó a ver en Megalópolis una estela dedicada a Polibio con una inscripción que decía: "Recorrió toda la tierra y el mar, fue aliado de los romanos e hizo que depusieran su ira contra los griegos".

Polibio, así pues, empezó siendo en el seno de la Liga Aquea un hombre de acción y acabó, después de su estancia en Roma, dedicándose, sobre todo, a la reflexión sobre el acontecer histórico que Roma había protagonizado, una reflexión que dejó escrita en sus *Historias* para provecho y enseñanza de "quienes han de tomar decisiones", según dice él mismo repetidamente, y que estaba particualrmente destinada al público griego desconocedor de Roma y de sus instituciones. Hay noticias de otras obras suyas de las que muy poco o nada se nos ha transmitido: una *Biografía de Filopemén*, a la que el propio Polibio se refiere como un encomio en *Historias* X 21, 5 y que habría sido una importante fuente para la *Vida de Filopemén*; unos estudios de estrategia militar o *Taktiká*, a la que alude Polibio en *Historias* IX 20, 4; un tratado *Sobre la habitabilidad de la zona ecuatorial* que es posiblemente un extracto del libro XXXIV de las *Historias*, y, quizá, una *Historia de la guerra de Numancia*, tan sólo citada por Cicerón en *Cartas a familiares* V, 12, 2. Pero *Historias* fue, ciertamente, la obra mayor de Polibio.

11.2. Los contenidos de las *Historias*

Desgraciadamente, las *Historias* de Polibio no se nos han transmitido íntegras. De los cuarenta libros en que Polibio dividió su obra conservamos completos

los libros I al V; del resto sólo tenemos extractos antiguos (*excerpta*), de extensión y fiabilidad diversa, y citas indirectas. Los más amplios, con indicación segura de los libros de procedencia, son los transmitidos por el famoso *Codex Vaticanus Urbinas 102*, que nos suministra extractos de los libros I al XVIII (*Excerpta Antiqua*). Mayores problemas de atribución a un libro concreto plantean los numerosos fragmentos que conocemos de los libros XX al XXXIX. Nos han llegado a través de aquellas antologías de historiadores antiguos, organizadas por temas (virtudes y vicios, sentencias, injurias, embajadas, etc.), que mandó compilar el emperador bizantino Constantino Porfirogéneta en el siglo X para una especie de enciclopedia histórica (*Excerpta Constantiniana*). De los libros XVII, XXXVII y XL prácticamente no tenemos nada. A partir de lo conservado, podemos, no obstante, hacernos una idea bastante completa de los contenidos de esta extensa obra que contiene una historia universal, siempre con Roma en el trasfondo, que abarca los años 264 (comienzo de la Primera Guerra Púnica) a 146 a. C. (destrucción de Cartago y de Corinto).

11.2.1. Libros I a II: prólogo e "introducción" (264-220 a. C.)

Como es habitual en la historiografía griega, Polibio comienza sus *Historias* con un extenso prólogo justificativo y programático. En él elogia, primero, la utilidad de la historia, pues "del aprendizaje de la historia resultan la formación y la preparación para una actividad política [...] y es la única maestra que nos capacita para soportar con entereza los cambios de fortuna" (I 1, 2). Justifica, luego, mediante pregunta retórica, la elección del tema:

> ¿Puede haber algún hombre tan necio y negligente que no se interese en conocer cómo y por qué género de organización política fue derrotado casi todo el mundo habitado en cincuenta y tres años no completos y cayó bajo el poder indiscutible de los romanos? Se puede comprobar que esto no había ocurrido nunca (I 1, 5).

Esos cincuenta y tres años a los que se refiere Polibio serán el núcleo central de su historia, una historia *pragmatiké*, "de hechos" reales y contemporáneos (I 2, 8). Su punto de partida cronológico será la Olimpiada ciento cuarenta (220 a. C.) –como Timeo, también Polibio contará por olimpiadas– y el de llegada, la batalla de Pidna (168 a. C.). Los ámbitos geográficos por los que discurrirá serán todos aquellos en que Roma acabará imponiendo su poder: Grecia, Asia, Italia y África (*Libia*, escribe siempre Polibio); pues "a partir de esa época" –afirma– "la historia se convierte en algo orgánico, los hechos de Italia

y los de África se entrelazan con los de Asia y con los de Grecia, y todos comienzan a referirse a un único fin" (I 3, 4). Es lo que da precisamente a la obra de Polibio ese carácter de "historia universal" sui géneris.

Pero nuestro autor es consciente de estar escribiendo para griegos, que ignoran quiénes eran y qué habían hecho antes los cartagineses y, en especial, los romanos. Por ello se ve en la necesidad –confiesa– de escribir una introducción (los libros I y II) con el propósito de que se conozcan "las resoluciones, las fuerzas y los recursos que usaron los romanos cuando se lanzaron a esas campañas que les convirtieron en señores en nuestra época de todo el mar y de toda la tierra" (I 3, 9). Recordemos que Tucídides hizo algo parecido cuando en su *Historia de la guerra del Pelopoenso* introdujo el relato de la pentecontecia, los cincuenta años que transcurrieron entre el final de las Guerras Médicas y el comienzo de la Guerra del Peloponeso. Con ello justificaba la grandeza de la guerra que se disponía a narrar (Polibio lo hará para justificar la singularidad de su método historiográfico) y, a la vez, llenaba el vacío historiográfico entre la obra de Heródoto (sin citarlo) y la suya propia (véase epígrafe 4.4.1).

Así pues, tras exponer la peculiaridad de su historiografía, que investiga no hechos o guerras particulares, sino "la estructura general y total de los hechos ocurridos, cuándo y de dónde se originaron, y cómo alcanzaron su culminación" (I 4, 3), con el concurso inevitable de la Fortuna (véase texto 45; sobre la idea de Fortuna en la concepción histórica de Polibio véase epígrafe 11.7), emprende Polibio el relato de los sucesos que precedieron al punto de partida anunciado. Se retrotrae hasta la Olimpiada ciento veintinueve (264 a. C.), porque es –afirma– donde Timeo detuvo su *Historia* (véase epígrafe 8.2.5) y porque coincide con el momento en que los romanos salieron, por primera vez, de Italia (I 5, 1-3). Previamente, no obstante, el historiador, en su afán de no dejar ninguna duda en la explicación de las causas –como dirá luego–, acomete "el principio del principio" (que es propiamente la toma de Roma por los galos en el año 387 a. C.) y da cuenta de los diferentes pueblos con los que tuvieron que luchar los romanos hasta someter toda Italia, para pasar después, en esa primera travesía marítima, a Sicilia (I 6-7). Allí fueron, tras muchas vacilaciones y largas deliberaciones, en ayuda de los mamertinos de Mesina contra los siracusanos y los cartagineses, pero, realmente, con el propósito de impedir que estos últimos se adueñaran de la isla y pudieran tener un fácil acceso a Italia (I 10, 9). Es éste el comienzo anunciado por Polibio para su introducción, cuyo contenido resume en el capítulo 13:

> Voy a señalar, de manera breve y resumida, los hechos que comprenderá esta introducción. Los primeros, por orden, serán los ocurridos entre romanos y cartagineses en la guerra de Sicilia. Conectada con ella estará la

> guerra de África, y enlazada con esta última la de Amílcar en Iberia; seguirá la que hicieron Asdrúbal y sus cartagineses. Por el mismo tiempo que éstas fue la primera expedición de los romanos hacia Iliria y estas partes de Europa. Además de las mencionadas, pertenecen a esta época las campañas de los romanos contra los celtas de Italia. Paralelamente a todo ello se producía en Grecia la llamada guerra de Cleómenes, con la que pondremos fin al conjunto de la introducción y al libro segundo (I 13, 1-5).

Magnífica visión histórica e historiográfica de conjunto por parte de Polibio, quien se va a detener, sobre todo, en la guerra entre los romanos y los cartagineses, no sólo porque la considera la más relevante para entender el desarrollo posterior de los acontecimientos, sino también porque otros que han escrito sobre ella, como Filino y Fabio Píctor, no han transmitido la verdad, el uno por ser demasiado proclive a los cartagineses, el otro por todo lo contrario (I 14, 1-4); "en las obras históricas" –sostiene un concienzudo Polibio– "debemos prescindir de los protagonistas, y debemos adaptar las afirmaciones y los juicios que sean precisos sólo a los hechos" (I 14, 8).

El relato pormenorizado de la guerra por Sicilia entre romanos y cartagineses, por tierra y por mar, y sus consecuencias ocupa los capítulos 15 a 64, incluida una digresión geográfica sobre la isla. La guerra había durado veinticuatro años y, a su término, Roma era tanto una potencia terrestre como naval, que le había disputado a Cartago su señorío en el mar y que se sentía preparada para emprender nuevas acciones de conquista.

Según el plan trazado por Polibio, se narra, a continuación, la guerra en África entre los cartagineses y sus propios mercenarios (I 65-88), con estos objetivos prácticos:

> Conocer la naturaleza y características de lo que muchos llaman una guerra sin cuartel, y, además, por lo que en esta guerra ocurrió, se podrán ver muy claramente las previsiones y precauciones que deben tomar, con gran anticipación, quienes utilizan tropas mercenarias. Se comprenderá, en tercer lugar, en qué se diferencian, y hasta qué punto, las tropas mezcladas y bárbaras, de las educadas en costumbres políticas y en leyes ciudadanas. Pero, sobre todo, lo ocurrido en aquellas circunstancias hará ver las causas que llevaron a la guerra que estalló entre cartagineses y romanos en tiempos de Aníbal (I 65, 6-8).

Después de tres años y cuatro meses, los cartagineses resultaron exhaustos, pero victoriosos en esta guerra que "por lo que sabemos de oídas" –escribe Polibio– "superó en mucho a las otras en crueldad y crímenes" (I 88, 7). El libro I termina con una breve referencia a una hábil maniobra de los romanos,

que, aprovechando la debilidad de los cartagineses, se hicieron, prácticamente sin oposición, con el control de Cerdeña, hasta entonces bajo el dominio de Cartago (238 a. C.).

Un magnífica recapitulación de lo narrado anteriormente da inicio al libro II, que ahora sitúa al lector en otros escenarios geográficos con el fin de completar la historia de todas las partes conocidas del mundo y detenerla en el mismo punto cronológico: Iberia con las acciones de los cartagineses hasta Aníbal (221 a. C.); Italia, de la que realiza una amplia descripción geoetnográfica y hace su historia pretérita, y Grecia, fijando su atención en la historia de la confederación aquea, cuya constitución elogia (no hay que olvidar que Polibio fue un alto cargo de esta Liga Aquea), y polemizando con las versiones que de los mismos acontecimientos ofrece el truculento historiador Filarco (II 37-70; véase texto 46; sobre Filarco y su "historia trágica" véase epígrafe 9.2). "Según el programa inicial" –escribe Polibio– "hemos llegado a la época en que los griegos iban a iniciar la guerra de los aliados, los romanos la Anibálica y los reyes de Asia la de Celesiria. De modo que resulta indicado concluir este libro".

11.2.2. Libros III a VI: la "historia general" de lo sucedido durante la Olimpiada ciento cuarenta (220-216 a. C.)

Realizada la introducción, Polibio da inicio en el libro III a lo que él considera su "historia general"; por ello escribe un nuevo prólogo en el que reitera el propósito (cómo, cuándo y por qué todas las partes conocidas del mundo habitado han caído bajo la dominación romana), establece los límites cronológicos (los cincuenta y tres años entre las guerras citadas al final del libro II y la destrucción del reino de Macedonia), presenta un admirable resumen de su contenido, vuelve a incidir en la singularidad y utilidad de su obra y anuncia, en el capítulo 4 (seguramente un añadido posterior del propio Polibio; véase epígrafe 11.3), la ampliación del relato más allá de esos cincuenta y tres años para enjuiciar la actitud de Roma hacia los vencidos y porque él mismo ha sido espectador e incluso partícipe de lo sucedido en esos años.

Así pues, según su plan, Polibio empieza a narrar la llamada "Guerra de Aníbal" (Segunda Guerra Púnica), investigando –a la manera de Tucídides– sus causas ciertas (*aitía*), que distingue, en un excurso metodológico, del pretexto o justificación (*próphasis*) y del principio de la guerra (*arkhé*) (III 6, 7-7,7; véase epígrafe 11.5). Polibio polemiza ahora con el historiador romano Fabio Píctor, que había escrito que la causa de la guerra de los romanos contra Aníbal fue, además de la injusticia cometida contra los habitantes de Sagunto, la avaricia

y la ambición de Asdrúbal (III 8, 2). Según Polibio la causa primera había sido el resentimiento de Amílcar Barca (III 9, 6), que aguardaba la ocasión de vengarse de los romanos después de la derrota de Sicilia y de la ignominiosa evacuación cartaginesa de Cerdeña (hechos que Polibio acaba de contar en su "introducción"), un resentimiento que habría pasado a su hijo Aníbal, a quien había hecho jurar que nunca sería amigo de los romanos (III 11, 7).

En cuanto al inicio de la guerra sí lo sitúa nuestro autor en la invasión de Aníbal, en el año primero de la Olimpiada ciento cuarenta (220/219 a. C.), de Sagunto, el más importante de los enclaves ibéricos aliados de Roma (III 17). Con exquisito juicio crítico, Polibio sostiene lo siguiente:

> (3) Si alguien mantiene que la destrucción de Sagunto fue la causa de la guerra, hay que concederle que los cartagineses la provocaron injustamente en virtud del pacto firmado con Lutacio, según el cual los aliados respectivos debían darse seguridad recíproca, y en virtud también del firmado con Asdrúbal, según el cual los cartagineses no debían atravesar el río Ebro con fines bélicos. (4) Pero si como causa de esta guerra se aduce la pérdida de Cerdeña por parte de los cartagineses y el dinero que conllevó esa pérdida, se debe sin duda reconocer que los cartagineses hicieron con buenas razones la guerra de Aníbal. Ciertamente, inducidos por esa circunstancia, se vengaban de quienes les habían causado daño aprovechándose de otra circunstancia (III 30, 3-4).

Tras una digresión sobre la utilidad del conocimiento del pasado y sobre las ventajas de su historia universal (III 31-32), declarada la guerra, Polibio procede a narrar la marcha de Aníbal contra Roma (III 33-39) y los correspondientes movimientos de los romanos que han resuelto enviar a Publio Cornelio Escipión a Iberia (es el año 218 a. C., considerado el comienzo de la romanización de la Península Ibérica) y a Tiberio Sempronio a África (III 40). La narración se ralentiza a partir de este momento y Polibio relata con cierto detalle el enfrentamiento de Aníbal con las tribus bárbaras en el paso del Ródano y de los Alpes con sus elefantes, criticando tanto a aquellos historiadores que han hecho del episodio un acto de heroísmo y de audacia sin precedentes, como a quienes se han dedicado a ofrecer descripciones falsas de aquellos parajes (III 41-59).

Con Aníbal en Italia, la segunda mitad del libro III (capítulos 60-118) está ocupado por el largo y pormenorizado relato de las acciones y confrontaciones de los ejércitos cartaginés y romano en territorio italiano hasta la fatídica –para los romanos– batalla de Cannas (216 a. C.).

En el libro IV, Polibio cambia de escenario y lo dedica íntegramente a narrar lo sucedido en Grecia en esos años de la Olimpiada ciento cuarenta, no sin

antes volver a justificar la elección del comienzo de su "historia general": "Comenzamos a partir de esos tiempos, principalmente, porque en ellos la Fortuna ha renovado, por así decirlo, el mundo entero" (IV 2, 4). En efecto, Polibio certifica una renovación en todas las grandes dinastías y ello –dice– "debía significar el inicio de hechos inauditos, pues eso es lo que ya ha sucedido y suele ocurrir de acuerdo con la naturaleza. Y es lo que también entonces ocurrió. Romanos y cartagineses emprendieron la guerra ya expuesta; a la vez, Antíoco y Ptolomeo lucharon por la Celesiria, y los aqueos y Filipo hicieron la guerra a los etolios y los lacedemonios" (IV 2, 10-11). Esta última guerra, llamada "Guerra de los Aliados", es, justamente, la que va a ocupar el libro IV y parte del V. En su relato, Polibio aplica el método habitual: investigación de las causas, de los pretextos y del inicio de las hostilidades; y exposición minuciosa, seguidamente, del desarrollo de la guerra, interrumpida de vez en cuando por comentarios valorativos, a veces de carácter moral (léase, por ejemplo, la famosa crítica de Polibio a la impía actuación de Filipo en Termo, que anuncia su degradación moral; V 9-12), y digresiones pertinentes de tipo geográfico, etnográfico o prosopográfico.

Sin haber acabado el relato de la Guerra de los Aliados, Polibio se pone a relatar *in extenso* la guerra que estalló en Asia entre Antíoco y Ptolomeo por la Celesiria (V 31-87). La interrupción es intencionada y queda justificada por Polibio en virtud de su plan de componer una historia universal y sincrónica:

> (6) Puesto que nos hemos propuesto escribir no algunos hechos, sino lo sucedido en el mundo entero [...], (7) es preciso que pongamos el máximo cuidado en su tratamiento y distribución, con el fin de que la ordenación de la obra resulte clara tanto en sus partes como en el conjunto (V 31, 6-7).

Como es habitual, nuestro autor investiga los antecedentes y las causas del conflicto. Nos muestra a un indolente y licencioso rey Ptolomeo despreocupado por los asuntos de Egipto (V 34), que, a la sazón, controlaba la Celisiria. Y a un gobernador de Celesiria, Teodoto, que "despreciaba al rey tanto por su política como por su vida disoluta" (V 40, 1). Cuando Ptolomeo tuvo dispuestos sus efectivos militares y después de que fracasaran las negociaciones diplomáticas, dio comienzo la guerra, que ganó Ptolomeo de forma inesperada –afirma Polibio– (V 62-87).

Tras un breve excurso sobre el terremoto de Rodas, que pone de manifiesto "la tacañería de los reyes actuales y lo poco que de ellos reciben hoy las gentes y las ciudades" (V 90, 6), Polibio recupera el relato de la guerra de los aliados que ahora sí llega hasta su final en la conferencia de paz de Naupacto (V 91-103; 217 a. C.). De esta conferencia nuestro autor tan sólo recuerda el

discurso del etolio Agelao, quien había defendido la necesidad de que los griegos se pusieran de acuerdo y unieran sus fuerzas bajo la guía de Filipo, "previendo el calado de los ejércitos y la magnitud de la guerra entablada en occidente. Porque es evidente, incluso para el que esté poco preocupado por los asuntos públicos, que da lo mismo si los cartagineses vencen a los romanos en esta guerra o los romanos a los cartagineses, ya que es de todas todas comprensible que los vencedores no se queden en el dominio de Italia y Sicilia; por el contrario, vendrán aquí y extenderán sus ataques y sus fuerzas más allá de lo conveniente" (V 104, 3).

Ha llegado Polibio al momento en que los acontecimientos de Italia, de Grecia, de Asia e incluso de África se han entrelazado:

> (4) Los hechos de Grecia, de Italia y aun de África se pusieron en contacto por primera vez en aquella circunstancia y en esa conferencia, (5) porque ni Filipo ni el resto de los gobernantes griegos, a la hora de entablar las guerras y pactar la paz, tomaban como referencia los asuntos de Grecia, sino que todos miraban ya a objetivos en Italia. (6) Y pronto llegó a suceder algo parecido en relación con los isleños y con los habitantes de Asia, (7) pues, en efecto, los desafectos a Filipo y los que tenían diferencias con Atalo ya no giraban su cabeza hacia Antíoco o Ptolomeo, ni hacia el sur ni hacia el oriente, sino que desde ese momento miraban hacia occidente y unos enviaban embajadores a los cartagineses y otros, a los romanos (V 105, 4-7).

Por ello, detiene su narración para introducir su conocido excurso sobre los regímenes políticos (*politeía*), en general, y sobre el de los romanos, en particular, cuya historia y características describe con detenimiento. A él consagra todo el libro VI, que, a diferencia de los libros anteriores y como el resto de los libros siguientes, sólo conocemos ya por medio de fragmentos. Polibio es plenamente consciente del excurso y lo cree necesario para la cabal comprensión de los hechos que está narrando (VI 1, 3). Viene a decir que es el tipo de constitución política el que explica tanto los éxitos como los fracasos de los estados y él aboga por la constitución que integre características de la "realeza", la "aristocracia" y la "democracia". El exponente máximo en Grecia de este tipo de régimen ha sido –dice– la constitución espartana de Licurgo (VI 3, 7).

El debate sobre la mejor forma de gobierno ya tiene tradición en la historiografía griega. Recordemos que Heródoto le dedicaba una digresión (véase texto 7). Pero Polibio lo aborda con mayor profundidad (cita incluso a Platón), fundamenta su famosa "anaciclosis" o sucesión cíclica de las diversas formas de gobierno (VI 5-10; véase texto 47 y epígrafe 11.7) y la aplica, en una perspectiva casi biológica, al estudio de la historia y de las instituciones de los romanos, como si éstas fueran un ser vivo (VI 11-42). Porque los romanos pudieron

recuperar su dominio en Italia, vencer a los cartagineses y concebir la conquista del mundo sólo en la época de máxima perfección de su constitución (la época que está narrando Polibio en sus *Historias*) y gracias precisamente a ella y a su carácter mixto. Otros pueblos, como los tebanos y los atenienses –sostiene Polibio– han conseguido un esplendor momentáneo por la virtud de personas concretas, pero no por la excelencia de su constitución (VI 43-44). Nuestro autor, no obstante, en virtud de esa perspectiva cíclico-biológica, lanza su vaticinio (véase epígrafe 11.7):

> (1) Que todo lo que existe está sujeto a destrucción y cambio, casi no requiere explicación, pues la propia naturaleza nos suministra tal evidencia. (2) Y todo tipo de régimen político perece, por naturaleza, a causa de dos procesos, uno externo y otro inherente a él; el externo es difícilmente determinable, pero el inherente es un proceso fijo. (3) Ya hemos expuesto qué tipo de régimen surge primero y cuál después y cómo se producen los cambios de uno a otro, (4) de manera que quienes sean capaces de conectar el principio y el final de la presente exposición podrían anticipar ya el futuro (VI 57, 1-4).

11.2.3. Libros VII a XXX (acontecimientos de los años 215-168 a. C.)

Conforme avanza la obra, los fragmentos son cada vez más exiguos y, obviamente, no tenemos ni la exposición ni los comentarios completos de Polibio. Parece que, a partir de ahora, cada libro contiene los acontecimientos de una olimpiada entera, o, según su importancia, de uno o de dos años. Los hechos de cada una de las partes del mundo se narran, como es habitual en Polibio, de forma paralela año a año, de manera que el relato de lo que transcurre en una de esas partes se interrumpe si dura más de un año para dar entrada a lo que sucede en los otros ámbitos geográficos.

No debemos olvidar que muchos de los fragmentos (sobre todo a partir del libro XX) proceden de la "enciclopedia histórica" de Constantino Porfirogéneta y que las *Historias* de Polibio sirven para ilustrar, en especial, los temas "virtudes y vicios" y "embajadas" de dicha enciclopedia, con lo que el contenido de los textos que podemos leer vienen ya determinados por esa selección.

Así pues, por establecer bloques más o menos homogéneos a partir de los fragmentos conservados, los hechos narrados en los libros VII a XV atañen fundamentalmente a lo sucedido entre los años 215 y 202 a. C. Roma, con el concurso de algún golpe de suerte (como el que le ayuda a repeler a Aníbal cuando había llegado ya a las mismas puertas de Roma; IX 6) doblega a Aníbal

(alabado en XI 19) y recompone su dominio sobre Italia y Sicilia; arrebata el control de Iberia a Asdrúbal por obra de Publio Cornelio Escipión (podemos leer su positiva semblanza y sus gestas en el libro X 2-20; también dedica Polibio un elogio a Asdrúbal en XI 2), y vence a los cartagineses, igualmente por obra de Escipión, en la batalla decisiva de Zama en África (año 202 a. C.). La batalla y sus preliminares se narran en el libro XV. Polibio utiliza un tono menos desabrido que en otras ocasiones (léase, por ejemplo, el relato del encuentro con discursos incluidos de Aníbal y Escipión en XV 6-8 o la descripción del campo de batalla "lleno de sangre y de cadáveres" en el capítulo 14) y destaca, casi entusiasmado, la personalidad de Escipión. Filipo de Macedonia, que había firmado un pacto de ayuda mutua con Aníbal, es el árbitro de la situación en Grecia después del tratado de paz que pone fin a la guerra con los etolios y aliados, los romanos entre ellos (la llamada Primera Guerra Macedónica; 215-205 a. C.). "En este tiempo" –escribe Polibio, que califica moralmente al macedonio– "había empezado la decadencia de Filipo y el cambio a peor de su carácter. Creo que su ejemplo es de lo más eficaz para aquellos hombres de acción que quieran enderezar su conducta, aunque sea mínimamente, mediante el estudio de la historia" (VII 12, 2). En Asia, Antíoco ha logrado sofocar las rebeliones en sus regiones y ha puesto orden en el reino de Siria. Y en Egipto, Ptolomeo Filopátor, que, después de la guerra por la Celesiria, "se había dedicado a la vida licenciosa" (XIV 12, 3), también debió reprimir algunas insurrecciones. A su muerte, Agatocles, tutor del heredero, ejerció un gobierno despótico, que le valdrá la rebelión de los egipcios y un final despiadado, previa intervención de los macedonios. Es el último de los episodios del libro XV.

Entre las digresiones contenidas en ese conjunto de libros, destaca la que en el libro XII 3-28 se dedica a criticar al historiador Timeo, que gozaba de una gran reputación (véase epígrafe 8.2.5). La digresión ocupa prácticamente todo lo que conservamos de este libro XII y es importante para conocer la concepción historiográfica de nuestro autor (véanse epígrafes 11.5 y 11.6). Polibio, que se ha tomado muy en serio su actividad, rebate muchas de las informaciones de Timeo, que confronta, entre otros, con Aristóteles, y le acusa de falaz, de falto de método e incluso de poco hábil retóricamente, a pesar de las apariencias, cuando reproduce discursos.

Un segundo gran bloque se puede delimitar entre los libros XVI y XXX, que refieren los hechos sucedidos entre los años 201 y 168 a. C.; es decir, desde el final de la guerra con Aníbal hasta la victoria del cónsul Paulo Emilio en la guerra contra el macedonio Perseo. Roma ha afirmado su hegemonía en Occidente y ahora se dispone a extender su influencia y dominio a Oriente. Las circunstancias en Egipto, Grecia y Asia favorecieron –parece contar Polibio– la

intervención diplomática y militar de Roma. El reino egipcio se había debilitado enormemente por la incapacidad de sus gobernantes y Filipo y Antíoco habían aprovechado la coyuntura para anexionar territorios. Los griegos continuaban enfrentados y Filipo había llevado la guerra a Asia Menor contra Átalo, el rey de Pérgamo y los rodios, que, en Atenas, reclaman ayuda y piden a los romanos que intervengan en la guerra contra Filipo; y, ciertamente, los romanos despliegan en Grecia una amplia campaña diplomática con la que consiguen incluso el apoyo de los aqueos. La campaña militar se iniciará tras la toma de Abido por Filipo, que continuaba con su conducta soberbia y había hecho oídos sordos a las exigencias de los romanos: "no hacer la guerra a ningún griego, no inmiscuirse en los asuntos de Ptolomeo y someterse a un juicio para indemnizar a Átalo y a los rodios por los daños que les había causado" (XVI 34, 3). Son los comienzos de la llamada segunda guerra Macedónica (200-197 a. C.). Lo conservado de la narración de Polibio es realmente poco y, como del libro XVII no nos ha llegado nada, tan sólo se cuenta la parte final de la guerra, en la que ha quedado reflejada la honestidad y buen hacer de los romanos, en general, y de Tito Flaminino, en particular, que se han establecido en Grecia definitivamente y, ahora, miran a Antíoco. Del libro XIX no tenemos más que un fragmento; el XX comienza con acciones en Grecia de Antíoco, en guerra con los romanos (año 192 a. C.) y con la penosa situación de los beocios, abandonados a los banquetes y a las borracheras. Y ya, hasta el libro XXX, sólo tenemos episodios aislados que, sobre todo, refieren embajadas (la mayoría en Roma), alianzas y tratados (casi siempre con los romanos o contra ellos) relativos a los diferentes frentes abiertos desde 191 hasta 168 a. C. El propio Polibio tomó parte en algunos de ellos como representante de la Liga Aquea (léase, por ejemplo, XXIV 6; o los episodios, tan decisivos en la vida de nuestro autor, del libro XXVIII 6-7, que narran las vacilaciones de la Liga en el apoyo a Roma durante la tercera guerra Macedónica, y XXVIII 12-13, que cuenta su embajada ante el cónsul Quinto Marcio para ofrecerle, finalmente, la ayuda de la Liga). Algún fragmento nos revela también al Polibio moralista, interesado en las actuaciones y en el carácter de las personas (Átalo, Filopemén, Tito Flaminino, Publio Cornelio Escipión, etc.) y hasta en la "venganza de la Fortuna" (véase texto 48 sobre los últimos días de Filipo).

En el libro XXIX, tras la victoria romana en Pidna sobre el macedonio Perseo (que había sustituido a su padre Filipo en el año 179 a. C. y permanecía en guerra con Roma –Tercera Guerra Macedónica– desde el año 172 a. C., en un último intento por recuperar la autonomía perdida) y con la paz firmada por mediación romana entre los reinos de Egipto y de Siria, acaba propiamente el período de cincuenta y tres años que Polibio se había propuesto historiar, el período en que Roma había conseguido el sometimiento de todo el mundo

conocido. El libro XXX recoge todavía algunos episodios históricos del año 168-167 a. C. y, en especial, la celebración del triunfo de Paulo Emilio.

11.2.4. Libros XXXI a XL (acontecimientos de los años 168-146 a. C.)

Nuestro autor, en un cambio de perspectiva historiográfica, prosigue su investigación histórica con la intención (anunciada en III 4, 6) de enjuiciar el comportamiento de Roma como la máxima potencia militar en un mundo en que todo debía hacerse ya con su aquiescencia. Y en el último bloque, compuesto por los libros XXXI a XL, aunque del libro XXXVII apenas nos ha llegado nada y del último (que debía de contener resúmenes e índices) nada en absoluto, abarca los acontecimientos que tuvieron lugar entre los años 167 y 146 a. C.; es decir, hasta el final de la Tercera Guerra Púnica con la destrucción de Cartago y, sincrónicamente, hasta la toma de Corinto por lo romanos, que ponen fin de esta drástica manera a los últimos intentos de cartagineses y griegos (la Liga Aquea, en concreto) por recuperar su autonomía. Pero nuestro conocimiento de lo narrado por Polibio sigue dependiendo de epítomes y citas indirectas. Por lo tanto, no va más allá de embajadas y juicios de valor sobre las acciones de algunos personajes, incluido Polibio mismo. Nuestro autor, que llega a pedir disculpas por su inevitable presencia en esta parte de las *Historias* (XXXVI 12), se refiere a sí mismo, por ejemplo, con ocasión de haber ayudado a huir de Roma a Demetrio, emisario de Antíoco, retenido como rehén tras el asesinato de Cneo Octavio en Siria (XXXI 11-15); o cuando, en un largo e interesante excurso, explica las causas de la fama de Escipión el Joven en Roma y, al mismo tiempo, "cómo fue que la amistad y la intimidad de Polibio con este personaje tomaron tal auge que su noticia se extendió no sólo por Italia y Grecia, sino que tal conducta y trato entre ellos fue algo conocido por las gentes más lejanas" (XXXI 22-30); o en esa especie de presentimiento que confiesa Escipión a Polibio tras la caída de Cartago:

> Escipión se volvió hacia mí, me cogió de la mano derecha y me dijo: "Un momento glorioso, Polibio, pero no sé por qué temo y presiento que llegue la ocasión en que otro dé la misma orden contra nuestra patria" (XXXVIII 21, 1).

Merece, no obstante, llamar la atención sobre el contenido del libro XXXIV, que, si bien está integrado en su totalidad por citas indirectas –muchas de Estrabón–, parece que fue dedicado por Polibio a tratar casi monográficamente cuestiones

de tipo geográfico (con las críticas oportunas a los geógrafos antiguos), como el libro VI lo estuvo a las constituciones y el XII a la crítica historiográfica, en virtud de la tendencia de nuestro autor a concentrar determinados temas para no interrumpir excesivamente el hilo de su narración histórica.

Por último, es oportuno citar esa especie de autoexculpación-declaración de principios que Polibio realiza casi al final de su obra, poco antes de narrar la destrucción de Corinto por los romanos, declaración que tanto recuerda a Tucídides:

> Quizá algunos nos reprochen el haber escrito de forma especialmente malévola en vez de disimular los errores de los griegos, como hubiera sido mi principal obligación. Pero yo sostengo que un hombre pusilánime y temeroso de hablar libremente no puede ser considerado jamás un amigo leal por quienes juzgan de manera correcta; y, ciertamente, tampoco puede ser tenido por buen ciudadano aquel que abandona la verdad por la ofensa que pueda causar a algunos en algún momento. El escritor de historia general no debe en absoluto aceptar ninguna otra cosa más que la verdad [...], pues no debemos preferir agradar por un momento los oídos de nuestro auditorio, sino más bien corregir las almas con vistas a evitar caer más veces en los mismos errores (XXXVIII 4, 2-9).

11.3. Estructura y composición de las *Historias*

Hay, así pues, en las *Historias* un núcleo básico compuesto por los libros III a XXX que, según el propósito inicial de nuestro autor, anunciado ya en el primer proemio (I 1, 5) y repetido en el que da comienzo a este núcleo (III 1, 10), exponen los hechos transcurridos entre los años 220 y 168 a. C.; el porqué y el cómo en esos casi cincuenta y tres años Roma se había adueñado del mundo. A este núcleo básico nuestro autor le añadió dos libros iniciales, que considera una "introducción" (*prokataskeué*) necesaria para engarzar con la *Historia* de Timeo (que se detuvo en el año 264 a. C.) y, sobre todo, para que el lector comprenda mejor lo que se narra a continuación; y, después del XXX, diez libros más con un propósito distinto: enjuiciar "la conducta posterior de los vencedores, sobre cómo dominaron el mundo, la aceptación y opinión que de su hegemonía tenían los demás pueblos" (III 4, 6), que abarcan hasta el año 146 a. C. "Si observamos esta estructura con mirada retrospectiva" –escribe Díaz Tejera, 1972: LX– "surgen dos facetas que enmarcan en su totalidad lo radical de la intención histórica de Polibio y su obra, por una parte, y la realidad de los hechos, por otra: una faceta militar, de conquista hasta el año 168 y otra política, de gobierno hasta el año 146".

La disposición del material histórico a lo largo de la obra depende del sistema cronológico utilizado por Polibio, que, como Timeo, utiliza el cómputo por olimpiadas y, dentro de cada olimpiada, por años y por estaciones. En general, a cada olimpiada le corresponden dos libros; pero cuando la magnitud de los hechos lo aconseja, nuestro autor dedica un libro a un año, a tres años o a una olimpiada completa.

El orden en la narración sigue un criterio espacial: en cada olimpiada, comienza con los sucesos de Italia y continúa con los de Sicilia, Iberia, África, Grecia, Asia y Egipto. El relato de los hechos de un lugar que se extienden por más de un año (sobre todo a partir del libro VII) se interrumpe para acometer el del siguiente lugar. Esto supone un corte en el hilo de la narración y Polibio es consciente de este problema y de la crítica que le puede acarrear (XXXVIII 5-6). Él lo prefiere así por coherencia metodológica y en beneficio de la sincronía y de la variedad dentro del orden. El lector inteligente –se justifica Polibio– podrá recibir instrucción y agrado y hacerse una idea global de lo sucedido en todas las partes del mundo antes, durante y después del momento en que Roma se hace con el poder indiscutible.

Esa misma coherencia metodológica le lleva a concentrar sus grandes digresiones en libros concretos. El VI se dedica a la historia y características del régimen político de los romanos; el XII, a la crítica historiográfica, y el XXXIV, al parecer, a discutir cuestiones geográficas. Pero es el libro VI el que mayor atención ha recibido por parte de los estudiosos, tanto por sus contenidos como por su lugar en las *Historias*. Es indiscutible su centralidad en la reflexión política de nuestro historiador, que considera que la constitución romana ha sido la responsable, en gran parte, de la hegemonía mundial de Roma. Su lugar también parece el más adecuado o, por lo menos, efectivo desde el punto de vista historiográfico: el relato en el libro V se ha detenido en el momento en el que Roma estaba seriamente amenazada por Aníbal y por Filipo. El libro VI vendría a explicar por qué Roma no sólo superó la amenaza, sino que ella misma terminó dominando a cartagineses y macedonios. Menos seguridad hay sobre el momento de su redacción, pues se percibe una cierta contradicción entre el entusiasmo inicial de Polibio en la descripción de la constitución romana y la desconfianza que radica en su teoría de la anaciclosis (véase epígrafe 11.7)

En efecto, una obra tan vasta en contenidos no parece que pudiera haber sido escrita por Polibio de una sola vez, después del año 146 a. C. Se ha discutido largamente sobre las posibles fases de redacción y publicación de las *Historias,* pues son diversas las referencias internas de la obra que inducen a pensar que nuestro autor intervino en su composición durante muchos años, que hizo modificaciones en sus contenidos al hilo de lo que acontecía y que

dejó su obra a falta de una revisión general que eliminase las incongruencias y homogeneizase el conjunto. En general, se está de acuerdo en que Polibio empezó a escribir su obra después del año 168 a. C. por razones obvias; esto es, después del año en que termina ese período inicial de cincuenta y tres años que va a historiar y una vez que entró en contacto directo con el mundo romano. Los quince primeros libros hablan de una Cartago todavía floreciente y de una Liga Aquea aún activa; así que han debido de escribirse antes del año 146 a. C. Los libros XVI a XXX ya aluden a la destrucción de Cartago (XVIII 35, 9 y XXIX 12, 7), por lo tanto ha de suponerse que fueron compuestos después del año 146 a. C. Es también natural que los diez últimos libros se redactaran después de ese año, una vez que Roma tenía definitivamente sometido al mundo conocido. Polibio se encontraba ya en Grecia y podía valorar el comportamiento de los romanos con los conquistados, lo que, a su vez, habría motivado la adición del capítulo 4 en el prólogo del libro III, referente a los nuevos contenidos, y otras inserciones y comentarios en los libros ya redactados a la luz de la nueva situación histórica. Es probable, por ejemplo, que la reflexión sobre la anaciclosis y la sucesión de los imperios la haya hecho nuestro autor precisamente al hilo de los primeros síntomas de degeneración de la sociedad y de la república romana tras las conquistas y que la hubiera integrado en el excurso inicialmente escrito sobre las bondades de la constitución mixta de Roma en el libro VI, una vez comprobado que ni siquiera ésta ha podido alterar el ciclo biológico.

Seguramente la obra fue apareciendo por secciones y sólo se habría completado su publicación tras la muerte de Polibio (un fragmento espurio del libro XXXIX cita los honores que Polibio recibió tanto en vida como tras su muerte).

11.4. Lengua y estilo

La lengua que utiliza Polibio es la *koiné*, ese griego común, estandarizado, que suplantó la diversidad dialectal del mundo griego y que Alejandro Magno había extendido por todo el mundo conocido. Las características esenciales de esa lengua son gramática simplificada (con reducción, por ejemplo, en los modos del verbo), expresión analítica (sintagmas preposicionales en lugar de casos en los nombres, perífrasis en lugar de formas sintéticas en los verbos) y considerable aumento de la sustantivación (nombres abstractos e infinitivos articulares) y de las formas participiales. En Polibio se ha de considerar, asimismo, la influencia de la lengua latina, que, sin duda, debió de aprender y utilizar durante su estancia en Roma, tanto para sus conversaciones como para la consulta de las fuentes latinas de sus *Historias*. Esa influencia es más visible, no obstante, en

las equivalencias y en los calcos griegos de términos y conceptos latinos que en otro tipo de estructuras gramaticales (véase Dubuisson, 1985, que opina, además, que la "latinización" de la lengua supone en Polibio también cierta "romanización" de la visión del mundo).

Dionisio de Halicarnaso había calificado su estilo (como el de Duris, Filarco y "otros muchos que le costaría citar más de un día") de descuidado. Es uno de esos autores –dice– cuyas obras uno deja antes de llegar al final (*Sobre la composición literaria* 4, 15). Y no resulta extraño, habida cuenta de que para Polibio el estilo es una cuestión secundaria: "Yo sostengo" –escribe Polibio– "que debemos atender cuidadosamente la narración de los hechos, porque es evidente que esto contribuye no poco, sino mucho al valor de la historia. Pero no podemos pensar que los hombres inteligentes consideren que eso es lo primordial" (XVI 17, 10). Lo primero es la investigación de los hechos y la organización del material. Es Polibio el único de los grandes historiadores de la Antigüedad que sólo aspira a ser eso: un historiador, no un literato ni un buen escritor. Y, en efecto, su prosa resulta, en general, aburrida y reiterativa; queda ahogada en el lenguaje fatigoso de los infinitivos, de los participios, de las perífrasis, de las fórmulas estereotipadas y de los tecnicismos. Ni siquiera sus digresiones, como ocurría en Heródoto, aportan vivacidad al relato, pues siempre están justificadas y cumplen un fin didáctico. Nuestro autor es consciente de ello; lo único que se ha propuesto es realizar una narración objetiva y rigurosa de hechos políticos y militares, sin invenciones ni concesiones a la evasión o al deleite, y pide comprensión "si a alguien le parece que utilizamos siempre los mismos esquemas o que repetimos la disposición del material o que somos reiterativos en el estilo de la dicción" (XXIX 12, 10). Sin embargo, Polibio no es un mero fedatario de la historia. Antes bien, es frecuente su presencia en primera persona en el relato, que interrumpe para valorar, aconsejar o interpretar; y esto, no cabe duda, introduce variedad en su estilo narrativo. La variedad, y el agrado que resulta de ella, se consigue, además –en el sentir de Polibio–, alternando, como él hace, los escenarios de los acontecimientos, algo que viene determinado, por otra parte, por su forma analística de ordenar la materia (véase epígrafe 11.3).

Su estilo, en fin, gana en viveza y frescura cuando cita refranes o se enzarza en la crítica de otros historiadores a los que ridiculiza hasta el extremo. Alguna vez, incluso, nos encontramos a un Polibio emotivo, como cuando narra el desgobierno, la confusión y el pánico generados por Dieo en Acaya (XXXVIII 15); o cuando describe la escena en que la esposa y los hijos de Asdrúbal increpan a éste cuando suplica a Escipión sólo por su vida tras la toma de Cartago (XXXVIII 20), una escena que había presenciado el propio Polibio. Pero la emotividad de nuestro autor es distinta del sensacionalismo de historiadores como

Filarco, a quien critica Polibio; no es un tributo a la distracción o al placer momentáneo, sino un apoyo más del auténtico propósito de la historia: "enseñar en todo tiempo a los que ansían saber por medio de hechos y de discursos verdaderos" (II 56, 11; las palabras de Polibio constituyen un recuerdo de las que escribió Tucídides en I 22, 2-4).

Al igual que los demás historiadores griegos, también Polibio reproduce discursos en sus *Historias*, pero tampoco encontramos en ellos grandes alardes estilísticos. De hecho, las diferencias entre el estilo de las partes narrativas y el estilo de los discursos de las *Historias* son mínimas: el mismo lenguaje sencillo y el mismo orden sintáctico normal. Y es que, para Polibio, los discursos desempeñan una importante función en la investigación de las causas, deben recoger exactamente lo que se dijo y en ningún caso deben inventarse para hacer vana exhibición retórica. "Los historiadores" –mantiene– "no deben empeñarse en demostrar su propia habilidad; deben exponer, en cuanto sea posible, la verdad de lo que se dijo tras investigarlo con atención, y de esto, lo más esencial y efectivo" (XXXVI 1, 7). Tampoco hay que prodigarse, como hacen otros, sino que es preciso seleccionar los discursos y lugares de la obra en que éstos han de insertarse. Su postura al respecto se ilustra con las críticas que dirige a Filarco (II 56, 10-11) y, sobre todo, a Timeo (XII 25a-25j):

> El que silencia los discursos pronunciados y las causas de los acontecimientos y en su lugar introduce ejercicios retóricos falsos y amplificaciones oratorias, elimina lo propio de la historia. Y Timeo lo hace en grado sumo: todos sabemos que sus libros están llenos de minucias de ese género (XII 25b, 4).

Así, Polibio distingue tres clases de discursos apropiados en una obra histórica: los que se dirigen al pueblo (*demegoríai*), las arengas a los soldados (*parakléseis*) y los discursos de embajadores (*presbeutikoí*) (XII 25i, 3), una categoría nueva, muy propia de la época helenística, a la que se alude aquí por primera vez. Pero lo cierto es que en lo conservado de las *Historias* son pocos los discursos en estilo directo que podemos leer, la mayoría de embajadores griegos (recordemos que muchos *excerpta* polibianos proceden de la antología temática de Constantino Porfirogéneta). Los más brillantes son los pronunciados antagónicamente por Cleneas de Etolia y Licisco de Acarnania (IX 28-39), en el momento crucial en que los griegos tenían que decidirse por Filipo o por Roma. Algunos discursos han sido ya resumidos por el propio Polibio, que, fiel a sus principios metodológicos, los ha compendiado con el objetivo de referir sólo los argumentos más pertinentes para los hechos que narra, lo que, a su vez, ha suscitado algunas sospechas sobre la historicidad de algunos de ellos: los oradores –Aníbal y Publio Escipión a la par, antes de la batalla del Tesino (III 63 y 64)–

dicen lo que se espera que digan de acuerdo con el nexo establecido entre los discursos y los sucesos, y, asimismo, los motivos, temas y sentimientos se repiten constantemente (Marincola, 2001: 131-132).

11.5. La historiografía según Polibio

En ningún autor encontramos tanta preocupación como en Polibio por cuestiones teóricas y metodológicas relativas a la historiografía. A lo largo de su obra son constantes sus reflexiones, que acompaña de críticas contra aquellos historiadores que practican una historiografía distinta de la suya. Lo que pretende ser su obra y lo que es lo dice claramente y muchas veces. El pensamiento de Tucídides debe deducirse de la lectura de su obra; el pensamiento historiográfico de Polibio lo expone él personalmente y sus críticas a historiadores prominentes anteriores a él son una prueba de su celo profesional.

La historiografía para nuestro autor debe ser, ante todo, una ciencia metódica (X 47, 12-13), demostrativa (acompañada de pruebas convincentes; III 1, 3) y útil; útil moralmente (I 35, 9: "la mejor educación para la vida real es la que resulta de la historia, pues es la única que sin causar perjuicio produce en toda situación y circunstancia jueces correctos de lo mejor"); útil para la actividad política (I 1, 2: "del aprendizaje de la historia resultan la formación y la preparación para una actividad política"), y útil porque los ejemplos del pasado nos estimulan en el presente y para el futuro (I 1, 2: "el recuerdo de las peripecias ajenas es el más clarividente y el único maestro que nos capacita para soportar con entereza los cambios de la fortuna"). En el propósito de nuestro autor –no debemos olvidarlo– siempre está la enseñanza del político, del hombre que maneja los asuntos públicos, que ha de saber combinar el éxito en las empresas con una conducta honorable (Eckstein, 1995: *passim*).

Para que este objetivo primordial se cumpla, la labor historiográfica se debe asentar sobre cuatro bases fundamentales: la búsqueda y transmisión de la verdad histórica, la investigación de las causas verdaderas de los hechos, la exposición de los hechos políticos y militares y la perspectiva "universal" de la historia.

Es en el capítulo 14 del libro II donde más claramente habla Polibio de esa servidumbre del historiador con respecto a la verdad. Su reflexión viene a cuento de la visión sesgada que Filino y Fabio Píctor han transmitido de las primeras guerras de Roma con Cartago y sus palabras no pueden ser más claras:

> (3) Debido a sus preferencias y a su total parcialidad, Filino cree que los cartagineses lo han hecho todo con prudencia, con nobleza y con valor,

> y los romanos, lo contrario. Fabio, justamente al revés. (4) En las demás facetas de la vida quizá no pueda rechazarse tal inclinación, pues, en efecto, el hombre cabal debe ser amigo de sus amigos y amigo de su país y también debe compartir con los amigos el odio a los enemigos y el amor a los amigos. (5) Pero cuando uno toma conciencia del carácter propio de la historia, hay que olvidar completamente tales inclinaciones. Muchas veces habrá que alabar a los enemigos y exornarles con los máximos elogios, cuando sus actos así lo requieran; y muchas veces también habrá que censurar y despreciar vergonzosamente a los más allegados, cada vez que lo exijan sus faltas de conducta. (6) Pues, de igual modo que un ser vivo privado de la vista es totalmente inútil, así lo que le queda a la historia si se le quita la verdad es un relato inservible (I 14, 3-6).

Que Polibio practica la imparcialidad se observa en los reproches que, algunas veces, hace precisamente a los romanos (sobre todo en los últimos años narrados en las *Historias*); o, viceversa, en los elogios que dedica a Aníbal, a pesar de que su larga estancia en Roma y su estrecha relación con el círculo de los escipiones le habrían inculcado una visión filorromana de los acontecimientos. No obstante, tampoco para Polibio hay que idealizar el principio de la objetividad absoluta (Meister, 1998: 197). En general, siempre encuentra una justificación para los romanos y es demasiado adverso a Filipo y a Perseo (sobre la visión que Polibio tuvo de Roma, véase texto 49). En su relato de la Primera Guerra Púnica sigue más al filorromano Fabio Píctor y, cuando trata de acontecimientos que le tocan más de cerca, como los de la Liga Aquea, resurgen los odios y las simpatías del partidismo local. De hecho, dedica un excesivo e injustificado espacio a la historia de su propia patria aquea en detrimento de los etolios, somera y parcialmente presentados (II 37-71), y las críticas que dirige al historiador Filarco para exaltar a Arato en relación con la Guerra de Cleómenes (II 56-63) sugieren cierta tendenciosidad partidista. Por no mencionar el silencio, por lo menos en el Polibio que hemos conservado, sobre episodios que habrían afeado ese modelo de armonía interna que era Roma, como el escándalo de las bacanales, los conflictos entre Catón y otros dirigentes o las diferencias sobre la destrucción de Cartago.

Abomina Polibio, asimismo, de aquellos autores que, como Timeo, aderezan en exceso los discursos o los inventan para lucimiento retórico propio (XII 25a, 5), o quienes, como los historiadores de Aníbal, introducen elementos maravillosos o a los dioses en sus historias (III 48, 8); o de aquellos otros que, como Filarco, han falseado también la verdad en beneficio de un relato efectista, confundiendo la historia con la tragedia:

> Conviene que el historiador con su obra no intente fascinar y maravillar al primero que encuentre. Conviene que no invente discursos en cualquier

> oportunidad y que no describa las consecuencias marginales de lo sucedido. Esto corresponde a los autores de tragedias; el historiador debe limitarse a recordar lo que en verdad se dijo y se hizo, por vulgar que sea (II 56, 10).

Hay, no obstante, quienes piensan que tampoco en este punto Polibio ha cumplido enteramente sus preceptos (Marincola, 2001: 139). No sólo se ha puesto en duda la historicidad de algunos de sus discursos, sino que también ha dado cabida en sus *Historias* al elemento emotivo (véase epígrafe 11.4), por no hablar de la propia presencia de la Fortuna. El excesivo rigor, en fin, con el que trata a Timeo vendría motivado por la necesidad de aparecer él mismo como mejor que el más afamado historiador de Occidente (Walbank, 1985: 262-279).

Pero la utilidad de la historia no depende sólo de la verdad, la imparcialidad, el rigor y la objetividad en la narración de los hechos. Además, el historiador debe investigar las causas de los acontecimientos, "ya que si se suprime de la historia el porqué, el cómo, el gracias a quién sucedió lo que sucedió y si el resultado fue lógico, lo que queda es un ejercicio, pero no una lección. De momento deleita, pero es totalmente inútil para el futuro" (III 31, 11-13). Sin embargo, no todo lo que los historiadores dan como causas lo son realmente. Las verdaderas causas (*aitíai*) se hayan en los juicios (*krísieis*), decisiones (*dialépseis*), planes (*epínoiai*) y razonamientos (*syllogismoí*) que preceden a una acción concreta (III 6, 7-7, 7). Hay que distinguirlas –como había hecho Tucídides– de los pretextos (*propháseis*) que alegan los protagonistas de esos hechos para justificar la acción, y también del comienzo (*arkhé*), que son los primeros intentos (*epibolaí*) o acciones (*práxeis*) de lo que ya ha sido decidido. Es el célebre intelectualismo etiológico de Polibio, que no debe exagerarse (Lens, 1988: 928), pues el individuo, inspirado por la razón o por la pasión, en su vertiente racional e irracional, tiene un decisivo papel en el desarrollo de los hechos, como también lo tiene la Fortuna (véase epígrafe 11.7).

Con respecto al material historiable, dice Polibio, en el proemio al libro IX, que su obra comporta cierta austeridad y uniformidad temática que sólo un determinado público sabrá apreciar. La mayoría de autores, para atraer el interés de gentes de todas las condiciones, echa mano de todas las clases de historias y mezclan genealogías, fundaciones de ciudades y otras cosas antiguas con hechos de pueblos, ciudades y soberanos. Nuestro autor, sin embargo, declara que él ha decidido, a sabiendas de que sus *Historias* van a resultar poco atractivas, escribir una historia *pragmatiké*, sólo "de hechos" (*práxeis*). He aquí las razones de su elección:

> (4) Hemos elegido la historia de hechos, primero porque la materia se renueva de forma constante y precisa de una exposición también nueva, pues a los antiguos les era imposible contarnos los hechos entonces por

venir; (5) y, en segundo lugar, porque este tipo de historia ha sido la más útil de todas en los tiempos pasados, y ahora lo es especialmente, pues, en mi opinión, el conocimiento científico y las artes han conseguido un progreso tan grande que los que desean aprender pueden tratar cualquier tipo de hecho que ocurra con el método más adecuado. (6) Por eso no nos hemos dejado llevar tanto por el goce que vayan a obtener nuestros lectores futuros como por el provecho de quienes nos lean atentamente (IX 2, 4-6).

Algunos estudiosos deducen de estas palabras que la historia "pragmática" sólo puede hacerse sobre el presente o sobre el pasado inmediato que explica el presente, y la terminan definiendo como "una historia centrada en hechos contemporáneos que tiene por objeto la narración de sucesos políticos y militares" (Meister, 1998: 191-192). El propio Polibio, en su polémica con Timeo y otros historiadores, establece tres componentes fundamentales en la historia "pragmática" (XII 25e): el examen minucioso de las fuentes documentales, el conocimiento de los lugares donde discurren los acontecimientos y la experiencia en la actividad política, que, a su vez, determinan los requisitos del buen historiador (véase epígrafe 11.6).

De otro lado, nuestro autor se ha percatado de que, en un determinado momento (que Polibio fija en la Olimpiada ciento cuarenta), los hechos que ocurren en todas las partes del mundo "se entrelazan" y, al cabo de cincuenta y tres años, han confluido en el mismo resultado: el dominio indiscutible de Roma sobre todas ellas. "Vemos" –escribe– "que la guerra de Antíoco se originó en la de Filipo, ésta en la de Aníbal y la de Aníbal en la de Sicilia; los hechos que hubo entre ellas representan muchas y variadas peripecias, pero convergen en un mismo fin" (III, 32, 7). Para explicar tan inaudito acontecer no valen las historias monográficas de esas guerras, que sólo pueden dar cuenta parcial de lo sucedido, sino una historia "universal", que investigue "la estructura general y total de los hechos ocurridos, cuándo y de dónde se originaron, y cómo alcanzaron su culminación" (I 4, 3; *véase texto 45*). Hasta la aparición de Roma en el Mediterráneo, los hechos que tenían lugar en las distintas partes del mundo no tenían ninguna relación entre sí. Pero, desde entonces, todo parece haber girado en torno a Roma. Por ello, la única historia válida es, según Polibio, la que investiga y narra los sucesos de todas las regiones del mundo; mas no de forma separada, sino con una perspectiva orgánica y global, que trascienda la historia particular para convertirse en historia universal con Roma como factor que proporciona sentido y cohesión. Éste es el "universalismo romano" de Polibio, distinto del que practicó Éforo (el único que, según Polibio V 33, 2, ha escrito antes que él historia universal), pues el de Cime no dirigía ni organizaba su investigación histórica con un objetivo tan determinado, y sólo –y no es poco– pretendió trazar la historia de todos

los pueblos que entraron en contacto con los griegos, desde los orígenes hasta su tiempo (véase epígrafe 7.1).

11.6. El historiador según Polibio

Como Cicerón hará más tarde con respecto al orador ideal, Polibio se ha forjado su definición de lo que debe ser el historiador ideal a partir de su propia experiencia (Marincola, 2001: 136-137). Polibio afirma que el historiador, como el buen médico, debe compaginar teoría y práctica, investigación y experiencia (XII 25d-25f). Es decir, debe dedicarse al estudio cuidadoso de las fuentes documentales y de otras obras históricas fiables, útiles para el conocimiento de las épocas antiguas y de los sucesos no vividos por él mismo. Y Polibio, en efecto, cita y utiliza críticamente a Filarco o a Arato para los hechos más antiguos de los griegos; a Éforo, Teopompo, Calístenes o a Timeo para los más recientes; a Filino, Fabio Píctor, Sósilo o a Sileno, para los asuntos romano-cartagineses. Con su contemporáneo Zenón de Rodas mantuvo, incluso, correspondencia crítica, como Polibio mismo manifiesta (XVI 20, 5). Y también ha debido de conocer y consultar documentos oficiales griegos y romanos, que, a veces, recoge literalmente, y, con bastante probabilidad, los archivos privados de los escipiones (XXI 8).

Pero un historiador no debe quedarse ahí. "Timeo" –censura nuestro autor– "piensa que, basándose sólo en su habilidad para la investigación de escritos, ya puede hacer historia de los hechos acaecidos, lo cual es una puerilidad. Es como si uno se creyera capacitado para ser un buen pintor, maestro de pintores, por el simple hecho de haber contemplado las obras de pintores antiguos" (XII 25e, 7). El buen historiador también debe ser él mismo testigo ocular de los hechos que narra o recabar la información de quienes lo hayan sido (*autopsía*) y, además, para evitar errores y comprender correctamente el desarrollo de los acontecimientos, precisa un conocimiento directo de los parajes donde éstos han tenido lugar. "Los propios investigadores" –escribe Polibio– "lo dicen sin ambages. Éforo manifiesta que si pudiéramos ser testigos oculares de todo lo dicho, esta experiencia sería muy distinta de las otras. Teopompo declara que el mejor expositor de temas bélicos es el que se ha encontrado en más batallas y el más hábil en componer discursos, el que más ha participado en debates políticos" (XII 27, 7-8). Sin embargo, Éforo, Teopompo o Timeo, a pesar de su fama, carecen de esa práctica y por eso sus descripciones y relatos están plagados de incoherencias o detalles impertinentes (XII 25f-25h). Nuestro autor, sin embargo, sí cumple esta condición y hace gala, por ejemplo, de su relación

con destacados protagonistas de sus *Historias,* que le habrían suministrado información de primera mano de haber sido él mismo partícipe o responsable de parte de los hechos narrados y de haber realizado viajes por los diferentes escenarios de sus *Historias* para tener un conocimiento directo de los mismos. Por esto último, se comprende la importancia que Polibio otorga a las descripciones geográficas, unas al hilo del relato, con las que pretende poner ante los ojos de los lectores y para la correcta interpretación de los acontecimientos los lugares exactos donde éstos se desarrollaron; otras de carácter más general (de Italia en II 14-17, de las regiones del mar Negro en IV 38-44, de Agrigento en IX 27, etc.), formando casi auténticas digresiones. Incluso parece haber dedicado todo un libro (XXXIV) a discutir cuestiones de geografía general y teórica polemizando con algunos geógrafos. Y es que la geografía, como el examen de las fuentes y la experiencia política, es para Polibio un componente esencial de la historia "pragmática" (XII 25e, 1), porque ayuda a exponer y a comprender correctamente los hechos y, por añadidura, constituye un saber necesario en el buen jefe militar (IX 15).

Con todo, la más importante cualidad del historiador es la de poseer experiencia política y militar. "El que carece de experiencia bélica no puede describir bien lo que ocurre en la guerra, ni puede tratar de política el que no ha intervenido en sus avatares y en sus cambios. La obra redactada por eruditos librescos sin experiencia, que no han vivido su temática, es inútil para los lectores" (XII 25g, 1-2). Un hombre con propia experiencia es capaz de justipreciar los hechos, de valorar adecuadamente a sus protagonistas y de comprender mejor los móviles del devenir histórico sin necesidad de acudir a fuerzas extrañas o maravillosas. Quienes, por ejemplo, han escrito sobre Escipión sin cumplir esa condición no han sabido apreciar debidamente la excelencia de su carácter, de su formación y de sus acciones, atribuyendo sus éxitos a la intervención de los dioses o de la Fortuna (X 5, 8). Desde luego, nuestro autor contaba con esa experiencia. Se le nota, sobre todo, cuando narra las batallas y trata asuntos de estrategia militar, lo que hace con gran precisión e interés. Da frecuentemente, por ejemplo, detalles sobre la posición y el movimiento de las tropas en las batallas, describe el entrenamiento y el uso adecuado de la caballería (X 23), valora la intervención de los batallones de mercenarios (I 67), explica los sistemas de comunicación a distancia mediante señales (X 43-47) e incluso define las cualidades y los conocimientos que debe tener un buen jefe militar (IX 15). Polibio, en fin, pensando en su propia biografía, reivindica, en pro del mejor servicio a la posteridad, una mayor interconexión entre la actividad historiográfica y la actividad política:

> (1) Creo que la prestancia de la historia demanda un hombre como éste. (2) Platón, como sabemos, afirma que los asuntos humanos marcharán

bien cuando los filósofos reinen o cuando los reyes filosofen. (3) Yo, por mi parte, diría que la historia irá bien cuando las historias se pongan a escribirlas los hombres de acción y su dedicación a ellas no sea, como ahora, algo accesorio [...] (5) o cuando los historiadores piensen que la experiencia en los asuntos políticos y militares es indispensable para su obra de historia (XII 28, 1-5).

11.7. El pensamiento de Polibio: razón y Fortuna en el acontecer histórico

No se aparta excesivamente Polibio de la concepción que sobre el devenir histórico tenían Heródoto o Tucídides. Lo que realmente hace útil a la historiografía es que los acontecimientos históricos suceden según unos patrones fijos y de acuerdo con ciertas motivaciones, que son los que el historiador debe desvelar, ofreciendo, así, un instrumento de análisis correcto para las situaciones futuras, a fin de que el político imite lo bueno, rechace lo malo y no repita los mismos errores del pasado.

Para Polibio, primero existe una relación directa entre los regímenes políticos de los pueblos y sus actuaciones; de ellos "surgen, como de una fuente, no sólo las ideas y las iniciativas en las acciones, sino también sus resultados" (VI 2, 3). Sería la primera forma de causalidad que hay que comprender en la historia. Lo tiene comprobado en el caso romano y por eso dedica un amplísimo excurso (el libro VI) a explicar las características de la constitución romana, que es la causa última del ascenso de Roma a la hegemonía mundial. En cualquier caso, Polibio cree que la historia de los pueblos no es ajena a la propia dinámica de la naturaleza, donde "todo está sujeto a destrucción y cambio" (VI 57, 1). Es en ese mismo excurso sobre la constitución romana donde Polibio fundamenta su famosa "anaciclosis", de raigambre estoica (sin que ello implique necesariamente adscripción de nuestro autor a dicha escuela; véase Díaz Tejera, 1972: XXVIII), o sucesión cíclica de las diversas formas de gobierno en un proceso que se repite constantemente a lo largo de los años (VI 5-10; véase texto 47) y la aplica, en una perspectiva cíclico-biológica, al estudio de la historia. Los pueblos, y esto es un aviso de Polibio para caminantes, pasan ineludiblemente, como los seres vivos, por sucesivas etapas de crecimiento y decadencia, y Roma no va a ser ajena a este proceso natural. La anaciclosis es paralela a la creencia en la sucesión de los imperios (Persia-Macedonia-Roma?; la interrogante se la plantea Escipión en XXXVIII 21, 1), como ya había sido formulada por Heródoto para Asiria-Media-Persia. Hemos de recordar que nuestro autor añadió a su plan inicial varios libros más para valorar el comportamiento

de Roma tras conseguir la hegemonía mundial. Y esa valoración, a tenor de los fragmentos conservados, no parece ser muy favorable: en su relación con los pueblos conquistados buscan siempre el propio interés (XXXI 21, 5-6) y, como conquistadores, enseguida adoptaron una conducta laxa (XXXI 25, 4-5), lo que "suscitaba" –escribe Polibio– "la indignación de Marco Catón, quien en una ocasión dijo al pueblo que la prueba más segura de la degradación en la ciudad podían verla cada vez que los jóvenes acaudalados compraban algo que no fueran campos y siempre que preferían las jarras de salazón a los arados" (XXXI 25, 5a). Con probabilidad, esta reflexión pesimista sobre la anaciclosis y sucesión de los imperios, que sugiere un cambio en el pensamiento de Polibio, forma parte de las revisiones y añadidos practicados por nuestro autor después del año 146 a. C., una vez que la república romana ha presentado los primeros síntomas de degeneración. Su modélica constitución mixta, que la ha llevado a la soberanía mundial, no ha sido capaz de detener el ciclo biológico y el proceso de cambio (un "fin de la historia" *avant la lettre*), como Polibio hubiera esperado porque con ella, en principio, se contrabalanceaban a la perfección los poderes "monárquico", "aristocrático" y "democrático".

También los caracteres y las actuaciones concretas de gobernantes y jefes militares constituyen una importante forma de causalidad, pues, al final, son los individuos quienes tienen la responsabilidad sobre el inicio de los hechos y, con sus decisiones racionales o irracionales, determinan su desarrollo y sus resultados. Los escipiones, Aníbal, Filipo, Perseo, Filopemén, Átalo, etc., han tenido una decisiva influencia, para bien y para mal, en el curso de los acontecimientos en que se vieron envueltos y, por ello mismo, de acuerdo con el utilitarismo polibiano, se convierten en modelos válidos de comportamiento político y militar. Polibio traza sus caracteres (de Paulo Emilio en XXXI 22; de Escipión el Africano en X 2-5; de Escipión Emiliano en XXXVIII 21, 1-3; de Aníbal en IX 22-26; de Filipo en VII 11-14a; de Filopemén en X 21-24; etc.), analiza su actuación en los sucesos y reconoce en muchos de ellos una conducta y habilidad excepcionales, que glosa debidamente "para deleite de adultos y provecho de jóvenes" (XXXI 30, 1; en relación con la semblanza que hace de Escipión Emiliano, un individuo ejemplar en contraste con la degradación moral en la que ya se hallaba la ciudad de Roma). La forma de actuar de estos personajes no es, sin embargo, siempre la misma. Antes bien, las circunstancias y los individuos que les rodean y les aconsejan pueden tener una influencia decisiva (negativa, por ejemplo, para Aníbal en IX 24, 5-8, y para Filipo en VII 14a). Por ello, es importante –afirma Polibio– "elegir bien a los amigos" (VII 14a, 6).

Hay, asimismo, una tercera forma de causalidad, la Fortuna (*Tykhe*), personificada, menos racional y nada inteligible, a la que sólo se debe acudir –declara Polibio– "cuando, dada nuestra condición humana, es difícil o imposible averiguar

las causas" (XXXVI 17, 2; sobre la Fortuna en Polibio, asunto muy debatido, véase Díaz Tejera, 1981: 33-37). La Fortuna sería, por ejemplo, la única "explicación" de las catástrofes naturales (Fortuna se asimila, entonces, a Naturaleza); de sucesos históricos concretos que han tomado un rumbo inexplicable por causa de algún hecho inesperado, como la presencia casual de una gran cantidad de soldados en Roma, que disuadió a Aníbal de su ataque (IX 5, 5) (Fortuna como puro azar); de la confluencia en un momento dado de diversas circunstancias que determinan la propia historia, como el hecho de que Roma apareciera en el escenario mundial en aquella coyuntura y se hiciera con el poder indiscutible, pergeñada de una constitución ideal y de excelentes políticos y militares (Fortuna como motor de la historia; es así como aparece primero en Polibio); y, por último, también es, en ocasiones, la única causa "razonable" de ciertos avatares, inexplicables por otros medios, en que la Fortuna actúa como una especie de divinidad vengadora, asimilable a aquella divinidad "envidiosa" de Heródoto que velaba por el equilibro y gobernaba providencialmente el porvenir (*véase epígrafe 3.6*). Es la causa que puede aducirse para la rebelión de Filipo el Impostor contra los romanos, que habría provocado la ruina de Macedonia (XXXVI 17, 16). Coexisten, así pues, en Polibio dos concepciones fundamentales de la Fortuna: como causa impersonal de los acontecimientos y como potencia que actúa conscientemente. Algunos estudiosos han querido ver en esta doble concepción una evolución del pensamiento de nuestro autor, que habría visto primero a la Fortuna como el motor consciente de la historia (el tema central de su obra), para acabar considerándola una fuerza impersonal. Pero quizá no sea más que otra de esas tensiones del pensamiento de nuestro historiador, que difícilmente podía reducir la explicación del complejo período histórico que se había propuesto estudiar al puro análisis racional de las causas (Lens, 1988: 928).

La formulación de la Fortuna como una especie de divinidad inescrutable, pero providencial, se ha considerado, en fin, como una muestra del agnosticismo religioso de Polibio, de raigambre estoica. Nuestro autor cita como autoridad un libro de Demetrio Falereo titulado *La Fortuna*, que "muestra claramente a los hombres la volubilidad del destino" (XXIX 21, 2), pues nadie se podía esperar que el poderío persa hubiera podido sucumbir a manos de los macedonios y éstos, a manos de los romanos. De todo ello se extrae la advertencia de que el ser humano y, por extensión, las naciones enteras no deben confiar en su buena Fortuna ni mucho menos hacer alarde de ella, sino mostrarse prudentes y moderados. El final de Aníbal, de Asdrúbal, de Filipo, de Perseo y de sus propios pueblos es la prueba: "los necios se diferencian de los prudentes en que éstos aprenden de las desgracias de los demás y los primeros, de las propias" (XXIX 20, 4; son las palabras que dirige Paulo Emilio al Senado romano tras la victoria sobre Perseo).

Por lo demás, en relación con las creencias religiosas, Polibio, se muestra respetuoso con los dioses y con las tradiciones, pero, como historiador al menos, considera que "el temor a los dioses" (*deisidaimonía*) es un instrumento ideado por los gobernantes para controlar al pueblo:

> (10) Si fuera posible constituir una ciudad habitada sólo por personas sabias, el temor a los dioses no sería necesario. (11) Pero como la masa es versátil y está llena de pasiones injustas, de rabia irracional y de coraje violento, sólo queda contenerla con el miedo de cosas desconocidas y truculencias de este tipo. (12) Por eso, creo yo, los antiguos no inculcaron a las masas por casualidad o por azar las imaginaciones de dioses y las narraciones de las cosas del Hades, y los de ahora cometen una temeridad irracional al suprimir esas cosas (VI 56, 10-12).

De hecho, considera que la extrema religiosidad del pueblo romano, presente en los ámbitos privado y público, es uno de los principales baluartes de Roma, de su estabilidad y de su éxito (VI 56, 6-9).

11.8. Valoración e influencia de Polibio

A pesar de los comentarios negativos que le había dedicado Dionisio de Halicarnaso, Polibio fue un autor metodológicamente admirado por la historiografía posterior. El propio Dionisio de Halicarnaso reconoce indirectamente su autoridad al finalizar su *Historia antigua de Roma* en el punto en que Polibio comienza sus *Historias*. Ya en el siglo I a. C. Posidonio y Estrabón, entre los griegos, y Sempronio Aselión, Varrón, Nepote y Tito Livio, entre otros, fueron sus continuadores o seguidores. En los siglos siguientes aparece citado, entre otros, por Diodoro, Plinio el Viejo, Plutarco (que dice que Bruto hizo un epítome de las *Historias; Bruto* 4, 8), Apiano y Ateneo. Y Zósimo (siglos V-VI) considera a Polibio como el gran historiador de la ascensión del Imperio romano, mientras que él mismo sería el Polibio de su decadencia. Para la historiografía bizantina posterior fue también una fuente imprescindible, pero, seguramente, ya sólo contaban con ediciones fragmentarias. Al siglo X corresponden los *Excerpta Constantiniana*, esa especie de enciclopedia histórica que mandó componer el emperador Constantino Porfirogéneta, gracias a los cuales podemos conocer hoy muchos de los fragmentos de la obra de Polibio.

El humanismo italiano redescubrió a Polibio en sus facetas de historiador (Bruni, que hizo la primera paráfrasis en latín de una parte de las *Historias*) y pensador político (Maquiavelo), y su obra recibió los primeros estudios filológicos

por parte de Poliziano. Durante toda la edad Moderna tuvo una gran influencia, que disputaba al mismísimo Tácito, en la formación de las clases dirigentes, tanto por sus reflexiones sobre la constitución mixta como por sus lecciones de estrategia militar (el tratado *De militia romana* de Justo Lipsio, basado en Polibio, constituyó en su época el manual básico para la formación militar), aspectos ambos tan útiles en los tiempos de los estados absolutistas. De 1609 es, precisamente, la edición y la traducción latina de Isaac Casaubon, que, aunque no era completa del todo (faltaban algunos extractos constantinianos), por lo menos pretendía serlo, marcando un hito en las ediciones del texto de Polibio. En la época de la Revolución Francesa su influjo decreció en favor de Tucídides, pero todavía siguió fascinando a Montesquieu, el gran teórico de la separación de poderes.

Su visión del imperialismo romano ha condicionado las interpretaciones modernas de la historia de Roma hasta hace bien poco. Sólo con las nuevas perspectivas en el estudio de la historia de la república romana "estamos comenzando a construir" –escribía Momigliano, 1984: 242– "nuestro propio modelo del imperialismo romano. Al mismo tiempo creemos haber recolocado a Polibio en el ambiguo mundo al que pertenecía: el mundo de los griegos que debían sacar cuentas con sus señores romanos". No obstante, a pesar de sus posibles deficiencias como intérprete del mundo romano, que siempre aparece enfocado desde la perspectiva de un griego, debemos agradecer a nuestro autor la cantidad de información que recogió, analizó y transmitió a la posteridad con método y criterio.

Por su perspectiva universalista, orgánica de la historia, tan próxima a las modernas concepciones estructuralistas de los sistemas (Hjemslev recurre, como Polibio, al símil del cuerpo humano para explicar lo que es un sistema histórico), por sus reflexiones metodológicas y por sus análisis de las causas profundas del devenir histórico, Polibio ocupa hoy un lugar destacado entre los pensadores e historiadores de la Antigüedad (véase texto 50). Él cierra el círculo de la historiografía griega, que había empezado con la racionalización de las leyendas tradicionales y con los relatos de los viajeros del siglo VI a. C., que adquirió sus formas y métodos básicos en el siglo V a. C., que amplió sus horizontes y posibilidades literarias en los siglos IV y III a. C., que la apartaron un tanto de sus bases fundacionales, y que ha terminado en el siglo II a. C. siendo una historia moderna; es decir, una historia menos preocupada por la forma y más interesada en buscar y ofrecer una explicación de los hechos verdaderamente sucedidos y considerados en su conjunto. "Sólo así" –escribía Polibio– "uno lograría y podría alcanzar, a la vez, el goce y el provecho proporcionados por la historia" (I 4, 11).

Selección de textos

Texto 1: Las edades del mundo según Hesíodo

En el famoso mito de las cinco edades aparece ya formulada una idea muy presente en los historiadores posteriores: la progresiva decadencia de las diversas generaciones humanas.

> Al principio los Inmortales que habitan mansiones olímpicas crearon una dorada estirpe de hombres mortales. Existieron aquéllos en tiempos de Cronos, cuando reinaba en el cielo; vivían como dioses, con el corazón libre de preocupaciones, sin fatiga ni miseria; y no se cernía sobre ellos la vejez despreciable, sino que, siempre con igual vitalidad en piernas y brazos, se recreaban con fiestas ajenos a todo tipo de males. Morían como sumidos en un sueño; poseían toda clase de alegrías, y el campo fértil producía espontáneamente abundantes y excelentes frutos. [...]
>
> En su lugar una segunda estirpe mucho peor, de plata, crearon después los que habitan las mansiones olímpicas, no comparable a la de oro ni en aspecto ni en inteligencia. Durante cien años el niño se criaba junto a su solícita madre pasando la flor de la vida, muy infantil, en su casa; y cuando ya se hacía hombre y alcanzaba la edad de la juventud, vivían poco tiempo llenos de sufrimientos a causa de su ignorancia; pues no podían apartar de entre ellos una violencia desorbitada ni querían dar culto a los Inmortales ni hacer sacrificios en los sagrados altares de los Bienaventurados, como

es norma para los hombres por tradición. A éstos más tarde los hundió Zeus Crónida irritado porque no daban las honras debidas a los dioses bienaventurados que habitan el Olimpo. [...]

Otra tercera estirpe de hombres de voz articulada creó Zeus padre, de bronce, en nada semejante a la de plata, nacida de los fresnos, terrible y vigorosa. Sólo les interesaban las luctuosas obras de Ares y los actos de soberbia; no comían pan y en cambio tenían un aguerrido corazón de metal. [...]

Y ya luego, desde que la tierra sepultó también esta estirpe, en su lagar todavía creó Zeus Crónida sobre el suelo fecundo otra cuarta más justa y virtuosa, la estirpe divina de los héroes que se llaman semidioses, raza que nos precedió sobre la tierra sin límites. A unos la guerra funesta y el temible combate los aniquiló bien al pie de Tebas la de siete puertas, en el país cadmeo, peleando por los rebaños de Edipo, o bien después de conducirles a Troya en sus naves, sobre el inmenso abismo del mar, a causa de Helena de hermosos cabellos. [...]

Y luego, ya no hubiera querido estar yo entre los hombres de la quinta generación sino haber muerto antes o haber nacido después; pues ahora existe una estirpe de hierro. Nunca durante el día se verán libres de fatigas y miserias ni dejarán de consumirse durante la noche, y los dioses les procurarán ásperas inquietudes; pero no obstante, también se mezclarán alegrías con sus males. Zeus destruirá igualmente esta estirpe de hombres de voz articulada, cuando al nacer sean de blancas sienes. [...]. La justicia estará en la fuerza de las manos y no existirá pudor; el malvado tratará de perjudicar al varón más virtuoso con retorcidos discursos y además se valdrá del juramento. La envidia murmuradora, gustosa del mal y repugnante, acompañará a todos los hombres miserables. Es entonces cuando Aidos y Némesis, cubierto su cuerpo con blancos mantos, irán desde la tierra de anchos caminos hasta el Olimpo para vivir entre la tribu de los Inmortales, abandonando a los hombres; a los hombres mortales sólo les quedarán amargos sufrimientos y ya no existirá remedio para el mal.

Hesíodo, *Trabajos y días*, versos 108-202 (trad. de A. Pérez Jiménez y A. Martínez Díez, Gredos, Madrid, 1983)

Texto 2: Cualidades del historiador según Luciano de Samosata

Esta obrita de Luciano es la única que nos ha quedado de la antigüedad sobre "teoría de la historia". Su prestigio e influjo se deja notar en los tratadistas del Renacimiento.

Así debe ser para mí el historiador: intrépido, incorruptible, libre, amigo de la libertad de expresión y de la verdad, resuelto, como dice el cómico

al llamar a los higos, higos, al casco, casco, que no rinda tributo ni al odio ni a la amistad, ni omita nada por compasión, pudor o desagrado, que sea un juez ecuánime, benévolo con todos para no adjudicar a nadie más de lo debido, forastero en sus libros y apátrida, independiente, sin rey, sin que se ponga a calcular qué opinará éste o el otro, sino que digas las cosas como han ocurrido.

(42) En este sentido, Tucídides estableció muy bien la norma y distinguió entre la virtud y el vicio del historiador, sobre todo al ver que Heródoto fue admirado hasta el punto de que se pusiera el nombre de las Musas a sus libros. Y así afirma que está componiendo un bien para siempre más que una representación para la actualidad, y que no le tiene apego al mito, sino que trata de dejar a la posteridad la verdad de los acontecimientos; añade la utilidad y el objetivo que sensatamente podrían ponerse como base de la historia, para que si alguna vez se presenta una situación parecida, dice, puedan consultar los testimonios escritos con anterioridad y tratar correctamente su situación presente.

Luciano, *Cómo se debe escribir la historia* 41-42 (trad. de J. Zaragoza Botella, vol. III, Gredos, Madrid, 1990)

Texto 3: Los logógrafos y el origen de la historiografía griega

He aquí una atinada valoración realizada por José Luis Romero, influyente pensador e historiador del ámbito iberoamericano.

El logógrafo ha descubierto, en efecto, que hay que indagar los datos, someterlos a alguna suerte de comprobación y ordenarlos dentro de un esquema proporcionado por cierta interpretación de la realidad. Advirtamos que no siempre procede en consecuencia y que se necesitarán varios siglos para que ese planteo cognoscitivo, aparentemente tan sencillo, consiga ajustarse a ciertas categorías mentales, de las que dependerán los resultados satisfactorios. Pero el pensamiento histórico occidental empieza con ellos precisamente porque han entrevisto esos diversos pasos y la necesidad de su sucesión. Y no sólo empieza con ellos por eso, sino también porque han entrevisto –con la misma vaguedad, naturalmente– que la historia es cosa de hombres, que sus contenidos son humanos y que es menester encontrar para lo que ocurre en ella explicaciones estrictamente humanas. Naturalmente, no pudieron los logógrafos desprenderse totalmente de cierta predisposición a descubrir la intervención de fuerzas extrahumanas en el curso de la vida histórica –como le ocurría al aedo homérico–, y aun el propio Heródoto revelará esa tendencia. Pero hay más de tradición que de arraigada concepción de la vida. El criticismo que despierta por entonces comien-

za a discriminar entre lo humano y lo divino, e insinúa la tendencia a radicar los móviles de la conducta histórica dentro de un área estrictamente humana y a explicarlos según un criterio general que preanuncia el naturalismo. La línea de pensamiento histórico que va de Heródoto a Polibio comienza a dibujarse vagamente a través del que elaboran los logógrafos para afirmar definitivamente su trazo con el historiador de las guerras Médicas. Toda esta mutación es, sin duda, profunda, y aunque no podemos ahondar en sus enigmas por falta de testimonios –pues son pocos los fragmentos que se conservan de los logógrafos– es lícito deducir su significación a la luz de las consecuencias que provocó. No es poco decir que de ella nacieron Heródoto y Tucídides, inaugurando una línea de pensamiento coherente que conduce hasta Polibio.

(*De Heródoto a Polibio. El pensamiento histórico en la cultura griega,* Espasa Calpe, Buenos Aires-México, 1953, pp. 39-41)

Texto 4: La racionalización e "historización" del mito en Helánico de Lesbos

En estos fragmentos se comprueba cómo Helánico continúa con el proceso de racionalización e "historización" del mito iniciado por Hecateo –aunque no siempre lo consiga–, suprimiendo los elementos excesivamente maravillosos o sobrenaturales y aplicando el criterio de verosimilitud o la explicación etimológica. De paso, se observa la forma en que nos ha llegado la mayoría de las noticias sobre las obras de los logógrafos: citas de escoliastas y compiladores eruditos de épocas tardías.

Cita por el escoliasta de *Fenicias* 71 de Eurípides, alusiva a la *Forónide* (*FGrHist* 4, F 98):

> Es necesario saber, pues, que la llegada de Polinices a Argos no concuerda en todos. Pues Ferécides dice que Polinices fue expulsado por la fuerza. Helánico cuenta que, de acuerdo con lo pactado, cedió el poder a Eteocles y dice que éste le propuso una elección: tener el poder real o coger una parte de las riquezas y vivir en otra ciudad. Cogió la túnica y el collar de Harmonía y pasó a Argos, prefiriendo ceder el poder real a Eteocles a cambio de estas cosas, de las cuales el collar había sido un obsequio de Afrodita y la túnica un regalo de Atenea para aquélla. Una y otro se los dio a Argía, la hija de Adrasto. Según esto, Eurípides hizo uso de ambas historias: primero de la de Ferécides; luego, de la de Helánico.
>
> Helánico de Lesbos, *Fragmentos* 98 (trad. de José J. Caerols Pérez, CSIC, Madrid, 1991)

Cita realizada por Dionisio de Halicarnaso en su *Historia antigua de Roma* I 35, procedente también de la *Forónide* (*FGrHist* 4, F 111):

> Con el curso del tiempo recibió el nombre de Italia por un soberano, de nombre Italo. Éste dice Antíoco... que sometió bajo él a toda la tierra... era enotrio de nacimiento. Helánico de Lesbos dice que cuando Heracles conducía las reses de Geriones a Argos un ternero se le salió del rebaño mientras pasaba por Italia; en su huida recorrió toda la costa y, cruzando a nado el estrecho de mar que había en medio, llegó a Sicilia. Siempre que preguntaba a los indígenas de las tierras en que se encontraba en cada ocasión, mientras perseguía al ternero, si alguien lo había visto en alguna parte, como quiera que los hombres entendían muy poco la lengua de la Hélade y para designar al animal llamaban en su propia lengua *vitulo* al ternero –como aún hoy se dice–, toda la tierra que éste recorrió la llamó Vitulia, por el animal. Y no es extraño que el nombre se cambiase en el curso del tiempo hasta su forma presente, ya que muchos nombres griegos también han corrido la misma suerte. Por lo demás, tanto si tenía este nombre por un jefe, como dice Antíoco –cosa verosímil y más convincente–, como si lo tenía por un toro, según cree Helánico, en ambos casos es evidente que recibió tal denominación en tiempos de Heracles o bien un poco antes. Antes de esto, los griegos la llamaron Hesperia y Ausonia; los nativos, Saturnia.
>
> Helánico de Lesbos, *Fragmentos*, III (trad. de José J. Caerols Pérez, CSIC, Madrid, 1991)

Texto 5: Las costumbres de los persas

Cada vez que aparece un pueblo en la *Historia*, Heródoto detiene el curso de la narración y, en la línea de los logógrafos, suministra datos sobre su geografía, costumbres y tradiciones. El excurso que dedica a las costumbres persas (I 131-140) es un buen ejemplo.

> (133) De todos los días el que más suelen celebrar es el del aniversario de su nacimiento. En ese día consideran apropiado hacerse servir una comida más abundante que la de los demás días; en ella los persas ricos se hacen servir un buey, un caballo, un camello y un asno enteros, asados al horno, y los pobres se hacen servir animales menores. (2) Toman pocos platos fuertes, pero muchos postres, y no todos a la vez; por esta razón los persas dicen que los griegos terminan de comer con hambre, ya que, tras la comida propiamente dicha, no se les sirve nada que merezca la pena, pues, si se les sirviera algo exquisito, no dejarían de comer. (3) Son, además, muy dados al vino, pero no les está permitido vomitar ni orinar en presencia de otro. Esta regla, por cierto, es rígidamente observada. Por otra parte, suelen discutir los

asuntos más importantes cuando están embriagados; (4) y las decisiones que resultan de sus discusiones las plantea al día siguiente, cuando están sobrios, el dueño de la casa en que estén discutiendo. Y si, cuando están sobrios, les sigue pareciendo acertado, lo ponen en práctica; y si no les parece acertado, renuncian a ello. Asimismo, lo que hayan podido decidir provisionalmente cuando están sobrios, lo vuelven a tratar en estado de embriaguez.

(135) Los persas son los hombres que más aceptan las costumbres extranjeras. Y, así, llevan el traje medo, por considerarlo más distinguido que el suyo propio, y, para la guerra, los petos egipcios. Además, cuando tienen noticias de cualquier tipo de placer, se entregan a él; por ejemplo, mantienen relaciones con muchachos, cosa que aprendieron de los griegos. Por otra parte, cada uno se casa con varias esposas legítimas y se procura, además, un número muy superior de concubinas. (136) Entre ellos demuestra hombría de bien quien, además del valor en la guerra, puede mostrar muchos hijos; y al que puede mostrar más, el rey, todos los años, le envía regalos, pues consideran que el número hace la fuerza. (2) Desde los cinco, hasta los veinte años, sólo enseñan a sus hijos tres cosas: a montar a caballo, a disparar el arco y a decir la verdad. Y hasta que un niño no tiene cinco años, no comparece en presencia de su padre, sino que hace su vida con las mujeres. Esto se hace así con el fin de que, si muere durante su crianza, no cause a su padre pesar alguno.

Heródoto, *Historia* I 133 y 135-136 (trad. de C. Schrader, vol. I, Gredos, Madrid, 1977)

Texto 6: Antigüedad de los frigios y de los egipcios

Heródoto cuenta en este texto de qué ingeniosa manera Psamético descubre quiénes eran los hombres más antiguos. Entre los griegos existía la creencia de que la raza egipcia era la más antigua del mundo y el debate, como sabemos, no sólo tenía un interés erudito, sino que el origen y antigüedad de los pueblos se aducía como prueba de legitimación y primacía (véase epígrafe 1.2).

Por cierto que los egipcios, antes de que Psamético reinara sobre ellos, se consideraban los hombres más antiguos del mundo; pero desde que Psamético, al ocupar el trono, quiso saber qué pueblo era el más antiguo, desde entonces, consideran que los frigios son más antiguos que ellos y ellos más que los demás. (2) Resulta que Psamético, como no podía hallar, pese a sus indagaciones, ninguna solución al problema de quiénes eran los hombres más antiguos, puso en práctica la siguiente idea. Entregó a un pastor dos niños recién nacidos, hijos de las primeras personas que tenía a mano, para que los llevara a sus apriscos y los criara con arreglo al siguiente régi-

men de vida: le ordenó que nadie pronunciara palabra alguna ante ellos, que permaneciesen aislados en una cabaña solitaria y que, a una hora determinada, les llevara unas cabras; y luego, después de saciarlos de leche, que cumpliese sus restantes ocupaciones. (3) Psamético puso en práctica este plan y dio esas órdenes porque quería escuchar cuál era la primera palabra que, al romper a hablar, pronunciaban los niños, una vez superada la etapa de los sonidos ininteligibles. Y, en efecto, así sucedieron las cosas. Dos años llevaba ya el pastor en este menester, cuando, un día, al abrir la puerta y entrar en la cabaña, los dos niños, lanzándose a sus pies, pronunciaron la palabra *becós* al tiempo que extendían sus brazos. (4) Como es lógico, la primera vez que la escuchó, el pastor no le dio importancia, pero como, en sus frecuentes visitas para cuidar de ellos, esta palabra se repetía insistentemente, acabó por informar a su señor y, por orden suya, condujo a los niños a su presencia. Entonces, cuando Psamético los hubo escuchado personalmente, se puso a indagar qué pueblo daba a algún objeto el nombre de *becós* y, en sus indagaciones, descubrió que los frigios llaman así al pan. (5) Por lo tanto, y sacando deducciones de este hecho, los egipcios convinieron en que los frigios eran más antiguos que ellos. Que así sucedió lo escuché de labios de los sacerdotes de Hefesto en Menfis. Sin embargo, ciertos griegos, entre otras muchas tonterías, llegan a decir que Psamético mandó cortar la lengua a unas mujeres y dispuso que los niños se criaran con ellas en esas condiciones. En fin, eso es lo que me dijeron.

Heródoto, *Historia* II, 2 (trad. de C. Schrader, vol. I, Gredos, Madrid, 1977)

Texto 7: Debate sobre el mejor régimen de gobierno

Éste es uno de los pasajes más discutidos de la *Historia*. Al margen de su falta de historicidad (pues en Persia en ese momento, alrededor del año 520 a. C., se carecía, al menos, de experiencia democrática), constituye un reflejo de las primeras reflexiones en nuestro ámbito cultural sobre los regímenes políticos.

80. Una vez apaciguado el tumulto, y al cabo de cinco días, los que se habían sublevado contra los magos mantuvieron un cambio de impresiones acerca de todo lo ocurrido, y se pronunciaron unos discursos que para ciertos griegos resultan increíbles, pero que realmente se pronunciaron.

(2) Ótanes solicitaba, en los siguientes términos, que la dirección del Estado se pusiera en manos de todos los persas conjuntamente: "Soy partidario de que un solo hombre no llegue a contar en lo sucesivo con un poder absoluto sobre nosotros, pues ello ni es grato ni correcto. Habéis visto, en

efecto, a qué extremo llegó el desenfreno de Cambises y habéis sido, asimismo, partícipes de la insolencia del mago. (3) De hecho, ¿cómo podría ser algo acertado la monarquía, cuando, sin tener que rendir cuentas, le está permitido hacer lo que quiere? Es más, si accediera a ese poder, hasta lograría desviar de sus habituales principios al mejor hombre del mundo, ya que, debido a la prosperidad de que goza, en su corazón cobra aliento la soberbia; y la envidia es connatural al hombre desde su origen. (4) Con estos dos defectos, el monarca tiene toda suerte de lacras, en efecto, ahíto como está de todo, comete numerosos e insensatos desafueros, unos por soberbia y otros por envidia. Con todo, un tirano debería, al menos, ser ajeno a la envidia, dado que indudablemente posee todo tipo de bienes; sin embargo, para con sus conciudadanos sigue por naturaleza un proceder totalmente opuesto: envidia a los más destacados mientras están en su corte y se hallan con vida, se lleva bien, en cambio, con los ciudadanos de peor ralea y es muy dado a aceptar calumnias. (5) Y lo más absurdo de todo: si le muestras una admiración comedida, se ofende por no recibir una rendida pleitesía; mientras que, si se le muestra una rendida pleitesía, se ofende tachándote de adulador. Y voy a decir ahora lo más grave: altera las costumbres ancestrales, fuerza a las mujeres y mata a la gente sin someterla a juicio. (6) En cambio, el gobierno del pueblo tiene, de entrada, el nombre más hermoso del mundo: *isonomía*; y, por otra parte, no incurre en ninguno de los desafueros que comete el monarca: las magistraturas se desempeñan por sorteo, cada uno rinde cuentas de su cargo y todas las deliberaciones se someten a la comunidad. Por consiguiente, soy de la opinión de que, por nuestra parte, renunciemos a la monarquía exaltando al pueblo al poder, pues en la colectividad reside todo".

81. Ésta fue, en suma, la tesis que propuso Ótanes. En cambio Megabizo solicitó que se confiara el poder a una oligarquía en los siguientes términos: "Hago mías las palabras de Ótanes sobre abolir la tiranía; ahora bien, sus pretensiones de conceder el poder al pueblo no han dado con la solución más idónea, pues no hay nada más necio e insolente que una muchedumbre inepta. (2) Y a fe que es del todo punto intolerable que, quienes han escapado a la insolencia de un tirano vayan a caer en la insolencia de un vulgo desenfrenado. Pues mientras que aquél, si hace algo, lo hace con conocimiento de causa, el vulgo ni siquiera posee capacidad de comprensión. En efecto, ¿cómo podría comprender las cosas quien no ha recibido instrucción, quien, de suyo, no ha visto nada bueno y quien, análogamente a un río torrencial, desbarata sin sentido las empresas que acomete? (3) Por lo tanto, que adopten un régimen democrático quienes abriguen malquerencia para con los persas; nosotros, en cambio, elijamos a un grupo de personas de la mejor valía y otorguémosles el poder; pues, sin lugar a dudas, entre ellos también nos contaremos nosotros y, además, cabe suponer que de las personas de más valía partan las más valiosas decisiones". Ésta fue, en suma, la tesis que propuso Megabizo.

82. En tercer lugar, fue Darío quien expuso su opinión en los siguientes términos: "A mi juicio, lo que ha dicho Megabizo con respecto al régimen

popular responde a la realidad; pero no así lo concerniente a la oligarquía. Pues de los tres regímenes sujetos a debate, y suponiendo que cada uno de ellos fuera el mejor en su género (es decir, que se tratara de la mejor democracia, de la mejor oligarquía y del mejor monarca), afirmo que este último régimen es netamente superior. (2) En efecto, evidentemente no habría nada mejor que un gobernante único, si se trata del hombre de más valía; pues, con semejantes dotes, sabría regir impecablemente al pueblo y se mantendrían en el mayor de los secretos las decisiones relativas a los enemigos. (3) En una oligarquía, en cambio, al ser muchos los que empeñan su valía al servicio de la comunidad, suelen suscitarse profundas enemistades personales, pues, como cada uno quiere ser por su cuenta el jefe e imponer sus opiniones, llegan a odiarse sumamente unos a otros; de los odios surgen disensiones, de las disensiones asesinatos, y de los asesinatos se viene a parar a la monarquía; y en ello queda bien patente hasta qué punto es éste el mejor régimen. (4) Por el contrario, cuando es el pueblo quien gobierna no hay medio de evitar que brote el libertinaje; pues bien, cuando en el Estado brota el libertinaje, entre los malvados no surgen odios, sino profundas amistades, pues los que lesionan los intereses del Estado actúan en mutuo contubernio. Y este estado de cosas se mantiene así hasta que alguien se erige en defensor del pueblo y pone fin a semejantes manejos. En razón de ello, ese individuo, como es natural, es admirado por el pueblo. (5) Y, en virtud de la admiración que despierta, suele ser proclamado monarca; por lo que, en este punto, su caso también demuestra que la monarquía es lo mejor. Y, en resumen, ¿cómo –por decirlo todo en pocas palabras– obtuvimos la libertad? ¿Quién nos la dio? ¿Acaso fue un régimen democrático? ¿Una oligarquía, quizá? ¿O bien fue un monarca? En definitiva, como nosotros conseguimos la libertad gracias a un solo hombre, soy de la opinión de que mantengamos dicho régimen e, independientemente de ello, que, dado su acierto, no deroguemos las normas de nuestros antepasados; pues no redundaría en nuestro provecho".

Heródoto, *Historia* III 80-82 (trad. de C. Schrader, vol. II, Gredos, Madrid, 1979)

Texto 8: Discurso de Aristágoras ante el rey espartano Cleómenes

Son frecuentes los discursos en estilo directo dentro de la *Historia*. Será éste uno de los rasgos formales más llamativos de la historiografía griega. En esta ocasión, Aristágoras intenta convencer, sin éxito, a los espartanos para que intervengan en la rebelión jonia con argumentos que le presentan como un individuo intrigante y ambicioso (véase también V 124).

Y, en el curso de la entrevista, Aristágoras le dijo lo siguiente: "Cleómenes, no te extrañes por mi interés en venir hasta aquí, pues la situación,

en la actualidad, es la siguiente: los hijos de los jonios son esclavos, en lugar de hombres libres, lo cual constituye, principalmente para nosotros, un baldón y una amargura inmensa; pero también lo es para vosotros, más que para otros griegos, por cuanto que estáis a la cabeza de la Hélade. (3) En esta tesitura, liberad –¡por los dioses de Grecia!– de su actual esclavitud a los jonios, un pueblo de vuestra misma sangre. Y podéis culminar la empresa con facilidad, pues los bárbaros no son gente bizarra, mientras que vosotros, en el terreno militar, habéis alcanzado las máximas cotas en razón de vuestro arrojo. Por otra parte, sus armas de combate son las siguientes: arcos, flechas y una lanza corta; y van a las batallas con *anaxirides* y con turbantes en la cabeza, (4) de manera que resultan una presa fácil. Además, los habitantes de ese continente poseen más riquezas que todos los demás pueblos de la tierra juntos; principalmente oro, pero también cuentan con plata, cobre, ropas recamadas, acémilas y esclavos. Todo esto, con sólo desearlo de veras, podría ser enteramente vuestro. [...] (8) Así pues, lo que tenéis que hacer es aplazar las luchas que, por una zona realmente no muy grande ni tan productiva, y por pequeños territorios fronterizos, mantenéis contra los mesenios, que cuentan con fuerzas parejas a las vuestras, así como contra los arcadios y los argivos, que no poseen nada que se parezca al oro o a la plata, unos bienes que pueden empujar a cualquiera a morir combatiendo por el deseo de poseerlos; porque, cuando se os presenta la ocasión de imperar con facilidad sobre Asia entera, ¿vais a preferir alguna otra opción?".

Heródoto, *Historia* V 49, 2-8 (trad. de C. Schrader, vol. III, Gredos, Madrid, 1981)

Texto 9: La filosofía de la historia de Heródoto

En estas líneas, A. López Eire (1990: 83-84) resume cabalmente la concepción filosófica que del proceso histórico tiene Heródoto.

El orden que se descubre en la Naturaleza es también el de los hechos históricos (*tà genómena ex anthrópon)* y así, por ejemplo, los europeos y los asiáticos (cf. Hdt. I, 2, 1) se infligieron daños y se cobraron unos de otros venganzas acomodadas exactamente a los menoscabos sufridos (*ísa pròs ísa sphì genésthai*). En la Naturaleza o coinciden, o se suceden los términos opuestos, como en la circunferencia de un círculo coinciden su comienzo y su fin y cualquier punto de los que se suceden en ella podría ser considerado como su principio y como su fin. Asimismo en los sucesos históricos la rueda de la fortuna gira ciega distribuyendo y negando sus favores tan pronto a unos como a otros. Quien fue feliz debe temer dejar de serlo porque en la Naturaleza todo ocurre "en virtud de una reyerta (*érin)*" de contrarios sucesivos que, como ya

vimos, son esas cualidades o sustancias individualizadas que, según Anaximandro, deben pagar su pena y su compensación unas a otras.

Anaximandro planteó filosóficamente la existencia de una justicia cósmica porque las partes individualizadas de lo *ápeiron* deben pagarse mutuamente su culpa. Heráclito definió esta justicia cósmica como una "reyerta" de contrarios y Heródoto nos presenta una evolución histórica en que se van sucediendo inexorablemente las ascensiones y los desplomes, los triunfos y las derrotas, las hegemonías y las decadencias, como si en el acontecer histórico se reflejase exactamente el ritmo de la reyerta de los contrarios propio de la Naturaleza.

Vemos, por consiguiente, cuál es el principio científico sobre el que descansa la filosofía de la Historia por la que se rige Heródoto: la Naturaleza entendida como un constante y dinámico equilibrio de fuerzas contrarias, las cuales mediante incesante reyerta se van autocontrolando, imponiendo de este modo la justicia, ya que, según Heráclito (B 80 D-K), la reyerta es justicia. Del mismo modo en Heródoto la *némesis* divina acaba con la felicidad cuando está a punto de ser desmesurada.

Texto 10: Oráculo de Bacis sobre la batalla naval de Salamina

Heródoto, buen exponente de la religiosidad tradicional, recurre con frecuencia a oráculos, que vienen a ser los consejos de la divinidad. Aunque muchas veces son vaticinios realizados *post eventum*, como este oráculo atribuido a Bacis, los oráculos reflejan la ideología "apolínea" del historiador en el señalamiento de la responsabilidad moral de las actuaciones humanas.

Y por cierto que no puedo negar la veracidad de los oráculos, pues, cuando reparo en casos como el siguiente, no pretendo tratar de discutir su claridad meridiana:

Mirad, cuando, tras haber saqueado la radiante Atenas, con loca esperanza unan, mediante un puente de navíos, la sagrada playa de Ártemis, la de áurea espada, y Cinosura, a la que el mar baña, la divina justicia extinguirá al poderoso Kóros, hijo de Hybris, que, ebrio de deseos, cree poder absorberlo todo. (2) A fe que el bronce chocará con bronce y Ares teñirá de sangre el mar. En ese instante, traerán la libertad para la Hélade el hijo de Cronos, el de penetrante mirada, y la augusta victoria.

En casos como éste, y ante la tamaña claridad con que habla Bacis, yo, personalmente, no me atrevo a plantear objeciones a propósito de sus oráculos; y tampoco las admito en los demás.

Heródoto, *Historia* VIII 77 (trad. de C. Schrader, vol. V, Gredos, Madrid, 1989)

Texto 11: Discurso de Pericles en los comienzos de la guerra

Recogemos aquí los últimos párrafos del discurso que contiene la estrategia de Pericles y la respuesta de Atenas a las exigencias de Esparta, una implícita declaración de guerra.

143. (3) Me parece que lo de los peloponesios tiene tales o similares características, y que lo nuestro carece de eso que critiqué en aquéllos, además de tener otras ventajas no equiparables. (4) Si invaden nuestro país por tierra nosotros iremos por mar al de ellos y no será lo mismo devastar una parte del Peloponeso que el Ática entera, porque ellos no podrán conseguir otra tierra sin combatir, mientras que a nosotros nos queda mucha, no sólo en las islas sino también en tierra firme, pues es factor importante el dominio del mar.

(5) Pensad en esto; si fuéramos insulares ¿quiénes serían más inexpugnables? Ahora, ateniéndonos lo más posible a esa idea, nuestro plan debe ser abandonar las tierras y las casas y mantener la vigilancia sobre el mar y la ciudad, y, aunque nos irritemos por aquéllas, no presentar combate a los peloponesios que son mucho más numerosos –si vencemos, tendremos que luchar de nuevo con un número no inferior, y si fracasamos perderemos además los aliados, donde está nuestra fuerza, ya que no se quedarán quietos cuando nosotros no seamos capaces de ir contra ellos– ni debemos lamentarnos por las casas y las tierras, sino por las vidas, pues esas cosas no procuran hombres, sino los hombres son los que procuran esas cosas. Si creyese poder convenceros mandaría que vosotros mismos salieseis, las devastaseis y mostraseis a los peloponesios que no os vais a someter por ellas.

144. Por otras muchas razones sigo confiando en ganar, siempre que no queráis aumentar vuestro imperio mientras estéis en guerra, y añadir riesgos gratuitos. Estoy más lleno de temor por los errores propios que por los planes del enemigo, (2) pero esto se indicará en otro debate junto con el desarrollo de las operaciones.

Ahora despidamos a ésos con la respuesta de que permitiremos a los megarenses utilizar nuestro mercado y los puertos siempre que los lacedemonios no nos expulsen, en tanto que extranjeros, a nosotros o a nuestros aliados (en los tratados no se prohíbe ni esto ni aquello); que concederemos la independencia a las ciudades, si eran independientes cuando firmamos los tratados y siempre que ellos también concedan a sus ciudades el ser independientes, no de acuerdo con la conveniencia de los lacedemonios, sino según lo que cada una quiera; y que queremos someternos a un arbitraje según los tratados, y no comenzaremos la guerra, aunque rechazaremos a quienes la empiecen.

Esto es lo más justo a más de decoroso para nuestra ciudad que se responda.

Debe saberse que es inevitable ir a la guerra –mientras más deseosos de aceptarla nos mostremos, menos dispuestos a emprenderla estarán nuestros enemigos– y que de los mayores riesgos se originan para la ciudad y para el individuo los mayores honores.

Tucídides, *Historia de la guerra del Peloponeso* I 143, 3-144,2
(trad. de F. Romero Cruz, Cátedra, Madrid, 1988)

Texto 12: La condición humana en las guerras civiles

El episodio y valoración ética de la guerra civil (*stásis*) de Corcira constituye un ejemplo importante de la visión que de la Historia tiene Tucídides: narración de hechos políticos útiles para explicar el pasado, el presente y el futuro en virtud de la invariabilidad de la condición humana en circunstancias semejantes. He aquí los párrafos 82, 2-5.

Muchas calamidades se abatieron sobre las ciudades con motivo de las luchas civiles, calamidades que ocurren y que siempre ocurrirán mientras la naturaleza humana sea la misma, pero que son más violentas o más benignas y diferentes en sus manifestaciones según las variaciones de las circunstancias que se presentan en cada caso. En tiempos de paz y prosperidad tanto las ciudades como los particulares tienen una mejor disposición de ánimo porque no se ven abocados a situaciones de imperiosa necesidad; pero la guerra, que arrebata el bienestar de la vida cotidiana, es una maestra severa y modela las inclinaciones de la mayoría de acuerdo con las circunstancias imperantes. (3) Así pues, la guerra civil se iba adueñando de las ciudades, y las que llegaban más tarde a aquel estadio, debido a la información sobre lo que había ocurrido en otros sitios, fueron mucho más lejos en la concepción de novedades tanto por el ingenio de las iniciativas como por lo inaudito de las represalias. (4) Cambiaron incluso el significado normal de las palabras en relación con los hechos, para adecuarlas a su interpretación de los mismos. La audacia irreflexiva pasó a ser considerada valor fundado en la lealtad al partido, la vacilación prudente se consideró cobardía disfrazada, la moderación, máscara para encubrir la falta de hombría, y la inteligencia capaz de entenderlo todo, incapacidad total para la acción; la precipitación alocada se asoció a la condición viril, y el tomar precauciones con vistas a la seguridad se tuvo por un bonito pretexto para eludir el peligro. (5) El irascible era siempre digno de confianza, pero su oponente resultaba sospechoso. Si uno urdía una intriga y tenía éxito, era inteligente, y todavía era más hábil aquel que detectaba una; pero quien tomaba medidas para que no hubiera ninguna necesidad de intrigas, pasaba por destructor de la unidad de partido y por miedoso ante el adversario. En una palabra, era aplaudido quien

adelantaba a otro en la ejecución del mal, e igualmente lo era el que impulsaba a ejecutar el mal a quien no tenía intención de hacerlo.

Tucídides, *Historia de la guerra del Peloponeso* III 82-84
(trad. de Juan J. Torres, vol. II, Gredos, Madrid, 1991)

Texto 13: El "diálogo de los melios"

El dramático diálogo entre melios y atenienses, sobre cuya existencia histórica se ha dudado, es otra cabal muestra del genial pensador político que es Tucídides. Recogemos aquí algunos de los argumentos, universales, vertidos en este diálogo sobre la relación entre los fuertes y los débiles.

98. *Melios*: ¿Y no apreciáis seguridad en aquello que os propusimos? Porque llegados a este punto, del mismo modo que vosotros nos habéis hecho renunciar a los argumentos de derecho y tratáis de persuadirnos a que nos sometamos a vuestra conveniencia, es preciso también que a nuestra vez os hagamos ver lo que es útil para nosotros a fin de intentar persuadiros si se da el caso de que nuestra conveniencia coincide con la vuestra. Vamos a ver, todos aquellos pueblos que actualmente no son aliados de ninguno de los dos bandos, ¿cómo no los convertiréis en enemigos cuando dirijan su mirada a lo que está pasando aquí y se pongan a pensar que un día también marcharéis contra ellos? ¿Y con ese comportamiento, qué otra cosa haréis sino reforzar a vuestros enemigos actuales e incitar a convertirse en enemigos bien a su pesar a los que ni siquiera tenían intención de serlo?

99. *Atenienses*: No lo vemos así, puesto que no consideramos más peligrosos para nosotros a todos esos pueblos de cualquier parte del continente que, por la libertad de que gozan, se tomarán mucho tiempo antes de ponerse en guardia contra nosotros, sino a los isleños que en cualquier parte no se someten a nuestro imperio, como es vuestro caso, y a los que ahora mismo ya están exasperados por el peso ineludible de este imperio. Ésos son, en efecto, los que, dejándose arrastrar por la irracionalidad, podrían ponerse a sí mismos, y a nosotros con ellos, en un peligro manifiesto.

100. *Melios*: Pues, si vosotros corréis un tan gran peligro para no ser desposeídos de vuestro imperio, y también lo afrontan aquellos que ya son esclavos a fin de liberarse, para nosotros que todavía somos libres sería ciertamente una gran vileza y cobardía no recurrir a cualquier medio antes que soportar la esclavitud.

101. *Atenienses*: No, si deliberáis con prudencia; pues no es éste para vosotros un certamen de hombría en igualdad de condiciones, para evitar el deshonor; se trata más bien de una deliberación respecto a vuestra

salvación, a fin de que no os resistáis a quienes son mucho más fuertes que vosotros.

102. *Melios*: Pero nosotros sabemos que de las vicisitudes de las guerras a veces resultan suertes más equilibradas de lo que la diferencia entre las fuerzas de las dos partes permitiría esperar. Y para nosotros, ceder significa la desesperanza inmediata, mientras que con la acción todavía subsiste la esperanza de mantenerse en pie.

103. *Atenienses*: La esperanza, que es un estímulo en el peligro, a quienes recurren a ella desde una situación de superabundancia, aunque llegue a dañarles, no les arruina; pero a aquellos que con ella arriesgan toda su fortuna en una sola jugada (la esperanza es pródiga por naturaleza) les muestra su verdadera cara en compañía de la ruina, cuando ya no deja ninguna posibilidad de guardarse de ella una vez que se la ha conocido. (2) Vosotros, que sois débiles y os jugáis vuestro destino a una sola carta, no queráis pasar por esta experiencia; no queráis asemejaros al gran número de aquellos que, teniendo todavía la posibilidad de salvarse dentro de los límites de su naturaleza humana cuando, en una situación crítica, les abandonan las esperanzas claras, buscan apoyo en ilusiones oscuras, tales como la adivinación, los oráculos y todas aquellas prácticas que, junto con las esperanzas, acarrean la desgracia.

Tucídides, *Historia de la guerra del Peloponeso* V 85-111
(trad. de Juan J. Torres, vol. III, Gredos, Madrid, 1992)

Texto 14: Descripción de la batalla en el puerto de Siracusa

La decisiva batalla en el puerto de Siracusa, por el poco espacio disponible, supuso, como había dicho Nicias a sus soldados (VII 62, 4), una batalla de infantería librada a bordo de las naves y esto hizo variar la estrategia ofensiva y defensiva de ambos contendientes. Tucídides describe con maestría el terrible enfrentamiento.

Y al encontrarse muchas naves en un espacio pequeño (ésta fue, en efecto, la batalla en que el mayor número de naves combatió en el espacio más reducido, pues sumadas las de los dos bandos faltaba poco para llegar a las doscientas), fueron escasas las maniobras de embestida, debido a que no era posible ciar ni efectuar la penetración a través de la línea enemiga; fueron, en cambio, muy frecuentes los choques fortuitos en los que una nave topaba con otra al intentar huir o cuando iba a abordar a una tercera. (5) En tanto que una nave avanzaba para abordar a otra, los hombres de los puentes de la nave enemiga lanzaban contra ella dardos, flechas y piedras en gran cantidad; y cuando se producía el encuentro, la infantería iba al

cuerpo a cuerpo y trataba de saltar al abordaje a la nave de los otros. (6) A causa de la falta de espacio, ocurría con frecuencia que, mientras se abordaba a otros, se era a la vez abordado, y que dos, y a veces más naves, se quedaban enganchadas a una sola sin poder evitarlo; y los pilotos se veían obligados por una parte a la defensa y por la otra al ataque, y no en un solo punto cada vez, sino en diversos sitios y frente a ataques simultáneos desde todas partes; y el enorme fragor producido por las muchas naves que se encontraban era causa, al mismo tiempo, del espanto de las tripulaciones y de la imposibilidad de oír las órdenes que a voces daban los cómitres. (7) Incesantes fueron las exhortaciones y los gritos que en uno y otro bando profirieron los cómitres, tanto por exigencias de su oficio como por el afán de victoria del momento; a los atenienses les decían a voz en grito que debían forzar la salida y que ahora era la ocasión, si habían de hacerlo alguna vez, de esforzarse con todo ardor por alcanzar la salvación regresando a su patria; y a los siracusanos y sus aliados, que sería una gesta gloriosa impedir que el enemigo escapara y engrandecer así con la victoria la patria de cada uno. (8) Del mismo modo, los estrategos de una y otra parte, si veían alguna nave que ciaba sin verse obligada a ello, llamaban por su nombre al trierarco y le preguntaban, en el caso ateniense, si se retiraban por pensar que aquella tierra encarnizadamente hostil les era más familiar que el mar adquirido con no poco esfuerzo; y, por parte siracusana, si ante aquellos atenienses, que, como sabían muy bien, estaban ansiosos por escapar de cualquier manera, iban ellos a huir cuando los otros estaban huyendo.

Tucídides, *Historia de la guerra del Peloponeso* VII 70, 4-8
(trad. de Juan J. Torres, vol. IV, Gredos, Madrid, 1992)

Texto 15: La ideología de Tucídides

Hoy en día no se concibe que Tucídides, ni ningún historiador, haya expuesto los hechos sin implicación alguna de sus ideas éticas o políticas. Otra cuestión es dilucidar cuáles puedan ser esas ideas. En el caso de Tucídides se han utilizado, sobre todo, su elogio a Pericles en II 65, la narración de las revueltas civiles en Corcira en III 82-84 y la valoración del régimen oligárquico del 411 a. C. en VIII 97. J. Alsina (1981: 77-78) hace un buen resumen de las principales posturas de los críticos. He aquí una breve muestra.

> Hubo un momento en que Tucídides fue presentado como un demócrata exaltado, como un militante del partido que, en sus tiempos, estaba en el poder. El mismo discurso fúnebre en honor a los caídos que inserta el historiador en el libro segundo de su obra se interpretaba como un canto de gloria a la democracia, como un himno, como un sueño digno del genio

ático o simplemente, como apuntaba recientemente en un amplio comentario al texto Kakridis, como un documento para explicar a la generación que había nacido después de la crisis de Atenas, la grandeza prístina de la patria. Hoy las cosas han cambiado, al menos en ciertos detalles. Por lo pronto, ya era algo extraño que un exaltador de la democracia dedicara un elogio tan formal al régimen establecido por Terámenes a raíz de la revolución "derechista" del año 411. Y los esfuerzos realizados por Donini en la monografía dedicada al tema no acaban de resolver, ni mucho menos, todas las cuestiones. Al contrario. De la lectura del libro, que recoge en esencia todo lo que anteriormente se había dedicado al problema, se llega a la conclusión de que, "non era ne un democratice ne un otigarca ne un fautore della tirannia". ¿Qué era entonces nuestro historiador? Posiblemente un espíritu que se hallaba a medio camino entre la democracia y la oligarquía. Un hombre que amaba y deseaba, en política, la eficacia y la autoridad, el realismo. Por ello, aunque hijo de una familia noble, pudo adherirse a los puntos de vista políticos de Pericles y atacar tan duramente a sus sucesores, cuya política no siempre supo comprender enteramente.

Texto 16: La batalla en la llanura de Sardes según Jenofonte y las *Helénicas de Oxirrinco*

Por el estado fragmentario del texto, hay problemas para identificar exactamente la batalla que está describiendo el autor de las *Helénicas de Oxirrinco*. Se considera, en general, que el episodio es el mismo que el narrado por Jenofonte (que coincide, a su vez, con el del *Agesilao* I 28-33). Al comparar ambos pasajes se puede apreciar la particular impronta de la historiografía de Jenofonte y del autor de las *Helénicas de Oxirrinco*.

(20) Por esa época ya había pasado un año desde la salida de Agesilao y así Lisandro y los treinta regresaron por mar a su patria y se presentaron los sustitutos Herípidas y sus acompañantes. Agesilao puso a Jenocles y a otro de ellos al frente de la caballería, a Escites al frente de los hoplitas neodamodes, a Herípidas al frente del antiguo grupo de Ciro, a Migdón al frente de los soldados de las ciudades y les comunicó que inmediatamente los conduciría por el camino más corto contra los lugares fortificados de la zona para que de este modo se preparasen ya para la lucha en cuerpo y alma. (21) Sin embargo, Tisafernes creyó que lo decía porque quería volver a engañarlo, pero que ahora realmente se lanzaría contra Caria e hizo pasar la infantería a Caria, como anteriormente, y apostó la caballería en la llanura del Meandro. Mas Agesilao no mintió, sino que inmediatamente se lanzó hacia la llanura de Sardes, como anunció. Durante tres días de marcha consiguió

muchas provisiones para su ejército ante la falta de enemigos, pero al cuarto llegó la caballería enemiga. (22) Su guía mandó al jefe de los bagajes acampar después de cruzar el río Pactolo, pero ellos al ver a los griegos dispersos para coger botín mataron a muchos de ellos. Al enterarse Agesilao ordenó acudir a la caballería. Los persas por su parte, cuando vieron los refuerzos, se agruparon, y formaron enfrente con muchísimos escuadrones de caballería. (23) Entonces al darse cuenta Agesilao de que los enemigos aún no tenían allí la infantería y que a él no le faltaba nada de las fuerzas de que disponía, creyó que era una buena ocasión para trabar batalla, si podía. En consecuencia, después de sacrificar llevó directamente su formación contra la caballería formada enfrente, ordenó a las diez primeras clases de hoplitas correr a su encuentro y mandó a los peltastas ir delante a la carrera. Dio orden también a la caballería de atacar, mientras él los seguía con el grueso del ejército. (24) Los persas de momento aguantaron a la caballería, pero cuando todos los peligros se encontraron allí a la vez, cedieron y unos cayeron directamente al río y los demás huyeron. Los griegos les persiguieron y se apoderaron de su campamento. Los peltastas, como es natural, se dedicaron al botín y Agesilao acampó en círculo alrededor de todos amigos y enemigos. Entre otras muchas riquezas tomadas, que resultaron superiores a setenta talentos, se cogieron también entonces los camellos que Agesilao llevó a Grecia.

Jenofonte, *Helénicas* III 4, 20-24
(trad. de O. Guntiñas Tuñon, Gredos, Madrid, 1977)

Helénicas de Oxirrinco 14, 4-6 Chambers (trad. propia):

(4) [...] hoplitas y quinientos soldados de infantería y los puso al mando del espartiata Jenocles, ordenándole que, cuando [los persas] comenzaran a marchar contra ellos [...], se dispusiera para la batalla [...] [Agesilao] levantó su ejército al amanecer y lo condujo otra vez adelante. Los bárbaros les siguieron como acostumbraban y algunos de ellos atacaron a los griegos, otros cabalgaron a su alrededor y otros les persiguieron a través de la llanura de una manera indisciplinada. (5) Cuando Jenocles supuso que era el momento oportuno para atacar al enemigo, salió de su emboscada y se lanzó a la carrera. Los bárbaros, como veían que los griegos corrían contra ellos, huyeron por toda la llanura. Agesilao, al verlos atemorizados, mandó en su persecución a las tropas ligeras y a la caballería. Éstos junto con los que salieron de la emboscada vencieron a los bárbaros. (6) Persiguieron al enemigo durante no mucho tiempo, pues no los podían coger al tratarse la mayoría de soldados a caballo y tropa sin armamento. Derribaron a cerca de seiscientos; luego, abandonaron la persecución y marcharon contra el campamento de los bárbaros. Capturaron por sorpresa una guarnición que no estaba apuesta convenientemente y, después, tomaron rápidamente el campamento y consiguieron muchas mercancías, numerosos hombres y

gran cantidad de armamento y de dinero pertenecientes al propio Tisafernes y a otros.

Texto 17: Juicio de Esfodrias

El episodio del juicio de Esfodrias es una interesante muestra del tipo de historiografía de Jenofonte, atento a detalles aparentemente marginales, pero que tienen un alto valor moralizante y, en este caso, también literario (nótese el efecto escénico y la viveza de la narración con la intercalación de diálogos; "narración conversacional" la llama V. J. Gray).

(24) Los éforos mandaron llamar a Esfodrias y lo acusaron con petición de la pena de muerte. Sin embargo, no compareció por temor; no obstante, quedó absuelto sin comparecer; ese juicio fue para muchos el más injusto de los fallados en Esparta. La causa fue la siguiente. (25) Esfodrias tenía un hijo, Cleónimo, recién salido de la infancia, el más hermoso y famoso de entre sus compañeros. Se daba la circunstancia de que lo amaba Arquidamo, el hijo de Agesilao. En consecuencia, los amigos de Cleómbroto, por ser de la facción de Esfodrias, eran propensos a absolverlo, aunque recelaban de Agesilao y sus amigos e incluso de los que no eran de una ni de otra facción, pues era evidente que había hecho algo horrible. (26) Por esto Esfodrias dijo a Cleónimo: "Hijo, tú puedes salvar a tu padre, si pides a Arquidamo que Agesilao sea benévolo conmigo". Al oírlo se atrevió a ir ante Arquidamo y le pidió salvar a su padre. (27) Al ver a Cleónimo sollozando, Arquidamo lloró con él poniéndose a su lado. Al oírle insistir respondió: "Cleónimo, has de saber bien que yo no puedo mirar de frente a mi padre y cuando quiero conseguir algo en la ciudad, lo pido a cualquiera antes que a mi padre; sin embargo, puesto que tú lo ordenas, cree que pondré todo mi valor para llevarlo a cabo". Precisamente entonces estaba descansando en casa después de llegar del fiditio. (28) Al levantarse por la mañana procuró que su padre lo viera al salir. Después que le vio salir, si venía algún ciudadano dejaba que hablara con él primero, luego si venía algún extranjero, luego incluso al criado que lo pedía. Por fin, después que Agesilao viniendo desde el Eurotas entró en casa, marchó sin acercarse. Al otro día hizo lo mismo. (29) Agesilao sospechaba por qué se hacía el encontradizo, pero no le preguntó nada, sino que lo dejó. Por su parte Arquidamo deseaba ver a Cleónimo, como es natural, pero no se atrevía a venir ante él sin haber hablado antes con su padre sobre lo que le pidió. El grupo de Esfodrias al ver que no venía Arquidamo cuando antes lo hacía con frecuencia temieron que Agesilao lo hubiera reprendido. (30) Pero al fin Arquidamo se atrevió a acercarse y le dijo: "Padre, Cleónimo me manda pedirte que salves

a su padre, y también te lo pido yo, si es posible". Él respondió: "Bien, yo te concedo el perdón, mas no veo cómo podría yo incluso conseguir perdón de la ciudad si no condeno a un hombre que ha agraviado a aquellos con los que comerció en beneficio propio en perjuicio de la ciudad". (31) Entonces no dijo nada más, sino que se marchó ganado por la justicia del argumento. Pero más tarde al volver, o porque él se dio cuenta o alguien le aconsejó, replicó: "Padre, sé, por supuesto, que absolverías a Esfodrias si no hubiera cometido ninguna falta, con todo tiene que conseguir tu perdón, aunque haya cometido alguna por nuestra causa". Él contestó: "Naturalmente así será si es bueno para nosotros". Al oír esto se marchó muy desesperado. (32) Un amigo de Esfodrias hablando con Etimocles le dijo: "Creo que todos vosotros, los amigos de Agesilao, vais a condenar a muerte a Esfodrias". Etimocles replicó: "Por Zeus, claro que no haremos lo mismo que Agesilao, pues él siempre dice lo mismo a todos con los que habla, que es imposible que Esfodrias no haya incurrido en culpa, pero que a cualquiera que pasa la infancia, adolescencia y juventud cumpliendo bien todo, es triste tener que dar muerte a tal hombre, pues Esparta necesita tales soldados". (33) Él, pues, comunicó a Cleónimo lo que oyó. Éste, muy contento, vino inmediatamente ante Arquidamo y dijo: "Ya sabemos que se preocupa por nosotros; pero has de saber bien, Arquidamo, que nosotros procuraremos también molestarnos para que tú jamás te avergüences de nuestra amistad". Y no mintió, pues mientras vivió en Esparta hizo todo cuanto hay de hermoso, y murió en Leuctra, él el primero de los ciudadanos en medio de los enemigos, después de caer tres veces luchando por el rey, junto con el polemarca Dinón. Su muerte causó la mayor tristeza a Arquidamo, mas como prometió, no le causó deshonra, sino todo lo contrario, honor. Así se libró Esfodrias.

Jenofonte, *Helénicas* V 4, 24-34 (trad. de O. Guntiñas Tuñón, Gredos, Madrid, 1977)

Texto 18: Retrato de Ciro

Ciro es uno de los personajes históricos más apreciados por Jenofonte. A él le dedica este célebre retrato-encomio en que resalta sus cualidades como gobernante y militar (distinta es la visión que del mismo personaje nos transmite Plutarco en *Artajerjes* 2). En este Ciro el Joven Jenofonte ve encarnadas las características que traza del monarca ideal, Ciro el Viejo, en la *Ciropedia*.

(1) En efecto, así murió Ciro, el hombre mejor dotado para reinar y el más digno de gobernar de los persas nacidos después de Ciro el Viejo, según reconocen todos los que se cree que lo conocieron personalmente.

(2) Para empezar, cuando, todavía un niño, era educado en compañía de su hermano y de los demás niños, se le consideraba el mejor de todos en todo. [...] (7) Cuando fue enviado por su padre como sátrapa de Lidia, de la Gran Frigia y de Capadocia y asimismo fue proclamado general de todas las tropas que deben reunirse en la llanura de Castolo, en primer lugar demostró que él, si hacía una tregua o un acuerdo o una promesa con alguien, lo que tenía en la más alta consideración era no engañarle en nada. [...] (11) Era palpable, además, que si alguien le hacía algún bien o algún mal, intentaba superarle, y algunos referían de él un voto suyo en que rogaba vivir el tiempo suficiente para superar tanto a sus benefactores como a quienes le hacían mal, correspondiendo a ambos con la misma moneda. [...] (13) Tampoco, ciertamente, podría decirse que permitía a los criminales y delincuentes burlarse de su autoridad, sino que los castigaba sin la menor piedad. Muchas veces era posible ver a lo largo de los caminos transitados hombres mutilados de pies o de manos o de ojos, de manera que en el territorio gobernado por Ciro tanto un griego como un bárbaro que no fuera delincuente podía viajar sin temor adonde quisiera, llevando cualquier cosa que le fuera bien. (14) Además, era un hecho reconocido que honraba con diferencia a aquellos hombres valerosos en la guerra. [...] (16) En cuanto a la justicia, si era evidente que uno quería demostrar su valía, hacía todo lo posible para que éste fuera más rico que los ansiosos de enriquecerse por medios injustos. (17) En consecuencia, administraba en general los asuntos con justicia y en particular tuvo a su disposición un ejército genuino, pues, en efecto, los generales y capitanes que habían navegado a su encuentro por dinero se dieron cuenta de que era más provechoso obedecer bien las órdenes de Ciro que recibir la paga mensual. [...] (20) Respecto a sus amigos, a cuantos había hecho, a cuantos sabía que le apoyaban y estaba seguro de que eran colaboradores capaces de realizar lo que él quería, todo el mundo conviene en que fue el mejor en atenderlos. [...] (24) El hecho de que superara a sus amigos haciéndoles grandes beneficios no es nada sorprendente, puesto que, al fin y al cabo, también tenía más recursos, pero el que los aventajara en solicitud con ellos y en el afán de complacer, esto es lo que, en mi opinión, me parece más admirable. [...] En consecuencia, yo al menos, por lo que tengo oído, juzgo que nadie, ni de los griegos ni de los bárbaros, ha sido querido por más personas. [...] (30) Una prueba importante de que él era valiente y de que era capaz de distinguir sin error a los hombres fieles, adictos y firmes es también lo ocurrido al acabar su vida. (31) Pues en su muerte todos los amigos que lo rodeaban y camaradas de mesa murieron combatiendo por Ciro, salvo Arieo; éste se hallaba alineado en el ala izquierda comandando la caballería, y cuando se enteró de que Ciro había caído, huyó llevando consigo a todo el ejército que dirigía.

Jenofonte, *Anábasis* I 9 (trad. de Carlos Varias, Cátedra, Madrid, 1999)

Texto 19: Estado de ánimo de los expedicionarios griegos

Jenofonte da en su obra testimonio de su agudeza psicológica y de su habilidad para transmitir las emociones de sus personajes en situaciones decisivas. Este texto es una prueba de ello. Con precisas y rápidas pinceladas describe el estado de abatimiento general de los expedicionarios griegos, justo antes de que él adquiera protagonismo en el relato.

> (2) Después del apresamiento de los generales y del asesinato de los capitanes y soldados que los acompañaban, los griegos se hallaban realmente en un gran apuro, al ser conscientes de que estaban cerca de la corte del Rey, de que los rodeaban por todas partes muchos pueblos y ciudades enemigas, de que nadie iba ya a facilitarles mercado y distaban de Grecia no menos de diez mil estadios, de que no tenían ningún guía del trayecto y ríos infranqueables se interponían en medio del camino a su patria, de que los habían traicionado incluso los bárbaros que habían hecho la expedición al interior con Ciro y de que se habían quedado solos sin tener ni siquiera un jinete aliado, de modo que estaba bien claro que, si vencían, a nadie podrían matar, y si eran derrotados, ninguno de ellos podría permanecer vivo. (3) Considerando estos hechos y estando desanimados, pocos de ellos probaron la cena al anochecer y pocos encendieron fuego; muchos no fueron al lugar de acampada en esa noche, sino que descansaron en donde cada uno se hallaba por casualidad, no pudiendo dormir de pena y nostalgia de su patria, de sus padres, de sus esposas, de sus hijos, a quienes, creían, nunca más iban a volver a ver. Con este abatimiento descansaron todos.
>
> Jenofonte, *Anábasis* III 1, 2-3 (trad. de Carlos Varias, Cátedra, Madrid, 1999)

Texto 20: Táctica y estrategia militar

Jenofonte hace gala, siempre que la ocasión se lo permite, de sus conocimientos de la táctica y de la estrategia militar. Este texto es buena prueba de ello.

> (19) En ese instante, los griegos comprendieron que una formación en cuadro de lados iguales era un mal dispositivo mientras los siguieran los enemigos. En efecto, si las alas de la formación en cuadro se acercan, bien por ser más estrecho el camino, bien por obligarlo unas montañas o un puente, es necesario que los hoplitas se apretujen y marchen con dificultad, agobiados y en desorden al mismo tiempo, de manera que [por fuerza] no son manejables al estar fuera de su sitio. (20) A su vez, cuando las

alas se distancian, forzosamente se separan los que entonces estaban apretujados y el centro de las alas se vacía, y se desaniman los que padecen estos movimientos, mientras los enemigos los siguen. Y siempre que había que cruzar un puente o alguna otra travesía, cada cual se daba prisa queriendo llegar el primero, entonces era fácil para los enemigos atacarlos. (21) Cuando los generales se percataron de esto, hicieron seis compañías de cien hombres cada una, y nombraron capitanes al frente de ellas, y designaron otros comandando divisiones de cincuenta hombres y otros como jefes de divisiones de veinticinco hombres. Estos capitanes en su avance, cada vez que las alas se acercaban, aguardaban detrás, de manera que no estorbaban a las alas, y entonces conducían sus efectivos por fuera de ellas. (22) En cambio, siempre que se distanciaban los lados de la formación en cuadro, llenaban por completo el centro; si lo que estaba separado era bastante estrecho, con compañías de cien hombres, y si bastante ancho, con divisiones de cincuenta, y si muy ancho, con divisiones de veinticinco, de modo que el centro estaba siempre lleno de soldados. (23) Si había que cruzar algún corredor o puente, no se descontrolaban, sino que los capitanes cruzaban sucesivamente. Y si en alguna parte había que ir en línea, éstos venían a ayudar. De este modo marcharon durante cuatro etapas.

Jenofonte, *Anábasis* III 4, 19-23
(trad. de Carlos Varias, Cátedra, Madrid, 1999)

Texto 21: Agesilao, modelo y guía

El *Agesilao* es una especie de historia ejemplar. Jenofonte convierte a su admirado Agesilao en modelo a imitar por quienes deseen alcanzar la virtud y la felicidad. Éstos son los párrafos finales de su sentido elogio del rey espartano.

(13) Sus familiares le llamaban "enamorado de los suyos"; los amigos íntimos, "el que no falla nunca"; sus sirvientes, "el inolvidable"; los agraviados, "protector"; sus compañeros de aventuras, "el salvador después de los dioses".

(14) Al menos a mí también me parece que fue el único hombre que dio pruebas de lo siguiente: de que la fuerza corporal envejece, pero que no decae el vigor del alma de los hombres buenos, pues él nunca se cansó de buscar la grandeza de una gloria espléndida mientras el cuerpo pudo soportar el vigor de su alma. (15) Pues, realmente, ¿no fue su vejez mejor que la juventud de cualquier otra persona? En verdad, ¿quién, en pleno vigor, fue tan terrible para sus enemigos como Agesilao cuando era de edad muy avanzada? ¿De qué pérdida se alegraron más sus enemigos que de la de Agesilao, aunque fuese ya un anciano? ¿Quién infundió a sus aliados tanto valor

como Agesilao, aunque iba ya a abandonar la vida? ¿A quién, joven, añoraron más los amigos que a Agesilao, viejo, a su muerte?

(16) Pasó su vida este varón sirviendo tan perfectamente a su patria, que incluso ya muerto, en un extraordinario servicio a su ciudad, fue llevado a la morada eterna, tras dejar por todo el mundo monumentos de su virtud y alcanzar en su patria la tumba propia de los reyes.

Jenofonte, *Agesilao* 11, 13-16
(trad. de Orlando Guntiñas, Gredos, Madrid, 1984)

Texto 22: Nacimiento y crianza de Semíramis

Ctesias fue tan alabado por su estilo narrativo como vilipendiado por su manera de hacer historiografía. La historia de Semíramis, llena de motivos novelescos y fabulosos, es una muestra del gusto del médico e historiador de Cnido por los relatos extravagantes. He aquí el nacimiento y crianza de la legendaria reina asiria.

(2) Pues bien, existe en Siria la ciudad de Ascalón y, no lejos de ella, un lago grande y profundo lleno de peces. Junto a él, hay un santuario de una famosa diosa a quien los sirios denominan Dérceto; tiene cara de mujer, pero todo el cuerpo restante de pez, por estas causas: (3) cuentan en el mito los nativos más doctos que Afrodita, enemistada con la diosa antes citada, le inspiró un terrible amor por un muchachito no mal parecido de entre sus devotos. Y Dérceto, unida al sirio, dio a luz a una hija, pero, avergonzada de sus pecados, hizo desaparecer al muchachito y expuso a la niñita en cierto lugar desierto y rocoso [en el cual acostumbra a anidar gran cantidad de palomas, de las que el bebé obtuvo asombrosamente alimento y salvación]; y ella, tras precipitarse al lago por la vergüenza y la pena, metamorfoseó el aspecto de su cuerpo en pez; y, por tanto, los sirios se abstienen hasta ahora de ese animal y honran a los peces como dioses. (4) Como anidan muchas palomas alrededor del lugar donde el bebé fue expuesto, la niñita fue criada por ellas de manera asombrosa y sobrenatural: las unas calentaban el cuerpo del bebé por todas partes rodeándolo con sus alas y las otras, cuando observaban a los vaqueros y a los otros pastores ausentes, lo alimentaban llevando leche en la boca desde los establos situados muy cerca y dejándola gotear en medio de sus labios. (5) Cuando la niñita llegó a un año y necesitó un alimento más consistente, las palomas le proporcionaban alimento suficiente picoteando los quesos. Al regresar los pastores y contemplar los quesos recomidos, se maravillaron del prodigio; tras vigilar, pues, y averiguar la causa, encontraron al bebé, sobresaliente en belleza. (6) Lo llevaron, pues, enseguida al establo y lo entregaron al encargado de los rebaños reales, de nombre Simas; éste, como estaba sin hijos, crió a la niñita con sumo

cuidado, como su hijita, y le puso de nombre Semíramis, que en el idioma de los sirios es derivado de "palomas", a las cuales, desde aquellos tiempos, todos los de Siria continuaron honrando como diosas.

Ctesias, *Historia de Persia* (*FGrHist* 688, F 1b),
a partir de Diodoro de Sicilia, *Biblioteca Histórica* II 4, 2-6
(trad. de Francisco Parreu, Gredos, Madrid, 2001)

Texto 23: Descripción de Sardanápalo

La descripción que hace Ctesias de Sardanápalo, el último de la dinastía que tiene su origen en la pareja Nino-Semíramis, ha influido durante siglos en la representación de los reyes orientales decadentes y apegados al lujo y a los placeres. En el texto que sigue se pone entre corchetes rectos el famoso epitafio de Sardanápalo, recogido por Diodoro, pero cuya fuente no sería Ctesias, según el criterio de Jacoby.

(1) Sardanápalo que era el trigésimo desde Nino, el fundador del imperio, y fue el último rey de los asirios, superó a todos los anteriores a él en lujuria e indolencia. Aparte de no ser visto por nadie del exterior, llevó una vida de mujer y, residiendo con las concubinas e hilando púrpura y las lanas más suaves, se ponía un vestido femenino y, con afeites y todas las demás prácticas de cortesanas, había conseguido tener la cara y todo el cuerpo más suave que toda mujer de lujo. (2) Se dedicaba también a tener la voz afeminada y, en sus bacanales, no sólo a disfrutar continuamente de las bebidas y comidas más aptas de proporcionar placer, sino también a perseguir los goces afrodisíacos de hombre y, a la vez, de mujer: practicaba las uniones con ambos libremente, sin preocuparse nada en absoluto de la vergüenza de sus acciones. (3) [A tanto llegó en lujuria y en más vergonzoso placer e incontinencia que se hizo un canto fúnebre e indicó a sus sucesores en el gobierno que, después de su fin, inscribieran sobre su tumba lo escrito por él en lengua extranjera y traducido después por cierto griego: "sabiendo bien que naciste mortal, levanta tu ánimo / gozando de las fiestas; muerto, ya no habrá para ti ningún disfrute. / También yo soy polvo, aunque he reinado en la gran Nínive. / Tengo cuanto comí y me ufané y goces de amor / experimenté, pero aquellas muchas y felices cosas están pasadas"]. (4) Siendo de tal manera su carácter, no sólo terminó vergonzosamente su vida él, sino que también arruinó de arriba abajo el imperio de los asirios, que había sido el más duradero de los que se recuerdan.

Ctesias, *Historia de Persia* (*FGrHist* 688, F 1b),
a partir de Diodoro de Sicilia, *Biblioteca Histórica* II 23
(trad. de Francisco Parreu, Gredos, Madrid, 2001)

Texto 24 Los "cinocéfalos"

De entre los habitantes de la India que menciona Ctesias, los más célebres son los "cinocéfalos" u "hombres de cabeza de perro", cuyo informe alimentó el imaginario de los griegos sobre los pueblos de los confines, dotados de rasgos tan sorprendentes como idealizados. He aquí los párrafos de la descripción que hace Ctesias-Focio.

20. Afirman que en estas montañas viven hombres que tienen cabeza de perro y que se visten con pieles de animales salvajes y no hablan ninguna lengua, sino que ladran como los perros y de esta forma se entienden. Tienen dientes mayores que un perro y uñas similares a las suyas, pero más largas y más curvadas. Habitan en las montañas hasta el río Indo, son negros y muy justos como los demás indios, con los que establecen relaciones y comprenden lo que les dicen, pero en cambio ellos no pueden hablarles sino que se hacen entender por medio de aullidos y con las manos y los dedos como los mudos. Los indios les llaman Calistrios, lo que quiere decir en griego Cabezas de perro. Este pueblo cuenta hasta con ciento veinte mil individuos. [...]

22. Que los Cabezas de perro que viven en las montañas no llevan a cabo ningún trabajo, sino que viven de la caza y cuando dan muerte a un animal lo dejan secar al sol. Crían también numerosos carneros, cabras y asnos. Beben leche y suero de sus carneros, comen también el fruto de la siptacora, del que se produce el ámbar, pues es dulce, los dejan secar y llenan hasta arriba canastas como entre los griegos las uvas secas. Los Cabezas de perro fabrican una balsa y colocan sobre ella un cargamento de estos frutos y los transportan, y una flor de púrpura pura y doscientos cincuenta talentos de ámbar cada año y otro tanto del producto del que se extrae la púrpura, y mil talentos de ámbar y lo llevan cada año al rey de los indios. Y llevan también otros productos que venden a los indios por pan, harina y vestidos de algodón; y les venden también espadas que utilizan para la caza de las fieras y arcos y jabalinas, pues son especialmente hábiles en lanzar la jabalina y en tirar con el arco; son invencibles en la guerra a causa de habitar en montañas inaccesibles y muy elevadas. Cada cinco años el rey les hace entrega como regalo de trescientas mil flechas y otro tanto de jabalinas, ciento veinte mil escudos ligeros y cincuenta mil espadas.

23. Estos Cabezas de perro no tienen casas sino que habitan en grutas. Cazan las fieras abatiéndolas mediante el arco y arrojándoles jabalinas, y tras perseguirlas terminan por capturarlas pues son muy rápidos a la carrera.

Sus mujeres se bañan una vez al mes, cuando les viene la regla, y no en las demás ocasiones; los hombres en cambio no se bañan pero se lavan las manos y se ungen tres veces por mes con un aceite que se produce de

la leche y se secan con pieles. No tienen una vestimenta gruesa sino pieles desprovistas de pelos lo más delgadas posible, tanto ellos mismos como sus mujeres; los más ricos en cambio llevan vestidos de lino. Pero éstos son escasos. No tienen camas sino que se hacen lechos de hierba. Se considera que es el más rico de entre ellos el que posee más carneros; el resto de los bienes está repartido por igual. Todos, tanto hombres como mujeres, tienen cola por encima de las caderas como la de los perros, pero más larga y más velluda; y se unen a sus mujeres a cuatro patas, como los perros, pues el hacerlo de otra manera se considera vergonzoso entre ellos. Son justos y los más longevos de todos los hombres, pues suelen vivir ciento setenta años y algunos de ellos hasta doscientos.

Ctesias, *Historia de la India* (*FGrHist* 688, F 45), a partir de Focio, *Biblioteca* 72, 47b 19-48b 4 (trad. de Luis A. García Moreno y F. Javier Gómez Espelosín, *Relatos de viajes en la literatura griega antigua*, Alianza, Madrid, 1996, pp. 29-32)

Texto 25: El régimen político de la Liga beocia

La digresión sobre las características de la constitución política de la Liga o Confederación beocia es uno de los capítulos más debatidos de las *Helénicas de Oxirrinco*. Su autor sería consciente de la influencia en el acontecer histórico de los regímenes constitucionales de los pueblos, algo en lo que se consideraba precursor a Polibio.

(1) En ese verano los beocios y los focenses entraron en guerra. Los responsables de su enemistad fueron principalmente ciertos ciudadanos tebanos. En efecto, no muchos años antes los beocios vinieron a caer en una sedición (2) En ese tiempo la situación en Beocia estaba como sigue: había establecidos en cada una de las ciudades cuatro consejos, en los cuales no les estaba permitido participar a todos los ciudadanos, sino sólo a los que poseían una cierta cantidad de bienes. Cada uno de esos consejos, una vez que se habían reunido por turno y discutido preliminarmente los asuntos en cuestión, refería sus acuerdos a los otros tres y era válido aquello que parecía bien a todos. (3) Los asuntos internos seguían administrándolos así, pero lo concerniente al conjunto de los beocios había sido organizado de esta manera: todos los que habitaban la región habían sido distribuidos en once divisiones y cada una de ellas suministraba un beotarca de la siguiente forma: los tebanos contribuían con cuatro, dos por la ciudad y dos por Platea, Escolo Eritras, Escafos y el resto de territorios que antes eran conciudadanos de los tebanos pero que en ese tiempo eran tributarios suyos. Los orcomenios e hiseos suministraban dos beotarcas; los tespieos con Eutresis y Tisbas, dos; uno, los tanagrios, y, por su parte, los de Haliarto,

Lebada y Coronea, otro, que enviaba por turno cada una de las ciudades, y de la misma manera iba uno de Acrefnio, Copas y Queronea. (4) De esta forma, así pues, las divisiones aportaban los gobernantes. Suministraban también sesenta consejeros por beotarca y ellos les pagaban los gastos diarios. Se había dispuesto también un ejército por cada división de unos mil hoplitas y cien jinetes. Por mostrarlo simplemente, según el número de gobernantes, disfrutaban de los bienes comunes, hacían las contribuciones, enviaban jueces y participaban todos por igual de las cargas y de los beneficios. Ésa era, así pues, la constitución política de todo el pueblo, y el consejo y las reuniones conjuntas de los beocios tenían su sede en la Cadmea.

Helénicas de Oxirrinco 19 Chambers (trad. propia)

Texto 26: El siglo IV a. C.

Carles Miralles trazó hace algún tiempo un ajustado panorama de la sociedad y de la literatura griega del siglo IV a. C. Recogemos aquí las atinadas palabras del final del estudio, que fue publicado en el *Boletín del Instituto de Estudios Helénicos* 4-5 (1970-1971), pp. 63-76.

La crisis detectable a finales del V, desde Eurípides a Critias y muy especialmente en la última generación de sofistas, es ya indicio de un clima prealejandrino: sólo que Alejandría no existe todavía. Faltan setenta años largos, y en ellos la crisis se hace general y se agudiza, pero, sobre todo, en la literatura vinculada al presente político de Atenas y de Grecia, como en Demóstenes y, en menor medida, en Platón, en Jenofonte y en Isócrates. La base para la creación de esta crisis es la guerra del Peloponeso, el hundimiento de Atenas y aun la incertidumbre política creada por los distintos intentos de hegemonía y por la aparición del peligro macedonio, pero su vehículo es la literatura, ateniense o de hombres formados en Atenas (con escasas excepciones), y esta literatura se abre, claro está, a soluciones nuevas; algunas de ellas resultarán favorecidas por el desarrollo posterior histórico y por la acertada visión de su autor, como he intentado explicar a propósito de Isócrates, y otras quedarán fijadas en unos acontecimientos que llevaron justo a lo contrario de lo que el autor pretendía, como en el caso de Demóstenes. [...] En historia se dan pocas veces las sorpresas absolutas: cuando se llega a la Luna o cuando se descubre América, siempre resulta que se puede escribir un grueso volumen sobre antecedentes. Así, con el agrandamiento del mundo, obra de Alejandro. La literatura parece haberlo ya intuido: la cuestión de la igualdad de las razas, explicada por razones naturales ya desde el corpus hipocrático; el universalismo en la historiografía, desde Éforo; el individualismo que culmina en la orgullosa autoconciencia poética de

Calímaco, pero que antes ha resquebrajado la formidable extensión de lo unido por Alejandro; los cambios fundamentales en la estructura de los géneros antiguos, y el nacimiento de nuevos. Pero lo que es seguro es que, después de Alejandro, la enfermedad que Demóstenes había detectado en Atenas ha resultado ser incurable, y que la *polis* no se está ya muriendo: ya ha muerto.

El siglo IV se nos ofrece como lo que le faltaba al helenismo para estar radicalmente separado del clásico; la conmoción de Alejandro desenfocó al hombre medida de todas las cosas, al hombre griego centro del mundo, y Atenas fue sólo una ciudad entre otras. Así, el siglo IV queda continuamente desenfocado, de hecho, como decíamos al principio, entre lo antiguo y lo nuevo, pero aquella Atenas abierta a las cuestiones del espíritu, la del siglo V, reúne todavía fuerzas para brindarnos a varios de sus mejores escritores. Y ellos nos explican, directa o indirectamente, su larga y azarosa agonía, durante el IV, y su reflexión les mueve a sentar algunas de las bases más duraderas de la civilización europea.

Texto 27: Las *Historias* de Éforo

Las *Historias* no se limitaban a narrar los hechos políticos y militares de griegos y bárbaros. Éforo daba cabida a todo tipo de digresiones; las más de las veces de carácter geográfico y etnográfico y también emitía sus propios juicios de valor. El fragmento que transcribimos, que pertenece a la descripción e historia antigua de Beocia, contiene una interesante reflexión relativa a la importancia de la educación en el logro y mantenimiento de la hegemonía.

Éforo afirma que Beocia es superior a los pueblos vecinos, no sólo por esa fertilidad de su suelo, sino también porque es el único país que tiene tres mares y cuenta con la facilidad de un mayor número de buenos puertos; en los golfos de Crisa y de Corinto recibe los productos de Italia, de Sicilia y de Libia, mientras que por las partes que miran a Eubea, puesto que su costa está dividida en los dos sectores de una y otra parte del Euripo, por un lado el sector de Áulide y el territorio de Tanagra y por el otro el de Salganeo y Antedón, el mar queda abierto en un caso a la navegación rumbo a Egipto, Chipre y las islas, y en el otro rumbo a Macedonia, la Propóntide y el Helesponto. Y añade que en cierta manera el Euripo ha hecho de Eubea parte de Beocia, al ser tan estrecho y estar unido a ella por un puente de dos pletros. Así, pues, elogia el país por estas razones, y dice que por naturaleza está bien dotado para la hegemonía, pero que quienes sucesivamente estuvieron al frente de ella no se preocuparon de la formación del espíritu y la educación, y que por ello, aunque en ocasiones lograron

algún éxito, sólo pudieron mantenerlo por poco tiempo, como se demuestra en el caso de Epaminondas, pues, después de su muerte, los tebanos perdieron inmediatamente la hegemonía, sin haberla gustado apenas; y que la causa de esto fue que rebajaron la importancia de las letras y del conocimiento del hombre y únicamente se cuidaron de las virtudes militares.

Éforo, *Historias* II (*FGrHist* 70, F 119), a partir de Estrabón, *Geografía* IX 2, 2 (trad. de Juan J. Torres, Gredos, Madrid, 2001)

Texto 28: Contradicciones metodológicas de Éforo

Se reconoce que Éforo escribió una historia documentada, rigurosa y veraz; pero autores como Estrabón, quien declara que utiliza a Éforo más que a ningún otro autor por el cuidado que aplica a su materia, le censura que haga a veces lo contrario de lo que dice y mezcle el mito y la historia.

(11) Éforo, a quien utilizo más que a cualquier otro autor porque se ocupa con gran cuidado de estas materias, como Polibio, un escritor de merecido crédito, también atestigua, me parece que algunas veces hace lo contrario de lo que era su propósito y de lo que al principio prometió. Así, tras censurar a quienes gustan de insertar mitos en sus escritos históricos y elogiar la verdad, añade a su relato sobre este oráculo una especie de promesa solemne, diciendo que considera que la verdad es lo mejor en todos los casos, pero de modo especial en este asunto; puesto que es absurdo, dice, que si siempre seguimos un tal método respecto a las demás materias, cuando hablamos del oráculo, que es lo más verídico de todo, hagamos relatos tan inverosímiles y engañosos. Pero, pese a decir esto, añade inmediatamente que se da por sentado que Apolo, juntamente con Temis, creó el oráculo en su deseo de ayudar a nuestra raza; y luego, hablando de su utilidad, dice que Apolo invitaba a los hombres a la dulzura y les inculcaba moderación, en unos casos emitiendo oráculos, en otros ordenando unas actuaciones y prohibiendo otras, mientras que en otros ni siquiera permitía que se acercaran a consultarle. Los hombres creen, dice, que Apolo dirige todo esto, unos que el mismo dios toma una forma humana, mientras que otros piensan que transmite a los hombres el conocimiento de su propia voluntad.

(12) Más abajo, cuando discute quiénes eran los delfios, dice que en tiempos antiguos algunos parnasios que eran considerados autóctonos habitaban el Parnaso; y que en este tiempo Apolo visitó la tierra y civilizó a los hombres introduciendo frutas cultivadas y cultivados modos de vida; y que cuando marchó de Atenas a Delfos tomó el mismo camino que actualmente toman los atenienses al enviar la Pitíada; y que cuando llegó al territorio de

los panopeos mató a Titio, un hombre violento y sin ley que dominaba el lugar; y que los parnasios se unieron a él y le informaron sobre otro hombre cruel, de nombre Pitón y conocido como el Dragón, y que cuando el dios lo asaeteó le animaron con el grito de *hie paián* (de ahí surgió, dice Éforo, el canto del peán, que se ha transmitido como costumbre de los ejércitos antes de entrar en combate); y que la tienda de Pitón fue quemada entonces por los delfios, tal como siguen haciendo hasta hoy en memoria de los hechos que entonces acontecieron. Pero, ¿qué podría ser más mítico que Apolo disparando flechas y castigando a Titios y Pitones, viajando de Atenas a Delfos y visitando toda la tierra? Y si Éforo no toma estas historias como mitos, ¿qué necesidad tenía de considerar mujer a la mítica Temis, y hombre al Dragón del mito? A no ser que deseara mezclar los dos tipos de narración, es decir, historia y mito.

Éforo, *Historias* IV (*FGrHist* 70, F 31b), a partir de Estrabón, *Geografía* IX 3, 11 (trad. de Juan J. Torres, Gredos, Madrid, 2001)

Texto 29: Teopompo, historiador moralista y apasionado por la forma

La tradición ha hecho de Teopompo un historiador moralista y apasionado por la forma artística de la narración, rasgos que habría adoptado de su aprendizaje con Isócrates. Para corroborarlo, uno de los fragmentos que con más frecuencia se aduce es esta cita literal que nos transcribe Polibio en el libro VIII de sus *Historias*. En ella, Teopompo critica severamente a Filipo y a su corte de "compañeros" y emplea una prosa artificiosa.

(6) Si entre los griegos, o incluso entre los bárbaros, había algún hombre desvergonzado o disoluto, todos estos se reunían en Macedonia, en su corte, donde eran llamados "los amigos del rey". (7) Filipo, efectivamente, despreciaba a las personas de costumbres honestas y a los que cuidaban de sus haciendas; en cambio prefería y condecoraba a los dilapidadores y amigos de comilonas y del juego. (8) No sólo les predisponía a practicar estos vicios, sino que los ejercitaba en todo tipo de injusticia y ruindad. (9) ¿Qué vergüenza o maldad no existía entre ellos? ¿Qué cosa amable o bella no faltaba? Unos eran hombres que se depilaban y se rapaban la cabeza, otros, barbudos, se dedicaban a prácticas homosexuales (10) e iban siempre en compañía de dos o tres adolescentes, aunque otras veces eran ellos los que voluntariamente se entregaban, (11) de manera que con razón se les hubiera tenido por amigas y no por amigos; el nombre que más les correspondía era el de rameras, no el de soldados (12). Asesinos por naturaleza, eran, sin embargo, unos afeminados. (13) En resumen, para acabar en breves palabras,

principalmente cuando tengo delante un diluvio de temas, creo que estos amigos y compañeros de Filipo se transformaron en seres tan feroces y de índole tal, que llegaron a ser peores que los centauros habitantes del Pelión, y que los lestrigones que vivían en la llanura leontina, o peores que cualquier ser comparable a éstos.

Teopompo, *Filípicas XLIX* (*FGrHist* 115, F 225a), a partir de Polibio, *Historias* VIII 9, 6-13 (trad. de Manuel Balasch, Gredos, Madrid, 1981)

Texto 30: El continente utópico de Teopompo

Las *Filípicas* de Teopompo debían de contener un gran número de digresiones. Unas de las más conocidas son las agrupadas bajo el epígrafe de "Cosas asombrosas" y, entre ellas, la descripción del utópico país de Guerrera, de Piedad y de los méropes, donde se ha querido ver cierta influencia de la ética cínica. Éste es el sumario que ofrece Claudio Eliano del pasaje.

(1) Teopompo describe un encuentro de Midas el frigio y Sileno. Este Sileno era hijo de una ninfa, más oscuro en su naturaleza que un dios, pero más poderoso que un ser humano, pues incluso era inmortal. Ambos discutieron mutuamente sobre muchas cosas, pero, en particular, Sileno contó a Midas esta historia. (2) Decía que Europa, Asia y Libia eran islas, en torno a las cuales fluye el océano en círculo, y que el único continente era uno que estaba fuera de ese mundo. Describía su tamaño como inmenso; en él se criaban animales de gran tamaño, los seres humanos eran el doble de grandes que aquí y su tiempo de vida no era como el nuestro, sino también el doble. (3) Había muchas ciudades grandes y con un régimen de vida singular. Las leyes que habían dispuesto para ellos eran contrarias a las acostumbradas entre nosotros. (4) Contaba que había dos ciudades muy grandes en tamaño que en nada se parecían entre ellas; una se llamaba Guerrera y la otra Piedad. Los habitantes de Piedad vivían en paz y con abundante riqueza, recogían los frutos de la tierra sin arados ni bueyes y no tenían que labrar ni sembrar nada. Pasan la vida –dice– sanos y sin enfermedades y la terminan riendo a carcajadas y disfrutando. Son tan indudablemente justos que ni siquiera los dioses desdeñan visitarles con frecuencia. (5) Pero los habitantes de Guerrera son muy belicosos, nacen con armas, siempre están de guerra, someten a sus vecinos y esa ciudad, ella sola, domina a muchos pueblos. Sus habitantes son no menos de dos millones. Mueren después de haber estado enfermos durante el resto del tiempo; pero eso es raro, ya que las más de las veces caen golpeados en las guerras o por piedras o por palos, pues son invulnerables al hierro. Tienen tal abundancia de oro y de plata que el oro es entre ellos de menos valor que el hierro entre nosotros. (6) Contaba que en una ocasión esos individuos intentaron marchar contra

estas islas nuestras y que, tras atravesar el océano con cientos de miles de hombres, llegaron hasta los hiperbóreos. Cuando se percataron de que eran los más felices de los que viven entre nosotros, sintieron desprecio por ser miserables y viles y por ese motivo desdeñaron avanzar más allá. (7) Y añadía una historia todavía más sorprendente. Decía que entre ellos ciertos méropes –se llaman así– habitaban numerosas y grandes ciudades y que en la parte extrema de su territorio había un lugar llamado Sin-retorno. Se parecía a un abismo, no dominado ni por la oscuridad ni por la luz, y el aire, mezclado con un rojo turbio, era agobiante. Fluían dos ríos por ese lugar; uno era llamado el río del Placer y el otro, del Dolor. Junto a ambos ríos se erguían árboles del tamaño de un gran plátano. Los árboles del río del Dolor producían frutos de la siguiente naturaleza: si uno los degustaba, echaba tal cantidad de lágrimas que se pasaba el resto de su vida entre lamentos y así se moría. (8) De otro lado, los árboles que crecían junto al río del Placer producían el fruto opuesto; pues quien los probaba terminaba con todas sus preocupaciones anteriores, incluso si amaba a alguien, también se olvidaba de él; se volvía poco a poco más joven y recuperaba de nuevo las épocas anteriores y ya pasadas de su vida. En efecto, se desprendía de la vejez y retornaba a la madurez, después volvía a la época de los jóvenes, luego se hacía niño, luego feto y a continuación dejaba de existir.

Teopompo, *Filípicas VIII* (*FGrHist* 115, F 75c), a partir de Claudio Eliano, *Varia Historia* III 18, 1-8 (trad. propia)

Texto 31: Las "impúdicas" costumbres de los etruscos

Para un griego como Teopompo, preocupado por la moderación en los hábitos sociales, sexuales y alimenticios, las costumbres de ciertos pueblos bárbaros le resultan reprobables. Este fragmento, que describe el régimen de vida de los tirrenos (los etruscos para nosotros), ilustra lo que se llama "retórica de la alteridad": por medio de la descripción de lo que son los etruscos se expone lo que no son, o mejor, no debieran ser, los griegos.

Es costumbre entre los tirrenos tener en común a las mujeres. Ellas cuidan esmeradamente sus cuerpos y con frecuencia hacen ejercicio desnudas, incluso en compañía de hombres, y a veces también unas con otras, pues no les da ningún pudor aparecer desnudas. Comen no con sus propios maridos, sino con quien se encuentren por azar en ese momento y beben a la salud de quien quieren. Son terriblemente bebedoras y muy hermosas de aspecto. Los tirrenos crían todos los niños que vienen al mundo sin saber quién es padre de cada uno. Ésos viven consecuentemente de la misma manera que aquellos que les han criado: organizando con frecuencia

festines en que se bebe mucho y teniendo relaciones con todas las mujeres. Los tirrenos no tienen ningún pudor no sólo en hacer cierta cosa al descubierto, sino incluso en mostrarse haciéndoselo, pues eso es una costumbre local entre ellos. Hasta tal punto carecen de pudor que, incluso cuando el señor de la casa está entregado a los placeres del amor y alguien le busca, dicen que se lo hace así y asá, llamando a la cosa por su impúdico nombre. Cuando están en una reunión de amigos o en familia y han dejado de beber y quieren acostarse, los criados, con las luces todavía encendidas, les llevan unas veces heteras, otras chicos muy bellos, otras también mujeres y, cuando han disfrutado de éstos, les llevan jovencitos en sazón, que de nuevo tienen relaciones con aquéllos. Se entregan a los placeres del amor y practican sus uniones a veces a la vista unos de otros, pero en muchas ocasiones ponen alrededor de las camas unas pantallas, que están hechas con ramas entrelazadas y encima de las cuales se echan los vestidos. Es seguro que tienen relaciones muy impetuosas también con las mujeres, pero, sin duda, gozan mucho más con los chicos y con los jovencitos. Ciertamente, entre los tirrenos los jóvenes tienen un aspecto muy bello, pues viven lujosamente y se ponen suaves sus cuerpos. Todos los bárbaros que habitan en el occidente se depilan con pez y se afeitan los cuerpos; y, al menos entre los tirrenos, hay numerosos talleres y artesanos de ese oficio, que se corresponden con los barberos entre nosotros. Cuando entran allí, se ofrecen sin reservas, sin sentir vergüenza alguna de los que les ven o pasan. Usan también esta costumbre los griegos que viven en Italia, quienes lo han aprendido de los samnitas y de los mesapios.

Teopompo, *Filípicas XLIII* (*FGrHist* 115, F 204), a partir de Ateneo, XII 14, p. 517d-518b (trad. propia)

Texto 32: El "robo" de Temístocles

Una de las polémicas más vivas acerca de la atidografía es la del propósito político de los respectivos autores. El fragmento que refiere Plutarco es uno de los que se aducen para justificar la tendencia pro democrática de Clidemo frente a la conservadora de Androción.

(6) Como los atenienses no tenían fondos públicos, afirma Aristóteles que el Consejo del Areópago entregó ocho dracmas a cada uno de los que integraban el ejército, por lo que fue el principal responsable de que se equipararon los trirremes. Pero Clidemo atribuye también ese hecho a una estratagema de Temístocles. (7) Asegura, en efecto, que, cuando los atenienses bajaban al Pireo, desapareció la cabeza de la Gorgona de la estatua de la diosa. Temístocles entonces, fingiendo buscarla, lo escudriñó todo y descubrió

escondida en los muebles una gran cantidad de dinero que fue incautado y se utilizó para surtir de provisiones a los que se embarcaron en las naves.

Clidemo, *Átide* (*FGrHist* 323, F 21), a partir de Plutarco, *Temístocles* 1, 6-7 (trad. propia)

Texto 33: Teseo y el Minotauro en la atidografía

Como no podía ser de otra manera, las historias de Teseo, el héroe fundador de Atenas, debían de tener un lugar destacado en las obras de los atidógrafos, cuya misión más importante consistía en exaltar las glorias pasadas y presentes del Ática y de su ciudad más destacada. Plutarco cita en este pasaje las versiones y añadidos de este mito, ya racionalizado, en el logógrafo Ferécides y en los atidógrafos Demón, Filócoro y Clidemo.

Una vez que arribó a Creta, de acuerdo con los escritos y cantos de la mayoría, recibió de la enamorada Ariadna el hilo e, informado de cómo pueden recorrerse las espirales del Laberinto, mató al Minotauro y se hizo a la mar llevándose a Ariadna y a los jóvenes.

(2) Ferécides añade que Teseo destruyó los cascos de las naves cretenses, impidiendo así la persecución. (3) Y Demón dice, además, que Tauro, el general de Minos, perdió la vida combatiendo con las naves en el puerto, cuando Teseo trataba de zarpar.

(4) Según la historia de Filócoro, en cambio, al convocar Minos el certamen, Tauro estaba mal mirado porque, presumiblemente, los vencería de nuevo a todos. (5) Además, su poder era odioso, por su carácter, y tenía sobre sí el infundio de que se acostaba con Pasífae. Por eso, precisamente, al pedir Teseo su participación en el concurso, Minos accedió. (6) Siendo costumbre en Creta que las mujeres también asistan a los espectáculos, presente Ariadna, quedó fascinada a la vista de Teseo y se maravilló de su forma de luchar venciéndolos a todos. (7) Complacido también Minos, sobre todo porque Tauro había sido derrotado y puesto en ridículo, devolvió a Teseo los jóvenes y levantó a la ciudad el tributo.

(8) De modo un tanto particular y fantástico refiere Clidemo, sobre estos sucesos, comenzando en cierta época remota, que era acuerdo general de los griegos no fletar, bajo ningún pretexto, trirreme alguna con capacidad para más de cinco hombres, y que solamente el comandante de la Argo, Jasón, [...] hizo un periplo, con la misión de limpiar el mar de piratas. (9) Pero, cuando Dédalo huyó con un barco a Atenas, Minos, mientras lo perseguía en contra de los acuerdos con grandes naves, fue arrojado por una tormenta a Sicilia y allí perdió la vida. Y como Deucalión, su hijo, en

actitud belicosa envió una embajada a los atenienses, conminándoles a que le entregaran a Dédalo y, en caso contrario, con la amenaza de matar a los jóvenes que cogió Minos como rehenes, a éste le respondió con buenos modos Teseo, intercediendo por Dédalo, ya que tenía parentesco con él y era su primo, como hijo de Mérope la de Erecteo. Y, mientras tanto, él emprendía la construcción de una flota, parte en las cercanías de Timétadas, lejos así del camino de los extranjeros, y parte por medio de Piteo, en Trecén, con el propósito de no ser descubierto. (10) Cuando estuvieron dispuestos, zarpó con Dédalo y los exiliados de Creta como guías. Y sin que nadie sospechara –antes bien, los cretenses pensaban que se acercaban naves amigas–, se apoderó del puerto, y, desembarcando, llegó rápidamente hasta Cnoso y, tras entablar una batalla a las puertas del Laberinto, mató a Deucalión y a su guardia. Encargada Ariadna del gobierno, cerró un pacto con ella por el que recuperó los jóvenes e hizo a los atenienses amigos de los cretenses, jurando que nunca más iniciarían una guerra.

Plutarco, *Teseo* 19 (trad. de Aurelio Pérez Jiménez, *Vidas Paralelas*, vol. I, Gredos, Madrid, 1985)

Texto 34: El "tucidídeo" Filisto

Filisto ha sido considerado uno de los seguidores de Tucídides en el siglo IV a.C., menos por la selección que hace del material histórico que por la forma de narrarlo. He aquí el testimonio de Dionisio de Halicarnaso, uno de los críticos más importantes e influyentes de la Antigüedad.

(1) Filisto parece que se asemeja más a Tucídides y que está dotado de una forma de escribir cercana a la suya. Pues [como Tucídides] no ha escogido un tema de interés general o común, sino un único tema y de carácter local. Lo ha dividido en dos obras, intitulando la primera *Sicilia*, la segunda, *Dionisio*, aunque se trata de una única obra, como se puede ver al final de Sicilia. (2) En cuanto al orden no ha organizado su material de la mejor manera, sino de una forma difícil de seguir, peor que Tucídides. No ha querido introducir asuntos ajenos al tema que trata como tampoco Tucídides, sino que se mantiene homogéneo. Muestra un carácter adulador, servil, bajo y mezquino. (3) Rehuye las peculiaridades y la elaboración de la elocución que emplea Tucídides, y se caracteriza por la densidad, la concisión y la argumentación. No obstante queda muy detrás de él en belleza del lenguaje, solemnidad y riqueza de los entimemas. (4) No sólo en esto, sino también en el uso de figuras retóricas. Su expresión está repleta de figuras (es inútil insistir, me parece, en lo que es evidente), pero la de Filisto es terriblemente homogénea y pobre en figuras. (5) Se pueden encontrar numerosos períodos

construidos de idéntica forma, como en el comienzo del libro segundo de su Sicilia:

Los siracusanos, atrayéndose a los megarenses y los eneos; los habitantes de Camarina reuniendo a los sicilianos y al resto de los aliados excepto a los de Gela, pues los de Gela no querían entrar en guerra con los siracusanos. Los siracusanos, enterándose de que los habitantes de Camarina habían atravesado el Hírmino...

Esto me parece que es completamente desagradable. (6) Es modesto en cualquier tema e imperfecto, ya describa asolamientos de ciudades o colonizaciones, ya elogios o reproches. Ni siquiera adecua sus discursos a la categoría de los oradores, sino que hace tímidos incluso a los mejores oradores políticos, y, sin tener en cuenta su fuerza o sus principios, los vuelve a todos iguales. Sin embargo, aporta cierta eufonía natural a su enunciación y un correcto sentido de la medida. Es un modelo más adecuado que Tucídides para los discursos reales.

Dionisio de Halicarnaso, *Carta a Pompeyo Gémino* 5
(trad. de G. Galán, Gredos, Madrid, 2001)

Texto 35: El método y el estilo de Timeo, según Polibio

Aunque Cicerón (*Sobre el orador* II 55-58) reconoce la contribución de Timeo al arte de escribir historia, Polibio le reprocha su retórica vana y su flagrante mendacidad a la hora de reproducir los discursos de sus personajes. Éste es el comentario que dedica al discurso pronunciado por Hermócrates en el congreso de Gela del año 424 a. C. Su carácter espurio queda patente al compararlo con el que reproduce Tucídides (IV 59-64).

(1) Para confirmar nuestras opiniones en cuanto a Timeo –me refiero a su ignorancia y a su falacia intencionada–, aduciremos unos ejemplos breves, extraídos de discursos que todo el mundo está de acuerdo en atribuirle. (2) Hermócrates, Timoleón y Pirro de Épiro sucedieron a Gelón el Viejo en el gobierno de Sicilia. Fueron hombres muy capaces, a los que no se puede, en absoluto, colgar discursos pueriles y escolares. (3) En su libro vigésimo primero, Timeo explica que, cuando Eurimedonte llegó a Sicilia para empujar a las ciudades de la isla a hacer la guerra contra Siracusa, los ciudadanos de Gela, cansados ya de conflictos, enviaron legados a Camarina para concertar una tregua. (4) Los de Camarina los acogieron favorablemente; más tarde, las dos ciudades despacharon embajadores, cada una a sus aliados, con la demanda de que enviaran a Gela hombres de confianza para deliberar sobre la paz y los intereses comunes. (5) Llegados los compromisarios y abierto el debate, Timeo presenta a Hermócrates y pone en

su boca el discurso siguiente: (6) empieza alabando a los de Gela y a los de Camarina, en primer lugar, porque son ellos los que han concluido la tregua, en segundo, porque habían promovido aquellas conversaciones y, todavía, porque habían procurado que no fuera el pueblo el que tratara de la paz, sino sus dirigentes, ya que son éstos los que conocen claramente la diferencia que va de la paz a la guerra. (7) A continuación echa mano de dos o tres reflexiones de tipo práctico, para afirmar seguidamente que todos ellos habían aprendido y conocían la diferencia que hay entre guerra y paz... ¡esto cuando había subrayado, un poco más arriba, que se debía agradecer a los de Gela que las conversaciones no las efectuaran las asambleas populares, sino un senado experimentado en peripecias bélicas!

(8) Timeo da la impresión no sólo de carecer de sentido político, sino de padecer deficiencias en cuanto al uso de medios retóricos. (9) Me parece opinión común el que los discursos deben contener elementos desconocidos o bien no creídos por el auditorio, y que ejercitarse en discursos que traten de temas muy conocidos es el esfuerzo más superfluo e infantil [...] que lo ya conocido. (10) Además del error que supone componer un discurso dedicado a puntos que ni tan siquiera se debían tocar, Timeo utiliza unos argumentos que nadie puede creer que Hermócrates los adujera. En efecto, este general siciliano combatió junto a los lacedemonios en la batalla de Egospótamos y, anteriormente, había capturado, en Sicilia, al ejército ateniense con sus dos generales; argumentos como los que le imputa Timeo no los habría recitado ni un niño.

Polibio, *Historias* XII 25j (trad. de Manuel Balasch, vol. II, Gredos, Madrid, 1981)

Texto 36: La "historiografía trágica" de Duris de Samos

La presente cita de Plutarco da cuenta del carácter "trágico" de la historiografía de Duris, acusado por el de Queronea de exagerar las desgracias de sus compatriotas para difamar a los atenienses.

(1) Al noveno mes los samios se rindieron. Pericles destruyó las murallas, se apoderó de las naves y los multó con mucho dinero. Una parte de la multa la pagaron inmediatamente los samios; el resto se comprometieron a completarlo en un plazo determinado y dieron rehenes.

(2) Duris de Samos da un tono trágico a estos asuntos, censurando la mucha crueldad de los atenienses y de Pericles, que no refieren ni Tucídides, ni Éforo ni Aristóteles. Y no parece decir la verdad cuando afirma que entonces Pericles llevó al ágora de los milesios a los comandantes y marineros de los samios, que los tuvo atados a postes de tormento durante

diez días y que, cuando ya se encontraban en estado lamentable, ordenó matarlos golpeándoles la cabeza con palos y tirar después sus cadáveres que dejó insepultos. (3) Pues bien, Duris, que ni siquiera cuando no tiene un interés propio suele mantener su relato ajustado a la verdad, sin duda exageró entonces más las desventuras de su patria para difamar a los atenienses.

Plutarco, *Pericles* 28, 1-3 = *FGrHist* 76, F 67 (trad. de A. Pérez Jiménez, *Vidas Paralela*, vol. II, Gredos, Madrid, 1996)

Texto 37: Los relatos maravillosos de Filarco

Los relatos maravillosos que incluía Filarco en sus *Historias,* como estos que recogemos aquí sobre Cérano y el delfín y sobre el elefante que cuidaba al niño huérfano, citados literalmente por Ateneo, revelan el gusto de nuestro autor y de su público por este tipo de argumentos que son más propios de un cuento o de una novela helenística que de una obra de historia.

El delfín es el animal más amigo del hombre y el más inteligente y sabe responder con gratitud. Por ejemplo, Filarco en el libro doce dice: "Cérano de Mileto, al ver que unos pescadores habían atrapado a un delfín en su red y que iban a despedazarlo, tras suplicarles y darles dinero dejó libre al delfín para que regresara al mar. Y después de esto, encontrándose en un naufragio alrededor de Miconos y mientras los demás habían perecido, Cérano fue el único en ser salvado por un delfín. Cuando Cérano murió de viejo en su país y se celebraba su funeral casualmente junto al mar, en Mileto, en aquel día una multitud de delfines apareció en el puerto muy cerca de los que acompañaban sus restos, como si también participaran en el cortejo fúnebre y en el entierro de este hombre". Y el mismo Filarco cuenta en el libro veinte cuán gran ternura sentía el elefante por un niñito. Escribe así: "Con este elefante se criaba una elefante hembra, a la que llamaban Nicea. Al morir la esposa del criador hindú se le confió a ella el niñito de treinta días de edad. Con la muerte de la mujer surgió del animal un fuerte sentimiento de ternura hacia el pequeño. En efecto, ni siquiera podía permanecer el bebé separado de ella, y si el animal no lo veía se enojaba. Así pues, cuando la nodriza saciaba al bebé con leche, lo dejaba en su cuna entre las patas del animal. Pero si dejaba de hacer esto, la elefanta renunciaba a su propio alimento. Y después de estas cosas, durante todo el día cogía cañas del forraje y espantaba las moscas del bebé, colocado a su lado, mientras dormía; y cuando lloraba mecía la cuna con su trompa y lo dormía. Y lo mismo hacía también el elefante en muchas ocasiones".

Ateneo, XIII 85, p. 606 = *FGrHist* 81, F 26 y 36 (trad. de J. L. Sanchis, *Ateneo de Náucratis. Sobre las mujeres*, Akal, Madrid, 1994)

Texto 38: El sufrimiento en las minas según Agatárquides

La descripción del trabajo en las minas de oro de Nubia es uno de los pasajes que mayor interés ha despertado entre los estudiosos. En él aparecen personajes que nunca antes habían tenido protagonismo en una obra de esta naturaleza, por lo que Agatárquides ofrece datos sobre aspectos inéditos de la realidad histórica. De otro lado, literariamente, esos párrafos se consideran uno de los mejores ejemplos de narración dramatizante, pues nuestro autor, en un tono altamente emotivo, relata las penalidades sufridas en las minas por hombres, mujeres y niños.

24. Aquellos, dice, a los que el infortunio arrastra a lo más bajo la tiranía reduce a la durísima esclavitud de la explotación aurífera, compartiéndola unos con sus mujeres e hijos, otros en solitario. Tras describir dramáticamente su sufrimiento, sin que haya algo que lo supere, expone el modo en que se trabaja el oro.

25. Los lugares de los montes abruptos y que tienen una naturaleza áspera, en los que se suele encontrar el oro, tras rellenarlos de leña y ablandarlos con el fuego los trabajan por sí mismos, mientras que los que son de roca más deleznable se cortan con un cincel de hierro. Conduce a los otros un especialista que selecciona las rocas. Cuando éste ha señalado los caminos a los mineros todo el trabajo se distribuye entre los infortunados de la siguiente manera.

Los que son fuertes y jóvenes desmenuzan con mazas de hierro un terreno semejante al mármol, golpeándolo no con técnica sino con sólo la fuerza; y abren a través de la roca muchas galerías no rectas, pues el venero aurífero unas veces gira hacia arriba, otras hacia abajo, unas hacia el lado derecho, otras hacia el izquierdo y de través, a la manera de las raíces de los árboles. Éstos cavan en la roca teniendo linternas atadas en sus frentes, siguiendo una especie de vena blanca; y cambiando múltiples veces de posición sus cuerpos arrojan al suelo los pedazos de roca, no según su propia comodidad o fuerza, sino ante la mirada de un capataz que nunca separa el insulto de los golpes.

26. Sus hijos todavía no adolescentes se deslizan por las galerías cavadas por aquéllos, y recogiendo con esfuerzo los guijarros de las rocas arrojadas los transportan fuera de las entradas. Los de más edad y los muchos enfermos reciben de éstos las piedras, y las entregan a los que llaman vigilantes. Los que tienen menos de treinta años y de aspecto vigoroso cogen morteros de piedra y los golpean con fuerza con martillos de hierro, y hacen pedazos no mayores que una lenteja, que distribuyen por el campo a otros. El que sigue es el trabajo de las mujeres que fueron conducidas a esas prisiones con sus maridos o con sus padres. Están colocadas en hileras muchas muelas, a las que arrojan la piedra machacada; y muelen colocándose tres

en cada lado de sus ejes, con un ceñidor tan andrajoso que sólo oculta las vergüenzas de su cuerpo. Muelen hasta que los fragmentos que se les entregó están reducidos a polvo. Todos estos que han caído en el infortunio descrito consideran preferible la muerte a la vida. [...]

29. La pérdida de muchas vidas en las minas conduce al fin antes dicho, como si la misma Naturaleza demostrase que hace falta que la producción de oro sea muy fatigosa y su custodia difícil y su deseo el más grande y que su utilidad sea por mitad placer y dolor, y su explotación sea en cierto modo muy antigua.

Pues sin duda la naturaleza de las minas fue descubierta por los primeros reyes del país, aunque su laboreo cesó en otro tiempo por la invasión masiva de etíopes en Egipto, que ocuparon las ciudades durante muchos años (por los que, se dice, fueron construidos los monumentos de Memnón), y durante el dominio de medas y persas.

Mas en nuestros días se encuentran también mazas de bronce en las minas de oro abiertas por aquéllos –pues se ignoraba en aquel tiempo el uso del hierro–, así como también huesos humanos en cantidad increíble, al haber no pocos derrumbes (como parece probable) en aquellas oquedades y galerías, pues la magnitud de los pozos es tal que alcanzan el mar en sus oblicuos descensos.

Agatárquides, *Sobre el Mar Rojo* V a partir de Focio, *Biblioteca* 250 24-29 (trad. de García Moreno, Luis A. y Gómez Espelosín, F. Javier, *Relatos de viajes en la literatura griega antigua*, Alianza, Madrid, 1996; pp. 162-170)

Texto 39: La imagen de Alejandro en Calístenes

Calístenes, el primero de los historiadores de Alejandro, presenta al soberano como el guía, enviado por Zeus, de la gran expedición panhelénica que tenía como objetivo vengar los ultrajes perpetrados a los griegos por los persas. Este fragmento recoge la descripción de la apoteósica visita de Alejandro al oráculo de Amón, con las debidas apreciaciones de Estrabón.

Dice, así pues, Calístenes que Alejandro deseaba ardientemente marchar tierra adentro para visitar el oráculo, porque escuchó que antes también habían ido allí Perseo y Heracles. Partió desde Paretonio y, a pesar de que los vientos del sur se precipitaron sobre él, forzó la marcha. Cuando perdió la orientación por causa de la polvareda, fue salvado por la venida de lluvias y porque dos cuervos le guiaron el camino, cosas estas que, como las siguientes, las dice por adulación. A Alejandro fue al único a quien el sacerdote permitió entrar al templo con su atuendo ordinario; los demás

cambiaron sus vestimentas y todos escucharon fuera el vaticinio, con excepción de Alejandro, que estaba en el interior. Las respuestas del oráculo no se dieron en palabras, como en Delfos y entre los Bránquidas, sino en su mayor parte por medio de gestos y de signos, como cuando dice Homero: "El Cronión habló y con sus cejas azul oscuro hizo una señal de asentimiento", actuando el adivino en nombre de Zeus; sin embargo, sí le dijo expresamente al rey que era hijo de Zeus. Y a esto Calístenes añade en tono dramático que, aunque Apolo había abandonado el oráculo de los Bránquidas, después de que el santuario fue saqueado por los mismos Bránquidas, que tomaron el partido de los persas en tiempos de Jerjes, y aunque la fuente había dejado de echar agua, entonces volvió la fuente a manar y que los embajadores milesios habían llevado a Menfis numerosos oráculos relativos a la filiación de Alejandro con Zeus, a la futura victoria de Arbela, a la muerte de Darío y a los levantamientos revolucionarios en Esparta. Sobre la alta estirpe de Alejandro también había hecho una declaración pública, dice Calístenes, la eritrea Atenaide, que era una mujer parecida a la antigua Sibila eritrea.

Calístenes, *Hechos de Alejandro* (*FGrHist* 134, F 14a), a partir de Estrabón XVII 1, 43 (trad. propia)

Texto 40: La historia anecdótica de Cares de Mitilene

A juzgar por los fragmentos que han pervivido de las *Historias de Alejandro* de Cares de Mitilene, la mayoría a través de Ateneo, la obra debía de reunir mucho material anecdótico y pocos hechos políticos y militares. Este pasaje relata, en el más puro estilo de la novela, el romance de Zariadres y Odatis.

Histiaspes tenía un hermano más joven, Zariadres; sobre ellos dicen los del lugar que fueron engendrados por Afrodita y Adonis. Histiaspes era soberano de Media y de la región meridional, mientras Zariadres lo era de la región que se extiende desde las puertas Caspias hasta el Tanedo. Por su parte, Homartes, rey de los maratos, más allá del Tanedo, tenía una hija de nombre Odatis. Sobre ella está escrito en las historias que, al ver a Zariadres en un sueño, se enamoró de él, y en igual sentimiento sucumbió éste con respecto a ella. Continuaron, pues, deseándose el uno al otro a través de las fantasías del sueño. Odatis era la mujer más hermosa de Asia y Zariadres era también bello. Entonces Zariadres envió una embajada a Homartes con ansiosos deseos de casarse con la muchacha, pero Homartes no era de su mismo parecer, porque, al estar privado de hijos varones, quería darla a alguno de sus parientes. Después de no mucho tiempo, Homartes convocó a los príncipes de su reino, a los amigos y parientes, y se puso a celebrar las

bodas sin haber anunciado previamente a quién iba a entregar a su hija. Pues bien, cuando la borrachera estaba en su cumbre, el padre, que había hecho venir a Odatis al banquete, dijo ante los comensales que le escuchaban: "Odatis, hija, nos encontramos ahora celebrando tus bodas. Así que, una vez hayas mirado alrededor y observado a todos, toma la copa de oro y dásela llena a aquel con quien quieras ser desposada, pues de ése serás llamada esposa". Y ella dirigió su mirada alrededor y se alejó entre lágrimas, deseosa de ver a Zariadres, pues a él le había comunicado que se iban a consumar las bodas. Éste, por su parte, que estaba acampado en el Tanedo, cruzó sin ser visto el campamento acompañado tan sólo del auriga; y, habiéndose puesto en camino por la noche en su carro, atravesó un extenso territorio, recorriendo casi ochocientos estadios. Cuando estaba cerca de la aldea en la que se consumaban las bodas, dejó al auriga con el carro y continuó adelante vestido con un traje escita. Al llegar a la corte y ver a Odatis, que estaba de pie ante el copero y preparaba la mezcla en la copa con lágrimas en los ojos, se situó a su lado y le dijo: "Odatis, estoy ya junto a ti como tú me has pedido; soy Zariadres". Y ella, al ver a un hombre extranjero, bello y semejante al que había visto en el sueño, se llena de alegría y le ofrece a él la copa. Entonces Zariadres arrebató a Odatis, la condujo a su carro y huyó con ella. Por su parte, los esclavos y las sirvientas, cómplices de este amor, guardaron completo silencio y, aunque el padre les ordenó hablar, aseguraron no saber a dónde había marchado. Este amor se recuerda entre los bárbaros que habitan Asia y es especialmente envidiado. La leyenda la reproducen pintada en los templos y en los palacios, e incluso en las casas particulares, y la mayoría de los príncipes ponen a sus propias hijas el nombre de Odatis.

Cares de Mitilene, *Historias de Alejandro* (*FGrHist* 125, F 5),
a partir de Ateneo XIII 35 (trad. propia)

Texto 41: Encuentro de Nearco y Alejandro en Carmania

El relato del emotivo encuentro entre Nearco y Alejandro en Carmania es uno de los fragmentos más alabados de nuestro autor. Nearco ha incorporado en él fraseología de la *Odisea*, no en vano su expedición había sido un viaje de regreso tan repleto de riesgos como el que protagonizó el hijo de Laertes. He aquí un fragmento del pasaje.

(1) Se adelantaron algunos para llevar la noticia y, a todo correr, se presentaron ante Alejandro: "Aquí viene Nearco, y con él, Arquias y cinco más; a punto están de llegar". En cambio, del resto del ejército no pudieron anunciar nada.

(2) Ante esta nueva información, Alejandro se figuró que estos amigos se habían salvado de milagro, pero que el resto del ejército se habría perdido,

de suerte que fue menor la alegría que le produjo la noticia de la salvación de Nearco y Arquias, que lo que le pesaba saber que el resto del ejército había perecido. (3) No bien habían terminado de hablar los soldados cuando aparecieron Nearco y Arquias en presencia de Alejandro. Apenas los pudo éste reconocer, según los veía con los pelos largos y en tan lamentable estado; todo lo cual no hizo sino aumentar su pesar por considerar cosa hecha la desaparición de su flota.

(4) Ofreció a Nearco su mano derecha, y yendo los dos a un lado, aparte de los Compañeros y los hipaspistas, Alejandro lloró un buen rato. (5) Al poco se contuvo y le dijo: "Menos mal que tú te has salvado y también Arquias; gracias a ello, puedo soportar medianamente esta desgracia; mas dime, ¿cómo perecieron las naves y el ejército?".

(6) Y Nearco, interrumpiéndole, le dijo: "¡Rey, también tus naves y tu ejército se han salvado! Nosotros mismos hemos querido venir como mensajeros de tan fausta noticia".

(7) Aún más lloró Alejandro, al oír la noticia no esperada de la salvación de su ejército y, acto seguido, preguntó dónde estaban fondeadas las naves. A ello contestó Nearco: "Están en seco para ser reparadas en la desembocadura del río Anamis".

(8) Alejandro puso por testigo al Zeus griego y a Amón el libio de que esta última gran noticia le alegraba más que haber llegado a conquistar el Asia toda. Pues, en efecto, el dolor que había sentido al creer perdido su ejército le había amargado la alegría por sus anteriores éxitos.

Nearco, *Navegación costera de la India* (*FGrHist* 133, F 1), a partir de Arriano, *India* 35 (trad. de Antonio Guzmán, vol. II, Gredos, Madrid, 1982)

Texto 42: La historia "militar" de Ptolomeo

La historia de Alejandro de Ptolomeo, cuyo título exacto desconocemos, debía de ser una historia fundamentalmente de hechos militares, sin digresiones ni relatos fantasiosos. En este pasaje de la campaña contra los aspasios es perceptible el mayor detalle con el que narra aquellos sucesos que él ha presenciado y protagonizado (obsérvese la rapidez con la que se despacha la intervención de Leónato).

(24, 8) En esto, Tolomeo, hijo de Lago, que se había apartado un poco a buscar forraje por encargo de Alejandro, se había alejado algo más con algunos hombres a inspeccionar los alrededores; de regreso trajo noticias a Alejandro de haber visto en el campamento bárbaro mayor número de

hogueras que las que había en el propio campamento de Alejandro. (9) Desconfió éste al principio de este número, pero al ver que se trataba de una asamblea de bárbaros de este territorio, dejó en reserva una parte de su ejército al pie del monte donde estaba, mientras que él se puso al frente de un contingente de hombres, suficiente a su juicio, en vista del número de bárbaros allí reunidos; procedió a dividir el grupo en tres secciones, según se iban acercando a los fuegos enemigos.

(10) Al frente de una de ellas puso a Leónato, uno de su guardia personal, asignándole el batallón de Átalo y el de Balacro; la segunda sección, formada por un tercio de los hipaspistas reales, los batallones de Filipo y Filotas y dos quiliarquías de arqueros, los agrianes y la mitad de la caballería, quedó a cargo de Tolomeo, hijo de Lago. Al frente de la tercera se puso él mismo, situándose donde al parecer formaba la mayor parte de los bárbaros.

(25, 1) Al ver éstos que los macedonios se les aproximaban, continuaron ocupando sus posiciones dominantes. Algo después, confiados en su número y despreciando a los macedonios que tan pocos eran, bajaron hasta las posiciones situadas algo más abajo. El combate que allí se originó fue muy duro, aunque Alejandro terminó por imponerse sin grandes dificultades.

(2) Las tropas de Tolomeo se habían alineado en orden de batalla sobre un terreno no liso, pero como los bárbaros ocupaban las alturas, Tolomeo formó las compañías en orden de columna, llevándolos hacia donde el cerro parecía más fácilmente expugnable, sin cerrar con sus tropas por completo el perímetro del cerro, sino que dejó un corredor por el que los bárbaros, llegado el caso, pudieran emprender la huida. (3) Se produjo también allí un violento combate, debido no tanto a lo escabroso del lugar, como a que estos indios son mucho más valientes que sus vecinos. Con todo, fueron desalojados de la colina por los macedonios. Leónato y sus hombres, que componían uno de los tres tercios del ejército, resultaron igualmente victoriosos, consiguiendo derrotar a sus oponentes.

Ptolomeo (*FGrHist* 138, F 18), a partir de Arriano,
Anábasis de Alejandro Magno IV 24, 8-25, 3
(trad. de Antonio Guzmán, vol. II, Gredos, Madrid, 1982)

Texto 43: Manetón de Sebennito

A juzgar por las citas de Eusebio y de Jorge Sincelo, la *Historia* de Manetón parece un simple listado ordenado de reyes acompañado de alguna noticia escueta sobre sus respectivos reinados. Pero es probable que esas listas se completaran con pasajes narrativos más al gusto de los griegos a quienes iba

destinada su obra. Son significativos, en este sentido, los fragmentos transmitidos por Josefo en su *Contra Apión*. En el pasaje que sigue, al margen de las tergiversaciones interesadas a las que Josefo pudiera haber sometido el texto original, hay huellas de relatos más amplios de naturaleza historiográfica.

(73) Comenzaré por los escritos de los egipcios. No es posible citar los libros literalmente; pero Manetón, un egipcio de raza, iniciado en la cultura griega, como es evidente, pues escribió en lengua griega la historia de su patria traduciéndola de las tablillas sagradas, como él mismo dice, reprocha a Heródoto haber alterado en muchos puntos la historia de Egipto por ignorancia. (74) Pues bien, este Manetón, en el segundo libro de la *Historia de Egipto* escribe sobre nosotros lo siguiente. Citaré sus propias palabras como si le presentara a él mismo como testigo: (75) "Tutimeo. En su reinado, no sé cómo, se hizo sentir contra nosotros la cólera divina y, de improviso, desde el Oriente, unos hombres de raza desconocida tuvieron la audacia de invadir nuestro país y, fácilmente y sin combate, se adueñaron de él por la fuerza. (76) Hicieron prisioneros a sus gobernantes, incendiaron salvajemente las ciudades, arrasaron los templos de los dioses y trataron con gran crueldad a todos los naturales del país, matando a unos y esclavizando a las mujeres e hijos de otros. (77) Finalmente, hicieron rey a uno de los suyos, llamado Salitis. Éste se estableció en Menfis, imponiendo tributos en el Alto y en el Bajo Egipto, y dejó guarniciones en los lugares más apropiados. Fortificó especialmente la región del Este, previendo que los asirios se harían un día más fuertes y atacarían por allí, deseosos de su reino. (78) Como en el nomo de Setroita hubiera encontrado una ciudad muy adecuada, situada al este del río Bubastites, llamada, según una antigua tradición teológica, Avaris, la reconstruyó y la fortificó con murallas; estableciendo en ella además un ejército de doscientos cuarenta mil soldados para su protección. (79) Acudía allí en verano para medir el trigo y pagar la soldada y también para ejercitar a los soldados cuidadosamente con maniobras con el fin de inspirar respeto a los extranjeros. Tras un reinado de diecinueve años, murió. (80) Después de él, otro rey llamado Bnón ocupó el trono durante cuarenta y cuatro años. El sucesor de éste, Apacnás, reinó treinta y seis años y siete meses; a continuación, Apofis, sesenta y un años, y Annas, cincuenta años y un mes. (81) Después de éstos, Asis, cuarenta y nueve años y dos meses. Éstos fueron sus seis primeros príncipes, cuya mayor ambición fue destruir Egipto hasta la raíz. (82) A este pueblo, en su totalidad, se le daba el nombre de *hicsos*, es decir, "reyes pastores", pues en la lengua sagrada *hic* significa rey y *sos* es pastor o pastores en la lengua vulgar; y reuniéndolo así se forma *hicsos*".

Manetón, *Historia de Egipto* (*FGrHist* 609, F 8), a partir de Flavio Josefo, *Contra Apión* I 73-82 (trad. de Margarita Rodríguez, Gredos, Madrid, 1994)

Texto 44: El "diluvio universal" en Beroso de Babilonia

Beroso, como Manetón, es conocido fundamentalmente gracias a los historiadores y apologetas judíos y cristianos. En su obra hallan la prueba del antiquísimo origen del pueblo hebreo y de sus instituciones. En Beroso, por ejemplo, se encuentra el relato de un gran diluvio y la gesta del rey Xisutro, a quien los dioses revelaron en sueños el cataclismo y ordenaron construir un barco para preservar en él a su familia, a sus amigos y a un buen número de animales. Y este Xisutro es el rey que los historiadores judíos y cristianos identificaron con el Noé del *Génesis*, cuya historia tiene también un enorme parecido con la de Utanapishtim del *Gilgamesh*.

Tras la muerte de Ardato, su hijo Xisutro reinó durante dieciocho saros, y bajo su reinado tuvo lugar el gran diluvio; su historia está así registrada:

(14) Crono se le apareció a Xisutro en un sueño y le anunció que el quince del mes de Desio el género humano perecería por un diluvio. Le ordenó entonces que enterrara en Sipara. ciudad del Sol, los comienzos, intermedios y finales de todas las escrituras; que construyera una nave y se embarcara con su familia y amigos íntimos, que pusiera en ella comida y bebida, metiese animales tanto de alas como de cuatro patas y que, cuando lo hubiera preparado todo, se hiciera a la mar. Cuando le preguntó a dónde iba a navegar, le dijo: "hacia los dioses, a pedirles buena ventura para los hombres". Xisutro no desobedeció y construyó una nave de cinco estadios de largo y dos de ancho; reunió todo lo que se le había ordenado e hizo embarcar a su mujer, a sus hijos y a sus amigos íntimos.

(15) Sobrevino el diluvio, y, nada más cesar, Xisutro soltó algunas aves. Como no encontraron alimento ni lugar donde posarse, regresaron al barco. Unos días después, Xisutro volvió a soltar las aves y de nuevo éstas regresaron a la nave pero con las patas embarradas. Y, tras soltarlas por tercera vez, ya no volvieron al barco. Entonces Xisutro comprendió que la tierra había aparecido de nuevo, y, al abrir una parte de las costuras del barco y ver que éste había atracado en una montaña, desembarcó con su mujer, con su hija y con el piloto. Se prosternó ante la tierra, erigió un altar e hizo sacrificios a los dioses; después desapareció con los que habían salido del barco. Quienes se habían quedado en él, como no entraban Xisutro y los que le acompañaban, salieron a buscarle llamándole a gritos por su nombre. Ellos ya no volvieron a ver más a Xisutro, pero surgió una voz del cielo que les advertía del deber de ser piadosos, que, en efecto, él, en recompensa a su piedad, había ido a habitar con los dioses y que del mismo honor habían participado su mujer, su hija y el piloto. La voz les dijo, además, que debían regresar a Babilonia y, como les estaba decretado por el destino, recuperar de Sipara las escrituras para transmitirlas a los hombres. Les comunicó, en

fin, que el país en el que se encontraban era Armenia. Al oír esto, hicieron sacrificios a los dioses y marcharon a pie a Babilonia.

(16) De ese barco, que estaba acostado en Armenia todavía queda una parte en los montes de los Cordieos de Armenia y algunos raen asfalto del barco para llevárselo y utilizarlo para alejar maleficios.

(17) Pues bien, cuando los compañeros de Xisutro llegaron a Babilonia, desenterraron las escrituras de Sipara, fundaron numerosas ciudades y, tras erigir templos, reconstruyeron de nuevo Babilonia.

Beroso, *Historia de Babilonia* II (*FGrHist* 680, F 4b), a partir de Jorge Sincelo, *Cronografía* 53, 14-17 (trad. propia)

Texto 45: Polibio y la singularidad de su *Historia*

La preocupación metodológica de Polibio es constante y ningún autor habla tanto de la singularidad de su obra como él. En este texto defiende la necesidad de una visión global de la historia y critica las historias parciales y particulares.

(1) La peculiaridad de nuestra obra y la maravilla de nuestra época consisten en esto: según la Fortuna ha hecho inclinar a una sola parte prácticamente todos los sucesos del mundo, y obligó a que tendieran a un solo y único fin, del mismo modo también [es preciso], valiéndose de la historia, concentrar bajo un único punto de vista sinóptico, en beneficio de los lectores, el plan del que se ha servido la Fortuna para el cumplimiento de la totalidad de los hechos. (2) Lo que acabo de notar es lo que nos ha impulsado y estimulado más a dedicarnos a la historia, y también, además, el hecho de que nadie, entre nuestros contemporáneos, haya emprendido la confección de una historia general. De ser así, yo no habría puesto tanto empeño en una obra de estas características. (3) Pero ahora me he dado cuenta de que muchos investigan guerras particulares y hechos ajenos a ellas; sin embargo, nadie se dedica, al menos por lo que nosotros sabemos, a dilucidar la estructura general y total de los hechos ocurridos, cuándo y de dónde se originaron, y cómo alcanzaron su culminación. (4) [Por ello] he creído absolutamente necesario no omitir ni dejar pasar, sin detenerme en ello, la obra más bella, y al mismo tiempo más útil, de la Fortuna. (5) Ésta, ciertamente, realiza muchas cosas novedosas e interviene de continuo en las vidas de los hombres, pero, francamente, no había realizado jamás una obra semejante ni había propugnado un conflicto como el actual. (6) Y esto es lo que resulta imposible de captar en los autores de monografías, a no ser que se viaje a todas las ciudades más ilustres, recorriéndolas una por una, o bien, ¡por Zeus!, que se contemplen por separado, pintadas, y se suponga en el acto, por ello, que se ha visto el mapa de todo el universo,

la disposición global del mundo y su ordenación, lo cual resulta absolutamente inverosímil. (7) Porque, en general, los que están convencidos realmente de que a través de las historias monográficas tienen una adecuada visión del conjunto, creo que sufren algo parecido a los que han contemplado esparcidas las partes de un cuerpo antes dotado de vida y de belleza, y ahora juzgan que han sido testigos oculares suficientes de su vigor, de su vida y de su hermosura.

Polibio, *Historias* I 4, 1-7 (trad. de Manuel Balasch, vol. I, Gredos, Madrid, 1981)

Texto 46: Crítica de Polibio a la historiografía trágica

Son frecuentes las críticas de Polibio a otros historiadores que no participan de su misma visión de la historiografía: Teopompo y, sobre todo, Timeo son el frecuente blanco de sus dardos. En este caso le toca a Filarco y su historia "trágica".

(1) La historia de la época descrita por Arato la han tratado también otros, entre los que goza de crédito Filarco, quien con frecuencia contradice al primero y sostiene opiniones opuestas. (2) Nosotros hemos preferido a Arato en la exposición de la guerra de Cleómenes, de modo que es útil y necesario explicar nuestra elección, y no permitir que la mentira goce de la misma fuerza que la verdad en los escritos históricos. (3) En el conjunto de su obra Filarco ha dicho muchas cosas a la ligera y según le parecía. (4) Ahora quizá no sea necesario tratar con detalle ni reprocharle otros puntos, pero en lo concerniente a la época que aquí nos ocupa, es decir, la guerra cleoménica, es forzoso proceder con criterio. (5) Y ello bastará para ver su método general y el valor de su historia. (6) En efecto: pretende poner a la vista de todos la crueldad de Antígono y de los macedonios, y al propio tiempo la de Arato y de los aqueos. Y para ello afirma que cuando los de Mantinea fueron sometidos padecieron grandes calamidades, y que la ciudad mayor y más antigua de Arcadia se debatió entre desgracias tales que causó conmoción y lágrimas entre todos los griegos. (7) Filarco quiere provocar la compasión de sus lectores y hacerles sintonizar con su relato, de modo que describe teatralmente mujeres que se abrazan; sus cabelleras flotan y sus pechos están al descubierto. Nos habla de llantos y alaridos de hombres y mujeres a los que se llevan, revueltos con sus hijos y sus padres. (8) Éste es el procedimiento habitual de su historia, tendente siempre a poner horrores a la vista de todos. (9) Pero dejemos lo pedestre y mujeril que resulta esta propensión suya, y examinemos mejor lo que en la historia es natural y útil. (10) Conviene que el historiador con su obra no intente fascinar y maravillar al primero que encuentre. Conviene que no invente discursos en cualquier oportunidad, y que no describa las consecuencias marginales de

lo sucedido. Esto corresponde a los autores trágicos; el historiador debe limitarse a recordar lo que en verdad se dijo y se hizo, por vulgar que sea. (11) Pues la finalidad de la historia y la de la tragedia no coinciden, al contrario, se oponen polarmente: esta última debe usar las palabras más persuasivas, en cualquier circunstancia mover y hacerse suyos a los espectadores; el historiador, en cambio, debe intentar siempre enseñar y convencer a los estudiosos; su palabra y su obra deben responder a la verdad. (12) En la tragedia guía lo convincente, aunque sea falso, y ello mintiendo a los espectadores; la guía de la historia es la verdad; la historia persigue el provecho de sus cultivadores. (13) Además, Filarco nos narra la mayoría de episodios sin indicar su causa ni cómo ocurrieron. Y sin saberlo la piedad no es razonable, y la indignación está fuera de lugar ante cualquier acontecimiento.

Polibio, *Historias* II 56, 1-13 (trad. de Manuel Balasch, vol. I, Gredos, Madrid, 1981)

Texto 47: La "anaciclosis" o sucesión cíclica de las formas de gobierno

La exposición sobre las diversas formas de gobierno y su sucesión cíclica, que se aplica a la propia historia de Roma, es una de las partes más alabadas de la obra de Polibio. Como muestra, he aquí los párrafos dedicados a la transformación de la democracia en tiranía y la reflexión final del historiador.

(4) Mientras viven algunos de los que han conocido los excesos oligárquicos, el orden de cosas actual resulta satisfactorio y se tienen en el máximo aprecio la igualdad y la libertad de expresión. (5) Pero cuando aparecen los jóvenes y la democracia es transmitida a una tercera generación, ésta, habituada ya al vivir democrático, no da ninguna importancia a la igualdad y a la libertad de expresión. Hay algunos que pretenden recibir más honores que otros; caen en esto principalmente los que son más ricos. (6) Al punto que experimentan la ambición de poder sin lograr satisfacerla por sí mismos ni por sus dotes personales, dilapidan su patrimonio, empleando todos los medios posibles para corromper y engañar al pueblo. (7) En consecuencia, cuando han convertido al vulgo, poseído de una sed insensata de gloria, en parásito y venal, se disuelve la democracia, y aquello se convierte en el gobierno de la fuerza y de la violencia; (8) porque las gentes, acostumbradas a devorar los bienes ajenos y a hacer que su subsistencia dependa del vecino, cuando dan con un cabecilla arrogante y emprendedor, al que, con todo, su pobreza excluye de los honores públicos, desembocan en la violencia. (9) La masa se agrupa en torno de aquel hombre y

promueve degollinas y huidas. Redistribuye las tierras y, en su ferocidad, vuelve a caer en un régimen monárquico y tiránico.

(10) Éste es el ciclo de las constituciones y su orden natural, según se cambian y transforman para retomar a su punto de origen. (11) Quien domine el tema con profundidad puede que se equivoque en cuanto al tiempo que durará un régimen político, pero en cuanto al crecimiento de cada uno, a sus transformaciones y a su desaparición es difícil que yerre, a no ser que su juicio resulte viciado por la envidia o por la animosidad. (12) En lo que, particularmente, atañe a la constitución romana, es principalmente a partir de estas consideraciones como llegaremos a entender su formación, su desarrollo y su culminación, y, al propio tiempo, el cambio en dirección inversa que se producirá a partir de este estado. (13) Porque si hace poco tiempo que lo he dicho de otras constituciones, la romana posee igualmente un principio natural desde sus comienzos, un desarrollo y una culminación, así que experimentará de modo semejante una recesión hacia sus principios, (14) cosa que se podrá comprobar por las partes que seguirán a ésta.

Polibio, *Historias* VI 9, 4-14 (trad. de Manuel Balasch, vol. II, Gredos, Madrid, 1981)

Texto 48: Los últimos días de Filipo y la venganza de la Fortuna

A partir del libro VII las *Historias* de Polibio sólo se nos han transmitido por medio de fragmentos. Sus contenidos vienen determinados, en gran medida, por las intenciones de los diversos compiladores. Muchos de ellos se refieren a embajadas y tratados y algunos nos revelan al Polibio moralista. Como este que recoge los últimos días de Filipo.

(1) Tanto para el rey como para toda Macedonia, esta época marcó el principio de males y de grandes turbulencias; (2) es tiempo digno de mención, como si la Fortuna hubiera querido tomar venganza oportuna de los crímenes y sacrilegios cometidos por Filipo durante su vida, presentándole ahora la hueste de las Erinias, los vengadores y los espíritus justicieros de aquellos a quienes había hecho desgraciados: (3) no le dejaban de noche ni de día hasta que murió. De modo que todos los hombres deberán reconocer lo que dice el refrán: "existe un ojo de la justicia", al que jamás despreciaremos, dada nuestra condición humana. (4) En efecto, la Fortuna primero infundió a Filipo la idea de que, si iba a hacer la guerra a los romanos, debía deportar de las ciudades costeras más importantes a los dirigentes con sus mujeres e hijos y extrañarles a la población llamada ahora Ematia y, antiguamente, Peonia, (5) mientras llenaba de tracios y bárbaros aquellas urbes, que le resultarían más seguras que la lealtad de los confinados durante

los peligros. (6) Lo que se llevó a cabo: arrancados los hombres en cuestión de sus hogares, se produjeron un duelo y un alboroto tales, que todo el país parecía tomado a punta de lanza. (7) De ahí surgieron maldiciones e imprecaciones a los dioses contra el rey, y no sólo a escondidas, sino también públicamente. (8) Finalmente, como Filipo determinara no dejar en medio nada hostil, ni tan siquiera sospechoso para su casa real, escribió a los comandantes de las ciudades que buscaran a los hijos y a las hijas de los macedonios que él había mandado ejecutar y que los metieran en la cárcel; (9) se refería, principalmente, a Admeto, Pírrico y Samo y a los que perecieron junto con ellos. (10) Y, además, comprendió a todos los que habían perdido la vida por orden real. Cuentan que Filipo recitaba el verso: "Necio aquel que habiendo asesinado al padre deja vivos a los hijos". (11) La mayoría de los detenidos eran personas ilustres por la alcurnia de sus padres, de modo que su desgracia resultó notoria y muy lamentable para todos. (12) Y en aquella misma época la Fortuna introdujo todavía a Filipo en un tercer drama, el de sus dos hijos. (13) Ellos se acechaban mutuamente, pero la solución acerca del contencioso se le reservaba a él, y debía ponderar de cuál de sus hijos iba a convertirse en asesino, y a quién de los dos él mismo debería temer aún más por todo el resto de su vida, no fuera que sin llegar a viejo sufriera algo parecido; calculaba esto y no vivía tranquilo ni de día ni de noche. (14) Estando su alma sumergida en tales desventuras y perturbaciones, ¿quién no sospechará razonablemente que algunos dioses habían introducido la cólera en la vejez de Filipo en castigo de los crímenes de su vida anterior?

Polibio, *Historias* XXIII 10 (trad. de Manuel Balasch, vol. III, Gredos, Madrid, 1983)

Texto 49: Polibio y el imperialismo romano

Uno de los asuntos más debatidos entre los estudiosos ha sido la postura de Polibio hacia el imperialismo romano. El texto de Jesús Lens resume los cambios que, al respecto, habría experimentado nuestro autor a lo largo de su vida.

Polibio vio la historia de Roma ante todo como el desarrollo de su imperio, y es probable que en el curso de su larga vida sus puntos de vista acerca del imperialismo romano hayan experimentado cambios; pero no es fácil precisarlos, dadas las dificultades que plantea la determinación de la cronología de las diversas partes de la obra de Polibio. [...] La que observó hacia Roma durante los primeros años de su estancia en Italia parece haber sido reservada y fría, similar, probablemente, a la de no pocos de los griegos que vivían en Roma. La simpatía de nuestro autor hacia ella se habría ido incrementando paulatinamente, en un proceso paralelo al del progreso

creciente de su *protector* Escipión. En una serie de ocasiones Polibio atribuye al senado, sin indicar ni su aprobación ni su desaprobación, una actitud equívocamente pragmática, la *nova sapientia* a que se referían con desaprobación algunos de los senadores del viejo estilo; parece seguro que, en casos como la guerra de Perseo, el éxito o el fracaso de una política eran para Polibio un criterio importante a la hora de juzgarla. La parte de su obra que refleja la época en la que el historiador participaba directamente en la historia y estaba estrechamente identificado con la familia de Escipión muestran, como era de esperar, una tendencia decididamente prorromana. La última etapa historiada por Polibio es caracterizada por éste como "de confusión y alteración"; no es fácil determinar con precisión los límites de este período, que incluye la guerra de España, la revuelta de Andrisco en Macedonia, la guerra aquea y la tercera guerra púnica. La característica definitoria de esta época era, para Polibio, la falta de sentido en lo que ocurría; los acontecimientos eran imprevisibles y la política de los estados que se oponían a Roma no obedecía a las reglas de la razón. Difícilmente pueden caber dudas de que Polibio estaba a favor de la política romana en la tercera guerra púnica, a la que su presencia no sólo aportó apoyo moral sino también, probablemente, asistencia técnica como especialista en táctica. Es sumamente improbable, con carácter general, que Polibio haya condenado la política de Escipión; lo más probable es que haya aceptado la destrucción de Cartago y de Numancia como consecuencias inevitables del imperialismo. En tal actitud no habría que ver necesariamente una contradicción con la mantenida por el historiador con referencia, por ejemplo, a Filipo V. El elogio de la política magnánima observada por Roma en casos como éste responde a criterios básicamente pragmáticos; se trataba de la política más conveniente en relación con pueblos vencidos a los que se había de gobernar en una posterior convivencia.

Jesús Lens (1988: 930-931)

Texto 50: Polibio pensador e historiador

Díaz Tejera es uno de los mejores conocedores de las *Historias* de Polibio. Las palabras que siguen constituyen una valoración global sobre Polibio como pensador e historiador.

Polibio es un griego y como tal, de un lado, tiene confianza en la mente humana, en el *noûs* y en el *lógos* y, de otro, admite su propia limitación, es decir, admite que se da una zona de la realidad que se vuelve incontrolada y alógica tanto para el personaje histórico como para el historiador de aquélla. Previsión, pues, del *lógos* e incertidumbre de la *Tyche* constituyen

la causalidad de todo fenómeno histórico. Por tanto, la causalidad polibiana no es de esencia necesaria, ni universal, ni para siempre sino más bien se trata de una causa cuyo sentido más hondo es el de probabilidad: la historia es maestra de la vida en la concepción polibiana en una dimensión más precisa que en sus predecesores. Es maestra en cuanto depende de la razón, pero también lo es en cuanto no depende de ella y supone la enseñanza de la moderación por su sentido incierto y casual. No es raro tropezarnos con un Polibio maestro precisamente cuando habla del azar y de la Fortuna, "que siempre está creando cosas nuevas": Cartago poseía excelente constitución y extraordinarios generales al igual que la liga aquea y, sin embargo, inclina su cabeza ante Roma, a quien siempre favoreció esa posibilidad imponderable de la realidad histórica que se denomina Fortuna.

La limitación del *lógos* venía impuesta en la época arcaica y clásica, en líneas generales, por su oposición a la divinidad; ahora viene impuesta par el propio *lógos* que, por oposición, aboca en un *lógos alógico*.

Los fenómenos históricos, por tanto, se estructuran bajo un principio ordenador y dispersador a la vez que no implica necesidad universal, pero tampoco casualidad absoluta. Entraña una *symploké*, una trabazón, pero no radicalmente efectos necesarios de una causa determinada, de suerte que, puesta ésta, surjan necesariamente aquéllos: son sólo efectos probables.

Quizá, parte de la historiografía griega no se encuentre tan absolutamente distante y opuesta, como normalmente se cree, de la historiografía moderna a la que hoy por lo demás se tiende a liberar de un historicismo a ultranza.

Alberto Díaz Tejera (1972: CXL-CXLI)

Glosario

Acusilao de Argos (h. 525-475 a. C.): logógrafo. Autor de *Genealogías* o *Historias* de diversas sagas heroicas que buscaban establecer una línea sucesoria ininterrumpida desde el origen del mundo y de los dioses hasta el nacimiento del primer hombre, Foroneo. Epígrafe 2.1.1.

Agatárquides de Cnido (siglo III a. C.): filósofo peripatético, historiador y geógrafo. Es autor de dos grandes obras históricas: *Hechos de Asia,* en diez libros, y *Hechos de Europa,* en cuarenta y nueve, y de una tercera obra de carácter geoetnográfico titulada *Sobre el mar Rojo*. Epígrafe 9.3.

Alcimo de Sicilia (siglo IV a. C.): vivió en la época de Dionisio II y, como Filisto, puso sus conocimientos al servicio de la tiranía. Es autor de una *Historia de Sicilia* y una *Historia de Italia*, parte probablemente de la anterior. Epígrafe 8.2.2.

Ameleságoras (siglo IV-III a. C.): es autor de una *Átide,* o historia local del Ática. Epígrafe 8.1.7.

Anaxímenes de Lámpsaco (h. 380-320 a. C.): rétor e historiador. Como rétor se le atribuye el más antiguo manual de retórica prearistotélica: *Retórica a Alejandro*. Y como historiador es autor de una *Historia de Grecia* en doce libros, con vocación de historia universal; de *Historias de Filipo* en ocho libros, y de *Hechos de Alejandro,* que narraría en tono panegirista las hazañas del macedonio. Epígrafe 7.3.

ANDROCIÓN DE ATENAS (siglo IV a. C.): discípulo de Isócrates, se le atribuye un *Manual de agricultura* y también ha sido propuesto como autor de las *Helénicas de Oxirrinco*. Pero su obra más famosa fue la *Átide,* historia del Ática en ocho libros, que llegaba, al menos, hasta el año 343 a. C. y donde el mayor espacio estaba ocupado por el relato de los hechos contemporáneos. Epígrafe 8.1.2.

ANTÍOCO DE SIRACUSA (h. 450-400 a. C.): el más antiguo autor de historias de la Magna Grecia. Se le atribuyen dos títulos (quizá partes de una misma obra): *Relatos* (o *Historia) de Sicilia* y *Sobre Italia*; la primera comprendía nueve libros; la segunda, uno. Parece que sus historias comenzaban en los tiempos del rey mítico Cócalo y llegaban hasta el congreso de Gela del año 424 a. C. Epígrafe 2.1.3.

ARISTÓBULO DE CASANDREA (h. 360-270 a. C.): uno de los historiadores que acompañaron a Alejandro en sus campañas de Asia (336-323 a. C.). Escribió, ya en la vejez, una obra sobre los hechos de Alejandro, de título y dimensión desconocidos. Epígrafe 10.1.9.

ARRIANO DE NICOMEDIA (siglo II): filósofo e historiador. Como discípulo de Epicteto se le atribuyen cuatro libros de *Diatribas* y un *Enchiridion* o manual de ética. Su obra principal es la *Anábasis de Alejandro,* la mejor historia de la expedición asiática del macedonio escrita en la antigüedad, que basó, fundamentalmente, en las historias de Ptolomeo Lago y de Aristóbulo. Constaba de siete libros, más un apéndice sobre la India titulado *Indiké,* fuente importante también para nuestro conocimiento sobre la obra de Nearco. Epígrafe 10.1.

ATANIS DE SIRACUSA (h. 375-325 a. C.): escribió *Historia de Sicilia,* que continúa hasta el año 336 a C. la obra homónima de Filisto, que se había detenido en el año 362 a. C. Epígrafe 8.2.4.

ATENEO DE NÁUCRATIS (siglo II-III): polígrafo y autor de los *Deipnosofistas,* quince libros en los que se recoge una inmensa cantidad de citas de autores antiguos, numerosos historiadores entre ellos, muchos de ellos prácticamente desconocidos por otras fuentes. *Passim.*

BEROSO DE BABILONIA (siglo III a. C.): fue sacerdote del dios Belo y, babilonio como era, escribió en griego una *Historia de Babilonia* en tres libros, su única obra conocida, dedicada a Antíoco I, que abarcada desde los orígenes del mundo hasta la muerte de Alejandro. Epígrafe 10.2.4.

CADMO DE MILETO (h. 550-500 a. C.): hay dudas sobre la existencia real de este logógrafo. Habría reunido diversos relatos de fundación de ciudades en una obra titulada *Fundación de Mileto y de toda Jonia,* considerada por Plinio como la primera obra de carácter histórico. Epígrafe 2.1.3.

Calístenes de Olinto (h. 370-327 a. C.): filósofo e historiador. Estuvo, junto con Aristóteles, en la corte macedonia y acompañó a Alejandro en las campañas de Asia. Su obra principal fue *Helénicas*, una historia de Grecia que comprendía los años 386 a 356 a. C. También escribió unos *Hechos de Alejandro*, que narraría las hazañas del macedonio hasta el año 331 a. C., una colección de *Máximas*, una *Descripción de la tierra* y un encomio dedicado a *Hermias*. Se le atribuyó la novelesca *Vida y hazañas de Alejandro de Macedonia*. Epígrafe 10.1.1.

Cares de Mitilene (siglo IV a. C.): Chambelán, maestro de ceremonias o secretario particular de Alejandro. (*FGrHist* 125, T 2). Escribió diez libros de *Historias de Alejandro* que no merecieron entre los antiguos mucha consideración, pues parece que se ocupó más de contar historietas de corte que de escribir auténtica historia. Epígrafe 10.1.2.

Caronte de Lámpsaco (h. 500-450 a. C.): realizó su actividad logográfica en tiempos de Darío I y fue el autor, según la *Suda*, de *Relatos* (o *Historia*) *de Persia* en dos libros, de varias obras de carácter etnográfico (sobre Grecia, Etiopía, Creta, etc.), de una crónica de su propia ciudad (*Anales de Lámpsaco*) y de un *Periplo*. Epígrafe 2.2.

Cástor de Rodas (siglo I a. C.): autor de una *Crónica* en seis libros que presentaba sincrónicamente la historia asiria (desde Nino), de Sición (desde Egialeo), de Argos (desde Ínaco), de Atenas (desde Cécrope) y de Roma (desde Eneas) hasta el año 60 a. C. Epígrafe 1.3.3.

Clidemo (o Clitodemo) de Atenas (siglo IV a. C.): es el más antiguo de los atidógrafos, después de Helánico. Escribió una *Átide* en cuatro libros; pero también nos han llegado otros títulos que no sabemos si eran originariamente libros independientes o partes o, incluso, otros títulos de esa misma obra previos a aquella denominación, como *Protogonía*, sobre la historia de los orígenes, y *Exegético*, que trata de asuntos rituales. Epígrafe 8.1.1.

Clitarco (siglo IV-III a. C.): era hijo del historiador Dinón y su vida debió de transcurrir en la Alejandría de Ptolomeo I Sóter (367-283 a. C.). Frente al resto de historiadores de Alejandro, Clitarco no participó en la campaña asiática. Sus doce libros de *Historias sobre Alejandro* se sitúan en el origen de la tradición histórico-novelesca (la llamada *vulgata*) sobre el macedonio. Epígrafe 10.1.7.

Cratipo de Atenas (h. 425-375 a. C.): se le considera contemporáneo y continuador de Tucídides (algunos lo creen un falsificador de época helenística). Escribió *Helénicas*, obra de la que prácticamente no conocemos nada, y es uno de los probables autores de las llamadas *Helénicas de Oxirrinco*. Epígrafe 6.2.2.

Ctesias de Cnido (h. 425-375 a. C.): historiador y médico en la corte persa de Artajerjes II. Escribió *Historia de Persia* en veintitrés libros, que iba desde los tiempos de Nino hasta el año 397 a. C., e *Historia de la India*, que alimentó durante siglos el imaginario acerca de esa región de los confines. También se le atribuyen un escrito *Sobre los tributos de Asia* y una obra de carácter geográfico, con descripciones de Egipto y de la Cólquide, titulada *Períodos*. Epígrafe 6.1.

Damastes de Sigeo (h. 475-450 a. C.): logógrafo que compuso hacia mediados del siglo V a. C. unos *Relatos* (o *Historia*) *de Persia* y un *Catálogo de pueblos y ciudades* que, por sus fantasías y errores, mereció el interés y la crítica de autores tardíos como Eratóstenes, Estrabón o Plinio el Viejo. Epígrafe 2.2.

Démaco de Platea (siglo IV a. C.): escribió una historia local de Beocia y ha sido propuesto como autor de las *Helénicas de Oxirrinco*. Epígrafe 6.2.2.

Diilo de Atenas (siglo III a. C.): hijo del atidógrafo Fanodemo. Compuso *Historias* en veintiséis libros en las que partió del final del relato de Éforo y narró los hechos de Grecia y de los bárbaros hasta la muerte de Filipo. Epígrafe 7.1.2.

Dinón de Colofón (siglo IV a. C.): padre del historiador Clitarco. Es autor de una *Historia de Persia* escrita sobre la base de la obra homónima de Ctesias.

Diodoro de Sicilia (siglo I a. C.): vivió en los tiempos de César y de Augusto y escribió una historia universal en cuarenta libros, titulada *Biblioteca Histórica*, que comenzaba en los orígenes del mundo y llegaba hasta la conquista de Britania (54 a. C.). Se sirvió para su composición de una abultada nómina de autores anteriores, que, en muchos casos, sólo conocemos gracias a Diodoro. Conservamos completos los libros I-V y XI-XX. Del resto tenemos los resúmenes de Constantino Porfirogéneta y de Focio. *Passim*.

Dionisio de Halicarnaso (siglo I a. C.): historiador y maestro de retórica en Roma desde el año 30 al 8 a. C. Escribió numerosas obras sobre retórica, poética y crítica literaria, donde se encuentran opiniones influyentes sobre los más importantes autores antiguos, especialmente historiadores (*Sobre los oradores, Sobre Dinarco, Sobre Tucídides, Cartas a Ameo, Carta a Pompeyo*, etc.). Como historiador compuso la *Historia antigua de Roma* en veinte libros, que finaliza en el año en que Polibio da comienzo a su *Historia* (264 a. C.). *Passim*.

Dionisio de Mileto (h. 550-500 a. C.): un personaje probablemente espurio a quien se hace contemporáneo de Hecateo. Según la *Suda*, fue el primer historiador y le atribuye, entre otras obras, una *Periégesis* y dos escritos (posiblemente dos partes de la misma obra) que titula *Relatos* (o *Historia*) *de Persia* y *Sucesos después de Darío*, que habrían sido fuente principal de Heródoto. Epígrafe 2.2.

Duris de Samos (h. 340-270 a. C.): discípulo de Teofrasto, pasa por ser el creador de la llamada historiografía "trágica" o "mimética". Como buen peripatético, desarrolló una extensa actividad intelectual que se refleja en el número de obras que se le atribuyen sobre los más diversos temas (relacionados con la música; de tipo filológico, sobre cuestiones estéticas, etc.). Escribió tres obras de carácter historiográfico, que conocemos con los títulos de *Anales de los samios* (una historia local), *Hechos de Agatocles* (una monografía en cuatro libros sobre el tirano de Sicilia, contemporáneo de los Diádocos) e *Historia de Macedonia,* que es su obra principal. En veintitrés o veinticuatro libros narraba la historia de los macedonios desde la muerte de Amintas (370-369 a. C.), padre de Filipo, hasta por lo menos la caída y muerte de Lisímaco en la guerra contra Seleuco (281 a. C.). Epígrafe 9.1.

Efemérides reales (siglo IV a. C.): se denomina así el diario oficial de la expedición asiática de Alejandro. Se atribuye a Éumenes de Cardia y Diódoto de Eritra, oficiales cercanos al rey, aunque hay quien la considera una obra espuria de época tardía. Epígrafe 10.1.10.

Efipo de Olinto (siglo IV-III a. C.): participó en la expedición de Alejandro Magno, pero sólo hasta Egipto, donde fue nombrado "supervisor de los extranjeros" de aquella región. Escribió una obra titulada *Sobre el fallecimiento* (o *funeral) de Alejandro y de Hefestión,* la única historia sobre Alejandro que, al parecer, ofrecía una visión negativa del soberano. Epígrafe 10.1.3.

Éforo de Cime (h. 405-330 a. C.): fue, según los testimonios antiguos, discípulo de Isócrates. Se le atribuyen diversas obras: una *Historia local de Cime,* un tratado *Sobre inventos* y otro *Sobre el estilo,* muestra de sus preocupaciones retóricas. También ha sido uno de los candidatos a la autoría de las *Helénicas de Oxirrinco.* Pero, sobre todo, fue admirado en la antigüedad por haber sido el primero en componer una "historia universal", citada con el título de *Historias;* esto es, una historia que abarcaba todos los tiempos y todos los pueblos conocidos por los griegos. Se componía de veintinueve libros, que comenzaban con la conquista doria del Peloponeso (el retorno de los Heráclidas) y llegaban hasta el comienzo de la guerra sagrada (356 a. C.). Su hijo Demófilo le habría añadido un libro XXX para continuar el relato hasta el asedio de Perinto por Filipo II (340 a. C.). Epígrafe 7.1.

Escílax de Carianda (h. 550-500 a. C.): logógrafo que, por encargo del rey Darío I, habría realizado un viaje de exploración por los mares del Sur, desde el Indo hasta el golfo de Arabia, previo a su conquista por el persa. Es muy probable que Escílax no se limitara, sin embargo, a redactar su informe para el rey persa, sino que habría compuesto todo un relato de su viaje. El léxico

de la *Suda* le atribuye dos obras: *Periplo fuera de las Columnas de Heracles* y *Descripción de la tierra.* De su fama como explorador da cuenta el hecho de que figure como autor de un periplo muy posterior, seguramente del siglo IV a. C., que describe en forma escueta las costas mediterráneas. Epígrafe 2.2.

Estrabón de Amasía (h. 63 a. C.-24 d. C.): historiador y geógrafo. Su obra histórica (*Hypomnémata*) está perdida, pero nos han llegado los diecisiete libros de su *Geografía,* que conserva fragmentos de numerosos historiadores antiguos.

Eusebio de Cesarea (h. 260-340 a. C.): es el padre de la "historia eclesiástica". *Historia eclesiástica* se titula, precisamente, una de sus obras, que, junto con la *Preparación Evangélica* y el *Cronicón* (que conocemos en traducción armenia y en las versiones que hicieron San Jerónimo en latín y Jorge Sincelo en griego), son fuentes importantes para el conocimiento de historiadores como Manetón o Beroso. Epígrafe 10.2.

Fabio Píctor (siglo III-II a. C.): fue el primero que escribió una historia monográfica sobre Roma. Él era romano de nacimiento y parece que hacia el año 200 a. C. tomó la decisión de escribir en griego una historia de su ciudad natal a imagen de las populares historias locales. Su historia se cita con el título de *Hechos de los romanos* o *Historia de Roma* y debía de extenderse desde la huida de Eneas de Troya y la fundación de Roma por Rómulo y Remo hasta los años de la segunda guerra Púnica (218-201 a. C.). Epígrafe 10.2.6.

Fanodemo de Atenas (siglo IV a. C.): es padre del historiador Diilo y autor de una *Átide,* historia local de Atenas, en al menos nueve libros. En ella, frente al excesivo protagonismo que diera Androción a los tiempos más recientes en su *Átide,* Fanodemo parece querer recuperar, revisar y divulgar las glorias legendarias de Atenas. Epígrafe 8.1.3.

Ferécides de Atenas (h. 500-450 a. C.): logógrafo considerado el primer escritor ateniense en prosa. Se le atribuye la composición de una obra genealógica en diez libros, a la que se ha dado el título de *Historias,* donde se establece la genealogía de los héroes de la tradición mítica, llevando su ascendencia hasta los dioses y su descendencia, y esto es lo interesante, hasta personajes de su tiempo y de su ciudad. Epígrafe 2.1.2.

Filarco de Atenas (o de Náucratis) (siglo III a. C.): es el continuador en pleno período helenístico del modo sensacionalista de narrar la historia de Duris de Samos (historiografía trágica o mimética). Escribió unas *Historias* en veintiocho libros donde narraba lo sucedido entre la expedición de Pirro contra el Peloponeso (272 a. C.) y la muerte del espartano Cleómenes (220-219 a. C.). La *Suda* le adscribe también otras obras de contenido diverso: *Hechos de la*

época de Antíoco y de Eumenes de Pérgame, Epítome mitológico, Sobre la aparición de Zeus, Anexos (Parembáseis), en nueve libros, y *Sobre inventos*. Epígrafe 9.2.

Filino de Agrigento (h. 250-200 a. C.): escribió una monografía sobre la Primera Guerra Púnica (264-241 a. C.), criticada por Polibio a causa de su excesiva tendencia pro cartaginesa y antirromana. Epígrafe 10.2.6.

Filisto de Siracusa (h. 430-356 a. C.): político e historiador continuador del modo de hacer historia de Tucídides. Partidario y consejero de los más famosos tiranos de Siracusa, Dionisio I y Dionisio II. Sufrió un exilio en tiempos del primero y murió en la época del segundo combatiendo en su favor contra Dión. Escribió una *Historia de Sicilia* dividida en dos partes: una titulada *Sobre Sicilia,* que abarcaría desde los orígenes hasta el 406 a. C., y otra, *Sobre Dionisio*, que llegaría hasta el 362 a. C. Epígrafe 8.2.1.

Filócoro de Atenas (siglo IV-III a. C.): es el más conocido y citado de los atidógrafos. Como Androción, desempeñó un papel importante en la vida política y religiosa de la Atenas de su época. El léxico de la *Suda* le atribuye hasta veintiuna obras, que, con otros testimonios de la tradición, se incrementan hasta ventisiete. Trataban sobre los más diversos temas históricos, religiosos o literarios. Pero destacan los títulos que tienen que ver con su profesión de exégeta y su monumental *Átide* en diecisiete libros, donde la historia más reciente del Ática (hasta por lo menos el año 261 a. C.) ocupaba la mayor extensión. Epígrafe 8.1.6.

Hecateo de Abdera (siglo IV-III a. C.): filósofo e historiador que vivió en los años de Ptolomeo I (305-283 a. C.). Se le atribuye la obra titulada *Sobre los Hiperbóreos* (una de esas utopías etnográficas que abundarían en la época) y una *Historia de Egipto,* que es la segunda síntesis completa conocida de la historia de Egipto después del segundo libro de las *Historias* de Heródoto. Epígrafe 10.2.2.

Hecateo de Mileto (h. 560-480 a. C.): es el primero y más conocido de los logógrafos. Se le atribuye una *Periégesis,* en la que describía los territorios y los pueblos del mundo conocido, y unas *Genealogías,* en las que contaba las historias de familias nobles y su relación con héroes míticos. Son obras representativas de las diversas orientaciones temáticas y formales que tuvo la logografía jonia: racionalización y expurgación del mito, relatos de viajes, descripciones geográficas y etnográficas, forma en prosa y estilo paratáctico. Epígrafe 2.3.

Hegesias de Magnesia (siglo III a. C.): rétor e historiador considerado fundador del asianismo. Es autor de una *Historia de Alejandro* y precisamente por su estilo pomposo es criticado por Agatárquides. Epígrafe 9.3.

Helánico de Lesbos (h. 480-395 a. C.): es el último y más influyente de los logógrafos y el primer polígrafo de la literatura griega. Se le atribuyen numerosos títulos de obras (hasta veinticuatro) y, entre ellas, destacaron las de carácter genealógico y mitográfico (*Forónide, Deucalionea, Atlántide, Asópide, Troikâ*). Compone también obras de carácter geoetnográfico sobre diversos pueblos extranjeros y griegos (su *Átide* inaugura la historiografía local sobre Atenas) y sus cronografías (*Sacerdotisas de Hera en Argos, Los vencedores de las Carneas*) constituyen serios intentos para establecer una crónica sin solución de continuidad desde el pasado mítico hasta los acontecimientos históricos del presente. Epígrafe 2.4.

Helénicas de Oxirrinco (siglo IV a. C.): bajo este título se agrupan varios fragmentos papiráceos descubiertos a principios del siglo XX e identificados como pertenecientes a una nueva *Historia de Grecia* de autor desconocido. La obra es una continuación, en la forma y en el contenido, de la *Historia de la guerra del Peloponeso* de Tucídides y narraría los sucesos acaecidos en diferentes escenarios de Grecia entre el año 411 y, al menos, el año 395 a. C. Han sido propuestos como autores Teopompo, Éforo, Cratipo, Androción y Démaco. Epígrafe 6.2.

Heródoto de Halicarnaso (h. 490-425 a. C.): se enmarca su vida entre dos conflictos decisivos en la historia de Grecia: las Guerras Médicas, que acabaron hacia la fecha de su nacimiento, y la Guerra del Peloponeso, que se declaró entre Esparta y Atenas unos años antes de su muerte. Si las obras de los logógrafos habían supuesto un avance en la aplicación del orden cronológico y de la crítica racional al pasado, bien que éste fuera principalmente el pasado legendario, lo que hace de Heródoto el "padre de la historia", como le reconoce Cicerón, es su decisión de ocuparse exclusivamente de las acciones humanas y su propósito confesado de buscar las motivaciones y responsabilidades en dichas acciones. *Historia* es el título que se dio a la única obra de Heródoto. Los gramáticos alejandrinos la dividieron en nueve libros, que titularon con el nombre de cada una de las nueve Musas; pero en ella se distinguen dos grandes bloques temáticos: los libros I-V, que narran el origen y organización del imperio persa y describe la geografía y costumbres de los pueblos que lo integran; y los libros VI-IX, que cuentan propiamente la historia de las Guerras Médicas y de sus preliminares, desde el año 499 a. C. hasta la victoria griega en Salamina, Platea y Mícala y la ocupación posterior de Sesto por los atenienses (480-478 a. C.). Todo ello conforma una especie de "historia universal", pues prácticamente están presentes todos los pueblos conocidos en la época, con un contenido riquísimo que ha ocasionado no pocos problemas a los lectores y estudiosos de la obra. Capítulo 3.

Hypomnémata (siglo IV a. C.): exclusivamente mencionados por Diodoro y considerados por algunos críticos como espurios por megalómanos e irreales, registrarían los proyectos futuros de Alejandro. Según Diodoro, habría sido Perdicas el encargado de exponer esos proyectos ante los soldados macedonios. Epígrafe 10.1.10.

Ión de Quíos (h. 480-423 a. C.): es más conocido como filósofo y autor de tragedias y ditirambos; pero se le atribuye también un relato en prosa titulado *Fundación de Quíos* y unas *Epidemíai*, una especie de memorias de sus viajes, que pasa por ser la primera obra autobiográfica de Occidente. Epígrafe 2.1.3.

Istro de Cirene (siglo III a. C.): como buen discípulo de Calímaco, llevó a cabo una extensa labor compilatoria. Se le atribuye una buena cantidad de títulos sobre los más diversos temas. Es autor también de una *Compilación de Átides* o *Colecciones áticas* o *Cuestiones áticas*. Parece que se interesó, sobre todo, por las historias míticas y que organizó el material por temas y no por años. Epígrafe 8.1.7.

Janto de Lidia (h. 500-450 a. C.): logógrafo que se interesó por la religión persa en sus *Relatos sobre los magos* y escribió unos *Relatos* (o *Historia*) de *Lidia* que, según el historiador Éforo, fue utilizada por Heródoto. Epígrafe 2.2.

Jenofonte de Atenas (h. 430-354 a. C.): aunque no se le tenga por una gran figura literaria, Jenofonte es, sin embargo, un testigo sensible y privilegiado de su tiempo, del que nos ha dejado en su polifacética obra una interpretación excepcional. Entre Tucídides y Polibio, Jenofonte es el único escritor cuya obra se nos ha transmitido completa. Es un auténtico polígrafo, que escribió obras tan influyentes en la tradición posterior como *Económico, Recuerdos de Sócrates, Ciropedia, Hierón, Constitución de los lacedemonios, Ingresos, Hipárquico, Sobre la equitación* y *Cinegético*. Como historiador, no sólo fue quien más contribuyó con sus *Helénicas* a la difusión del modelo tucidídeo, cuya obra completó hasta el año 362 a. C., sino que también abrió nuevas e influyentes posibilidades para el relato histórico con la *Anábasis*, sus memorias personales de general en la retirada de los Diez mil, y con su *Agesilao*, la biografía encomiástica del rey espartano. Capítulo 5.

Jerónimo de Cardia (h. 360-260 a. C.): es otro político y hombre de acción –al servicio de los antigónidas– metido a historiador. El léxico de la *Suda* menciona su obra con el título genérico de *Sucesos después de Alejandro*, Diodoro la titula *Historia de los Diádocos* y en algunos fragmentos se cita simplemente como *Historias*. Comprendía el peíodo que va desde la muerte de Alejandro (323 a. C.) hasta la muerte de Pirro (272 a. C.). Epígrafe 10.2.1.

JOSEFO, FLAVIO (siglo I): escribió la obra autobiográfica *Guerra de los judíos* en siete libros, *Antigüedades judaicas* en veinte libros, que es una historia de los hebreos desde los orígenes hasta el tiempo de Nerón, y el escrito apologético *Contra Apión*. Gracias a este historiador hebreo, empeñado en demostrar la mayor antigüedad de su pueblo con respecto al griego, conocemos abundantes fragmentos de Beroso, Manetón y Nicolás de Damasco, entre otros.

MANETÓN DE SEBENNITO (siglo III a. C.): egipcio como era, escribió en griego con el propósito, al parecer, de enseñar a los nuevos gobernantes de su patria la religión y la verdadera historia de los egipcios. Se le atribuyen, en efecto, algunas obras que, por sus títulos, debían de tratar sobre asuntos religiosos: *El libro sagrado, Sobre antigüedad y religión, Sobre festividades* y *Sobre la preparación del kyphi*. Pero la obra que más ha trascendido es su *Historia de Egipto* en tres libros, desde los orígenes hasta el tiempo de Alejandro, que probablemente escribió a instancias de Ptolomeo II Filadelfo, el monarca al que le fue dedicada. Epígrafe 10.2.3.

MÁRMOL DE PAROS (siglo III a. C.): esta interesantísima crónica de autor anónimo, esculpida en mármol, se debió de nutrir de las investigaciones genealógicas y de los sincronismos realizados por los logógrafos; sobre todo de aquellos que, como Helánico de Lesbos y los atidógrafos que siguieron su estela en el siglo IV a. C., colocaron a Atenas en el centro de interés. Abarca el período que va desde el primer rey ateniense, Cécrope (1581-1580 a. C.), hasta el arcontado del ateniense Diogneto, en el año 264-263 a. C., en una sucesión de personajes y acontecimientos en la que se mezcla, sin discriminación, lo mítico y lo histórico. Epígrafe 2.1.

MARSIAS DE PELA (siglo IV a. C.): pertenecía a la aristocracia macedonia y debió de participar en la expedición asiática. Se le atribuye una *Historia de Macedonia* en diez libros, que comenzaba con el primer rey de Macedonia y llegaba hasta la expedición de Alejandro contra Siria después de la fundación de Alejandría (331 a. C.). Epígrafe 10.1.6.

MEGÁSTENES (siglo IV-III a. C.): historiador y político al servicio de Seleuco I, de quien fue varias veces embajador ante los reyes de la India. A partir de sus propias observaciones y utilizando, además, informaciones obtenidas de sacerdotes y eruditos de la corte india, escribió una *Historia de la India* en cuatro libros, un lugar que siempre ha fascinado al mundo antiguo y sobre el que, antes de Megástenes, habían escrito numerosos historiadores griegos (Hecateo, Heródoto, Ctesias, Éforo, Jenofonte, Nearco, Onesícrito, etc.). Epígrafe 10.2.5.

MELANCIO DE ATENAS (siglo IV-III a. C.): se le atribuye una *Átide* y otra obra titulada *Sobre los Misterios de Eleusis,* por la que se le hace ateniense y *exégeta* de profesión. Epígrafe 8.1.4.

Nearco de Creta (siglo IV a. C.): fue uno de los más importantes almirantes que acompañaron a Alejandro en la campaña contra Asia. El rey le puso al frente de la flota que había de transportar una parte importante del ejército por los ríos de la India y por el océano ("el mar Exterior") hasta Babilonia. Fue de esta expedición de retirada de la que Nearco dio cuenta en su obra, que se titula *Navegación costera de la India*. No se trata, pues, de una historia de Alejandro propiamente dicha, sino de una reelaboración literaria de los informes presentados al rey tras el viaje. Epígrafe 10.1.4.

Nicolás de Damasco (siglo I a. C.): filósofo peripatético e historiador de la corte de Herodes, autor de una monumental *Historia* en ciento cuarenta y cuatro libros que abarcaba todos los pueblos y todos los tiempos.

Onesícrito de Astipalea (siglo IV a. C.): fue discípulo en Atenas del filósofo cínico Diógenes de Sínope. Formó parte del grupo de filósofos y escritores que acompañaron a Alejandro en su expedición. La obra que escribió sobre el rey macedonio es citada con el título de *Cómo fue educado Alejandro*, que Diógenes Laercio considera una imitación de la *Ciropedia* de Jenofonte. Epígrafe 10.1.5.

Pausanias el periegeta (siglo II): es autor de una *Descripción de Grecia* en diez libros, en la que se citan un buen número de historiadores antiguos. *Passim*.

Plutarco de Queronea (h. 40-120): filósofo y biógrafo fecundísimo. El catálogo de Lamprias registra doscientos veintisiete títulos de obras suyas. Sus veinticinco *Vidas paralelas* constituyen una importante fuente de fragmentos de historiadores griegos. *Passim*.

Polibio de Megalópolis (h. 200-118 a. C.): fue un testigo excepcional de ese momento histórico en que Alejandría y los demás centros importantes del helenismo empiezan a ser desplazados y sustituidos por una Roma cada vez más ansiosa de poder y territorio. Empezó siendo en el seno de la Liga Aquea un hombre de acción y acabó dedicándose a la reflexión sobre el acontecer histórico que Roma había protagonizado. Hay noticias de varias obras suyas: *Biografía de Filopemén*, *Taktiká* y, quizá, una *Historia de la guerra de Numancia*. Pero *Historias* fue la obra mayor de Polibio. Es una historia universal y "pragmática" en cuarenta libros, siempre con Roma en el trasfondo, que se extiende desde el año 264 (comienzo de la Primera Guerra Púnica) hasta el año 146 a. C. (destrucción de Cartago y de Corinto por los romanos). Capítulo 11.

Posidonio de Apamea (h. 135-50 a. C.): filósofo estoico e historiador que escribió una continuación de las *Historias* de Polibio (*Historias después de Polibio* se titula) en cincuenta y dos libros, desde el año 145 hasta el año 85 a. C. Epígrafe 11.8.

PTOLOMEO LAGO (h. 367-283 a. C.): es uno de los historiadores de Alejandro más importante y un personaje histórico de relieve: él fue el fundador de la dinastía lágida de Egipto. A la historiografía se dedicó ya en la vejez, después de recibir el título de rey, pero desconocemos el título y la extensión en libros de la obra que escribió. Arriano es prácticamente el único autor que nos suministra información sobre sus contenidos. Epígrafe 10.1.8.

SILENO DE CALEACTE (siglo III-II a. C.): autor de una *Historia de Aníbal,* fuente de Polibio, y de una *Historia de Sicilia* en, al menos, cuatro libros.

SÓSILO (siglo III-II a. C.): Escribió unos *Hechos de Aníbal* en siete libros que utilizó Polibio.

TEOPOMPO DE QUÍOS (h. 379-320 a. C.): según la tradición, es uno de los discípulos aventajados de Isócrates y escribió numerosas piezas oratorias. Como historiador, se le considera el principal representante de la tendencia retórica de la historiografía. Es autor de un *Epítome de las Historias de Heródoto* en dos libros, de doce libros de *Helénicas o Historia de Grecia*, que son continuación de la obra de Tucídides hasta el año 394 a. C., y de cincuenta y ocho libros de *Filípicas o Historias de Filipo*, una de las obras más extensas de la historiografía griega, que narra las hazañas de Filipo de Macedonia desde su ascensión al trono hasta su asesinato. Algunos críticos también le atribuyen las llamadas *Helénicas de Oxirrinco,* aunque hay razones cronológicas y de estilo que ponen en entredicho tal atribución. Epígrafe 7.2.

TIMEO DE TAUROMENIO (h. 350-250 a. C.): es el más importante de los historiadores griegos de Occidente. Las críticas adversas que le dedicó el implacable Polibio con vistas a restarle autoridad nos han aportado, paradójicamente, el mayor número de noticias sobre su vida y su obra: sin Polibio, Timeo sería poco conocido. Quizá la primera obra que escribió fue *Olimpionicas* o *Vencedores de Olimpia,* una obra de tipo cronográfico en la que se fundamentaría el cómputo y la ordenación de los hechos históricos por olimpiadas, tan común después de Timeo. Pero su gran obra es *Historias* (o *Historia de Italia y Sicilia),* que, en treinta y ocho libros, narraba la historia de Sicilia y de los territorios meridionales de Italia, incluida Roma, con digresiones sobre Cartago, Grecia y otras regiones y pueblos occidentales. Abarcaba, en un principio, desde los tiempos míticos hasta la muerte de Agatocles, pero, luego, se añadió una obra monográfica, citada como *Hechos de Pirro*, que relataba las campañas de Pirro en occidente y lo sucedido en los años sucesivos hasta, al menos, el 264 a. C. Epígrafe 8.2.5.

TIMÓNIDES DE LÉUCADE (siglo IV a. C.): era amigo de Dión y, como él, discípulo de Platón. Su labor historiográfica consistió en narrar la campaña de Dión contra Dionisio II (357 a. C.), en la cual tomó parte. Epígrafe 8.2.3.

TUCÍDIDES DE ATENAS (h. 460-399 a. C.): vivió durante toda la Guerra del Peloponeso, que tuvo lugar entre el año 431 y el 404 a. C., en la que él mismo participó. Después de su fracaso en la expedición de ayuda a la estratégica colonia ateniense de Anfípolis, sitiada por el espartano Brásidas (424 a. C.), estuvo desterrado durante veinte años. Éste es, quizá, el hecho más decisivo y trascendente en su vida, que habría de orientar su actividad posterior. En ese contexto histórico e imbuido de la nueva cultura sofística, Tucídides habría concebido la idea de reflexionar sobre las causas, los protagonistas y el desarrollo de una guerra que, en su opinión, provocó la mayor conmoción en el pueblo griego. Hay en esa reflexión un declarado objetivo altruista: dejar por escrito una obra duradera y útil para el futuro (sin descartar otras razones apuntadas por la crítica, como la justificación y defensa tanto de su personal implicación en la guerra, como de la bondad de la estrategia político-militar de Pericles). Desconocemos cuándo se publicó su obra y si se hizo de una sola vez o por partes. A nosotros nos ha llegado con el título de *Historia de la guerra del Peloponeso,* aunque en la época helenística se conocía como *Historias de Tucídides,* y presenta sus contenidos distribuidos en ocho libros. Con esta obra Tucídides crea la historiografía científica, pragmática y política. Él fue el primero en investigar historia de la manera en que hoy se investiga: examen riguroso de las fuentes frente a acopio, análisis metódico de los hechos verificables frente a tratamiento anecdótico, causalidad (un hecho sucede a causa de algo) frente a facticidad (un hecho sucede antes que otro).

Cronología

h. (hacia), significa aproximadamente; *Fl. (floruit)*, activo en esas fechas; †, muere

Año	*Hechos históricos*	*Hechos culturales*	*Historiografía*
VIII a. C.			
776		Fundación Juegos Olímpicos.	
750-700	Segunda colonización griega (hasta 550). Mileto y Corinto, metrópolis más importantes. Fundación de Siracusa.	Poemas épicos de Homero. Poemas épico-didácticos de Hesíodo de Ascra.	
VII a. C.			
683	El arcontado sustituye a la monarquía en Atenas.		
h. 675	Reformas de Licurgo en Esparta.	*Fl.* poetas Terpandro de Lesbos y Calino de Éfeso.	
660	Fundación de Bizancio.		
h. 650	Los griegos entran en contacto con Egipto.	*Fl.* poetas Arquíloco de Paros, Semónides de Amorgos.	

Año	Hechos históricos	Hechos culturales	Historiografía
h. 640		*Fl.* poeta Tirteo de Esparta.	
h. 630	Fundación de Cirene.	*Fl.* poetas Alcmán de Esparta y Mimnermo de Colofón.	
621	Leyes de Dracón en Atenas.		
h. 600	Tiranías y luchas civiles en Lesbos (hasta 570). Fundación de Marsella.	Cerámica de figuras negras. Primeras esculturas (*koúroi*, *kórai*). *Fl.* poetas Safo de Lesbos, Alceo de Lesbos y Solón de Atenas; filósofos Tales de Mileto (h. 624-546) y Anaximandro de Mileto (h. 611-546).	
VI a. C.			
594	Reformas de Solón en Atenas.		
590	Primera Guerra Sagrada.		
582		Fundación Juegos Píticos.	
581		Fundación Juegos Ístmicos.	
573		Fundación Juegos Nemeos.	
h. 570		*Fl.* poeta Estesícoro de Himera; filósofos Anaxímenes de Mileto (h. 586-525) y Jenófanes de Colofón (h. 570-480).	
566		Fundación de las fiestas Panateneas en Atenas.	
561	Pisístrato, tirano de Atenas (hasta 528).		

Año	Hechos históricos	Hechos culturales	Historiografía
560	Creso, rey de Lidia (hasta 546). Los lidios someten Jonia.	*Fl.* poetas Anacreonte de Teos y Focílides de Mileto.	Hecateo de Mileto (h. 560-490).
599	Ciro II rey de Persia (hasta 529).		
556		Nace el poeta Simónides en Ceos (†468).	
550	Esparta funda la Liga del Peloponeso. Ciro conquista Media.	Pitágoras de Samos (h. 580-500) funda su escuela de filosofía en Crotona.	Cadmo de Mileto (?) (h. 550-500). Dionisio de Mileto (?) (h. 550-500). Escílax de Carianda (h. 550-500).
546	Ciro conquista Lidia.		
545	Los persas conquistan Jonia.	Jenófanes funda en Elea su escuela de filosofía.	
540	Los griegos (foceos) luchan en Alalia contra etruscos y cartagineses por el control del Mediterráneo occidental.	*Fl.* poetas Hiponacte, Íbico y Teognis; filósofo Parménides (h. 540-470).	
539	Ciro conquista Babilonia.		
537	Polícrates, tirano de Samos (hasta 522). Alianza con el faraón Amasis.		
534		Tespis representa la primera tragedia en Atenas.	
530	Muerte de Ciro. Cambises rey de Persia (hasta 522).	Filósofo Heráclito de Éfeso (h. 535-470).	
528	Muerte de Pisístrato. Hiparco tirano de Atenas (hasta 514).		

Año	Hechos históricos	Hechos culturales	Historiografía
525	Cambises conquista Egipto.	Nace Esquilo en Eleusis (†456).	Acusilao de Argos (h. 525-475 a.C.).
522	Muerte de Cambises. Darío I rey de Persia (hasta 486).		
520	Cleómenes, rey de Esparta.		
518		Nace Píndaro en Tebas (†438).	
514	Asesinato de Hiparco a manos de Harmodio y Aristogitón. Hipias tirano de Atenas (hasta 510).		
512	Darío conquista Tracia.		
510	Expulsión de los Pisistrátidas y fin de la tiranía en Atenas. Reformas democráticas de Clístenes.		
500	Rebelión de Jonia contra Persia (hasta 494).	Fl. poeta trágico Frínico de Atenas.	Ferécides de Atenas (h. 500-450). Janto de Lidia (h. 500-450). Caronte de Lámpsaco (h. 500-450).
V a. C.			
498	Destrucción de Sardes por los jonios rebeldes.		
497	Los persas aplastan la rebelión en Chipre.		
496	Reacción de partidarios de los Pisistrátidas en Atenas.	Nace Sófocles en Colono (†406).	

Año	Hechos históricos	Hechos culturales	Historiografía
495	Victoria naval de los persas sobre los griegos en Lade.		
494	Saqueo de Mileto por los persas.		
493	Temístocles, arconte de Atenas. Comienza la fortificación del Pireo.		
490	Comienza la Primera Guerra Médica. Expedición de Datis y Artafernes contra Grecia. Derrota de los persas en Maratón. Muerte de Cleómenes de Esparta. Hegemonía de Atenas.	Filósofos Anaxágoras de Clazomene (h. 499-428) y Empédocles de Agrigento (h. 492-432).	Heródoto de Halicarnaso (h. 490-425).
486	Muerte de Darío. Jerjes rey de Persia (hasta 465).		
485		Nace Eurípides en Atenas (†406).	
484		Esquilo: primer premio de tragedia.	
480	Comienza la Segunda Guerra Médica. Expedición de Jerjes contra Grecia. Derrota de los persas en Salamina. Gelón de Siracusa vence a los cartagineses en Himera.	*Fl.* filósofo Parménides de Elea.	Ión de Quíos (h. 480-423). Helánico de Lesbos (h. 480-395).
479	Victoria de los griegos en Platea y Mícala y retirada definitiva de los persas de Grecia.		

Año	Hechos históricos	Hechos culturales	Historiografía
478	Liberación de las ciudades jonias de Asia.		
477	Fundación de la Liga Delo-ática bajo el liderazgo de Atenas. Cimón expulsa a los persas de Tracia.		
475			Damastes de Sigeo (h. 475-450).
472	Muerte de Pausanias.	Se representa *Los persas* de Esquilo.	
h. 470		*Fl.* poeta Baquílides de Ceos. Nace Sócrates en Atenas (†399).	
h.466	Victoria de Cimón sobre los persas en el Eurimedonte. Fin de la tiranía en Siracusa.	Construcción del templo de Zeus en Olimpia.	
465	Paz entre Atenas y los persas. Muerte de Jerjes y del heredero del trono, Darío. Artajerjes I rey de Persia (hasta el 425).		
464	Sublevación de hilotas y mesenios contra Esparta hasta el 459.		
462	Reformas democráticas radicales de Efialtes en Atenas.	Anaxágoras en Atenas.	
461	Atenas deshace su alianza con Esparta. Construcción de los "muros largos".		

Año	Hechos históricos	Hechos culturales	Historiografía
460	Expedición ateniense contra Egipto.		Tucídides de Atenas (h. 460-396).
458		Se representa *La Orestíada* de Esquilo.	
457	Asesinato de Efialtes. Pericles, jefe de los demócratas.		
454	Catástrofe ateniense en Egipto. Traslado del tesoro de la Liga de Delos a Atenas.		
450	Paz de los Treinta Años entre Argos y Esparta.	*Fl.* Zenón de Elea.	Antíoco de Siracusa (h. 450-400).
449	Paz de Calias entre Persia y la Liga Delo-ática.		
448	Segunda Guerra Sagrada.		
447	Establecimiento de una confederación beocia bajo el liderazgo de Tebas. Esparta rechaza el primer congreso panhelénico convocado por Pericles.	Comienza la construcción del Partenón (hasta 432).	
446	Paz de los Treinta Años entre Atenas y Esparta.		
h. 445		Nace Aristófanes en Atenas. *Fl.* escultores Mirón, Fidias, Policleto. Nace el orador Lisias (†380).	
444	Fundación de la colonia ateniense de Turios.		
442		Se representa *Antígona* de Sófocles.	

Año	Hechos históricos	Hechos culturales	Historiografía
443	Pericles es nombrado estratego.		
440	Rebelión de la isla de Samos contra la Liga Delo-ática.		
437		Construcción de los Propileos (hasta el 432).	
436		Nace el rétor Isócrates en Erquia (†338).	
431	Los espartanos invaden el Ática. Comienza la Guerra del Peloponeso (hasta 404).	Se representa *Medea* de Eurípides.	
430	Atenas diezmada por la peste. Pericles es depuesto de su cargo.	*Fl.* filósofos Demócrito de Abdera, Protágoras de Abdera, Gorgias de Leontinos y el médico Hipócrates de Cos.	Filisto de Siracusa (h. 430-356). Jenofonte de Atenas (h. 430-354).
429	Muerte de Pericles.		
428	Rebelión de Lesbos contra la Liga Delo-ática.		
427	Capitulación de Mitilene y de Platea. Primera expedición ateniense a Sicilia.	Gorgias de Leontinos en Atenas. Nace Platón en Atenas (†347).	
425	Capitulación de los espartanos frente a los atenienses en Esfacteria. Muerte de Artajerjes.	Se representa *Los acarnienses* de Aristófanes.	Cratipo de Atenas (h. 425-375 a. C.). Ctesias de Cnido (h. 425-375 a. C.).
424	Aumentan los tributos de la Liga Delo-ática. Intervención de los persas en la Guerra del Peloponeso. Exilio de Tucídides.	Se representa *Los caballeros* de Aristófanes.	

Año	Hechos históricos	Hechos culturales	Historiografía
	Darío II rey de Persia (hasta 405).		
423	Renovación de la Paz de Calias.	Se representa *Las nubes* de Aristófanes.	
422	Derrota ateniense en Anfipolis.	Se representa *Las avispas* de Aristófanes.	
421	Paz de Nicias entre Atenas y Esparta. Interrupción de la Guerra del Peloponeso (hasta 414).	Se representa *La paz* de Aristófanes. Comienza la construcción del Erecteion en la Acrópolis (hasta 405).	
420	Alcibíades es nombrado estratego.		
418	Victoria de los espartanos sobre los atenienses y sus aliados en Mantinea.		
417	Alcibíades y Nicias son nombrados estrategos.		
415	Proceso contra Alcibíades. Alcibíades huye a Esparta. Expedición ateniense contra Sicilia.		
414	Los atenienses asedian Siracusa.	Se representa *Las aves* de Aristófanes.	
413	Esparta ocupa Decelia. Derrota ateniense en Sicilia. Arquelao, rey de Macedonia hasta el 399.		
412	Guerras de Decelia y de Jonia hasta el 404. Quíos, Cnido y la Jonia continental se separan de la Liga. Alianza entre Esparta y Persia.		

Año	Hechos históricos	Hechos culturales	Historiografía
411	Revolución oligárquica en Atenas: gobierno de los Cuatrocientos y constitución de Terámenes. Victorias navales de los demócratas atenienses en Cinosema y Abido.	Se representa *Lisístrata* y *Las tesmoforiantes* de Aristófanes.	
410	Restauración de la democracia en Atenas.		
409	Derrota de los atenienses en Éfeso.	Se representa *Filoctetes* de Sófocles.	
408	Retorno de Alcibíades a Atenas.	Se representa *Orestes* de Eurípides.	
407	Victoria del almirante espartano Lisandro en Notio.		
406	Victoria naval ateniense en las Arginusas. Último ofrecimiento de paz de Esparta.	Mueren Eurípides y Sófocles.	
405	Aniquilamiento de la escuadra ateniense en Egospótamos. Dionisio I, tirano de Siracusa (hasta 367). Los cartagineses conquistan Gela.	Se representa *Las ranas* de Aristófanes.	Éforo de Cime (h. 405-330).
404	Capitulación de Atenas. Finaliza la Guerra del Peloponeso. Gobierno oligárquico de los Treinta en Atenas. Asesinato de Alcibíades. Artajerjes II, rey de Persia.		
403	Restablecimiento de la democracia en Atenas.	Se pronuncia el *Contra Eratóstenes* de Lisias.	

Año	Hechos históricos	Hechos culturales	Historiografía
401	Sublevación y muerte de Ciro el Joven en Cunaxa Retirada de los Diez Mil.	Se representa *Edipo en Colono* de Sófocles.	
400	Guerra entre Esparta y Persia hasta el año 386.	*Fl.* filósofos Antístenes de Atenas y Euclides de Megara.	
IV a. C.			
399	Guerra de Esparta contra Persia bajo Agesilao (hasta 394).	Juicio y muerte de Sócrates. Se pronuncia *Sobre los Misterios* de Andócides.	Alcimo de Sicilia. Androción de Atenas. Cares de Mitilene. Clidemo (o Clitodemo) de Atenas. Démaco de Platea. Dinón de Colofón. Fanodemo de Atenas. *Helénicas de Oxirrinco.* Marsias de Pela. Nearco de Creta. Onesícrito de Astipalea. Timónides de Léucade.
397	Guerra entre cartagineses y siciliotas hasta el 392.		
395	Guerra de Corinto contra la hegemonía espartana (hasta 385). Victoria de Agesilao en Sardes.		
392		Se representa *Las asambleístas* de Aristófanes.	
388		Se representa *Pluto* de Aristófanes	
387	Paz de Antálcidas entre Atenas y Esparta con la mediación de Persia.		
386		Fundación de la Academia por Platón.	

Año	Hechos históricos	Hechos culturales	Historiografía
384		Nacen Aristóteles en Estagira (†322) y Demóstenes en Atenas (†322).	
380		*El Panegírico* de Isócrates.	Anaxímenes de Lámpsaco (h. 380-320).
379			Teopompo de Quíos (h. 379-320).
377	Fundación de la segunda Liga Delo-ática.		
h. 374		La *República* de Platón.	Atanis de Siracusa (h. 375-325).
371	Epaminondas vence a los espartanos en Leuctra. Hegemonía de Tebas.	Nace el filósofo Teofrasto en Ereso (†287).	Calístenes de Olinto (h. 370-327).
367			Ptolomeo Lago (367-283).
362	Epaminondas muere en la batalla de Mantinea. Fin de la hegemonía tebana.	*Fl.* escultor Praxíteles.	
359	Filipo II rey de Macedonia (hasta 336).		Aristóbulo de Casandrea (h. 360-270).
356	Nace Alejandro Magno (†323).		
349		Demóstenes pronuncia la *I Filípica*.	Timeo de Tauromenio (h. 350-250).
347		Muere Platón.	
346	Paz de Filócrates entre Macedonia y Atenas. Filipo admitido en la Anfictionía de Delfos.		
342		Nace el poeta cómico Menandro en Atenas (†292).	

Año	Hechos históricos	Hechos culturales	Historiografía
340	Fundación de la Liga Helénica contra Filipo.	Nace el filósofo Epicuro en Samos (†287).	Duris de Samos (h. 340-270).
338	Filipo vence a los griegos en Queronea.		
337	Fundación de la Liga de Corinto contra Persia bajo la hegemonía de Macedonia.		
336	Filipo muere asesinado. Alejandro rey de Macedonia.		
335	Alejandro destruye Tebas.	Aristóteles funda el Liceo.	
334	Comienza la campaña asiática de Alejandro. Victoria en Gránico. Conquista de Asia Menor.		
333	Victoria en Iso contra Darío III.		
332-331	Conquista de Siria, Egipto y Mesopotamia.		
331	Victoria en Gaugamela y huida de Darío III. Alejandro aclamado como rey de Asiria en Babilonia y Susa. Fundación de Alejandría.		
328	Alejandro se casa con Roxana. Política de reconciliación con los vencidos.		
327	Comienza la expedición a la India.		
326	Victoria en Hidaspes contra el indio Poro.		Ameleságoras (siglo IV-III). Clitarco (siglo IV-III).

Año	Hechos históricos	Hechos culturales	Historiografía
	Ante la negativa del ejército a proseguir la campaña, Alejandro ordena el regreso a Babilonia. Nearco dirige la flota.		Efipo de Olinto (siglo IV-III). Hecateo de Abdera (siglo IV-III). Filócoro de Atenas (siglo IV-III). Megástenes (siglo IV-III). Melancio de Atenas (siglo IV-III).
323	Alejandro muere en Babilonia.	Expansión y universalización de la cultura y de la lengua griega.	
322	Guerras (hasta 281) entre los generales de Alejandro por el poder (Diádocos o "sucesores").	Mueren Aristóteles y Demóstenes.	
317	Demetrio de Falero gobierna Atenas (hasta 307).		
311	Guerra de Agatocles de Siracusa contra Cartago (hasta 306).		
307		Epicuro funda su "Jardín" en Atenas.	
306	Antígono y Demetrio, generales de Alejandro, se autoproclaman reyes en sus respectivos territorios.		
305	Ptolomeo, Casandro, Lisímaco y Seleuco, generales de Alejandro, se autoproclaman reyes en sus respectivos territorios.		
304	Agatocles se autoproclama rey en Sicilia.		
301	Tras la derrota de Antígono en Ipso, el imperio de Alejandro se divide en		

Año	Hechos históricos	Hechos culturales	Historiografía
	cuatro reinos: Tracia y Asia Menor (Lisímaco), Macedonia y Grecia (Casandro), Egipto (Ptolomeo) y Asia oriental (Seleuco).		
h. 300		Zenón de Zitio funda la Estoa en Atenas. Fundación de la Biblioteca y del Museo de Alejandría. *Fl.* el matemático Euclides.	
III a. C.			
281	Tras la derrota de Lisímaco en Curupedio, concluye la guerra de los Diádocos. Formación de las tres grandes dinastías helenísticas: los Antigónidas en Macedonia (hasta 168), los Seléucidas en Asia (hasta 64) y los Lágidas o Ptolomeos en Egipto (hasta 30).		Agatárquides de Cnido. Beroso de Babilonia. Diilo de Atenas. Filarco de Atenas (o de Náucratis). Hegesias de Magnesia. Istro de Cirene. Manetón de Sebennito.
h. 280	Se constituyen las Ligas Etolia y Aquea para combatir a los macedonios en Grecia.	Nace en Cirene el geógrafo y cronógrafo Eratóstenes (†200). *Fl.* el astrónomo Aristarco de Samos.	
275-270	Los romanos vencen a Pirro en Benevento. Las ciudades griegas del sur de Italia se federan con Roma.	*Fl.* poetas Calímaco, Herodas y Teócrito de Siracusa.	
266-261	Guerra cremonídea. Las ciudades griegas son vencidas por Antígono Gonata.		

Año	Hechos históricos	Hechos culturales	Historiografía
266-133	Dinastía de los atálidas en Pérgamo.	Fundación de la Biblioteca y construcción del Altar de Zeus en Pérgamo.	
264-241	Primera Guerra Púnica. Sicilia primera provincia romana. Roma asciende como potencia. El Tirreno se convierte en *Mare nostrum*.		
h. 250		Fl .el poeta Apolonio de Rodas y Arquímedes de Siracusa.	Filino de Agrigento (h. 250-200).
227	Fundación de Carthago Nova.		
221	Aníbal jefe supremo de los cartagineses.		
218-201	Segunda Guerra Púnica. La península Ibérica bajo el poder romano.		
215	Filipo V se alía con Aníbal contra Roma. Primera Guerra Macedónica contra las Ligas griegas (hasta 205).		
200	Siracusa integrada en la provincia romana de Sicilia. Segunda Guerra Macedónica de Filipo V contra las Ligas griegas ayudadas por Roma (hasta 197).	El gramático Aristófanes de Bizancio director de la Biblioteca de Alejandría.	Sileno de Caleacte (siglo III-II). Sósilo (siglo III-II). Fabio Píctor (siglo III-II). Polibio de Megalópolis (h. 200-118).
II a.C.			
196	Tras la batalla de Cinocéfalos, Filipo V renuncia a la hegemonía sobre Grecia. Flaminio proclama la		

Año	Hechos históricos	Hechos culturales	Historiografía
	libertad de las ciudades griegas.		
190	Roma vence a Antíoco III en Magnesia. El Mediterráneo oriental bajo la hegemonía romana.	Nace en Nicea el astrónomo Hiparco (†120).	
171-168	Tercera Guerra Macedónica. Perseo contra la hegemonía romana en Grecia.		
168	El cónsul Paulo Emilio vence a Perseo en Pidna y pone fin al reinado de los Antigónidas. Macedonia provincia romana.		
167	Polibio entre los griegos deportados a Roma.	Círculo de los Escipiones: Panecio, Polibio, Lelio, Lucilio.	
155			Agatárquides de Cnido.
149-146	Tercera Guerra Púnica.		
146	Roma sofoca el levantamiento de la Liga Aquea y Corinto es destruida. Las ciudades griegas son incorporadas a la provincia romana de Macedonia. Cartago es destruida y sus territorios conforman la provincia romana de África.		

Bibliografía

Esta selección bibliográfica mínima recoge, ordenados alfabéticamente, aquellas monografías y artículos citados a lo largo del libro y que tienen, en general, el carácter de estudios de referencia sobre los respectivos historiadores griegos.

Alonso-Núñez, J. M. (2002): *The idea of universal history in Greece: from Herodotus to the age of Augustus*. J. C. Gieben. Amsterdam.

— (ed.) (1991): *Geshichtsbild und Geschichtsdenken im Altertum*. Wissenschaftliche Buchgesellschaft. Darmstadt.

Alsina, J. (1981): *Tucídides. Historia, ética y política*. Rialp. Madrid.

— (1990): "Una guerra y su historiador. Tucídides y la guerra del Peloponeso", en *Anthropos. Monografías temáticas 20. La historiografía griega*. Barcelona, pp. 27-64.

Alvar, J. y Bláquez, J. M. (eds.) (2000): *Alejandro Magno: hombre y mito*. Actas. Madrid.

Ambaglio, D. (1980): *L'opera storiografica di Ellanico di Lesbo*. Giardini. Pisa.

Barber, G. L. (1935): *The historian Ephorus*. Cambridge University Press. Cambridge (hay nueva edición por M. C. J. Miller en Ares, Chicago, 1993).

Bichler, R. (2000), *Herodots Welt. Der Aufbau der Historie am Bild der fremden Länder und Völker, ihrer Zivilisation und ihrer Geschichte*, mit Beilagen von Dieter Feil und Wido Sieberer, Akademie Verlag, Berlín.

Bosworth, A. B. (1988): *From Arrian to Alexander.* Clarendon Press. Oxford.
— (2002): *The Legacy of Alexander. Politics, Warfare and Propaganda under the Successors.* Oxford University Press. Oxford.
Breitenbach, H. R. (1970): "Hellenika Oxyrhynchia", *RE* Suppl. XII, cols. 323-426.
Burstein, Stanley M. (1989): *Agatharchides of Cnidus, On the Erythraean Sea.* The Hakluyt Society. Londres.
Calonge Ruiz, J. (1990): "Introducción", en *Tucídides. Historia de la Guerra del Peloponeso*, I. Gredos. Madrid, pp. 7-106.
Canfora, L. (1970): *Tucidide continuato.* Antenore. Padua.
— (1999): *La storiografia greca.* Bruno Mondadori. Milán.
Chambers, M. (1993): "Praefatio", en *Hellenica Oxyrhynchia.* Teubner. Stuttgart-Leipzig, pp. V-XLIV.
Châtelet, F. (1978): *El nacimiento de la Historia.* Siglo XXI. Madrid.
Crane, G. (1996): *The Blinded Eye: Thucydides and the New Written Word.* Rowman and Littlefield. Lanham.
Díaz Tejera, A. (1972): "Introducción", en *Polibio. Historias,* I/1. CSIC. Madrid, pp. XI-CLXXVII.
— (1981): "Introducción", en *Polibio. Historias,* I. Gredos. Madrid, pp. 7-54.
— (1993): "Los albores de la historiografía griega. Dialéctica entre mito e historia", *Emerita* 61, pp. 357-374.
Dillery, J. (1995): *Xenophon and the History of His Times.* Routledge. Londres-Nueva York.
Drews, R. (1973): *The Greek Accounts of Eastern History.* Harvard University Press. Cambridge & Washington, D. C.
Dubuisson, M. (1985): *Le latin de Polybe. Les implications historiques d'un cas de bilinguisme.* Klincksieck. París.
Eckstein, A. M. (1995): *Moral Vision in the Histories of Polybius.* University of California Press. Berkeley.
Flower, M. A. (1994): *Theopompus of Chios. History and Rhetoric in the Fourth Century BC.* Clarendon Press. Oxford.
Fornara, Ch. W. (1983): *The Nature of History in Ancient Greece and Rome.* University of California Press. Berkeley/Los Ángeles/Londres.
Fowler, R. L. (1996): "Herodotos and his contemporaries", *JHS* 116, pp. 62-87.
García Gual, C. (1982): "Introducción", en *Jenofonte. Anábasis.* Gredos. Madrid, pp. 7-37.
García Moreno, L. A. y Gómez Espelosín, F. J. (1996): *Relatos de viajes en la literatura griega antigua.* Alianza. Madrid.
Gómez Espelosín, F. J. (2000): *El descubrimiento del mundo. Geografía y viajeros en la antigua Grecia.* Akal. Madrid.

Gould, J. (1989): *Herodotus*. St. Martin's Press. Nueva York.
Guzmán Guerra, A. y Gómez Espelosín, F. J. (1997): *Alejandro Magno: de la historia al mito*. Alianza. Madrid.
Harding, P. (1984): *Androtion and the Atthis*. Clarendon Press. Oxford.
Hornblower, J. (1981): *Hieronymus of Cardia*. Oxford University Press. Oxford.
Hornblower, S. (1987): *Thucydides*. Johns Hopkins University Press. Baltimore.
— (ed.) (1993): *Greek Historiography*. Clarendon Press. Oxford.
Hunter, V. J. (1973): *Thucydides: the Artful Reporter*. Hakkert. Toronto.
Immerwahr, H. R. (1966): *Form and Thought in Herodotus*. Press of Western Reserve University. Cleveland.
Jacoby, F. (1949): *Atthis. The Local Chronicles of Ancient Athens*. Clarendon Press. Oxford (hay reimpresión en Arno Press, Nueva York, 1973).
Landucci, F. (1997): *Duride di Samo*. L' "Erma" di Bretschneider. Roma.
Lenfant, D. (2004): "Notice", en *Ctésias de Cnide. La Perse; L'Inde; Autres fragments*, Les Belles Lettres, París, pp. VII-CCVII.
Lens Tuero, J. (1988): "Historiografía helenística", en López Férez, J. A. (ed.), *Historia de la literatura griega*. Cátedra. Madrid, pp. 907-948.
Lens Tuero, J. (1991): "Las Filípicas de Teopompo y la tradición de la caracterización psicológica en la literatura griega". *Ítaca* 3, pp. 47-70.
López Eire, A. (1990): "De Heródoto a Tucídides". *Studia Historica* 8, pp. 75-96.
— (1990b): "La revolución en el pensamiento político de Tucídides (I)", *Gerión* 8, pp. 89-114.
— (1991): "La revolución en el pensamiento político de Tucídides (II)". *Gerión* 9, pp. 87-111.
López Férez, J. A. (1988): "Tucídides", en López Férez, J. A. (ed.), *Historia de la literatura griega*. Cátedra. Madrid, pp. 537-567.
Luce, T. J. (1997): *The Greek Historians*. Routledge. Nueva York.
Luraghi, N. (2001): *The Historian's Craft in the Age of Herodotus*. Oxford University Press. Oxford.
Marcotte, D. (2001): "Structure et caractère de l'oeuvre historique d'Agatharchide". *Historia* 50, pp. 382-435.
Marincola, J. (1997): *Authority and Tradition in Ancient Historiography*. Cambridge University Press. Cambridge.
— (1999): "Genre, Convention, and Innovation in Greco-Roman Historiography", en Shuttleworth, Ch. (ed.), *The Limits of Historiography: Genre and Narrative in Ancient Historical Texts*. Brill Academic Publishers. Leiden-Boston-Colonia, pp. 281-324.
— (2001): *Greek Historians*. Oxford University Press. Oxford.
McKechnie, P. R. y Kern, S. J. (1988): *Hellenica Oxyrhynchia*. Aris&Phillips. Warminster.

Meister, K. (1998): *La storiografia greca. Dalle origine alla fine dell'Ellenismo*, trad. de Mauro Tosti. Laterza. Roma-Bari (= *Die griechische Geschichtsschreibung: von den Anfängen bis zum Ende des Hellenismus*, W. Kohlhammer, Stuttgart-Berlín-Colonia, 1990).

Momigliano, A. (1984): *La historiografía griega*, trad. de José Martínez Gázquez. Crítica. Barcelona (=*La storiografia greca*, Einaudi, Turín, 1982).

— (1986): *Génesis y desarrollo de la biografía en Grecia*, trad. de M.ª Teresa Galaz. Fondo de Cultura Económica. México (= *The Development of Greek Biography*, Harvard University Press, Cambridge, 1971; hay edición ampliada en 1993, que incluye "Second Thoughts on Greek Biography").

Musti, D. (1976): *La storiografia greca. Guida storica e critica*. Laterza. Roma-Bari.

Pearson, L. I. C. (1939): *Early Ionian Historians*, Clarendon Press, Oxford.

— (1960): *The Lost Histories of Alexander the Great*. American Philological Association. Nueva York.

— (1975): *The Local Historians of Attica*. Greenwood Press. Westport.

— (1987): *The Greek Historians of the West. Timaeus and His Predecessors*. Scholars Press. Atlanta.

Pédech, P. (1984): *Historiens compagnons d'Alexandre. Callisthène, Onésicrite, Néarque, Ptolémée, Aristobule*, Les Belles Lettres, París.

— (1989): *Trois historiens méconnus: Théopompe, Duris, Phylarque*. Les Belles Lettres. París.

Plácido, D. (1986): "De Heródoto a Tucídides". *Gerión* 4, pp. 17-46.

— (1989): "Economía y sociedad. *Pólis* y *basileía*. Los fundamentos de la reflexión historiográfica de Jenofonte". *Habis* 20, pp. 135-154.

Porciani, L. (1997): *La forma proemiale. Storiografia e pubblico nel mondo antico*. Scuola Normale Superiore. Pisa.

— (2001): *Prime forme della storiografia greca: prospettiva locale e generale nella narrazione storica* (Historia: Einzelschriften; H. 152). Steiner. Stuttgart.

Prandi, L. (1985): *Callistene: uno storico tra Aristotele e il re macedoni*. Jaca Books. Milán.

Pritchett, W. K. (1993): *The Liar School of Herodotos*. J. C. Gieben. Amsterdam.

Ramón Palerm, V. (1996): *Estudios sobre Tucídides. Ensayo de un repertorio bibliográfico (1973-1995)*. Universidad de Zaragoza. Zaragoza.

Rawlings III, H. R. (1981): *The Structure of Thucydides History*. University Press. Princeton N. J.

Riedinger, J. C. (1991): *Étude sur les Helléniques. Xénophon et l'Histoire*. Les Belles Lettres. París.

Rodríguez Adrados, F. (1977): "Introducción", en *Heródoto. Historia*, I. Gredos. Madrid, pp. 7-67.

Romero Cruz, F. (1985): "Tucídides en la historia de la prosa griega", en Morocho G. (ed.), *Estudios de prosa griega*. Universidad de León. León, pp. 123-139.
Romilly, J. de (1967): *Histoire et raison chez Thucydide*, 2.ª ed. Les Belles Lettres. París.
Rood, T. (1998), *Thucydides: Narrative and Explanation*. Oxford University Press. Oxford.
Sánchez Jiménez, F. (1999), "Líneas generales de la investigación contemporánea sobre la Atidografía: el debate sobre el origen y la naturaleza de las *Atthides*", en *Homenaje al Profesor Montenegro. Estudios de Historia Antigua*. Universidad de Valladolid. Valladolid, pp. 103-114.
Schepens, G. (1977): "Historiographical Problems in Ephorus", en *Historiographia Antiqua (in hon. W. Peremans)*. Lovaina, pp. 95-118.
— (1980): *L'autopsie dans la méthode des historiens grecs du V^e siècle avant J.-C.* AWLSK. Bruselas.
— (1997): "Jacoby's *FGrHist*: Problems, Methods, Porspects", en Most, G. W (ed.), *Collecting Fragments/Fragmente sammeln*. Vandenhoeck & Ruprecht. Göttingen, pp. 144-172.
Schrader, C. (1988): "Heródoto", en López Férez, J. A. (ed.), *Historia de la literatura griega*. Cátedra. Madrid, pp. 503-536.
— (1994): "Tipología y orígenes de la historiografía griega", en López Eire, A. y Schrader, C. (1994): *Los orígenes de la oratoria y la historiografía en la Grecia clásica*. Universidad de Zaragoza. Zaragoza, pp. 77-199.
Schrimpton, G. S. (1991): *Theopompus the Historian*. McGill-Queen's University Press. Montreal-Kingston-Londres-Buffalo.
Seibert, J. (1983): *Das Zeitalter der Diadochen*. Wissenschaftliche Buchgesellschaft. Darmstadt
Shipley, G. (2001): *El mundo griego después de Alejandro: 323-30 a.C.*, trad. de M. Chocano. Crítica. Barcelona (= *The Greek World after Alexander: 323-30 B.C.*, Routledge, Londres, 2000).
Stahl, H. P. (2003): *Thucydides: Man's Place in History*. The Classical Press of Wales. Swansea (=*Thukydides. Die Stellung des Menschen im Geschichtlichen Prozess*, Beck, Múnich, 1966).
Tuplin, C. J. (1993): *The Failings of Empire: A Reading of Xenophon Hellenica 2.3.11-7.5.27*, Franz Steiner. Stuttgart.
Vattuone, R. (ed.) (2002): *Storici greci d'Occidente*. Società Editrice Il Mulino. Bolonia.
Vela, J. (1998): *Post H. R. Breitenbach: tres décadas de estudios sobre Jenofonte (1967-1997)*. Universidad de Zaragoza. Zaragoza.
Verbrugghe, G. P. y Wickersham, J. M. (1996): *Berossos and Manetho*. The University of Michigan Press. Ann Arbor.

Vignolo, R. (2001): *Telling Wonders: Ethnographic and Political Discourse in the Work of Herodotus*. The University of Michigan Press. Ann Arbor.
Walbank, F. W. (1972): *Polybius*. University of California Press. Berkeley-Los Ángeles-Londres.
— (1985): *Selected Papers. Studies in Greek and Roman History and Historiography*. Cambridge University Press. Cambridge.
— (2002): *Polybius, Rome and the Hellenistic World: Essays and Reflections*. Cambridge University Press. Cambridge.
Worthington, I. (ed.) (2004): *Alexander the Great: a Reader*. Routledge. Londres.